EMILE GEORGES EUDISTA LAUREADO DE LA ACADEMIA FRANCESA cjm

UN SANTO

EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

VERSION Y PRóLOGO POR

ANDIRES Y. DE MANARICUA, PBRO. PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE DEUSTO-BILBAO

A

BEGOÑA-BILBAO Monasterio de Ntra. Sra. de la Caridad del Refugio Zabalbide, 106
1950

TíTULO ORIGINAL:

SAINT JEAN EUDES

Tercera edición. París, Lethielleux, 1936.

Yihil obstat: Vitoria, 2 diciembre 1942. DR. JosÉ GRA.U.

Imprimatur: Victoriac, die 3 decembris 1942 + XAvERius, A. A

IMPRENTA ELÉXPURU HERMANOS, S. A.

1NDICE

Págs

PRóLOGO 5

NLOTA BIBLIOGRAFICA 9

CAPíTULO I

Los años de formación. 1 1

1 6 0 1 - 1 6 2 7

1. AMBIENTE FAMILIAR.-La familia Eudes-Infancia del Santo-Primeros rasgos de virtud.-La primera cnión.-En la escuela del maestro Blanette 1 1

II. EN'EL COLEGIO DE CAEN---§ 1. El P. Robin-El «devoto Eudes».-Admisión en la Congregación de la. Santísima Virgen-Sus desposorios con María-F-1 filósofo---11xitos de Juan Eudes en sus estudios 1 7

§ 2. 1 La vocación 'sacerdotal; oposición de la f1milia-La teología en la Universidad de Caen-Soficita su admisión en la Sociedad del OratoriO.-Nueva oposición de los suyos. 20

111. EN EL ORATORIO---§ 1. El Oratorio: necesidad de cono cerlo para conocer a San Juan Eudes-El Cardenal de

Bérulle y su obra 2 2

§ 2. Ingreso de San Juan Eudes en el Oratorio de Caen Fechas y hechos principales-Impresiones y gracias, Al servicio de los apestados 2 6

CAPíTULO 11

San Juan Eudes en el Oratorio de Caen.3 3

1 6 2 7 - 1 6 4 3

I. EN EL ORATORIO DE CAEN---§ 1. Primeras relaciones espirituales-La peste en Caen-Su enfermedad: carta de las carmelitas . 3 3

§ 2. Primeras misiones-Vuelve a Caen-Correspondencia con la hermana María de Taillepied-Reanuda sus misiones.M. de Camilly-Voto, del martirio-Publicación del

Rei,no de Jesús. . . . .1 .....3 6

§ 3. Nuevas misiones-Relaciones con ¿ospéan. 4 5

II. SAN JUAN EUDES SUPERIOR DEL ORATORIO DE CAEN.

§ 1. Comienzan para él años decisivos.-Continúa sus misiones-Pri meras conferencias a los eclesiásticos-Se decide a fundar su Congregación-Relaciones providen ciales con de Renty y Berniéres-María des Vallées. . so
§ 2. Dificultades con que tropiezan sus proyectos-últimas misiones antes de su salida del Oratorio-Es llamado a París por el Cardenal de Richelieu-Conferencias en

Saint-Magloire-Salida del Oratorio 5 5
§ 3. Legitimidad y motivos de esta determinación 6 0

CAPíTULO III

Fundación de la Congregación de Jesús y Maria.71

1 . LA CONGREGAClóN DE JESúS Y MARíA.-San Juan Eudes elige el 25 de marzo para establecerla.-Consagración a Jesús y María en el santuario de Nuestra Señora de la Délivrande-El nombre de la nueva Congregación.-Su fin.-Su, primera residencia.-El P. Eudes y sus compa

fieros en da Misión» ....Í 7 1

IL COMIENZOS Y PRUEBAS---§ 1. La salida del Cenáculo. Primeras persecuciones. -Diligencias para la aprobación de su Congregación en París y Roma-Viaje a París. Fracaso-Carta del Santo a sus hermanos de Caen 7 8
§ 2. Nuevas diligencias: proyecto de unión con M. d'Authier de Sisgau.-Fracaso.-El acta de bautismo de la Congre gación.-Esperanzas desvanecidas por la muerte del Papa. 82
§ 3. M. de Than y la Congregación-Su generosidad imitada por M. de Répichon.-Nuevos ataques-Admirable pa ciencia del Santo-Simpatías de sus amigos.-Carta de M. Cospéan-Calma momentánea-El Santo la aprovecha para redactar las *Reglas lativas y el Compendio de las*

Constituciones .....:..........8 3

§ 4. Otras diligencias en la Corte-Ante el Parlamento de Rouen-La Asamblea del Clero-Nuevo` fracaso 8 7
§ 5. Negociaciones en Roma que dan la sefial de-una nueva persecución-Protesta de M. de Renty.-Viaje de M. Mannoury a Rorna-Encuentra a los adversarios del P. Eudes.-Rumor de la muerte de M. d'Angennes que le obliga a volver a Francia 8 9
§ 6. Consecuencias de la muerte de M. d'Angennes para el santo Fundador-El cabildo le retira sus poderes Calumnias-Carta de M. de Renty-Consuelos que re cibe de Rouen.-Nombramiento de M. Molé.-Vanos es fuerzos del Santo para triunfar de las prevenciones del

Prelado-Nuevo viaje de M. Mannoury.-Éxitos relativos. 92
§ 7. Preludios de nueva persecución-El Santo se prepara a la

lucha-Estalla a consecuencia de un acto del Parlamento de Rouen-Medios de defensa empleados por el P. Eudes. El entredicho de su capilla-Muerte de M. Molé.-Reapertura de la capilla-El *Alleluia* del P. Eudes 98
111. CONSOLIDACIóN DE LA CONGREGACIóN-§ 1. Traslado a Coutances de labasa de probación-Espíritu. que el Santo se esfuerza én establecer 106
§ 2. Las *C,onstituciones.-Su* importancia 107

CAPITULO IV

La obra sacerdotal de San Juan Eudes.

1. EL FUNDADOR DE SEMINARIOS.-§ 1. La reforma tridentina-El decreto Cum *adolescentium aetas-Su* aplicación en Italia y Francia-La obra de San Juan Eudes 112
§ 2. El seminario de Caen-Dimisión de M. de Sainte~Croix

Carta del Santo a la Reina-Nombramiento de M. Servien.-Prevenciones del nuevo Prelado-Reconciliación oficial-Letras fundacionales.-Reapertura del seminario de Caen-Retiros de ordenación-Adquisición del terreno des Petits-Prés- Bendición de la prAera piedra de la nueva capilla 117

3. Otras fundaciones del Santo-Letras episcopales de fundación-Fuiádación de Coutances-El seminario y colegio de Lisieux.-Fundación de Rouen: oposición jansenista y dificultades materiales-Fundación de Evreux-Idem de Rennes .....:' 126

§ 4. Organización de ¡.*s' semi'n`a`nos eudistas: personas que deben ser admitidas.- ¿Superiores seculares o regulares? Su naturaleza y destino: formar, instruir y ejercitar.... 137
IL EL APóSTOL DEL CLERO---§ 1. De palabra: los retiros eclesiásticos-Hechos y documentos 140

§ 2. Por escrito: obras-Su valor 145

III. EL CANTOR DEL SACERDOCIO.-Oficio del sacerdocio. Origen-Orden de composición-Belleza de este oficio.. 146

CAPíTULO V

1 **San Juan Eudes misionero. 149**

I. SAN JUAN EUDES MISIONERO---§ 1. Opinión de sus contemporáneos-Irresistible fuerza de su oratoria. .. - - 151
§ 2. , Origen de esta fuerza oratoria: cualidades naturales y sobrenaturales del Santo y, sobre todo, sus convicciones sobre la santidad y dignidad de su ministerio. 152

§ 3. Diversos hechos que atestiguan este poder: los Valentines

de Autun, la mascarada de Beaune, 0 *filii et filiae! Vadam*

ad portas inferi, ¡de rodillas, gusanos de la tierra!-Ver

sailles; las «preciosas* de Valognes; la misión de Saint

Germain-des-Prés; la Reina en las benedictinas .153

§ 4. Lo que queda de la obra, oratoria del santo mísionero160
§ S. El confesor: importancia del ministerio de las confesiones en las misiones; león. en el púlpito, cordero en el con fesonario. .....1'62
II. SU MÉTODO---§ 1. l~~eliminares de la misión: duración, llegada de los núsioneros, su reglamento durante la mi sión-El misionero ideal según San Juan Eudes 163
§ 2. Principios de la: misión: diversas acogidas reservadas a los misioneros 166
§ 3. La misión en sí misma: reglamento impuesto a las pobla ciones, reuniones especiales, ceremonias extraordinarias 167
III. FRUTO DE LAS MISIONES---§ 1. Testimonio de sus contem poráneos: el ~ P. de Condren, M. de Renty, San Vicente. de Paúl, M. Olier 170
§ 2. Cartas del Santo 172
§ 3. Algunos hechos: cesación de los duelos, reconciliación de las familias, conversión de los herejes-Intervenciones **providenciales 173**

CAPITULO VI

Origenes de Nuestra Señora de la Caridad. 177

1 1. PRIMER F_si3ozo-Las obras de arrepentidas en tiempos del P. Eudes. Causa de su fracaso.-Originalidad de la obra del P. Eudes-Lo que faltó en principio.-Ocasión de la fundación de Nuestra Señora de la Caridad. Magdalena Lainy.-Primeros ensayos 177
II. ORGANIZAClóN PROVISIONAL---Margarita Morin-Felices principios-Letras patentes. Primeras dificultades ex ternas e internas; la pobreza.-Cartas del Santo a Mme. Ca milly.-Malestar.-Luchas intestinas: Margarita Morin y la Srta. de Saint-André. Oposición de Margarita Morin al santo Fundador. - Partida de Margarita Morin. - Mgr. d' Angennes autoriza a las visitandinas para dirigir

el Refugio ..... .« 181

III. ORGANIZAClóN DEFINITIVA---§ 1. La Madre Patin.-Nombre, reglas, hábito del nuevo Instituto-Primera toma de hábito-Intervenciones providénciales.-Diligencias cerca de las autoridades municipales de Caen.-Viaje de M,. Man noury a Roma . 189

§ 2 . Intus timores: Regreso de la Madre Patin a la Visitación. Ausencia del Santo-Miseria extrema-Foris pugnae: M. Molé-Temores que nacen de su actitud. Desaliento de las visitandinas-Su partida.-Nuevas negociaciones en Roma: fracaso-Cartas a sus hijas-Aprobación de M. Molé .....> 193

§ 3. Vuelta de la Madre Patin-Cartas del Santo a la señorita Taillefer.-Toma de hábito de María Herson-Profesión de Sor María de la Asunción Taillefer-Nuevas pruebas: la dirección de Nuestra Señora de la Caridad arrebatada al Santo-Su interés creciente por el monaste rio en lo espiritual y lo temporal-Nuevas diligencias en Ronia-Correspondencia con la Madre Patin-La aprobación 198
§ 4 . Redacción de las Constituciones-Muerte de la Madre Patin-Impresión de las Constituciones-Su valor 210

CAPITULO VII

San Juan Eudes «Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico,de los Sagrados Corazones*. 215

I . YIESUMEN HISTóRICO DE LA, DEVOCIóN A LOS SAGRADOS CORAZONES ANTES DE SAN JUAN EUDES--§ 1. La devoción al Sagrado Corazón de María-Fundamentos bíblicos.

Santos Padres-Edad Media y Moderna 21B
§ 2. Devoción al Sagrado Corazón de Jes's.-Datos anteriores al siglo xi-El siglo xi-Las órdenes religiosas y el culto al Corazón'de Jesús 220

II. SAN, JUAN EuDEs Y LA PROPAGACIóN DEL CULTO DE LOS SAGRADOS CORAZONES.-A) Padre del culto litúrgico a los Sagrados Corazones---§ 1. Conciencia de su misión y preparación para ella 225
§ 2. Primeras manifestaciones de su devoción a los Sagrados Corazones: consagración de sus institutos, el escudo de su Congregación, oraciones en honor de los Sagrados Corazones 229

§ 3. La fiesta del Sagradó Corazón de María 232
§ 4. La fiesta del Corazón de Jesús-Fecha de la composición de su Oficio, aprobaciones episcopales, circular de 1672 234
13) Doctor del culto litúrgico de¿a *devoción a* los Sagrados Corazones: Importancia de la obra litúrgica del Santo. . 239
C) Apóstol del culto litúrgico de los Sagrados Corazones.
§ 1. Aprobaciones episcopales, del legado del Papa; con cesión de indulgencia's por,Roma 241

§ 2. Apostolado cerca de los fieles: la Sociedad del Corazón - de la Madre Admirable; la imagen de Nuestra Señora de los, Sagrados Corazones; escritos y correspondencia; el libro del *Corazón Admirable* 243

3. I!Xito del apostolado del Santo: órdenes religiosas y -
diócesis en que se propagan sus fiestas 249

§ 4. San Juan Eudes y Santa Margarita María de Alacoque. . , 251

CAPíTULO VIII

San Juan Eudes y Marla des Vallées.255

I . MARíA DES VALLÉES ANTES DE SU ENCUENTRO CON SAN
JUAN EUDES---§ 1. Ambiente familiar; primeras pruebasy gracias 257

§ 2. La posesión: testimonio del Santo. ¿Posesión o neurosis?
El testimonio de sus contemporáneos-Valor del argu
mento de autoridad 259

§ 3. Admirables disposiciones de la humilde joven; diversos
estados por los que pasó según el P. Eudes ..... .266

II. ENCUENTRO DE SAN JUAN EUDES Y MARIA DES VALLÉES.
Ocasión e importancia para ambos-La influencia de
María des Vallées sobre el Santo. ¿Fué determinante?
A qué es preciso atenerse respecto a la Congregación de
Jesús y María, a la Orden de Nuestra Señora de la Caridad
y a la devoción de los Sagrados Corazones. ~ 270
III. MUERTE DE MÁRíA DES VALLÉES---§ 1. Relación del monje
de Barbery 274
§ 2. Dolor del Santo-Santidad de María des Vallées proclamada por la voz popular .277

IV. EN TORNO AL SEPULCRO DE MARíA DES VALLÉES---§ 1.
Exhumación de su cuerpo por M. de Langrie 279

§ 2. Descontento de M. Bazire: plantea la cuestión ante el tribunal diocesano. M. Auvi---y se reserva conocer la causa. 281

§ 3. Convocación por M. Auvry de una reunión especial.
Su declaración y sentencia 284

CAPíTULO IX

Los últimos años. 287

1660-1680
I. CAMINO DEL CALVARIO: 1660-1670---§1. Enfermedades y
duelos entre los amigos del Santo-Muerte de M. de
Camilly y cartas a su viuda-Más muertes: Le Mesle,
Jourdan, de Langrie 288
§ 2. El asunto de l'Ermitage-San Juan Eudes y el Janse
nismo.-Origen y naturaleza de l'Ermitage-M. de Ber
niéres y San Juan Eudes-Incidentes a la muerte de
M. de Berniéres-Se trata de comprometer al Santo

Su prudencia-Sus trabajos en esta época 293

II. LA CUMBRE DEL CALVARIO: 1670-1675---§1. Extractos del Memorial.-Fundación del Refugio de Rennes-María de la Trinidad Heurtaut-Negativa del Refugio de Caen para ayudar al de Rennes 301

§ 2. Consuelos destinados a prepararle a nuevas pruebas: progresos de la devoción al Divino Corazón de JesúsMisión de Versailles-Asunto de la coadjutoría de Evreux. 303,

§ 3. Estalla la tempestad.-Las negociaciones de M. de Bonnefond obstaculizadas en Roma por incesantes oposiciones. 306

§ 4. Las preces de M. Boniface-Maniobras de los adversarios del Santo-Ensayos infructuosos para justificarse ante el rey.-Admirable paciencia del siervo de Dios . 309

§ S. Carta a M. de Bonnefond.-SUpremo asalto de sus adversarios.-Libelos y calumnias-Campaña del abate de Aulnay.-Defensa de M. de Launay-Hue.-El silencio del Santo-Cartas-La Asamblea de Meulan 315

III. LA CONSUMACIóN: 1675-1680.-Misión de Saint-Ló.-Esfuerzos para restablecer definitivamente la casa de probación.-Enfermedad del Santo-Recobra la gracia del rey-M. de Bonnefond elegido coadjutor-Dimisión del Santo como Superior general-Elección de M. Blouet de Camilly.-Preparación a la muerte.-La última enfermedad.-La muerte 320

CAPíTULO X

En la escuela de San Juan Eudes. 331

1. LA ESCUELA DE SAN JUAN EUDES---§ 1. La escuela francesa 332

§ 2. San Juan Eudes y Bérulle: fuentes comunes; semejanzas verbales; ideas comunes 333

II. PRINCIPIOS---§ 1. -Los dos términos en presencia: el Verbo Encarnado y nuestra decaída naturaleza 337
§ 2. Ideal a realizar: *mihi vivere Christus est* 343
§ 3. Medio adaptado a esta realización: la devoción a los Sagrados Corazones: devoción de unión a Jesús y María, porque es una devoción de imitación, de amor confiado y de vida 345
III. EL MÉTODO---§ 1. En ¡¿¿o tiempo* tener, a Jesús ante la vista 351
§ 2. En todo asunto, lugar y tiempo dejar obrar a Jesús en nosotros por el anonadamiento, el abandono de sí "sino, la apropiación; Jesús nuestro suplemento 353

CAPITULO XI

El hombre y el Santo. 3 6 1

1. EL HOMBRE---§ 1. Retrato exterior: figura expresiva; re

serva un tanto severa 361

§ 2. Inteligencia vasta y práctica, la acción y espíritu de

apostolado. 362

§ 3. Voluntad fuerte, tenaz, exigente, llevada hasta la intran

sigencia 364

§ 4. Exquisita sensibilidad: corazón de hombre y de santo 365
§ S. Cuando es oportuno sabe sonreír y bromear 366
II. EL SANTO.-A) Vivo, iam *non ego---§* 1. Vida y muerte inseparables en el orden espiritual, como en todo orden de vida-San Juan Eudes muerto a sí mismo por su humildad, por la mortificación, por su espíritu de sa crificio 367

§ 2. San Juan Eudes muerto al mundo 374
§ 3. San Juan Eudes muerto al pecado: protestas donde se manifiesta su odio contra el pecado 375

B) Vivit vero in me Christus---§ 1. El misterio de la vida de Jesús en nosotros: en la vida, la predicación y el apos tol4do de San Juan Eudes 377
§ 2. Cómo, por su espíritu, se adhirió totalmente a jesucristo, único objeto de sus pensamientos .....* ~iaá;« 378

§ 3. Cómo se adhirió a jesucristo con toda su ~O'IU dientes *deseos del* reino *de* jesucristo en sí.-Sumisión a la divina Voluntad-Confianza en Dios 380
§ 4. Córno'se adhirió a jesucristo con todo su corazón; su amor a Jesús fuente de todos sus sentimientos; amor hacia Dios Padre y espíritu de religión, amor a María, a los santos, a,las almas 384

CAPITULO XII

La gloria. 3 9 7

I. LA IRRADIACIóN DE LA SANTIDAD---§ 1. Los admiradores. 397

§ 2. Los amigos-La Compañía del Santísimo Sacramento. Francisco de Montmoreney-Laval 400

3. Almas religiosas en quienes ejerce su paternidad espi ritual, que se benefician de su celo, o a quienes le une santa amistad ..4ó6

IL LAS PRIMERAS ETAPAS EN EL CAMINO DE LA GLORIA.
§ 1. Los funerales-Elogios-Milagros-Su testamento....410
§ 2. Aniversario de su muerte: nuevos favores-Comnemo raciones en Caen y Coutances ..413
§ 3. Traslado de los restos del Santo a Nuestra Señora de la Glorieta -Epitafio ..416
III. _«FILI1, GLORIA PATRIs*---La supervivencia del Santo.
§ 1. La Congregación de Jesús y María: vicisitudes en Francia-Obras en América. 418

§ 2. Nuestra Señora de la Caridad-Fundación de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor-La bienaventurada María de Santa Eufrasia Pelletier.-Difusión de su obra. 422
§ 3. La Sociedad del Corazón de la Madre Admirable. 424
§ 4. *Las filiales* derivadas de la Sociedad del Corazón de la Madre Admitable-Diferentes Sociedades fundadas por

los, eudistas 427

IV. EL TRIUNFO -§ 1. La beatificación ... .429

§ 2. La.....canonizacion . 432

PROLOGO

Entre manos tienes, lector querido, la vida de un Santo. La vida de un Santo. Conozco la reacción habitual que despiertan estas palabras en el mundo de los que se creen aficionados a libros. Y recuerdo las de Papini dedicadas a las malas vidas de Cristo que «exhalan no sé qué de enmohecido y flojo que repele, desde las primeras páginas, al lector hecho a más delicados y sustanciosos manjares literarios».

Hemos atravesado unos afios de moda de la biografía. De lo que se llamaba «biografía» y que era, con frecuencia, novela tejida en torno a un personaje célebre, más con los hilos de la fantasía, que en el telar sobrio y sereno de la historia.

. Esta moda apenas ha rozado a los santos. Alegrémonos de que se hayan salvado de las manos de los salteadores del pasado, que todo lo sacrifican al placer-no desinteresadode servir un plato de su gusto- delicado o estragado, ¿qué importa?-a la plebe literaria.

Esta vida de San Juan Eudes, cuya lectura inicias, no es una biografía que exhale «vaho de incienso desvanecido y de aceite malo*. Tampoco es una novela a la moda.

Su autor ha querido hacer historia. Historia verdadera y serena.
Hay santos tan entroncados en su epoca que su historia es la historia de una sociedad: Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, juan Bosco...UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

En los momentos álgidos de su gloria humana, cuando la sociedad francesa se embriagaba en su prosperidad material y política sin cuidarse de los gérmenes que incubaba en su seno y que le harían precipitarse, en pendiente rápida, de los falsos esplendores del Rey Sol a los horrores de la Revolución, arrastrando el manto real encenagado por el indigno Luis XV, vivió y luchó y murió San Juan Eudes.

Cuando en 1648 los Tratados de Westfalia abrían para Francia la hora de su predominio en Europa, nuestro Santo se hallaba en plena actividad. A su muerte faltaban aún treinta aflos hasta que el Tratado de Utrecht, cerrando la guerra de sucesión española, marcase un nuevo giro de la política internacional europea.

En aquellos momentos dos nombres resumen el esplendor político de Francia: Richelieu y Luis XIV. Ambos los hallaremos en contacto con San Juan Eudes.

Bérulle, Condren, Vicente de Paúl, Francisco Regis, Olier, Juan Eudes... Espléndida constelación del espíritu en un mundo que vivía,para la tierra. Ellos-y no Richelieu o Mazarino-honran la Iglesia de Cristo en la Francia del apogeo.

No me preocupa, amigo que me lees, el temor de que te sientas defraudado al volver la última página de este libro. Pero no quisiera qi~e la vida de este gigante de santidad, hombre de su tiempo y del futuro-baste citar las tres realidades que polarizan su vida: misiones populares, seminarios y devoción a los Sagrados Corazones-, te dejasen un poso de amargura.

Porque la vida de San Juan Eudes fué un verdadero martirio continuado, y los martirizadores fueron, muchas veces, hijos del mismo Padre y servidores del mismo Dios. Ello doblaba el dolor.

Al hallar miserias humanas, rivalidades mezquinas, tratando de cerrar el paso a la santidad y a la gracia, no te escandalices. No hay motivo.

PRÓLOGO

El Verbo de Dios encarnó en una naturaleza humana que sufría hambre y sed, en sus carnes se clavaba el dolor, de sus ojos brotaron lágrimas y, en un mediodía estival, fatigado y sudoroso hubo de sentarse al pozo de Jacob y pidió agua a una pobre samaritana de vida rota.

Ya no sufre el cuerpo carnal de Cristo, ni su alma es invadida por la amargura. Pero en el mundo peregrina su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. En ella vive Cristo.

La Iglesia es divina por su origen, por su misión, por el Espíritu que la vivifica. Y es humana ' honda y auténticamente humana, como formada por hombres y para hombres.

Y decir hombres, decir humano, es hablar de pequefiez envolviendo ideales y grandeza.

El Hijo de Dios que quiso la humillación en encarnarse en un cuerpo vulnerable al dolor y a la enfermedad, ha querido prolongar su humillación en un Cuerpo Místico que en su propia carne experimentará el dolor de la pequefiez.

Misterio admirable, que es el beso divino y confortador de Cristo al hombre que, llamado a grandes ideales, se siente transido por su debilidad.

No te escandalices... No hay motivo.

Antes bien, escucha a Pablo y medita:

Para que no me engría, fuéme dado el aguijón de la carne, el ángel de Satanás que me abofetea.

Por esto rogu¿ tres veces al Señor que se retirase de mí.

Y Él me dijo: Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder. (II Cor., 12, 1-9.)

ANDRÉS E. DE MAA~-~ARICCTA,

PBRIO.
9 -
AM.ERTENCIA BIBLIOGRAFICA

Tomamos del prólogo del autor a la primera edición:

<iPara la composición de esta biografía hemos utilizado las siguientes fuentes:

En primer lugar, los cuatro volúmenes de la Vie du Vénérable Jean Eudes, por el P. BoULAY. Sin creernos obligados a defender todas sus opiniones, nos inclinamos con respetuosa admiración ante este infatigable artífice de la gloria del Santo. Nadie más que él ha contribuído a rescatarle del olvido en que prácticamente yacía. ,

BoULAY aprovechó concienzudamente las obras de los historiadores,que le precedieron, pero ello no hace innecesaria su consulta.

Los principales son:

HÉRAMBOURG, que ingresó en la Congregación en 1682. Es el

más antiguo de los biógrafos del Santo y uno de los principales testigos de la tradición. Es más moralista que historiador. Le citamos por una copia del manuscrito original. 1/

COSTIL, que,de 1722 a 1739 escribió los Annales de la Congrégation de Jésus et Alarie, y en 1724 las Fleurs de la Congrég~tion de Jésus et Marie. Entrado en la Congregación en 1694, es uno de los principales testigos de nuestra historia y, por su espíritu crítico, ocu pa entre todos un primer lugar.

MARTINE, cuya Vie du R. P. Jean Eudes, aunque escrita con más cuidado que las anteriores, merece menos crédito. No merece ser desdeflado, pero sus afirmaciones deben ser controladas.

El P. GEORGEs agradece, además, su colaboración al P. LEBRUN, editor de las Obras completas de San Juan Eudes.*

Sobre la obra del P. GEORGES que hoy presentamos a los lectores de habla española, son muchos los juicios que pudiéramos espigar.
10- UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

Bástenos el de una revista técnica, la Revue d'Histoire Ecclésiastique, de Lovaina (julio, 1927):

#Toda la tan fecunda vida del P. Eudes está trazada en este volumen fiel y amorosamente. En todas las páginas de este hermoso libro aparece, junto a la conciencia del historiador, el corazón del hijo y del ferviente admirador, que sostiene y anima esta conciencia, sin perjudicar a la imparcialidad, ni a la abundante documentación.»

1 1

CAPITULO 1

LOS ANOS DE FORMACIóN

1 6 0 1 - 1 6 2 7

Ambiente familiar.

Juan Eudes nació el 14 de noviembre del año 1601 en un modesto caserío del pueblecito de Ri (1), situado a doce kilómetros de Argentan, en la diócesis de Séez (2). El lugar y la fecha de su nacimiento interesari igualmente a la historia.

La Providencia colocó su cuna en tierra/normanda, tan rica en nobles recuerdos de un glorioso pasado, tan bella bajo los suntuosos atavíos- de piedra con que la enriquecieron los siglos de arte y de fe, tan fecunda igualmente en flores y frutos de santidad. Le hizo nacer en la aurora de una época incomparable en que todas las glorias religiosas, artísticas y literarias, parece que se dieron cita, para asegurar al genio francés su consagración definitiva.

Pero nada presagiaba todavía, al menos en Normandía, la era nueva a punto de inaugurarse. El siglo vrecedente había finalizado en medio de sombría tristeza, Ha S

(1) Parece que el P. BOULAY (I, p. 2) ha logrado determinar exactamente el lugar donde nació nuestro Santo.

(2) Este hecho se ha tenido en cuenta en el dibujo y ejecución del altar de la capilla de Notre-Dame de Montligeon. El boletín de este santuario, después de enumerar a los Santos y Santas que en él figurarán, menciona al P. Eudes en los siguientes términos: «Juan Eudes, que precedió a Margarita María en la institución de la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón, anhelaba en el curso de su vida intitularse «sacerdote de la diócesis de Séez»; las poblaciones de estos contornos figuran entre las que fueron testigos de su caridad y celo apostólico. Su puesto parece señalado de antemano en nuestro santuario». Bulletin mensuel de V0e-uvre ex.P-iato,;Ye, 31 diciembre 1923, p. 537.

nes o iosas._ to o zraciada Drov asolándola cruelmente.

El pueblecito de Ri había tenido parte en la pruebas comunes.

Familias enteras fueron aniquiladas por la peste del año 1587, que hizo enormes estragos en la región de Argentan y sus contornos. La de Isaac Eudes figuraba entre las más castigadas: sólo él sobrevivió al desastre que le arrebatara todos los suyos. Este tremendo golpe modificó todos su planes. Renunciando al sacerdocio a que hasta entonces aspirara-se hallaba en vísperas de recibir el subdiaconado-, vuelve a la heredad familiar dada en feudo a sus antepasados por el señor de Ri: la cultiva, libera decargas y logra crearse una situación desahogada que le permite ocuparse en estudios de medicina y cirugía. Como recuerdo de sus antiguas aspiraciones conservó siempre la costumbre de rezar diariamente el santo breviario.

Hacia el año 1597, Isaac Eudes encontró en el mismo Ri una esposa digna de él en la persona de Marta Corbin. Los biógrafos de San Juan Eudes coinciden en reconocer qpe poseía cualidades ejemplares. Todos refieren un hecho que pone de manifiesto la energía de su carácter. A pesar de los edictos reales,

uno de sus parientes había sostenido un duelo y fué muerto por su adversario. Semejante delito podía tener deplorables consecuencias de llegar a oídos de la justicia. Por lo menos suponía el deshonor; deshonor que recaería sobre toda la familia. Marta Corbin no'estaba dispuesta a sufrirlo, ni incluso a exponerse a ello. Por sp orden aquella noche se enterró el cadáver en un predio de su propiedad, cuya tierra mandó remover en toda su extensión. Así atajó las pesquisas de los gendarmes. El honor de los suyos estaba a salvo.

Visiblemente Isaac Eudes y Marta Corbin habían nacido. el uno para el otro. Su matrimonio fué bendecido por Dios: en su hogar florecían todas las virtudes que aseguran la felicidad de una familia (3). Eran objeto de general confianza y estimación por parte de los que les conocían. Sólo una alegría, la suprema de los matrimonios cristianos, parecía negárseles: habían transcurrido tres años y aún ignoraban los dulces encantos de los hijos.

(3) Sobre este particular tenemos el testimonio del Santo: Cfr. Memorial, 2 (Oeuvr,,s, XII, 103) y Coeur admirable, conclusión (Ibid., VIII, 354). La oposición que pronto veremos en Isaac Eudes y Marta Corbin a los proyectos de vida sacerdotal y religiosa de su hijo, ¿no denotarán una ligera exageración en los elogios que sin reserva les tributan los biógrafos del Santo?

AÑOS DIE FORMAClóN 13

En medio de su desolación recurrieron a María, e hicieron el voto de ir en peregrinacióji a la iglesia de Notre-Dame de Recouvrance, emplazada a seis leguas de Ri, en la parroquia de Tourailles, y de consagrar'allí su primer hijo a la Reina del Cielo, si se dignaba poner fin a su dolorosa esterilidad. Su, ferviente oración fué escuchada. En cuanto lo comprobó Marta Corbin volvió con su marido a Notre- Dame de Recouvrance, para dar gracias a la Santísima Virgen y ofrecerle el hijo «fruto de oración más bien que de naturaleza* (4) que llevaba en su seno.

Debía, pues, a María el ser madre de un futuro Santo. Este nació un martes, siendo bautizado el viernes siguiente. ~o5ñ _las águas b_autis s recibió el nombre de Juan. La ceremonia se celebró al caer de la tarde. Anotando este pormenor en su Memorial de los beneficios de Dios, advierte el Santo que a los ojos de la Iglesia el anochecer del viernes es el comienzo del sábado (5). Le agradaba ligar su bautismo al día consagrado a la Santísima Virgen.

Por su parte la piadosa madre se apresuró en cuanto pudo a llevar su primogénito a la iglesia de Ri, dedicada a la Santísima Virgen, para ofrecerle por segunda vez a la que por su maternal intercesión le había procurado su dichosa fecundidad.

Después tuvo otros seis hijos: cuatro mujeres y dos varones. El primero de éstos, Francisco Eudes, más conocido por Mézeray, se creó un nombre en las letras por su Historia de Francia, obra muy estimada que le abrió las puertas de la Academia Francesa.

El segundo, Carlos d'Houay, abrazó la profesión de cirujano y se destacó por su celo durante la peste que asoló la ciudad de Argentan en 1638 (6).

María, la mayor de las hijas, se caso con Pedro Herson, vecino de Falaise, y tuvo cuatro hijos: dos varones y dos mujeres: María y Francisca, que se consagraron a Dios, en la Orden de Nuestra Señora de la Caridad.

(4) HÉRAMBOURG: 1, e. 1. Coeur admirable, conclusión (Oeuvres, VIII, pág. 354).

(5) Memorial, 5. (Oeuvres, XII, 104.)

(6) Al tomar el sobrenombre de Mézeray y d'Houay, Francisco y Carlos Eudes obedecían tanto a un uso establecido como a una quimérica vanidad. Mucho antes de Tomás Corneille, y de las graciosas burlas con que Moliére acosaba en 1662 a Mr. de l'Isle y a Mr. de la Soúche y hasta la Revolución Francesa, los segundones de las familias burguesas de Normandía dejaban al hermano mayor el nombre de la familia. Se desconocía el,uso del nombre de pila. A falta de un campo o de un simple terrón de tierra, tomaban su nombre de una propiedad pública o imaginaria. El sobre

Magdalena, la segunda hija de Isaac Eudes y de Marta Corbin, se casó con Azor Corbin y tuvo un hijo, que llegó a ser procurador del Parlamento, y otras dos hijas.

Jacobita, la tercera, murió sin descendencia.

María, la más pequefla de la familia y segunda del mismo nombre, se casó con Jacobo Corbin, por sobrenombre de Caves, y tuvo dos hijos: Magdalena y Bernardo.

Volvamos al Santo, de quien únicamente nos ocuparemos en adelante.

Muy pocos son los pormenores de su infancia que han llegado hasta nosotros. Los pocos hechos que nos son conocidos autorizan las piadosas conjeturas de sus historiadores al encomiar unánimemente las virtudes ya notables que en él brillaron desde su más tierna edad.

Muy joven todavía esquiva la vigilancia materna. Inquieta le busca su madre por toda la vecindad sin encontrarle. Falta buscarlo en la iglesia. Allí se dirige presurosa, y cuál no sería su agradable sorpresa al tropezar su mirada llena de ansiedad con su Juanito sumido en profunda oración.

nombre servía para llamarse ordinariamente. De él se hacía mención en los actos públicos, pero rara vez figuraba en la firma de la persona. (LE VAVASSEUR: Notice sur les frires Eudes, nota 14.)

Carlos d'Houay era regidor cuando Jacobo Bouxe1 de Médavi, conde de Grancey y mariscal de Francia, hizo demoler las fortificaciones de Argentan. A los habitantes no les disgustó tal orden; pero querían conservar la torre del reloj, así llamada por estar coronada por un reloj cuya enorme campana descubierta había sido regalada a la ciudad por Maria de España, condesa de Alengon, en 1378. Era--- dice LE VAVAssEuR-un monumento útil y curioso, que por interés de la ciudad se debía conservar.

El conde de Grancey dió orden de continuar los trabajos y demoler la torre, Los regidores se opusieron. Grancey se presentó colérico y demudado el color ante la asamblea. Los magistrados municipales cedieron ante la irritación del gobernador. Sólo uno osó hacerle frente para defender la cansa de la justicia: el intrépido cirujano Carlos d'Houay, a quien no intimidaban la ira, ni los aires despectivos del mariscal.

-¿De dónde eres-exclamó éste exasperado-y cómo te atreves a resistir mis órdenes?

Nosotros somos tres hermanos-respondió--que adoramos la verdad: el mayor la predica, el segundo la escribe y yo la defenderé hasta mi último suspiro.

La torre permaneció en pie y no fué demolida hasta 1727. (Notice, páginas 19 y 20.)

En 1885, al construirse el monumento a Mézeray se acuñó en Argentan un medallón con la efigie de los tres hermanos Eudes, con la siguiente leyenda: Praedicat. Scribit. Ego delendam.

Otra vez, cuando aún no había cumplido los nueve años, uno de sus amigos llamado Desdiguer (7) le dió una bofetada. En lugar de responder, y acordándose del consejo del divino Maestro, presentó la otra mejilla a su agresor, quien quedó desarmado ante semejante bondad.

#Se pudo notar-escribe Pedro Costil-que no quiso siendo mayor abrazar a su cuñada, álegando en son de disculpa que no se tomaba esta libertad con su propia madre. Tal reserva se debía al pudor que desde su infancia fué en él un feliz hábito» (8).

Un testimonio recientemente aducido por el barón J. Angot de Rotours (9) confirma cuanto los biógrafos de nuestro protagonista han afirmado acerca de su precoz santidad.

Hacia esta época y a causa de su reciente y prematura viudez se había retirado a Bazoches en la proximidad del «bello dominio de Ri», una santa castellana, Mme. de Sacy, por su familia Faudoas d'Averton. Ocupaba su vida los cuidados de cuatro huerfanitos que, al cabo de solo seis años de matrimonio, quedaban encomendados totalmente a ella al morir su marido: los pobres de los alrededores, que la miraban como a su providencia visible, y los ejercicios de una piedad intensa, esclarecida, que no iba a tardar en producir frutos acabados de perfección eminente.

Desde joven, Mme. de Sacy se había sometido a la dirección del Cardenal de Bérulle, «considerado en su tiempo como el maestro de los maestros* (10). Le había encontrado en París, probablemente por los tiempos en que Enrique IV le nombrara su capellán honorario (1599). Desde entonces se pudo decir que era beruliana: «El espíritu de Bérulle se manifestó (en ella) por la seriedad de su religión, por su oración y humildad, por su teocentrismo..., por las meditaciones que la unían a los diversos estados del Verbo Encarnado» (11).

Tal era la grande alma que Dios quiso acercar al niño predestinado que, en sus tierras y a la sombra de su señorial. morada, daba ya muestras de una excepcional precocidad sobrenatural. Dejamos hablar al buen Lamy, el primer biógrafo de Mme. de

(7) Es el nombre queda COSTIL: Annales, nota 2.a. Según una nota añadida al manuscrito litografiado de los A nnales existía en 1869 y en Sevigny, cerca de Argentan, una familia Guillon de Digúéres.

(8) COSTIL: Annales, 1, p. 191.

(9) Une grande chrétienne amie de Bérulle, Françoise de Faudoas 4'Averton, París, 1933. (10) Ibid., p. 16. « (11) Ibid., p. 21.

Sacy: «Ella tuvo noticia de que en una de sus parroquias vivía un nifío de nueve a diez años, de sencillez e inocencia extraordinarias; gozaba mucho con su conversación piadosa y devota sobremanera, y atendió mucho a este niño que ha triunfado, pues ha llegado a ser un gran personaje y una lumbrera de la Iglesia de Dios* (12).

Mucho daríamos por conocer más detalladamente estas conversaciones piadosas y devotas del niño Eudes con la noble y santa dama de Bazoches, así como las atenciones que ésta le dedicó, a quien parece haber sido su protegido. El porvenir había de decir el provecho que Juan Eudes, ya mayor, había reportado de estas atenciones. Séanos permitido ver en estas primeras influencias berulianas-que experimenta desde su más tierna edad, por intermedio de Mme. de Sacy y, quizás, sin saberlolos

primeros gérmenes de su vocación oratoriana.

Pronto llegó el momento en que sus padres tuvieron que afrontar las exigencias de su formación religiosa e intelectual. Grande fué entonces su perplejidad. Según testimonio de nuestro Santo, la pequeña parroquia de Ri se encontraba abandonada en esta época (13) y sumida en el desconcierto que el protestantismo y las guerras de religión habían ocasionado a la instrucción popular (14).

Por otra parte, la salud más bien delicada de su hijo (15) complicaba el inquietante problema que habían de resolver. Acabaron por enviarle a la escuela de un virtuoso sacerdote de la vecindad, llamado Jacobo Blanette, «cuyo ejemplo-escribirá más tarde su reconocido discípulo-y las instrucciones espirituales que daba a sus alumnos de mucho me han servido» (16).

El niño estaba por tanto en buenas manos para prepararse a la primera comunión. Unas palabras salidas de su pluma, en el Memorial, nos dan cuenta de las impresiones profundas que dejó en su alma el primer encuentro don Jesús Sacramentado:

<¡Estando en una parroquia... en la que pocas personas comulgaban fuera de Pascua---comencé aproximadamente a la edad de doce años a conocer a Dios, por gracia especial de su divina bon

(12) Une grande chrétienn ' e amie de Bérulle, Françoise de Faudoas d'4verton, p. 56. París, 1933.

(13) Memorial, 6. (Oeuvres, XII, 105.)

(14) Véanse sobre este particular interesantes pormenores y notas en BOULAY: 1, p. 35.

(15) MARTINE: 1, p. 10; COSTIL: Annales, I, p. 13; HÉRAMBOURG en COSTIL:]bid.

(16) Memorial, 7. (Oeutires, XII, 105.)

fesor, bajo cuya dirección pasará tres años provechosos: «Fuí recibido en la cuarta clase en 1615, en la Saint-Denis, dirigida por el P. Robin, con el cual estudié hasta la segunda clase inclusive por favor especial de Nuestro Señor, porque era un profesor virtuoso y muy piadoso, que a menudo nos hablaba de Dios con extraordinario fervor, lo que me ayudó para las cosas del alma mucho más de cuanto pueda decir» (19).

En Retórica, Juan se vió obligado a separarse del profesor que amaba. No nos ha conservado el nombre de su nuevo profesor. Por el contrario, consigna en su Memorial un hecho al que nunca dejará de conceder máxima importancia: «Fuí admitido-escribeen la Congregación de Nuestra Señora, en el Colegio de los RR. PP. Jesultas de Caen, hacia el año 1618 (20), en la cual Nuestro Señor me concedió gracias muy grandes por la intercesión de.su Santísima Madre» (21).

Durante toda su vida experimentó la necesidad de proclamar su reconocimiento por los favores celestiales de que se vió colmado en la Congregación de la Santísima Virgen; y llegado wedad muy avanzada, trazará con mano temblorosa en la conclusión del Corazón admirable estas líneas en las que se siente latir su corazón siempre ardoroso:

«Cuán deudor os soy por haberles (se trata de sus padres) inspirado que me pusiesen bajo la disciplina y dirección de la' santa Compañía de Jesús, en la ciudad de Caen, y de haberme admitido en vuestra santa Congregaci'n-que es una verdadera escuela de virtud y de piedad-bajo la dirección de la misma Compañía. Y ésta es, oh Madre de gracia, una de las mayores que he recibido de Dios por

vuestra intercesión* (22).

Ignoramos la naturaleza de las gracias que se le concedieron; pero sí sabemos cómo respondió a ellas. Sus biógrafos, en efecto, se extienden con agrado, hablando de los hermosos ejemplos de virtud y de piedad que daba entonces a sus condiscípulos, que sorprendidos por la santidad de su vida, le llamaban el devoto Eudes.,En particular nos lo presentan complaciéndose en la lectura de libros piadosos; pasando largas horas en las iglesias, sobre todo durante la exposición del Santísimo Sacramento; acercándose con frecuencia a recibir los Sacramentos de1a Penitencia y de la Con^ión y comenzando, desde entonces, a hacer uso de

(19) Memorial, 7. (Oeuvres, XII, 105.)

(20) SS, Coeurs de Jésus et Marie, 47 (1926), 208 ss.

(21) Memorial,, 8. (Oeuvres, Xil, 105-6.)

(22) Coeur admirable, conclusión. (Oeuvres, VIII, 354.)

los instrumentos' de penitencia, que en adelante le serán tan familiares (23).

El siguiente hecho concreto pone de relieve la piedad fervorosa de nuestro congregante y su filial confíanza en María. Por entonces, siguiendo el ejemplo de San Edinundo de Cantorbery y de algunos otros Santos, cuya enumeración hace en sus obras, se tomó la libertad de elegir a María por su esposa y de colocar un anillo en el dedo de una de sus estatuas en señal de la alianza que contraía con Ella, cuyas cláusulas redactará un día en un acta impregnada de la más exquisita devoción, firmándola con su propia sangre (24).

Este gesto delicioso de ingenua fe, de infantil ternura, de atrayente pureza, traiciona a un alma santamente apasionada, no desflorada por ningún afecto terrestre ni empañada por aliento alguno malsano; un alma llamada a emprender el vuelo hacia las cumbres de la santidad más heroica.

La piedad a que se entregaba nuestro fervoroso retórico con el entusiasmo que acabamos de evocar, en nada perjudicaba a ,sus estudios. Su aplicación al trabajo, junto a sus buenas disposiciones, le hicieron encontrar pronto su puesto entre los primeros de sus condiscípulos (25).

En Filosofía sus éxitos no fueron menos brillantes ni -sus virtudes menos resplandecientes. Lo atestigua el certificado que el P. de la Haye, prefecto de estudios en el Colegio du Mont, le entregó el 27 de agosto de 1621. No poseemos el texto completo, pero Pedro Costil nos ha conservado la parte esencial. En él se lee expresamente que Juan Eudes había estudiado cuatro años de Humanidades, con la distinción de los mejores escolares; que había hecho en la misma forma su curso de Filosofía y sostenido tesis'públicas con aplauso, y que había sido en todo este tiempo un modelo de probidad y modestia (26).

(23) MARTINE: I, P. 15. J30ULAY: I, p. 56 ss. COSTIL: Annales, I, p. 15.

(24) Este ejemplo de San Juan Eudes ha sido santamente contagioso,

a juzgar por esta carta del P. Prévot, cuya vida edificante recordaba la revista Regnabit: «Os ruego me ayudéis a dar gracias a Nuestra Señora del Sagrado Corazón por una gracia que me ha concedido y

que yo os comunico sencilla y fraternalmente. Leyendo en la vida del venerable P. Eudes un contrato de matrimonio espiritual que había hecho con la Santísima Virgen, be pedido ~ esta buena Madre la misma gracia, y creo me la ha concedido con gran misericordia y consuelo mío». L. BuRoN: Le R. P. André Prévot, en Regnabit, 6 (1923-4), 55.

(25) COSTIL afirma que en retórica su talento y su trabajo le llevaron a ocupar alternativamente el Primer puesto con uno de sus compañeros.

(26) COSTIL: Annales, I, n.' 3. No se sabe con certeza si Juan Eudes hizo uno o dos años de Filosofía en el Colegio Du Mont. El certificado del

§ 2

Algunos pormenores arrancados al silencio que en adelante rodea la historia de los primeros aflos de nuestro Santol nos han permitido subrayar discretamente sus sucesivas ascensiones desde la cuna hasta la salida del Colegio. En consecuencia está preparado para responder a la llamada de Dios.

¿Cómo y cuándo sintió este llamamiento? Lo ignoramos. Si hemos de creer a sus biógrafos (27), ya cuando estudiaba Retórica tenía deseos de abrazar la vida religiosa. Solamente las vacilaciones de su confesor se lo habían impedido. Al terminar la Filosofía, emprendió resueltamente el camino que le había de llevar al altar. En vano su familia cediendo por un momento a miras demasiado humanas, intentó disuadirle. Inútilmente recurrió a todos los medios de persuasión: súplicas, instancias, perspectivas de un acomodamiento que respondiese a los deseos de todos. Nada consiguió. La inquebrantable resolución de nuestro Santo triunfa de todas las oposiciones, y el 19 de septiembre de este ano 1620, con el permiso de su padre, recibe de manos de su Obispo, monseñor Camus de Pontcarré, la tonsura y las cuatro órdenes menores,.

Al comienzo del siguiente curso, el nuevo clérigo toma otra vez el camino de Caen para seguir allí los cursos de la Facultad de Teología. El futuro dirá el provecho que reportó de los tres aflos que permaneció en ella. Para él fueron decisivos. No sólo adquirió entonces un conocimiento tan profundo ¡como variado de las ciencias sagradas como lo atestiguan las obras salidas de su pluma, sino que también-a la vista de la general relajación que pudo observar en los eclesiásticos con quienes diariamente se codeaba en la Facultad-llegó a concebir tan profunda aversión al mundo y tan serias aprensiones por su santificación personal,

P. de la Haye parece indicar que siguió el curso completo, y éste duraba dos años. Además el Santo afirma dos veces en su Memorial que recibió la tonsura en Séez el 19 de septiembre de 1620; al decirlo se sirve de la fórmula dudosa «me parece», y no es inverosímil que se haya engañado sobre la fecha de su ordenación. Por otra parte sus biógrafos están de acuerdo en que una vez tonsurado comenzó su curso de Teología; de donde se deduce que no habría hecho más que un año de Filosofía. No obstante si así fuera no se explica por qué el certificado del P. de la Have le fué entregado en 1621 y no en 1620.

(27) bIARTINE: I, p. 17. BOULAY: I, P. 59.

que resolvió dar a su futuro sacerdocio el sostén y la salvaguardia de la vida en comunidad.

Precisamente los señores de Répichon (28) acababan de establecer en Caen (1622) una casa de un

Jnstituto que entonces estaba en todo el fervor de sus comienzos: el Oratorio, recientemente fundado en París por M. de Bérulle y hacia el cual, como sabemos, había inculcado Mme. de Sacy en su joven protegido profunda veneracion.

Pronto atrajo la atención esta nueva Comunidad, ya por las virtudes sacerdotales que brillaban en cada uno de sus miembros, ya por el perfume de alta edificación que se desprendía de su vida. Juan Eudes, como muchos otros, se sintió conquistado, creía haber encontrado el medio de realizar sus ambiciosos suefios de santidad. Humildemente llamó a la puerta de los Padres del Oratorio y solicitó ser admitido entre ellos. Su petición fué favorablemente acogida por el superior de la Comunidad de Caen, P ' Aquiles de Harlay-Sancy, quien sin pérdida de tiempo escribió al P. de Bérulle.

Pocos días después llegó de París la noticia de.la admisión del postulante, recomendado por títulos muy lisonjeros a la benevolencia del General del Oratorio. Solamente faltaba prevenir a los suyos de sus nuevas intenciones y hacérselas aceptar, y después emprender el viaje a la capital para comenzar su noviciado.

Tampoco ahora había contado con las preocupaciones demasiado humanas de su familia, que en un - principio rechazó sus respetuosas y apremiantes instancias.

Afligido, pero no desanimado por esta negativa, Juan tomó la enérgica resolución de precipitar el desenlace de una situación penosa para todos. Una manana, sin saberlo los suyos, se alejó de la casa paterna y se puso en camino hacia París. Pero, a corta distancia de Ri el caballo se detuvo. Le excitó con la voz y el gesto. El animal se negó a pasar adelante. En esta obstinación le parecio ver una indicación providencial. Desandando el camino entra de nuevo en Ri, se arroja a los pies de su padre, y a fuerza de súplicas y de lágrimas consigue obtener su consentimiento y

(28) Leemos en los Annales de VOratoire (Archivos Nacionales, manuscrito 623): «El 25 de mayo de 1623, M. Gaspar de Répichon ha tomado el hábito en esta casa. Es una de las mejores familias de Caen, relacionada con la del P. de Harlay-Sancv. Le estamos reconocidos lo mismo que a su hermano por nuestro establecimiento en Caen, donde nos donaron la hermosa casa que ocupamos; está valorada en más de 20.000 libras». BOULAY: I, p. 76, nota 3. a.

su bendición (29). Provisto con uno y otro podía emprender su viaje. Días después, el 25 de marzo de 1623, franqueaba el umbral de la casa de Saint-Honoré (30).

I I I

En el Oratorio.

Antes de seguir a Juan Eudes en el Oratorio, cuya puerta se cierra inmediatamente tras él y en donde pasará veinte años de su vida-años durante los cuales se forman los hábitos, las tendencias se afirman y adquieren ser definitivo-, es necesario lanzar una mirada retrospectiva sobre este célebre Instituto. Sin esto, nos expondríamos a desconocer y falsear la obra y las doctrinas de aquél que, incluso después de haber salido de él, seguirá siendo una de las glorias más auténticas de la escuela oratoriana, al mismo tiempo que conserva su poderosa originalidad.

Digámoslo sin rodeos, el P. Eudes permaneció siempre e íntegramente discípulo del Cardenal de Bérulle. Desde luego lo será a su manera, con su temperamento, su gracia propia; pero

(29) ¿Dónde pudo recoger MARTINE los detalles que nos da de la entrevista del Santo con su padre

antes de partir para París? Los primeros historiadores del P. Eudes, COSTIL y HÉRAMBOURG, los ignoraron. Imitándoles hemos preferido limitarnos a lo único que parece ser histórico: lo su.stancial de los hechos.

(30) El 10 de noviembre de 1611, Bérulle y sus primeros compafieros se instalaron en el Hotel du Petit-Bourbon, calle de Sanit-Jacques. En 1616 abandonaron el Petit-Bourbon-sobre cuyo emplazamiento se levantó pronto el Val-de-Gráce-para fijarse en el barrio de Saint-Honoré (Hotel du Bouchage, calle del Coq), cerca del Louvre. Sobre estas dos casas se encontrarán interesantes datos históricos en la serie de artículos publicados por el P. Carru en Oratoriana (diciembre 1932-abril 1933): «Como siempre --escribe-se atendió en primer lugar al servicio de Dios. Sabemos que ya en mayo de 1616 se había aderezado una capilla en que se celebraba la Misa. Se ignora si fué construida o se acomodó un local existente. Lo cierto es que el P., de Bérulle trabajó en ello con sus propias manos (loc. cit., enero 1933, p. 60). La iglesia actual-hoy desgraciadamente dedicada al culto protestante-fué comenzada en 1621 y se terminó, después de muchas interrupciones, en 1750. Es difícil admitir, por lo tanto, que en ella celebrase en 1625 su primera Misa San Juan Eudes, como se ha podido afirmar. Es muy probable que ella hubiese tenido lugar en la capilla provisional de que hemos hablado».

en el fondo, su doctrina seguirá siendo idéntica a la que recibiera en el Oratorio y de la que su inteligencia práctica y su celo apostólico le permitirá entrever y deducir fecundas consecuencias.

Estudios recientes (31) han mostrado a la luz del día, la escuela, las ideas y la obra del Cardenal de Bérulle. Nosotros no podemos hacer más que remitir a ellos al lector deseoso de conocerlas a fondo. Nos limitamos a lo esencial.

La misma vida del Cardenal de Bérulle no es de nuestra incumbencia; menos aún su carrera política que encuadra en la historia general de Francia. Tampoco hemos de ocuparnos de su profundo espíritu interior, de su conocimiento profundo de los negocios, de su mística elevada y firme. Todo esto ha sido muy bien tratado por otros, pero no tiene ninguna relación inmediata con nuestro asunto (32).

Nos interesan la naturaleza, el espíritu y el fin de es ' te Oratorio

que él señaló con el sello de su poderoso genio, y con el que soñó hacer un instrumento de santificación sacerdotal al servicio de la Iglesia de Francia.

Este santo sacerdote se había formado un alto concepto del sacerdocio católico y recordaba con admiracion, no exenta de tristeza, el esplendor que gozaba en los orígenes:

<4Entonces-decía hablando de los primeros siglos de la Iglesia-la santidad residía en el clero como en su fuerte... El clero, compuesto de Prelados y sacerdotes, no respiraba más que cosas santas, dejando las profanas a los profanos. Llevaba profundamente grabado en sí mismo la autoridad de Dios, la santidad de Dios, la luz de Dios: tres bellos florones de la corona sacerdotal, unidos a la vez por el consejo de Dios sobre sus ungidos, sus sacerdotes, y su Iglesia, de tal modo que los primeros sacerdotes eran los Santos y los Doctores de la iglesia; conservando Dios en un mismo orden, autoridad, santidad v doctrina, y uniendo a estas tres perfecciones en el orden sacerdotal, en honor e imitación de la Santísima Trinidad, en la que nosotros adoramos la autoridad del Padre, la luz del Hiio y la santidad del Espíritu Santo, divinamente ligadas en unidad de esencia. Pero-afiade tristemente-el tiempo, que corrompe todas las cosas, ha sembrado la relajación en la mayor parte del clero, y estas tres cualidades-autoridad, santidad, doctrina-que el Espíritu de Dios había ¿nido han sido separadas

por el espíritu del hombre

(31) FIENRI BREMOND: Histoire lifiéraire du sentiment religieux en France, III, L'.École fran~aise (París, 1921).

(32) Cfr. A. PERRAUD: L'Oratoire de France au XVIIe et XIXO siéck, (Paris, 1866), introducción, p. VIII; FIGUSSAYE: Le P. de Bérulle et VOratoire de Jésus (París, 1873). CLOYSEAULT: Recueil des vies de quelques prétres de VOratoire, París, 1882-3 (Generalatos de los PP. de Bérulle y Condren).

y del siglo, permaneciendo la autoridad en los Prelados, la santidad en los religiosos y la doctrina en las academias. Dios, en este divorcio, conservó en diferentes partes---de su Iglesia, lo que había unido en el estado eclesiástico* (33).

Desde hace tiempo el sacerdocio había decaído de su antiguo esplendor. La historia del clero de esta época, sobre todo la de los -santos sacerdotes que se constituyeron en reformadores, abunda en pormenores dolorosos sobre la profunda degradación de este sacerdocio prevaricador. «El nombre de sacerdote había llegado a ser sinónimo de ignorante y de libertino, y M. de Bourdoise, un amigo de M. de Bérulle, apenas exageraba cuando exclamaba abrumado de dolor: -Se puede decir con verdad y horror que todo lo que se hace de peor en el mundo es lo que se hace por los eclesiásticos» (34).

El Cardenal de Bérulle resolvió poner remedio a esta triste situación. Para alcanzar su fin creó el Oratorio, cuya misión original será, no reformar (35), sino santificar al clero secular, rehabilitar el estado del sacerdocio, procurarle-como muy justamente ha dicho M. Bremond-«la apoteosis* (36). Esta última palabra caracteriza bien el ideal perseguido por Pedro de Bérulle. Veamos ahora cómo lo realizará.

En primer lugar, puso bien en claro la noción misma del sacerdocio. Esta es la razón de su culto entusiasta al Verbo Encarnado (37), que Tertuliano llama «el sacerdote universab ' catholicum Patrís sacerdotem. Nuestro sacerdocio, en efecto, no tiene de subsistencia más que la medida en que se apoya sobre el del Verbo Encarnado, que Él prolonga y continúa a través de los siglos.

Después, formará un grupo selecto, que por sí mismo habrá adiestrado y al que comunicará sus santas ansias de vivir de este ideal del sacerdocio magníficamente restaurado. El Oratorio

b

constituirá este grupo escogido. Será únicamente, exclusivamente, una sociedad sacerdotal; sacerdotal por los miembros que la

(33) Oeuvres du P. de Bérulle, col. 1473-5, apud IBREMOND: III, P. 160. (34) HOUSSAYE: Le P. de Bérulle et l'Oratoire de Jésus, p. 5.

(35) H. BREMOND (10C. cít., p. 158) observa oportunamente: «Comúnmente se puede decir que Bérulle al fundar el Oratorio tuvo por fin principal la reforma del clero secular. Se puede defender esta opinión, pero me parece equívoca y bastante fastidiosa. Yo diría que la misión de Bérulle es, no de reformar, sino de santificar al clero>5.

(3&) BREMOND, 10C.'Cit., P. 165.

(37) CHARLES LEBRUN, Introducción al Royaume de Jésus, en Oeuvres, 1, p. 37.

constituyan; sacerdotal por el fin que en ella se persiga: la adquisición en común de la perfección-perfección por sí misma superior a cualquiera otra (38)-rigurosamente exigible a todo sacerdote; sacerdotal, en fin, por las funciones que en ella sean ejercidas: todas las que puedan convenir a la vocación del sacerdote (39).

El P. Amelotte ha dejado bien explicado este punto en su vida del P. de Condren:

«¿Sois capaz de grandes estudios? La Congregación del Oratorio os dará repos uso cátedras para ensenar. ¿Amáis el retiro? Posee casas de silencio y soledad. ¿Tenéis inclinación a Ta-De 't *a? Encontraréis en ella ejemplos de absti

peni enci

nencia cartu-laña-¿-Crs sentís devorado por el celo de la causa de Dios? Os dará a elegir misiones y curatos. ¿OS_gustan el canto.y -¡a-íillE2M2inias? Os dará un ministerio de chantre en un cabildo. En fin, su caridad la hace ser toda clase de comunidades y, no obstante, no se parece a ninguna, porque no está desligada de los Obispos y está unida a todos los Superiores naturales* (40).

Este texto es la perfecta expresión del pensamiento del fundador del Oratorio, tal como nos lo revelan sus actos y sus escritos, al tratar de la multiplicidad de las obras oratorianas: nada de lo que fuese sacerdotal podía permanecer extraño a sus hijos espirituales, sacerdotes ante todo, sacerdotes siempre, sacerdotes en todas partes. «El Oratorio no ha sido instituído para una obra particular. Dondequiera que haga falta un sacerdote, él quisiera proporcionarlo» (41).

Afiadamos para completar, que el P. de Bérulle dió a este grupito de sacerdotes, a quienes trasplantó lo mejor de su alma, toda una doctrina (42) sobre la vida cristiana y la vida sacerdotal que creará en torno a ellos una especie de atmósfera espiritual, de que todos se inclinarán hasta la médula, que les comunicará

(38) Requiritur maior sanclitas interior quam requirit etiam religionis status. S. THOMAS: 2.a, 2.ae, q. 184, a. S. Cfr. Oeuvres, III, p. XXXVII.

(39) «Tal es el fin que se propone el Oratorio. Hace de la obligación de tender a la perfección sacerdotal el carácter dominante de su constitución, el espíritu de sus obras, la unidad viviente de todas sus funciones y de todos sus ministerios y ofrece a todo sacerdote seriamente deseoso de mantenerse a la altura de su santo estado, el socorro inapreciable de la vida en común». PERRAUD: L'Oratoire de France, p. 85.

(40) PERRAUD: Ib¡d,, p. 91.

(41) P. SANSON: Conferencia en la Sala de Geografía el 3 de marzo de 1932. Oratoriana, 1932, n.' 1.

(42) Quienquiera que desee lograr una idea exacta de la doctrina beruliana debe estudiar detenidamente los dos capítulos del P. AMELOTTE (1. 3, e. 5 y 6). He aquí el esquema de que les hace preceder su autor:

una mentalidad uniforme, un aire de semejanza; doctrina, en fin, que tendrá al exterior una

espléndida Irradiación en y por medio de la gran escuela de espiritualidad que la debe el ser: la escuela francesa del siglo xvii, de la que puede decirse con verdad lo que el P. Amelotte ha dicho del Oratorio, que era <iel país de Jesús*.

§ 2

Tan fácil como nos parece describir con abundancia de pormenores-como en algunas ocasiones se ha hecho-la vida del ~ostulante oratoriano durante su año de «institución», nos parece difícil trazar la vida misma que allí lleva,nuestro Santo. Algunas fechas que él conserva en su Memorial, algunos recuerdos recogidos por sus historiadores, ciertas apreciaciones salidas de sus labios sobre los PP. de Bérulle y de Condren, tos eminentes maestros que dirigieron su noviciado, son los datos más claros entre los pocosutilizables sobre este período de su vida. Por fuerza nos hemos de contentar con ellos. Consultemos en primer lugar su Memorial:

«Fuí recibido y entré en la Congregación del Oratorio, en la casa de Saint-Honoré de París por su fundador el R. P. de Bérulle, en, el año 1623, el 25 de marzo...

Cap. V: 1) La Congregación del Oratorio no es menos útil a la Iglesia que las otras. 2) Ella ha suscitado el espíritu de respeto a Dios. 3) Que es una de sus gracias particulares. 4) Y cuya falta es notable.

Cap, VI: 1) El Oratorio ha aportado un particular conocimiento y amor de jesucristo. 2) Este conocimiento nos ha hecho advertir la obligación que todos tenemos de vivir en esta cabeza.

Permítasenos afiadir las líneas fundamentales que siguen tomadas al último de los capítulos citados:

«En fin, él (Bérulle) y sus hijos nos han hecho recordar que no vivimos para nosotros mismos, que habiendo sido rescatados con su sangre y muertos con Él en la Cruz, nada más era necesario para nosotros; que no subsistiendo sino en nuestra cabeza, debemos obrar como miembros suyos... Un nuevo Padre nos ha engendrado nuevamente, hasta que el Hijo de Dios fué formado en nosotros.

Y digo formado en nosotros, porque habernos hecho fijar los ojos en Jysucristo no es todo el efecto que su gracia ha producido en nosotros. El nos lo propone como nuestra vida, nos hace saber que somos sus miembros, nos estampa en el alma que no podemos seguir otros impulsos que los suyos, nos predica que debemos meditar en Él sin cesar y copiar en nosotros lo que en su persona vemos. Él no se limita a decirnos que es preciso imitar sus acciones, sino que nos urge a morir a nosotros mismos y a no permitir en nosotros sino sus sentirnientos.»

»Fui revestido de las vestiduras eclesiásticas en el mismo ano, en la fiesta de Nuestra Señora de la Piedad, que se celebra el viernes de la semana de Pasión...

»Comeucé a predicar en el mismo año 1623, por ¿rden de mis superiores, aunque todavía no hubiera recibido las órdenes sagradas... (43).

»Recibí la tonsura v las órdenes menores en Séez el año 1620, el día 19 de septiemb~e, y el subdiaconado también en Séez en el año 1624; comencé a rezar el breviario en la fiesta de Santo Tomás Apóstol.

»Recibí el diaconado en Bayeux el año 1625, en Cuaresma...

»En el mismo afio, 1625, fui ordenado de sacerdote en París el 20 de diciembre.

»En seguida dije mi primera Misa el día de Navidad en el año 1625, a media' noche, en la casa del Oratorio de París, en Saint-Honoré, en una capilla y un altar dedicados a la Santísima Madre de Dios...

»En los años 1625 y 1626, habiéndome enviado Dios un achaque que me impedía trabajar exteriormente, me concedió estos dos años para que los empleara en el retiro y para dedicarme a la oración, a la lectura de los libros de piedad, y a otros ejercicios espirituales, lo que para mí fué una gracia particularísima, por la que eternamente debo bendecir y dar gracias a su divina boridad» (44).

Se ve, pues, que el currículum vitae del P. Eudes está completo. Nó obstante añadiremos un detalle: <iEste día (25 de marzo)ha escrito él mismo en la Elevación a Jesús y María colocada al principio del Reino de Jesús-me habéis concedido la gracia de, hacer el voto de perpetua servidumbre a Vos y a vuestra.Santí

> sima Madre» (45). Y esto es todo.

El Santo no juzgo oportuno dejarnos penetrar en su interior

(43) «M. de Bérulle conocía a los hombres y eran fundadas las esperanzas que concibió del novicio. Al ca~o de varios meses advirtió en él una obediencia, un fervor y una regularidad poco comunes v, además, disposiciones tan particulares para el estudio, u¡i celo tan ardiente por la salvación de las almas y un talento tan excepcional para anunciar la divina palabra, que se decidió a hacerle predicar en público desde los veintidós afios, a pesar de que no había recibido ninguna Orden sagrada.» LE BEURRIER: Ms., p. 12.

(44) Memorial, 9-17. (Oeuvres, XII, 106-7.)

(45) El P. de Bérulle aconsejaba este voto a las almas puestas bajo su dirección. Incluso había redactado dos elevaciones o votos para ofrecerse a Jesús y María en -el estado de servidumbre que provocaron una movida polémica, y precisamente para defender sus doctrinas compuso sus Discours de l'_État et des Grandeurs de.[¿sus (1623). Cfr. Oeuvrcs complétes du V. Eudes, I, P. 84, nota 2.a. BÉRULLE: Narré de ce que s'est passé sur les elevations Ú Jésus et ti Marie. (Publicado como apéndice de sus Discours de l'rtat.) HOUSSAYE: Lo P. de Bérulle et l'Oratoire, c. VII y IX. HÉRAMBOURG-LE DORP: Vertus du P. Eudes, c. xi.

ni comunicarnos las gracias extraordinarias con que se pudo ver favorecido durante su noviciado y los años siguientes. No obstante, una confidencia que inadvertidamente tuvo y que Martine nos refiere, permite levantar un extremo del velo que descorrió sobre su vida íntima: <iDijo un día a algunas personas de confianza, que Dios le había comunicado durante la oración, al pie de su crucifijo, todo lo que sabía, y sobre todo una facilidad tan grande para comprender las Sagradas Escrituras que con la sola lectura de algunos versículos del Evangelio hallaba inmediatamente materia para los sermones de todo el Adviento y aún para toda la Cuaresma» (46). Este detalle es precioso. Él prueba con qué abundancia le fueron comunicados los dones de inteligencia y de ciencia.

Todavía podemos sorprender en la yeneración y singular estima que guardará toda su vida a sus maestros de santidad, el Cardenal de Bérulle y el P. de Condren, como un eco lejano de las inefables impresiones que experimentó en sus primeros años de oratoriano. «Cuando hablaba del P. de Bérulle-escribe Costil1-- llamaba siempre su honorable Padre; era su oráculo, su profeta, su ángel. Le

consideraba como a uno de los más apasionados amantes del Verbo Encarnado que hubiesen existido desde hacía varios siglos, y pregonaba por todas partes que por su ministerio él había recibido las mayores gracias del cielo, y que le era deudor, después de Dios, de todos los elevados conocimientos que nos ha dejado en sus escritosi> (47).

«Análogos sentimientos experimentó respecto del P. de Condren, el digno sucesor del P. de Bérulle, y hablaba de él a sus nuevos compañeros como de un hombre que había tenido luces y tratado verdades desconocidas a los santos y a varios Padres de la Iglesia. Añadía que lo que se sabía de esta gran alma era poco, en compa-, ración con lo que era en realidad, y que no se le conocía en su milésima parte; que ésta era la razón por la que las gentes del mundo no la entendían; y, en su opinión particular, sería que apenas había sido menos iluminado en los misterios de la religión que los Apóstoles. Esto es lo que nos ha relatado M. Finel, quien añade que por esta razón quería que se leyese cada año la vida de este hombre santo en el refectorio, para que se pudiera aprovechar más aún de su rara doctrina y de sus ejemplos de santidad» (48).

(46) A lo que añade COSTIL: «Parece que también tuvo este don para la inteligencia de los escritos de los Apóstoles y en particular los de San Pablo». Annales, 1, p, 21.

(47) COSTIL: Ibid., 1, p. 18.

(48) COSTIL: Ibid., I, p. 19.

AÑOS DE FORMACIóN 29

El P. Eudes-él mismo lo acaba de decir-pasó después de su ordenación dos años de retiro (49) y de laborioso a la vez que piadoso descanso, para así rehacer su quebrantada salud., Apenas se había restablecido cuando las circunstancias abrieron ante su celo un campo de acción insospechado., Acababa de declararse la peste en su propio país y en toda la región de Argentan, y llegaban hasta él relatos dolorosísimos acerca del estado a que se veían reducidas las alocadas poblaciones. Atendiendo únicamente a su abnegación solicita del P. de Bérulle, con apremiantes instancias, la autorización para poder volar en su socorro. Le es concedida. Sus preparativos de partida no son largos: un altar portátil y lo estrictamente necesario para poder ofrecer el Santo Sacrificio es todo lo que el misionero de la caridad lleva de París.

Obedeciendo órdenes del P. de Bérulle, se dirige ante todo a Caen, para ponerse de acuerdo con el Superior del Oratorio de esta ciudad sobre las medidas que habían de tomar para la ejecución de sus piadosos designios. No parece que el P. Allard se prestara con gran entusiasmo a los deseos de su joven compañero: la misión que éste ansiaba le parecía peligrosa y trató de disuadirle. Al menos esto es lo que parece desprenderse de ciertos pasajes de la carta de recomendación que el P. Allard, vencido al fin por las suplicas del P. Eudes, terminó concediéndole. El texto en la traducción que Pedro Costil nos da es el siguiente:

«En cumplimiento de órdenes de nuestro reverendo Padre General, yo, el abajo firmante, sacerdote de la Congregación del Oratorio y Superior de la residencia de Caen, atestiguo que nuestro muy amado Juan Eudes, sacerdote de la diócesis de Séez, de gran estima en nuestra Congregación, se ha conducido siempre entre vosotros como entre nosotros, dotado de virtud, ciencia, modestia, costumbres puras, y ha llevado una vida edificante, y que al ir a vosotros no tiene más motivo que las instigaciones de la caridad cristiana, de la gloria de Dios y salvación de las almas. En consideración de - lo cual, indudablemente se le puede confiar el cuidado e instrucción de los fieles, así como la predicación de la palabra de Dios y la administración de los Santos Sacramentos, en especial en los lugares donde la miseria del tiempo y la peste causen penuria en las almas.

Ésta es la gracia'que nos ha pedido con reiteradas instancias, que no hemos podido rehusarle y que exponemos a vuestra prudencia. El orden de la caridad exigía que hiciese partícipe de sus talentos al país que le ha dado la vida, la gracia y la ordenacion; y que su propia diócesis sea la primera en recoger los

(49) En Aubervilliers, cuya iglesia dedicada a Nuestra Señora de las Virtudes era servida por los Padres del Oratorio.

frutos que tiene derecho a esperar de su capacidad, piedad, sabiduría, trabajo, y de su propia vida.

Nosotros, que somos vuestros servidores en Cristo,, nos tomamos la libertad de enviárosle después de haberle dado nuestra bendición, para recibir por ello otra mayor y más abundante de vuestra parte que le proporcionará el medio de vigilar útilmente sobre las necesidades de los suyos e incluso de los vuestros, si las circunstancias lo exigieran; todo bajo vuestra autoridad.

Como no dejará de dar liberalmente lo que de él dependa, esperamos no le negaréis lo necesario.

Dado en Caen a 13 de agosto de este aflo 1627.

ALLARD* (50).

La carta del P. Allard tiene fecha de 13 de agosto de 1627. Fué visada al día siguiente por Mr. Bazire, vicario general de Séez, a quien según parece encontró en Falaise. Una vez en regla con la autoridad diocesana, se puso a trabajar inmediatamente.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos sobrepasa en horror a todo lo que uno se puede imaginar. Escuchemos el siguiente cuadro de la peste que desde 1627 hasta 1631 extendió sus estragos por Francia, Saboya, Piamonte e Italia, conforme nos lo pinta un historiador:

«Los azotes que han asolado el siglo xix no pueden darnos una idea de lo que era entonces una peste. La suciedad de las ciudades, la nulidad de los,socorros médicos, la ausencia de una administración regular capaz de poner un poco de orden en medio de tal confusión y el carácter contagioso del mal exagerado por la opinión, contribuían a acrecentar la mortandad y aumentar el espanto y la desesperación. En presencia de una enfermedad que se comunica por el tacto, que el apestado transmite por el aliento, a la vez que deja contaminado todo aquello de que se sirve, nadie se atrevía a ver a nadie, y menos tocarle; los mismos alimentos se hacían sospechosos; las relaciones, más queridas cesaban. A los primeros síntomas del azote se abandonaban las ciudades, que durante meses enteros permanecían desiertas, cubriéndose sus calles de yerba y transitando por ellas grandes manadas de lobos, atraídos por el hedor de los cadáveres insepultos. Los mismos labradores dejaban los campos y tiraban las azadas. Un año de peste traía un aflo de hambre, la cual a su vez volvía a ocasionar una peste: mortífero circuito cerrado durante mucho tiempo» (51).

(50) El texto latino de esta carta de recomendación. puede verse en COSTIL: Annales, 1, p. 21, nota 1.a.

(51) BoUGAUD: Histoire de Sainte Jeanne de Chantal, II, p. 255, apud MARTINE-LECOINTE: I, p. 47, nota 1.a.

Estos detalles nos permitirán seguir a nuestro caritativo apóstol en su heroica empresa. Acude a los puntos donde la peste se ensafiaba con máxima violencia: Saint-Christophe, Saint-Pierre, Saint~Martin de Vrigny y las parroquias colindantes. Conforme a lo que debía esperar todas las puertas se cerraban para él (52). Felizmente un buen sacerdote de la parroquia de Saint-Christophe, Mr. Laurens, consintió en darle albergue, e incluso, arrastrado por su apostólico ejemplo, aceptó participar en su peligroso ministerio. Siguiendo su costumbre, el P. Eudes ha anotado en su Memorial el recuerdo de los días de gracias pasados al servicio de los apestados:

«Vivía con un buen sacerdote de la parroquia de SaintChristophe, llamado Mr. Laurens, que me recibió caritativamente en su casa. Durante mi estancia allí, los dos decíamos a diario la Santa Misa en una capilla de Saint-Evroult, no muy lejos de su casa; después yo colocaba las formas,que había consagrado en una cajita de hojalata, que está en el fondo de mi baúl y la colgaba de mi cuello. Luego íbamos mi buen sacerdote y yo en busca de los enfermos de una parroquia u otra, y después de haberles confesado yo les daba la sagrada Comunión. Hicimos esto desde finales de agosto hasta pasado el día de Todos los Santos, cuando la epidemia hubo desaparecido por completo. Dios veló por nosotros de tal manera que durante todo este tiempo no sentimos molestia alguna» (53).

Esta infatigable abnegación adquiere imponente grandeza a la sola lectura de estas sencillas notas, fríamente escritas, despojadas de todo artificio literario, desnudas de toda preocupación de gloria y reputación humanas. San Juan Eudes llevando con cuidado sobre su pecho la Sagrada Eucaristía, recorriendo en búsqueda de los moribundos y enfermos los campos devastados "por el más despiadado de los azotes, no conociendo reposo ni tregua,

COSTIL: Annales, 1, p. 23. MARTINE: I, p. 43; y en nota ¡bid. OURG-LE DOR E.

Memorial, 18. (Oeuvyes, XII, 107-8.) Si hemos de creer a Le (ms., p. 27), la peste no sólo se ensafió en los alrededores de Arsino que penetró en la mismá ciudad. A ella se trasladó el Santo, a vez no se contentó con asistir a los moribundos, exhortó a los

tes a consagrar su ciudad a la Santísima Virgen mediante un voto y solemne. Habiendo seguido su consejo el azote desapareció. Por

--,l'ilnStigación suya los habitantes de Argentan testimoniaron inmediatamente su reconocimiento a María colocando su estatua en todas las puertas de lá ciudad; y Le Beurrier afirma que, en su tiempo, todavía se veían en Argentan -las estatuas que recordaban la protección que la Santísima Virgen había , dispensado a la ciudad en 1627. Confesamos que no hemos encontrado

~',indicio alguno de este incidente, ni en el P. Eudes, ni en sus biógrafos.

alcanza en nuestra admiración a sus émulos en caridad, en total olvido propio y en celo infatigable: a un Francisco Javier, que descalzo vuela a la conquista de los imperios que suefia dar a jesucristo; a un humilde Vicente de Paúl, que en el corazón del invierno abriga con su manteo a los niños abandonados en los barrios bajos de París; al dulce Francisco de Sales, que escala las escarpadas crestas de los Alpes en pos de las ovejas descarriadas.

3 3 -

CAPíTULO II

SAN JUAN EUDES EN EL ORATORIO DE CAEN

1 6 2 7 - 1 6 4 3

1

En el Oratorio de Caen.

Al regresar el P. Eudes de las campañas de Argentan, una vez desaparecida la peste, se le señaló la casa de Caen por residencia. En ella había de pasar varios años (1627-1631) preparán

> dose a la vida de misionero mediante el estudio, la oración y la predicación ocasional. Poco conocemos de este período.

, No obstante sabemos que habían llamado poderosariente la atención sus trabajos al servicio de los apestados, así como también su manifiesta santidad. Esta es la época en que se establecen entre él y algunas almas de piedad excepcional, esos lazos espirituales que atestiguan su prestigio e influencia fuera de la Comunidad. Pronto hemos de ver por una carta que le dirigen las Carmelitas de Caen la grande estima en que ya entonces le tenían a causa de sus virtudes y talentos. Es también de este tiempo una carta que escribe a la Abadesa de las Benedictinas de la Santísima Trinidad de Caen, madre de Bu,dOs (1), la cual supone una autoridad no explicable por su solo sacerdocio.

(1) Lorenza de Budos, hija de Jacobo de Budos, vizconde de Portes,

~,y de Catalina de Clermont Montoison, nació en,1585. Era hermana de Antonio Hércules de Budos, vicealmirante de Francia, y de "tasar de Budos, Obispo de Agde. Nombrada abadesa de la Santísima Trinidad en 1598, Lorenza halló su abadía en el más deplorable estado, pero gracias a su bondad, paciencia y ejemplar vida, consiguió hacer reflorecer en ella las virtudes cristianas.

Es la de ¡in director que se siente en el derecho y en la obligación de hablar claro y sin rodeos a un alma querida, atribulada por dura prueba (2).

Una nueva aparición de la peste, corriendo el año 1631, y esta vez dentro del mismo Caen, le hizo abandonar su retiro de paz y estudio. Sin vacilaciones---como antes ya lo había hechovuela el Santo en socorro de las víctimas del terrible azote. En poco tiempo fué grande 1 su número, particularmente en los bayrios pópulososÍ d&'la'ciudad que, en estás oca:si6nos, suelen ser los más castigados. El P. Eudes se multiplicaba en el servicio de los abandonados en sus casas, que, por ello, se hallaban en gran peligro de morir privados de los Santos Sacramentos. Mas todas las noches, como no quisiera exponer a sus hermanos al contagio, se refugiaba en un tonel puesto a su disposición por Mme. de Budos, en un prado perteneciente a la abadía de la Santísima Trinidad y que, si damos crédito,, al, P. Lecointe (3), había de conservar el nombre de Prado del Santo. 1

Cuando así se afanaba sin descanso en el servicio de todos los desamparados, llegó hasta él la triste nueva de, la grave enfermedad de su superior, el P. de Répichon, atacado por el terrible azote, junto2 con otros dos miembros de la Comunidad. Su deber no es dudoso. Vuelve sin pérdida de tiempo al Oratorio, se instala a la cabecera de los tres enfermos, les prodiga cuidados espirituales y corporales, y él mismo es quien les prepara a una santa y feliz muerte (4). Desempefiados estos oficios. de

caridad con los suyos se retira otra vez a su tonel y renueva las hazañas entre los apestados do la ciudad.

Tanto celo, no podía menos de lograr frutos. En esta ocasion Dios le deparó la alegría de su primera conquista en la persona de un calvinista, obstinado en sus errores, y a quien la caridad del Santo atrajo a la ` verdadera senda. Esta conversión de uno de los herejes más conocidos de Caen, tuvo una gran resonancia., Añadida a los prodigios de generosidad que ya figuraban en el activo del P. Eudes, aurnentó la general veneración y estima de que era objeto (5).

(2) Esta carta la escribió el Santo en 1629 con ocasión de la muerte de Antonio de Budos, acaecida en el asedio de Saint-Privas. Oeuvres, XI, págs. 7-21.

(3) MARTINE: I, p. 51, nota.

(4) Murieron el P. de Répichon y uno de los dos enfermos; el otro sanó. Cfr. Memorial, 19. (Qeuvres, XII, 108.)

(5) Cfr. COSTIL: Annales, I, p. 24; MARTINE: I, p. 53; LE BEURRIER: Mss., p. 37. -

' 1 Conjurada la peste (6), y apenas vuelto a la residencia,del Oratorio cae el Santo gravemente enfermo. Su estado inspiró pronto grandes inquietudes. No podeirios resistir al deseo de transcribir la carta que las Carmelitas de Caen le dirigieron con 1 este motivo: demuestra la religiosa consideración de que gozaba en el Carmelo de Caen este joven oratoríano de veintinueve aflos, y, la, convicción que allí existía de su gran santidad.

<iReverendo Padre: Acabamos de saber su gran temor de que logremos retenerle entre nosotros cuando ya está entre las manos de Dios. No, no, no tiene por qué temerlo. ¡Oh!, bien nos guardaríamos de ello. No tenemos tan poca caridad para con usted. Muy dulce y amable es hallarse entre las manos de un Padre tan amoroso, descansando en los brazos de su Providencia; mucho le agrada rá a usted ésto para que le vayamos a molestar nosotras. Lo que he dado a Dios una vez ya no se lo puedoquitar. -

La intención que hemos tenido en nuestras devociones diarias a su respecto es realizar este versículo: Invoca me in díe tribulationis, eruam, te, et hónoyifi¿abis me. No pedimos que se le prolongue la existencia, sino, por el contrario, sólo lo que sea para mayor gloria de nuestro amado Jesús; que si su voluntad es llevarle con Él estoy resuelta a tratar de alegrarme por su dicha en lugar de entristecerme por mi pérdida. Si esto llegara, le suplicamos, que cuando esté con Nuestro Seflor, nos haga la caridad de entregarnos todas a Él, y pedirle que cumpla en

osotras sus, adorables- designios. También le suplicamos que sa.de de nuestra parte a la Santísima Virgen, a nuestra santa madre Teresa, a San José, a nuestro bienaventurado Padre, y a todos nuestros santos y amigos. Y si jesucristo quiere glorificarse todavía en usted y por usted en este valle de lágrimas, no hay remedio, Padre, es necesario tener paciencia. Aunque estuviese a la -puerta de] cielo, preparado a entrar dentro, nosotras le retendríamos. No importa que ya haya usted hecho testamento; es necesario que se resuelva a soportar este destierro por amor de Aquel que le es todo» (7).

Estos sentimientos conmovedores fueron, plenamente compartidos por el Santo enfermo. Lo prueba la síguiente carta que él mismo escribió poco después a una religiosa benedictina:

<xOs doy, para este mes, y eternamente, la gran solemnidad de Jesús que celebraremos el 28 de este mes; es una de las tres grandes solemnidades que se celebran en el cielo. Si el Señor os lleva pronto allí en él la celebraréis con alegría y gran regocijo,

(6) Según el P. Boulay, quien se apoya en el P. Hérambourg (loc. cit., P. 175), sucedió así después de intervenir la Santísima Virgen, invocada a instigación del P. Eudes por todos los habitantes de Caen, quienes, ccimo en 1627 los de Argentan, colocaron su estatua en las puertas de la ciudad. (7) BOULAY: I, p. 177.

mientras que nosotros la celebraremos con, dolor y angustia. Los dos solemnizaremos la misma fiesta, mas ¡ay!, ¡de cuán diferente modo! No puedo pensarlo sin prorrumpir en lágrimas y suspiros. ¡Ay! ¡Quién no ha de suspirar! ¡Quién no ha de llorar amargamente! No lloro por usted, sino por mi. i Ah!, mi querida y muy amada hermana, si tenéis un,granito de caridad para vuestro pobre hermano, suplicad a Nuestro Señor cuando estéis junto a r_l, que me saque pronto de este lugar de pecado y de imperfección, para ponerme en un lugar y en un estado en'e1 que se le ama pura y continuamente* (8).

§ 2

Restablecida su salud inició oficialmente la carrera de rhisionero. Normandía, su provincia natal, fué el primer testigo del largo y fecundo apostolado de nuestro Santo. Como lo estudiaremos en capítulo aparte, no nos vamos a detener ahora sobre este particular. Limitémonos únicamente a indicar los principales hechos de sus comienzos.

Las misiones figuraban evidentemente entre las obras oratorianas. Por eso el P. Bourgoing ha podido escribir en el Prólogo de su Directorio Para las misiones: «Este empleo no nos es nuevo, puesto que nació con nuestra Congregación y comenzó con su establecimiento». De hecho el Oratorio ha suministrado a la Iglesia misioneros de gran fama, entre los que nuestro Santo ocupa un honroso lugar.

En su Memorial nos ha dejado el itinerario de su primera excursión apostólica:

«En el año 1632 me destinaron a las misiones de la diócesis de Coutances en Lessay, Périers, Saint-Sauveur-le-Vicomte, Haye-du-Puits, Cherbourg, Montebourg» (9).

Un éxito rotundo coronó sus primeros trabajos y contribuyó a aumentar su ya considerable reputación. Podemos juzgar de éste por el siguiente pasaje de una< carta que hacia este tiempo le dirigieron las Carmelitas de Caen, a quienes había interesado en su ministerio:

<xSi no fuera por el deseo de conformarnos con la voluntad de Dios, envidiaríamos a los llamados a una obra tan santa. Pero esta privación que nuestro estado lleva consigo, no nos impide hacer lo, que usted hace, aunque de diversa manera.

(8) Oeuvres, XI, 23. (9) Memorial, 20. (Oeuvres, XII, 108.)

Por muy dichosas nos tendríamos si Nuestro Señor aceptara las oraciones que le ofrecemos a este particular; y si en algo pudiéramos ayudarle para lá mejor disposición de las almas,

• las que hacemos visitar por los santos ángeles que enviamos

• usted y a los que nos unimos en espíritu. Una de nuestras principales misiones, que están unidas a la de usted, se refiere al Santísimo Sacramento, al que todos los días visitamos con esta intención ' por habernos dado permiso nuestra reverenda Madre para aplicar y ofrecer a jesucristo todos los actos de piedad que hagamos por nuestra misión; empleo este término por habernos asociado a ella vuestra caridad* (10).

Terminada esta primera tanda de misiones, regresó el P. Eudes a Caen y siguiendo la costumbre del Oratorio (11), reanudó la vida de estudio y oración por espacio de dos aflos. También se entregó a un activo ministerio de caridad cerca de las almas puestas bajo su dirección.

Varias cartas que se escaparon de la desgraciada y casi total destrucción de su correspondencia, nos muestran la forma viril con que sabía conducir a las almas, y nos permiten gustar sus encantos algo austeros.

Léanse, por ejemplo, las que dirigía a Sor María de Taillepied, Hermana lega de la Santísima Trinidad de Caen, siempre enferma, y que a menudo experimentaba la necesidad de que la infundiesen ánimos. Estas cartas son características. Contienen, en germen, todo el Reino de Jesús y nos muestran al Santo ya en posesión de las ideas fundamentales sobre las que no dejará de insistir, y que constituyen la médula de su doctrina espiritual.

Después de algunas palabras, como preámbulo, para atraer la atención de la enferma sobre la próxima solemnidad de Jesús, celebrada por los oratorianos el 28 áe enero, continúa en estos términos:

«... En espera de que vayas a celebrar la solemnidad de Jesús en el cielo, yo la quiero celebrar en la tierra por ti, o mejor aún, suplico a Jesús que se honre y se glorifique en ti de la manera por]~l deseada. Le suplico que obre de forma que todo lo que en ti ha sido, es y será, en tu cuerpo, en tu alma, en tus pensamientos, palabras y acciones en tu vida temporal y eterna, rinda homenaje y eterna gloria a todo lo que es en El, en su cuerpo, en su santa alma, en su divinidad, en su humanidad, en su vida temporal y eterna. Le pido en fin que te aniquile enteramente y se establezca en ti; que te retire o te consuma toda en Él, y que sea todo en ti; que no se vea en tu interior y exterior más que a Jesús, en tu tiempo y en tu eternidad; que esté en ti,

(10) BOULAY: I, P. 190.

(11) Cfr. la carta del P. Bourgoing citada por BOULAY, I. P. 191.

que viva en ti, que opere en ti, que sufra en ti, que muera -en ti; y que en ello se adore y glorifique. a Sí "sino en todas las formas por Él deseadas. Esto es, mi queridísima hermana, lo que Jesús quiere obrar en'.ti por esta fiesta, o más bien por este gran misterio que encierra en sí todos los misterios y todas las fiestas que te doy de su parte, Date a Él, a esta inteución y yo haré lo restante por ti.

, De su parte también y en su nombre, te doy por virtud para este mes y para siempre el santo amor de Jesús, a fin de que vivas y mueras amando a Jesús. Yo le suplico que se ame a Sí mismo en tu interior; eleva con frecuencia hacia r_l un suspiro por esta intenclón. Yo suplico también al Padre, al Santo Espíritu de fesús, a la Madre de Jesús, a todos los ángeles y<santos de Jesús que amen a Jesús por ti y que le entreguen el céntuplo de amor que le hubieses podido entregar durante toda tu vida.

Eleva un pequeno suspiro hacia esas santas y divinas personas por está intención.

Esta mañana he renovado en la santa Misa la uni~n que,Nuestro Señor ha puesto en nuestras almas. Te ruego que ahora, ante la presencia de Nuestro Señor hagas lo mismo mediante un acto de voluntad, a fin de que si vas al cielo la primera, allí le ames y honres por mí, mientras que yo me esforzaré por amarle y servirle por ti, en la tierra» (12).

Nos ofrecen estas líneas el mejor comentario del vehemente grito de amor que el Santo lanzará toda su vida: Iesum volo, mil amplius! ¡Cómo se prolongan hasta nosotros los latidos de su corazón consumido desde este-momento por el amor de jesúg! Señalemos tarribién en estas cartas, pues no es menos característi,co de la manera de ser del Santo director, el completo desinterés en 1 el amor por Jesús del que El mismo se encuentra abrasado, y cuyas llamas quiere ver esparcidas a su alrededor:

<iAdiós, mi querida y muy amada Hija, yo soy todo tuyo para siempre en Jes1s y por Jesús, con el cual me esmero por ti, aunque no obstante, no me atrevo a pedir tu salud. Hágase todo cuanto agrade a este amabilísimo Salvador, con tal que nos otorgue la gracia de amarle perfectamente cuanto antes ... * (13).

¿No es ésta una clarísima invitación a perderse de vista a sí mismo, a olvidar sus intereses y preocupaciones personales, para. no pensar más qye en Jesús, no amar a nadie fuera de Él, no gozar más que de El? Sobre esto insiste en otra carta dirigida a la misma Hermana lega:,

«Renunciemos fuertemente y con valentía a toda otra cosa, y solo busquemos a Él» (14). '

(12) Oeuvres, XI, 22-4. (13) Ibid., XI, 24. (141, t7bid., XI, 25.

SAN JUAN EUDES EN EL ORATORIO, DE CAEN 39

En cierta ocasión la humilde Hermana lega empleó, sin darse

',¡Cuenta, una expresión mundana en unal de sus cartas. Inmedia

~< ~~.,támente su inexorable director la reprende sin miramientos:

,7 ~ , 1 #... Mucho me agrada la ingenuidad y la sencillez con que me escribes, pero no obstante, aún se te ha escapado en tu carta una palabra mundana, ese besamanos que te tengo prohibido.

<1 1 < , Soy de parecer que por esto tengas medio Cuarto de hora de era

Ción SODre las palabras de Jesús hablando de los suyos: No son de este mundo, como Yo tampoco lo soy. Adora a Jesús en la per> fecta separación que ha tenido del mundo, tanto en su manera

de hablar como en todos sus actos.. Adórale pronunciando estas palabras. Entrégate a Él, y también yo, pidiéndole que nos separe del mundo por entero, . tanto en sus formas de pensar como en todo lo - demás, y besa tantas veces la tierra cuantas palabras hay en esta sentencia: No son de este mundo.

No vayas a creer que has cometido una gran falta por haberte

< . servido de esta expresión, quizá inadvertidamente. Es que es muy de mi agrado liacerte honrar estas palabras del Hijo de Dios. ¡Cuári diferentes son mis faltas! ¡Viva Jesús y María, los únicos exentos de faltas y de pecados!* (15).

*Séanos permitido citar aquí esta otra carta, en donde se

~ desbordan los sentimientos que llenaron elalma de nuestro Santo:

<iJesús, María:

¿Qué te diré, mi querida hermana, para consolarte? ¿Te diré lo que el mundo acostumbra a decir a los que están enfermo0 '¿Que esto no será nada y que muy pronto te vas a curar? Pero no es eso lo que pides. ¿Te. diré que existen motivos para esperar tu pronta liberación de las miserias de la tierra y del destierro que estás sufriendo? Mas tampoco es eso lo que buscas, puesto que quieres aborrecer la consideración de tu propio interés. ¿Qué te puedo decir, entonces, que 1e sirva de consuelo? No te hablaré de ti, pues es preciso olvidarnos enteramente de nosotros mismos; sino sólo de Jesús, el cual debe ser el único tema de nuestras conversaciones, pensamientos y consuelos. ¿Y qué te diré de este estimable e infinitamente bondadoso Jesús? Te diré que Él se da por entero a ti y que tú toda eres de Él, mi querida hermana. ¡Qué gran consuelo! ¿Qué otra cosa quieres? Vive en paz en adelante y no temas Dada; pues Jesús se da todo a ti, y tú, a Jesús que te quiere infinitamente. y que sobre ti no tiene otros pensamientos y designios quel pensamientos y designios de amor y de bondad.

No sufras pórque no puedas rezar el . Pficio, hacer la oración y practicar tus ejercicios en la forma, que desearías, pues hay muchas personas que hacen por ti todas estas cosas. Mas lo que sobrepasa infinitamente a todo es que el mismo Jesús, tu todo,

(15) Oeuvres, XI, 25-6.

está continuamente en ejercicio de contemplación, de alabanza y de amor hacia ti, en presencia de su eterno Padre. En fin, en el cielo todo es tuyo, lo mismo que en la tierra. Permanece tranquila, y en un total y entero abandono de ti misma, de tu salud, de tu vida, de tu alma y de tu salvación, en manos de tu amabílísimo Padre que es Jesús ... » (16).

Su Memorial nos informa de que definitivamente se puso en camino para la conquista de las almas en el año 1635: p

«En el, aí¡o 1635 prediqué varias misiones en diversos lugares de la diócesis de Bayeux, a saber: en Beneauville, en Evrecy y en Villers-Bocage...

En el afio 1636, trabajé durante el verano en varias misiones de la diócesis de, Saint-Malo, en Bretafia, en Pleurtuit, en Plouer y en Cancale» (17).

Pocas cosas conocemos de esias misiones, salvo que en la de Pleurtuit el celoso misionero encontró fuerte oposición, cuyos detalles se pueden conocer por una -carta que escribió a Mme. de Budos desde Plouer:

«Heme aquí en una villa para comenzar la misión. No sé lo que me sucederá; pero en la anterior me han atribuído muy bellas cualidades. Unos decían que era el precursor del Antieristo; otros, el mismo Anticristo; algunos, un seductor, un diablo a quien no se debía creer; y otros, un brujo que se atraía todo el mundo. Algunos deliberaron arrojarme, y quién sabe si no hubieran realizado su propósito si nuestros Padres no hubiesen llegado aquel mismo día. Todo,esto no son sino rosas; pero las espinas que me atraviesan el corazón es ver a algunas pobres gentes, que a veces están hasta ocho días detrás de mí, sin poder confesarse, aunque somos diez coniesores» (18).

(16) Oeuvres, XI, 27-8. Por el tiempo de esta carta la madre de San J uan Eudes fué curada por intercesión del Cardenal de Bérulle. El mismo Santo lo atestigua en carta al P. de Gibieuf (25 de noviembre de,1643): «Soy testigo de un milagro evidente realizado en mi madre. Estando enferma de extrema gravedad, con un gran delirio del que sólo esperaba yo la muerte, pidió una imagen del señor Cardenal de Bérulle y algunas reliquias suyas que yo le había dado, y al besarlas y encomendarse,a él se encontró curada de repente. Y cuando yo acudí para asistirla a bien morir en vista de lo que me avisaban de su enfermedad, la encontré curada en la iglesia». (G. HA113ERT: La vie du Cardinal de Bérulle, París, 1646, p. 898.)

(17) Memorial, 21-2. (Oeuvres, XII, 108-9.) Por entonces el Obispo de Saint-Malo, el P. de Harlay- Saney, el mismo que siendo Superior del Oratorio de Caen en 1623 había tramitado la entrada de nuestro Santo en la Congregación del Oratorio.

(18) Qeuvres, XI, pp. 29-30.

«En este mismo año---continúa el Santo en su Memorial-prediqué una misión en la parroquia de Fresne, que M. de Camilly

costeó y en la cual quiso Dios convertir aun buen número de hugonotes. En esta misión fué donde comencé a hacer las oraciones de la mañana y de la noche corno solemos hacer en nuestras misiones» (19).

Subrayemos los hechos más salientes de esta última misión-. en primer lugar fué costeada por M. de Camilly. Con frecuencia hemos de tropezar en el curso de esta historia con este caballero digno y cristiano; su encuentro con el P. Eudes será el punto de

partida de la providencial e inalterable amistad que en adelante les ha de unir. Otra circunstancia que consolaría el corazón del apóstol, es la que él-tan sobrio en pormenores sobre todo si conciernen a su persona-anota al dar cuenta del hecho de las conversiones que se produjeron durante su estancia en Fresne. Sus biógrafos han precisado esta importan te noticia y elevan a doce o trece el número de los convertidos, «que en años sucesivos -añade Costil-se vieron imitados por otros treinta y siete de la

misma secta, reintegrados como ellos al seno de la Iglesia católica. Éste es el número que he encontrado en una memoria que al parecer data de aquel mismo tiempo; pero es necesario no olvidar a los que se aprovecharon de sus instrucciones para parti

cipar de la misma dicha» (20).

Pero en la heredad del Padre de familias no basta con plantar

y regar, es preciso obtener de Dios el crecimiento que asegura a los esfuerzos humanos el éxito sobrenatural. El P. Eudes estaba convencido de ello, Por eso desde las misiones de Fresne lo vemos introducir en las familias de las parroquias por él evangelizadas, la saludable costumbre de la oración en común. Y para facilitar este piadoso uso, que no tarda en extenderse y arraigar (21) por toda la región que recorre, publica a finales del año 1635 un opúsculo intitulado Ejercicio de »Piedad, que contenía en compendio las principales cosas necesarias para vivir cristiana y santamente.

Al siguiente año el P. Eudes predicó una misión en Ri, su

(19) Memorial, 23. (Oeuvres, XII, 109.)

(20) COSTIL: Annales, I, p. 30.

(21) *Como as¡ lo han podid ecomprobar nuestros lierinanos-dice 0 0 0

Pedro Costil-al visitar las p Ir quias en las que hacía treinta y cuarenta

r r o

mislon S n:

años que el P. Eudes había pred ado ' y donde se conservaba de mism

- 'ez

en las familias la costumbre ar las ' oraciones que los padres habían enseñado a los hijos». Cfr. COSTIL: Annales, I, p. 31.

parroquia natal, «en la que Dios-advierte---distribuyó grandes bendiciones» (22).

Estas <igrandes bendiciones» que Dios otorga a los trabajos de su siervo nos permiten comprobar una vez más, cuán inagotablemente fecunda es la santidad. Cuanto más extiende nuestro apóstol su acción, tanto más se intensifica su vida interior; ella alcanza en esta época (1637) enorme fuerza, cuya potencia se nos revela por un maravilloso documento de incomparable riqueza en elementos de psicología sobrenatural. Queremos hablar del voto de martirio que hizo por aquel- tienipo, y, que pone de manifiesto el temple de aquella alma de heroica generosidad. Helo aquí tal como salió de su pluma-, las últimas-líneas y la firma están escritas con su sangre:

#Jesús, María (23):

Voto o elevación a,jesús, para ofrecerse a Él, como hostia y víctima que debe ser sacrificada a su gloria y acendrado amor.

¡Oh mi amabilísimo Jesús!, os adoro y glorifico infinitas veces en el cruentísimo martirio que sufristeis en vuestra pasión y cruz.

Os adoro y bendigo, cuanto me es posible, en estado de hostia y de vícdIna en el Santísirno Sacramento del Altar, donde constantemente os sacrificáis para gloria de vuestro Padre y por amor nuestro.

Os honro y venero en el dolorosísimo martirio que vuestra santa Madre sufrió al pie- de la,cruz.

Os alabo y glorifico en los martirios de vuestros santos, que soportaron tantos Y tan atroces tormentos sólo por amor vuestro.

Adoro y bendigo todos los pensamientos, designios y amor infinito que habéis tenido desde la eternidad por todos los bienaventurados mártires, que han existido desde los orígenes de la Iglesia y que existirán hasta el fin de los siglos.

Adoro y glorifico, con todas mis fuerzas, el sumo deseo y ardentísima sed que tenéis de sufrir y morir hasta el fin del mundo en vuestros miembros, a fin de realizar el misterio de vuestra

(22) Memorial, 24. (Oeuvres, XII, 109.)

(23) Se impone la comparación de este voto de hostia de San Juan Eudes y el de su maestro el P. de Condren. Para facilitarla Y a título de información reproducimos el índice del capítulo 32, libro 2.' ¿e la Vida de este-último por el P. AMELOTTE: 1

&De su voto de hostia. 1. Explicación de la ley de las hostias. II. Habiendo tenido siempre devoción a esta cualidad, hace al fin profesión de ella. III. El espíritu de hostia. IV. Nada deseaba tanto como morir en sacrificio. V. Estaba muerto a los sentimientos naturales. VI, Se estimaba menos que a los animales. VII. Convertía en medios las dificultades. VIII. Nada del mundo deseaba. IX. Era hostia de Dios para la gloria dé la Santísima Virgen, de la Iglesia, etc.»

santa pasión y de glorificar a vuestro Padre por medio de los sufrimientos y de la muerte hasta la consumación de los Siglos.

En honor y obsequio de todas estas cosas y uniéndome al grande amor por el que os ofrecisteis al Padre desde el momento de vuestra Encarnación como hostia y víctima, pronta a ser inmolada por su gloria y amor nuestro en'e1 dolorosísimo suplicio de la cruz; uniéndome también a todo el arhor de vuestra sacratísírna Madre y de todos vuestros, santos mártires, me ofrezco y me entrego,. me dedico y consagro a Vos, oh Jesús, mi Señor, como hostia y víctima para sufrir en mi cuerpo y en mi alma, según vuestro agrado y mediante vuestra santa gracia, toda clase de penas y tormentos, incluso el derramamiento de mi sangre y sacrificio de mi vida con cualquier género de muerte; y esto, sólo para vuestra gloria y por vuestro puro amor.

Os hago el voto, oh Jesús mío, de no revocar jamás, es decir, de no realizar ningún acto formal contra este voto de mi oblación, consagración y sacrificio de mí mismo a vuestra Divina Majestad. Y si se me presentase alguna ocasión en la que tuviere que elegir entre la muerte y la apostasía de vuestra santa fe, o realizar cualquier acto de importancia contra vuestra divina voluntad, os hago el voto y la promesa con tanta firmeza y constancia como me es posible abandonándome a vuestra infinita bondad y a la ayuda (le vuestra gracia, de confesaros, reconoceros, adoraros y glorificaros ante todo el mundo, al precio de mi sangre, de mi vida y de todos los martirios y tormentos imaginables, y de sufrir primero mil muertes, con todos los suplicios de la tierra y del infierno, antes que negaros, o hacer algo contra vuestra santa voluntad.

Oh Jesús bueno, recibid y aceptad el voto y sacrificio que <)S hago de mi ser y de mi vida, en homenaje y por los méritos de vuestro divinísimo sacrificio ofrecido al Padre en la cruz. Miradine en'adelante como a hgstia y víctima que está destinada a inmolarse por la gloria de vuestro nombre. Haced, por vuestra santísima misericordia, que toda mi vida sea un perpetuo sacrificio de amor y de alabanza hacia Vos; que mi vida al mismo tiempo que ensalzamiento sea imitación de vuestra santa vida, y de la de vuestra bienaventurada Madre y de todos vuestros mártires; que no pase ni un solo día sin sufrir algo por vuestro amor; y que muera con una muerte conforme a la vuestra.

Esto es lo que os suplico humildísima e instantemente, oli buenísimo Jesús, por el ardentísimo amor que os llevó a morir por nosotros en una cruz, por la preciosa sangre que derramasteis, por lá dolorosísíma muerte que sufristeis, por el grandísimo amor que profesáis a vuestra sacratísima Madre, la, Reina de los mártires, por el amor que profesáis a vuestros santos mártires y por el amor

que ellos os profesan, y en suma, por todo lo que amáis y os ama en el cielo y en la tierra.

Oh Madre de Jesús, oli santos mártires de Jesús, rogad, si

place, al mismo Jesús que, por su infinita bondad, opere estas cosas en mí, por su sola gloria y acendrado amor. Ofrecedle mi voto, y rogadle que lo confirme y cumpla por la virtud de su preciosa sangre como yo lo voy a firmar con mi propia s gre, en

testimonio del deseo que tengo de derramarla hasta la última gota por amor suyo.

Hecho en Caen, en el Oratorio de Jesús, el 25 de marzo de 1637 (24).

JUAN EUDES» (25).

Sin lugar a duda, nos encontramos ante la presencia de una de las páginas en que el Santo se nos muestra e impone a nuestra admiración. Pronto veremos cómo Dios aceptó este voto y se encargó de realizarlo. En vez del martirio cruento con que soñó, y que le parecía el término obligado en cierto modo de la vida cristiana (26), y la máxima razón de la vida de hostia que ha de ser la vida sacerdotal, muy luego ha de conocer el P. Eudes, con todo lujo de detalles un refinamiento de santa crueldad, como el que solo Dios sabe emplear con las almas que se abandonan a las exigencias infinitas del amor divino; los sufrimientos todos capaces de triturar un corazón humano, de inmolarlo místicamente y de asociarlo subsidiariamente a la pasión redentora.

En esta época, el Santo se encuentra como rebosando de las dulzuras y delicias de la unión que acaba de sellar con Jesús. Su pluma, que a no dudar, escribe de lo que rebosa su corazón, le traiciona en las siguientes líneas, trazadas por este mismo tiempo, en el Reino de Jesús:

«Conozco a un eclesiástico, cuyo nombre está escrito en el libro de la vida, que ha llegado hasta el punto de que le es fácil, incluso tomando su refección, hacer actualmente casi tantos actos de amor hacia Jesús, cuantos bocados pone en su boca; lo que hace no sólo sin violencia de espíritu y sin ninguna molestia,

(24) Esta fecha del 2 5 de marzd'debe retener nuestra atención. En el Reino dejesús (11, 38. Oeuvres, 1, 266-7) el P. Eudes, comentando un texto

de San Pablo, enseña que el Verbo Encarnado a su entrada en el mundo hizo profesión de servidumbre respecto a su Padre y de ser hostia inmolada a su gloria. San Juan Eudes hizo en honor de esta doble profesión en el día que la Iglesia celebra el misterio de la Encarnación (25 de marzo), el voto de servidumbre y después, en 1637, el voto de martirio, poniendo así su vida personal en conformidad completa con su doctrina y conformándola todo lo posible con la del Verbo Encarnado.

(25) La fórmula de este-voto de martirio ha sido confrontada por Lecointe, con el autógrafo del Santo que se conserva en el Monasterio de Nuestra Señora de la Caridad, llamado de San Miguel en Chevilly, cerca de París. Cfr. BoULAY: I, p. 229, nota.

(26) Cfr. Royaume de jésus, 11, 44. (Oeuvres, 1, 284-92.) Que la perfección y consumación de la vida y santidad cristiana está en el martirio y en qué consiste el verdadero martirio.

ni incomodidad para su salud, sino con tal facilidad y suavidad

que no le impide hablar y recrearse honestamente y por caridad cuando está acompañado y se presenta la ocasión» (27).

La publicación de este bellísimo libro, del que entresaco la cita reveladora que acabamos de leer, constituye una de las grandes fechas en la vida de nuestro Santo. Contentémonos por ahora con mencionar y saludar su aparición. Más adelante nos ocuparemos detenidamente de este libro programa, de excepcional importancia para el estudio de la fisonomía espiritual de San Juan Eudes y de sus ideas esenciales acerca de la vida cristiana. Digamos ya que esta obra merece ocupar un lugar de honor, no sólo entre las de su autor, sino también entre las producciones de la escuela francesa del siglo xvii, de la que se puede considerar a San Juan Eudes como uno de los más representativos maestros.

§ 3

La publicación del Reino de Jesús parece haber motivado un alto en las correrías apostólicas beneficioso al Santo. Las reanuda a mediados de 1638. Evangelizó Brémoy durante el verano, Estreham durante el mes de septiembre, y Pont-FEvéque en Adviento. Como de costumbre, su Memorial permanece mudo sobre los frutos de su predicación. No obstante fueron abundántes y su fama se extendió hasta lejanas regiones. De todas partes reclamaban sus servicios. Entre todos, M. FeliPe Cospéan, Obispo de Lisieux, multiplicaba sus instancias en favor de sus diocesanos. Las encantadoras misivas que con tal motivo le envió, atestiguan su profunda admiración y sincera amistad hacia el P. Eudes, de quien podía apreciar con todo conocimiento de causa los méritos y virtudes, al ser él mismo por su ciencia, caridad y piedad, uno de los Prelados más dignos de su tiempo. Pronto se cambió entre los dos amigos toda una correspondencia, «verdaderamente deliciosa y aun única* (28).

Gracias a ella, conocemos mejor ciertos aspectos de la fisonomía moral del P. Eudes. A través de las recíprocas ftases cortas e impregnadas de ternura, la figura un tanto severa del

(27) Royaume de Jésus, VI, 19. (Oeuvres, 1, 453-4). Es evidente que el eclesiástico en cuestión es el mismo Santo, como positivamente lo afirma HÉRAMBOURG (11, 4).

(28) H. BREMOND: loc. cit., p. 602.

rudo misionero, se abre e irradia su comunicativa bondad. En resumen: nos alegramos al hallar al hombre en quien sus historiadores tan solo nos muestran el Santo.

La primera carta de M. Cosp~ari lleva la fecha de 19 de diciembre de 1638. Va dirigida al P. Eudes, que entonces se hallaba dando la misión en Pont-l'Evéque, población dependiente de Lisieux:

«9yerido Padre: Os envío todo lo que me pedís, y haré cuanto querais. Mucho me obligaríais predicando vuestras misiones en mi diócesis. Por este motivo me reintegraría a Lisieux inmediatamente después de la fiesta; os suplico que no lo p.o~gáis en duda. Mucho agrado me habíais de procurar si quisieseis dar comienzo a las misiones por Lisicux; pero no obstante lo dejo a vuestra discreción, y desde ahora os retengo para predicar la Cuaresma en Lisieux, confiando en que no lo dejaréis de hacer, puesto que soy, etc.* (29).

El P. Eudes no pudo responder inmediatamente a esta invitación. Terminada la misión de Pont-

VEvéque, hubo de trasladarse a Saint-Etienne de Caen para predicar allí otra que tenía, comprometida desde hacía tiempo y #cuyos frutos-es él mismo quien lo anota-sobrepasaron, sus esperanzas» (30). Al conocer M. Cospéan los magníficos triunfos allí cosechados, en especial entre los herejes-muy numerosos entonces en Caen-, redobló sus instancias, quejándose afectuosamente de que Caen hubiese sido preferido a Lisieux:

«Hijo mío en jesucristo... ~Habéis otorgado a los habitantes de Caen lo que yo esperaba que concedieséis a los de Lisieux. Contaba, en efecto, que sobre este campo de batalla, y en la misma época en que vivimos, combatiríais por Cristo tomándome por compañero y hermano de armas. Pero lo que se difiere no está perdido, hijo mío, Desde el momento de vuestra llegada podremos conversar y concertar lo que parezca contribuir a la mayor gloria de Dios, etc.i (31).

Otra carta del Obispo de Lisieux viene a acosarle durante

la misión que predicó'en Pont-l'Evéque con motivo de la Cuaresma de 1639: 1

«Siento u rgente necesidad de hablaros antes de mi partida, que a más tardaT será el próximo miércoles. Os pido, pues, nú

(29) 13OULAY: I, p. 235. 1

(30) ~ Memorial, 27. (Oeuvres, XII, 110.)

1 (31) BOULAY: I, p. 248. Esta carta fué escrita en latín, lengua que M. Cospéan dominaba a la perfección. Texto original en BOULAY: 10G. Cit., nota 3.5

querido hijo, que vengáis a verme antes de dicho día. Pido. al Señor que continúe. concediéndoos sus gracias, soy, etc.* . (32).

La entrevista proyectada tuvo lugar, y el Obispo y el Misionero quedaron de acuerdo sobre la fecha y últimas medidas rela

cionadas con la misión de Lisieux, deseada tan ansiosamente por ambas partes. Al aproximarse ésta, M. Cospéan dirigió a su

amigo, con fecha de 15 de junio de 1639, estas pocas palabras de bienvenida:

«Reverendo Padre: Os aguardo con impaciencia, esperando de vuestra venida toda suerte de bendiciones para nuestro pueblo; no la retraséis, mi querido Padre, y creedine, etc.» (33).

La misión dió comienzo el 24 de junio y duró hasta el mes de agosto. Todo contribuyó al mayor éxito: la Presencia del Obispo, que durante ella no'dejó de edificar a su pueblo por su piedad

y las atenc íones que dispensaba a los misioneros; el entusiasta concurso dé las multitudes; la abnegación infatigable de los

hombres apostólicos que la dirigían y, sobre todo, la santidad de su jefe venerado por todos. «Dios fué allí muy glorificadoi>,

1 anota éste con toda sencillez en su Memorial; y a renglón seguido,

,atribuyendo al Autor de todas las gracias el mérito del bien que acababa de realizarse, añadé- Tibí lauS, tibil honor, tibi gloria,

. o beata Trinitas, unus Deus a quo omne bonum in caelo et in teYra 1 Procedit (34). Algunos meses más tarde encontramos al P. Eudes en Caen,

donde predica todo el Adviento (1639) y la Cuaresma (1640) > en la iglesia de Saint-Pierre, «en donde Nuestro Señor tuvo a bien-anota-obrar graiides efectos de gracia en algunas almas, por virtud de, su divina palabra» (35). Aún le favorecieron las circunstancias, y de ellas, supo sacar todo el provecho posible

para mayor gloria de Dios y bien de las almas. Caen apenas salía del profundo terror que en ella había ocasionado la brutal repre

sión motivada por la revuelta de los desarrapados. El coronel Gassion había entregado la ciudad a la discreción de la soldadesea durante quince días. El inmediato recuerdo de estos rigores

~de la justicia humana, explotado con habilidad por el gran nusionero, ayudó a aquel pueblo sumido en la pobreza a conce

(32) BOULAY: I, p. 249. (33) Ibid. - (34) Memorial, 28. (Oeuvres, XII, 110.) (35) Memorial, 29. (Oeuvres, Xli, llo.)

bir y a temer los rigores más terribles de la justicia divina. Un hecho demuestra hasta qué punto logró el Santo hacerse con todos los espíritus, y subyugarlos con su poderosa elocuencia. Predicando sobre el infierno, del que acababa de hacer una de las pinturas más espantosas, y llevado por su amor hacia las almas y el irresistible arranque de su celo, interpeló a su auditorio y le transportó hasta el punto de hacerle caer de rodillas, y prorrumpir con él en gritos de: ¡Misericordia! ¡Misericordia! Un estremecimiento de santo terror había conmovido a la concurrenciqL y la había prosternado temblorosa a los pies del soberano juez.

En Caen conoció el Santo algunos de los triunfos más resonantes de su carrera apostólica. Un testigo cuya autoridad hemos de admitir, puesto que él mismo tenía pretensiones de elocuencia (36), M. Juan Pedro Camus, antiguo Obispo de Belley, el amigo de San Francisco de Sales, decía al día siguiente del triunfo que acabamos de relatar: «Hace tiempo que conozco el extraordinario talento del P. Eudes, la gracia que acompaña a sus predicaciones y cómo se hace sentir el Espíritu de Dios en todo~ cuantos tienen la dicha de escucharle». Y en otra ocasión afi 7 0 de él: «Durante el curso de mi vida he tenido ocasión de oir a muchos predicadores, tanto en Francia como en Italia; pero nunca había oído a ninguno que lograra penetrar tan adentro en el corazón humano como lo hace este Padre, pues posee el don de conmover en alto grado» (37).

La amistad de M. Cospéan, siempre atenta para recoger todas las nuevas favorables al P. Eudes, recibió con alegría las noticias que el público rumor le llevó de los éxitos incomparables que habían coronado su celo. Inmediatamente le dirige otra misiva encantadora con fecha de 25 de marzo de 1640:

«Ojalá hubiese sido la voluntad de Dios que yo pudiera haber asistido a vuestros sermones, cuyo solo eco nos llena de consuelo aquí. Sólo me aflige una cosa , y es. que no cuidáis lo suficiente de vuestra salud, para mí mas querida que mi propia vida. Os agotáis con un trabajo inmoderado, sin pensar que

lo que a vos os hiere, a mí me mata. El servicio del Rey, hijo mío, exige discreción. Por eso os ruego, en nombre de Dios, la unáis a vuestro celo, que sólo puede pecar por exceso. Esperaréis de mí, si es

(36) Si hemos de creer a los biógrafos del Santo, M. Camus, quiso producir un día un efecto semejante al obtenido por el Santo. Después de haber puesto en juego todos los recursos de la oratoria, en el momento más patético de su sermón, mandó a su auditorio gritar: ¡Misericordia! ¡Misericordia! Mas el auditorio, visiblemente molesto, no le respondió.

(37)BOULAY: I, p. 298; 11, p. 93.

1

que os soy bastante conocido, lo que permiten los nombres de padre, de hermano, y de hijo. ¡Que el Señor os bendiga desde Sión! Yo estoy, y estaré mientras viva, a vuestro incondicional servicio.

FELIPE,

Obispo de Lisieux» (38).

Apenas tuvo el Santo tiempo de poner en práctica los afectuosos consejos de su amigo, pues después de acompañar al Obispo de Saint-Malo en sus visitas pastorales durante los meses de mayo y junio, le encontramos en'el verano de este mismo año, predicando con idéntico entusiasmo y los mismos'frutos en Mesnil-Mauger.

Por su parte, M. Cospéan al que el celo por las almas hacía ,olvidar los prudentes consejos que prodigaba a su amigo, no cesaba de poner a prueba la abnegación de este. No contento con confiarle nuevamente los sermones del.Adviento de 1640 y de la Cuaresma de 1641, había organizado una gran misión en

1 JRouen entre ambas campañas, que fué aplazada por la revuelta

',',1 de los desarrapados. Así lo sabemos por do~ cartas, una con fecha ~21 de diciembre de 1639 y la otra de 5 de junio de 1640. La mera está redactada en éstos términos:

«Reverendo Padre: Heme al fin llegado aquí, y dispuesto a abrazaros lo más pronto posible, pues sois para mí 'lo más querido en jesucristo. Pero ¡ay!, Padre mío, ¡por ahora está perdida la esperanza de poder celebrar la misión de Rouen! Los terribles desórdenes que, como sabéis, asolan a aquella desgraciada ciudad, impiden nuestra presencia allí... Me encomiendo muy instantemente a vuestras oraciones y a las de todos los vuestros, yo quiero ser eternamente, excelente Padre, vuestro abnegado servidor en jesucristo,

FELIPE,

Obispo,de Lisieux» (39).

Esta misión de Rouen no se pudo predicar hasta el 1642.

- (38) BoULAY: 1, p. 258. El texto latino en nota. (39) BOULAY; 1, p. 259.

San Juan Eudes, Superíor del Gratorio de Caen.

§

Una ojeada al Memorial nos hará comprender que con 'el aflo 1641 abordamos una de las épocas decisivas en la vida del P. Eudes:

#En el aflo 1641-escríbe-prediqué cinco misiones rebosantes de frutos:

La primera en Urville, hacia Falaise, diócesis de Bayeux.

La segunda en. Rémilly, diócesis de Coutances, pedida y costeada por los sefiores de Monfort hermanos de M. de Berníéres. En esta misión de Ré"llv íué donde comencé a dar pláticas dedicadas exclusivamente a eclesiásticos.

La tercera en Landelle, en la misma diócesis, que nos hizo predicar M. de Renty.

La cuarta en Coutances, procurada y costeada por M. Le Pileur, Vicarío mayor de Moris. de Matignon, Obispo de Coutances.

La quinta en la ciudad de Pont-Audemer, diócesis de Lisieux, en Adviento, que costeó M. Cospéan, Obispo de Lisicux.

En este mismo aflo de 1641, Dios me concedió la gracia de concebir el designio de fundar nuestra Congregación, en la octava de la Natividad de la Santísima Virgen.

También en el afio de 1641 y en el mes de agosto me concedió Dios uno de los mayores favores que recibí de su i4finita bondad; pues entonces tuve la dicha de comenzar a conocer a Sor María des Vallées, por medio de la cual su Divina Majestad me ha hecho (40) muchas gracias señaladísimas. Después de Dios, debo semejante,favor a la Santísima Virgen María, mi muy respetada Señora y queridísima Madre, gracia que no le podré acabar nunca de agradecer...

(40) Con gusto reproducirnos la nota a este lugar del Memorial por los sabios editores de las O~res complétes: «Es de notar que aquí emplea el P. Eudes el pretérito indefirlido-perfect0 en la terminología de la Academia Española- Indica que el autor alude a señaladas gracias que en épocas diferentes le fueron concedidas por intermedio de María des Vallées. Si hubiera querido aludir a las señaladas gracias que le hubieran sido hechas en este mismo monrento, habría empleado el pretérito indefinido: me hizo». (XII, p. 111, nota.) Atraemos la atención del lector sobre esta juiciosa nota que destruye por la base las aventuradas hipótesis ' expuestas por algunos autores sobre el papel desempeñado por María des Vallées cerca del Santo fundador, en este primer encuentro en que-para emplear su expresión-comenzó a conocer a esta piadosa joven.

En este mismo año de 1641, Dios me concedió la gracia de

comenzar la fundaciAn de la casa de Nuestra Señora de laCaridad,

el día de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen» (41).

Esta página debe retener nuestra atención: tiene mucha importancia. En ella notamos un silencio que se explica por los graves sucesos que pronto se Van a producir. El P. Eudes no dice que a finales del aflo precedente había sido nombrado S~iperior del Oratorio de Caen. Este nombramiento, interino en un principio, se confirmó definitivamente el 20 de octubre de 1640. Respondía a los deseos de los Padres de Caen, quienes para ello habían dirigido al P. de Condren instancias muy halagadoras paTa el Santo (42). Además, daba al P. Eudes gran , prestigio y le procuraba entera libertad de accion, que la Providencia no tardó en utilizar para su servicio (43).

Entretanto, nuestro Santo seguía gastándose sin medida al servicio de las almas en estas misiones, que su celo hacía atrayentes y fructuosas.

Algunos hechos nuevos, fecundos en consecuencias, y las siluetas de nuevas figuras, que pronto se nos harán familiares, se destacan sobre el fondo común de las misiones que predicó en 1641. Veremos agrandarse el horizonte y descubrirse ante el Santo apóstol grandiosas perspectivas. Precisemos.

En la vida de los santos, hay un maravilloso encadenam Í iento que con frecuencia escapa a sus contemporáneos, pero que el tiempo se encarga de poner de manifiesto. El P. Eudes sacará pronto consecuencias prácticas de los principios sentados por el < Cardenal de Bérulle, y se consagrará a la obra por él iniciada. Mas ya hacía tiempo que los sucesos-con frecuencia infalibles indicios de la voluntad divina---le encaminaban poco a poco hacia este término. Ya en lejana fecha, había Regado a la conclusión de que los resultados del trabajo agobiador, al cual se entregaba en-sus misiones, serían efímeros, mientras no se mejorase el estado general del clero: «He aquí-decía algunas veces a sus hermanos, por comprobar las disposiciones de las multitudes

(41) Memorial, 32-5. (Qeuvres, XII, 111-2.)

(42) Cfr. BOULAY: 1, p. 260; MARTINE, J, p. 85-6.

(43) Como no escribimos la historia del Oratorio, hemos ornitido la muerte del Cardenal de Bérulle, acaecida en el año 1629. Tampoco hemos de insistir sobre la del P. de Cond-ren, muerto a su vez el 7 de enero de 1641. Como todos sus hermanos del Oratorio, el P. Eudes sentiría este doble duelo. Sin embargo, no ha llegado hasta nosotros la expresión de su sentimiento por lo que guardamos silencio. La sucesión del P. de Condren recayó en el P. Bourgoing, quien por todas las circunstancias parecía ser el indicado.

que acababa de evangelizar-, he aquí estos pobres hombres con disposiciones excelentes; pero, ¿4ué' se puede esperar de ellos si están bajo la dirección de tales pastores como por doquier vemos? ¿No es lógico que olvidando pronto las grandes verdades que les impresionaron durante la misión, caigan en sus anteriores desórdenes?» (44). Antes de la santificación del pueblo debía realizarse la del clero. El Santo estaba tan convencido que cediendo ante la realidad de las cosas, le vemos en Rémilly, dar-al tiempo que predicaba la mi~ión--conferencias especialmente destinadas a los eclesiásticos. Este fué el primer paso en la nueva senda que ante él abría la Providencia.

El segundo hecho no se hizo esperar mUcho. En aquel mismo afiq tomó su resolución: saldría del Oratorio y fundaría la Congregación de Jesús y María, cuya misión fundamental había de ser la formación del clero en los seminarios (45).

¿Debemos ver en esta determinación del Santo-como han creído algunos-cierta resolución brusca, por la que éste, rompiendo con su pasado, dió a su vida nueva orientación? En modo alguno.

Su formación oratoriana le había acostumbrado a estimar, entre todas, la obra de la santificación del clero, a la que pronto llamará da obra de las obras». Por eso la creación de los seminarios le parecía el remate obligado a los esfuerzos del Cardenal de Bérulle. Lejos de pretender innovar, con ello le parecía dar un paso hacia adelante en las miras del fundador del Oratorio. Arraigado en esta convicción había ensayado reunir algunos eclesiásticos en la casa de Caen, de la que era Superior, ~ara formarles en el espíritu y las costumbres sacerdotales. Desgraciadamente, su iniciativa le había valido oposiciones muy sensibles

,: I, p. 102.

(44) MARTINE

(45) Advierte LE BEURRIER a propósito de la misión de Coutances (loc. cit., p. 70): «Por entonces hizo el P. Eudes las primeras confidencias particulares a los eclesiásticos. La experiencia de varios a os le había demostrado cuán importante para el éxito de las misiones formar bien a los mismos misioneros, proporcionarles en medio de sus trabajos algunos tiempos en que diariamente propusiesen sus dificultades, aprendiesen a resolverlas y recordasen los motivos que debían sostener su celo. De este ejercicio se encargaba de ordinario el mismo P. Eudes. Y conciliándose la estima y el carifio de los eclesiásticos dió ocasión a que algunos hombres selectos se adhiriesen a él y se constituvese insensiblemente un grupo de misioneros 'celosos y de sacerdotes capaces de formar, en el futuro, a los llamados por Dios al ministerio sacerdotal. Así preparaba la divina Prov'7 dencia el establecimiento de la nueva Congregación cuyos primeros fundamentos asentaba entonces su fundador el P. Eudes*.

para él (46). Así las circunstancias le condujeron a buscar el medio más práctico de procurar a la Iglesia santos sacerdotes, de los que tanta necesidad tenía entonces. Varios aflos reflexionó sobre esta iniciativa (47). Mucho oró e hizo orar, por esta intención, a las almas fervorosas con las que mantenía relaciones de piedad. De todas partes le llegaron para animarle los consejos más autorizados (48). Manifiestamente, el proyecto que acariciaba, y cuya necesidad se le imponía, era la voluntad de Dios: saldría, pues, del Oratorio y fundaría una nueva Congregación con el fin de asegurar la formación del clero.

La ejecución de otro proyecto iba a caracterizar este año de 1641, ya tan memorable en la vida del P. Eudes. Pronto referiremos por extenso la edificante historia de, los orígenes de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad. Nació el 8 de diciembre.

Dios no se contentó con conceder a su siervo aquellas luces sobrenaturales que provocaron, las graves determinaciones que acabamos de referir. Colmando sus favores, suscitó en tomo suyo almas escogidas, que sin reserva alguna se asociaron a, sus piadosos designios y que le sostuvieron con su influencia y aseguraron a sus, obras el prestigio de su santidad.

(46) Cfr. BOULAY: 1, p. 376; MARTINE: 1, p. 104-5.

(47) Cfr. HÉRAMBOURG: I, p. 54; COSTIL: *Annales,'l, p.* 52.

(48) En los *Annales* de la Congregación, M. C-OSTIL estampa los nombres de los principales personajes y Comunidades a los que consultó el P. Eudes y pidió oraciones en tan graves negocios. Además de 1. d'Angennes, M. Cospéan y M. de Renty, figuran en esta lista Mme. de Budos, M. y Mme. de Camilly, M. de Berniéres, M. Le Pileur, Vicario mayor de Coutances; M. de Than, religioso de la abadía de Saint-Etienne de Caen; los Padres de Saint-Jure, Juan Crisóstomo Boucher, Hayneuve e Ignacio, la R. M. Matilde del Santísimo Sacramento, la R. M. Germana de la Natividad, religiosa ursulina del monasterio de Bayeux <ique predijo al P. Eudes varias de las cruces que le sobrevinieron

en la fundación de su Congreg4ción, y afiadió que Dios le había revelado tantas otras, que no pudo impedir que sus, lágrimas corrieran en abundancia»; por último, María des Vallées. Esta, después de encomendar el asunto a Dios, recibió esta respuesta de Nuestro Señor: «La fundación que proyecta (el P. Eudes) le era muy agradable. Él mismo se la había inspirado. La construiría sobre tres cimientos: la divina gracia, que sería otorgada a todos aquellos que entrasen en ella para, formar parte de la Congregación; su divina voluntad, la. cual quería tener en ella su morada, y la cruz, que derramaría sobre ella sus tesoros». Sor María afiadiá que la Santísima Virgen les quería hacer el presente de tres de sus hijas, que eran la sobriedad, las castidad y la humildad. (COSTIL: *Annales,* 1, p. 54.) De este texío se deduce de manera evidente que el proyecto del P. Eudes era anterior a las revelaciones de María des Vallées y que si éstas sirvieron para animarle, no le indicaron un camino nuevo.

5 4 - UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

Estas almas escogidas son muy conocidas, han desempefiado papel tan importante en la historia religiosa de su siglo, que apenas se comienza a vislumbrar. Queremos hablar primero de MM. de Berniéres y de Renty, dos místicos profundos, dos hombres de acción, dos figuras tan atractivas como originales. El P. Eudes no tardó en trabar con ellos amistad íntima y fecunda. Ignoramos cómo y cuándo nació ésta; pero, muy pronto sorprendemos relaciones entre el Santo y estas ilustres personalidades: con M. de Berniéres, en la misión de Rémilly; con M. de Renty, en la de Lan delle (4 9).

Pero el encuentro más providencial de todo es el que, durante la misión de Coutances, tuvo con una humilde joven, en adelante asociada a su vida y a sus obras: María des Vallées. Las relaciones que desde este momento se establecieron entre ellos, suscitaron una apasionada cuestión que estudiaremos en capítulo aparte. ,k los ojos de la historia imparcial, la humilde Santa de Coutan-, ces, después de haber compartido los odios y las persecuciones de que hicieron objeto los jansenistas a su heroico director, merece por justo título participar ahor~ de su triunfo y pasar con él a la admiración de la posteridad.

Al P. Eudes no le quedaba más que esperar la hora sefialada por Dios para la ejecución del plan que había formado. Reanuda, entonces el curso de sus misiones. En Adviento se encuentra en Pont-Audemer, donde le llama la amistad de M. Cospéan. El entusiasmo de la multitud no tarda en desbordarse. Los misioneros se encuentran abrumados de trabajo. No se dan abasto para las confesiones. El P. Eudes pide ayuda al Obispo de Lisieux, quien le responde con esta simpática misiva:

«Querido Padre: Asistimos al Evangelio de las bodas. Hago 1, que puedo por convidar a los que deseáis vayan a vuestro encuentro. Pero sólo obtengo excusas de no mayor valor que un villam emi.* Y después de aducir algunas, añade: «En una palabra, multi vocal¡, etc. Si tuviera salud, me veríais en lugar de esta carta; pero la gota me retiene en el lecho, Teniendo el crédito que tenéis en el Paraíso, sin duda no me costaría, si rogaseis por mí con entero conocimiento. Nos enteramos, por todas partes, del maravilloso concurso'que asiste a la misión. Pido a Dios que la bendiga* *(5 0).*

(4 9) La lógica de *los* hechos plantea aquí una interesante cuestión histórica que no parece haberse ofrecido a *los* antiguos biógrafos del Santo: sus relaciones con la Compañía del Santísimo Sacramento. *Cfr. infra, p. 401-6.*

(5 0) BoULAY: *1, p. 356.*

SAN JUAN EUDES EN EL ORATORIO DE CAEN 5 5-

Algunos días más tarde nueva muestra de amabilidad por parte del Prelado, que envía a su amigo, con los socorros materiales necesarios para el mantenimiento de los misioneros, esta carta reconfortadora:

«Envío un socorrillo a vuestra santa hueste; poco es en verdad, pero aceptadlo de buena voluntad y esperad de mí mucho más. Yo mismo iría a vuestro encuentro si la enfermedad me lo permitiese; y me daría yo mismo, no sólo mis bienes. Recomendadme a las oraciones de vuestros oyentes y referidme por extenso el éxito de vuestra santa misión. Bien es verdad, que aunque no dijerais nada, no por eso lo ignoraría, pues la tama lo pregona en todas partes, y_celebra los grandes prodigios que Nuestro Señor obra por vuestra mediación de manera tan admirable. Adiós en Nuestro Señor Jesucristo» (51).

§ 2

Los proyoctos del P. Eudes se habían traslucido ya. Era inevitable y de ello resultó,que en torno a él se formase un cierto malestar muy explicable y que en sus Superiores surgiese el legítimo afán de salvar el que creían interés de la Congregación. M. Cospéan, a quien la. amistad le hacía ser más perspicaz y cuyas relaciones con el Oratorio le permitirían hallarse al corriente de lo que pasaba, deja traslucir sus inquietudes en esta cartita del 1 de enero de 1642:

<¡Sólo temo una cosa, mi queridísimo Padre, y es que os envíen a otro lugar y que me abandonéis. Para mí sería la mayor desgracia que me podía suceder; mas vuestra piedad y fidelidad me hacen esperar de vuestra reverencia otra cosa, así como de la unión sagrada con que Jesús nos ha ligado,me hace esperar otra cosa de vos* (52).

Las mismas sospechas se dejan traslucir en estas líneas que el Obispo de Lisieux dirige algo después al P. Eudes, entregado por entonces a su misión de Rouen:

«Reverendo Padre y queridísimo hijo: He mandado escribir a los de Saint-Candre no vayan a perder la bendición que por vuestro ministerio da Nuestro Señor a todo Rouen. Pero en su nombre os suplico que nada se la quite a esta pobre Pont-Audemer, que os espera en esta Cuaresma como a segundo Mesías, y para

(51) BOULAY: *1, p. 357,* Texto latino,en nota.
(52) MARTINE: I, p. 109. Texto latino en nota.

cuya fecha ya estaré yo en la diócesis. Mme. d'Aiguillon está admirada por los frutos que Conseguís en Saint-Ouen; me dice maravillas. Pero todo esto me espanta, porque temo os vayan a retirar de entre nosotros. Vuestra fidelidad y vuestra piedad que con tanta fuerza me han aficionado a vuestra reverencia me tranquilizan ... » (53).

Que los temores de M. Cospéan respecto de su amigo eran fundados, lo demostrará un hecho que se avecina.

Por de pronto, como nos lo indica la anterior carta, el gran misionero renovaba en Rouen las hazafias realizadas con su irresistible elócuencia. Hacía tiempo que era esperado allí y su llegada fué la de un verdadero conquistador. Por orden del 11 de enero, M. de Harlay le había nombrado jefe de todas.las misiones de la provincia de Normandía: consecuentemente nada podía entorpecer su celo. Al frente de los treinta operarios bien escogidos que con él había llevado, realizó prodigios durante tres meses: pueblos, sacerdotes, herejes, conmovidos todos por su palabra, se convirtieron y entregaron a la irresistible acción de la gracia

Terminada la misión de Rouen, el P. Eudes se encontró perplejo: de una parte Pont-Audemer le reclamaba de nuevo para la Cuaresma, como acabamos de ver por la carta del OBispo de Lisicux, mientras que por otra, M. de Harlay, deseoso de consolidar a sus fieles en las buenas resoluciones tomadas, multiplicaba instancia tras instancia para retenerle en su ciudad episcopal.

Una orden de su Superior general llamándole a París resolvió las d~das. ¿Rejalizó este viaje? Los biógrafos del Santo no están de acuerdo (54). El *Memorial* nada dice de él , corno tampoco de las conferencias eclesiásticas que el P. -Bourgoing le habría encargado en Saint-MaglOire. Sin embargo nos informa del itinerario apostólico del gran misionero que, «en el verano» de 1642, continuó la misión de Rouen y predícó otra «en la ciudad de SaintMalo (Bretafia) tan abundante de gracias y bendiciones» (55) como la anterior.

(53) MARTINE: I,P. 109.

(54) MARTINE (1, p. 110) escribe: «El P. Eudes fué a París obedeciendo la orden recibida». COSTIL (10C. cit., l). 66): «No sé si el P. Eudes fué a París para dar estas conferencias eclesiásticas... como el P. Bourgoing». LE BEURRIER nada dice. BoULAY (1, p. 414): «Wo parece que haya ido a París como se le invitabai>. El comentario que 13OULAY hace (p. 408) sobre una carta atribuída al P. Bourgoing parece algo forzado. No se concibe que un hombre como éste descendiese a tales mezquindades.

(5 5)*Memorial,* 36. *(Oeuvres, XII, 112.)*

¿Confió, entonces, sus proyectos a M. de Fourey (56) que **había sustituído a M.** de Harlay-Sancy, en la dirección de esta diócesis?' Es posible.

Las muestras de benevolencia de que le hizo objeto nos hace creer que lejos de desaprobarlos, el Obispo de Saint-Malo le "animó a que los pusiera en práctica. Después de la misión le encargó fuese a Saint-Pol-de-Léon, para examinar en su nombre lwconducta de Amice Picard. El P. Eudes se personó allí efectivamente; pero no compartiendo la opinión de los partidarios de esta buena mujer, tomó sin tardanza el camino de Caen. Allí pasó el tiempo que separa la misión de Saint~Malo, terminada en julio, de la de Saint-L6, que comenzaría el 8 de septiembre, entregado por entero a los preparativos de sus nuevas fundaciones.

El día de la Natividad dió comienzo la misión de SaintLo, su última como miembro del Oratorio. En ella puso todo su corazón y, como de costumbre, los santos ejercicios conmovieron a las almas y determinaron muchas y ruidosas conversiones, en especial de hugonotes. Al decir de sus biógrafos, esta misión fué el golpe de gracia asestado al*calvinismo en la ciudad y región de Saint-Ló (57).

Ya tocaba a su fin la misión cuando llegó hasta él una carta del Cardenal de Richelicu rogándole se presentase en París. Semejante invitación equivalía a una orden. Así lo comprendió el P. Eudes, y en cuanto hubo acabado la misión partió a toda prisa para París, llevando consigo al P. Jourdan, uno de sus mejores auxiliares-. Una vez allí, fué a prese , ntar sus respetos al omnipotente Cardenal, quien en varias ocasiones sé dignó hablar con él (58) «de sus proyectos sobre la fundación de los seminarios, que esta Eminencia tenía muy por suyai>.

«Quizá podemos' adivinar lo que se habló en estas entrevistas -escribe Degert-por los ecos que los historiadores (59) hacen

(56) El *Memorial (¡bid.)* da el nombre de M. de Saney. BoULAY II , p. 108) lo sigue: ¿No habrá aquí un error de copia o de lectura del manuscrito original del *Memorial?* Todos los demás biógrafos, MARTINE (p. 408), LE BEURRIER (P. 90), COSTIL (p. 66) dicen M. de Fourey. Y aún añade COSTIL

que «el diario del Santo dice que fué M. de Fourey, sucesor inmediato de M. Harlay-Sancy.... quien pagó los, gastos ... » de la misión.
(57) BoULAY: I, p. 426.
(58) BATTEREL: *Mémoires domestiques, p.* 342, en DEGERT: *Histoire des Séminaires franjais jusqu'¿1 la Revolution,* París 1912, 1, p. 167.
(59) «El resumen nos lo ha conservado el P. Julián Martine en la *Vie du R. P. Jean Eudes, I, p.* 118. Algún detalle puede ser invención de] P. Martine, pero en su conjunto concuerda con las conocidas ideas de Richelieu.» Nota de DEGERT.

5 8 - UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

Regar hasta nosotros sobre la última de las celebradas entre el P. Eudes y el Cardenal. Richelieu. se extendió sobre el proyecto de atraer a los calvinistas a la Iglesia. Pero no ignoraba que los primeros obstáculos provenían del mismo clero. La ignorancia y la vida desarreglada de la mayor parte de los sacerdotes, habían sido el principal motivo de la herejía y del.rápido progreso que había hecho en tan poco tiempo. Su lamentable conducta seguía constituyendo el mayor fundamento de las acusaciones de los ministros calvinistas en sus prédicas contra la Iglesia. Sin duda, esto era el mayor obstáculo para la conversión de los que' desgraciadamente se habían dejado arrastrar a la herejía. Para salvarlo era preciso, ante todo, trabajar en la reforma del clero y enviar al pueblo buenos operarios, sabios, celosos, capaces de instruirle, de destruir prevenciones mal fundadas y de hacerle ver la evidente falsedad de las calumnias que sus ministros no dejaban de propalar* (60).

«¿Será necesario añadir que el P. Eudes se apresuraría a hacer constar que la fundación de seminarios era fino de los mejores medios para procurar tolos estos bienes a la Iglesia?* El Cardenal estaba de ello más convencido que nadie, y si comunicó sus intenciones a su interlocutor, fué menos para oírle aprobárselas, que para verlas atendidas por la Congregación que el Santo proyectaba fundar. Tranquilizado a este respecto, no regateó medios para animarle, concediéndole apoyos sólidos e inmediatos. A petición suya, su sobrina, la Duquesa d'Aiguifion dió al Santo una suma considerable (61) para ayudar a sufragar los gastos del primer establecimiento y la adquisición de los muebles más indispensables. Al mismo tiempo quería el Cardenal que se obtuviesen las c4rtas patentes del rey; para ello comisionó al abate de Beaumont de Péréfixe, preceptor del Delfín, con orden de concertar la redacción con el P. Eudes y de asegurar su expedición. Richelieu no alcanzó a ver el fin de estas gestiones, de las que había de nacer la Congregación de los Eudistas» (62).

Obsérvese este último párrafo del historiador de los seminarios franceses. De hecho el acta de nacimiento de la Congregación de Jesús y María fué redactada y firmada a continuación.
(60) DEGERT: 10C. Cit.
(61) MARTINE (I, p. 122) «dice 1.500 6 15.000 libras; IBATTEREL, MUY prevenido contra el P. Eudes, dice que fueron 15.000, pero añade que nunca se las pagaron». DEGERT: 10C. Cit.
(62) DEGERT: loc. cit., I, p. 167 ss.

SAN JUAN EUDES EN EL ORATOkIO DE CAEN 5 9-

de las entrevistas del P. Eudes con el Cardenal de Richelieu. En el mes de diciembre de 1642 ya estaban selladas y expedidas las cartas patentes para la fundación de su Congregación. Por no herir legítimas susceptibilidades, el P. Eudes, cuya ruptura con el Oratorio aún no era oficial, las había solicitado a nombre de M. d'Angennes, Obispo de Bayeux.

El 7 de marzo de 1643 ratificó M. d'Angennes todas las medidas tomadas por el Santo fundador, mostrando así la falsedad de las calumnias levantadas con posteridad al P. Eudes, a quien se acusará de haber abusado del nombre y de la autoridad de M. d'Angennes en todo este negocio:

«Padre mío: Pocas serán las personas que en -este siglo que vivimos se despojen de su gloria para entregarla a otros. Quizá sea vuestro ejemplo el único que existe. La obra de vuestras manos, vuestros desvelos y diligencias cerca del Rey, liberalmente me los entregáis. Yo los recibo con gran alegría, no porque se me deban, sino porque suponen mucha gloria adornarse con tan excelente acción. Hemos leído este digno eclesiástico y yo lo que nos habéis enviado; he'hecho añadir algunas cosas y espero de vuestra bondad que no os sea molesto. Yo también creo que al fundar vuestra Congregación estuvo muy a propósito ver los medios de dotarla y de hacerla subsistir en el futuro. Pero como he podido ver por vuestra carta primero, y después por el relato del que me la ha entregado que deseáis acelerar la rápida solución de este asunto, he resuelto confiar todo a vuestra prudencia. Tenemos tantas pruebas de ella, que no creo perjudicar en nada, ni dañar tampoco la dignidad que tengo el honor de ostentar, si a ella me remito. Ved, pues, lo que se puede hacer para la mayor gloria de Dios y conservadme vuestra amistad y vuestras oraciones. Lo que os suplico de todo corazón, junto con que me creals, Padre mío, vuestro humildísimo y afectuoso hermano y servidor.

SANTIAGO,

Obispo de Bayeux» (63).

Ya todo estaba arreglado. Autorización del Obispo de Bayeux; primeros recursos, por pequeños que fue~en: 1.500 libras de Mme. d'Aiguillon, a las cuales hay que añadir otras 2.000 de M. de Répichon; las cartas patentes habían llegado al P. Eudes con tal facilidad que a la vez le confundía y le alentaba. Los hechos se habían precipitado con rapidez providencial.

Para obedecer al P. Bourgoing, empleó el Santo su tiempo libre en dar conferencias a los sacerdotes que se reunían en SaintMagloir. Cumplió esta obligación como un verdadero hijo de]
(63) BoULAY:. I, p. 484.

Cardenal de Bérulle. Su celo Por la salvación de las almas, su profunda estima del sacerdocio, las altas miras que se había formado en la escuela de su ilustre maestro, el humilde respeto que jamás dejó de manifestar a sus oyentes llevándole hasta besar sus pies, todo este conjunto de cualidades aseguró el éxito de sus predica,ciones, y se atrajo las simpatías de los hombres de Dios, que en esta.época y en el mismo París, compartían sus ardientes aspiraciones y que, como él, soñaban con,una restauración sacerdotal que había de devolver al clero francés el esplendor de las virtudes, es decir: la santidad que le faltaba (64).

En cuanto pudo el P. Eudes dejó París y volvió ar Caen, adonde le llamaban los intereses de su futura Congregación. Había fijado su fundación para el 25 de marzo.

§ 3

Antes de verle alejarse de la ilustre Sociedad en que omo dice te Beurrier---«tuvo la dicha de encontrar durante varios años en los Bérulle y los Condren fuentes ptiras donde adquirió luces de que hizo después tan santo uso», debemos plantear y resolver la cuestión de derecho y de hecho que suscita su salida del Oratorio.

-¿Tenía, Sari Juan Eudes derecho a dejar el Oratorio? ¿Cuál fué la causa verdadera porque lo abandonó?

La solución que se propone aquí, no ha de menoscabar ni el honor del Oratorio ni el de San Juan Eudes. El principio enunciado por el ~último y brillantísimo historiador del Oratorio--A. George, vale tpnto para el pasado como para el presente de esta Sociedad.

-<iEn el Oratorio-escribe-reina la misma libertad que en el interior de la Iglesia, ni más ni menos. El sacerdote que quiere salir de la Congregacipn, no encuentra obstáculo alguno canónico: sacerdote era, sacerdote permanece y úricamente cae en la ocasión la mención del Oratorio. *Entra el que Puede y sale el que quiere,* proclama una antigua divisa oratoriana grabada-se dice---sobre el muro de la casa más ilustre,, el Colegio de Juilly* (65).

Los antiguos biógrafos del Santo afirman lo mismo: «Se observará-escribe te Bcurrier (66)---que es extraño haya necesidad

(64) MARTINE: *1, p.* 126; COSTIL: *Annales, I, p.* 67 '
(65) A. GEORGE: *L'Oratoire (Les grands Ordres m0nastiques).* París, 1928, *p.* 117-8.
(66) LE BEURRIER: *loc. cit., p.* 63.

de justificar al P. Eudes por su s 1 alida de una Sociedad donde no se contrae compromiso alguno y de la que con frecuencia salen otros sin que sé les haga el menor reproche». Una nota marginal cuyo origen ignoramos, completa este texto con estas líneas de Héliot: <iEn Yna asamblea general han declarado los Padres del Oratorio que su Congregación no forma un cuerpo. :Así no tiene miembros inseparables, cada uno está en libertad de salir cuando guste» (67).

La misma observación hace Martine: «Es sorpendente- Í dice-que se haya clamado tanto acerca de la salida del Oratorio del P. Eudes, en tanto que muchos otros le han imitado sin que jamás se haya oído una palabra de queja. Los miembros del Oratorio no se ligan a su Congregación por ningún voto, ni por ningún compromiso que no puedan romper cuando crean tener un justo motivo» (68).,

Esta libertad que Bossuet tan justamente ha celebrado y .dado como una de las características de esta'ilustre Sociedad (69), se ha puesto de relieve en un edificante incidente relatado por Houssaye. Algunos de sus discípulos se quejaron un día. al P. de Bérulle, de que en gracia a la libertad que dejaba de aban~ donar el Oratorio, se perdía un gran número de sujetos: «Pues yo estoy bien satisfecho-les respondió-, ya que la Congregación ha sido establecida- únicamente para proporcionar a la Iglesia dignos ministros y buenos operarios» (70).

San Juan Eudes debía ser «uno, de estos dignos ministros y buenos operarios». Dejando el Oratorio por motivos que hemos de examinar, usó de una libertad, de un derecho qué el Oratorio le concedía.

Se opondrá, tal vez, que ésta libertad la tenía cohartada por un voto de estabilidad en la Congregación y un voto de obediencia a sus Superiores que, por su propia voluntad, había hecho en las manos del P. de Condren. Sea.

Conviene, ante todo, notar a este propósito que no obstante ciertas copias de estos pretendidos votos, conservados en los Archivos Nacionales (71), el hecho mismo de su emisión es discutible.

(67) Esta nota va acompafiada de la siguiente referencia. «Así afirma HELIOT en su *Histoire des Ordres monastiques et des Co- ngregations séculières,* VIII, p. 63*.
(68) MARTINE: 1, p. 140.
(69) <iAllá una santa libertad constituye un compromiso santo». Oración fúnebre del P. Bourgoing. *0eÚvres compl¿tes, XII, p.* 646 (París, 1863).

(70) HoussAYE: *Le P. de Bérulle et VOratoire de Jésus, p.* 370.
(71) BoULAY: 1, p. 552.

Auténticos o no, estos votos en nada modifican la situación jurídica del Santo ni en su Sociedad ni a los ojos de la Iglesia.

Canónicamente hablando, tales votos eran privados y podían ser conmutados por él mismo en una obra mejor o, sencillamente, dispensado por un Superior competente sin que hubiese de intervenir el fuero externo.

Desde el punto de vista del Oratorio, su si.tuacion era igualmente clara. Es sabido que, profesando el más profundo respeto y la mayor estima por los votos de religión, el Oratorio ha establecido, como fundamento de la santidad eminente que propone a sus miembros, el sacerdocio cuyo carácter han recibido y que, asociándolos al sacerdocio de Cristo, hace de ellos *religiosos de Cristo.*

«¿Sería posible-protesta de Bérulle-que Nuestro Señor, que ha deseado tan gran perfección a todas las Ordenes religiosas, no la exigiese de su propia orden?... Los religiosos se consagran por votos que son obra suya propia, por loable y santa que en sí sea; los sacerdotes son consagrados por obra del mismo jesucristo que les comunica también el Espíritu Santo» (72). Vastos horizontes de santidad se abren hasta el infinito, ante las almas bastante generosas para entusiasmarse con tan espléndido ideal.

Para mantenerlo en toda su pureza y esplendor, no vaciló el Oratorio en levantar entre sus miembros y los votos de religión, una barrera oficial por un decreto de la Asamblea de 1631, que Batterel resume así: #... Fué dicho y decretado que, como la Congregación se había establecido para honrar el sacerdocio del Hijo de Dios, sería considerada como un estado puramente eclesiástico que debía atenerse a la institución del sacerdocio tal como jesucristo lo había dejado a su Iglesia, sin adición ni disminución, de suerte que, en cualquier época o reunión que fuese, no pudieran obligar a los sujetos a votos algunos, ni solemnes ni simples; y que aquellos que quisieran obligarles a los dichos votos simples o llegasen a abrazar los solemnes, aunque fuesen mayoría, serán separados del cuerpo de la Congregación y obligados a dejar las casas y todos los bienes temporales a los que quieran permanecer en el Instituto puramente eclesiástico y sacerdotal, aun cuando fuesen los menos» (73).

La conclusión se impone. Ningún vínculo indisoluble ligaba a San Juan Eudes con el Oratorio. Podía, pues, libremente separarse del mismo si le impulsaban a ello serias razones.

(72) *Fragments divers* en *Oeuvres* (edic. Migne), IV, col. 1618.
(73) *Mémoires domestiqUes pour servir à l'histoire de la Congregation de l'Oratoire* en *Oratoriana,* 1935, p. 349.

SAN JUAN EUDES EN EL ORATORIO DE CAEN 63-

¿Existieron éstas?

En honor de la lealtad y verdad histórica excluyamos desde ahora algunas de las que se han señalado y que parecen inadmisibles.

Nos referimos al pretendido abandono por el Oratorio de su propio fin y de su no menos pretendida contaminación jansenista. Son dos lamentables errores históricos que nada tienen que ver con la gloria del Santo.

Un hecho que se impone a quien quiera tomarse el trabajo de estudiar de cerca y con imparcialidad la historia del Oratorio es que de Bérulle no fundó su Sociedad ante todo y sobre todo con miras a la creación de los seminarios. «El único fin del Oratorio sea cual fuere la variedad de sus obras, es tender a la perfección sacerdotal por la imitación de jesucristo viviente en la tierra. Digamos, en lenguaje beruliano, que el Oratorio debe ser la sal del sacerdocio, como el sacerdote es la sal de la tierra. El fin próximo de la Congregación es proporcionar por su espíritu y por su ensefianza el medio de llegar a este fin* (74).

Todo, pues, protesta contra lo que injustamente se ha llamado «un error tradicionah' (75): la simple lectura del *Reglamento del Oratorio* (76), el cual ignora totalmente el fin especial que más tarde parece querer imponerse a esta Sociedad, el estudio atento de la Bula de Paulo V de que Bremond nos da un análisis crítico de los más penetrantes que no puede por menos de reunir todos los sufragios (77).

Séanos también permitido hacer constar a propósito de esta Bula que, en su mismo texto donde el Soberano Pontífice indica al Oratorio como una de sus propias funciones *formar sacerdotes y candidatos -al sacerdocio no a la ciencia,. sino a las virtudes eclesiásticas,* se encuentra un inciso sobre el que, quizás, no se ha insistido bastante y debiera descartar definitivamente el *error tradicional.* Citemos: *Sacerdotum insuper et aliorum ad sacros ordines adspira,ntium,..* ¿Cómo una obra *adicional (insuper)* podría ser al mismo tiempo principal y primera? Además, siguiendo otra observación muy atinada de H. Bremond: «¿Quién no ve lo inverosímil de semejante sistema? ¿Es admisible que desde los primeros días de su edad heroica, una Congregación en que los santos no se cuentan, ignore prácticamente hasta su razón de ser, olvide

(74) A. GEORGE: loc. cit., p. 102.
(75) Ibid., p. 234. 0
(76) BÉRULLE: Oeuvres complétes, p. *1.625.*
(77) H. BREMOND: 10C. *Cit., 111, p. 177.*

alegre y unánimente el fin esencial que la Providencia le ha 'sefialado? Y no ha habido quien llame al orden,, ni de Bérulle, su santo fundador, ni Condren, ni M. Acarie que les ha conocido y anunciado antes de su nacimiento, ni el P. Coton..., quien en 1618 encuentra que el Oratorio no puede ir mejor, ni los Obispos, ni la Santa Sede que después de haber aprobado en 1613, renueva esta aprobación en 1634. Tenemos además gran número de documentos oficiales relativos a la vocación y empleos del nuevo Instituto. En estos documentos no se encuentra una palabra sobre los seininarios* (78).

El establecimiento de los seminarios no era el fin principal y esencial del Oratorio y no se le'puede imputar sin error e injusticia, como un abandono de su vocación no haberse aplicado de manera exclusiva a esta obra entonces tan urgente.

Toda explicación de la salida de San Juan Eudes en el Oratorio que presuponga este abandono, debe ser descartada.

Pero hay más: en el preciso momento en que el Santo se separaba de él, el Oratorio establecía (79) -los primeros seminarios mayores estrictamente tale§ y pensaba establecer otros-y lo que es más-en la misma Normandía. He aquí una carta del P. Bourgoing que nos proporciona valiosas enseñanzas sobre este punto (80):

«Blois, 16 de abril de 1642.

Monseñor: -

Según la orden expresz~ de su alteza real, fuí a Lyon antes del primer domingo de Cuaresma. He empleado el tiempo en lavisita de nuestras casas y en espera siempre, dados los diferentes rumores sobre su viaje, pero habiéndole detenido sus indisposiciones, he venido a Blois para estos santos días (81).

Antes de mi partida de París, hice comenzar en nuestra casa de Saint-Magliore, una institución de jóvenes eclesiásticos, *según el mandato y las, intenciones, de Su Eminencia.*

El éxito sobrepasa nuestras esperanzas. Son catorce bie ' n elegidos, más otros que se presentan al cabo de uno o dos
años de formación, prometen mucho para el servicio de la Iglesia. El P. de la Barde, del que me atrevo asegurar que es uno
de los
(78) H. BREMOND: 10C. *Cit.,* III, p. 175.
(79) Cfr. *infra, p.* 116-7.
(80) Carta autógrafa del P. Bourgoing conservada en los archivos del Ministerici de Asuntos Extranjeros (Francia,
1690) y dirigida al confidente de Richelieu, Mons. de Chavigny, consejero del rey y secretario de Estado. Esta carta,
inédita largo tiempo, ha sido publicada por primera vez por Mons. PRUNEL: *Les premiers seminaires de France au XVII*
siécle en *rtudes,*
118 (1909), 349-50. 11
(81) En 1642, Pascua fué el 20 de-abril. Por lo tanto la carta está fe--chada el Miércoles Santo.

sabios más eminentes de nuestro tiempo, les enseña la Teología moral; el P. d'Arci, que posee un gran talento para las misiones, les indica el método de catequizar y predicar útilmente; otro Padre les da lección sobre el ritual de la administración de los Sacramentos y otras funciones, y el cuarto, bien preparado en el canto eclesiástico y en las ceremonias, les ejercita diariamente pn ello.

He aquí los ejercicios de esta academia espiritual sujeta al orden diario de los reglamentos de piedad de una vida consagrada al Hijo de Dios en el estado eclesiástico.

Una institución semejante y con los mismos ejercicios se ha comenzado en Rouen, con die~ eclesiásticos que han ingresado y dan buenas esperanzas.

El número crece en proporcion al fondo. Los preparativos del alojamiento y del inmueble nos agotan, pero en París, *la estima y el olor hacen desear que haya lugar Para una cincuentena.*

La de Rouen ha seguido durante tres meses la misión más fructuosa que se ha visto (82) y Mme. la Duquesa d'Aiguillon que la había encargado demostró su satisfacción.

' Esperamos cualquier día establecer la tercera institución en Toulouse; ya se preparan las cosas necesarias..

Os pido perdón *si, estando obligado a rendir estas minuciosas cuentas a Su Eminencia,* me permito suplicaros con la mayor humildad, Monseñor, tengáis a bien decir algo de ello.

Continuaré diariamente mis votos en el altar por su prosperidad y la vuestra, de quien soy; Monseñor, etc.

FRANCISCO BOURGOING,
Sacerdote del Oratorio de Jesús.»

Esta carta del P. BoUrgoing, capital en su especie, se encuentra confirmada por otra dirigida esta vez a San Juan Eudes del 18 de febrero del mismo afío, de la que *los Annales* han conservado este extracto: «Si se comienza una Institución en Rouen, como lo deseo, sería conveniente que el P. Saint-Pé permaneciese... Me dicen que se os ha dado para hacer una en Caen; hacedle venir porque tendré que escribiros; tomad el modelo». Después, hablando de un curato que el señor Arzobispo quería dar a la casa del Oratorio,'e1 P. Bourgoing afiade: «Si me lo hubieseis advertido os hubiera avisado que la podíais unir a la casa de Rouen, *in larorem seminarii, y era* un excelente medio para ayudar a la-~ Institución*.

Para justificar la salida de San Juan Eudes del Oratorio no es necesario recurrir a una nueva explicación, igualmente injuriosa para esta célebre Sociedad, todavía en el fervor de sus comienzos: su pretendida contaminación por el jansenismo.
(82) Esta misión fué predicada por San Juan Eudes. Cfr. supra, p. 556.

alegre y unánimente el fin esencial que la Providencia le ha 'sefialado? Y no ha habido quien llame al orden,, ni de Bérulle, su santo fundador, ni Condren, ni M. Acarie que les ha conocido y anunciado antes de su nacimiento, ni el P. Coton..., quien en 1618 encuentra que el Oratorio no puede ir mejor, ni los Obispos, ni la Santa Sede que después de haber aprobado en 1613, renueva esta aprobación en 1634. Tenemos además gran número de documentos oficiales relativos a la vocación y empleos del nuevo Instituto. En estos documentos no se encuentra una palabra sobre los seininarios* (78).

El establecimiento de los seminarios no era el fin principal y esencial del Oratorio y no se le'puede imputar sin error e injusticia, como un abandono de su vocación no haberse aplicado de manera exclusiva a esta obra entonces tan urgente.

Toda explicación de la salida de San Juan Eudes en el Oratorio que presuponga este abandono, debe ser descartada.

Pero hay más: en el preciso momento en que el Santo se separaba de él, el Oratorio establecía (79) -los primeros seminarios mayores estrictamente tale§ y pensaba establecer otros-y lo que es más-en la misma Normandía. He aquí una carta del P. Bourgoing que nos proporciona valiosas enseñanzas sobre este punto (80):

«Blois, 16 de abril de 1642.

Monseñor: -

Según la orden expresz~ de su alteza real, fuí a Lyon antes del primer domingo de Cuaresma. He empleado el tiempo en lavisita de nuestras casas y en espera siempre, dados los diferentes rumores sobre su viaje, pero habiéndole detenido sus indisposiciones, he venido a Blois para estos santos días (81).

Antes de mi partida de París, hice comenzar en nuestra casa de Saint-Magliore, una institución de jóvenes eclesiásticos, *según el mandato y las, intenciones, de Su Eminencia.*

El éxito sobrepasa nuestras esperanzas. Son catorce bie ' n elegidos, más otros que se presentan al cabo de uno o dos
años de formación, prometen mucho para el servicio de la Iglesia. El P. de la Barde, del que me atrevo asegurar que es uno
de los

(78) H. BREMOND: 10C. *Cit.,* III, p. 175.
(79) Cfr. *infra, p.* 116-7.
(80) Carta autógrafa del P. Bourgoing conservada en los archivos del Ministerici de Asuntos Extranjeros (Francia,
1690) y dirigida al confidente de Richelieu, Mons. de Chavigny, consejero del rey y secretario de Estado. Esta carta,
inédita largo tiempo, ha sido publicada por primera vez por Mons. PRUNEL: *Les premiers seminaires de France au XVII*
siécle en *rtudes,*
118 (1909), 349-50. 11
(81) En 1642, Pascua fué el 20 de-abril. Por lo tanto la carta está fe--chada el Miércoles Santo.

sabios más eminentes de nuestro tiempo, les enseña la Teología moral; el P. d'Arci, que posee un gran talento para las misiones, les indica el método de catequizar y predicar útilmente; otro Padre les da lección sobre el ritual de la administración de los Sacramentos y otras funciones, y el cuarto, bien preparado en el canto eclesiástico y en las ceremonias, les ejercita diariamente pn ello.

He aquí los ejercicios de esta academia espiritual sujeta al orden diario de los reglamentos de piedad de una vida consagrada al Hijo de Dios en el estado eclesiástico.

Una institución semejante y con los mismos ejercicios se ha comenzado en Rouen, con die~ eclesiásticos que han ingresado y dan buenas esperanzas.

El número crece en proporcion al fondo. Los preparativos del alojamiento y del inmueble nos agotan, pero en París, *la estima y el olor hacen desear que haya lugar Para una cincuentena.*

La de Rouen ha seguido durante tres meses la misión más fructuosa que se ha visto (82) y Mme. la Duquesa d'Aiguillon que la había encargado demostró su satisfacción.

' Esperamos cualquier día establecer la tercera institución en Toulouse; ya se preparan las cosas necesarias..

Os pido perdón *si, estando obligado a rendir estas minuciosas cuentas a Su Eminencia,* me permito suplicaros con la mayor humildad, Monseñor, tengáis a bien decir algo de ello.

Continuaré diariamente mis votos en el altar por su prosperidad y la vuestra, de quien soy; Monseñor, etc.

FRANCISCO BOURGOING,
Sacerdote del Oratorio de Jesús.»

Esta carta del P. BoUrgoing, capital en su especie, se encuentra confirmada por otra dirigida

esta vez a San Juan Eudes del 18 de febrero del mismo afío, de la que *los Annales* han conservado este extracto: «Si se comienza una Institución en Rouen, como lo deseo, sería conveniente que el P. Saint-Pé permaneciese... Me dicen que se os ha dado para hacer una en Caen; hacedle venir porque tendré que escribiros; tomad el modelo». Después, hablando de un curato que el señor Arzobispo quería dar a la casa del Oratorio,'e1 P. Bourgoing afiade: «Si me lo hubieseis advertido os hubiera avisado que la podíais unir a la casa de Rouen, *in larorem seminarii, y era* un excelente medio para ayudar a la-~ Institución*.

Para justificar la salida de San Juan Eudes del Oratorio no es necesario recurrir a una nueva explicación, igualmente injuriosa para esta célebre Sociedad, todavía en el fervor de sus comienzos: su pretendida contaminación por el jansenismo.
(82) Esta misión fué predicada por San Juan Eudes. Cfr. sura, p. 556.

Como cuestión de hecho 1 testimonio de Martine a este respecto es formal sta hipótesis no es defendible.

«Puedo decir con toda verdad que después de haber consultado todas las memorias tocante a su vida (la de Sin Juan Eudes), no he encontrado nada que pueda autorizar esta creencia» (83).

Ahora bien, con sólo recordar fechas, se evidencia el enfadoso anacronismo que supone esta frágil hipótesis.

He aquí, en efecto, la cronología esencial del jansenismo: Saint-Cyran, su padre y fundador, muere en 1643. Su manifiesto, el *Augustinus,* editado en Lovaina en 1640, apareció en París en 1641 y en Rouen en 1643, es, por primera vez, prohibido por la Inquisición el 1.' de agosto de 1641, después condenado por Breve pontificio el 11 de enero de 1642 y, finalmente, por la Bula *In Eminenti* del 6 de marzo de 1642.

En esta época los proyectos que el Santo maduraba de antiguo, según todos sus biógrafos, estaban a punto de ejecutarse. Unos meses más y hubieran tornado cuerpo y se hubieran. definitivaÍnente resuelto.

Este sincronismo entre la fundación entonces inminente de la Congregación de Jesús y María que iba a suscitar en el jansenismo algunos de sus más irreductibles adversarios y la publicación del *Augustinus,* no se le escapó al P. Costil: «Quien quiera: que sea, no debe buscar misterio en esta clase de sujetos-nota con una fina y sabia reserva-; se puede observar, no obstante, que la Congregación de Jesús y María, así denominada a causa del día de su nacimiento que es el de la permanencia del Hijo de Dios en su divina Madre, ha comenzado en la época en que el libro del jansenismo, causa de los males que han afligido a la Iglesia desde entonces, apareció...» (84).

He aquí ciertamente un sabroso y concluyente *desde entonces...,* pero, ¿qué decir de antes? Mas, ¿cómo *lo hubiera hecho si yo no había nacido?...* Lo que se produjo después no pertenece a la historia de Saji Juan Eudes oratoriano (85).
(83) MARTINE: *I, p.* 140.
(84) COSTIL: *Annales, p.* 12.
(85) <iMu¿ho se podría hablar acerca de la #jansenización» del Oratorio. La cuestión es mucho más compleja de lo que algunos historiadores parecen creer. Recordemos: *a)* que esta jansenización fué mucho más lenta de lo que se ha dicho. En 1657 casi 400 sacerdotes de los 425 que componían el Oratorio fírmaron el documento de sumisión a la Santa Sede propuesto por el P. Bourgoing; b) que

nunca se extendió a todo el Oratorio; e) que el jansenismo oratoriano no es el jansenismo integral. Como tipo medio puede estudiarse al P. BATTEREL, quien en sus cuatro volúmenes tiene mil

Queda que el Santo dejó el Oratorio por obedecer a la voluntad de Dios: *Deo sic disponente* (8 6).

Y la voluntad de Dios se manifestó a través de todo un concurso de circunstancias providenciales que se la intimaron y que, aun a riesgo de ligeras repeticiones, es preciso exponer aquí:

Sus numerosas y fecundas misiones le habían puesto en contacto diario con la inmensa miseria religiosa y moral de los pueblos que evangelizaba. Esta miseria la palpaba, sondeaba toda su profundidad y veía claramente la causa: un clero, en su Conjunto, inferior a las exigencias de su vocación. A sus ojos el remedio se imponía: la reforma de los pastores debe preceder a la reforma del rebaño. Y la creación de seminarios, con miras a promover esta reforma sacerdotal, que sería el preludio y haría posible la reforma del pueblo cristiano, se impuso muy pronto a su espíritu como *la obra de las obras,* a la cual no temía sacrificar y subordinar todas las demás.

Tocamos el Punto crucial de la vida del gran misionero, que la pasión por la salvación de las almas va a transformar en apóstol del clero. La imperiosa convicción que se apodera de él y le domina por entero, termina por provocar entre sus Superiores y él un - doloroso conflicto: aquellos a quienes después de todo pertenecía pronunciarse sobre la oportunidad de aceptar tal o tal fundación, rehusan favorecer la creación de este Seminario de Caen, cuyos cimientos había puesto ya el Santo. Estaban en su derecho al temer enderezar a su Sociedad por un camino que, especializándola en exceso, la apartase de esta universalidad sacerdotal que hasta entonces la caracterizaba y a la cual se adherían fielmente como a designio de su fundador. No conocía estas legítimas al ¡raciones el Superior de la casa de Caen. .P

Él apresura la obra a la que el Oratorio no ha creído deber entregarse exclusivamente, la hará suya y la hará de la Sociedad que ha decidido establecer.

ocasiones de manifestarse. Por su doctrina no es más jansenista que los tomistas, lo cual quiere decir que no lo es de ninguna manera». H. BREMOND: Hist. lit., III, p. 214. Cfr. también A. GEORGES, Op. Cit., cap. 9: «Peligros y grandezas del Oratorio».
(86) En el Breve de beatificación que aquí cita el autor no se leen estas palabras, si bien se hace constar que el Santo salió del Oratorio «después de implorar el auxilio divino con oraciones y ayunos y de haber consultado a muchos». Como causa de su determinación se indica que el Oratorio ya cno cumplía en modo alguno su primera obligación*. Acta Apostolicae S6dis, 1 (19Q9), 47. En la Bula de canonización vuelve a repetirse fundamentalmente lo mismo, ¡bid., 17 (1925), 486. (N. del Tr.)

Se sabe ya que esta resolución no genninó repentinamente en su alma. Dejemos hablar a este respecto a Le Beurrier, uno de sus antiguos biógrafos:

«Salió, pues (del Oratorio), a pesar de que hubiera deseado quedarse, pero no lo hizo sin antes tomar las precauciones que la prudencia cristiana exigía de un hombre. que únicamente buscaba conocer y ejecutar la voluntad de Dios. Hizo, incluso, a esta intención, reiteradas oraciones y rogó a un gran número de almas santas a las que estaba unido espiritualmente, que le asistiesen. Celebró muchas veces el Santo Sacrificio y lo mandó celebrar a otros por el mismo fin.»

Dios le manifestó su voluntad de una manera que parecía tan expresa que no podía moralmente dudar.

«Nuestras *Mémoires* hablan de las Revelaciones que sobre esto tuvieron cuatro personas distintas de las más elevadas en gracia que entonces habían en Francia, una de las cuales aseguró que la nueva Congregación sería extraordinariamente obstaculizada, pero que Dios la sostendría. Sea lo que fuere de estos medios sobrenaturalesl el P. Eudes tomó otros más en consonancia con las vías comunes y el curso ordinario de la gracia, que siempre están menos sujetos a ilusión. Sabiendo lo que el Espíritu Santo dice en la Escritura: No *hagáis nada sin consejo y no os arrepentireís,* creyó que un negocio de la naturaleza que él meditaba no debía hacerse, sino después de haber reflexionado y consultado mucho.

»Consúltó, pues, y lo hizo de manera que pudiese asegurar que solamente buscaba conocer lo que Dios pedía de él. El carácter episcopal y las cualidades personales de aquellos a quienes se dirigió, las virtudes eminentes y la reputación de santidad de muchos otros, son para nosotros seguras garantías de que no había de engafiarse... (sigue la lista de los personajes consultados). Todos esios grandes hombres le aseguraron unánimes que su designio venía de Dios y que nada más últil podía hacer que ejecutarlo prontamente.»

¿No es preciso ver en los sucesos que entonces se produjeron una especie de causa ocasional que precipitó la marcha de los acontecimientos? Es posible. No hemos de olvidar las conferencias con que el Cardenal de Richelieu honró al Superior del Oratorio de Caen.

Ahora bien, Batterel afirma que a la muerte de Bérulle el omnipotente ministro trató de poner la mano sobre el, Oratorio: «.No- es inverosímil que el Cardenal de Richelieu pensase entonces

en hacerse nombrar General o, si veía mucha oposición, darnos al menos, en la personal del P. de Harlay-Sancy, una de sus criaturas por Superior, a fin de que, haciéndose en seguida declarar por el Papa, Cardenal protector de la Congregación, como se vera mas adelante que lo procuró, pudiese gobernar a su gusto, tanto bajo el nombre de un jefe, que era adicto suyo, como en el suyo propio, a título de protector (87).

El Oratorio supo descubrir los planes de Richelieu y asegurar la libertad de elección de su Superior general.

¿Quiere esto decir que el Cardenal abandonó por tanto sus pretensiones y que de su parte el Oratorio se mantuvo respecto del protector que quería imponérsele, en una justa reserva, por no decir otra cosa? Sería conocer muy poco a los hombres creerlos capaces de modificar así las actitudes que las circunstancias le han inducido a aceptar.

Habían llegado aquí las cosas cuando Richelieu llamó a París al Superior del Oratorio de Caen, en quien-nos dice Martine«creyo encontrar un hombre capaz de comprender sus proyectos y llevarlos a la práctica» (88). Ya se sabe el resultado: el acta de nacimiento de la Congregación fué entonces redactada y firmada (89).

A fines de 1642 moria Richelieu. Era evidente que el puesto del Santo no era ya el Oratorio. El ostentoso favor que había gozado cerca del difunto ministro no podía menos de hacer muy delicada su situación.

El día convenido entre él y algunos sacerdotes que consintieron en seguirle a lo desconocido en que se comprometían, se separó con el corazón destrozado de los companeros que tanto estimaba y con quienes Veinte años de - vida común le habían profundamente unido. Dios lo quería así. *Deo sic disponente:* no podía dudar. Dejó el Oratorio como un día el P. Eymard, fundador de los Padres del Santísimo Sacramento ' dejaría los Maristas; como el P. Foucauld dejará la Trapa para emprender la vida eremítica entre los *tuareg.* Abrazaba nuevos deberes para mayor servicio de Dios ~ de las almas.

(87) *Mémoires domestiques* en *Oratoriana,* 1935, *p.* 57.

(88) MARTINE: I, P. 116.

(89) *Cfr. supra, p.* 58-9.

7 1-

CAPITULO - III .

FUNDACIóN DE LA CONGREGACION

DE JESúS Y MARIA

La Congregación de Jesús y María.

La Providencia ha querido que al lado de todas las cunas vigile solícita una madre. Por eso no debe extrafiarnos que junto a la cuna de la Congregación de Jesús y María, aureolada en medio de su humildad con resplandores sobrenaturales, se incline un rostro materno. Arrodillado ante la Madre de Jesús-et erat *Mater J'e&u* ibi-, que le sonríe y le bendice, se nos muestra San Juan Eudes en esta época de su vida, importante cual ninguna, en la que se separa del Oratorio y funda su familia espiritual,

Obedeciendo a un pensamiento místico había fijado la fundación para el 25 de marzo. Le parecía conveniente que la Congregacion que «debía tener por fin continijar el trabajo y las funciones del Verbo Encarnado», y que «debía estar consagrada por entero a Jesús y María*, naciese en el día'mismo que el Verbo se- encarnó (1).

Renovando el gesto de San Ignacio de Loyola:, del P. de Bérulle, de M. Olier (2) y de tantos otros santos fundadores, cuyo primer pensamiento en el instante de establecer definitivamente su Sociedad había sido para María, y cuyo primer paso fuera para consagrarse a Ella y poner a sus pies el 1 homenaje filial de sus votos y generosas esperanzas, el P. Eudes inauguró la suya con un acto muy significativo.

(1) MARTINE: I, p. 129.
(2) BOULAY: II, P. 12.

7 2 - UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

Seguido por algunos compañeros que habían aceptado compartir con él el enorme peso de responsabilidades, incertidumbres y sufrimientos, patrimonio de toda fundación, se dirigió la víspera de la fiesta de la Anunciación a un santuario próximo dedicado a la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de la Délivrande. Eran seis, incluido el Santo fundador: Simón Mannoury, Tomás Manchon, Pedro Jourdan, Andrés Godefroy y Juan Fossey (3); seis fervientes peregrinos a quienes un común deseo de restauración sacerdotal de mayor perfección, de más completo sacrificio en el servicio de Dios y de las alinas reunía ante el altar de la antigua Virgen, objeto de universal veneración. A sus pies desahogaron sus corazones en la oración, prolongada en conformidad con las inmensas necesidades que le iban a exponer. «Allí consagraron a Jesús y María-nos dice el P. Costil-sus personas, sus hijos espirituales y futuros herederos, y todos los empleos que les estaban destinados» (4).

Cumplido este deber y fortificado por las gracias que María, respondiendo a su confianza había derramado sobre sus almas, emprendieron el regreso a Caen.

Para atestiguar esta consagración y hacerla en cierto modo irrevocable, el Santo quiso que su Congregación llevara los nombres de Jesús y de María. Esta elección no tenía nada de arbitraria.

El nombre siempre guarda misteriosas relaciones con el ser * la persona a que se refiere. Es

su signo y equivale con frecuencia * toda una definición. No sin causa San Francisco de Asís, Santo Domingo, San Pablo de la Cruz-para sólo citar -algunos ejemplos tomados entre mil-dieron a sus respectivas familias espirituales los nombres de Hermanos Menores, Predicadores y Pasionistas.

El que el P. Eudes escogía para la suya tenía la gran ventaja de acusar los. lazos estrechísimos que habían de unir a sus hijos

(3) Se 'encontrarán amplios detalles sobre estos primeros colaboradores del P. Eudes en BoULAY: II, p. 4; COSTIL: *Sur, de la Congrégation,* 11; HÉRAMBOURG: 1, 21. Hagamos constar sol4mente que Mannoury, nacido en Mesnil-Mauger, y Manchon, nacido en Dournarais, pertenecían a la diôcesis de Lisieux; Jourdan, nacido en Bonneville, a la de Coutances; Godefroy, oriundo de Vaucelles, barrio de las afueras de Caen, y Fossey, nacido en Torigny, pertenecían a la diócesis de Bayeux. Pero estos dos últimos no tardaron en salirse de la Congregación donde les reemplazaron, casi desde sus comienzos dos sacerdotes de la diócesis de Coutances: Santiago Finel, de la parroquia de Marchesieux, y Ricardo Le Mesle, de la parroquia de Clinchamps, a quienes siempre se coloca entre los fundadores de la Congregación.

(4) COSTIL: *Annales,* I, p. 71.

con Jesús y María, y ensu pensamiento sería para ellos programa de vida espiritual al mismo tiempo que les recordaría la razón de ser de su Sociedad. No se debe olvidar, en efecto, que el nombre adoptado en un principio era el de: «Congregación de los Seminarios de Jesús y María» (5). Esta denominación prevaleció durante cierto tiempo; pero con posterioridad, sin duda por razones de brevedad, se abandonó y fué reemplazado por el actual nombre. Casi es de lamentar, pues ponía de manifiesto el fin perseguido por el Santo fundador con la fundación de su Sociedad y la organización que le dió,'así como el espíritu de que la había dotado.

Este fin ya lo conocemos. Si el P. Eudes se había separado del Oratorio y había fundado su Congregacion, sólo fué para alcanzarlo con mayor seguridad. Sin renegar en nada del-magnífico programa de restauración sacerdotal trazado por el Cardenal de Bérulle, había resuelto concentrar su esfuerzo y , el de los suyos en un fin único, pero de capital importancia: la formación del clero. Su genio práctico y emprendedor le había hecho concebir y crear un instrumento en conformidad con el fin elevado que perseguía con toda. su alma, apasionada hasta el más alto grado por el honor de Dios y de su sacerdocio. Abandonó la multiplicidad de obras sacerdotales, a las que el Oratorio se puede entregar, y se consagró a la obra querida para él entre todas, y a la cual éstas deben supeditarse. Basta dejarle hablar a él mismo. Se ha expresado con tal claridad, e incluso con tal energía, que a

(5) Para probar este aserto remitimos al lector a las cartas patentes de Luis XIII, a los privilegios reales concedidos al Santo para la impresión de algunas de sus obras. Cfr. en particular: *O~res, IV, p. VI y 144*; V, 43; HÉRAMBOURG: *Vertus, 11,* 4; carta de Claudio de la Madeleine de Ragny, Obispo de Autun, *apud* BoULAY, II, p. 313. Más aún, el texto original de las *Constituciones* escritas de puñQ y letra del mismo Santo, que han llevado durante un tiempo imposible de determinar el siguiente título general: «Estatutos y Constituciones de la Congregación de los Seminarios de Jesús y María,> (cfr. *Oeuvres, IX, 141 y 69,* nota 1.a). Pero el texto definitivo no fué fijado sino hasta,1658. Podríamos citar otras muchas pruebas; pero basta con las anteriores. Así se comprenderá el por qué nos vemos obligados a separarnos del venerado P. Le Doré, que creía poder considerar el nombre de la Congregación como una abreviatura del nombre siguiente: «Congregación de los Nombres y Corazones de Jesús y María». El R. P. LE DORÉ apoyaba su punto de vista en una noticia de varias páginas incluída en un *Manuel de la Confrerie des Saints-Coeurs,* editado en Rennes a comienzos del siglo xviii. Pero ni HÉRAMBOURG, ni COSTIL, ni MARTINE, que conocían este artículo han reconocido sus aserciones. Por ello no las tomamos en consideración, ya que además no se encuentra. ningún vestigio de ello en las obras del Santo.

primera impresión quizá pueda sorprender. Antes reproducimos un pasaje de las cartas patentes que le había concedido Luis **XIII:**

«Habiendo llegado a nuestro conocimiento.... que (Mons. d'Angennes) desea fundar en la ciudad o en las afueras de Caen una Compañía o Sociedad de sacerdotes, que viviendo juntos en Comunidad, bajo el nombre y título de Sacerdotes del Serninario de Jesús y María, cuyo fin principal es irnítar y continuar sobre la tierra, en la medida que les sea posible con la gracia de Dios, las costumbres y todas las funciones sacerdotales de jesucristo, fundador soberano del santo orden del Sacerdocio, así como también la vida y las virtudes de la Santísima Virgen María, su especial protectora, y por este medio llegar a la perfección del estado sacerdotal, según su Institución, trabajando con sus ejemplos e instrucciones para establecer la piedad y santidad entre los sacerdotes y aquellos que aspiran al sacerdocio, enseñándoles a llevar una vida conforme a la dignidad y santidad de su condición, y desempeñar convenientemente todas las funciones *sacerdotales, como* también emplearse en la *epseñanza de* la doctrina cristiana por medio de misiones, predicaciones, exhortaciones, conferencias y otros ejercicios en dicha ciudad y episcopado de Caen y en otros lugares de la diócesis ... » (6).

Este texto, interesante por muchos capítulos, nos muestra en qué la nueva Sociedad se aproxima o aleja del Oratorio. Como éste, la Congregación de Jesús y María es esencialmente sacerdotal en sus miembros; como los del Oratorio,. sus sacerdotes hacen «profesión de estar consagrados y unidos a jesucristo como a su jefe, como a su soberano Sacerdote, con el que constituyen un sacerdote, único» (7). Pero a diferencia del Oratorio, que no se consagra a ningún ministerio especial y cuyos miembros pueden desempeñar todas las funciones que un sacerdote pueda desempeñar, los de la Congregación de Jesús y María «deberán trabajar con sus ejemplos e instrucciones para establecer la piedad y santidad entre los sacerdotes y aquellos que aspiran al sacerdocio*.

A la vez que los seminarios, asignó el Santo fundador a su Congregación la obra de las Misiones, pero como segundo fin ~)articular (8).

Su pensamiento respecto a la subordinación de este segundo fin al primero, no deja lugar a duda: los dos-fines no tienen la misma importancia. A los ojos del Santo, da obra de. las Misiones

(6) BOULAY: I, p. 462.
(7) HOUSDSAYE: *Bérulle el l'Oratoire, p.* 52.
(8) Hemos de hacer constar que las cartas patentes---de que damos un extracto-son mucho más amplias en la determinación de los fines de la Sociedad.'

es secundaria. La de los seminarios es el fin *primero y principal* (9)* de la Congregación. Esta fué fundada para formar a los clérigos en las virtudes y funciones de su estado. Tal es su razón de ser en la Iglesia. El P. Eudes insistía de tal modo en que sus hijos ,permanecieran fieles a su vocación, que en el caso de que por su culpa, abandonasen el ejercicio de los seminarios, autoriza a los Obispos a quitarles sus casas para entregarlas a otros, que reemplazándoles, se d,ediquen a la formación del clero* (10).

Además de los textos de sus *Constituciones,* en donde el Santo deja bien sentado que la formación sacerdotal es #el fin primero, principal* de su Congregación, tenemos otros también de su mano muy explícitos sobre sus intenciones: «Si estando en

una rnision-ha escrito-nos enteramos,de que se nos necesita en el Seminario, deberíamos dejar al punto la misión y correr .al Seminario» (11). En una carta al P. Dupont, Superior del Seminario de Coutances, escribía un día a: propósito de uno de los subordinados de este il ' Itimo: «Es un Principio que se ha de seguir: que las cosas de la Comunidad son preferibles a todo cuanto se puede hacer fuera. Por lo tanto, si le juzgáis necesario a la casa, hacedle cesar en su predicación exterior ... » (12).

' Todo eji la Congregación de Jesús y María llevará el sello de este pensamiento fundan~ental, que arraigará en ella hasta los ,más nimios, detalles. Destinada a formar sacerdotes será exclusivamente sacerdotal (13), perteneciendo en consecuencia a la primera y mayor de todas las órdenes: la que santifica a todos

(9) *Statuts el Constitutiows, 1,* 4. *(Oeuvres, IX,* 144.) Subrayamos nosotros.~

(10) CH. LEBRUN: *Introduction à Règles et Constitutions,* en *Oeuvres,* IX, 32.

(11) *Oeuvres, XII,* 206.

(12) Ibid., X, 420.

(13) Esta manera de ver, es común al P. Eudes y a todos aquellos santos sacerdotes que trabajaban en la reforma del clero francés del siglo xvii. Le parecía que los Obispos úo confiarían sus seminarios más que a sacerdotes enteramente sometidos a su jurisdicción y que los mismos ordenandos se dejarían conducir más fácilmente por hombres cuyo estado no difería del suyo. Cfr. *Oeuvres, IX, 3 3 - 4;* FAILLON: *Vie de M. Olier* (París, *1873), p. 3.a, 1, 5,* n.' 1; MAYNARD: *Saint-Vicent de Paul, 1, p. 398. oEl* clero de Francia-dice THOMASSIN-prefería que los seminarios estuviesen gobernados por - eclesiásticos que se hallaran en dependencia en lugar deserlo por regulares. Así lo dió a entender en la advertencia que dirigió **a Luis XIII** en estos términos: #Y a pesar de las diferentes quejas formuladas, la mayor parte de los seminarios que han sido erigidos bajo la dirección de los Arzobispos y Obispos diocesanos, están sustraídos a la jurisdicción episcopal y su dirección ha recaído en regulafes de diversas Ordenes.

las demás, cuyo fundador y jefe es jesucristo (14). No impondrá a sus miembros otras obligaciones que las de su sacerdocio; no les propondrá alcanzar otra santidad-y sabemos que para el P. Eudes no hay nada más eminente- ,que la santidad sacerdotal; por último, permanecerá sometida a la jurisdicción episcopal.

Ya conocemos el ideal que se proponían el P. Eudes y sus primeros compañeros; ideal que habían confiado a María, y para cuya realización habían implorado su maternal auxilio. Volvamos

• ellos y acompañémosles en el camino de vuelta que conduce

• Caen, hasta llegar a la modesta residencia que habían elegido por domicilio y que no tardará en ser conocida por «la Misión* (15).

La desnudez constituía toda su riqueza. La caridad de los amigos del Santo fundador se conmovió al presenciarlo, y le procuró los objetos más indispensables. ¿Por qué se habrá perdido el cuaderno en el que iba apuntando los nombres de sus bienhechores? Nos tendríamos por muy dichosos al seguir pagándoles a todos individualmente la deuda que con ellos contrajo el Santo. Lo único que sabemos es que Mme. de Budos le ofrecio vasos sagrados: un cáliz con su patena, una cruz de altar, una fuente de plata y vinajeras. Algunas de sus hijas, entre otras, la M. Le Haguais y H * Camargues, imitaron su liberalidad, las Bernardinas de Villers-Canivet y las Ursulinas de Caen le enviaron ornamentos. Los

señores de Camilly, siempre tan generosos cuando el P. Eudes estaba necesitado-como más tarde hemos de ver en la fundación de Nuestra Señora de la Caridad-, le suministraron el tabernáculo y los manteles de altar y también se comprometieron a costear el sostenimiento de la lámpara del Sagrario, lo que

Se servirá el rey poner en adelante los citados seminarios bajo los Obispos, quienes pondrán en ellos oficiales removibles ad nutum para no poder cambiar de administración cualquiera que pueda ser su causa. Y dará poder a los Obispos para hacerse cargo delos seminarios que se encuentren haber sido sustraídos a su jurisdicción y gobierno». *(Mémoire* du *clergé,* III, p. 1, 90-1.) El fin principal a que tendía el clero era que los seminarios no se pudieran confiar al gobierno y dirección de los regulares, quienes, por estar privilegiados y exentos de la jurisdicción de los Obispos, parecían menos indicados para infundir a los jóvenes clérigos la estrecha dependencia de los eclesiásticos hacia su Obispo. San Carlos les había dado ejemplo cuando instituyó la Congregación de los Oblatos, y les confió su Seminario, que antes había encomendado a los reverendos Padres jesuitas». *Ancienne et Nouvelle discipli-ne,* París, 1725, 11, c. 657.
(14) Cfr. *Oeuvres, III, p.* 23.
(15) Estaba situada en el término de «Petits-Prez» del lado de la calle de Saint-Laurent que da a la «Belle-Croim>. (MARTINE: 1, p. 126.) Se la llamó «Misión Antigua» cuando se construyó el nuevo seminario, actual Ayuntamiento.

ljicíeron hasta el año 1670 (16). Como se verá por esta enumeración de donaciones hechas a la nueva Comunidad, lo primero *de* que se preocupó el Santo fué de la decencia del culto divino ,en la «Gran Sala» que debía servir de capilla. Una vez acondicio

,~nado Nuestro Señor, podían sus siervos esperar serlo a su vez.

1 1 Comenzaron en seguida la vida regular. El Oratorio les procuró

1 las líneas generales (17). En todos los biógrafos del Santo al tratar del camino seguido desde un principio por la piadosa Comunidad, se encuentran detalles idénticos de fondo y de forma que parece fueron tomados del *Verba Dierum,* del P. Finel, obra que desgraciadamente se ha perdido (18). Una página del P. Martine, que recogemos gustosos a causa del perfume edificante que de ella se desprende, nos permite reconstruir con bastante exactitud una jornada del P. Eudes y sus compañeros en los primeros tiempos-verdaderamente heroicos-de la Congregación.

«Cada mañana tenían una hora de oración mental en común en la capilla. También rezaban en común y con sobrepelliz el Oficio divino a las horas indicadas, así como las letanías del Santo Nombre de Jesús; antes de comer el examen particular, que duraba un cuarto de' hora, y por la noche, antes de cenar, las letanías de la Santísima Virgen. Desde entonces establecieron la práctica de rezar alternativamente la salutación al Sacratísimo Corazón. Tenemos una carta del P. Eudes a M. Mannoury del año 1643, en la que le indica' la manera cómo lo deben rezar. Tomaron desde entonces la costumbre de la profesión de humildad o, más bien, la protestación de nuestra propia nada, después de la oración de la mañana y con el cuerpo inclinado. Púa mantenerse más exactamente en el espíritu de humildad que su Superior no cesaba de recomendarles, cada día echaban a suertes el lugar que debía ocupar cada uno en el coro y en el refectorio. Todos los días uno de ellos iba a la cocina a ayudar a lavar la'vajilla. Entonces no se conocía la recreación: el tiempo que seguía a la comida del mediodía se empleaba en la explicación de algunos versículos de la Sagrada Escritura, y después de la cena en decidir algún caso de conciencia. El P. Eudes se esforzó- por inspirar a sus sacerdotes el espíritu de piedad y de modestia, de pobreza,

(16) BOULAY: II, p. 17; COSTIL: *Annales, 1,* lib. 11, c. 1, § 3 ; MARTINE: *1, p.* 135-6.
(17) «Nuestro Señor hizo conocer al P. Eudes que.... se rigiese en esto **por la del** Oratorio de donde había salido». HÉRAMBOURG: *Vie du P. Eu*des, 1, 4.
(18)COSTIL: *Annales, I, p.* 74-5; MARTINE: I, p. 137.

de sencillez, de candor, de celo, de obediencia ciega, de caridad sin límites: virtudes que siempre han constituído la característica de los miembros de la Congregación...

Decían pocas Misas retribuidas; las reservaban para los bienhechores del Instituto, para los difuntos pobres y para sus devociones e intenciones particulares... Siempre estaban dispuestos a oír confesiones, de igual modo que en las misiones, durante todo el día. Esto fué lo que les atrajo la estima y confianza de todas las personas de bien ... » (19).

Esta página, sin ningún valor literario, pero de precioso valor documental, haría un gran papel en cualquier biografía de los santos fundadores de órdenes religiosas. Difícilmente se puede imaginar vida'más recogida, más edificante, más ~mortificada que la de estos fervorosos sacerdotes, llamados por la Providencia a dotar a la CongregalCión de Jesús y María de las más fuertes tradiciones sacerdotales que siguen siendo su gloria y su sostén.

1 1

Comienzos y pruebas.

§

Los historiadores (20) del P. Eudes han comparado con el retiro de los Apóstoles en el Cenáculo, el largo y fervoroso retiro que, por espacio de dos meses y dirigidos por él, hicieron sus primeros, discípulos en «la Misión». De allí salieron, al igual que los Apóstoles, transformados por entero y, como ellos, reanudaron con más entusiasmo que nunca sus fecundas predicaciones.

Pero no queda en esto su semejanza con el colegio apostólico. Apenas dispersos los Apóstoles por las calles de Jerusalén para predicar a Jesús resucitado, se concitan contra ellos las malas pasiones; pronto se origina una violenta persecución, preludio de las que por espacio de tres siglos largos fué objeto la Iglesia.

La historia de todas las obras divinas es siempre la misma:
(19) MARTINE: I, p. 139. Sería interesante comparar este cuadro tra. zado por Martine con el que encontramos en Houssaye *(Le P. de Bérulle et l'Oratoire, p. 54),* sobre los primeros oratorianos. *No* dejaría de sorprender *su* semejanza.
(20) MARTINE: I, p. 144; COSTIL: *Annales, I, lib. II, e. 5, 4.* BOULAY: II, p. 39.

1

«No hemos dado ningún paso sin que nos acompañara alguna cruz, la cual es la señal de todas las obras de Dios- escribirá un día el Santo a uno de sus hijos que se quejaba de sus dificultades- Mucho espero de este asunto, puesto que con tantas tropieza* (21).

En realidad, la fundación de su Congregacion es para él el comienzo de un doloroso calvario, al

que llevará animoso su cruz en espera-unido al soberano Sacerdote-de extenderse sobre ella cuando haya sonado la hora de la consumación. Treinta y seis años más tarde, en la víspera de pronunciar su Consummalum est, recorrerá, con mirada enternecida los largos años de sufrimi.entos y de pruebas indecibles que experimentó al servicio de Jesús y de las almas-sobre todo -de las almas sacerdotales- y con mano desfallecida nos trazará este acerbo cuadro:

«La bondad infinita de Nuestro Señor jesucristo y la caridad incomparable de su divina Madre nos han concedido diversos f avores particulares... Pero uno de los mayores es el de haber establecido nuestra Congregación sobre la cruz. Pues ¿quién podrá decir todo lo que hemos sufrido por esta causa, en todas las formas, de todas las partes y durante más de treinta y seis años? ¿No nos vimos abandonados durante algún tiempo por nuestros mejores amigos? ¿No fuimos denigrados y desacreditados por una infinidad de calumnias y de libelos difamatorios? ¿No hemos visto a todos los poderes temporales y espirituales armados contra nosotros para destruirnos y derribarnos? El mundo y el infierno, ¿no hicieron todos los, esfuerzos posibles para aniquilar esta pequeña Congregación desde su nacimiento?, Pero ¿qué pueden -todas las fuerzas del universo, aunque se empleen contra un gusano de la tierra, o un átomo que está en la mano del Todopoderoso y bajo la protección de la Reina del cielo? Así como naturalmente todos los medios empleados para la ruina de este establecimiento le hubieran dañado, se sirvió de ellos Dios para afianzarlo mejor y obtener grandes trutos. Pues cuanto más participan las obras de Dios de la cruz de su Hijo, más parte toman en las gracias y en las bendiciones que de ella proceden. *Nos ergo gloriar¡ oportet in cruce Domini nostri Iesu Christi, per quem salvati et liberati sumus: ipsi gloria et imperiym in aeternum. Amen»*.(22).

1 Entremos en los pormenores del doloroso camino de la cruz seguido por nuestro Santo fundador, y detengámonos piadosamente en cada una de susé estaciones. Describiremos así las principales vicisitudes de la historia de la Congregación de Jesús y María. '
(21) *O~res, X, 467. (22) Ibid., XII, 194-5.*

8 0 - UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

Su salida del Oratorio fué la señal para las primeras persecuciones (23). Constituyó un verdadero acontecimiento y temas de conversación en todos los salones de Caen. La malignidad pública no tardó en caer sobre ella y pronto circularon por doquier explicaciones de todo género, todas desfavorables al interesado, como es natural. El mundillo de los espíritus ligeros y superficiales de los libertinos y de aquellos a quienes la severa elocuencia del Santo había censurado despiadadamente sus vicios, produjeron un conjunto perfecto. Según ellos, el P. Eudes se separó de sus antiguos compañeros sólo por bien fútiles motivos: inconstancia, ambición frustrada o despecho mal fundado. Se llegó incluso a decir que su espíritu de independencia fué el motivo de que sus Superiores le expulsaran del Oratorio.

Estas primeras oposiciones eran presagio de otras mucho más, temibles. Por ello el Santo fundador resolvió asegurar el futuro de su Congregación y ponerla a cubierto de la maniobras ocultas que se tramaban. Su salvación estaba en la aprobación oficial de Roma y de París. Una vez conseguida, vería sin inquietud aproximarse,los malos días.

Se imponía la necesidad de obrar, y de obrar cuanto antes, para no exponerse a que sus adversarios le tomasen la delantera. Inmediatamente se puso en acción. El 3 de septiembre de 1643 consigue una carta muy elogiosa del Vicario mayor de Coutan
(23) Reproducimos una página de Le Beurrier cuya oportunidad no ha disminuido al cabo de dos siglos. Recuérdesela siempre que en el curso de esta historia encontremos entre los adversarios del Santo alguno de sus antiguos compañeros.

«Su vida, que fué un tejido casi continuo de violentas perse~uciones, apenas podía escribirse entonces siri interesar la reputación de los perseguidores, en tanto que hoy, habiéndose perdido en la lejanía, puedecontarse la paciencia del P. Eudes sin temor de dar a conocer a los que le proporcionaron la ocasión de ejercitarla. Para ello adoptaremos las medidas que la prudencia cristiana nos prescribe. Lejos de nombrar a las personas que le Persiguieron, trataremos de no decir nada que pueda designarlas.

»Rogamos a nuestros lectores que, en todo cuanto dijéremos en este asunto, eviten aplicaciones que no pretendemos y que además de ser temerarias e imprudentes, serían positivamente falsas.

»Por ejemplo, como los señores sacerdotes del Oratorio vieron con pena que el P. Eudes dejara su Congregación y al'gunos de ellos se lamentaron, tal vez pudieran pensar que hacemos recaer sobre estos Padres los libelos, las calumnias y algunas otras persecuciones que combatieron al virtuoso misionero.

»Y por eso declaramos no solamente que jamás fué éste nuestro pensa
miento, sino qu ' e además hubiera sido injusto.

»En efecto, es natural que duela a una Congregación ver salir de su seno

ces (24); días después otra de Mons. de Matignon, Obispo de Coutancel (25); y el 22, de octubre es Mons. d'Angennes quien da testimonio de los méritos y virtudes del Santo fundador en unas preces dirigidas al Papa y acompañadas de unas líneas apremiantes de recomendación para el Cardenal Antonio, Prefecto de la Congregación de Propaganda (26).

Una vez en posesión de estos documentos, el P. Eudes inicia las negociaciones con París, donde amigos sinceros le prometen su apoyo. Siguiendo el consejo de dos de ellos, los PP. Juan Crisóstomo y Juan Bautista, del convento de Nazaret, emprendió el viaje a la capital. Se puede juzgar de las dificultades que allí le esper?Lban por esta sugestiva carta del P. Juan Bautista:

«El P. Crisóstomo ha hablado de usted a Mons. Vincent (27), quien le ha prometido ayudaros en todo lo que pueda.' Es el que tiene más influencia con la reina en esta clase de asuntos... No obstante no le descubráis vuestro secreto sin que antes yo os haya hablado; pues apenas encontraréis una persona que enfoque vuestro designio de la manera que lo enfocáis, y que se le,alicione como yo le esto y aticionado.

Adiós. Ipurante toda mi vida seré vuestro en Dios, mi qúerido y muy amado Hermano. Os ruego creáis que en este mundo no tendréis mejor amigo en jesucristo que yo. Amistad que Dios mediante os guardaré toda mi vida.

FR. JUAN BAUTISTA, Religioso penitente» (28).

Ignoramos los resultados prácticos de este viaje a París. Parece que el Santo no consigulo mas que bellas promesas. A nosotros nos proporciona una carta preciosa, no obstante su brevedad; está dirigida desde París a sus hijos de Caen con fecha 9 de diciembre de 1643:

«Jesús, María.

Mis amadísimos hermanos:

Dejo al P-Manchon el escribiros las noticias. Estas líneas son para aseguraros que a todos os llevo muy dentro del corazón con un afecto y una ternura sin igual. Pero esto no es nada:

« un hombre que la honró durante muchos años, ninguna hay a la que semejantes salidas le sean agradables. Mas pretender que ellas sean responsables de todos los contratiempos que sucedan en el futuro a los que se separan, sería una injusticia irritante, y no quiera Dios que caigamos en ella ... » (LE BEURRIER: MS. P. VII-VIII.)

(2 4) El texto en BOULAY: II, p. 57.
(2 5) *Ibid.,* p. 60.
(2 6) *Ibid.,* p. 61.
(2 7) San Vicente de Paúl.
(2 8) MARTINE: I, P. 155.

lo que os debe alegrar es que Nuestro Señor y su Santísima Madre os llevan en el suyo. Llevémosles también, y esforcémonos en h4cerles vivir y reinar en el nuestro por medio de una verdadera y profunda humildad, de una perfecta caridad, de un completo desprecio del mundo y de nosotros mismos, y del puro amor de Dios. En ¿Sto encontraréis la paz de vuestras almas y el paraíso en la tierra. Yo suplico a Nuestro Señor y a su Santísima Madre que nos forme a todos según su Corazón, en el 'amor del cual os abrazo a todos en general% y en particular, y soy todo vuestro,

JUAN EUDES,

Sacerdote de la Congregación de Jesús y María» (29). ,

¿Quién no admirará la plenitud de estas líneas escritas a,toda prisa y en medio de las preocupaciones de los negocios? Nos permiten lanzar una rápida a la vez que discreta mirada a la

modesta casa de da Misión*, en donde lodo respira fraternal caridad, humildad, amor de Jesús y de María; nos traen un fiel eco de las reiteradas exhortaciones que el Santo prodiga a sus discípulos, al mismo tiempo que un claro resumen de su sólida y coherente doctrina espiritual.

§ 2

Sin desanimarse por el poco éxito de sus primeros pasos, el P. Eudes se esfuerza en obtener la aprobación tan anhelada por un camino indirecto ya que las gestiones directas parecen no conseguirlo. Por un momento meditó un proyecto de unión entre su Sociedad y la del Santísimo Sacramento, fundada en Provenza por M. d'Anthier de Sisgau. Entre ambos fundadores se cambiaron cartas llenas de cordialidad y mutua estima; pero sin poder determinar la causa, estas nuevas gestiones no,fueron más afortunadas que las precedentes (30).

Para resarcirle, la Providencia le concedió algún tiempo después un consuelo, que para él fué de los mayores de su vida. En *su Manual de Piedad* consigna en estos términos su recuerdo:

<iMañana, 14 de este mes (enero 1644), día de la fiesta del Santísimo Nombre de Jesús, en la cual fueron firmadas y expedidas por el ilustrísimo Mons. Jacobo d'Angennes, Obispo de

(29) *Oeuvres, X, p. 383.*
(30) BOULAY: II, *p.* 69.

Bayeux, las primeras cartas patentes del establecimiento de nuestra Congregación; de manera que la divina Bondad quiso establecer sobre este divino e inconmovible cimiento, del cual ha dicho el Espíritu Santo hablando por boca de San Pablo, Nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto, que es Jesucristo-Jundamentum aliud nemo potest ponere-, etcétera» *(31).*

Este documento (32), cuya concesión causaba al Santo tanta alegría, es, en realidad, el primer documento auténtico emanado de la autoridad religiosa en favor dé la Congregación de Jesús y María. Constituye el acta de bautismo, así como las cartas patentes obtenidas del rey con anterioridad pueden ser consideradas como el acta de su nacimiento. Se comprende cuál no sería el sentimiento de gratitud que con ello experimentó el siervo. de Dios. Era el primer paso hacia otro reconocimiento más altoaún, que aseguraría la existencia oficial de su Sociedad en la, Iglesia.

De hecho, en este mismo tiempo, existía para él una gran esperanza. Desde Roma, adonde había elevado su súplica, le llegaban noticias favorables: sus asuntos marchaban bien (33), pero he aquí que algunos días más tarde la inesperada muerte del Sumo Pontífice, acaecida el 9 de julio, dejaba todo en suspenso.

§ 3

Entretanto, y como preparación para nuevas pruebas que ya se cernían sobre él y queriendo mitigar la amargura de las que acababa de experimentar, Dios le envió una sensible alegría. Por entonces tuvo el consuelo de admitir entre sus hijos a un joven de raro mérito, Nicolás Blouet de Than. Para el P. Eudes era providencial. Aportaba a la Congregación, junto con sus abundantes recursos destinados en segTida a la fundación del Seminario de Caen, los tesoros aún más preciosos de un alma que el mismo P. Eudes calificó de angélica (34), adornada con exquisitas virtudes, y particularmente de una incomparable devoción a la Santísima Virgen. Los términos del contrato por el que concedía a la Congregación una renta anual de 400 libras, aparte de otras

(31) *Manuel de priéres, IV, 1. (Oeuvres, 111, 355.)*

(32) *El* texto en BOULAY: 11, P. 61 SS. (33) BOULAY: II, *p.* 82. (34) *Ibid., p. 87.*

3.000 en dinero contante, forman un monumento admirable ,de su religiosidad y ternura filial hacia María (35).

A esta primera cantidad, debida a la generosidad de M. de Than, se sumaron algunos días después 30alibras de renta, donación de M. Finel y la promesa de 14.000 libras en favor * del Seminario de Caen, por parte de Mons. de Répichon de Lion (36).

Esto era demasiado: el Santo no tardaría en pagar muy caro todos estos favores divinos. Incluso originaron una tempestad que estuvo a punto de dar -al traste con toda su obra.

La resolución de M. de Than de dejar el mundo, y más aún la de disponer de su renta ad *maiorem De¡ gloriam,* no fué del agrado de todos sus parientes. De~ aquí se originó una fuerte oposición, en el fondo de la cual se ocultaba uña vulgar cuestión de intereses. La habilidad de M. le Mesle, muy entendido en dificultades de este género, logró salvaguardar ' los derechos de la Comunidad. El P. Eudes se lo agradeció en una carta que muestra cuáles eran sus sentimientos en esta

ocasión:

«Regocijaos porque la Santísima Virgen os ha fortificado,

asistido y conducido hasta el presente en todo este asunto y continuad dándole por ello gracias, pues es cosa bien manifiesta. Cuanta menos ayuda recibáis por parte de la tierra, más ayudados seréis por parte del cielo. Pongamos nuestra confianza en Nuestro Señor y su Santísima Madre y abandonémonos a su ,santa voluntad, no omitiendo nada de 15 que se pueda hacer por sus intereses y abrazando por amor suyo todas las penas que se presenten, pues si las permite es solamente para justificar más y más, embellecer y enriquecer vuestra alma y hacerla má§ agradable a su Divina Majestad'...» *(37).*

Por su parte, algunos rivales del Santo creyeron perjudicados los derechos de su Comunidad, pues se imaginaban que el P. Eudes había desviado en su provecho y en el de su Sociedad donaciones destinadas al Oratorio. El P. Eudes, si damos crédito a sus detractores, era un ladrón, un trapacero, un charlatán, que sólo trataba de engañar y seducir y que tenía mucha suer ' te. Pronto fué unanime en. toda la ciudad un *tolle* de indignación contra él. Se pusieron en circulación odiosos libelos, (38), que le pintaban

(35). El texto en BOULAY: II, apéndice 10.

(36) .COSTIL: *Annales, I, p. 106,* hace notar que M. de Répichon no perseveró en *su* resolución, y en una nota da la siguiente razón: «El P. Eudes ,no habría cumplido su compromiáo, es decir, verificar las cartas patentes en el Parlamento de Rouen y hacerse aceptar por el alcalde y los regidores de Caen en el plazo de dos años*.

(37) *O~res, X, 384.*

(38). MARTINE: *I, pp. 169 y 175,* nota.

con negras tintas, hasta el punto de que sus mejores amigos vacilaban y empezaba a hacerse el vacío en torno suyo. El mismo M. de Renty, su amigo y confidente de siempre, tuvo un momento de vacilación (39) y figuró entre sus contrarios. Bien se puede uno imaginar lo que al Santo dolería esta defección pasajera que le privaba de uno de sus mejores apoyos y, también, el grito de triunfo que le recibió en el campo contrario. El P. Eudes a ejemplo del divino Maestro-injustamente acusado y que hubiera podido con una sola palabra reducir al silencio a todos sus calumniadores--- callaba, dejando a Dios el cuidado de su defensa. Los pocos amigos que le permanecieron fieles le prodigaban sus consuelos al tiempo que le animaban:

«¿Cómo ha de extrañaros-le escribía uno de ellos-que Nuestro Señor haga partícipes de sus sufrimientos a quienes quiere honrar con la participación en su grande y única obra, que es la glorificación de Dios y salvación de las almás? Como el celo que Dios os ha dado no es común, pensad también que vuestra persecución no debe ser corriente. Es necesario que ésta proceda de los santos, para que sea más sensible y extraordinaria. Si Nuestro Señor fué abandonado por Dios en su gran obra, no me asombra que seáis abandonado por los santos y perseguido por ellos.

Cuando la voluntad de Dios les sea bien conocida, sentirán y lamentarán su contradicción. Pero mientras tanto, viriliter agite et confortetur cor vestrum el, sustinete Deum. No dejo de ofrecerle mis pobres oraciones para el feliz término de lo que ha comenzado en usted y por usted* (40).

A su vez el piadoso Obispo de Lisieux acudía en su ayuda. Reconfortaba a su amigo con toda la vehemencia de su afecto, y con acentos inflamados le prometía una pronta y ruidosa victoria sobre el -enemigo de las almas que visiblemente impulsaba estas encarnizadas persecuciones:

<iOs conjuro en el Señor-le decía-me comuniquéis con detalles y claramente quiénes son esos calumniadores que chillan contra vos o, mejor dicho, contra el mismo Espíritu de Dios, autor de esta gracia. Sospecho, mi querido Hijo y Padre, que son aquellos a quienes os habéis opuesto como excelente ministro. Pero os suplico me lo hagáis conocer para que mis sospechas se truequen eA certeza. ¡Dios mío, qué hombres!...

Por lo demás, queridísimo Padre, nús felicitaciones porque la persecución de que sois objeto no esgrime contra vos otras armas que la peste y el veneno, es decir, mentiras y calimmias.
(39) SOURIAU: *Le Mysticisme en Normandie au XVIIIe,siécie, París;* 1923, P. 24.
(40) MARTINE: I, p. 174.

Es la señal más evidente de que pertenecéis al que fué tratado como bebedor y demoníaco. ' Y como es a Él a quien se ataca en vuestra persona, será Él quien en vos vencera...

¡Qué grandísimo desvergonzado es ese Satán que se atreve atacar las Cosas más santas por medio de las personas consagradas a Dios! Pero será vencido, Padre mío, no lo dudéis; y como jesucristo reina en vos, reinará por vos. En Él soy y seré toda mi vida, mi queridísimo en jesucristo, el más abnegado de vuestros servidores.

FELIPE,

Obispo de Lisieux» (41).

Las proféticas aseveraciones de M. Cospéan tardarían en realizarse. Sin embargo, se produjo una tregua a mediados del año 1645. ¿Era cansancio de parte de sus adversarios? ¿Vergüenza de sí mismos? ¿0 era que los ojos de las personas honradas se habían por fin abierto a la evidencia? A pesar de todo, el 25 de mayo de aquel mismo año, M. de Répichon indignado por las~ habladurías que se propalaban a costa del Santo, se creyó en la obligación de poner las cosas en su punto por medio de una declaración que cortaba por lo sano todo falso alegato:

«... Estoy asombrado-escribe el señor Bernard, cura parroco de Carantilly-de que se colme de calumnias al P. Eudes, por la resolulción que ha tomado diciendo que me disuadió diera al Oratorio lo que he dado a su Compañía. Yo quiero que todo el mundo sepa que nunoa he pensado en ello, ni tampoco en dax a otro lo que he dado para el establecimiento de su Instituto* (42).

El Santo se aprovechó del momento de tregua que siguió a esta ruda advertencia para redactar un esbozo de las *Constituciones* de su Sociedad (43). Lo hizo por consejo de M. Cospéan, que consideraba indi$pensable este trabajo para registrar en el Parlamento de Rouen las cartas patentes que autorizaban el establecimiento ¿le la Congregación (44). Este primer proyecto de las *Constituciones* satisfizo plenamente a M. Cospéan, quien sin pérdida de tiempo escribió a M. d'Angennes, rogándole las aprobara:

<4Nada hay-le decía-que pueda suscitar dificultades. Yo los he visto (los estatutos), y tengo la seguridad de que no se podrán leer sin ser aprobados. No lastiman a nadie. Están dentro de las máximas de la antigua Iglesia, que los Parlamentos
(41) MARTINE: I, p. 175.
(4 2) *Mémoires authentiques,* p. 36, nota ***La,*** apud BOULAY: I, p. 126.
(43) Se encontrará en COSTIL: *Annales,* I, p. 124, la materia de varios capítulos de este compendio.
(44) COSTIL: *Anuales,* I, p. 124; MARTINE: I, p. 171-8.

honran y desean ver practicar. En una Palabr a, aportan grandísimos bienes sin mezcla de mal alguno* (45).

1 Al decir de los biógrafos! fué en esta época cuando el Santo compuso las dos reglas lati~as, intituladas: *Regula Domini Iesu y Regula Sanctíssimae Virginis Mariae,* que más tarde colocó al frente de sus *Constituciones.*

. Terminado este doble trabaje~ reanudó el P. Eudes sus gestiones para obtener de París y de Roma la aprobación de su Instituto. Esta fué la señal para la reanudación de las hostilidades, al no haber logrado desarmar el odio de sus enemigos.

§ 4

En primer lugar se dirigió al Consejo de conciencia, en donde había conseguido el apoyo de San Vicente de Paúl. M. Cospéan, que se desvivíapor los intereses de-su amigo, le había procurado influencias en la plaza por medio de un hombre activo e influyente, M. de Vertamon (46). Pero sus adversarios vigilaban. También ellos tenían en el Consejo personas de su devoción, y en respuesta a, su solicitud, opusieron un largo y fastidioso *lactum,* en donde se resumian todas1as calumnias y todas las pérfidas insinuaciones que habían corrido por Caen (47). La reina, a los comienzos se impresionó desfavorablemente y habría despedido con buenas palabras a tan desacreditado solicitante. Felizmente, San Vicente de Paúl logró hacerle escuchar la voz de la justicia y de la verdad. El P. Eudes fué recibido por la reina, quien le dió pruebas de gran benevolencia y le entregóen favor de su Congregación una nueva autorización en forma legal (48).

Animado por este primer triunfo, el siervo de Dios determinóse ~a dar otro paso ante el Parlamento de Normandía y la Asamblea del Clero. Solicitaba del primero la verificación de las cartas patentes de 1642; de la segunda, ayuda y proteccion.

La formalidad, cuya ejecución pedía al Parlamento de Normandía, era muy importante. No sólo la . existencia de su Congregación, sino también graves intereses materiales dependían de ella, puesto que de no obtenerla porría peligro de caducar el
(45) COSTIL: *Annales, I,* p. 125. (46) BoULAY: II, p. 150.
(47) Texto en BoULAY: II, apéndice 14. (48) BOULAY: II, P. 150.

contrato celebrado con M., de Répichon. Como siempre, M. Cospéan int7rvino y se pusieron en juego todas las influencias de que disponía en el Parlamento. La del presidente M. d'Aufréville, amigo particular suyo, la tenía asegurada, de antemano; le escribió una carta apremiante y muy elogiosa para nuestro Santo (49). También se dirigió al abogado general del Parlamento; después a M. d'Angennes, a quien suplica se interese por la,causa de su amigo en estos términos:

#Este asunto ' Monseñor, es de tales consecuencias para la gloria de Dios y bien. de su Iglesia, que no debemos omitir absolutamente nada para asegurar su feliz término. Por eso os suplico, Monseñor, que tengáis a bien se presente la instancia al Parlamento en vuestro nombre ' de igual forma que se hizo paFa la obtención de las cartas patentes» (50).

Pero mientras Mons. Cospéan removía cielo y tierra, otras influencias, siempre las mismas,

obra ban en sentido opuesto. Esta vez fueron lo suficiente poderosas para hacer fracasar los esfuerzos del Santo y de sus amigos.

Mientras estos sucesos tenían lugar en Rouen, el P. Eudes había iniciado en París otras negociaciones ante la Asamblea general del Clero. El 6 de septiembre present Í aba a ésta, en su nombre y en el de sus compañeros, una instancia apoyada por los Obispos de Lisieux y de Bayeux, en la que suplicaba a sus miembros «protegieran, favorecieran y promovieran el designio de su Seminario» (51). Esta instancia fué objeto de seria consideración, como lo demuestran las actas de dicha Asamblea. Se nombró una comisión encargada de su estudio, la cual entregó su decisión el 7 de diciembre (52). Contenía a la vez una aprobación y una repulsa. La Asamblea elogiaba el celo de los sacerdotes del Seminario de Caen, pero se negaba a otorgar a su Congregación un trato de favor, a aceptar oficialmente sus servicios y tomarla, en cierto modo, bajo su especial protección.

(49) Texto en BOULAY: 11, p. 152.

(50) MARTINE: I, p. 180-1.

(51) Texto en 13OULAY: II, p. 166-7.

(52) La respuesta de la Asamblea estaba redactada en estos términos: ~A siete de noviembre, siendo presidente el señor Cardenal de Lyon. Estando presentes los diputados, M. de Grasse dijo que el designio de los sacerdotes del Seminario de Caen, referente al establecimiento de seminarios era continuación de una propuesta sometida a la Asamblea de 1625 por M. Carlos de Godefroy, párroco de Quattreville y aceptado por ella y habiendo tenido en cuenta de una parte los medios que ellos proponen para

§ 5

En el fondo era otro fracaso del P. Eudes. Sin embargo, con una incalculable tenacidad e invencible confianza en la justicia y santidad de su causa, decide al año siguiente reanudar sus peticiones ante la Santa Sede.

Se abre de esta forma otro capítulo en la ya larga historia de sus persecuciones y de sus luchas. Se habrá podido notar que cada gestión del P, Eudes para asegurar el futuro de su Sociedad desencadena por parte de sus adversarios nueva y victoriosa ofensiva. A pesar del transcurso de tiempo que nos separa de estos penosos sucesos, nos es fácil seguir cada fase de los violentos combates que se prolongarán hasta el fin de su vida. También nos es fácil ver formarse y reformarse, casi sin interrupción, las sucesivas oleadas de asalto que un odio implacable sulcita y dirige contra él. Él ~s el blanco de,una casta vengativa, violenta y poco escrupulosa en el empleo de sus medios. Se ha declarado guerra sin cuartel a este enemigo cuya ruina ha sido jurada. No cesará hasta verle aplastado, y con él aniquilada su obra.

En vano se esfuerzan sus amigos en atestiguar la rectitud de sus intenciones, la dignidad de su vida, la realidad de sus virtudes. ¡Tiempo perdido! Incluso se les llega a confundir con él en su reprobación; hacen ' un crimen de la simpatía que le profesan. Pero como ellos no tienen la misma razón que el Santo para guardar silencio, intentarán hablar claro en nombre de la justicia y del buen sentido. Léase a est9 particular la carta de M. de Renty, vuelto para siempre de sus'momentáneas ~ prevenciones, y que toma la defensa de su amigo perseguido con ruindad:

«Reverendo P. de Boisne, Superior del Oratorio de Caen. Mi reverendo Padre:

Me he enterado por el gentilhombre que llevó de mi parte una carta a M. de-Blérencour, de que

os asombráis porque vo ps escriba en favor del V. Eudes. Mucho os estimo y respéto

establecer y hacer subsistir dichos seminarios, junto con los obstáculos q0e se oponen a uno y otro, y examinado atentamente el asunto, la Asamblea, habiendo notado varias dificultades que se encuentran en estas proposiciones no las ha juzgado convenientes. Ello no obstante, queda satisfecha (le su celo que alaba, exhortándoles a continuar trabajando en las diócesis donde sean llamados, como hacen hasta el presente en la de Bayeux. M, de Grasse fué encargado de contestar a los Obispos de Lisieux y Bayeux». *colèction des procès-verbaux des As~emblées du Clergé, 111, 1646, p. 371-2, apud* BoULAY. *II, p. ~67.*

tanto vuestra santa amistad, que no puedo dejar para más adelante el aclararos mi conducta. Mientras he oído hablar de una Congregación que podía tener relación con la vuestra, de ninguna manera me agradó ese designio; pero ahora que veo reunido ni! conjunto de sacerdotes que desean-con el P. Eudes e incluso sin él-servir a la Iglesia en un Seminario, según las intenciones del Concilio de Trento, querría contribuir a esta obra en todas las diócesis del mundo si me fuera posible; y, aun cuando por ello vuestras casas se vieran cuadruplicadas, aún habría suficiente tarea, sin parar a ocuparse de los demás. ¡Quiera Dios que todos profetizasen sea como sea, con tal que Cristo sea anunciado, que es lo principal!

He conocido los grandes talentos del P. Eudes en los minis-' terios en que le he visto, y los grandes frutos que pueden producir sus compañeros. Es verdad que esto hace que les estime, pero sin disminuir en nada la estima que tengo a los dignos servidores del mismo Maestro. San Pablo no me enseña a dividir a jesucristo, sino a desear que todo se haga sin celo amargo y sin rivalidades, según la caridad que es benigna, etc., como lo enseñáis vos mismo, y yo estoy muy agradecido por habérmelo enseñado el Espíritu Santo que anima vuestro Instituto. Mas lo que me asombra es que decís que todo cuánto sabe el P. Eudes se lo debe al Oratorio y que lo va a distribuir en otra parte. Perdonadme que me atreva a deciros mi parecer recibido del dignísimo, P. de Condren cuando decía: Sería una grandísima gracia para la Copgregación si pudiera suministrar gran número de buenos operarios a la Iglesia y proporcionar miembros de su cuerpo para rellenar útilmente el de la jerarquía. Yo sé que muchos lo hacen sin separarse de la Congregación, pero como existe entera libertad, no es ning1n pecado el hacer esto, ni por consiguiente hay nada que censurar' a quien quizá ha tenido justo motivo para hacerlo así: yo digo quizá, porque Dios tiene otros resortes sobre los corazones además de aquellos que están a nuestros alcances.

Todo esto---con el conocimiento de M. de Répichon de Lion, que me ha'hecho presente la sinceridad de sus intenciones en la citada fundacion-me persuade que no falto contra vos al deciros cuán buena obra, útil y deseable es la que el Santo Concilio de Trento inspira con tanto ahínco. Bastante conocemos nosotros su necesidad, y muchos de nuestros Obispos suspiran por ella. Ruego a Dios les multiplique y también multiplique a vuestras instituciones, y creedine cordial servidor de la Congregación y viestro, y os reprocho haber venido a Vire y no haberos serviros de esta casa.

Quedo, mi reverendo Padre, vuestro humildísimo y obediente servidor,

GASTON DE RENTY.

Bény a 3 de septiembre de 1646* (53).
(53) BOULAY: II, p. 260.

La apología del P. Eudes está completa. Su justificación, magnífica. Hizo uso de un derecho estricto al separarse del Oratorio. Usa de otro «sirviendo a la Iglesia en un Seminario según la intención del Concilio de Trento». Esta carta debía haber bastado para calmar los espíritus más prevenidos. Sin embargo

,no obtuvo ningún resultado. Una memoria (54), obra maestra dé habilidad y sabiduría, que hacia este mismo tiempo el P. Eudes remitió a los Padres del Oratorio, tuvo la misma suerte, El Santo da con ella muestra de espíritu de conciliación y deferencia en grado sumo. En vano. Estaba decidido que él no tenía razón, más aún, que tenía todas las sinrazones. Ya se le había manifestado con bastante claridad; ahora se le recordaba otra vez.

Por este mismo tiempo, el siervo de Dios había reanudado las negociaciones pendientes en Roma desde 1644 (55). Además de los asuntos de su Congregacion, quería llevar a feliz término los de-la de Nuestra Señora de la Caridad. Paxa ello había obtenido el 3 de enero de 1645 de M. d'Angennes una súplica, solicitando la confirmación de< este Instituto. Dos semanas después el infatigable M. Cospéan le remitía dos cartas, tan elogiosa una como otra: la primera destinada al Papa Inocencio X, la segunda al Cardenal Grimaldi (56).

Este conjunto de cartas formaba un impresionante legajo que parece debía abogar eficazmente en Roma la causa del P. Eudes. Algunos documentos más, remitidos a M. Mannoury, lo completaron. Y éste, provisto de un saco y de un bordón, emprendió alegremente y a pie el camino de la Ciudad Eterna. Allí llegó a fines de diciembre.

Inmediatamente se pudo dar cuenta de las enormes dificultades que se le oponían. Se encontró, en efecto, en presencia de los mismos adversarios, siempre irreductibles. A causa de sus manejos había fracasado7 el P. Eudes en París, Rouen, y recientemente en Caen, donde el Consejo de la ciudad se había negado a reconocer su Instituto- agosto de 1646-(57). Les sería fácil interceptarle el camino en Roma, donde disponían de medios de acción de los que carecía el pobre M. Mannoury. A pesar de todo, éste último comenzaba a esperar una solución menos desfavorable de lo que había temido en un principio. Se trataba incluso de remitir su'causa al Nuncio de París, cuando sus hábiles

(54) *BOULAY: II, p. 262.*
(55) *Cfr. infra, p. 80-3.*
(56) *Cfr.* en *BOULAY: II, pp. 265 y 559.*
(57) Ibid., II, p. 273.

adversarios, explotando un desgraciado rumor puesto en circulación, no se sabe cómo ni por quién, lograron detener todo *nuevamente: este* rumor era el de la muerte de M. d'Angennes. Et secretario de Propaganda, importunado por la doble preocupacion de hacer justicia al P. Eudes y de no desagradar a sus poderosos adversarios, pudo salir de su apuro atrincherándose en la máxima recibida: *sede vacante, nihil innovetur. M.* Mannoury hubo de volver a Francia sin haber conseguido nada.

§ 6

La muerte de M. d'Angennes-que sobrevino en efecto poco después el 16 de marzo de 1647- colocó al P. Eudes en una situación crítica. Al decir de Martine, la presencia de aquel digno Prelado y el constante apoyo que prestaba al siervo de Dios, habían sido hasta entonces «como un fuerte dique que contenía las olas e impetuosidad del torrente de átaques y oposiciones» (58). Roto este dique, se precipitó sobre el Santo con violencia increíble todo el furor de sus adversarios.

En primer lugar, intentqron que el cabildo de Bayeux participase en sus' miserables querellas. Algunos canónigos se mostraban dispuestos a favorecerle. Pero como entonces no sabían quién iba a ser el sucesor de M. d'Angennes, no qui1sieron precipitarse ni comprometerse demasiado. Se contentaron con anular al P. Eudes las facultades recibidas y prohibirle trabajar en la diócesis. Esta injusticia apuraba todos los rigores canónicos, pero el odio nunca ha sido escaso en recursos. Fué tal el uso que hizo de la violencia y de las calumnias contra el Santo en esta época,'que M. de Renty le escribió temiendo que cediera ante el desaliento:

«Os confieso mi profunda impresión cuando supe ~as tempestades y encarnizadas persecuciones que hubisteis de soportar. Todavía sigo sin saber por qué se alarman tanto, y qué es lo que habéis hecho contra el Evangelio. Solo esto se ha de condenar, y yo creo que tendrían mucho que hacer para podéroslo reprochar a causa de vuestro proyecto. Pero todos estos contratiempos no me asombran en modo alguno. Basta que seáis de Cristo-y tengáis deseo de seguirle, para que la contradicción os acompane toda vuestra vida. Sed solamente fiel en conflaros a Nuestro Señor y no permitáis que la agitación exterior turbe ni oscurezca
(5 8) *MARTINE*: 1, p. 203.

la luz que os ha iluminado y condiicido a salir. Ruego a Dios os libre del cavilar humano, que, con gran frecuencia, aumenta las cosas hasta el iminito; y os aseguro que si no lo escucháis, se manifestará en vos, quiero decir que a vuestra llamada os consolará y fortificará en la fe y en la experiencia de los dones del Espíritu Santo* *(59).*

Arrojado de la diócesis de Bayeux, en forma tan vergonzosa 1 como injusta, el Santo resolvió ejercer en otra parte su apostolado. Pero desde lejos vigilaba y defendía los intereses- de su Congregación. Habiéndole llevado sus predicaciones a las proximidades de Rouen, aprovechó la coyuntura para atraerse al Arzobispo de esta ciudad, y solicitar su protección para su obra. Le costó decidirse a ello. Según rumores, M. de Harlay, estaba muy molesto con él. Los adversarios del Santo difundían por todas partes una pretendida carta, en la que el Arzobispo de Rouen separaba su causa de la suya (60). ¿Cuál era la realidad? Mucho le interesaba al P. Eudes saber a qué atenerse. Presentó, pues, al Prelado una instancia redactada con claridad, en la que le exponla sus intenciones y la naturaleza de su Congregacion; además solicitaba para ella la alta aprobación del primado de Normandía. Citemos un pasaje de esta instancia', que confirmará lo que ya hemos dicho sobre el fin que el Santo fundador asignaba a su Sociedad:

«A Monseñor el ilustrísimo y reverendísimo Arzobispo de Rouen, Primado de Normandía:

Vuelven a exponer humildemente los miembros del Seminario de la ciudad de Caen, instituído por orden y bajo la dirección y pleno poder de Monseñor.el Obispo de Bayeux, uno de vuestros sufragáneos, por cartas patentes del año 1644, 14 de enero, que hace tiempo hubiera agradado a Dios suscitar, a uno de los sacerdotes del Oratorio-visto que su Instituto sigue libremente todos los designios de la Iglesia y qu~ se entregan, donde bien les parezca, a la obra de piedad y servicio dé la Iglesia que ellos quieren escoger, sea dentro, sea fuera de la Congregación-y habiendo considerado dicho sacerdote la necesidad de la Iglesia, y la suma necesidad que tiene de seminaxios de jóvenes eclesiásticos para cultivar nuevas plantas que repueblen el orden que debe conducir a los pueblos, y a instancia que sobre el particular ha formulado el último Concilio de vuestra provincia, resignando su cargo de Superior- del Oratorio de Caen y prescindiendo de toda otra preocupación, se ha consagrado por entero, junto con otros eclesiásticos que asoció, a tan santa obra, que es la obra de la Iglesia y del Instituto episcopal ... » (61).

(59). *BOULAY: II, p. 287.*
(60) Ibid., II, p. 293.
(61) Ibid., II, p. 294.

Con grande alegría del Santo fué muy favorablemente acogida su instancia por el Arzobispo de Rouen, quien la 'apostilló en estos términos:

«Hágase como se pide y regístrese en nuestra Curia, y en todas las de nuestros religiosísimos colegas y coprovinciales, para aprobación y confirmación canónicas, e incorporación en el orden de nuestros seminarios y protección debida a una submisión singular.

Dado en nuestra audiencia arzobispal en nuestr~ castillo ,arzobispal de Gaillon a 23 de julio de 164~.

- FRANCISCO,
Arzobispo de Rouen» (62).

Con este consuelo preparaba una vez más Dios a su siervo para el recrudecimiento de los sufrimientos y pruebas que se cernían sobre él.

Por entonces le Regó la noticia del nombramiento,de M. Eduardo Molé para el obispado de Bayeux (63). El P. Eudes conocía a la familia de este Prelado; lo que no era a propósito para traríquilizarle. Inmediatamente se personó en París para presentar sus humildes respetos a su nuevo Obispo. Experimentó la triste sorpresa de comprobar que una vez más se le habían adelantado y que ya la calumnia realizaba su obra nefasta de prevención en M. Molé. Su entrevista con él fué más que fría. En vano multiplicó sus pruebas de deferencia; en vano recurrió-a la intervencion en favor suyo de amigos poderosos, cuyo crédito hubiera debido modificar las malas disposiciones de M. Molé. Todo fué inútil.

Sin lugar a duda se le avecinaban golpes temibles. Era necesario hacer frente a las eventualidades llenas de amenazas que surgían en elhorizonte. El Santo decidió de nuevo lleva£ su causa: a los pies del Soberano Pontífice. Iría él mismo; con la gracia

(62) BOULAY: II, p. 296.
(63) Fué Mazzarino personalmente quien, por razones de orden político, patrocinó en 1647 la candidatura de Eduardo Molé para el obispado de Bayeux.

Como candidato a dicha sede Eduardo Molé,no podía presentar otro título que el de hijo primogénito del primer presidente del Parlamento. Su conducta no,era la de un sacerdote digno.

Por una carta de Mazzarino, supo San Vicente la noticia de esta elección: «Señor---le escribía el Cardeñal-, estas líneas son para deciros que el señor primer presidente ha enviado aquí un despacho pidiendo a la reina el obispado de Bayeux.... para su seflor hijo y se lo ha concedido con tanto más agrado, cuando que posee las cualidades requeridas para su desempeño y que su majestad se ha congratulado de encontrar una ocasión tan propicia de agradecer en la persona de su hijo los servicios del padre y el celo que

de Dios y seguro de su derecho, esperaba triunfar por primera vez de todos los obstáculos que se le opusieran.

El Nuncio Apostólico, ganado a su causa, le remitió una carta dé recomendación:

<¡Eminentísimo y reverendísimo Señor y muy honorable Patrono:

Habiendo resuelto el doctor Juan Eudes ir él mismo en persona a Roma, a propósito del Seminario situado en la diócesis de Bayenx, del que ya se ha hablado a esta Sagrada Congregálción, y llevando consigo toda la información que pide la citada Congregación por decreto de 9 de abril de 1647, solamente me resta asegurar a Vuestra Eminencia su gran bondad y suficiencia, así como el fruto que resulta de sus trabajos en diferentes partes del' reino, como Vuestra Eminencia podrá ver, por el testimonio que lleva de numerosos Obispos. Yo he visto las actas originales de la fundación y de las rentas asignadas a dicho Seminariol y oído las declaraciones de testigos relativas a la capacidad de la habitación y de los reglamentos de dicho Seminario, aprobados por el Ordinario. Por lo tanto, me atrevo a recomendar a Vuestra Eminencra esta buena obra, asegurándole por ello un gran mérito ante la divina Bondad a la cual suplico, etc.

París a 20 de septiembre de 1647.

De Vuestra Eminencia el más humilde, abnegado y reco
nocido servidor, NICOLÁS,

Arzobispo de Atenas* (64).

Un desgraciado concurso de circunstancias impidió al P. Eudes poner en práctica su proyecto y hubo de recurrir, una vez más,

,tiene por el bien del Estado. La reina me ha prometido que os escribirá y yo me he anticipado a fin de que os toméis la molestia de verle y de darle las instrvicciones que juzguéis necesarias para desempeñar bien esta confíanza».

A la lectura de esta carta que le ponía ante un hecho consumado, San Vicente se presentó al primer presidente para suplicarle retirase la candidatura de su hijo. Molé escuchó, agradeció y prometió reflexionar. Nueva visita pocos días después: «Oh, señor Vicente-le dijo Molé, ¡me habéis h9Cho,pasar malas noches! Ya soy mayor, no soy rico y tengo muchos hijos; mi deber de padre es ponerlos al abrigo de la necesidad colocándolos ventajosamente antes de mi muerte. Si mi hijo no tiene las cualidades requeridas para gobernar una diócesis, siempre tendrá el recurso de rodearse de eclesiásti¿os capaces cuyos consejos seguirá fiebuente».

«Felizmente para la diócesis de Bayeux, Eduardo Molé fué arrebatado por la enfermedad despuésde cinco años de episcopado.» (COSTE: *M0nS¡eur Vincent,* París, 1932, 11, pp. 425-426.) Esta breve oración fúnebre basta a presentar al triste personaje con quien vamos,a ver en cuestiones a San Juan Eudes.
(64) Archivo de la Congregación de - Propaganda Fide. Cartas de Suiza, Alemania, Francia. Año 1648, vol. 97.

a la buena voluntad y espíritu; de sacrificio de M. Mannoury. Éste partió de París en la primera semana de noviembre provisto de lo necesario y de las cartas de recomendaáón que se había podido procurar. Otras, procedentes del rey, le alcanzarían en Roma.

Llegó a la Ciudad Eterna a principios de diciembre. Algunos días después caía enfermo, como él mismo se lo comunica al P. Eudes el día 30 del mismo mes:

«He estado a un paso de la muerte. Pero gracias a Nuestró Señor y a la Santísima Virgen,mi salud está mucho mejor. Tuve por espacio de tres semanas una fiebre continua que me dejó desconocido.

En este mismo momento recibo de París el Paquete de cartas del rey (65) que ha llegado con maravillosa oportunidad... ¡Dios sea bendecido,toda la eternidad por la providencia que muestra en nuestros negocios! He aquí algo de apoyo de los
grandes, pero-como vos decís-no será ello lo que saque adelante nuestros negocios, sino sólo Dios y su Santísima Madre* (66).

Estas últimas líneas muestran cuán digno era M. Mannoury de la confianza de su Superior, de quien compartía en alto grado sus sentimientos- de abandono en la divina Providencia. No obstante, como el P. Eudes en semejantes ocasiones, no descuidó ninguno de los medios humanos puestos a su alcance. Inició en cuanto pudo las visitas de rigor, destinadas a asegurar el éxito de su misión. Todos le recibieron con benevolencia. Pero entre todas las acogidas le impresionó la del Cardenal Capponi:

Me concedió más de una hora de audiencia. Después que hubo visto la carta y su contenido, le presenté nuestros estatutos, de los que leyó casi la mitad. Leyéndolos, el corazón le saltaba de alegríá al ver nuestro designio y especialmente los estatutos de la Sagrada Escritura (67). A veces se detenía y me decía su parecer sobre los pasajes. Me obligó a dejárselos. Después, de haber alabado nuestro Instituto y como yo le dijese que la Congregación de Propaganda parecía querer obligarnos, a no salir de nuestra diócesis, me respondió que no lo haría así. 0 *utinam-aiíadió--essent in omnibus civitatibus e¡usmodi Semiwaria»* (68).
(65) Este paquete contenía seis cartas del rey, dirigidas al Soberano Pontífice, al Cardenal de Este, promotor y director de los asuntos de Francia en la corte de Roma, y al marqués de Fontenay, embajador extraordinario de Luis XIV ante la Santa Sede.
(66) BOULAY: II, p. 361.
(67) *Se* trata *de* las *Reglas Latinas.*
(68) COSTIL: *Annales, 1, p.* 156: iOjalá hubiera en todas las ciudades tales seminarios».

, Todo parecía marchar a la medida de sus deseos: no faltaba más que la relación del Cardenal Sforza, encargado de todo el asunto, y esta relación-según el secretario de la Congregacion de Propaganda-no podía menos de ser favorable. Desgraciadamente, un retraso imprevisto, permitió intervenir a los adversarios habituales del Santo, y presentar a última hora numerosas objeciones contra las peticiones del P. Eudes y de su mandatario. Todo se aplazó. El Cardenal Sforza se vió en la necesidad de escuchar de nuevo a las dos partes en litigio antes de presentar su relación (69). Incumbía a M. Mannoury la tarea de defender sus derechos y de responder a las quejas de los Padres del Oratorio. La cumplió en un informe de lógica solidez incontestable. El derecho de su causa era evidente; e incluso la misma moderación con que la sostuvo le valió las simpatías del secretario de Propaganda y del Cardenal Sforza. Pero a falta de buenas razones, sus adversarios disponían del supremo recurso de las malas causas: las bajas intrigas, las pérfidas insinuaciones, los procedimientos desleales.'M. Mannoury se desolaba al verlo:

«Aqu-' tenemos-escribía a su Superior-, nuestros acostumbrados 'bienhechores que remueven cielo y tierra para destruir nuestro Seminario. Han obtenido cartas del rey para el embajador con la finalidad de impedirle trabajar por nosotros; de manera que cuando fui a rogarle que así lo hiciera, me dijo su secretario en su nombre, que había recibido órdenes del rey para sobreseer este asunto hasta nuevo aviso» (70).

A lo que el Santo le respondía el 7 de abril de 1648:

«Valor, mi querido hermano; nosotros sólo queremos la voluntad de Dios. Hagamos por nuestra parte todo cuanto se pueda por los asuntos de Nuestro Señor y de nuestra querida Señora; y después abandonémonos con todas las cosas a su santa voluntad. Si es llegada nuestra hora, todo el mundo junto no se les podrá resistir; si por el contrario no ha llegado este momento, *exspectemus Dominum, viriliter agamus, et confortetur cor nostrum.* Una cosa debe alegrarnos mucho e infundirnos ánimos; y es

que es imposible dudar no sea ésta una obra de Dios, teniendo presente las grandes y extraordinarias bendiciones que tiene a bien conceder a nuestros pequeños trabajos; lo que nos hace conocer con toda evidencia que no pueden ser sino de 111. Por lo tanto, no abandonará su obra. La realizará cuando y en la forma más conveniente y muchísimo mejor de lo que nosotros podríamos desear. A nosotros sólo nos toca permanecer fieles y proseguir nuestro camino, siempre con humildad, valor y confianza» (71).
(69) BOULAY: 11, p. 367.
(70) COSTIL: ***Annales, 1, 1.*** 3, e. 1 § 4. ~
(71) O~res, X, 386-7.

Los acontecimientos darían la razón a la inquebrantable confianza del siervo de Dios. La mala fe siempre queda al descubierto. Los Cardenales terminaron por ver claro en la tenaz oposición hecha al Santo, y un decreto de 23 de marzo aseguró la existencia del Seminario de Caen, que en adelante no podría ser inquietado. También se reconocía al P. Eudes el derecho de consagrarse, cómo él lo entendía, a su obra de formación sacerdotal (72).

Este decreto no contenía aún la aprobación definitiva de la Congregación de Jesús y María, pero había motivo para alegrarse. Los esfuerzos de M. Mannoury no habían sido totalmente vanos.

§ 7

Los adversarios del Santo se resintieron por esta semiderrota. En seguida trataron de recuperar, en el mismo Caen, el terreno perdido en Roma. Ya el 3 de marzo de 1648 habían elevado al teniente general de Normandía, al alcalde y a los regidores de Caen una reclamación que evidenciaba el propósito de llevar a fondo sus persecuciones contra él (73).

Hacia esta misma época, Nuestro Señor vino a tranquilizarle sobre el futuro de sus dos establecimientos, tan comprometidos en apariencia, y a hacerle comprender las contradicciones y pruebas porque pronto iba a pasar. He aquí las palabras de aliento que dirigió a su siervo por boca de Sor María des Vallées:

«Que se alegre, pues mi Santa Madre y Yo le hemos dado dos hermosas palmas para que las plante~ en el jardín de la Iglesia. Mas para plantarlas bien, primero se necesita remover
(72) I-le aquí la traducción de este decreto, cuyo original se conserva en las actas de la Congregación de Propaganda, 1648, p. 54, n.' 23: «Después de la relación que el eminentísimo Cardenal Sforza ha hecho sobre el asunto del Seminario de Caen, en la diócesis de Bayeux, erigido bajo la dirección de Juan Eudes, y suficientemente dotado, y de las ilistancias del mismo Juan Eudes para obtener de la Santa Sede la confirmación de este Seminario, con diferentes gracias e indulgencias, así como de las razones propuestas por la Congregación del Oratorio de Jesús; la Sagrada Congregación ha declarado que dicho Seminario no tiene necesidad de confirmación puesto que *lo* afirma erigido conforme la

intención del Santo Concilio de Trento y que los susodichos sacerdotes del Oratorio no pueden impedir este Seminario bajo el pretexto de que el citado Juan Eudes, que salió de su Congregación, quiere fundar en Francia una nueva Congregación con las mismas funciones que la suya».
(73) MARTINE: I, p. 295-6.

mucho la tierra, y con la que sea buena recubrir la raíz junto con abono. Nosotros tendremos cuidado de regarlas y de hacerlas crecer y dar frutos; y cuando hayan prendido, plantaremos a sus pies hermosas vifias, que producirán gran cantidad de buenas uvas.#

A lo que Nuestro Señor añadió esta explicación:

tLas dos palmas son sus dos establecimientos. Remover primero mucho la tierra significa que las obras de Dios se fundan en el abatimiento y en la hunúllación. Recubrir la raíz con buena tierra es sufrir con paciencia, firmeza y constancia todos los trabajos y aflicciones que se presenten en el establecimientG de estas dos casas. El abono son las contradicciones de aquellos que se le oponen y le son contrarios... Las vifias son el amor y la caridad* (74).

Estas alentadoras afirmaciones llegaron al siervo de Dios en momento oportuno. Constituyeron su último rayo de luz antes. de la espantosa tempestad que sobre él se cernía.

El 11 de diciembre de 1649 M. Molé Regó a Bayeux. En previsión de los acontecimientos, ya inminentes, el siervo de Dios, #hombre de negocios cuando era preciso* (75), había tomado algunos días antes ciertas precauciones indispensables. Hasta, entonces la casa en que vivía era alquilada. Esto equivalía a estar constantemente expuestos a verse arrojados a la calle cualquier día. Por eso, despi¡és de largos tratos, complicados con interminables discusiones o requisitos legales, y después de haber ¿elebrado tres novenas de Misas y rezado las oraciones de costumbre en los negocios importantes, se había decidido y concertado la compra de «la Misión». Un tercero (76), fiel al Santo en la buena como en la mala fortuna, había prestado su nombre en todas las transacciones mantenidas en gran secreto. El 25 de enero eran reconocidos oficialmente el P. Eudes y sus compañeros como propietarios de «la Misión». A partir de este día estaban en su casa; en adelante nadie les podría arrojar del edificio.

Esta medida de prudencia era muy oportuna. Referiremos, al tratar de los orígenes de Nuestra Señora de la Caridad, todas
(74) Cfr. *Annales de Notre-Dame de Charité,* aûo 1648.
(75) La nota es de COSTIL: «Se ve por esto que el P. Eudes sabía tratar los negocios cuando era preciso. Así--decía riendo a sus hermanos cuando hablaba de esto-daría lecciones a muchos otros y enredaría a los más expertos». Annales, 1, p. 128.
(76) Bien merece recordarse el nombre de este amigo del P. Eudes. Se llamaba Quetissens. Era un honrado caballero muy devoto de laSa-ntísima Virgen. Dos de sus hijas profesaron en la Orden de Nuestra Señora de la Caridad.

las razones que tenía el P. Eudes para temer la malquerencia del nuevo Obispo de Bayeux, prevenido en contra suya.

Un acontecimiento insignificante prendió la mecha. El Parlamento de Normandía había concedido al fin (comienzos de 1650) la verificación tanto tiempo reclamada de las cartas patentes de 1642. Acto de justicia y reparación, esta medida no tenía en sí nada que atentase contra los derechos

del Obispo. Pero había cogido de sorpresa a los adversarios del Santo y exacerbado su furor.

Contando con el apoyo de M. Molé, cuya hostilidad serviría maravillosamente a sus designios, resolvieron acabar de una vez con el siervo de Dios. Acudieron a sus ordinarios procedimientos de odiosas calumnias e insinuaciones engañosas: «Si les fuéramos a hacer caso, el establecimiento del P. Eudes no tenía existencia legal. Además, el P. Eudes había abusado de la confianza de M. d'Angennes, a quien había engañado erigiendo una Congregación y no un Seminario, como era lo convenido entre ambos. **Final**mente afirmaban que la verificación de sus cartas Patentes recientemente obtenida del Parlamento, constituía un desafío a la autoridad episcopal, de la que el P. Eudes se había jactado de poder prescindir» (77). Tales son, en resumen, las quejas invocadas ante M. Molé. Éste se dejó sorprender. Resolvió castigar severamente y emplear contra el Santo toda su autoridad.

Al P. Eudes le previno uno de sus amigos. Inmediatamente recurrió a sus medios habituales de defensa: los hombres le abandonaban, le quedaban Jesús y María. «Se obligó por voto-dice M. Costil-a practicar en honor de las doce cualidades o virtudes de su Sagrado Corazón las diez devociones siguientes: doce disciplinas, doce Misas, una comida extraordinaria a doce pobres, una confesión y comunión de doce pobres, doce veces doce letanías del Sagrado Corazón de la Santísima Virgen, doce veces el *Memorare* por la mañana y por la noche, doce comuniones de los Hermanos legos, doce rosarios y doce peregrinaciones a Nuestra Señora de la Délivrande* (78).

Su confianza en sus celestiales protectores no le dispensó de utilizar también medios humanos. Intentó atraerse a M. Molé. Esta primera gestión fracasó.

Odiosamente calumniado, hizo uso de su derecho para restablecer la verdad por su cuenta. Redactó con este fin una memoria dirigida al Obispo de Bayeux, en la cual, punto **por punto, rebatía**

(77) COSTIL: *Annales, I, p. 221.*

(78)Ibid., 1, p. 205.

las acusaciones de sus adversarios (79); M. Molé ni siquiera se dignó leerla. Quedaba al Santo un último recurso. Suplicó al Ordinario sometiera su caso a un consejo especial designado para que le examinara y juzgara. No se podía, sin quebrantar la justicia, negarse a oír a un acusado. Pero ¿todavía era un acusado? ¿No era un condenado? Este primer consejo falló la causa a su favor. Mas el odio no conoce límites. Días después un segundo consejo, formado por personas cuidadosamente escogidas, anuló la decisión del anterior. El P. Eudes fué condenado por unanimidad. La noticia le llegó a Coutances, gracias a un amigo. Sin pérdida de tiempo escribió a sus hermanos de Caen para prevenirles del golpe que les amenazaba y para exhortarles a mostrarse finnes y «a permanecer en silencio con paciencia, con entera sumisión a la divina voluntad». Estas son sus propias palabras, y después añade:

«Espero que pase esta tempestad, y Nuestro Señor sacará de ella mucho- provecho. M. de Coutances me hace objeto de una caridad y cordialidad extraordinarias. No os digo más: lo ver'is por sus efectos. Continuemos humillándonos ante Dios, y rogándole cumpla los designios que se digne tener sobre nosotros. Es un hecho providencial que me encuentre aquí en este tiempo. Aquí permaneceré aún algunos días, no por causa de los negocios que me han retenido hasta ahora, sino por otra razón que os diré de palabra y que os ruego insistentemente encomendéis a Nuestro Seflor y a su Santísima Madre» *(80).*

Esta carta lleva fecha de 6 de noviembre de 1650.

Algunas semanas después, como recibiese otras informaciones que le hacían presentir la inminencia del inevitable desenlace, envio sus ultimas recomendaciones a M. Manchon:

«No os asombréis, mi queridísimo hermano, es una tempestad que pasará. Si se os notifica algo, responded que mientras yo esté ausente no tenéis nada que decir. No obstante, si os ordenan cerrar la capilla, cerradla e id a celebrar las - Misas adonde podáis, * infundid muchos ánimos a nuestros hermanos y exhortadles * que se humillen ante *Dios,* a que pongan en Él y en su Santísima Madre toda su esperanza, y a que empleen el mayor tiempo posible ante el Santísimo Sacramento y enviad algunos a Nuestra Señora de la Délivrande* (81).

Pocos días después el fiscal de la Oficialidad de Caen, por orden de M. Molé, presentaba una demanda a M. Lecointe, decano del Santo Sepulcro y oficial, para obtener de él la prohibición

(79) COSTIL: I, p. 221. Reproduce esta memoria casi a la letra. (80) O~res, X, 392.

(81) *Ibid.,* X, 592.

de la capilla de «la Misión*. El 29 de noviembre, como era de esperar, estaba firmada la sentencia (82).

La iniquidad se había consumado.

Ni una sola palabra de queja brotó de los labios del Santo. Mas de todas maneras este acto arbitrario le imponía deberes. Tenía que salvaguardar los derechos de sus compafieros; tenía que defender la memoria de Luis XIII y de M. d'Angennes, que habían otorgado su protección al establecimiento; tenía que proteger los intereses de sus bienhechores. Una vez cumplido este deber, por medio de una protesta muy respetuosa a la vez que firme, dirigida a quien estaba indicado (83), se encerró el Santo en un silencio lleno de dignidad y humildad, abandonando a Dios el cuidado de asegurar el triunfo de la justicia.

Sus amigos se admiraban. M. Camus, antiguo Obispo de Belley, le invitó incluso a alegrarse por los golpes que recibía, pues «sus empresas llevan el sello de la cancillería del cielo. Puesto que Dios le concede tan numerosas cruces, deben éstas servirle de poderoso motivo de consuelo*. Y en otra ocasión dijo a uno de sus amigos: «Hubiera puesto en duda la virtud del P. Eudes de no haberla Visto sellada con el signo de la cruz* (84).

Al aflo siguiente, en fecha no determinada, el siervo de Dios trató primero por medio de una instancia de las más humildes y sumisas (85) hacer desistir a M. Molé de su decisión. Éste se mostró intratable. M. Marmoury tropezó con análoga hostilidad, cuando, en un viaje hecho ex profeso a París por indicación dé su Su perior, logró acercarse al irreductible Prelado. Sin embargó, siguiendo las instrucciones que recibiera, había llegado hasta el límite de las concesiones:

«Os ruego~le habla escrito el Santo-no salgáis de París sin antes haber empleado y hecho valer, en cuanto os sea posible, todos los medios que la providencia de Dios ha puesto y pondrá en vuestras manos para ganar a M. de Bayeux. Es necesario concederle todo leí que desee, excepto que sea él mismo quien nombre el Superior del Seminario, ya que tendrá a bien sea éste elegido por la Comunidad*1(86).

Todavía M. Molé siguió meditando nuevos proyectos contra el P. Eudes, pero la muerte le impidió llevarlos a cabo. Moría

(82) Cfr. el texto de ella en BOULAY: II, p. 506. (83) BOULAY: *II,* p. 508. *(84) Ibid., 11,* 509.
(85) Texto *¡bid., 11,* 511. 1
(86) *~res, X,* 397.

en París el 6 de abril de **1652.** juzgando Dios sin duda que la medida de injusticia que usaba con su siervo ya se había colmado, avocó la causa a su propio tribunal.

A M. Molé le sucedió en la sede de Bayeux su propio hermano, el abad de Saint-Croix. Este Prelado no había compartido las malquerencias de su predecesor. Incluso le habían prevenido en favor del P; Eudes intervenciones caritativas y piadosas (87). Pero no quería obrar con brusquedad ni cometer ningún error de procedimiento. Reclamó, pues, la relación del triste negocio que pesaba como enorme reproche sobre la memoria de su hermano. Lo estudió cuidadosamente y escuchó el parecer de su cabildo. Después, en una segunda carta, a la que los canónigos no debieron permanecer insensibles, les pidió, «aunque firmemente convencido de la justicia de su petición», le concedieran el restablecimiento de la capilla del Seminario de Caen, como una gracia «por la que se consideraría más obligado que por todas las muestras de consideración de que los canónigos le pudieran hacer objeto* (88).

¿Qué medio puede encontrarse para'resistir a tales peticiones? El cabildo no se hizo de rogar por mucho tiempo, y para liberar la conciencia de sus miembros y deshacerse de una historia desagradable, así como para congraciarse con el nuevo Obispo, levantó la prohibición que pesaba sobre la capilla (89).

Dejemos al S ' anto comunicarnos cuáles fueron sus sentimientos
con motivo de esta medida reparadora:

«Caen a 15 de mayo de 1653. Mis muy queridos y amados Herinanos:

Benedictus Deus et Pater Domini nostri Iesu Christi, Pater misericordiarum et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.

Alleluia, alleluia, alleluia.

Nuestra capilla está abierta, y en ella celebramos la santa Misa. Alleluia. No se abrió hasta el martes último, pero todo estaba ya arreglado y firmado el sábado, día de la fiesta de la Aparición de Nuestro Señor a su Santísima Madre.

Alleluia, alleluia, alleluia.

- Es una muestra del poder incomparable y de la bondad inelable de nuestra buenísima Madre, que quiso diferir el término de este asunto hasta el día de la mayor alegría que haya tenido

(87) *El* mismo Santo *nos* indica en la carta que reproducimos a continuación cuáles fueron estas intervenciones. La Superiora de las religiosas de la Misericordia de París, M. Magdalena de la Trinidad, había abogado la causa del Santo ante el nuevo Obispo de Bayeux.

(88) BoULAY: II, p. 554.

(89) Cfr. la sentencia *¡bid., II, p.* 558.

sobre la tierra y que lo ha dado cuando nosotros menos lo esperábamos, y después de haber recurrido en vano a todos nuestros esfuerzos y los de nuestros amigos.

Alleluia, alleluia, alleluia.

Esta madre de Misericordia ha querido servirse de la buena Madre Superiora de la Misericordia de París, para hacernos este favor, a fin de que veamos que es un efecto de su grandísima misericordia y que nosotros somos los misioneros de la divina misericordia, enviados por el Padre de las misericordias para distribuir los tesoros de misericordia a los miserables, es decir, a los pecadores, y para tratar con ellos en espíritu de misericordia, compasión y bondad.

Alleluia, alleluia, alleluia, alleluia, alleluia.

¿Cómo agradecérselo a esta bondadosa Madre? ¿Cómo agradeceremos a su Hijo muy amado? ¿Cómo agradeceremos a este Padre divino, que es la fuente originaria de todo bien?

¡Que todos los ángeles y todos, los santos bendigan eternamente a Jesús y María! ¡Que Jesús y María con todos los ángeles y todos los santos alaben y glorifiquen al Padre Eterno! ¡Que todas las potencias y perfecciones de la Divinidad alaben infinitamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!

Confiteantur Domino misericordiae eius el mirabilia, eius litius hominum.

Pero esto no es todo. Yo os suplico mis queridísimos Hermanos: Primero, que en memoria y acción de gracias del infinito favor que Nuestro Señor nos ha concedido al visitarnos y consolarnos con su divina presencia en el Santísimo Sacramento, por la intercesión de la Madre de Misericordia, tomemos la resolución de celebrar cada año la fiesta de su aparición a esta divina Madre y de la primera visita que le hizo después de resucitado.

Segundo, que todos digáis una Misa votiva en honor de este misterio; y que después digáis un septenario de Misas según vuestras devoción, para dar gracias a Dios y pedirle, en primer lugar, por todos aquellos que nos son adversos, para que *non illis imputetur;* después, por todos nuestros amigos, y finalmente, por nosotros, para que nos conceda la gracia de hacer un santo empleo de sus favores y que comencemos a servirle y amarle con la perfección que reclama de nosotros, es decir, por la práctica'de una verdadera humildad, de una obediencia exact de una cordial caridad, de un ardiente celo por la salvación las almas, de un puro amor hacia Dios, y sobre todo, de una sumisión perfecta y total abandono a su divina voluntad.

Tercero, que, en la salutación al Sacratísimo Corazón de nuestra Madre de Misericordia, después de *Ave Cor beati,&simum,* añadamos *Ave Cor missericordissimum; y,* en la salutación *Ave Maria Filia De¡ Patris,* después de *Ave Maria Mater admirabilis,* añadamos también este versículo *Mater misericordiae*y que del mismo modo en las letanías de Nuestra Señora, despu(~~ de *Mater admirabilis,* añadamos *Mater misericordiae.* Todo ello en memoria y acción de gracias por la misericordia que Dios ha usado para con nosotros en esta ocasión por medio de esta Madre de gracia y misericordia, para ofrecerle, y por Ella a su Hijo, a todos aquellos que se hallan en la espantosa miseria

*del pecado, y para darnos a la divina Misericordia, a fin de que nos,¡inime con su espíritu hacia todos los miserables, tengamos piedad de ellos y hagamos cuanto de nosotros dependa para asistirles y aliviarles.

Cuarto, puesto que Nuestro Señor nos ha concedido la gracia de venir de nuevo a su casa, y tenemos la dicha de posecerle en la santa Eucaristía, nazca en nosotros un nuevo deseo de rendirle y hacerle tributar en este Sacramento todo el honor y respeto que podamos, comportándonos en la iglesia con toda la modestia, reverencia y piedad posibles, no hablando en ella, de no ser por alguna necesidad, y esto, poco y en voz baja, no consintiendo que en nuestras iglesias jueguen los niños o hagan ruido, que los pobres pidan limosnas, que se vean perros o personas que hablan, o que permanezcan en ellas con posturas no indicadas, o que se comporten con irreverencia.

Daos sin reservas a Nuestro Señor jesucristo con todo vuestro corazón, para conseguir estos sentimientos y para ponerlos en práctica, por amor de nuestro amabilísimo Jesús y su dignísima Madre.

En el amor sagrado de su Santísimo Corazón os abrazo a todos en particular, con renovado deseo de serviros de todas las formas que me sean posibles,. Abrazos los unos a los otros en este mismo amor, *corde magno et animo gaudenti, yo* me doy todo a Ellos por vosotros y todo a vosotros por Ellos, en calidad de vuestro indignísimo servidor y afectísimo hermano,

JUAN EUDES,

Sacerdote Mis¡ ' onero de la Congregación
, de Jesús y María»- (90).

Esta carta no necesita comentario. Hemos querido reproducirla íntegramente. En ella vibra un alma de santo, que se desahoga en admirables efusiones, que proclama su reconocimiento, el cual parece querer prolongar eternamente. En efecto, para siempre las invocaciones que el reconocimiento le ha impulsado a añadir a las oraciones de sus hijos, volverán a repetir las misericordias infinitas con que fué colmado su Padre por los Sagrados Corazones de Jesús y María.

(90)Oeuvres, X, 398-401.

1 0 6 - UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

HI 0

Consolidación de la Congregación.

Pronto referiremos la fundación del Seminario de Coutances (91). Tuvo lugar cuando la tempestad atravesada por el P. Eudes y su Congregación llegaba al apogeo. Las cartas de institución llevan fecha de 8 de diciembre de 1650. Se alquiló una casa provisional donde comenzaron las actividades del Seminario.

Hombre de decisión, como ya hemos podido comprobar, desde el mismo momento en que pesó la prohibición sobre su capilla, pensó en trasladar la Casa de Probación, nombre que había dado al noviciado de su Sociedad. Era preciso asegurar a, todo precio el reclutamiento, pues las pruebas de todo género que le abrumaban junto con los suyos, lejos de desanimar a aquellas almas generosas, ejercían sobre ellas poderosa atracción. En la época que consideramos (92), la Compañía de Jesús y María contaba con unos doce miembros, habiéndonos conservado las *Flores los* nombres de algunos de

los que entraron en la Probaciôn trasladada a Coutances: Saché, de La Boissière, Mouton, Le Duc, Hébert, Bernard, de Sainte Marie, de La Haye.

Los constantes desplazamientos del P. Eudes y sus preocupaciones de todo género le impedían asumir la dirección de la casa. Primero la confía a M. Mannoury, después a M. de Montaigu, dos de sus más experimentados y virtuosos sujetos. A pesar de esto, su pensamiento no abandonaba nunca aquella casa, sobre la que descansaban todas sus esperanzas. Siguió sus progresos con cuidado celoso. Velaba sobre todo por mantener el espíritu que se había esforzado en inculcarle, y que consideraba el espíritu propio de su Sociedad. Éste es un punto sobre el que con frecuencia insiste en sus cartas. Permítasenos citar aquí una que revela claramente su pensamiento. Está dirigida a M. Marmoury, entonces Director de los jóvenes:

«Tendréis cuidado de formarle (93) en el espíritu de Nuestro Señor, que es un espíritu de abnegación y de renunciamiento a todas las cosas y a sí mismo; un espíritu de sumisióli y abandono

(91) Cfr. *infra, p. 128.*

(92) BOULAY: II, p. 533.

(93) Se refiere a un postulante que acaba de recibir.

en la divina Voluntad, que se nos ha manifestado por las reglas del-Evangelio y por,los reglamentos de nuestra Congregacion, que no son mas que una expresion de las máximas evangélicas y por la dirección de aquellos que para nosotros representan a Dios: espíritu de puro amor hacia Dios, que nos conduce a no obrar más que por agradarle; espíritu de devoción particularísima a Jesús y María, a los misterios de su vida y a todos los santos que les pertenecen más particularmente; espíritu de desprecio y aversion al mundo, que es el cuerpo de Satán, y a todo lo que el mundo ama; espíritu de amor a la cruz de Jesús, es decir, al desprecio, a la pobreza y a los dolores; espíritu de odio y de horror a toda clase de pecado, que nos debe inducir a declararle la guerra hasta aplastarle en nosotros y en los demás; espíritu de humildad, de desprecio, de odio y de anonadamiento respecto de nosotros mismos, indicado en esta frase de la Imi*tación de Gristo:* «Poned vuestro afecto en permanecer desconocidos y tenidos por nada», espíritu de caridad fraterna y cordial para con el prójimo, especialmente con los miembros de nuestra Congregación y con los pobres, y de celo por la salvación de las almas; espíritu de virtud para amar todas las virtudes y practicaxlas con solidez én el espíritu de Jesús, así como está expuesto en el libro del *Reino de Jesús,* cuya lectura y práctica debéis recomendar mucho a aquellos que dirigís; espíritu de amor, de estima y de respeto a la Iglesia y a todo lo que le pertenezca, como también a todas las órdenes religiosas que existen en la Iglesia, pues debemos tener un espíritu católico, es decir, universal, que abarca, honra y ama todo lo que es de Dios y por Dios, y no debemos despreciar ni aborrecer nada fuera del pecado y de nosotros mismos; espíritu, en fin, de oración v de piedad para realizar todos nuestros actos en el espíritu, es decir, con las disposiciones con que Nuestro Señor realizó los suyos.

Esforzaos todo cuan~o podáis por penetrar en este espíritu con la gracia de Dios y en comunicarle a los demás mediante vuestro ejemplo, vuestras oraciones, vuestras conversaciones, lecturas y demás ejercicios. Sobre todo, pedid a Dios que os conceda espíritu de bondad y vigilaos especialmente sobre este punto, para haceros amar y ganar los corazones, y así poner en ello lo que Dios os dé a este fin.

Conservad esta carta y volvedla a leer con fr?~cuencía» (94).

§ 2

En el momento que el Santo escribía esta carta, daba los últimos toques a la redacción definitiva (95) de *sus Constituciones*. Los estatutos primitivos que el Santo había dado a su Congre
(94) Oeuvres, X, 394-5.
(95) El capítulo que se refiere a los colegios y el que se refiere a los curatos fueron incorporados a las *Constituciones* con
posterioridad. Cfr. *Oeuvres, IX, 14.*

gacion eran solo una piedra angular. Desde entonces su pensamiento se había precisado, y sus miras habían crecido. Le pareció oportuno el momento para ofrecer a sus hijos el fruto de diez años de reflexión, fecundada con continuas oraciones y dolorosas pruebas. Martine nos refiere algunos pormenores interesantes sobre la forma en que el piadoso autor redactó su trabajo: «El P. Eudes no se contentaba con pesar las cosas en la balanza del buen sentido: ante todo tenía cuidado de orar mucho y de consultar a Dios sobre cada artículo con gran pureza de intención, buscando únicamente conocer su santísima Voluntad. Al considerar su Congregación como bien, en cierto modo propiedad de Jesús y María, trataba de no prescribir nada que no estuviese conforme con su espíritu y con lo que Ellos hubieran establecido y ordenado, de haber estado visiblemente presentes en su casa. Después de escribir *sus Constituciones,* aunque no hubiese puesto en ellas el último detalle, las depositó sobre la grada del altar, como para presentarlas a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, conjurándoles a que, de ser convenientes a su Congregación, tuvieran a bien poner en ellas el sello de su aprobación y de conceder a todos los miembros de su Comunidad las gracias necesarias para observarlas» (96).

La conclusión de las *Constituciones* señala una fecha importante en la historia del Santo. Su Congregación ya está en posesión de su código de perfección sacerdotal, de su ley de vida. Está, pues, definitivamente constituida.

De igual manera que hicimos con el *Reino de Jesús,* no estudiaremos aquí las *Constituciones,* donde el P. Eudes ha puesto lo mejor de su alma (97). Han recibido la aprobación de los más competentes jueces. Dos siglos de uso continuo demostraron la eficacia y el valor de los principios de santidad que encierran. La Iglesia ha sancionado su espíritu y sus métodos. Aquellos que han tenido la ventaja de poder estudiarlas de cerca, y sobre todo de vivirlas, han proclamado su belleza, su profundidad y su carácter práctico: «Yo no conozco-decía el Cardenal Pitrareglas que induzcan a mayor abnegación y a una vida más sacerdotal* (98).

Digamos solamente que las *Constituciones* son, de todas las obras salidas de la pluma del P. Eudes, una de las que mejor
(96) MARTINE: I, p. 343-4.
(97) Cfr. la introducción histórico-doctrinal en Oeuvres, XI, 7-58.
(98) BOULAY: II, p. 539.

y mas impreso llevan su espíritu, su carácter, su sello personal. El se encuentra en ellas con su preocupación de detalles, su enérgica y vehemente voluntad siempre tendida hacia el fin que no deja de tenerlo presente y de perseguirlo infatigablemente, su desconfianza de la naturaleza, su pasión por las almas, su gran celo por la gloria de Dios.

Mejor que ninguna otra de sus obras, las *Constituciones* nos permiten recoger las diferentes influencias que experimentó y que dieron a su fisonomía espiritual rasgos tan netamente acusados. En

ellas se reconoce fácilmente al discípulo de los PP. de Bérulle y de Condren;en cuanto concierne a la vida y a las funciones eclesiásticas, a la organización administrativa de la Congregación, estas *Constituciones* son netamente oratorianas (99). En ellas aparece la amistad llena de veneración que profesó siempre el Santo a la Compañía de Jesús, de la que tomó, retocándolos apenas, detalles numerosos relativos a la disciplina general y a lw práctica de ciertas virtudes., Se reconoce, en fin, al admirador de San Francisco de Sales, de quien el P. Eudes tomó el espíritu de caridad, de benignidad, de cordialidad, de bondad que anima a todo su libro y que tanto recomendó a sus hijos.

Finalmente, la fecha de la conclusión de las *Constituciones* de la Congregación de Jesús y María nos sugiere una observación: el año 1652 evoca el período más crítico para el Santo y sus obrzis. Y es él, precisamente, el momento escogido para determinar los inquebrantables cimientos que, desde un principio, bajo la inspiración de María des Vallées había dado a su Congregación: la gracia divina, la voluntad divina, la cruz de jesucristo y una particularísima devoción a Jesús y María. Era volver a trazar, en pocas palabras evocadoras, el doloroso y triste pasado de su obra, bamboleada constantemente desde su nacimiento «por las tempestades del mundo y del infierno*, proclamar su inalterable seguridad en medio de las pruebas presentes, lanzar al futuro-todavía amenazador-un magnífico desafío que pregona su confianza y esperanza inquebrantables.

(99) Para convencerse de esto basta leer el capítulo VII de la obra del P. PERRAUD: *L'Oratoire de France a-ux XVIIO et XIXe siécíes.*

CAPITULO IV

LA OBRA SACERDOTAL DE SAN JUAN EUDES

«Los vientos `fuertes arraigan a los árboles corpulentos y las grandes agitaciones consolidan a las almas grandes y a las Comunidades nacientes», escribía el Cardenal de Bérulle (1) en lo más enconado de las oposiciones y luchas que él, también, hubo de sostener. No se puede formular con más exactitud y claridad la ley general de la economía de las obras providenciales. En las paginas anteriores hemos visto desencadenarse «los vientos fuertes Y las grandes agitaciones» contra la naciente Congregación de San Juan Eudes. Veamos ahora cómo en luga:t de'dañarla contribuyeron a su consolidación y afianzamiento. A este estudio destinamos dos capítulos. No habrá olvidado el lector los dos fines, principal y secundario, que el Santo fundador asignó a su Sociedad: la formación del clero y la santificación del pueblo cristiano. A ello responde un capítulo que trata de la obra sacerdotal del siervo de Dios, y otro que se ocupa de las numerosas y fructíferas misiones a las que permanecerá dedicado hasta el fin de su vida.

Reducir la obra sacerdotal del P. Eudes a la sola creación de los seminarios mayores sería desfigurar la historia y desconocer la amplitud e importancia del papel que desempefia en la reforma del clero francés en el siglo xvii. Estudiaremos, pues, los diferentes aspectos de este papel: en él se revela el Santo,paso a paso como poderoso realizador, por la creación y organización de los seminarios mayores; como doctor, por su constante apostolado entre el clero; como liturgista eximio, por-el magnífico oficio que compuso en honor del sacerd¿te católico.

(1) Oeuvres complètes, p. 783, en HOUSSAYE: *Le Cardinal de Bérulle et l'Oratoire, p. 439.*

1 ,

Fundador de Seminarios.

Es necesario recordar previamente algunos datos históricos para la buena inteligencia de los hechos que vamos a exponer (2).

La creación y organización de los seminarios mayores-subrayamos intencionadamente estas palabras-señala en Francia el punto culminante del movimiento religioso reformista iniciado en el Concilio de Trento.

Que esta reforma vino a su hora, lo demuestra la historia general de la Iglesia. Irritantes abusos habían invadido el santuario, con gran escándalo y mayor perjuicio de las almas. Era de - - - toda urgencia asegurar, si no en número al menos en calidad, el reclutamiento sacerdotal. El estudio detenido de los decretos del Santo Concilio de Trento indica, que tal fué en realidad una de las preocupaciones de los Padres que en él tomaron parte. Pafiavicini pudo decir, no sin verosimilitud, que el famoso decreto Cum *adolescentium aetas,* en donde se establecen los principios y se esbozan los planes de reforma de este reclutamiento, «constituye la obra más importante del Concilio» (3).

Sólo faltaba aplicar este decreto salvador. La historia del movimiento que determina en toda la Iglesia nos llevaría demasiado lejos. Fijémonos únicamente en sus principales jalones.

Fué en la misma Roma donde se aplicó por primera vez con la creación del Seminario Romano (4); luego en Milán, por la del Seminario que fundó San Carlos Bprromeo, quien, «para obedecer al Concilio de Trento, no creyó oportuno reunir en una misma casa a humanistas y teólogos» (5).

(2) Cfr. DEGERT: *Histoire des séminaires français jusqu'à la Révolution,* Paris, 1912; G. BONNENFANT: *Les séminaires normandes au XVIIe et au XVIIIe siècle,* Paris, 1915; G. LÉTOURNEAU: *La mission de Jean-Jacques Olier et la fondation des grands séminaires en France,* Paris, 1906; M. PRUNEL: *Les premiers séminaires en France au XVIIe siècle,* en *Études, 118* (1909), 344-55, 731-50.

(3) DEGERT: *I, p.* 28.
(4) *Ibid., I, p.* 32.
(5) LÉTOURNEAU: 10C. *cit., p. 13.*

La acción de Roma se extiende por las vecinas diócesis de la península italiana (6).

En Francia, la introducción del decreto *Cum adolescentium aetas* fué lenta y difícil. El ensayo llevado a cabo en Reims en el aflo 1567 por el Cardenal de Lorena, a quien incumbe el honor de haber creado el primer seminario francés, ha de ser único durante bastantes aflos (7). Este decreto tenía en contra suya la coalición formada por los juristas regalistas, los parlamentarios celosos de sus derechos, los galicanos no menos celosos por los de su iglesia y los protestantes decididos a dificultar la contrarreforma, que de este modo emprendía Roma (8). No obstante, se llegó a un acuerdo entre la Iglesia y el Estado, y ambos se prestaron mutua ayuda para la ejecución de las medidas adoptadas en Trento. La historia de los esfuerzos realizados en orden al establecimiento de los seminarios se puede dividir en tres períodos: uno de ensayo, otro de transición y un tercero de creaciones definitivas.

Los Estados y el edicto de Blois, 1577 (9), la Asamblea y el edicto de Malun, 1580 (10), los ocho Concilios que se celebran entre los años 1581 y 1594 (11) en diferentes provincias eclesiásticas, inician el período de ensayo. En esta época se ven surgir por todas partes, Institucio.nes destinadas a acoger a los jóvenes aspirantes al sacerdocio, y cuyo warácter común será el de inspirarse en las grandes directrices del decreto *Cum adolescentium aetas»* (12).

¿Qué resultados obtuvieron estas casas de formación sacerdotal? El juicio de la historia apenas si les es favorable: «En 1610-escribe Létourneau-, finalizando el reinado de Enrique IV, encontramos por todas partes el fracaso de las varias fundaciones, intentadas por los Obispos, para el establecimiento de los seminarios* (13). A la mayoría de ellas se les podía aplicar lo que años más tarde diría San Vicente de Paúl escribiendo acerca de ciertos seminario5: «Los Obispos no consiguen con ellos ningún buen resultado» (14).

(6) PEGERT: 1, *p.* 38.
(7) *Ibid., p.* 41; LÉTOURNEAU: P. 17 *ss.*
(8) DEGERT: *I, p.* 45.
(9) LÉTOURNEAU: P. 21, SS; DEGERT: *I, p.* 47.
(10) LÉTOURNEAU: P. 22 SS; DEGERT: *1, p.* 51.
(11) DEGERTi I, P. 52.
(12) Cfr. *¡bid., 1, p.* 94. Las líneas generales del programa seguido por estas instituciones.
(13) LÉTOURNEAU: P. 25.
(14) DEGERT: I, p. 79.

Naturalmente nos sentimos inducidos a buscar las causas del fracaso de un movimiento conjunto de semejante envergadura, y para cuyo éxito habían colaborado armoniosamente la Iglesia y el Estado. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre la determinación de estas causas. Parece que se pueden determinar tres, cuya acción combinada da la explicación de este fracaso.

En primer lugar, faltaba a los nuevos seminarios un personal dirigente que estuviera a la altura de su difícil misión; además, el feudalismo eclesiástico-esta expresión de Létourneau se debe tener en cuenta-que'reinaba entonces en todo su apogeo y que ejercía su nefasta influencia, dificultó muchísimo su desarrollo y, por último-y, quizá, lo más importante-, debemos ver en la composición misma de las diferentes instituciones comprendidas bajo el nombre general de seminarios, la causa que determinó su ruina (15). No se puede imaginar nada más heterogéneo que estas casas, donde estaban reunidos y recibían educación común: nifios, jóvenes, humanistas y teólogos (16). No se había ideado el sistema que se logrará más tarde.

Detenidos por una interpretación demasiado estricta del decreto del Concilio de Trento, los promotores de la obra de los seminarios no se habían. atrevido a establecer la distinción entre los seminarios mayores y menores,, o más bien, la separación que se imponía entre unos y otros (17). Ello hará decir un día a San Vicente de Paúl: «Las órdenes del Concilio se deben respetar como procedentes del Espíritu Santo. La experiencia hace ver, sin embargo, que tal como se observan respecto a la edad de los seminaristas no tuvo éxito ni en Francia ni en Italia* (18).

Era preciso intentar otro camino. La iniciativa privada tratará de triunfar allí donde la iniciativa oficial había fracasado. Esta es la característica del período que hemos llamado de transición, y que abarca de 1611 a 1641.

Hemos expuesto en un capítulo precedente, el incomparable programa de restauración sacerdotal que el fundador del Oratorio había propuesto a su Instituto (19).

(15) LÉTOURNEAU: p. 27 SS.; DEGERT: 1, P. 101 SS.

(16) DEGERT: I. p. 94.

(17) Empleamos las denominaciones ~seminario mayon> y «seminario menor» en su actual significación. Durante mucho tiempo se dió el nombre de seminario menor a las instituciones destinadas a recibir a los eclesiásticos pobres. Cfr. DEGERT: 11, p. 467; COSTIL: *Annales, II, p. 30.*

(18) DEGERT: 1, p. 112.

(19)LÉTOURNEAU: *p. 30 s.;* DEGERT: I, *p. 133.*

#Enseñar a los sacerdotes y a los que aspiran al sacerdocio los medios de llegar a la perfección sacerdotal» (20). Siempre fué ésta una de las preocupaciones dominantes del Oratorio. Pocos meses después, el 11 de noviembre de 1611, Richelieu llamaba a Lu~on a los compañeros de Bérulle para la instrucción delos párrocos. Ya el futuro Cardenal ministro había instalado cerca de su catedral algunos sacerdotes de su diócesis bajo la dirección de un canónigo, para «regentar* un seminario. Pero fué un mal comienzo. El personal docente no estaba animado por un celo entusiasta. Muy pronto tropezó con dificultades económicas. En su embarazo, el Obispo se dirigió, naturalmente, a los oratorianos, y en 1616 les suplicó que se ocupasen, no sólo de sus sacerdotes, sino también de sus seminaristas.

En esta fecha estaba ya encargado el Oratorio de obras similares. Desde 1612, poco tiempo después del establecimiento de Lu~on, el Cardenal de Joyeuse fundaba dos seminarios: une, como decano del Sacro Colegio Cardenalicio en Villetri, y otro para la diócesis de Rouen, en París, confiando

este último a M. de Bérulle. Después, en septiembre de 1614, llamará a los oratorianos a Dieppe, poniendo en sus manos la dirección de este interesante Colegio en que se daban cursos de teología moral y de disciplina eclesiásticas, y del que se ha podido decir: «Un Seminario no lo, hubiese hecho mejor». En 1617 Gaspard Dinet, Obispo de Mácon, confía al Oratorio su «institución clericah. Zamet, el año precedente, había concluído con el P. de Bérulle un contrato análogo en favor de la diócesis de Langres, pero la casa no se abrió hasta **1619** por el P. de Condren. En este intermedio, 1618, Lyon había visto fundar el Seminario de San Juan por el P. Bence (21).

Tantos ensayos indican, de parte del Oratorio, la voluntad de realizar su programa de restauración sacerdotal, mas ensayos que no debían tener mejor éxito que los del episcopado francés (22).

Otro tanto se ha de decir de los proyectos de Godefroy, humilde párroco de Normandía, que, llevado de su celo por la casa de Dios y la santidad del sacerdocio, se esforzó en provocar con una memoria presentada a la Asamblea del Clero de 1625, una acción decisiva por parte de los Obispos en favor de los seminarios (23);

(20) Constituciones del Oratorio, art. 5.'.

(21) L'Oratoire et Veducation des clercs, en *Oratoriana, 1931, p. 46.*

(22) LÉTOURNEAU: *p. 34.*

(23) El P. WATRIGANT ha tenido el acierto de reimprimir esta memoria de Godefroid sobre el (¡Collège des saints exercices» en ' su interesante opùscu*lo Les exercices spirituels à la -naissance des séminaires* (Bibliothèque des

de las «asociaciones presbiteriales» del original M. Bourdoise (24); de los «ejercicios de ordenandos», cuya práctica se propagó con excelentes resultados bajo el impulso de San Vicente de Paúl, y de aquellos que con él se constituyeron en sus promotores (25). ,Cada una de estas iniciativas constituye una etapa hacia el término deseado y entrevisto. Un poco más y la evolución de los seminarios habrá acabado. El honor de ello recae sobre aquellos santos sacer,dotes que, impulsados por la Providencia, establecieron definitivamente y consagraron la distinción necesaria y fecunda entre los seminarios mayores y menores (26). Por el mismo hecho

el triunfo y prosperidad de unos y otros estaba asegurado.

A partir de este momento se fundan los seminarios mayores--y entramos en el tercer período de su historia.

El Oratorio ocupa un puesto principalísimo. Le cabe el mérito indiscutible de haber fundado en Francia los primeros seminarios conforme al espíritu del Concilio de Trento. A él se debe que desde el aflo 1642 funcionen dos verdaderos seminarios: uno en París y otro en Rouen (27).

Pero, admitido este hecho, ha de reconocerse, también, que el impulso que aseguró su expansión a la obra de restauración sacerdotal emprendida por de Bérulle y dió su rápido y pleno desarrollo a la de los seminarios, procede de otra parte.

Data de las felices iniciativas de San Vicente de Paill, de San Juan Eudes y de M. Olier. Los tres, aunque por diferentes títulos, son hijos espirituales del Oratorio: los tres eran y permanecieron poderosos misioneros; los tres hubieron de gemir por el abandono de las almas y el deplorable estado del clero que encontraron en sus correrías apostólicas, y los tres fueron animados por el eminente hombre de Estado que entonces dirigía la política francesa, el Cardenal de Richelieu (28). En la misma época, casi a un tiempo, empezaron los tres la obra a que Dios les llamó Exercices,

n.' 39-41) , p. 61-88. Cfr. BONNENFANT: *Les séminaires normands,* p. 68. Creemos con los PP. LEBRUN: SS. *Coeurs de jésus et de Marie, p.* 36 (1915), 70, Y WATRIGANT, *loc. cit., p.* 94, que DEGERT (I, p. 123-8) ha aminorado la importancia del proyecto del cura de Quettreville. Y decimos de Quettreville, pues parece probado que Ch. Godefroy era párroco de Quettreville y no de Creteville. (Cfr. WATRIGANT: P. 127.)
(24) LÉTOURNEAU: p. 61 SS.; DEGERT: 1, p. 140 ss. 1
(25) LÉTOURNEAU: p. 55 SS.; DEGERT: I, p. 146.
(26) LÉTOURNEAU: p. 83.
(27) PRUNEL: *Les premiers séminaires en France au XVIlle siécle,* en *1?tudes,* 118 (1909), 349-52. *Oratoria-na,* 1931, *p.* 46 SS.; 1933, *p.* 296 SS.: 1934, *p.* 61 *ss. .*
(28)LÉTOURNEAU: *p.* 65; DEGERT: *I, p.* 161.

después de haberles preparado. La fundación del Seminario de Vaugirard. se remonta a comienzos del año 1642 y la del Seminario de Bons Enfants a febrero o marzo del mismo aflo (29); las licencias para la fundación del Seminario de Caen son de diciembre de 1642 (30); no nos íncumbe a nosotros seguir la historia de las sucesivas fundaciones de M. Olier y de San Vicente de Paúl; no podemos hacer másque remitir al lector a las numerosas obras a ellas consagradas. Unicamente las fundaciones de San Juan Eudes ocuparán nuestra atención.

§ 2

Los difíciles orígenes del Seminario de Caen quedaron expuestos en el anterior capítulo. Todavía cantaba el Santo el alegre alleluia que le inspirara su agradecimiento por la reapertura de la capilla, cuando ya otras nubes se arremolinaban en el horizonte. Rápido había de ser el paso de M. Sainte-Croix por la diócesis de Bayeux. Meses después de su nombramiento renuncié, a su obispado en manos del rey. Las esperanzas que los comienzos de su gobierno hicieron concebir se desvanecieron. La ansiedad del Santo fundador fué honda. Escuchando sólo su celo por la salvación de las almas y después de maduras reflexiones, se decide a exponer a la reina madre el estado de la diócesis vacante y la necesidad de un sucesor digno de quien tan prematuramente abandonaba su gobierno. Reproducimos íntegra esta carta. Nos muestra la respetuosa y al mismo tiempo valiente independencia de nuestro Santo ante la autoridad, y honra tanto a él como a su destinataria, ya que es capaz de escuchar semejante lenguaje:

«Señora:

Habiéndome enterado de que M. de Sainte-Croix desiste de hacerse consagrar Obispo de Bayeux, me consideraría muy culpable si no siguiera el consejo que algunos grandes siervos de Dios me han dado de hacer presente a vuestra majestad que,
(29) Cfr. PRUNEL: *art. cit., p.* 351.
(30) Cfr. *supra, p.* 83 ss. Nuestra continua utilización. de lanluy documentada y concienzuda obra de DEGERT prueba la gran estima en que la tenemos. Ello no obsta a que hagamos constar---fieles anuestro deber de' historiador-sus lamentables y manifiestas lagunas al tratar de la obra de nuestro Santo fundador. Es evidente que en cuanto concierne a San Juan Eudes. DEGERT no ha utilizado las fuentes. Especialmente ha de señalarse que no conoce las obras de COSTiL-de excepcional importancia en la ma

de tiempo inmemorial, no se realiza visita alguna por el Obispo en la diócesis de Bayeux. Esta

negligencia ha ocasionado en ella desórdenes y profanaciones mayores por su duración que las que hubieran ocasionado repetidos tránsitos de ejércitos enemigos del nombre cristiano. Esta renuncia voluntaria de un beneficio tan estimable parece advertir a vuestra majestad que Dios, que cuida del más pequeño de nuestros cabellos, no suscita cosa tan extraordinaria en estos miserables días de corrupciónen los que no se tiene escrúpulo de renunciar al beneficio de la eternidad para conseguir o conservar un bien menor que el obispado de Bayeux-, sino para dar una ocasión a vuestra majestad de hacer justicia a la sangre de su Hijo, el cual, por la efusión total que de ella hizo, adquirió el dominio y la propiedad de las almas de toda esta diócesis, con mucho mejor e incomparablemente más justo título que aquellos que compran esclavos a precio de dinero, y sobre los cuales no obstante tienen un dominio tan absoluto.

Estas Consideraciones, señora, mucho más importantes que aquellas por las que se guían las mayores monarquías del universo, piden a vuestra majestad un santo para Obispo de esta diócesis. Estáis obligada, bajo pecado mortal por el Santo Concilio de Trento, a nombrar para todos los beneficios que tienen cura de almas, no sólo a aquellos que vuestra majestad dstime dignos, es decir, santos, sino a los más dignos, es decir, a los más santos, A mayor abundancia, señora, a ello os obliga una diócesis tan necesitada como ésta de que hablo, cuyas necesidades son infinitamente mayores de lo que puedo decir a vuestra majestad. El conocimiento adquirido por los frecuentes ejercicios de las misiones que he tenido la dicha de predicar en muchos lugares y por los lamentos de las almas movidas por el celo de la gloria de Dios desde hace largos años, sobre tan deplorable motivo, junto con el vehemente deseo de ver derramarse sobre este Estado y la sagrada persona de vuestra majestad tantas bendiciones cuantas desgracias nos parece preparar el cielo justamente irritado, me han dado confianza para arrojarme a los pies de vuestra majestad en nombre de todos los habitantes de esta diócesis, aunque soy el menor y más indigno de todos, y tratar de obtener de vuestra bondad el efecto de una petición tan importante para la gloria de Dios, tan necesaria a la salvación de las almas, por las que ha entregado a su propio Hijo a la muerte y muerte de cruz, y tan capaz de colmar a vuestra majestad y a la sagrada persona de nuestro incomparable monarca, admirable don de Dios, de toda suerte de prosperidades, reparando las injurias hechas a su gloria en esta diócesis, mientras sus enemigos y los vuestros, que son los del Estado, le llenan de ultrajes que no se pueden expiar más que con las penas del infierno.

teria-mas que por las someras indicaciones que cita (1, p. 121), tomadas de la *Revue Catholique de Normandie* a propósito de Ch. de Godefroy. Tampoco conoce las *Oeuvres complétes* del P. Eudes. Su única fuente de información parece ser MARTINE.

Suplico a la divina Bondad, señora, derrame sobre vuestra

majestad la plenitud de las gracias necesarias para conduciros
a la patria celestial, etc. JUAN EUDES» (31).

El sucesor de M. de Sainte-Croix fué M. Servien, a quien la voluntad del rey trasladó a Bayeux desde Carcassone, cuya sede ocupaba desde hacía varios meses. Por carta del Santo a M. de Harlay-Champvallon, Arzobispo de Rouen, nos enteramos de «que habiendo estado en París para presentar sus respetos a Monseñor el Obispo de Bayeux, le había encontrado enteramente prevenido contra él y su Congregación, por las calumnias que se habían proferido en su presencia» (32).

Una vez más se le habían adelantado sus enemigos; y pudo preguntarse el P. Eudes si los días malos de que acababa de salir no se volverían a renovar. No obstante no se alteró su confianza en Dios, ni su abandono en su santa voluntad:

<xDoy gracias con todo mi corazón a nuestro adorabilísimo Jesús y a su amabilísima Madre por la cruz que nos place enviarnos. Este es el único tesoro de la tierra, el supremo de los verdaderos hijos de Jesús y de María, el manantial de toda bendición, la gloria y la corona, el amor y la delicia de los verdaderos cristianos. Hablo según el espíritu y no según los sentidos. Adoremos, pues, mi queridísimo hermano, bendigamos, alabemos, glorifiquemos y amemos con todo nuestro corazón a la amabilísima voluntad de nuestro Dios, que dispone de todas las cosas de la mejor manera y que sabe sacar su gloria del mismo pecado, que es el mayor de todos los males. Digamos con toda la fuerza de nuestra alma: «Bendeciré al Señor en todo tiempo. El Señor es mi fortaleza; nada temeré de los hombres». Es verdad que si el mismo Señor no construye la casa, en vano trabajan los que la quieren edificar. Pero también lo es, que, si no es,el Señor quien destruye la casa, en vano trabajan los que la quieren destruir. ¡Cúmplase ante todo la voluntad de Dios! Él es el Señor; cúmplase lo que le agrade...

En cuanto a lo demás, fortifiquémonos en el Señor y en el poder de su brazo, persuadidos que nuestro trabajo no es inútil en el Señor. ArrojemQs todas nuestras inquietudes en su seno, porque É - 1 cu;da de nosotros. No es con nosotros con quien tienen que habérselas los que se nos oponen; es con el Rey y la Reina del cielo y de la tierra que, cuando llegue el momento sabrán desbaratar todos sus designios. No obstante, es necesario hacer por nuestra parte todo cuanto podamos en los asuntos de nuestro Maestro, y permanecer tranquilos, no olvidando, ante todo, rogar mucho por aquellos de los que Dios tenga a bien servirse para castigarnos, como bienhechores nuestros* (33).
(31) Oeuvres, XI, p. 64-5. (32) BoULAY: III, P. 79. (33) Carta a M. Mesle. Oeuvres, X, p. 401-2.

~ Poniendo en práctica los consejos que daba, fué a París el Santo fundador para tratar de apaciguar personalmente a M. Servien. No lo logró. El Prelado parecía decidido a cerrar de nuevo la capilla de Caen y a confiar su Seminario a los Padres del Oratorio. No eran vanas amenazas. Ya habían empezado a realizarse en las odiosas medidas que privaban al P. Eudes de la dirección de Nuestra Señora de la Caridad.

Las prevenciones que M. Servien mantenía contra el Santo fundador no impedían a este Prelado ser muy virtuoso y de los de mayor piedad. Era garantía de que la verdad acabaría por imponerse en él.

Según Martine, apresuró este momento una circunstancia providencial: «Sucedió que una noche-nos refiere-M.
Servien apenas pudo dormir mientras le obsesionaba el pensamiento del P. Eudes. Molesto y fatigado al no poder
arrojarlo de sí, se levantó más temprano que otros días y quiso hacer oraci0n según costumbre. Siempre el mismo
pensamiento clavado en su mente, sin que hallara medio de rehuirlo, le impedía hallar reposo» (34). Cansado de luchar
hizo venir a su secretario, M. Larderat, y le comunicó la singular obsesión que le atormentaba. M. Larderat era partidario
del P. Eudes. Inmediatamente aprovechó la ocasión que le brindaba el Prelado con su confidencia, para manifestarle
respetuosamente que, quizás, el siervo de Dios no había sido tratado como merecía; que en todo caso no parecía muy
justo condénarle sin haberle oído siquiera. Después, entrando decididamente por el camino que se le abría, el abnegado
secretario defendió con calor la causa de su amigo calumniado. El Obispo se resistía a creer lo que oía y resolvió

comprobar por sí mismo el fundamento de las acusaciones contra el P. Eudes. Para ello le autorizó a que se hiciera cargo
de una misión, en una parroquia de las cercanías de Bayeux, la cual se encontraba entonces en una situación tristemente
interesante.

M. Larderat había conseguido sus fines. Sorprendemos su hábil juego en la siguiente carta dirigida a M. de La Vigne, párroco de Saint-Pierre, de Caen, con fecha 2 de marzo de 1656:

#Con especial alegría ha aceptado Monseñor la petición del P. Eudes para predicar la misión de Lingévres. Es un
golpe providencial y lo más favorable que podía haber sucedido en esta coyuntura... Se puede hacer recomendable a
Monseñor, si se resuelve a servirle con tesón, sobre lo que ya le comunicaré tocante al párroco. Monseñor ha tomado el
asunto con calor,

(34) MARTINE: I, *p.* 370 ss.

y desea que la misión comience el domingo príxinlo a más tardar... El P. Eudes la podrá comenzar ese día y, poco a poco, traer a ella a su gente en caso de que todo no estuviese preparado para dicho día. Es totalmente necesario que dé comienzo el domingo, por consideraciones que yo sé y que serán muy ventajosas al P. Eudes. Os ruego que confíe en nosotros en esta ocasión» (35).

La misión produjo los felices resultados que M. Servien esperaba. Y sobre todo disipó sus prevenciones contra el celoso misionero (36). Una prueba de ello la tenemos en las gestionesque inicia al aflo siguiente para consolidar el establecimiento del Semínario de Caen, como aparece de esta otra carta de M. Larderat al P. Eudes, escrita en París a 28 de julio de 1657:

«Mi muy reverendo Padre:

Con especial alegría me he enterado del éxito de vuestra misión de L'Etanville. Pero con mayor alegría aún pude comprobar la satisfacción de Monseñor. He recibido la orden de terminar vuestros asuntos. En ellos trabajo con tal interés que M. de Montigny os llevará el borrador a su regreso a Caen. Será sin que lo sepa, puesto que es necesario mantener la cosa en secreto, hasta que esté definitivamente acabada... *Dios* sea bendito en todo; basta tener un poco de paciencia* (37).

Las gestiones de M. Servien en favor del Seminario de Caen fueron coronadas por el éxito. En el mes de octubre concedía el rey nuevas cartas patentes (38) confirmando la,obra de M. d'Angennes; y él mismo, en un oficio de 2 de diciembre del mismo aflo, concedía oficialmente al P. Eudes la institución canónica requerida. No estudiaremos con detenimiento esta larga pieza que modifica algo la situación del Seminario de Caen (39). ¿Era que en M. Servien quedaba reminiscencias de sus perjuicios? ¿Era tal

(35) COSTIL: *Annales, 1, p.* 304.

(36) La reconciliación de Mons. Servien con el P. Eudes está expuesta *con* gran extensión y abundancia de pormenores en MARTINE, *p.* 273. Por el contrario COSTIL, siguiendo *su* costumbre de atenerse sólo a la sustancia de *los* hechos se limita a decir que el Prelado «estuvo tan satisfecho del

celo del *P.* Eudes, que se arrepintió de no haberle conocido antes, y le autorizó para predicar misiones donde juzgara más oportuno, con todos los poderes, etc. (p. 306).

(37) BOULAY: III, p. 156. M. de Montigny, de quien se habla en esta carta es el futuro Obispo de Québec, M. de Montmorency-Laval, muy adicto al P. Eudes y al que varias veces hemos de encontrar-en el curso de esta historia.

(38) BoULAY: III, p. 160. (39) *Ibid., III, p.* 163.

vez deseo de mantener su autoridad, e incluso cuestión de temperamento? El hecho es que estas cartas patentes podían parecer mucho menos liberales que las de su predecesor. El P. Eudes no creyó oportuno oponerse a las pretensiones del Prelado. Según la observación de M. Costil, <~se limitó a lo esencial: el sólido establecimiento del Seminario» (40), dejando al tiempo y a las circunstancias «cambiar... lo que era contrario en sus cláusulas al mayor bien de la Iglesia y al servicio de la diocesis, como así sucedió más tarde» (41).

La apertura del Seminario de Caen-de nuevo Seminario diocesano, en virtud de las cartas patentes de institución de M. Servien, sin dejar de ser Instituto provincial (42)-revistió una gran solemnidad. El Santo nos refiere esta ceremonia en una extensa carta, que constituye un documento de primer orden para la historia de la Congregación de Jesús y María, para la historia de los seminarios y también para su propia historia:

«... Monseñor ha extendido cartas auténticas que confirman las del rey y de M. d'Angennes, y ha hecho registrarlas en su secretariado de Bayeux, y en la escribanía de la Oficialidad de Caen y de los Documentos eclesiásticos. En virtud de lo cual ha ordenado al párroco de Saint-Julien de Caen publicarlo por todas partes, y enviar el domingo pasado avisos a todos los señores parrocos y a todos los predicadores, a fin de anunciar por doquier la confirmacion del establecimiento del Seminario de Bayeux en nuestra casa, y que la ceremonia se celebrará en nuestra capilla, el mismo día, con toda la solemnidad posible; como así se ha hecho. Por la mañana tuvimos Misa mayor, v por la tarde vísperas solemnísimas. M. de Saint-Pierre, canónigo de Bayeux, cediendo a instancias del Vicario general y mías, vino ex profeso para celebrar el oficio.

M. Larderat me había escrito, por consejo de Monseñor, que rogara predicase a M. de Brissac; pero no habiéndolo podido hacer le reemplazó el Padre Rector de los jesuitas, y pronunció un bellísimo sermón. Durante el día estuvo tan concurrida la casa, que aunque nuestra iglesia hubiese sido tan amplia como la iglesia de la abadía de Saint-Etienne, aún se hubiera llenado. ¡Bendito sea Nuestro Señor y su Santísima Madre, que son los verdaderos y únicos autores de esta obra! Pues nosotros no hemos hecho nada, ni personalmente ni por otro, para instar a Monseñor de Bayeux. Al contrario, fué instado poderosamente por una Congregación a la que estaba ligado por una particularísima amistad desde hace varios años, la cual se ha esforzado

(40) COSTIL: *Annales, 1, p.* 314.
(41) *Ibid., I, p.* 314.
(42) Título que M. de Harlay, Arzobispo de Rouen, le había concedido en 1647.

por impedirlo (43), así como también por otras varias personas que le ofrecían ventajas muy importantes para su Seminario y qu~ no omitieron nada de cuanto han podido hacer, tanto por si como por medio de sus amigos. No obstante, ha resistido personalmente a todas estas solicitaciones, y después dc.haber roto con todos los demás, ha escogido unas pobres gentes como nosotros, para

confiarnos su Seminario. *Deposuit potentes de sede et exaltavil humiles.*

Es verdad que M. Larderat y el párroco de Saint-Julien han trabajado mucho en este asunto; pero fué por las inspiraciones que Dios les dió y sin que nadie se lo hubiera pedido.

Como consecuencia de esto, penetrémonos todos nosotros de un sentimiento de profunda humildad ante tantos f avores, demos gracias a Dios por todos ellos con todo nuestro corazón y, en proporción, a la Santísima Virgen, a San José y a los santos Obispos de Bayeux...

Os aconsejo.... que os persuadáis de que, para conocer lo que Dios exige de vosotros en esta ocasión, debéis recordar que la Congregación ha sido establecida por Dios en su Iglesia, y que os ha otorgado la gracia de llamaros a ella para estos tres fines:

El primero, para daros los medios de llegar a la perfección y a la santidad conforme al estado eclesiástico.

El segundo, para trabajar en la salvación de las almas mediante las funciones del sacerdocio, que es la obra de los apóstoles, la obra de Nuestro Señor y es tan grande y tan divina que parece no puede haber otra más grande ni más divina, *divinorum divinissimuln.*

No obstante hay una que le sobrepasa: trabajar en la salvación y santificación de los eclesiásticos, lo que es salvar a los salvadores, dirigir a los directores, enseñar a los doctores, apacentar a los pastores, dar luces a aquellos que son la santificación de la Iglesia, y hacer eii la jerarquía de la Iglesia lo que los serafines y querubines hacen enla patria celestial. liste es el tercer fin por el que Dios Nuestro Señor ha querido establecer nuestra pequeña Congregación en la Iglesia, y por la que nos ha llamado usando de una misericordia incomprensible y de la que somos infinitamente indignos. Quiere poner entre nuestras manos lo que tiene de más precioso, la más ilustre porción de su Iglesia, lo que le es más querido que las niñas de sus ojos, el corazón de su cuerpo místico, es decir, los eclesiásticos. Esta es la santa familia, de la que Él quiere que tengamos cuidado y dirección.

juzgad por esto, queridos hermanos, a qué estamos obligados y cuál sea la perfección que exige de nosotros. Él quiere que los sacerdotes sean el modelo y ejemplo de los fieles, pero P-1 quiere que seamos nosotros el modelo y la regla de los sacerdotes...

Ruego a nuestro buenísimo Jesús y a su dignísima Madre que se cumplan perfectamente en nosotros sus sántos designios.

En el amor sagrado de su Santísimo Corazón, soy en verdad,
(43) Se trata de la Congregación del Oratorio. Cfr. BATTEREL en BouLAY: II, P. 80. 1 4

sin reserva y para siempre de todos y de cada uno de vosotros en particular, y os abrazo con todo respeto y afecto, mis queridísimos y muy honorables hermanos.

Vuestro indignísimo servidor,

JUAN EUDES,
Sacerdote Misionero de la Congregación de
los Seminarios de Jesús y María» (44).

A la ceremonia de inauguración del Seminario restaurado siguió, algunas semanas después, el

retiro preparatorio a la ordenación de diciembre. Los ordenandos fueron en corto número. En cambio al aflo siguiente, no habiendo tenido lugar la ordenación de las Témporas de Pentecostés, resultó mucho más imponente la de septiembre. Trescientos cincuenta ordenandos, negados de diferentes partes de Normandía, tomaron parte en ella, después de un fervoroso retiro del que salieron enteramente transformados. Fué muy profunda la edificación experimentada por el pueblo al verles desfilar en procesión por las calles de la ciudad para dirigirse a la iglesia de Saint-Jean. «Los cantos repetidos por los jóvenes clérigos eran tan piadosos, su continente tan lleno de modestia, su recogimiento tan edificante, que hicieron saltar las lágrimas a cuantos les vieron pasar. Todos colmaban de bendiciones a los Santos Misioneros que tan bien les habían preparado» (45).

M. Servien rebosaba alegría. El momento era propicio al Santo para intentar la ejecución de un proyecto sustentado desde hacía tiempo. El mismo Obispo le dió ocasión cuando, en el curso de una visita con que le honró después de la ordenación que 4Cabamos de mencionar, le hizo presente su sentimiento al verle alojado con tanta estrechez, afladiendo que sin tardanza era necesario pensar en mejorar la situación material del Seminario. El P. Eudes hacía tiempo que codiciaba un espacio de terreno situado en la plaza llamada Des Petits-Prés, que la ciudad estaba dispuesta a alquilar con la sola condición de que las construcciones que allí se levantaran mantuviesen cierta uniformidad de estilo con las que ya ocupaban los otros lados de la plaza. M. Servien aceptó los planes del Santo y realizó las gestiones con tal actividad, que el 30 de noviembre se formalizaba un contrato de alquiler entre él y la ciudad que aseguraba al P. Eudes el pleno uso del terreno sobre el que se había fijado.
(44) *Oeuvres, X,* p. 414-9.
(45) MARTINE: II, P. 15.

«El asunto de la plaza Des Petits-Prés está concluido definítivamente-informaba a sus religiosos de Coutances cuatro días después- Gracias a Dios, el contrato está hecho y firmado por todos. La mano todopoderosa de Nuestro Señor es la que ha obrado esta maravilla: *A Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris.* Ruego a todos nuestros queridos Hermanos le den gracias, como también a su Santísima Madre, y le rueguen que suscite ahora a alguien para construir, en este lugar, una iglesia en honor del Santísimo Corazón de la Madre de Dios» (46).

Esta oración fué escuchada casi inmediatamente. La Santísima Virgen se dignó ser Ella misma la fundadora de esta iglesia que había de construirse en honor de su Sagrado Corazón. Dejemos al P. Eudes referirnos las circunstancias providenciales que le permitieron realizar sus más caros deseos:

«En el año 1662-leemos en su *Memorial-un día* de sábado, víspera de la Visitación de Nuestra Señora, nos ha dado Nuestro Señor el medio de amortizar la renta de trescientas sesenta y nueve libras, quince sueldos que pagábamos a la ciudad de Caen por el terreno que -nos ha alquilado delante de nuestra casa, por mediación de un señor de París, que no quiere ser conocido ni en vida ni después de su muerte, quien por pura caridad nos ha dado, o mejor dicho, ha dado a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, la suma de diez mil libras, de las que hemos tomado cercá de ocho mil para verificar esta amortización y para pagar dos años atrasados en, el pago de dicha renta. Por esta razón, he dedicado y consagrado, este mismo día, los citados terrenos en honor del Santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen María; e hice voto a Dios, ante el Santísimo Sacramento, de escogerla para fundadora de la iglesia que en ellos deseamos y esperamos levantar en honor de este mismo Corazón y de las cosas necesarias y convenientes para nuestra Comunidad; y de no admitir nunca a ninguna persona, cualquiera que pueda ser, en calidad de fundador o fundadora. ¡Que vuestro Corazón sea bendito eternamente, María Santísima, que sois la vida, la esperanza y la alegría de nuestro corazón!» (47).

Dos aflos más tarde, el 20 de mayo de 1664, M. de Nesmond, sucesor de M. Servien, muerto en 1659, bendecía solemnemente la primera piedra de la iglesia del Seminario de Caen, dedicada al Santísimo Corazón de María. He aquí las palabras con que el siervo de Dios da cuenta de esta ceremonia en su *Memorial:*

«Aquel mismo año de 1664, el 20 de mayo, antevíspera de la Ascensión, se colocó la primera piedra de nuestra iglesia de Caen con gran solemnidad por Mme. de La Croisette, esposa de M. de La Croisette, gobernador de la ciudad de Caen, quien realizó este acto, no en su propio nombre, sino en el de nuestra divina

(46) *Oeuvres, X, p.* 421-2.
(47) *Memorial, p.* 69. *(Oeuvres, XII, p.* **121-2.)**

fundadora, la Santísima Madre de Dios, Mons. Francisco de Nesmond, Obispo de Bayeux, ofició en la ceremonia, asistido por quince oficiales eclesiásticos, y celebró de pontifical la Misa del Sagrado Corazón de la Santísima Virgen, con el introito *Gaudeamus,* el *Gloria in excelsis,* el *Credo y el Laetabunda. Fué* cantada por todo el clero de Caen que estuvo presente, porque Monseñor había ordenado a todos los señores parrocos acudir procesionalmente. Esta Misa se celebró en un altar erigido al efecto sobre el mismo lugar donde se ha de construir la iglesia. M. de La Croisette estaba presente, con los principales de la ciudad y un gran gentío. El sermón estuvo a cargo de M. Lamy, canónigo teólogo de Bayeux. Al día siguiente, 21 de mayo, víspera de la Ascensión, se dió comienzo por la tarde a la colocación de los primeros cimientos de la iglesia.*

El Santo añade estas palabras en las que se desborda su alegría y su reconocimiento: *Alleluia, alleluia, alleluia, alleluia, alleluia. Benedictum sit in aeternum Cor Mariae, Pars nostra spes gaudium, coetusque nostri gloria. Amen (48).*

Se comprende la alegría de su alma. La bendición de la primera piedra de la capilla de Caen hace epoca en su vida, en que tan raras fueron las alegrías y tan numerosas y rudas las pruebas. Esta grandiosa ceremonia, cuyo recuerdo se esfuerza por conservar con visible complacencia, corona todos sus anteriores esfuerzos; le resarce de los sufrimientos de toda clase que acompañaron la dolorosa gestación de su obra predilecta; cierra uno de los capítulos más dolorosos de su vida. Con ella termina, en suma, su misión de fundador del Seminario de Caen. Desde entonces aparece asegurado el porvenir de su Congregación y de sus seminarios de Normandía.

§ 3

Sin duda alguna se habrá podido comprobar que la historia personal del P. Eudes y la de los comienzos del Seminario de Caen se compenetran. Referir ésta, es añadir a aquélla datos reveladores, detaíles que arrojan luz sobre la cautivadora y vigorosa fisonomía moral de quien es su héroe. El estudio de sus otras fundaciónes-siendo muy interesantes en sí mismas, y como contribución a un estudio de conjunto sobre los seminarios franceses-lo es menos para su biografía. No hemos de insistir mucho sobre cada una de ellas.
(48) *Memorial, p.* 76. *(Qeuvres,* XII, p. 124-S.)

Se escalonan entre los años *1650 y 1670:* el Seminario de Coutances fué fundado en *1650,* a petición de M. Auvry; el de Lisieux en *1653,* a petición de M. Matignon; el de Rouen en *1658,* a petición de M. de Harlay, el de Evreux en *1667,* a petición de M. Maupas, y el de Rennes en *1670,* a petición de M. de la Vicuville.

Todas estas fundaciones se asemejan unas a otras. Todas tienen como punto de partida alguna de las famosas misiones que ganaban al P. Eudes la estima de los Obispos, cuyas diócesis evangelizaba con tanto fruto; la confianza respetuosa de los sacerdotes, testigos de su ar diente celo por su santificación, y la de sus ovejas y la veneración de las poblaciones que con su palabra de fuego abrasaba y renovaba.

Las misiones de Dermeville *(49)* y de Ravenoville *(50)* habían proporcionado al siervo de Dios la entrada en la diócesis de Contances. Las muchas que le había procurado la amistad de M. Cospéan y, después de su muerte, una misión que se hizo célebre predicada en Lisieux en *1653 (51),* le habían valido el Seminario de esta ciudad. En Rouen *(52)* no era el Santo menos conocido: aún se acordaban de los prodigios~ operados por su palabra apostólica. En Evreux *(53)* fué igualmente al término de una misión «en la que Dios distribuyó grandes bendiciones*, cuando M. de Maupas le propuso la dirección de su Seminario. Por ~último, cuatro meses de misión, en el curso de los cuales el P. Eudes predicó «todos los días, durante doce semanas, a un grandísimo auditorio en la catedral, con tanto vigor como si tuviera treinta años» *(54),* decidieron de su establecimiento en la capital de Bretaña.

Tampoco nos detendremos en el estudio de cada una de las cartas patentes concedidas al Santo por los diferentes Obispos que le confiaban su Seminario. Idénticas en sustancia, presentan grandes analogías en la forma. Contienen todas las cláusulas que determinan las condiciones generales de organización y funcionamiento de los establecimientos cuya existencia aseguran. Sobre todo, y en términos precisos, todas asignan como fin propio de los seminarios que establecen, da formación e instrucción de los

(49) BOULAY: III. *p.* 432 ss.
(50) *Ibid.,* II, p. 441 *ss.*
(51) *Ibid., pp.* 249 y 260; 111, *pp.* 15-17.
(52) *Ibid., 1, p.* 396; IV, *p.* 41 *ss.*
(53) *Ibid., IV, p.* 29 *ss.*
(54) *]bid., IV, p.* 141 *ss.*

sacerdotes o de aquellos que aspiran al sacerdocio*. Era perpetuar la feliz reforma emprendida por M. Olier, Sani Vicente de Paúl y San Juan Eudes: consagrar la oportuna distinción entre seminarios mayores y menores (55).

Dichos documentos, que para el Santo sirven a la vez de preciosas aprobaciones y . poderosos estímulos, abren ante su infatigable actividad el enorme campo en el que se desenvolverá a su placer. Veámosle en las diferentes fundaciones cuya responsabilidad va asumiendo sucesivamente.

La del Seminario de Coutances sobresale de todas las demás. No tuvo las contrariedades inherentes a todo comienzo. Todo salió a la medida de sus deseos. Sin ninguna oposición, nobles y plebeyos de la ciudad dan su consentimiento el 23 de enero de 1651, y después de un afio de permanencia en una casa provisional, situada en Basse-Rue, frente al monasterio de las Benedictinas, se instaló en los locales de la *Hostería de la Manzana de Oro* el 16 de diciembre de 1651. Sin pérdida de tiempo,, M. de Montaigu, que era el Superior, emprende la construcción del Seminario definitivo, que pronto debía pasar «por el más hermoso de Normandía» (56).

La bendición de la primera piedra se verificó el 3 de julio de 1652 (57). Los trabajos se prosiguieron rapidamente, gracias a los numerosos donativos. Citemos algunos de sus bienhechores insignes: además de M. de Montaigu, que en él gastó una parte considerable de su renta, MM. Hymbelot

de La Boissiére, las abadesas de la Trinidad de Caen y de Nuestra Señora de la Protección de Valognes, Sor María des Vallées (58). Por último el 4 de septiembre de 1655 se procedió a la dedicación de la capilla, «la primera-escribe el Santo fundador-que fué construída y dedicada al Santísimo Corazón de la Bienaventurada Virgen María, que no tiene sino un mismo Corazón con su Hijo amadí

(55) Detalle significativo y que confirma la observación hecha al tratar. del nombre primitivo de la Congregación de Jesús y María, es que estos seminarios los confían sus respectivos Obispos, bien como consta en las cartas patentes de los seminarios de Coutances (BoULAY: 11, p. 520, 111, p. 217) «a los sacerdotes de la Congregación del Seminario de Jesús y María», o bien «a los sacerdotes de la Congregación de los Seminarios*, según las cartas patentes de Rouen *(¡bid., III,* p. 242), Evreux *(¡bid., IV, p.* 32) y Rennes *(¡bid., IV, p.* 143).

(56) MARTINE: 1, p. 326.

(57) *Ibid., I,* p. 328, nota 1.5.

(58) *Ibid., I, p.* 328-9.

simo» (59). El monumento llevaba en su frontispicio esta inscripción: *Fulidavit eum Mater Altissimi* (60).

En Lisieux, una dificultad pasajera suscitada por dos sacerdotes de las parroquias de San Germán y de Santiago: Emery (61) y Le Févre, causó cierto apuro al P. Eudes y a sus compañeros. Dicha oposición no fué acogida por el cabildo, que ni siquiera la tomó en cuenta, ni por la ciudad. Esta última, que-se había dejado influenciar en la reunión de 5 de noviembre, la rechazó el 13 del mismo mes, y aceptó las proposiciones del P. Eudes.

La fundación del Seminario, de Lisieux creaba un precedente que, por poco que se repitiera, habría podido modificar
algo la naturaleza y organización de la Congregación de Jesús y María. El Santo asumía a la vez la dirección del
Seminario y del Colegio. Había consentido en es ' ta desviación del fin que no había cesado de perseguir con tanta
constancia y energía, sólo bajo la presión de imperiosas circunstancias y con la intención formal de no aceptar en lo
futuro ningún otro Colegio, *sine intentione ullum aliud imposterum amplectendi* (62).

Esta incorporación del Colegio de Lisieux a las obras esenciales de su Congregación, introducía en ella, a pesar de todo, una situación imprevista que le interesaba normalizar lo antes posible. El'Santo la abordó en un capítulo especial destinado a los profesores de Lisieux, que incorporó a sus *Constituciones* (63).

Es capítulo que se debe leer. Abunda en detalles psicológicos y pedagógicos muy acertados, no siendo, por lo demás, más que una especie de codificación de los consejos y de las reiteradas exhortaciones del Santo a aquellos de los suyos que se dedicaban a la importante obra de la educación. Se ve cómo se preocupa

(59) *Memorial,* p. 57. *(Oeuvres, XII,* P. 118.)

(60) Todos los biógrafos refieren las muestras visibles de protección que María concedió a cuantos trabajaron en la construcción de esta iglesia. «Había llegado a ser una creencia general entre los obreros y carreteros que trabajaban en esta construcción---dice COSTIL *(Annales, I,* p. 326)que no había que temer ningún peligro por los que trabajaban en la iglesia de Nuestra Señora, habiendo visto por expexiencia a numerosos retejadores, carpinteros, etc., salvados del peligro evidente de estrellarse contra el suelo, cosa que no se hubiera podido evitar sin un socorro extraordinario». La

capilla construída por el P. Eudes existe todavía: es la capilla del actual liceo.
(61) Alias Hémery.
(,62) Statuts et Constitutions, IX, P. 1. (Oeuvrej, IX, p. 380.)
(63) Cfr. *Oeuvres, IX, p. 14.'*

por ellos. Teme la influencia que sobre ellos pueda ejercer un medio para el que no están preparados y al que no se les había destinado desde un principio. Por eso en sus admirables cartas se esfuerza por mantenerles en el espíritu de su vocación, ejercitarles sin cesar en un olvido de sí mismo siempre mayor, e inspirarles sobre la hermosura y sublimidad de sus funciones de educad ores cristianos, miras tanto más elevadas cuanto que están más expuestos a no ver más que sus formas externas, las ventajas y los inconvenientes humanos. En la imposibilidad de citar todas las cartas, reproduciremos al menos un pasaje de una de ellas, en la que la dignidad y la misión del sacerdote educador queda aclarada:

«Jesús4 el Santísimo Corazón de María sea vuestro corazón, vuestro espíritu y vuestro sostén, en el cometido que empTendéis y en la obra que comenzáis por amor suyo en el Colgio de Lisicux; cargo importantísimo y obra de Dios y de jesucristo, puesto que atañe a la salvación de las almas. Es obra de la Madre de Dios, de los apóstoles y de los mayores santos. Es una misión de grandísima trascendencia, a la que el Hijo de Dios, soberano misionero, os envíqL y os dice: *Sicut misit me, Pater, et ego mitto* vos. Son niños a los que vais a dar esa misión, en los cuales tenéis que poner los cimientos del reino de Dios, y en quienes hay menos obstáculos ordinariamente a la gracia divina que en personas de más edad. Es a niños, que son hijos de Dios por el bautismo, que han costado la sangre del Hijo de Dios, y que fueron creados para contemplar la faz de Dios, poseerle y bendecirle eternamente;
• niños muy queridos por su Padre celestiall que les ha dado
• cada uno un príncipe de su corte para encargarse de su guarda y, en cierto modo, servirles: *Omnes sunt administratorii spiritus in ministerium miss¡ propter eos qui haeredúatem capient salutis;* en una palabra, a niños para los que Jesús tuvo grande amor y ternura, y de los que ha dicho: *sinite parvulos et nolite eos prohibere ad me venire: talium est enim reg-num caelorum...** (64).

No se exagero cuando se ha dicho que «esta carta del P. Eudes merecía estar impresa con caracteres de oro en la primera pagma de los tratados de pedagogía destinados al clero» (65).

Las negociaciones entre el P. Eudes y M. de Harlay, referentes al establecimiento del Seminario en Rouen, se llevaron activamente. Se consideraron finalizadas desde el día 30 de marzo, por cartas fundacionales (66) muy lisonjeras para el siervo de Dios, y por nuevas cartas patentes concedidas por el rey y que
(641 *Oeuvres, X, p.* 409-10. (65~ BOULAY: III, *p.* 43. (66) *Ibid., III, p.* 241.

fueron registradas en el Parlamento de Rouen el 14 de enero siguiente (67). Con todo, como medida de prudencia, toda a tramitación se había mantenido en secreto. Así se pensaba eliminar las inevitables objeciones. ¿Fué traicionado el secreto? También es ahora uno de los amigos del Santo, M. de La MotteLambert, quien se cree en el deber de advertirle por caridad que parecía prepararse un ataque por parte de sus adversarios:

«Desde vuestra partida-le decía-, Monseñor el Obispo de Aulone y M. Duiour han hablado mucho a nuestro Arzobispo del pretendido Seminario de San Patricio. Como este Prelado no piensa mas que en mantener lo que ha kirmado, dió aviso a los de nuestro partido, indicándoles que todavía era

necesario mantener secreto este asunto y terminar cuanto antes con lo que falta.

Esto es lo que me mueve a enviaros el modelo de las cartas patentes, que remitiría lo más pronto posible a vuestro hermano (68), quien tendrá sin duda bastante influencia para hacerlas sellar extraordinariamente. Le advertiréis que,es necesario, antes de enviarlas aquí, hacerlas firmar por un secretario de Estado. Pensad bien si sería conveniente obtener una carta sellada de M. de Longueville. No hay ningún inconveniente en que M. Blouet vaya de tiempo en tiempo a instar a M. de Mézeray, para acelerar la expedición de las cartas patentes antes de que nuestros misterios sean descubiertos, pues si mucho no me engano, van a levantar un gran revuelo. No tardéis en ir a París, y prepararos para venir aquí dentro de poco a combatir. Yo me ofrezco a ayudaros y a atestiguaros, en toda ocasión, que soy, etc.» (69).

M. de La Motte-Lambert había visto claro: «Levantaría un gran revuelo». Los adversarios del Santo tenían a su frente un hombre, con quien la historia tiene el derecho y el deber de ser severa, M. Dufour, cura de Aulnay. A despecho de sus negativas (70), se puede creer que fué un franco jansenista. En todo caso tenía los peores defectos del sectario. Estrechez de espíritu, parcialidad ciega, obstrucción del sentido moral, y no le faltaba ninguno de los defectos que privan a un hombre de todo crédito. «En resumen-ha podido escribir Souriau-, el cura de Aulnay es interesado, rencoro so, apasionado, violento, falto de delicadeza y al mismo tiempo demasiado prudente; para escribir un libelo no se abstiene de ninguna habilidad, incluso fraudulenta* (71).

Este hombre es el indicado para agrupar todas las fuerzas
(67) BoULAY, *III, p. 245.*
(68) Meizeray.
(69) 13OULAY: *III, p. 247.*
(70) SOURIAU: *Le mysticisme en Normandie, p. 4-01.*
(71) Ibid., p. 404.

jansenistas de Rouen contra el P. Eudes que se había convertido para la secta en un enemigo declarado, como tendremos ocasión de ver en uno de los siguientes capítulos.

Digamos de paso que, por vocación, el Santo elegido por Dios para ser el primero en revelar al mundo las ternuras e
infinitas misericordias de su Sagrado Corazón, por necesidad tenía que estar en contradiccion con los campeones de las
tétricas y desesperantes doctrinas del jansenismo. Su primer encuentro fué duro. Los nombres y las personas
desaparecen tras las ideas que en él se enfrentan en una lucha sin cuartel. 1

Hicieron, pues , todo cuanto estuvo de su mano para impedir que el P. Eudes asumiera la dirección del Seminario de Rouen. El cabildo abrió el fuego. Hizo tantas gestiones, pues se creía perjudicado en sus derechos. Memorias, diligencias, súplicas de toda clase: nada se omitió para asegurar la exclusión del siervo de Dios (72). Por su parte, los sacerdotes de la ciudad, excitados bajo cuerda por M. de Aulnay, se solidarizaron con los canónigos. Sus manejos no conocieron límite. júzguese por el resumen que Martine nos ha dejado sobre sus ataques: «Hacían presente al Prelado que perdía todo introduciendo al P. Eudes en la ciudad de Rouen; que era poner en ella una piedra, de escándalo, un agitador, un enredador, capaz de arruinar la paz y la unión de todo el clero; que este fugado del Oratorio estaba lleno de orgullo, que no respiraba más que venganza y rebelión; que enredaba todos los negocios en que se metía, llevando su descaro hasta acusar a Comunidades enteras de ser heréticas, cuando él mismo estaba tan justamente desacreditado por su conducta completamente

opuesta a la jerarquía de la Iglesia, por sus ilusiones, por sus máximas extravagantes y por todos esos libritos llenos de doctrina vana, inútil y supersticiosa de que es autor. ¿No era, en suma, significativo el que en Coutances se hubiera atraído el odio general por la audacia de sus ititrigas? ¿Pues entonces, no era muy de temer que sembrara la discordia en la diócesis de Rouen?» (73).

El Arzobispo y el P. Eudes hicieron frente a la tempestad. M. de Harlay solicitó y obtuvo nuevas cartas patentes en abril de **1658 (74).** El 9 de noviembre, amigos del siervo de Dios, adqui

(72) FARON: *Contribution '¿I l'histoire du jansenismo en Normandie,* en BONNENFANT: *loc. cit., p.* 163.
(73) MARTINE: II, P. 20.
(74)BOULAY: III, *pp.* 245, 253.

rían, en su nombre, una casa situada en la parroquia de San Viviano (75).

Habiéndose vencido los últimos obstáculos, se procedió con gran solemnidad a la apertura del Seminario el día 15 de febrero de 1659. El Santo comunicaba la noticia a M. du P¿nt en estos términos:

, «Después de muchas Idificultades e impedimentos, no por por parte del mundo, sino por parte de nuestros amigos, se ha verificado la apertura del Seniinario de Rouen el domingo pasado, en la octava del Santísimo Corazón de nuestra Madre, con gran solemnidad y alegría de todos nuestros Hermanos y amigos que, después de estar divididos sobre este particular, se han reunido de manera admirable, como así me lo escribe M. Manchen, de forma que, todo ha vuelto a la paz. Ayudadnos a dar gracias por ello a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, a todos los ángeles y santos, y pedid a Dios que perdone a todos los que se han opuesto; que bendiga a los que han contribuído, especialmente a M. de La Boissiére (76), a quien, después de Dios y de nuestros amigos del cielo, estamos plenamente obligados en este asunto, habiendo trabajado en ello duránte nueve meses' con un celo, una paciencia y una perseverancia verdaderamente maravillosas» (77).

Estaba fundado un Seminario más. Desde el principio respondió a las esperanzas de quienes tanto habían trabajado por esta~ blecerlo. 'M. de Harlay fué el primero en testimoniar su viva satisfacción, como nos lo dice el mismo siervo de Dios en una carta a M. de Camilly:

(75) Transcribimos gustosos el artículo 54 del *Memorial,* en que el Santo conserva *los* nombres de quienes le ayudaron en esta fundación: «En Rouen, el establecimiento de una casa lo decidió y firmó el Arzobispo en 1659; debido a *los* cuidados y a la caridad de M. de la Motte-Lambert, de M. Mollet, Vicario general; de M. Ormonville y de M. Fermanel, sacerdote, hijo del recaudador M. Fermanel, y de M. Cornier». *(Oeuvres, XII, p.* 117.) El nombre de los Fermanel transcrito aquí por San Juan Eudes, se encuentra años *más* tarde en un manuscrito relativo a una fundación de Misa conservado en el archivo de las Misiones Extranjeras de París (11, p. 141). En él se muestran *los* Fermanel fieles a la simpatía que desde *sus* orígenes manifestaron al Seminario de Rouen. En efecto, en el artículo 4.' del contrato estipulado ante Carnot el 30 de agosto de 1676 por M. Lucas Fermanel, Superior del Seminario (de Misiones Extranjeras) y Mme. Margarita Fanvel, su prima, «se establece que si el dicho Seminario dej are de existir la misma fundación se transferiría al Seminario arzobispal de Rouen de la Congregación del P. Eudes...*

(76) M. de la Motte-Lambert, que siendo Consejero del Parlamento se hizo sacerdote, y llegó a ser más tarde Obispo de Berito.
(77) *Oeuvres, X, p.* 426.

«Monseñor está tan satisfecho, que no se cansa de decirlo y repetirlo a todo el mundo y por

todas partes donde va, y de publicar lo contento que se encuentra con su Seminario» *(78).*

Estos felices resultados compensaban todas las preocupaciones y todos los desvelos que durante mucho tiempo acarreó al siervo de Dios el Seminario de Rouen, y cuyas huellas encontramos en su correspondencia. CQn gran sentimiento nos vemos en la necesidad de elegir entre todas las cartas, que por este tiempo dirigió a M. Manchon para animarle a soportar con tesón y confianza las pruebas que le acosaban. Le escribía en 1659:

«Pienso continuamente en las necesidades de vuestra casa, pero no puedo dudar que nuestro buenísimo Padre y admirable Madre no hagan patente su bondad en esta necesidad apremiante. No, no, no, mi queridísimo hermano, no abandonarán a sus pobres, hijos, aunque muy indignos y muy infieles. Antes se trastornarían cielo y tierra. ¿Qué sería de esta divina palabra: *Qui dat escam omni cami, quoniam bónus, quoníam in saeculum misericordia eius ... ?*

¿El que distribuye sus bienes a tantos turcos, tantos blasfemos, tantos impíos, tantos ateos, abandon Ía a sus propios y verdaderos hijos? ¡Es imposible! ¡Es imposible! Sólo hemos de temer una cosa, que es la de temer demasiado y no tener bastante confianza.

La necesidad es urgente, pero espero que el socorro no esté lejano. Por mi parte no omito ningún cuidado ni ninguna diligencia de todo cuanto puedo hacer razonablemente por este asunto, pero gracias a Dios, sin apremio, sin inquietud y sin ningún apoyo en todo lo que hago. Haced otro tanto por vuestra parte ... * (79*).*

Citemos otra carta al administrador de la casa en apuro:

#Si mirase humanamente todo, lo que me escribís sobre la necesidad de vuestra casa de Rouen, me causaría mucha pena; pero lo miro en el orden de Dios que dispone todas las cosas de la mejor manera posible. Su conducta ordinaria es fundar sus Obras sobre la pequeñez, la abyección, la pobreza y la nada. *Contemptibilia el infirma elegit, el ea quac non sunt, ut confundat fortia el ea quae sunt.*

Esto, sin embargo, no quita que sea necesario hacer por nuestra parte todo cuanto podamos, porque P-1 as' lo quiere. Pero guardémonos mucho de perder la confianza ni dejarnos llevar por la desconfianza, pues ata las manos de la divina Bondad. *Confortemur in Domino, el in potentia virtutis eius, el in magnitudine bonitatis ipsius. Si* tiene cuidado de los cabellos de nuestra cabeza, cuánto más de otras cosas mucho más impor

(78) Oeuvres, X, p. 437. (79) Oeuvrel, X, p. 428-9.

tantes. Cuidaos sólo de agradarle, cumplid fielmente lo que pida de nosotros y Él cuidará de todo lo que nos es necesario y conveniente» *(80).*

Nada parecía entorpecer en un principio la fundación del Seminario de Evreu.x. Decidida entre M. de Maupas y el Santo en el curso de una misión que terminó el 9 de enero de 1667, comenzaba a ejecutarse el 12 del mismo mes, con la compra «de una casa que comprendía dos cuerpos y un jardín de un medio acre» (81). El día 14 ya estaban publicadas las cartas fundacionales (82). Muy elogiosas para el P. Eudes y sus asociados, contenían diversas facultades relativas al ministerio que desempeñarían en la diócesis y ciertos privilegios concedidos a su Congregación (83).

En Evreux, como en todas partes, las almas generosas se intere8aron por el naciente

Seminario. «Por una escritura con fecha de 27 de enero de 1667, un vecino de Rouen, Ricardo Le Quen, dona al Seminario cuanto posee en Aulnay. Claudio de Villiers donó el órgano de la capilla, qut fué entonces la única de la Congregacion en poseerlo. M. de Maupas, queriendo contribuir con todo su poder a la subsistencia y mantenimiento de los sacerdotes del Seminario, concede una suma anual de 1.500 libras. Pero la generosidad del Prelado aumenta: hace inscribir 2.000 en lugar de 1.500, realizándose el acta ante los notarios reales el día 30 de abril* (84).

Al año siguiente, M. Ledoux de Melleville, cedía en favor del Seminario su priorato del Desierto, con una renta de 1.400 a 1.500 libras anuales; si bien es verdad que la unión de este beneficio a su nuevo titular no se hizo efectiva hasta 1674. En adelante M. ~ de Melleville testimonió una gran solicitud por esta casa, de la que M. Maupas le había declarado oficialmente fundador (85).

Como en otras partes, fué necesario vencer una ligera oposición de parte de los vecinos de la ciudad (86). Pero fué insignificante, y el 15 de junio de 1667 era declarado de utilidad pública el establecimiento del Seminario. En consecuencia se estableció en los edificios adquiridos anteriormente por M. de Maupas, así como en dos casas contiguas alquiladas el 22 de diciembre de 1667

(80) Oeuvres, X, p. 430.
(81) Archivos del Eure, G. 153 en BONNENFANT: 10C. Cit., p. 175.
(82) Texto en BOULAY: IV, p. 31.
(83) BONNENFANT: loc. cit., p. 175.
(84) *Ibid.*
(85) *Ibid., p. 177.*
(86) *Ibid., p.* 316.

al sargento Francisco Masson (87). El Obispo facilitó los primeros muebles y el dinero necesario para comenzar los trabajos de distribución.

La gran benevolencia deí Prelado para con los sacerdotes a quienes había confiado la formación de su clero, no se enfrió con el tiempo. Hasta el último momento---como hemos de ver más adelante- atendió a sus intereses, defendió su causa y no les escatimó las pruebas de su simpatía (88).

El gran apoyo que el Santo fundador encontraba en M. de Maupas le fué sumamente precioso, puesto que la paz que en un principio había favorecido su empresa en Evreux no duró mucho. Hubo de debatirse, también, en miserables pleitos de dinero que le enfrentaron con el cabildo, los párrocos, los prio~es y los clérigos de la diócesis. Ya sabemos que nuestro Santo-no en balde era de Normandía- sabía tratar esta clase de negocios con los mismos medios que se eligieran. Defendió los derechos de los suyos y las sucesivas sentencias reales que obtuvo le dieron el triunfo del pleito * (89).

Los comienzos del Seminario de Rennes apenas nos detendrán. Se instituyó oficialmente por M. de la Vicuville, y en el mismo día el P. Eudes y sus compañeros firmaron el acta de la fundación:

«Nosotros, Juan Eudes, sacerdote Superior de la Congregación de los Semiigarios establecidos en Caen y en otras ciudades; Juan Jacobo Blouct, Jacobo Yon, Nicolás Queshy, Roberto Guillermo de Bauquemare, sacerdotes todos de la citada Congregación, declaramos con el mayor respeto y reconocimiento, que aceptamos la gracia que Monseñor ha tenido a bien hacernos al confiarnos el gobierno y dirección de su Seminario y de todo cuanto se indica en esta acta-la carta fundacional-y que nos obligamos por nosotros y por todos los demás sacerdotes de la citada Congregación a todo lo que consta en esta acta* (90).

(87) BONNENFANT: 10C. Cit., P. 176.

(88) En la *Vie de M. Henri-Marie Boudon,* escrita por COLLET (París, 1753; 1, p. 206-7), se lee quq M. Boudon «habría querido hacer algo mejor, es decir, establecer un seminario en el mismo Evreux como le había aconsejado M. Bourdoise. No se lo permitieron las circunstancias. Esta gran empresa no fué ejecutada hasta el pontificado de M. de Maupas. El Prelado la costeó y el pobre M. Boudon sólo pudo contribuir con sus súplicas. Este Seminario fué confiado a los hijos del célebre M. Eudes: allí como en otras partes, ellos brillan sin fasto y edifican sin afectaciów.
(89) BONNENFANT, pp. 307, 310.
(90) BOULAY: IV, p. 146.

Esta fundación, la última en que tomó parte el Santo, se realizó en condiciones muy favorables. Los habitantes de Rennes que todavía se hallaban bajo la influencia de una misión que les había conmovido profundamente facilitaron en abundancia los objetos necesarios para el mobilia~io del Seminario y ornamentación -de la capilla. Además sabemos que los Estados de Bretaña concedieron en 1671 un subsidio de 4.000 libras destinadas a sufragar los primeros. gastos de este establecimiento.

§ 4

Este rápido resumen histórico sobre los diferentes seminarios fundados por el P. Eudes exige un complemento obligado. Penetremos al interior de las instituciones que trazó según un plan bien definido y a las que comunicó un espíritu en relación con el fin que les asignaba y cuyo régimen interior reglamentó con el cuidado minucioso en él acostumbrado. Recordaremos breveM ente los puntos de vista del Santo fundador sobre la organizacion general de sus seminarios.

«Sus puertas estarán abiertas---escribe en el capítulo de las *Constituciones* que trata de los seminarios-a toda clase de eclesiásticos, y a los que aspiren al sacerdocio, de cualquier condición que sean... que a ellos vayan, para asistir solamente a las conferencias y pláticas espirituales u otros ejercicios que en ellos se realicen sin querer permanecer en la casa; o para hacer en- ella un retiro de varios días; o para permanecer por mayor espacio de tiempo, a fin de hacerse holgadamente con las costumbres y virtudes que son necesarias a los eclesiásticos y aprender * ejercer con santidad todos los ministerios clericales....

No se admitirán en ellos a pe rsonas que estudien Humanidades * Filosofía, excepto los internos del Colegio ... » (91).

Así estamos informados sobre «a quiénes se recibirá en el Seminario». San Juan Eudes coincide 'plenamente con San Vicente de Paúl y M. Olier. Como ellos, rompe con la interpretacion rigurosa que fué, durante mucho tiempo, la interpretación tradicional ,del decreto tridentino. También cierra como ellos la puerta del

(91) *Statuis et Canstitutions, VII, 1. (Oeuvres, IX,* Pp. 341 y 344.) Se refiere al Colegio de Lisieux. Hallándose contiguo al Seminario en éste se alojaban sus pensionistas.

Seminario a los estudiantes de Letras y de Humanidades, incluso hasta de Filosofía, consagrando así, con anticipación, la distinción oportuna que los siglos debían introducir y sancionar entre seminarios mayores y menores (92).

También podemos ver en los dos textos citados, la diferencia entre los seminarios del siglo xvii y nuestros seminarios modernos. ~stos tienen resueltas para siempre y de manera uniforme las

cuestiones relativas a la obligación, duración, condiciones de estancia de los clérigos y de los aspirantes al sacerdocio en el Seminario. Aquéllos siguen siendo a la vez seminarios para los retiros preparatorios a las órdenes, seminarios de ordenandos, casa de retiro sacerdotal.

Son conocidas las discusiones suscitadas a propósito del decreto tridentino sobre la aptitud o no aptitud canónica de los regulares para la dirección de seminarios. Estas discusiones prosiguen en nuestros días, oponiendo a espíritus selectos y muy estimables, como Mons. Many, el P. Brucker, Degert, de una parte, y Pignatelli, JSian de Juan, Lucid¡, Bargilliat, Buballet y Michelleti, de otra. Estos se pronuncian por el principio de dirección secular, y aquéllos reclaman en favor de los Obispos la mayor libertad en la elección de los rectores de sus seminarios (93).

No es nuestra intención decidir el litigio. Quisiéramos recordar la solución original-verdadera vía media-que le dió el P. Eudes (94). Las *Constituciones de* su Sociedad, y las cartas patentes que solicitó y recibió de los Obispos indican por su parte una verdadera preocupación-que lo era también de los Prelados con quienes hubo de tratar-por mantener intactos los derechos del episcopado sobre las casas de formación sacerdotal y, al mismo tiempo, de asegurar a éstas una cierta estabilidad, homogeneidad, cierto nivel en su personal directivo. Esta doble preocupación inspiró la fundación y organización de la Congregación de Jesús y María (95).

La discusión sobre los derechos de los regulares en la materia

(92) Cfr. CH. LEBRUN en *Oeuvres, IX, p.* 43-4. *Le Bienhereux Jean Eudes, les Eudistes et l'oeuvre des Retraites* en *Les SS. Coeurs de jésus et Marie, p.* 36 (1915), 69. Citamos este trabajo según *su* texto definitivo. Anteriormente apareció formando parte de la *Bibliothique des Exercices de Saint-Ignace,* dirigida por el P. WATRIGANT (n.' 56).

(93) BONNENFANT: *loc. cit., p.* 358.

(94) Esta solución no es exclusiva del P. Eudes. M. Olier y San Vicente de Paúl la adoptaron igualmente en la organización de las Sociedades por ellos fundadas, siguiendo en esto el ejemplo del Cardenal de Bérulle.

(95) Cfr. *supra, p. 127.*

seguía en pie. Los nacientes seminarios se beneficiarían de las ventajas incontestables que les ofrecía una Comunidad'sacerdotal creada para su ayuda.

¿Se quiere conocer ahora el pensamiento del Santo fundador en lo tocante a la naturaleza de estos seminarios de los que fué caluroso promotor?

«No hay nada más importante-escribe en *sus Constituciones* ni más útil que los seminarios eclesiásticos que son academias y escuelas santas, en las que se dedican a formar, instruir y ejercitar a aquellos que aspiran al estado sacerdotal o que ya le han alcanzado, en la vida celestial que están obligados a profesar y en la forma de desempeñar santa y convenientemente todas las funciones clericales* (96).

Este texto acusa el carácter, ante todo práctico, de los seminarios tal como, el Santo los ha concebido y realizado. Más tarde, en el curso de su evolución, incluirán en su programa todo lo que interese a la formación profesional de los clérigos. El programa que les traza el P. Eudes es más restringido. Les exige el formar, el instruir y el ejercitar a los aspirantes al sacerdocio e incluso a aquellos que ya están revestidos de él.

Formarles, en primer lugar, «en la piedad, en la virtud, en la perfección que deben tener

todos los eclesiásticos» (97); y en el capítulo de sUs *Constituciones,* al que nos remitimos, indica los medios por los que esta formación adquirirá toda la solidez y amplitud requeridas.

Instruirles en las siguientes materias: Teología moral, Ceremonias, Canto llano, Predicación y Sagradas Escrituras. Sin embargo no se limitan a esto las aspiraciones del Santo, pues añade en sus *Constituciones:* «Además de estas seis cosas, cuando quiera Dios dar a la Congregación bastantes miembros para vacar a todos estos empleos, se podrán dar lecciones y conferencias, mantener controversias sobre la Historia eclesiástica y la Teología escolástica, pero sin, perjuicio de los anteriores ejercicios, que son los más necesarios y que deben ser preferidos a todos los demás» (9 8) En consecuencia, se ve que el Santo había entrevisto y deseado para sus seminarios la plenitud que les procuraba la ensefianza completa de todas las ciencias eclesiásticas. Dejó a la Providencia el cuidado de atenderla.

(96) Statuts et Constitutions, VII, introducción. (Oe-uvres, IX, p. 340.)

(97) *Ibid., VII, p. 2.* (Oeuvres, IX, p. 347.)

(98) *Ibid., VII, p. 2.* (Oeuvres, IX, p. 349-50.) *1 4 0 -* UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

Por último, pide a los seminarios ejercitar a quienes a ellos acudan en la práctica de los diferentes ministerios de su orden y de los medios de perfección, sacerdotal. También multiplicará a'este efecto las repeticiones de ceremonias, los casos de conciencia, ciertos ejercicios bien determinados: oración, frecuencia de sacramentos, lectura espiritual, rosario, oficio, catecismo... (99); prácticas destinadas todas a preparar de forma inmediata a los seminaristas para responder a las exigencias de su santa vocación.

En nuestros días podrá parecer este programa de Seminario demasiado estrecho y sin.,gian originalidad. Hace dos siglos
era nuevo. Entonces tenía su mérito y dió pruebas de sí. En todo caso, basta para dar a su autor un puesto de honor entre
los promotores de la bienhechora reforma que dotó a la Iglesia de Francia en el siglo xvii de seminarios que respondían a
las prescripciones del Concilio de Trento y a las necesidades de la formación sacerdotal- (100).
1
1 1

Apóstol del clero.

La fundación y organización de los seminarios aseguraba, al menos en calidad, el reclutamiento del sacerdocio., Mas no se limitó * esto el celo del P. Eudes por la casa de Dios. Bien por la palabra * por la pluma, por los retiros eclesiásticos que predicó, como por las numerosas y sólidas obras que éómpuso, se constituyó en apóstol de este clero, en el cual había emprendido la obra de hacer reflorecer las virtudes y la perfección del Supremo Sacerdote. Sigámosle en este nuevo campo de acción.

(99) Statuls et Constitutions, VII, 2 y 4. (Oeuvres, IX, pp. 347-51, 353-60.)

(100) El lector puede juzgar de la parte y niéritos respectivos que conviene atribuir a *M.* Olier, a , Sa , n Vicente de Paffl y a San Juan Eudes, en la fundación de los seminarios por el siguiente cuadro sincrónico: 1

Fundaciones de M. Olier	Fundaciones de San Vicente de Paffl	Fundaciones de San Juan Eudes
Saint-Suipice, diciembre 1641	De Bons-Enfants	1642 Caen - - - - - - - - - - - - '* - 1 6 4 3

- - enero. . . .	1642	Cahors y Saintes	1643	Coutances	1650
Nantes	1649	Le Mans y Saint-Méen .	1645	Lisieux ...	1653
Viviers	1650	Agen y Tréguier	1648	Rouen .	1657
Le Puy	1652	Montauban .	1662	Evreux	1667
Ciermont .	1655~	Agde	1664	Rennes .	1670

«En un principio scribe el P. Lebrun (101)-los ordenandos pasaban muy poco tiempo en los seminarios. Por lo general se contentaban con ejercicios de diez días. Era muy poco. El P. Eudes deseaba que los Obispos exigieran más tiempo, sobre todo antes de recibir el subdiaconado.*

«Se suplicará humildemente a los reverendos Prelados-dice el Santo en sus *Constituciones- que obliguen* a los que vayan

• recibir la tonsura y las órdenes menores y a aquellos que van

• ser promovidos a las santas órdenes del diaconado o sacerdocio,

• hacer antes un retiro en el Seminario durante el tiempo conveniente, a fin de que conozcan qué son estas órdenes, en qué consisten, quién las ha instituido, cuáles son sus efectos, cuáles sus ministerios y oficios, quiénes deben ser los que las reciban, cuáles las disposiciones con las que se deben recibir; y que, por medio de estos conocimientos, se preparen en la forma debida para recibir este Sacramento dignamente, para ejercer después

con santidad sus funciones y para llevar una vida conforme a la santidad de su ministerio.

En cuanto a aquellos que van a recibir el orden santo del subdiaconado-añade el P. Eudes-se suplicará a los reverendos Prelados les obliguen antes de ligarse plenamente en el estado eclesiástico por la recepción de este Sacramento, a permanecer un tiempo más considerable en el Seminario» *(102)~*

Las dificultades inherentes a una fundación, y con posterioridad, la tenaz oposición de M. Molé, Obispo de Bayeux, impidieron al P. Eudes establecer desde un principio en el Seminario de Caen retiros comunes para los ordenandos.

«Hasta 1657-dice el cronista de la Congregación 1 Seminario de Caen no había tenido tiempo fijo para instruir a los jóvenes eclesiásticos, ni éstos orden alguna de presentarse allí. Los que habían entrado cuando ocupaba la sede M. d'Angennes y, muerto él, M. Molé, lo habían hecho a impulsos de su piedad. También se ve, por las memorias de aquel tiempo, que venían a él tantos o más sacerdotes que ordenandos y, entre los primeros, los había de las diócesis vecinas, como de Coutances, de Lisieux, de Séez,

Estos tres santos sacerd Í otes han desempeñado en la historia religiosa del siglo xvii un papel idéntico con notable
simultaneidad y semejanza de miras. Merecen los tres, *par¡ gradu,* el reconocimiento y admiración del clero francés, del que serán
siempre gloriosos modelos, después de haber sido sus reformadores y sus apóstoles. .

(101) LEBRUN: *Le bienhereux Jean Eudes, les Eudistes et l'oeuvre des Retraites* en *Les SS. Coeurs de jésus et Marie, p. 36 (1915), 70.* Todos los hechos que referimos, los documentos que citamos, incluso nuestro texto, en lo que concierne a los retiros sacerdotales de San Ju" Eudes, están tomados de este estudio, al que nos remitimos de una vez para todas.
(102)Statuts et Constitutions, VII, 1. (Oeuvres, IX, p. 342-3.)

de Evreux, que venían expresamente a Caen al carecer sus diócesis de Seminario: unos para renovarse en el espíritu de su santa vocación durante una semana, un mes y aun más tiempo; otros para prepararse, a su primera Misa; éstos para formarse en la práctica de las ceremonias ry en el rezo de su breviario ... ; aquéllos para aprender a administrar bien los Sacramentos, y la manera de explicar el catecismo y otras instrucciones parroquiales (103).

»La creccción del Seminario e Instituto diocesano por M. Servien el 2 de diciembre de 1657, cambió el estado de cosas. Se organizó un retiro de ordenación para las,témporas que siguieron y tomaron parte en él diecinueve ordenandos... (104).

»... En los restantes seminarios fundados por el, P. Eudes los retiros de ordenandos comenzaron desde la fundación, o muy poco después y obtuvieron idénticos resultados que en Caen. El mismo Santo los dirigía cuando le era posible. Por esto te vemos en diciembre de'1659 dirigir una exhortación diaria a los ordenandos del Seminario de Rouen.»

«Sornos-escribía el 17 de aquel mes a M. Blouet de Camillycerca de cien personas en esta casa, entre las que se cuentan bastantes ordenandos y varios pensionistas, lo que nos causa gran satisfacción por la gracia de Nuestro Señor, pues en su mayor parte son muy dóciles y modestos. Mañana se irán los ordenandos. Les he dirigido una exhortación todos los días; espero que con ello Dios haya sido glorificado» (105).

«En las'témporas de Cuaresma de 1660 predicó los ejercicios de los ordenandos en el Seminario de Rouen, y en estos términos anuncia su éxito a M. Blouet de Camilly:

«Hemos tenido una gran satisfacción por parte de los ordenandos que eran en número de ciento veinte. Dios ha dado con ello una bendición extraordinaria. El señor Arzobispo ordenó que les Illevásemos procesionalmente el sábado, día de la ordenación, a la iglesia de Nuestra Señora, donde les confirió las Sagradas Ordenes, y después regresaron como habían ido, pero con tanta modestia, tanta piedad y recogimiento, lo mismo al ir que al volver, y durante todo el tiempo de la ordenación, que todo el mundo dice que no podía verse mayor en los religiosos más mortificados. Esto produjo una gran edificación en todos cuantos lo presenciaron ... * (106).

(103) COSTIL: *Annales, I,* p. 317.
(104) MARTME: II, P. 14.
(195) BoULAY: III, p. 278. -
(106) *Ibid., III, p.* 279.

Para mantener y renovar el fervor de su ordenación en los sacerdotes que él mismo había> - preparado al sacerdocio, el siervo de Dios se esforzaba por encontrarles posteriormente en las reuniones que organizaba a este efecto, en el curso de sus misiones, esperando poder inducirles a la saludable práctica de los retiros privados o generales para sacerdotes.

El P. Eudes consideraba los ejercicios espirituales como uno de los medios de mayor eficacia

para mantener a los sacerdotes en la piedad y en el espíritu de su vocación. Por eso, en su *Menwrial de la vida eclesiástica,* les invita «a tener todos los años un retiro de ocho o diez días, imitando a Cristo, el cual antes de comenzar a predicar permaneció por espacio de cuarenta días en el desierto, y que durante el tiempo de su predicación se retiraba solo a las montañas para allí orar; como también a ejemplo de sus santos Apóstoles y discípulos, que se retiraron y aislaron durante diez días, para emplearlos por entero en la oración y para prepararse a la venida del Espíritu Santo, del que debían estar animados para anunciar el Evangelio y trabajar en la salvación de las almas» (107).

El Santo fué más lejos todavía. Recomendó a sus hijos insistieran ante los Obispos para que impusiesen a los sacerdotes la práctica del re~~iro anual (108).

Además ya hemos visto cómo-preconizando así el.establecimiento de los retiros sacerdotales públicos-desde el afío 1641, tomó la costumbre de reunir en sus misiones una o dos veces a la semana a los eclesiásticos de la región para dedicarle conferencias especiales sobre las obligaciones de `su estado. Estas conferencias produjeron un bien inmenso. Todos los contemporáneos lo atestiguan unánimemente. Permítasenos citar algunas pruebas.

Veamos, en primer lugar, un testimonio de M. Le Pileur, Vicario general de Coutances, expedido al P. Eudes el 3 de septiembre de 1643:

«Habiendo conocido por una experiencia de quince años, durante los cuales predicó misiones en diversas diócesis, que se trabaja en vano por reformar el pueblo si no se comienza por reformar al clero, a esta obra se dedica el P. Eudes en cada misión. En ellas convoca aparte a los sacerdotes, que tengan o no cura de almas, y les instruye cuidadosamente en su deberes. Hasta el presente lo ha hecho con tanto celo, tanta intensidad,

(107) Le mémorial de la vie ecclésiastique, Il, 34. (Oeuvres, III, p. 48.)
(108)Statuts et Constitutions, VII, 1. (Oeuvres, IX, p. 434.)

tanta eficacia que, a pesar del corto número de sus exhortaciones, todos los clérigos, en cada estación, parecen enteramente cambiados* (109).

M. d'Angennes, Obispo de Bayeux, emplea idéntico lenguaje en una súplica dirigida al Papa Urbano VII en favor del Santo:

«Sobre todo son, los sacerdotes y aspirantes al sacerdocio quienes sacan provecho de sus misiones. Pues les fija días, horas y lugar donde los reúne por separado del pueblo. Allí les ínstruye en sus deberes, les enseña las ceremonias sagradas, los ministerios de cada orden clerical, la forma prescFita para la administración de los Sacramento*s» (110).

El mismo Santo en la demanda que en el año 1645 dirigié a la Asamblea del Clero, incluye las conferencias a los sacerdotes entre los ejercicios de mayor fruto de sus misiones. Una de las ocupaciones de los sacerdotes del Seminario de Caen es-dice él mismo-: «Entregarse a las misiones que producen grandes frutos, extraordinarias conversiones de pecadores públicos_ e incluso herejes pacificaciones y concordias en gran número de querellas entre familias enteras y procesos, y afluencia de eclesiásticos, párrocos y otros, hasta doscientos o'trescientos, a las conferencias a ellos dedicadas* (111).

Citemos este otro pasaje de una súplica del P. Eudes a Inocencio X:

«Y porque una larga experiencia le ha enseñado que la corrupción del pueblo proviene, al menos en

gran parte, de las costumbres de los malos sacerdotes, sobre todo de los confesores, hace varios años que se dedica en el curso de la misión a convocar en días determinados y, aparte de los seglares, a los sacerdotes, párrocos o no,. y a instruirles en su oficio con toda la intensidad posible. Este plan le ha sido inspirado por Dios; y la estima que de él es preciso tener se desprende de que, dentro de la gran concurrencia de sacerdotes»~ue vienen asiduamente a escuchar sus exhortaciones en cada estación, no hay casi ninguno que no se decida a conducirse en forma digna de la vocación a la que ha sido llamado. De esto proviene el que varios Obispos, ante los frutos tan abundantes producidos entre su clero, por un corto número de instrucciones, y en la persuasión de que el camino más corto para reformar al pueblo es el comenzar por la reforma del orden eclesiástico, han pedido al que suplica (P. Eudes) que emplee su celo en la formación del clero en una verdadera, y sincera piedad. A este fin, algunos han tenido a bien encargarle ejecute lo que habían decretado los Prelados
(109) BOULAY: II, p. 58. *(110) Ibid., II, p. 62. (111) Ibid.*

de Francia en la Asamblea celebrada en París, el año *1625,* to-cante a la fundación en cada diócesis, de colegios a los que,
en épocas determinadas, serían llamados los sacerdotes, en especial <aquellos que dirigen almas y donde hombres
piadosos y doctos les habían de enseñar a desempeñar sus ministerios en la forma prescrita; esto, no obstante, sin
descuidar a los seglares mediante la obra de las misiones» *(1 1 2).*

Como se ve, las conferencias que el P. Eudes dedicaba a los sacerdotes en sus misiones se aproximaban a los Ejercicios Espirituales, y obtenía en ellas algo de sus resultados. Esto es tan exacto, que en una carta dirigida a Inocencio X con fecha 18 de abril de 1648, M. de Ragny, Obispo de Autun, les daba Precisamente el nombre de *Ejercicios Espirituales (113).*

Por lo tanto, con todo derecho Laffetay, en *su Historia de la diócesis de Bayeux,* hace remontar a las misiones del P. Eudes el origen de los retiros eclesiásticos en la región (114).

, Durante toda su vida mantuvo el Santo en sus misiones las reuniones especiales para seglares y sacerdotes,,y siempre con análogos resultados.

«Esta misión-escribía de Châlons el *22* de mayo de *1 6 6 5* comienza por donde terminan las otras, es decir, por un gran fervor. La iglesia que es muy grande está siempre llena durante nuestros sermones, como lo podía estar en un Viernes Santo; esperamos grandes frutos. Nuestros dos compañeros, M. Blouet y M. Yon, comienzan a aliviarme en ' los días que doy las conferencias a un gran número de eclesiásticos y religiosos, pues M. de Châlons hace venir de todas las órdenes: de San Agustín, , San BenitG, Santo Domingo, San Francisco, jesuitas, etc.» *(1 1 5).*

§ 2

La palabra apostólica, por elocuente que sea, tarde o temprano está condenada al olvido; además su irradiación se encuentra limitada en el tiempo y en el espacio. Ahora bien, importaba mantener en los sacerdotes la más alta idea de su vocación, el aprecio de sus *ministerios, el deseo de cumplirlos santamente. Debido a ésto, el Santo quiso poner su pluma al servicio de una causa-, por la que él estaba pronto a hacer todo y sufrir todo (116).
(112) BoULAY: *11, P. 274. (113)* BOULAY: *II, p. 334. (114) Ibid., II, p. 2212.*
,(115) Oeuvres, X, p. 455.

(116) Le mémorial.de la vie ecclésiastiqt<e. Dedicatoria. *(Oeuvres, III, p. S.)*

Ya su celo le había impulsado a componer para el pueblo diversas obras que habían sido bien acogidas (117). Este mismo celo le llevó a escribir otras para uso del clero; y a pesar de los trabajos tan abrumadores de que se encontraba sobrecargado y de las preocupaciones de todo género que le procuraba el gobierno de sus Institutos, encontró el medio de componer sus Avisos a *los confesores (118), El buen confesor (119), El predicador apostólico (120), Memorial de la Vida eclesiástica (121), Manual para una Comunidad de eclesiásticos (122), Tratado del Oficio divino y* otro tratado sobre El *Santo Sacrificio (123).*

En su conjunto, abarcan todos los deberes y todos los ministerios del sacerdote. Forman una *summa* sacerdotal, cuyo carácter práctico no disminuye ni la profundidad doctrinal *(124),* ni la amplitud de vísión,'ni la elevación de, los pensamientos; todo vivificado por una poderosa corriente sobrenatural, avivado por las llamas del celo más ardiente. En ellas se encuentra nuestro Santo todo entero, con su encendido amor de l)¡os, su pasión por las almas y su culto al sacerdocio.

III

El cantor del sacerdocio,

Añadamos el último toque a este esbozo de la obra sacerdotal de San Juan Eudes y un nuevo florón a su ya tan rica corona.

Hasta ahora le hemos visto asegurar, por medio de la creación de seminarios, el reclutamiento del clero y trabajar en la santificación del mismo por un constante apostolado. Veámosle ahora cantando al sacerdocio del que, con acentos verdaderamente líricos, ha celebrado las glorias y repetido sus grandezas.

(117) Véase la lista general de las obras del Santo destinadas a los fieles en la introducción general (p. IX ss,) de sus *Oeuvres complétes. los l*ibros impresos, manuscritos conservados y perdidos.

(118) Qeuvres, IV, pp. 371-402.

(119) *Oeuvres, IV, pp.* 117-369.

(120) *Oeuvres, IV, p.* V-115.

,(121) *Oeuvres, III,* p. V-233.

(122) *Oeuvres, III,* pp. 235-490.

(123) Estas dos obras no se imprimieron Y desgraciadamente se perdió el manuscrito durante la Revolución Francesa.

(124) Léase, por ejemplo, en el *Manuel de pri¿res (Oeuvres, III, p.* 442-6) . la fórmula de renovación de la profesión eclesiástica.

Hemos de remontarnos al Cardenal de Bérulle para encontrar sí no el origen de la fiesta del sacerdocio, al menos la idea que inspiró su institución *(125).*

<¡Si el P. Bérulle y su digno sucesor el P. de Condren, se esforzaron en honrar a1 Soberano Sacerdote, no parece que hubieran pensado en establecer en el Oratorio una fiesta especial para honrar al sacerdocio de jesucristo y el de todos los santos sacerdotes y levitas. La lógica-observa el P. Lebrun-les hubiera conducido a ello; pero en este punto como en otros varios se detuvieron a la mitad del camino, y fué San Juan Eudes uno de sus más fieles, discípulos, a quien cupo el honor de llevar

hasta el fin la aplicación práctica de sus principios.

»El P. Eudes comprendió en seguida que una fiesta solemne en honor del sacerdocio de jesucristo y de todos los santos sacer--dotes y levitas contribuiría muchísimo a desarrollar el espíritu. apostólico en los miembros de su Instituto y a inspirarlo a los. ordenandos a su cargo. Pronto decidió establecerla. En el año. *1649* sometió a la aprobación de los doctores Bazire y Le Moussu un oficio del sacerdocio del que era autor *(126),* y que publicó, en *1652* en la primera edición del *Propio* de su Congregación. El *29* de diciembre del mismo año M. Auvry, Obispo de Coutances, autorizó a todos los fieles de su diócesis, especialmente a los sacerdotes, a usar los oficios del P. Eudes. En esta época, la fiesta del sacerdocio se fijó el *15* de noviembre. Es, pues, moralmente cierto que se celebró en el Seminario mayor de Coutances el 15 de noviembre de *1653* * '

»... El oficio del bienaventurado, en honor del sacerdocio de jesucristo y de los santos sacerdotes y levitas encierra gran belleza. Es a la vez magnífica glorificación de los héroes del sacerdocio-de quienes refiere con entusiasmo las virtudes y los éxitos- ' una penetrante éxposición de las grandezas y deberes del sacerdote, y una oración ardiente para obtener de Dios que haga participar a sus ministros del espíritu y virtudes de sus mayores. El P. Eudes estuvo acertadísimo en la elección y dis posición de los textos que entresacó de la Sagrada Escritura~ y Santos Padres; y en cuanto a las partes del Oficio y de la misma que contiene, así como los himnos y la prosa, también son tan notables por el vigor y el entusiasmo como por la elevacíón del

(125) Cfr. LEBRUN, en *Qeuvres, XI, p.* 191.
(126) Cfr. el artículo del P. LEBRUN en *Les SS. Coeurs de Jésus et ,Marie,* mayo, 1908.

pensamiento. El autor ha logrado encajar en él toda su bella doctrina sobre las relaciones del sacerdote con las tres Personas divinas: su unión con Jesucristol sus deberes personales y la misión que debe desempeñar cerca del pueblo. Cantadas en un Seminario mayor, debían producir sobre los ordenandos una impresion profunda y saludable y otro tanto nos vemos forzados a decir del Oficio completo» (127).

Se ha expresado el deseo de ver redactada una obra bajo este título: El *sacerdocio según los reformadores del clero francés en el siglo XVII* (128).

Semejante obra llegará a su tiempo. Cuando en todas partes se deplora la escasez de las vocaciones sacerdotales; cuando por doquier se reclama para nuestros calamitosos tiempos un clero a la altura de su sublime vocación, capaz de ser la sal y la luz de este mundo minado por una corrupción creciente y, por eso, envuelto en tinieblas cada vez más densas, ¡cuán oportuno sería colocar en una galería magnífica los cuadros de todos estos venerados sacerdotes que han sido la gloria y el honor del clero de su tiempo! ¡Cuán beneficioso sería prolongar hasta nosotros el eco de los acentos incomparables con que han ensalzado su sacerdocio, recordado sus temibles responsabilidades y celebrado sus sublimes prerrogativas!

También nosotros deseamos este libro. ¡Que aparezca! Y la obra sacerdotal de San Juan Eudes que hemos resumido a grandes rasgos Regará a plena luz; sus escritos, demasiado olvidados, reflorecerán; y su admirable figura, aureolada con las más eminentes virtudes, saldrá de la óscuridad en que le.han tenido durante mucho tiempo la'ignorancia, la reserva discreta en demasía de sus hijos, los prejuicios desarraigables y un odio tenaz, al cual sólo el tiempo ha hecho justicia.

(127) LEBRUN en *Oeuvres XI, p. 192-4.* La fiesta del sacerdocio fué adoptada por los sacerdotes de San Sulpicio y los benedictinos del Santísimo Sacramento. En San Sulpicio se fijó al principio en el 30 de agosto; ,después el *17* de julio, siendo trasladable a otro día hacia fines del año

escolar con el consentimiento del Ordinario. (Cfr. *¡bid.)* La revista *Pr9ire et Apótre* (mayo, *1924)* ha publicado casi íntegro el oficio del P. Eudes. Cfr. H. BREMOND: Histoire *litteraire du Sentitnent religieUX, III, p. 635.*

(128) Oeuvres, III, P. XXII.

CAPITULO V

SAN JUAN EUDES MISIONERO

El estado lamentable del clero francés a comienzos del siglo xvii . trae necesariamente consigo otro de colores aún más sombríos. Se ha dicho que a sacerdote santo corresponde por lo general pueblo fervoroso; a sacerdote fervoroso, pueblo piadoso; a sacerdote piadoso, pueblo bueno; a, sacerdote bueno, pueblo impío. Según esto, se puede juzgar de la situación religiosa y moral de un pueblo cuyo clero era en su conjunto infiel a la vocación. Por eso la historia general y particular dQ esta época, que en adelante brillará con vivo esplendor, nos la muestra surgiendo de entre las ruinas.

Si Francia entera había sufrido atrozmente con el calvinismo y las guerras civiles, quizás Normandía figuró entre las provincias más castigadas. Pueblo, nobleza, burguesía, todas las clases sociales, todos los estados y condiciones se encontraban invadidos por la ignorancia, la incredulidad, las supersticiones ridículas, la codicia la inmoralidad en todos sus aspectos (1).

Mas Sios tiene sus horas; de ordinario son las que los hombres consideran como desesperadas. Un historiador de los tiempos turbulentos que ahora evocamos dice: «Cúando Dios quiere salvar a un siglo y su Iglesia necesita ser glorificada y vengada, envía un soplo divino y renueva la faz de la tierra» (2). Este soplo pasaba entonces sobre Francia, suscitando en todas partes «hombres enérgicos que lucharán pulgada a pulgada contra el mal invasor. Así se ve a San Francisco de Regis en los Cévermes, a

(1) Cfr. *ABELLY:HistoiredeSaint-VincentdePaul,II,p.15-8;FAILLON: Vie de M. Olier, 11, p. 8-17; HOUSSAYE: Le P. de Bérulle et l'Oratoire de jésus, p. 3-13; BOUGAUD: Histoire de Sainte Chantal, 1, p. 345;* HÉRAMBOURG*LE* DORÉ: *Vertus du P. Eudes, p. 367.*
(2) BOUGAUD: 10C. *Cit.*

Miguel le Nobletz en Bretaña, a Pedro Fourrier en Lorena, a M. de Condren en Paris, a San Vicente de Paúl en Ile-de-France y, en particular, al más notable de todos, el P. Eudes en Normandía* (3).

Intentemos retratar a este prestigioso misionero a quien M. Olier llamaba «la rareza de su siglo», y que arrancaba al mismo Bossuet el grito de admiración: «Así es como nosotros deberíamos predican> (4). Confesamos que es una tarea ardua. Su obra, siendo oratoríano, ha desaparecido casi por completo (5). Además, si es cierto que «el orador y el auditorio son dos hermanos que viven de la misma vida y mueren el mismo día», y más aún tratándose de un orador de la talla del P. Eudes y de un auditorio como el que de ordinario se reunía en torno suyo, ¿cómo dirigir a éstos «dos hermanos» la llamada victoriosa que les vuelva a la vida, después de haber pasado juntos tres siglos en la tumba? ¿Cómo evocar en unas cuantas páginas un apostolado de casi medio siglo? ¿Cómo presentar en ellas de forma conmovedora a las muchedumbres que ha evangelízado y que, por lo cálido de su palabra, arrancó al sueño de la muerte? ¿No recorrió en todas direcciones Nori~nandía, su provincia natal? ¿No agrupó en torno a su púlpito las poblaciones de toda una parte de Bretafia, de Picardía, de Ile-de-France, de Perche, de Brie, de Borgoña? ¿No oyeron resonar sus poderosos acentos las ciudades más populosas y afamadas: Caen, Rennes, Rouen, Autun, Beaune, Versailles, Paris? (6).

Se comprenderá lo que supondría semejante resurrección histórica. Nuestros propósitos son más modestos. Nos limitaremos a esbozar un retrato del gran misionero, el más parecido que nos permitan los documentos de que disponemos; después veremos el método que seguía en sus misiones y los resultados conseguidos.

(3) E. OccRE: *Le B. Jean Eudes théologien, missionaire, londateur,* Lyon, 1909, p. 28.
(4) MARTINE: 1, p. 207.
(5) En un articulo de su testamento dice el Santo: «Ruego a quien me suceda dé orden de que mis sermones no se dispersen y los haga encuadernar juntos, conservándolos así para la Congregación». (Testamento, 18. *Oeuvres, XII, p.* 175.) Por desgracia no se realizó este deseo y los tres volúmenes manuscritos se perdieron durante la Revolución.
(6) Las misiones mencionadas por el Santo en su *Memorial* son las siguientes: 1632, Lessay, Périers, Saint-Sauveur-le-Vicomte, La Haye- duPuits, Cherbourg, Montebourg; 1635, Bencauville, Avenay, Evreey, VillersBocage; 1636, Pleurtuit, Plouer, Cancale, Le Fresne; 1637, Ri; 1638, Bremoy, Estreham, Pont-FEvéque; 1639, Caen, (Saint-Etienne), Lisieux; 1640, Mesnil-Mauger; 1641, Urville, Remilly, Landelles, Coutances, Pont-Audemer; 1642, Rouen, Saínt-Malo, Saínt-Ló, 1643, Saint-Sauveur-le-Vicomtc,

San Juan Eudes misionero.

San Juan Eudes había nacido misionero. De misionero tenía el alma y también era de misionero su presencia: «Aire noble y majestuoso, a pesar de su estatura más bien baja, voz flexible y sonora, mirada expresiva, imaginación rica, asombrosa facilidad de palabra, y, sobre todo, el don de sentir íntimamente, que permíte,al orador arrastrar a su auditorio». (7).

Sus contemporáneos unánimemente reconocen en él a un maestro de la cátedra sagrada, y aún más, a un apóstol incomparable.

Recojamos algunos de sus testimonios: «El 'P. Eudes tenía una elocuencia natural, viva y vehemente», ha escrito Huet, Obispo de Avranches (8). «Era un segundo Elías en la cátedra de la verdad-leemos en el *Menologio* de las religiosas Benedictinas del Santísimo Sacramento-, su palabra era de fuego; era una espada que cortaba a diestra y siniestra, sin perdonar el crimen donde quiera que lo descubriese. Aunque en el tribunal de la penitencia trataba a los pecadores con gran suavidad y procuraba ganarlos para Cristo, imitando su palabra y su caridad;
Valognes; 1644, Hónfleur; 1645, Estrées, Vimoutiers, Arnqy-le-Duc, Conches; 1646, Thorigny, Le Bény, Lion-sur-Mer; 1647, Nogent-le- Rotrou, Fouqueville, la Ferté-Vidame; 1648, Autun, Beaune, Fére-en-Tardenois, Citry-enBrie; 1649, Saint-Sauveur-Lendelin, Briquebec, Alleaume, Saint-Sever; 1650, Vesly, Benneville, Ravenoville; 1651, Paris (Saint-Sulpice), Corbeil, Bernay, Marolles; 1652, Coutances; 1653, Pontoise, Lisieux; 1654, Cisai; 1656, LingéYres; 1657, L'Etanville; 1659, Vasteville, Villedieu; 1660, Paris (Les Quinze-Vingts), Mauregard, Paris (Saint-Germain-des-Prés); 1663, Saint-Germain-de-la-Campagne, L'Etanville, Saint-LÓ; 1664, Meaux, Ravenoville, Cretteville-en-Beauptois; 1665, Granville, Châlons-sur-Marne; 1666, Caen (Saint-Pierre), Mesnil-Durand, Cérisy, Montpinchon, Caen (Châteaux), Saint-Eny; 1667, Evreux, Besneville, Percy, Brucheville, Rouen (catedral), I~farigny; 1668, Carentan, Nontfarville, Le Plessis, Montsurvent, Cenilly, Quettehou; 1670, Rennes, Fougéres y otras dos misiones en parroquias cuyo nombre se ignora; 1671, Versailles; 1673, Saint-Germain-en-Laye, Elboeuf; 1674 y 1675, varias misiones en **parro**quias cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros; 1676, Saint-Ló.
(7) LEBRUN: *La d¿volion au Bienhereux Jean Eudes, p.* 8.
(8)HUET: *Origines de la ville de Caen, p.* 429, en MARTINE: I, p. 206.

en público no guardaba esta moderación» (9). «León en el púlpito, cordero en el confesonario», decían a su vez las religiosas de Montmartre (10); y su panegirista, el P. De la Paluelle ' le proclamaba: «Ardoroso por la salvación de las almas y por,la gloria de su Señor.... terrible en el púlpito, prudente en el confesionario» (11). «Tronaba contra los crimenes-dice a su vez el P. Hérambourg-, pero tenía piedad de los pecadores. Atacaba públicamente a los vicios, pero con espíritu de caridad para sus víctimas. Hablaba fuerte sin servirse de palabras agrias. Fácilmente se comprendía al escucharle que cuanto decía brotaba de un corazón de padre que ardía en amor por sus hijos, y cuyas entraflas rebosaban compasión y celo al ver su lamentable estado. Su elocuente sencillez ganaba a todo el mundo y convertía los corazones más endurecidos» (12). «Sus sermones son rayos-escribe M. de Renty con ocasión de una misión predicada por su amigo- que no dan punto de reposo 1 a las conciencias cerradas a sus pecados ocultos, de suerte que los confesores trabajan más en consolar que en conmover* (13).

De todos estos testimonios. se desprende una idea: la poderosa oratoria del Santo misionero.

§ 2

Añadamos que ésta no cra'sólo consecuencia de las facultades de que estaba dotado. Tenía la fuente en lo profundo de su alma, llena de vida sobrenatural y abrasada en celo por la salvación de las almas. Su indiscutible autoridad la tomaba del elevado concepto que al Santo dominaba de la sublimidad y absoluta independencia de su ministerio apostólico: «Los predicadoresdecía-son ángeles encarnados, mensajeros del cielo.... heraldos de la Santísima Trinidad. Por eso, comienzan la predicación diciendo: *In nomine Patr¡s'et Fiffl et Spiritus Sancti.* Son órganos del Espíritu Santo, los coadjutores y cooperadores de Dios en la mayor de Sus obras, la salvación de las almas», (14). Por eso cuando predicó en Saint-Germairi ante la reina madre, no temió decir con intrepidez apostólica que, sin duda era un hombre

(9) Los cita MARTINE: 1, p. 207.
(10) Ibid., I, p. 401.
(11) Ibid.
(12) HÉRAMBOURG: *1, p. 7.*
(13) MARTINE: I, p. 81.
(14) *Le Prédicaleur a ostolique, cap. 2.'. (Oeuvres,* IV, p. 12-3.)'Merece leerse,todo el capítulo. *P*

mezquino y miserable pecador, pero que en el lugar que ocupaba y teniendo el puesto de Dios, podía decir con San Pablo y con todos cuantos tienen el honor de anunciar la palabra de Dios: *Pro Christo legatione Jungimur (15).*

Penetrado de estas convicciones sobrenaturales, el Santo misionero, aportó al ejercicio de sus funciones todos los entusiasmos y todas las audacias de un alma cuya única ambición es promover el reino de Cristo, y que sabe haber recibido de Dios la misión de predicarle, darle a conocer y amar. ¿Quién, pues, ha dicho de él que era *ardens et audax?* San Juan Eudes misionero está definido en estas dos palabras. La historia de sus numerosas correrías apostólicas abunda en hechos que acusan claramente esta característica de su impetuosa naturaleza a la que la gracia centuplicó sus felices inclinaciones. En la imposibilidad de citarlos todos, solo haremos mención de los más salientes.

, § 3

Predicaba en Autun el año'M7 una misión que duró desde Adviento hasta el domingo de Sexagésima de 1648. Desde tiempo inmemorial los jóvenes tenían costumbre de celebrar el día de San Valentín con verdaderas saturnales. Este mal había resistido hasta entonces cuantas medidas se habían adoptado para su extirpación. El siervo de Dios resolvió terminar con él de una vez para siempre. Días antes truena contra los excesos que de ordinario sefialaban aquel día. Llegado éste, organiza una gran procesión que se dirige al lugar mismo donde la mascarada se reunía para bailotear y entregarse al desenfreno. En tres momentos hace detenerse la procesi on, y se dirige con tanta vehemencia a los habitantes de Autun,' atraídos en su mayoría por las circunstancias que rodeaban aquel acto; reanima en ellos el llorror de las faltas que se cometían con ocasión de los excesos citados en aquel mismo lugar y les exhorta a pedir perdón a Dios. Esta procesión de nuevo genero asestó el golpe de gracia a los valentines y a sus locuras. Autun se vió libre de ellos en adelante (16).

Algunas semanas después le volvemos a encontrar en Beaune, donde daba comienzo la misión el miércoles de Ceniza. Santa cólera se apodera de él ante la vista de las alegres bandas que con

(15) MARTINE: 1, p. 403.

(16)BOULAY: II, p. 305-14

ridículas vestimentas se permitían desvergonzadamente toda clase de propósitos y gestos licenciosos. Ha de reconocerse que era una preparación extraña para la misión. El Santo, sin oír más que los impulsos de su celo, recorre los lugares de mayor concurrencia de la ciudad. Allí levanta la voz, como en otro tiempo Jonás en medio de Nínive; amenaza con los juicios de Dios a este pueblo ligero que sólo piensa en divertirse: *Adhuc quadraginta dies et Ninive subvertetur,* repite con tanta fuerza que quienes le escuchan se conmueven. La fiesta se resintió, perdió interés y la misión acabó con ella (17).

Otro incidente iba a señalar esta misión de Beaune, iniciada con tan magnífico acto de autoridad. Todos los años, la noche de Pascuas, se producía un intolerable desorden en la iglesia colegiata al cantar el tradicional 0 filú *et filiae (18).* Los jóvenes de la ciudad tenían la detestable costumbre de prolongar de forma tan ridícula el *Alleluia,* que cubrían la voz del coro, y con frecuencia le hacían callar. El P. Eudes prevenido de esta costumbre escandalosa, va a colocarse en el coro junto a los canónigos. Apenas se entona el 0 *fiffi,* estalla la ensordecedora algarabía. El P. Eudes se levanta, con el gesto manda guardar silencio y lo consigue a duras penas. Una vez restablecida la calma, sube al púlpito y pronuncia un discurso aterrador contra los profanadores del santo lugar. Todavía hablaba cuando los jóvenes en masa reanudan con más fuerza el *Alleluia! Alleluia! Alleluia!*

Viendo que nada había conseguido, ordena el Santo cerrar las puertas de la iglesia. Vuelve a subir al púlpito, y, durante toda una hora, denuncia con tanto vigor la impiedad y el ridículo de esta costumbre abominable que al fin consigue abolirla (19).

Recordemos de paso aquel otro episodio entre serio y jocoso en el que aparece el Santo con su magnífica intransigencia. Al entrar un día en una iglesia donde se celebraba el oficio de difuntos notó que un sacecdote cantaba con voz ligera y desenvuelta el cántico de Ezequías: *Vadam ad portas inferi.* El P. Eudes, indignado, traduciendo a su manera la última palabra, dice lo bastante alto para ser oído: «Continua, continúa, a este paso pronto estarás allí* (20).

Al clausurar la misión de Saint-L6 (1646) notó que todo un

(17) BoULAY: *II, p. 334-43.*

(18) Una fundación exigía su canto: cfr. MARTINE: *I, p. 279.*

(19) BOULAY: *11, p. 334 ss.*

*(20) , M*ART1NE: *II, p. 429. El texto significa: «Iré a las puertas del infierno».*

grupo permanecía de pie al paso del Santísimo Sacramento Inmediatamente brota de su corazón un grito que vale por todo un discurso: «¡De rodillas ante vuestro Soberano, gusanos de la tierra que no sois más que lodo!* (21). La advertencia no tuvo necesidad de ser repetida.

En Versailles, donde predica una misión que será célebre, conserva toda su libertad y la emplea para la mayor gloria de Dios. Celebraba un día el Santo Sacrificio ante el rey que asistía con gran piedad, contrastando con el porte de numerosos cortesanos. El Santo lo nota. En el Ofertorio se vuelve, y cumplimenta en forma graciosa a su majestad por el hermoso ejemplo que con su espíritu de fe da a sus súbditos y añade: #Pero lo que me asombra, Sire, es que mientras vuestra majestad cumple tan perfectamente los deberes de la religión y rinde a Dios sus más humildes homenajes, veo a muchos de entre. vuestros oficiales y cortesanos que hacen todo lo contrario». Se adivina el sobresalto de la multitud de pretericiosos que se agrupaba en torno al rey y que no estaban acostumbrados a estos procederes (22).

En una parroquia que estaba evangelizando, supo el Santo los escándalos dados por un pobre sacerdote descarriado. Resolvio salvarle a toda costa. Aprovechando una circunstancia que le permitía dirigirse directamente a este desgraciado, exclama al principio ele un sermón: «¡Fuego! ¡Haces de leña! ¡Un verdugol* Su auditorio se alborota ante interpelación tan grave y cuyo alcance no llega a comprender. Una comisión va al encuentro del hombre de Dios con encargo de informarse de sus intenciones y testimoniarle el sentimiento de todos. La recibe M. Paillot, uno de los más abnegados colaboradores del Santo misionero: «Les encuentro muy atrevidos, señores, al hacer semejante pregunta a nuestro Superior---exclanió M. Paillot por toda respuesta-. ¿Quieren tomar cuentas a sacerdotes que vienen a anunciar la palabra de Dios? Sepan que es a mí a quien tienen que dirigirse». Aquellas buenas gentes se retiraron, pero al día siguiente la misma Providencia les daba la explicación que buscabari: con una vela en la mano el desgraciado sacerdote a quien el Santo había jurado convertir hacía pública confesión de sus faltas.

Los múltiples incidentes con que se iba afianzando la autoridad del gran misionero y su accion irresistible, no eran siempre de contenido trágico. Veamos una prueba. Las «preciosas» de Valognes

(21) COSTIL: *Annales, 1, p. 36.*

(22) *Ibid.*

habían formado entre si; una especie de areópago que pretendía dar la norma en materia de buen gusto y agudeza. Pobre del predicador que no recogiese sus sufragios: ¡estaba desacreditado! En la ciudad se preguntaban cuál sería el veredicto que las sabias señoritas no dejarían de dictar sobre el P. Eudes y sus compañeros. Estaba en juego el éxito de la misión. Era preciso tomarles la delantera. El Santo encargó de ello a M. Manchon. Se anunció un gran sermón al que se invitó a toda la ciudad. Mas dejemos la palabra al mismo predicador, autor y actor de está fina comedia: «Todo el mundo sabe, señores, cuál es la reputación de la ciudad de Valognes, que cuenta con infinidad de personas distinguidas por su nobleza, sus formas sociales, la delicadeza de su espíritu, a quienes nada escapa que tenga relación con la literatura y el buen gusto. No obstante he de confesar que vuestra ciudad tiene para mí aún algo más singular y extraordinario; y es, que el sexo femenino participa en esta distinción literaria, y que se nota entre las personas que se dedican al estudio de las bellas artes, un grupo de señoritas que hacen profesión de gran discernimiento. Sin embargo, les falta una cosa. No tienen quién presida sus asambleas. Ella me ha sugerido escogerles uno que les convenga. Por mi parte, y pienso que todos participaréis d e mi opinión, nadie encuentro más apto para este noble empleo-pesadas todas las circunstancias-- que la burra de Balaam* (23). Las «preciosas» de Valognes habían muerto; fué el

ridículo su verdugo.

Pero donde se ponen de manifiesto la autoridad casi sobre- natural, la indomable audacia, los ardientes impulsos del
siervo de Dios, fué en las famosas misiones de Saint-Germain-d ' es-Prés, Saint-Germain-en-Laye y Versailles. Luis XIV
entonces en el apogeo de su gloria-y su corte-la más brillante y ligera que haya. conocido la Historia---eran el auditorio
con que iba a enfrentarse y ante el que iba a defender los derechos de la palabra de Dios, que nada sería capaz de encadenar.
Lo cumplió con rara felicidad y libertad perfecta. Gracias a una carta de uno de sus contemporáneos, podemos al cabo de
tres siglos hacer revivir aquellas, horas triunfales para la verdad y la virtud, lo mismo que para el intrépido apóstol, y
asistir a la liberación de la conciencia cristiana tan cruelmenre ultrajada por los escándalos de una época tan pródiga.
en ellos como gloriosa. Esta carta---escrita al día siguiente de la misión de Saint-Germain-des-Prés (1660)-la
reproducimos a continuación:
(23) COSTIL: ***Annales, I, p.*** 161.

«Señor: Dios ha dado al P. Eudes todas las gracias y bendiciones que para él se podrían desear. La reina madre estuvo presente en la abadía de Saint-Germain. El sermón duró hora y cuarto y el P. Eudes hizo verdaderas maravillas. Habló a la reina por espacio de más de media hora con una libertad propia suya y que fué bien acogida. Todo el pueblo, que se contaba .por millares, le aplaudía con el corazón, con los labios y los gestos, pues todos estaban maravillados de oírle hablar para todo el mundo, y esto, en una asamblea tan extraordinaria, al clausurarse m isión tan célebre, y en el primer acto solemne de piedad al que asistía la reina después de su regreso. Fué de un efecto maravilloso. Después de haber hecho conocer que ella era quien había procurado la paz y el matrimonio del rey, el P. Eudes le hizo saber que su salvación dependía de cinco puntos: El primero, era la extirpación de las herejías, tanto la antigua (calvinismo) como la nueva (jansenismo). El segundo, el ateísmo, al cual era preciso poner coto sin economizar el hierro ni el fuego, porque por la misión se había podido comprobar que todo estaba infectado. El tercero, era reprimir el lujo, causa de todos los desórdenes, como lo demostró; no olvidó a los explotadores del pueblo, con sus magníficas casas, sus dorados y riquezas, e hizo hincapié sobre este particular de manera muy patética sin decir, a pesar de esto, nada que hiriese su ministerio. El cuarto, sobre el que no insistió menos, el alivio de los pueblos y conocimiento de sus miserias; no olvidó ni a las pobres gentes de las costas d~l mar, a quienes los alguaciles de la sal rompen las ollas y los cantaros (24). El quinto y último, fué la distribucion y promoción a los beneficios, el punto más delicado y sobre el que no obstante se extendió más hasta conjurar a la reina salvara el alma del rey; y fué en este momento cuando habló de su eminencia (el Cardenal Mazzarino), a quien alabó por la paz y matrimonio del rey, sin caer en la adulación ni en el extremo opuesto. Habló con una moderación que a todos agradó, presuponiendo que después de haber procurado tanto bien a Francia y por el interés que en ello tenía como príncipe de la Iglesia, pensaría lo mismo, y todo esto estaba en el poder de la reina.

No podéis haceros idea de las bendiciones de que todos le hacían objeto. La reina, con todas las princesas, se dirigió después desde Saint~Sulpice al patio del Seminario, en medio del cual, apoyado contra la puerta del salón de actos, habían levantado un tabernáculo o trono lo más grandioso que se puede ver. La duquesa d'Aiguillon había volcado allí los tesoros del difunto Cardenal de Richelieu,

guardados hasta entonces desde, su muerte, la duquesa d'Orleans y la:s señoras de Condé y de Conti habían contribuido con sus mejores joyas; la señora de Brienne y todas las damas de los alrededores hicieron lo mismo, de suerte que allí había reunidas riquezas innumerables. Al trono se ascendía por diez o doce escalones en redondo, sobre los que estaban arrodillados todos los eclesiásticos, más de quinientos, con albas y sobrepellices y en la mano una vela encendida. La reina se
(24) Explotan ignominiosamente. (pZ. del Tr.)

colocó abajo, en un reclinatorio que habían preparado para ella, y todas las damas de su corte se agrupaban en tomo suyo. El patio estaba lleno de riffilares de personas de todas Condiciones, arrodilladas ante el Santísimo Sacramento. Lo habían llevado procesionalmente y puesto en el tabernáculo. El P. Eudes estaba junto a Él. Lo tomó en sus manos y pronunció una exhortación de cerca de media hora, que se oyó claramente por todo aquel enorme patio, y conmovió de tal forma al pueblo, que pocos serían los que no lloraron, en especial cuando dijo que después de haber testimoniado todos los días pasados tanta alegría y júbilo al gritar: ¡Viva el rey!, er ' a muy justo tributar al Rey eterno los mismos honores rendidos a un rey temporal, y gritar ahora: ¡Viva Jesús! Al pronunciar estas palabras se escucharon las aclamaciones de todos los asistentes al acto, incluso la reina. M. Manchon, que estaba próximo a ella y que la podía ver directamente, me ha asegurado que las lágrimas le corrían por las mejillas. En una palabra, nunca se había visto en París cosa semejante. Larcina dijo que si hubiera creído que la ceremonia iba a resultar tan solemne como había sido hubiera llevado a la reina su hija. Se lo había impedido el que ésta aún no entendía el francés, pero mucho le hubiera agradado hubiese podido presenciar semejante ceremonia, y sentía no haberla llevado. Dió pruebas de una satisfacción extraordinaria, y los eclesiásticos que llevaban las varas posteriores del palio, le oyeron decir que aquella misma noche iba a proponer al Cardenal cuánto el P. Eudes le había hecho presente» (25).

¿Se quiere otra prueba de la libertad con que este hombre de Dios trataba a los grandes de este mundo?

Léase esta carta que escribió a los sacerdotes del Semirario de Caen en que refiere la acogida que dispensó a la reina que se presentó de improviso cuando predicaba un sermón en la iglesia de las Benedictinas del Santísimo Sacramento:

t... La reina llega al final del sermón en el que dije muchas cosas a propósito del fuego que destruyó una parte del Louvre. Me dirigí a ella de la siguiente forma:

Señora, no tengo otra cosa que decir a vuestra majestad, sino suplicar humildemente ya que la divina Majestad la ha traído a este lugar, no olvide nunca la poderosa predicación que Dios le ha hecho, y también al rey, por medio del fuego que ha destruído una parte del Louvre. Estáis persuadida que, entre cristíanos, no existe la casualidad, sino que todo sucede por la providencia y orden de Dios. Este fuego es por lo tanto un efecto de su orden y significa varias cosas:

I.a Que es necesario no trabajar los domingos y días de fiesta.

2.a Quiere decir que está permitido a los reyes levantar Louvres; pero Dios les manda aliviar a sus súbditos, compade
(25) HÉRAMBOURG: 1, p. 9.

cerse de tantas viudas, tantos huérfanos y tantos pueblos abrumados de miseria.

3.5 Que a los príncipes está permitido tener algunas diversiones honestas, pero no emplear en ellas todos los días, todas las semanas, todos los meses y toda la vida, pues no es ése el camino del cielo.

4.5 Que París está lleno de ateos que pisotean el nombre de Dios y que cometen actos que horrorizan a los mismos demomos; y que si sus majestades lo saben y no emplean todo su poder real para castigar crímenes tan horribles, se harán responsables ante Dios y atraerán sobre sí sus santas iras.

5.5 Que si el fuego temporal no había respetado la mansión del rey, el fuego eterno no respetaría a príncipes y princesas, reyes o reinas, si no viven como cristianos y tienen compasión de sus súbditos; y que, si este fuego temporal no había respetado los cuadros y bustos de reyes, colocados en el lugar del siniestro, el fuego de la ira de Dios no perdonaría a los originales si no empleaban su autoridad en destruir la tiranía del diablo y del pecado y para restablecer el reino de Dios en las almas.

6.a Que yo no tenía otro interés, al decir estas cosas, sino el de mi Señor y mi Dios, y el de la salvación de mi rey y 1 mi reina, por quienes quisiera dar mil vidas.

7.a Que causaba lástima el ver asediados a los grandes de este mundo por multitud de aduladores, quienes les envenenan con sus adulaciones sin que casi nunca se les diga la verdad; que los predicadores contraerán una gran responsabilidad ante Dios si la mantuvieran cautiva injustamente, y que yo me consideraría 0 muy culpable si ocultara estas cosas a su majestad.

En 1,rque le rogaba las recibiera no como provinientes de un hombre, sino de parte de Dios; que yo sólo soy un pobre y miserable pecador, pero que en el lugar donde estaba y ocupando el puesto de Dios, podía decir con San Pablo y con cuantos tienen el honor de anunciar la palabra de Dios: *Pro Christo legatione fungimuy:* aquí hago el oficio de un embajador de Cristo para hacer llegar la palabra del Rey de los reyes a una gran reina, y que le suplicaba así la recibiese...

... Palabra por palabra es casi lo que dijo. Os lo escribo para que vosotros y nuestros amigos sepan la verdad.

Supe después por varias personas que acompañaban a la reina que lo había recibido bien, y que algunos aduladores le quisieron decir algo, pero ella les tapó la boca con buenas formas» (26).

Los oídos de los reyes más absolutos eran menos quisquillosos que los de muchos de nuestros gobernantes más democráticos. Semejantes sermones serían considerados como abusos en nuestros días y en países de pretendida libertad. Se los calificaría de escándalo, de provocación, de influencia indebida, de ingerencia clerical. ¡Cuántas cosas se dirían! El predicador correría graves

(26) Oeuvres, X, p. 441-3.

riesgos de trabar relaciones con la justicia humana, que, con harta frecuencia, guarda toda su *severidad* para los defensores de la verdad y de la virtud.

§ 4

La mayor parte de la obra del Santo misionero en el Oratorio ha desaparecido. De este

monumento de elocuencia sagrada sólo quedan algunos restos que bastan para podernos hacer una idea del majestuoso conjunto de que forman parte y hacernos deplorar más, si cabe, su desaparición. júzguese por algunos pasajes tomados del *Tratado del respeto debido a los lugares santos,* que parece ser una reproducción textual de los apóstrofes que con vehemencia indignada dirige el Santo a los profanadores de la casa de Dios. Escuchémosle expresarse sin ningún miramiento, sobre el porte poco modesto que algunas mujeres se permiten en la iglesia:

«Y las mujeres, quienes según palabras del Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, deben estar en todo lugar y en todo tiempo pero especialmente en la iglesia, adornadas de tal pudor, sencillez y modestia, que su santa conversación y el ejemplo de sus virtudes y de su piedad sean capaces de convertir los corazones de los hombres mas endurecidos y sobre quienes la predicación de la divina palabra no tiene ningún poder, ¿cómo acuden a los lugares santos? ¿Cómo se comportan en ellos? En lugar de llevar velo, como Dios lo tiene ordenado por San Pablo, se presentan en ellos, e incluso penetran en el santuario, como si viniesen a un baile o a una danza, con trajes pomposos, cabellos rizados, ondulados, ensortijados, con la garganta y el seno descubiertos. ¿Esto es querer agradar a Dios, o por el contrario al mundo su enemigo, y por consiguiente al príncipe del mundo, Satán? ¿Es llevar las señales de una cristiana o de una pagana? ¿Es llevar las libreas de Jesús o las libreas del Antieristo? ¿~s llevar la imagen de la pureza, modestia y humildad de la mas noble de todas las mujeres, de la Reina del cielo, o ser imagen de la impiedad y vanidad de la infame Jezabel, que por justos juicios de Dios fué hollada por los cascos de los caballos y devorada por los perros? ¿No se diría que van a la iglesia para allí revocar públicamente, ante la faz de Dios y de los ángeles, la promesa que hicieron. en el bautismo de renunciar a las pompas de Satanás, y protestar en alta voz que, si bien confiesan a Cristo de palabra, le reniegan con las obras para unirse con su enemigo? ¡Qué desca,ro! ¡Oh, qué insoportable impudicia! Ver presentarse a cristianas ante Cristo coronado de espinas, desgarrado a latigazos, descoyuntados sus miembros, crucificado, cubierto todo El de llagas y sangre, llevando las pompas de Satán, llenas

de pies a cabeza de vanidad, mundanidad, afectación, de mil flechas envenenadas para hacer guerra a la castidad, para matar las almas por quienes ha muerto; o, mejor dicho, armadas de látigos, espinas y clavos, para flagelar, atormentar y crucificar de nuevo a Aquel a quien en apariencia adoran como a su Dios, y del que en la realidad reniegan. ¿Qué os ha hecho, miserables, este amabilísimo Salvador, para tratarle de modo tan indigno en su propia casa? ¿Cuántas de ellas hay entre vosotros que, si con un oído escuchan la predicación de la divina palabra, presentan el otro a las zalamerias de cualquier tizón de infierno? ¿Cuántas de ellas hay allí que-en vez de humillarse ante la majestad de Dios y de tener los ojos inclinados hacia la tierra de donde han salido y adonde han de volver para ser comidas por los gusanos y transformadas en podredumbre-lanzan a todas partes miradas envenenadas que emponzoñan los corazones y asesinan las almas rescatadas por la sangre de Cristo? No lo hacen con intención-dicen-pero el diablo la tiene por ellas y se sirve de su aceptación para hacer caer en multitud de pecados, etc.

¿No sabéis, ingratas, que el Rey de la gloria al presentarse ante su Padre para pedirle por vosotras, está prosternado, la frente en tierra, según las palabras del Evangelista: Procidit in faciem suam orans, y que ha humillado su boca divina poniéndola en el polvo por vuestra salvación, seg'-.n el testimonio del Profeta: Ponet in pulvere os suum, y que la infinita bondad que tiene con vosotras le ha reducido hace más de mil seiscientos años a un continuo y prodigioso anonadamiento sobre los altares, en la Sagrada Eucaristía y en el Santo Sacrificio de la Misa? ¿qómq es posible, entonces, que tengáis tanto amor de vosotras mismas y tan poco respeto a vuestro Dios, tanta vanidad y tan poca piedad, que no podáis decidiros a doblar la rodilla en tierra para rendir el honor que debéis a Aquel que puso su rostro en ella por vosotras, ni sufrir que vuestros trajes rocen el polvo en el que el Dios del cielo

quiso poner su boca para arrancaros del infierno, ni humillaros en un lugar donde los serafines permanecen con temblor y donde el soberano Monarca del universo está humillado y anonadado por vuestra causa? ¡Qué decir de las que por la mañana asisten al Santo Sacrificio de la Misa y después de la cena van al baile y a la comedia, como si quisieran unir el arca de Dios con el ídolo de Dagón! ¿Qué rayos merecen quienes se acercan a la mesa de Dios, para traicionar a su Hijo, como judas, y ponerle en medio de una caverna de serpientes y dragones, es decir, en un corazón lleno del espíritu del mundo, de espíritu de ambición, de avaricia y de impureza, avasallado por todo género de pasiones desordenadas? Así es como tratan al Hijo de la Santísima Virgen las que deberían adorar como a su Dios, amar como a su Padre y temer como a su juez» (27).

Y termina este discurso irresistible con esta conclusión conmoedora y patética:

(27) Oeuvres, II, pp. 29-33.

«Quierá terminar dirigiendo mi palabra,a los hombres y a las mujeres que profanan de las formas citadas la casa de mi Dios, diciéndoles con el Profeta: *Usquequo claudicatis in duas Partes,* ¿hasta cuándo claudicaréis en las dos partes, queriendo juntar la cualidad de cristianos y de hijos de Dios con la de mundanos y de hijos del diablo, el falso honor del mundo con el servicio y la gloria del verdadero Dios, las máximas de Cristo con las del Anticristo? ¿Hasta cuándo queréis desmentir la palabra del Hijo de Dios que os declara que nadie puede servir a dos señores? ¿Hasta cuándo pretendéis comer en la mesa de Dios y en la del diablo? Si el mundo es vuestro dios, serviffle por entero y no vengáis en adelante a profanar los templos del verdadero Dios, y sabed que vuestro falso dios no tiene otro paraiso que daros que el infierno. Pero si Dios es vuestro Dios, glorificadle como a vuestro Dios, servidle como a vuestro Señor, temedle como a vuestro juez, que os dice que os pedirá cuenta en el juicio universal hasta de una palabra ociosa* (28).

Esta es grande y verdadera elocuencia. Al salir de semejantes sermones no se pensaría apenas en analizarlos, alabar el arte ,y la belleza; se entraría en sí mismo, se reflexionaría sobre la propia vida y orarían, llorarían y se confesarían.

§ 5

Éste era el único fin perseguido por el Santo misionero. Para él «si la predicación era,el alma de la misión, la confesión era su corazón» (29). Tenía costumbre de decir que «los predicadores ojeaban los matorrales y los confesores cogían la caza* (30).

#Prefería-escribe Hérambourg-el confesionario al púlpito, reconociendo que en él se podía obtener más fruto. Los predicadores esbozaii'sólo la obrade la salvación y los confesores la perfeccionan. Aquéllos los envía Dios para dar a conocer a los hombres su voluntad, éstos la hacen cumplir; los primeros son las trompetas que les animan a hacer guerra al pecado, los segundos son los soldados que le matan. Los predicadores son los médicos que ensenan los remedios apropiados para curar las enfermedades espirituales, los confesores aplican a cada alma los que les convienen. Aquéllos son los ángeles que anuncian a los pecadores el diluvio de la ira de Dios, y éstos son los Noés que salvan a muchos en el arca de

(28) *Oeuvres, II, p.* 42-3.

(29) *Le bon confesseur, p.* 2, 6. *(Oeuvres, IV, p.* 199.)

(30) MARTINE: I, *p.* 215.

la penitencia. Los primeros publican los misterios del Señor y los sufrimientos que ha experimentado por salvarlos, y los últimos les aplican sus méritos y frutos» (31).

No se sabe qué admirar más, si la elevación o la verdad de esta consideración acerca del ministerio lleno de misericordia del confesor. No es en el púlpito, sino en el confesonario, donde se reconoce al misionero. Las muchedumbres que temblaban bajo la vigorosa elocuencia del P. Eudes no se, enganaron sobre este punto. Conocían la infatigable ternura que su corazón les deparaba; sabían que este «león* una vez descendido del púlpito se transformaba en «el más manso de los corderos». Por eso asediaban su confesonario y no conocían descanso hasta tener el consueb de recoger de los mismos labios apostólicos, que habían condenado el pecado con tanto vigor, las palabras encendidas de perdón que devolvían a -las almas la paz más completa. «Las espinas que me atraviesan el corazón---escribía un día el Santo misionero-es, ver a algunas pobres gentes que a veces están hasta, ocho días detrás de mí, sin poder confesarse aunque somos diez confesores» (32).

Esta última pincelada acaba de pintarle. En él se reunían armoniosamente las cualidades del verdadero misionero. Predica con tanta firmeza para poder CODfesar con mayor suavidad y compasion. En el púlpito remueve las almas hasta sus profundidades ~para hacer germinar en el confesonario las flores del arrepentimiento, los frutos de una conversión sincera.

Su método.

§

Grande es la diferencia que existe entre las misiones de nuestros días y el tipo creado por el P. Eudes, o al menos seguido por él en las suyas.

Las nuestras carecen de la duración, el esplendor, la, intensidad

(31) HÉRAMBOURG: *Vertus du P. Eudes, p.* 108. En *Le ' bon confesseur,* 2, 6 *(Oeuvres, IV, p.* 199, 202) se encontrará un paralelo entre las funciones del predicador y las del confesor hecho por el mismo Santo.

(32) Carta de Mme. de Budos. *Oeuvres, XI, p. 30.*

de aquéllas, y también hemos de reconocer que no consiguen sus resultados. Por eso, queriendo dar todo su relieve al cuadro del P. Eudes misionero, que hemos intentado trazar, es necesario colocarle en su marco natural y mostrarle al frente de una de las grandes misiones que con tanta autoridad supo dirigir y cuyo triunfo pleno aseguraba su prestigio y más aún su santidad.

Tenía conceptos bien definidos sobre la duración de las misiones: «Para que una misión opere algún cambio en las costumbres-escribe a M. de la Vieuville, Obispo de Rermes-y destruya vicios y malos hábitos, se necesita que por lo menos dure siete u ocho semanas. No predicamos ninguna en las pequeñas parroquias rurales de duración menor a seis semanas; de otra forma se revoca el mal, pero no se le cura; se quiebran las malas costumbres, pero no se las desarraiga; se produce ruido, mas no fruto» (33). Por esta causa prolongaba lo posible las misiones de que se hacía cargo: la de Rennes (en 1667) duró cinco meses (34).

La llegada de los misioneros constituía una verdadera y pacífica toma de posesión de la región o ciudad que iban a evangelizar. Formaban como un pequeño ejército que, en buen orden avanzaba a la conquista de las almas. Rara vez era menos de doce; con frecuencia eran treinta, y aun,más. En las cartas del Santo menudean frases como ésta: «Somos quince, veinte o veinticinco operarios; aunque fuéramos cincuenta o sesenta no daríamos abasto* (35). Por sí mismo los había escogido y formado

con .gran cuidado. Todo el tiempo de la misión les obligaba a seguir un reglamento muy preciso, donde conciliaban los intereses de sus almas con los de las que habían de edificar y salvar. Es el siguiente tal como M. Finel, uno de los primeros compañeros del P. Eudes, lo ha dejado escrito:

«A las cuatro y media, a más tardar,'nos levantamos, y después de media hora de meditación se rezan las horas menores, al menos en parte, dejando el resto para una hora cómoda. A mediodía la comida, después de las letanías; se reza el *Benedícite y las* acciones de gracias prescritas a los clérigos. Después del catecismo las Vísperas, y hacia las seis de la tarde los Maitines; a continuación las letanías de la Santísima Virgen y la cena. Después se propone algún caso de conciencia, tomando todas las precauciones necesarias para asegurar el secreto de confesión. A las

(33) O~res, XI, p. 99.
(34) Cfr. BOULAY: IV, P. 137. MARTINE: II, p. 268-9; COSTIL: Annalles, I, p. 7, 3.
(35)O~res, X, pp. 386, 431, 433, ete.

ocho y media s e rezan las oraciones de la noche y otras por las necesidades de la misión y se guarda,silencio riguroso como indispensable para mantener a los misioneros en el recogimiento de que no pueden prescindir em medio de todos los actos que les podría disipar sin este auxilio* (36).

En una carta a un Superior de misioneros, el Santo insiste sobre la línea de conducta a seguir en el curso de las misiones, sobre las disposiciones internas que en ellas se han de guardar. Transcribimos a continuación esta carta. Al describir con su vigor acostumbrado al misionero ideal, nos proporciona ocasión de contemplar su alma. Todos los misioneros sacarán provecho aproximándose al ideal que propone:

*Debe infundiros consuelo y ánimo el que Nuestro Sefior esté en medio de vosotros (en vuestras misiones) de forma particular, según su promesa: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus. No* sólo está con vosotros, sino que está en vosotros para continuar la obra de la redención de las almas, que por sí mísmo ha comenzado. Permaneced también en 111, amadísimo Hermano, y, a este efecto, esforzaos en salir fuera de vos y renunciar a, vos mismo, para retiraros a Él y allí entregaros por entero, puesto que, fuera de P-I, no podéis nada y con Él lo podéis todo. Acordaos que predicar es hacer hablar a Dios y, en consecuencia, el que predica debe desaparecer para que Dios lo sea todo en él. Por esto tened mucho cuidado en ~tnonadaros a los pies del Señor antes de subir al púlpito y de daros a Él, suplicándole que Él sea quien os anonade y se establezca en vos, para que sea P-1 quien hable, pues sólo a Él pertenece anunciar la palabra de su Padre.

Tratad también, querídísimo Hermano, de tener siempre un poco de meditación y de rezar bien vuestro Breviario y celebrar vuestra Misa.

Os ruego que tengáis cuidado de la salud y para esto os conjuro a que no prediquéis nunca más de una hora. También os recomiendo la salud de nuestros queridos Hermanos. Haced de suerte que todos regresen de la iglesia a la misma hora para tomar su refección al mismo tiempo, ~ que los indispuestos digan la Misa de madrugada y, sobre todo, que se retiren a las nueve de Ja noche para tener el descanso necesario.

Recomendadles a menudo la piedad interior y la modestia exterior y hacer entrega de sí mismos con frecuencia a Nuestro Señor para realizar su obra en su espíritu, es decir, con las disposiciones interiores y exteriores con que ejecutaba todos sus actos cuando estaba sobre la tierra. Les ruego igualmente que se entreguen a Él por completo en la ejecución de las acciones divinas, las funciones sacerdotales, *digne Deo,* para tra~ar a las almas pecadoras en el espíritu de su caridad y de

sn manse
~ (36) COSTIL: Fleurs, I, p. 190-1.

dumbre y para vivir y conversar unos con otros con respeto y amor fraternal, *non quae sua sunt quaeyentes, sed quae aliorum.* Sobre todo les conjuro que tengan sumo horror y huyan más que de la muerte y del infierno mismo, de las menores sombras de ese vicio abominable que no es permitido nombrar, y por esto se conduzcan con las personas de diferente sexo con gran modestia...

Bend~go a Dios infinitamente por las gracias que os concede en vuestras misiones. Si no hay tanta gente donde ahora estáis, no os desaniméis por eso; si no hubo mucha al comienzo, después habrá más. Recordad que una sola alma es un mundo ante Dios y que Nuestro Señor se detuvo para predicar a una sola mujer. Además, es necesario que el amor propio y la vanidad que se mezclan incluso en las obras de Dios, sean mortificadas. Pero ello no ha de ser causa de tener menos cuidado y preparacion en vuestras predicacionés; es entonces cuando se necesita más fervor y diligencia* *(3 7)*.

§ 2

La acogida deparada a los misioneros no era la misma en todas partes. Era entusiasta en unos lugares: «Esta misión comenzó por donde acaban"las otras, es decir, con ungran fervor-escribe el Santo deide Châlons- La iglesia que es muy grande, está siempre llena durante nuestros sermones como si fuese un Viernes Santo* (38). Y desde Autun: «Nos han recibido con grandes pruebas de afecto por parte del señor Obispo, de los sacerdotes, magistrados y de todo el pueblo» (39).

En otros sitios, en vez de entusiasmo, encuentran desconfianza y fría hostilidad. Recuérdese la carta que al iniciar su carrera apostólica escribe el Santo a Mme. de Budos:

«Heme aqui en. mia villa para comenzar la misión. No sé lo que me sucederá; pero en la anterior me han atribuído muy bellas cualidades. Unos decían que era el precursor del Anticristo; otros que el Anticristo mismo; algunos que un seductor, un diablo a quien no se había de creer;'y otros, un brujo que se atraía a todo el mundo. Algunos deliberaron arrojarme de allí, y quién sabe si hubieran realizado su propósito, si nuestros Padres no hubiesen llegado aquel mismo día* *(4 0)*.
(37) Oeuvres, X, p. 479-80.
(38) O~res, X, p. 455.
(39) Oeuvres, X, p. 386.
(40) Oeuvres, XI, p. 29-30.

«Éstamos aquí en un pueblo *durae cervicis»,* escribe durante la misión de CorbeA (41).

Se hacía circular a cuenta suya y de sus compañeros toda suerte de calumnias e insinuaciones pérfidas. <iSe les
presentabadicen sus biógrafos---corno gentes muy rudas y austeras, que rechazaban la absolución por cualquier cosit « a
e ¡mponían penitencias insoportables, como gentes ignorantes, tímidas, supersticiosas, que propalaban fábulas y no
atendían sino al exterior de la religión, descuidando lo esencial; corno'gentes interesadas que hacían vender libros para
obtener provecho, y que bajo pretexto de restituir el bien ajeno se lo apropiaban para construir iglesias y seminarios.

Incluso se les atribuía todos los vicios que el Evangelio reprocha a los fariseos, y se les hacía pasar por los mayores
hipócritas que hubiesen existido desde hacía siglos» (42).

Lo importante era desvanecer cuanto ' antes estas odiosas prevenciones., El Santo recorría las calles con una campanilla en la mano buscando auditorio (43). Después, poco a poco, aumentó su reputación y con ella el número de sus oyentes; la iglesia se hizo pronto pequeña: entonces predicó en el,cementerio, en las plazas públicas, (44). En, 1667 en Saint-Ló, ¿n el corazón del invierno, cuando arrecia el viento, sale de la iglesia que no podía contener el gentío y predica al aire libre.

. Una vez lanzada la misión, nada le resiste: la vida mat~rial, los negocios, los placeres,-las diversiones, todo se suspende. Las poblaciones arrastradas irresistiblemente por la gracia omnipotente que las, agita, parecen no tener otra preocupación que responder a las llamadas poderosas del hombre de Dios que predica la, salvación y la conversión.

§ 3

La misión se organiza de manera que alcance a todoel mundo. Tiene su reglamento cotidiano, sus reuniones especiales y sus ceremonias extraordinarias.

Todos los biógrafos del Santo reproducen, en términos casi idénticos, el reglamento que había compuesto para. cada día de
(41) Oeuvres, X, p. 395.
(42) En BoULAY: *II, p. 252.*
(43) MARTINE: *1, p. 214-5.*
(44)Ibid., 1, p. 206-8.

retiro (45). «En el campo---dice Martine-los días ordinarios se predicaba por lo general un sermón (46). Después de rezar la oración de la mañana de rodillas, un misionero moralizaba en forma instructiva, para enseñar al pueblo a rezar y hacer bien las acciones del día. Los actos se recitaban en voz alta, tal como están en el librito de los *Ejercicios de Piedad:* se les hacía repetir palabra por palabra para que los aprendiesen hasta los más ignorantes, y conducirles así a adquirir una buena costumbre. El catecismo se explicaba desde las doce y media hasta las dos (47). Se terminaba cantando algunos cánticos religiosos. Finalmente se rezaba la oración de la noche en la misma forma que la de la mañana (48). El resto del día se empleaba en oír confesiones (49). En las ciudades y en los días de fiesta en el campo, ordinariamente había dos sermones: uno por la mañana y otro por la tarde, a una hora buena para todos. El catecismo era más extenso, más instructivo y propio para los mayores».

Ya hemos hablado de las reuniones especiales que en sus misiones organizaba el P. Eudes para sacerdotes. No hemos de volver a insistir sobre ellas. No eran las únicas: caballeros, artesanos, profesionales, presos, madres de familia, niños, tenían por turno las suyas, donde se les instruía en sus deberes particulares y obligaciones de estado.

~uando la gracia de Dios había terminado su obra y la palabra ardiente e imperiosa del gran misionero había subyugado a sus auditores, era llegado el momento de dar rienda suelta a los sentimientos que desbordaban todas las almas. Cualquiera que tenga experiencia en las misiones sabe que las grandes demostraciones que en ellas se desarrollan no tienen sentido y sólo producen
(45) COSTIL: *Annales, I, p.* 97; MARTINE: I, p. 226; BoULAY: II, p. 208. (46) Hacia las nueve de la

mañana. BoULAY: II, *p.* 208.
(47) «Algunas veces se cambió esta hora en atención a los artesanos o jornaleros, como se hizo en la misión de Beaune, en la que el catecismo se explicaba a las cuatro y media de la mañana, debido a los criados, vendímiadores y otras personas que en seguida iban al trabajo.» COSTIL: *Annales* I, p. 96.
(48) «Cuando el fuego había prendido en la misión... se anunciaba desde el púlpito que se iría a rezar las oraciones de la mañana y de la noche donde aquellos que lo desearan, y se encargaba a dos sacerdotes de la misión para que se dirigieran allí después de la cena de la Comunidad, en verano únicamente y, reuniendo a los vecinos, rezaban en voz alta la oración para darles ejemplo y se volvían a su residencia, sin hablar a nadie.»., COSTIL: *Annales, 1, p.* 98.
(49) No se empezaban las confesiones hasta el tercer o cuarto día. BOULAY: II, p. 211.

fruto en la medida que hayan sido preparadas con tiempo y seriamente, y en cuanto responden a una necesidad que acaba por imponerse a todos de proclamar su fe, de traducirla en grandiosas manifestaciones en las que todo el ser se afirma, en las que las convicciones que, en tiempo ordinario parecen dormir en el fondo del corazón, brotan con fuerza mostrándose en pleno día. En las misiones, más que en otra parte, hay un momento que es la hora de las almas. El P. Eudes poseía en alto grado la psicología de las muchedumbres creyentes, conocía exactamente esta hora y sacaba de ella un maravilloso partido.

Comenzaba por organizar una peregrinacion a un santuario de los alrededores. Todo un día se le consagraba, transcurrido en ejercicios piadosos y conmovedores. Algunos días más tarde se celebraba un funeral, que aseguraba a los fallecidos su parte en las ventajas espirituales de la misión. Para su final se reservaba una procesión del Santísimo Sacramento que sobrepasaba en esplendor y pompa a todas las ceremonias precedentes.

Uno o dos días después de terminada la misión, el P. Eudes convocaba por última vez a la población. Reservaba para esta reunión una ceremonia que nunca dejó de producir profunda impresion en todos los asistentes: la quema de libros malos y otros objetos escandalosos. Se'preparaba una gran hoguera (50) y a ella se dirigía en procesión el clero con sobrepellices.

Tomaba la palabra el P. Eudes: <iLo que vamos a hacer prendiendo fuego a esta hoguera es alegrarnos de las victorias obtenidas por Cristo sobre el pecado, la carne y el demonio; es también la destrucción de los principales instrumentos de que se sirven para arrancar las almas a su imperio». Luego recapitulaba en pocas palabras las ideas expuestas sobre esta materia en las instrucciones precedentes. Hacia el final del sermón se prendía la inmensa pira, y el predicador iba arrojando a ella uno tras otro los libros, cuadros, imágenes, etc., nombrándoles en alta voz, gritando anatema a sus autores y a quienes, teniendo otros semejantes, rehusaban deshacerse de ellos. Y añadía de manera que todos le oyesen: «Así se verán arrojados al fuego y arderán eternamente todos lo§ que juran, todos los que blasfeman, todos los vengativos, todos los impúdicos, todos los borrachos, etc., y todos aquellos que no han querido aprovechar la misión yconvertirse*. Y apostrofándoles con vehemencia: «Escoged entre hacer

(50) En Beaune fueron los mismos síndicos de la ciudad los que acarrearon la lefia.

lo que os han pedido vuestros confesores, es decir, restituir el bien ajeno que injustamente retenéis, reconciliaros
con el prójimo a quien odiáis, etc., huir de las ocasiones próximas que son causa de vuestras recaídas, o ser para
siempre sepultados en los abismos del infierno». k

Cuando concluía de hablar se entoncaba el *Te Deum,* que continuaba hasta que el fuego consumía los objetos arrojados, Al volver hacia la, iglesia se. cantaba el *Alleluia* y el *Laudate Dominum (51).*

Ahora la misión había terminado. El grupo apostólico se alejaba «pronto y sin ruido», llevando consigo las bendiciones, el sentimiento y el reconocimiento de las almas a quienes habían levantado, convertido y transformado.

1 1 1

Fruto de las misiones.

§

Acabamos de ver el exterior de las misiones que han hecho célebre al gran apóstol normando. Nos falta recordar sus extraordinarios resultados.

Están comprobados por el testimonio unánime de los contemporáneos del Santo. Su fama como operador de conversiones estaba bien asentada antes 1 de salir del Oratorio: «Ha:ce algún tiempo inspire este medio *(52)* a uno de los nuestros que casi continuamente está misionando en Normandía- escribe el P. de Condren refiriéndose al Santo- Un tesorero de Francia 6 la ciudad de C. (Caen) me dijo aquí hace poco que había dejado a este buen Padre junto'a su casa, donde le había visto durante toda una semana, tan seguido por el pueblo y los sacerdotes de la región, que ocupaba cien confesores. Después supe que se mantenía este fervor» *(53).*

(51) Reconstruimos esta ceremonia siguiendo al P. BOULAY: II, p. 236, que se basa en COSTIL: A *nnales,. 1, P. 99, Y* MARTINE: I, p. 238.

(52) Se trata de una atóciación de oratorianos con sacerdotes auxiliares preconizada por el P. de Condren, para suplir la falta de operarios apostólicos.

(53) *Leures du P. Charles de Condren* (edic. P. Pin), carta 50, en Boul~AY: I, *p.* 444.

M. de Renty, que le ha visto trabajar muchas veces en diferentes lugares y que incluso recurrió en varias ocasiones a su celo apostólico en favor de sus diocesanos, escribe: «El Señor me ha concedido y conmigo a todo su pueblo de aquí, una misión por el P. Eudes, hombre enteramente apostólico, como sus compafieros. Ayudadme a bendecir al Señor por esta grande gracia; pues se echa de ver no sólo por el enorme concurso de toda la región, sino también por las conversiones, restituciones, reconciliaciones y mudanza de costumbres. «El que peca no ve a Diosdice San Juan en su primera Epístola-, y el que le ve no puede pecar*. Me uno, pues, con usted al celo de su luz y de su conocimiento de tantas almas que están en las tinieblas por falta de quien les dé una mano.. Se deja ver la gangrena casi por todas partes. Por eso pedimos al Señor de la mies, según su orden, se digne enviar muchos operarios santos, ilustrados y despegados de este siglo, a corregir los pueblos y dar a conocer a Dios y a Cristo. Sólo para esto quisiera multiplicarme en el mundo ... » (54*)*.

En, una carta a un amigo da los siguientes detalles sobre una de las misiones de nuestro Santo:

«Señor:

Suplico a Aquel que con tanta fuerza me une a usted sea para los dos nuestra Vida y nuestro Todo.

Nuestra misión, que duró hasta el domingo pasado, me ha impedido el responderos antes de ahora. Ha pasado, gracias a Dios, con muchas bendiciones por la reacción que se notaba en las personas, muchas restituciones que se han llevado a cabo, gran cantidad de libros y novelas que fueron entregados para ser quemados públicamente. En una palabra, los misioneros hubiesen deséado ser ciento, cuando sólo eran dieciocho, para satisfacer al pueblo, que algunas veces esperaba dos, tres o cuatro días antes de poder confesarse y, al cabo de cuatro semanas, muchos no lo han podido hacer. Resulta imposible no conmoverse viendo el fervor de las pobres gentes, dejando todo para acudir a escuchar la palabra de Dios; y es preciso considerar al P. Eudes como a un admirable órgano de Dios para el ministerio a que ha sido llamado. No se puede resistir a verdades dichas tan claramente, tan santamente y con tanta fuerza.

No os diré más sobre esto, pues los pormenores serían demasiado extensos. El último día había más de doce mil personas. Cubrían toda una montaña. Era una idea ingenua del juicio* 155).

No sólo se conmueven las provincias a la voz del Santo. París se conmueve a su vez: «Algunos sacerdotes normandos, dirigidos por el P. Eudes, han venido a dar una misión en París
(54) BOULAY: 11, *p.* 244.
(55) *Ibid., II, p.* 244.

con una bendición admirable. El patio de Quinze-Vingts es muy grande, pero resultaba pequeño para contener a todos los que asistían a las predicaciones» (56). Quien así se expresa es San Vicente de Paúl en una carta dirigida a sus sacerdotes en Polonia.

Escuchemos ahora a M. Olier, que profesaba a nuestro Santo la mayor estima. Un contratiempo impidió a éste llegar el día prefijado para dar comienzo a una misión que había aceptado en Saint-Sulpice._ M. Olier toma la palabra: «Necesitaría la luz de este gran siervo de Dios para hablaros dignamente de Cristo, nuestra verdadera luz. Este hombre apostólico tiene un don especial para convertir los corazones y tenemos confianza de que, en un tiempo tan favorable en que coincide la Cuaresma y el jubileo, por su medio Dios nos concederá gracia y misericordia# (57).

§,2

Las cartas del Santo misionero basta~rían por sí solas para hacernos palpar las maravillas de que fué ocasión su ministerio apostólico:

«No podría deciros las bendiciones que Dios otorga en esta misión. En verdad que es algo prodigioso-escribe desde Vasteville a M. Blouct de Camilly- Hace tiempo que no predico en la iglesia, pues, aunque es bastante grande, en esta ocasión resulta pequeña. Puedo decir que los domingos contamos con más de quince mil personas.

Hay doce confesores; pero sin exagerar había tarea para cincuenta. Acude gente desde ocho y diez leguas, y los corazones se sienten tan conmovidos que no se ven más que lloros, ni se oyen más que gemidos de los pobres penitentes. Los frutos que los confesores ven en el tribunal son maravillosos. Pero lo que nos apena es que sólo se podrá confesar la cuarta parte. Estamos abrumados. Los misioneros ven a algunos que ya llevan ocho días esperando sin poder confesarse, y que se echan a sus pies donde los encuentran, suplicándoles con lágrimas el ser atendidos. No obstante, esta es la sexta semana de la misión* (58).

«Henos aquí apremiados de más gente que en Vastevilleescribe al mismo Padre- Tenemos

catorce confesores, pero si fueran cincuenta, no darían abasto. Es cosa que desgarra el corazón ver cómo muchas pobres gentes que vienen de tres y
(56) MARTINE: II, p. 68.
(57) *Ibid., I, p.* 332.
(58) *Oeuvres, X, p.* 431.

cuatro leguas de distancia, a pesar de los malos caminos, piden con lágrimas se les escuche en confesión, y que permanecen seis u ocho días sin ser atendidos, tan grande es el apremio, y que pasan la noche bajo los portales o los mercados con el tiempo que hace. *Roguemus Dominum messís, ut mittal operarios in messem suam** (59).

El alma vibrante del Santo misionero comunica a las pocas líneas que acabamos de leer una emoción de que resulta difícil sustraerse. Evocan, hemos de reconocer, un espectáculo impresionante. Aquellas multitudes que esperan días enteros el momento deseado de depositar, a los pies del apóstol que ha encontrado el camino de su corazón, el fardo de sus faltas e incluso de sus crímenes; de desahogar en su alma que saben locamente misericordiosa la suya demasiado cargada. Ésta es la comprobación más irrecusable de su poderosa y bienhechora acción sobre las masas que se conmueven a su voz, y cuya conquista completaba su infatigable caridad.

3

¿Hasta dónde llega esta acción?

Algunas profundidades escapan a nuestras investigaciones. Sólo la eternidad nos revelará la espléndida cosecha de almas que el Santo levantó al pasar. De todos modos la historia nos permite citar algunos de los resultados tangibles y duraderos de estas misiones incomparables.

Aquí-como sabemos por una carta del siervo de Dios a M. Mannoury-son ochenta caballeros «que ordinariamente se batían en duelo, los que firman una fórmula, por la que se comprometen con juramento a renunciar por entero al duelo» (60). Más adelante son familias en guerra desde hacía tiempo, y tomando las unas sobre las otras terribles venganzas, a las que el Santo induce a reconciliarse públicamente (61). En otra parte suprime los abusos inveterados que profanaban la santidad del domingo.

En otras misiones los hugonotes, cediendo a la corriente general y a la curiosidad, se deciden a oír al misionero, cuyo nombre pronuncian todos los labios. La gracia actúa en sus cora
(59) *Oeuvres, X, p.* 433.
(60) *No* hemos podido encontrar el texto de esta carta. Reproducimos el resumen hecho por MARTINE: I, *p.* 337.
(61) *]bid., I, p. 188.*

zones. Se aventuran a acercárseles más, a someterle sus dificultades. El Santo les acoge con bondad; les escucha con paciente atención; y les responde con tanta claridad y solidez que sus objeciones y prejuicios desaparecen. Abjuran de sus errores y vuelven felices y reconocidos al seno de la Iglesia (62).

Intervenciones providenciales contribuían a veces a aumentar el prestigio del Santo y la autoridad de sus predicaciones. Se conserva en una vidriera de Valognes el recuerdo de una tormenta

que se abatió en torno a una plaza donde predicaba, sin que su auditorio fuese alcanzado, El mismo Santo nos cuenta dos fenómenos análogos, de los que dice «no se puede expresar los maravillosos efectos que esta predicación ha operado en los corazones, que quedaron muy conmovidos» (63).

Se comprende que a la vista de estos prodigios, del bien operado en las misiones y, sobre todo, de la avidez con que las poblaciones respondían al llamamiento de Dios, el Santo-que era y permaneció hasta el fin misionero en el fondo de su alma-se dedicase al ministerio en que descollaba y rendía cuanto era capaz su incansable abnegacion y su celo apostólico. Por esto proclamó, en cuantas ocasiones se presentaban, la importancia y necesidad de las misiones; y multiplicaba los apremios más insistentes para asegurarles en abundancia los operarios escogidos que exigían. Oigámoslo insistir sobre este punto en la correspondencia con sus hijos:

«¡Oh qué bien tan gran ' de son las misiones! ¡Cuán ilecesanas son! ¡Qué gran mal es ponerles obstáculos! ¡Oh!, ¡si
los,que nos impidieron predicar algunas en la diócesis supieran el mal que han causado! *Pater dimitte illis,'nescierunt enim*
quid fecerint.

Roguemos, mi queridísimo'Hermano, al Señor de la mies, que envíe a ella operarios y digámosle a menudo de todo corazón: *Domine messis mitte operarios in messem tuam.* ¿Qué hacen en París tantos doctores y tantos bachilleres, mientras las almas perecen a millares por falta de quienes les tiendan la mano para retirarlas de la perdición y preservarlas del fuego eterno? Ciertamente, si yo me dejase llevar por el impulso de mi convicción, iría a París a gritar en la Sorbona y en los demás colegios: ¡Al fuego, al fuego, al fuego del infierno que abrasa todo el universo! Venid doctores, venid bachilleres, venid sacerdotes, venid todos, señores eclesiásticos, para ayudar a extinguirlo» *(64).*

(62) BoULAY *(III, p. 443)* da cifras enviadas oficialmente a Roma por el Nuncio en París, sobre las conversiones de herejes realizadas por el *P.* Eudes.

(63) Se puede leer este relato en el *Memorial* del Santo, p. *96. (Oeuvres, XII, p. 129-31.)*

(64) Oeuvres, X, p. 431-2.

En otra carta vuelve a insistir sobre este mismo punto, que tanto le llegaba al corazón:

«¡Ah! Si los sacerdotes que pierden su tiempo y entierran sus talentos, hubiesen gustado un poco de estas dulzuras y consuelos, tengo la certeza de que se apresurarían a trabajar en las misiones y a ofrecerse para ser nuestra ayuda» *(65).*

Estas dos cartas conservan toda su actualidad. La mies es más abundante que nunca, y cada vez son menos los
operarios.,¡Ojalá, después de tres siglos, despierten las apremiantes llamadas del P. Eudes ecos poderosos en numerosas
almas sacerdotales; enciendan en ellas la llama del celo apostólico; susciten, en una palabra, émulos de su fe intrépida,
de sus inflamados ardores y de su incansable abnegación en el servicio de Cristo y de su Iglesia! 1

(65) Oeuvres, X, p. 433.

CAPITULO VI

ORIGENES DE NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD

La fundación de la Congregación de Jesús y María, el establecimiento de los seminarios, el ejercicio de un apostolado de los más variados y extensos entre el clero y los fieles, no, absorbía toda la actividad del siervo de Dios. Al mismo tiempo que atendía a estos trabajos, a costa de tantos esfuerzos y dificultades, perseguía otra obra que por sí sola le enaltece: la creación #tan sobrenatural, tan audaz, tan combatida» (1) de Nuestra Señora de la Caridad. Estos tres adjetivos que le atribuye una pluma episcopal se deben tener muy presentes. ~ Resumen los comienzos providenciales de esta iniciativa del Santo; proclaman su originalidad y recuerdaq su gestación llena de trabajos y sufrimientos.

La historia de los orígenes de Nuestra Señora de la Caridad se puede referir fácilmente. Consta de tres períodos: el primer esbozo (1636-1641), la organización provisional (1641-1644) y la organización definitiva (1644-1680).

Primer esbozo.

La idea de una obra dedicada especialmente a recoger «los desechos del mundo» es, sin duda alguna, anterior al P. Eudes. El ejemplo de Jesús acogiendo con tanta misericordia a la Magdalena arrepentida, nunca ha dejado de ejercer un santo contagio

(1) Mons. **HuMBRECHT,** Arzobispo de Besançon, en *Une oeuvre de Miséricorde et d'Apostolat. Nôtre-Dame de, Charité du Refuge et du Bon Pasteur (1640-1923) par des Pères de la Congrégation de jésus et de Marie,* Besangon, *1923, p. V.,*

sobre las almas generosas y, en todas las épocas de la historia de la Iglesia, se ve a algunas consagrarse al alivio y rehabilitación ,de las desgraciadas víctimas del vicio.

En los tiempos del P. Eudes, tanto en París como en provincias, hubo varias tentativas para fundar casas abiertas al arrepentimiento, como se comprueba por escritos y hechos. Algunas alcanzaron cierta celebridad (2). Pero en su mayor parte tuvieron vida efímera y atormentada. A todas les faltó un personal debidamente preparado para este apostolado especialmente delicado y difícil, métodos eficaces y un espíritu capaz de sotenerlas y animarlas.

Los repetidos fracasos de estas tentativas (3)-y nunca se alabará bastante su elevada y misericordiosa inspiracion-permiten ver la novedad de la obra que realizó San Juan Eudes. En efecto, fué el primero que tuvo el pensamiento de fundar una Orden religiosa con la exclusiva misión de conducir Magdalena a Jesús: «El primero, que para poner bien en claro el fin perseguido y obtener de quienes entrasen en la Orden el que no se desviaran nunca de su misión apostólica, impuso a las Hermanas que siguieran su regla, además de los tres ordinarios de religión, un cuarto voto: el de consagrarse a la santificación de las arrepentidas*. Sublime adición, «que distingue de todas las demás a la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, voto de impresionante originalidad, bienhechora audacia, verdaderamente nuevo en Ips anales eclesiásticos. Es como la roca sobre la que se levanta el

Refugio; mejor todavía, la fuente donde se alimenta desde hace tres siglos» (4).

Este <ihospital de almas» (5) con que el P. Eudes dotó a la Iglesia, y cuya genial estructura acabamos de admirar, no se creó ni dotó de una sola vez.

(2) Mons. HuMBRECHT, Arzobispo de Besangon.... p. 8-11.

(3) La historia de estas tentativas está bien esbozada en la interesante obra de E. BRULEY: *Le Bon-Pasteur d'Angers* (París, 1931), cap. 1: «Los precursores*.

(4) Ibid., p. 12.

(5) Este nombre delicado del Santo fundador (cfr. *Constitutions de Notre-Dame de Charité,* const. 1. a, *Oeuvres, X, p.* 80) ha sido recogido por una de sus hijas espirituales, la Madre María de Santa Victoria *Houette, la* cual escribe: «Conviene hacer constar que esta Orden no se estableció, ni recibió en la Iglesia para formar en ella un nuevo grupo de vírgenes consagradas a Dios, sino para crear un hospital para las almas, donde sus enfermedades puedan ser tratadas y sanadas, donde las pobres almas enfermas encuentren otras suficientemente generosas para servirlas y ayudarlas en todas sus necesidades». Cfr. su *Vida,* por el canónigo HouEN, *p. 276.*

Los comienzos fueron vacilantes, muy penosos incluso (6). Faltó desde los primeros momentos al Santo una colaboradora como las que Dios algunas veces concede a los fundadores de Institutos femeninos, sobre la que pudiese descansar por entero la marcha de la naciente Comunidad; colaboradora que al mismo tiempo de estar dotada de una fuerte personalidad, capaz por lo tanto de imponerse en torno suyo, hubiera tenido bastante abnegación y olvido de sus miras e intereses personales para conformarse con ser, entre las manos del fundador, un instrumento dócil y abnegado. En una palabra, en empresa de este género se hubiera necesitado junto al P. Eudes, a una Escolástica, una Clara de Asís, una Juana de Chantal, una Legras, una Acaria, una Eufrasia Pelletier... Pero la acción divina se manifiesta con mayor claridad en las obras totalmente desprovistas de todo, socorro y medios humanos, y la historia de Nuestra Señora de la. Caridad nos proporciona otra prueba de ello.

Esta Orden a la que Dios deparaba un desarrollo extraordínarlo-pues en la actualidad cuenta, sumando ambas ramas del Refugio y del Buen Pastor, cerca de quince mil religiosas-se injerta, por así decir---como los seminarios de cuyo establecimiento nos ocupamos en el capítulo anterior-, en las numerosas misiones predicadas por el Santo. De igual forma que le habían llevado a hacerse cargo de la obra de santificación del clero, también le determinaron a asegurar la perseverancia y completo retorno a Dios de las almas culpables y arrepentidas que iba poniendo en su camino. Muchas de éstas, por él arrancadas al demonio, le habían suplicado las protegiera contra su debilidad y los Peligros con que tropezaban sus buenas resoluciones.

Muy pronto había accedido el Santo a estas instancias (7). Sus biógrafos no coinciden al designar la fecha en que había dado comienzo a este nuevo ministerio de preservación y rehabilita

(6) ePoco a poco, y sin un plan determinado fué como el venerable Juan Eudes fundó la Orden de Nuestra Señora de la Caridad». ORY: *Les origines de Notre-Dame de Charité,* Abbeville, 1891, p. 3.

(7) ¿Tuvo el Sánto desde los comienzos de la obra de las arrepentidas el pensamiento determinado de fundar una Comunidad especial? Si hemos de atenernos a sus primeros biógrafos-y aunque piense otra cosa el P. ORY (p. 7)-parece que no. «No se había dado otro nombre a esta Comunidad que el de Nuestra Señora de la Caridad, y las que la dirigían no pensaban~ ni remotamente el convertirla en una casa de religiosas. Dos razones convencieron al P. Eudes de la necesidad absoluta de ello: la primera, el número de penitentes sin cesar creciente, pues que su caridad no podía recha2;ar a ninguna que se preáentase; la segunda, la inconstan¿ia y desunión de algunas directoras». (COSTIL: *Annales,* 1, p. 5&.) «Dios no permitió entonces *1 8 0* -

ción. Segun Huet, el Santo tenía este propósito desde el año 1634. De cualquier forma, todos sus demás biógrafos reconocen unánimemente que no se puede fijar antes del 1639 sus primeros ensayos de asistencia a las arrepentidas (8). Es decir, que una vez más, nos parece imposible suscribir la tesis de la pretendida influencia decisiva que la semana de la Natividad de 1641 ejerció sobre la vida y el apostolado del Santo (9).

En un principio le vió ayudado en esta obra de misericordia por algunas mujeres del pueblo, que consintieron en albergar a sus arrepentidas. Una de ellas, Magdalena Larny, «pobre en bienes terrenales, pero rica en los del ¿ielo», vivía en una casita del barrio de San Julián de Caen (10). Fácilmente se echaba de ver que esta instalación era imperfecta y precaria. Magdalena Lamy se daba cuenta de, ello y no reparaba en dirigir al P. Eudes observaciones algo picantes. Un día que estaba en el umbral de su puerta, le vió pasar en compañía de los señores de Camilly y de otras personas distinguidas muy conocidas por su piedad. La ocasión le pareció propicia para abordarles llanamente, valiéndose de su abnegación y de los servicios prstados: «¿Adónde van ustedes?-les pregunta-. Seguro que a las iglesias, para allí comerse las imágenes de los santos. y con eso se tendrán ustedes por muy devotos. No está ahí el busilis, sino en que trabajen por fundar una casa para estas. pobres hijas que se pierden por falta de medios y á dirección» (11). -

Esta inesperada salida, rayana en la impertinencia, tuvo el resultado perseguido por la buena mujer. Fué un rayo de luz para el P. Eudes y sus amigos. Se concertaron y de sus deliberaciones nació el proyecto de desarrollar la obra de las penitentes. Se decidió obtener un local apropiado. M. de Bemi~res pagaría

todas estas contradicciones para dejarle el gusto de comenzar otra empresa cuyo alcance él mismo ignoraba, pero que no era de pequeña importancia» (Ln BEURRIER: loc. *cit., p. 74).* «Después de, varias deliberaciones se decidió alquilar una casa en que hallarían acogida las jóvenes y mujeres arrepentidas que quisieran retirarse.a ella, y buscar jóvenes honestas o piadosas viudas que les hiciesen trabajar y velasen cuidadosamente por su conducta» (MARTINE: *II, P. 127).*

Esta unanimidad de los primeros biógrafos del Santo nos obliga a abandonar la opinión del *P.* Ory, a la que nos habíamos adherido en ediciones anteriores.

(8) ORY, *P. 127;* MARTINE: *II, P. 125;* COSTIL: *Awnales, I, p. 56.*
.(9) LE DORÉ: *Naissance du Culte liturgique des Sacrés-Coeurs,* París, *1916, e. IV:* «Naissance de Fordre de Nótre-Dame de Charité*.
(10) ORY, *p. 4.*
(11) COSTIL: *Annales, I, p. 56.*

el alquiler; M. de Camilly le suministraría cuarenta celemines de trigo; otras personas, entre las que figuraba Mme. d'Acquaville, se ocuparía del mobiliario; Mme. de Camilly aceptaba el cargo de ecónoma. El Santo se reservaba la tarea más difícil: organización del personal y las gestiones ante las autoridades civiles > y eclesiásticas para obtener las autorizaciones necesarias (12).

Mons. d'Angennes, siempre benévolo a las empresas del P. Eudes, accedió a sus deseos y, no sólo concedió una capilla para el uso doméstico de sus penitentes, donde se pudiera celebrar el Santo Sacrificio, sino que intercedió (13) con los corregidores, quienes en consideración al Obispo de Bayeux, autorizaron de palabra el establecimiento proyectado (14). Hubiera sido preferible un permiso en debida forma, como pronto hemos de ver.

Una vez cumplidas estas formalidades, reunió el Santo a todas las penitentes dispersas por la ciudad, el 25 de noviembre de 1641 (15), en una casa situada en la calle de San Juan, «próxirna a la puerta Millet, frente a la capilla de San Graciano» (16). Al mismo tiempo que ellas hizo su entrada una estatua pequeña de la Santísima Virgen, regalo de las carmelitas, como prenda visible de la toma de posesión por la Santísima V;rgen de aquella casa a la que iba á cubrir con su maternal protección (17).

La obra de las arrepentidas estaba fundada.

I I

Organización provisional.

El 8 de diciembre del mismo año (1641) inauguraba el Santo fundador la capilla de la casa de las penitentes. Había tenido empeno en ser él mismo quien celebrara la primera Misa, cerrando por primera vez la puerta del tabernáculo tras el divino Cautivo que lo habitó desde entonces. Por eso no es de sorprender que, con su profundo sentido sobrenatural, haya fechado en su *Memo*

(12) ORY, *p. 4;* MARTINE: *II, p. 127;* COSTIL: *Annales, I, p. 57.*

(13) COSTIL: *Annales, I, p. 57.*

(14) MARTINE: *II, p. 152.*

(15) MARTINE: t. *II, p. 127;* ORY: *p. 6.*

(16) Annales de Notre-Dame de Charité, en MARTINE: II, p. 127.

(17) La historia de esta estatua va íntimamente unida con la de Nuestra Señora de la Caridad. Hoy día se encuentra colocada sobre el escaño de la R. M. Superiora en el coro de las religiosas de la «casa madre». ORY, p. 6.

7¡al con esta memorable jornada el establecimiento de Nuestra Señora de la Caridad (18).

Con toda urgencia necesitaba una cabeza esta pequeña Comunidad. La elección del Santo recayó en Margarita Morin, persona de grandes cualidades y de extraordinaria abnegación. A pesar de ello, la elección no fué muy feliz. Nunca llega uno a despojarse por entero de la primera educación. Margarita Morin, antigua convertida del protestantismo, guardó de la suya una aspereza y una intransigencia de miras, que no tardaron en paralizar su acción e incluso llegaron a comprometer el desarrollo de la obra confiada a su dirección. De todos modos, sus comienzos no pudieron ser más alentadores.

De lejos y de cerca, el Santo vigila con solicitud el progreso de la pequeña Comunidad. Una, carta que escribe por estos días a las Damas de la Misericordia de Rouen, durante la misión que, predicó en Saint-Ló en 1642, nos informa de su satisfacción por la buena marcha del Refugio de Caen:

«En la casa de Nuestra Señora del Refugio de Caen todo va muy, bien, gracias a Dios. Les aseguro que he experimentado un particularísimo consuelo cuando de vuelta a, Caen, desp~és de la misión de Rouen, fui a enterarme dé lo que allí se hacia. Pues pude ver que allí era Dios muy glorificado por el buen orden que se guarda y el gran cuidado que se,tiene por educar bien a aquellas pobres refugiadas en el temor de Dios y la piedad, y hacerlas emplear bien el tiempo en el trabajo. Sin embargo, sólo tres presonas de Caen, por cierto no de las más ricas, hacen subsistir esta casa# (19).

Contento por estos primeros resultados, el Santo fundador solicita del rey en este mismo año de 1642 las cartas patentes, cuya obtención le facilitó la benevolencia de Richelieu. Se firmaron - y

expidieron en el mes de noviembre. La existencia legal estaba asegurada. Los acontecimientos se encargaron de demostrar .pronto cuán inspirado estuvo el Santo al llenar esta formalidad.

Para entonces, ya la malicia, la curiosidad y la necesidad de hablar, habían puesto, en circulación ciertas observaciones desfavorables para la pequeña Comunidad: vana quimera, murmuraban unos; obra inútil, decían otros; una Comunidad más que alimentar cuando cuesta tanto sostener las que existen, afirmaban otros. Tanto se habló y se dijo, que a no se por la aprobación real, el

(18) Memorial, p. 35. (Oeuvres, XII, p. 112.~
(19) Oeuvres, XI, p. 40.

alcalde y los regidores hubieran suprimido la casa de la calle de San Juan, causa y objeto de tantas protestas (20).

Pero estas dificultades externas no eran nada comparadas a las que por momentos se agravaban en su interior. El Refugio se debatía en una pobreza tal que lá caritativa Mme. de Camilly pasaba mil angustias para hacerle frente. El Santo que a la sazón predicaba en Saint-Sauveur-le-Vicomte (1643), le envía estas palabras de aliento:

«Continuad, hija mía, confiando en Dios, y tened la seguridad

de que nuestra Madre Admirable tendrá cuidado de sus hijas, y que las dará cuanto necesiten. Es bueno tener cruces: ellas son nuestra gloria y nuestra corona» (21).

La «Madre Admirable» respondió a la confianza de su siervo, y se constituyó, poco después, en su tesorera, como nos lo confirma la siguiente carta, que va dirigida también a los señores de Carnilly:

«Queridísimo hermano del alma y queridísima hermana:

He recibido vuestra carta. Bendito sea Dios por el fervor de nuestros MM. de Lyon y, de Répichon...

Todos los días pedimos por ustedes y todos sus asuntos. Les he escrito por el último correo lo que han respondido sobre aquello. Nuestra Madre Admirable ha querido dar un denario a sus hijas, que son nuestras hermanas. Llama a esto un denario, porque no hace gran caso de cosas temporales; y de este denario hoy me ha enviado doscientas libras. Ignoro cuánto me queda del denario, ni por qué medio me lo enviará. Si M. de la Mare, *u* otro cualquiera, conociese a alguien que quisiera entregárselo a ustedes en Caen y tomarlo aquí, nos vendría muy bien.

De cualquier forma, les ruego les vayan entregando esta suma poco a poco, según sus necesidades y la discreción de ustedes. De no encontrar otro medio, yo mismo lo llevaría por Pascuas* (22).

En esta época, el P. Eudes trataba de conseguir a la pequeña Comunidad un alojamiento más apropiado. No era cosa fácil. ¿Cómo discutir desde lejos la compra o alquiler de un inmueble? No obstante procura activar por carta las negociaciones entabladas:
(20) MARTINE> 11, *p.* 132 *ss.*
(21) *O~res,* XI, p. 41.

(22) *Oeuvres,* XI, p. 42. ¿Se refiere esta carta a las 800 libras que según ciertos biógrafos (ORY, P. 16; BoULAY: II, *p.* 92) dió María des Vallées al Santo para Nuestra Señora de la Caridad, 0 de un socorro providencial recibido por otro conducto? En la imposibilidad de dilucidar este punto preferimos atenernos a lo que parece rigurosamente cierto. Esta carta señala la primera intervención de María des Vallées en favor de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad. Desde entonces la piadosa mujer no dejará de sostenerla con sus oraciones, sus limosnas y sus estímulos proféticos. Volveremos sobre este asunto en el capítulo que le consagramos..

1 8 4 - UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

«Jesús, María:

Esperaba recibir por el correo de hoy vuestras cartas, queridísima hija, y conocer vuestra opinión sobre la casa de M. Montfort, pero sólo me han llegado unas líneas de nuestro hennano Mannoury, donde me anuncia su llegada. Creo que habréis preferido escribirme por él. Me comunica que ha visitado la casa de M. Montfort con M. Jourdan y que la encuentra muy apropiada y habitable. Por lo que me escribe no se debe dejar pasar esta ocasión. Está algo próxima al Oratorio, pero esto poco importa. No obstante lo dejo todo a su parecer y al del hermano querido. Os envío la carta que me escribe M. Mannoury. Haced el favor de leerla y considerarla. Suplico a nuestra Madre os inspire su voluntad sobre este asunto.

Si lo juzgáis oportuno, escribid a M. de Berniéres que la tome de M. Patri y que se asegure...

Por nuestro asunto de Bayeux y por las bulas de nuestras Hermanas hacemos una novena, en la que todos los días rezamos: un *Ven¡ Creator,* un *Memorare,* un *Ave María Filia De¡ Patris,* doce *Monstra te esse Matrem admirabilem* y doce veces las palabras que nos ha dado el Águila: *Saneta Maria, Mater De¡, Virgo cui data est omnis potestas in caelo et in terra, fiat nobis secundum verbum tuum,* es decir, que sea según sus promesas. Os ruego como también al hermoso Botón de Lis, se unan a ella, como igualmente nuestras queridas Hermanas, sin hablarles de lo de Bayeux, que debe permanecer muy en secreto. El mismo ruego a nuestro querido M. Jourdan. Recomendadles también a la Madre San José, a los pobres y a la Visitación.

El Aguila todavía me decía ayer, que poco a poco tratáis de hacer gustar las cosas de Dios a Fanfan, que en ellas encuentre su descanso y que el espíritu maligno que no ve bien que la queráis dar a Dios, se esfuerza por atraerla al mundo; que, por vuestra parte, habéis de tener un cuidado extraordinario para hacer que mire lo que la interesa. Todo esto salió de ella, sin que yo tocara este punto, pues tiene un gran afecto por ella y por todo cuanto a usted se refiere, de lo que mucho me alegro, pues es para usted una extrordinaria gracia» (23).

(23) Hemos tenido empeflo en reproducir íntegramente esta carta, incluso en lo que no se refiere a Nuestra Señora de la Caridad. Nos informa sobre las relaciones de intimidad espiritual del Santo con Mme de Camilly y también de las que mantenía con María des Vallées, designada aquí con el nombre del Águila. Fanfan o el hermoso Botón de Lis, no es otra que la misma hija de Mme. de Camilly, por cuya vocación se interesa mucho el Santo. Tenemos una prueba de ello en la carta que la dirige con fecha marzo de 1644 *(Oeuvres, XI, p.* 43-5), donde, aludiendo al matrimonio de búle. Camilly, exclama: «¡Casarse Fanfan! ¡Casarse el,hermoso Botón de Lis! ¡Oh! ¡Si supierais lo que esa palabra, aunque me lo digáis en broma, me ha afligido! ... » Después da a su corresponsal varios avisos que le envía la Santísima Virgen tocante a la educación de su hija.

Recomendaciones que sugirieron a M. Bremond las reflexiones siguientes: «Se ve que estamos lejos de Annecy. Con facilidad se imagina el incidente. María des Vallées encontraría a la pequeña Camilly, contenta por

Por desgracia estas preocupaciones pecuniarias de habitación, por grandes que fuesen, no eran las únicas en hostigar al fundador de Nuestra Señora de la Caridad. Las horas radiantes de un principio se habían ensombrecido. La'correspondencia de esta época lleva señales manifiestas de su preocupación por asegurar en calidad el reclutamiento de su pequeña Comunidad. Vuelve con insistencia sobre este punto en sus cartas a Mme. de Camilly:

«Ved también a nuestra querida Sor Margarita, y decidle de yarte mía que me han asegurado que la joven de Néhou esta muy enferma, y que por ello no hay ninguna razón para cargar la casa con ella.

Para la de Caen es mucho lo que me pedís; pero, no obstante, creo que valga más atrasar su entrada hasta mi regreso. Sin embargo, lo dejo a vuestra discreción, querida hija, y a vuestra voluntad. Sólo os pido examinéis bien a la joven para ver si reúne las cualidades requeridas, a saber: espíritu de piedad, humildad, bondad, obediencia y sencillez; si se encuentra resuelta a renunciar por entero a su propia voluntad, si tiene celo por la salvación de las almas, si tiene espíritu naturalmente bueno, si tiene salud; pues nunca se podrá encomiar la importancia de tener cuidado con las jóvenes que se reciben y examinarlas y experimentarlas cuidadosamente ... * (24).

Este consejo estaba muy fundado. Hacia un ano que se había producido una crisis cada día más aguda entre las directoras de la casa del Refugio, comprometiendo el futuro de la obra. ¿Cuál era su causa? «La ligereza, la inconstancia, unos celos secretos, y también se ha de reconocer la malicia del diablo, que en un momento por poco dan al traste con todo», afirma juiciosamente Martine (25). De todo hubo un poco en las serias dificultades que llevar alguna cinta bonita, acompañada de una coquetuela de su edad, trece o catorce años ... » (BREMOND: *Histoire du sentiment religieux, III,* p.594).

Leemos la *Vie admirable de María des Vallées (VIII, p.* 4): «Una joven por la que Sor María tenía gra/a cuidado, sin advertirlo cantaba a veces canciones profanas y mundanas; pero lo hacía tan en secreto que su madre no podía conocerlo. Nuestro Seflor se lo advirtió a Sor María que se hallaba a diecinueve leguas, y le mandó que avisase a su madre. Así lo hizo por medio de una misiva que M. Petier,escribió en estos términos: «Advertencia a nuestro hermoso Botón de Lis: El divino Esposo la mira y desea de ella que le mire de igual modo, y se queja de que canta canciones mundanas, encontrando en ello placer. Las canciones profanas son peste que hace morir la castidad. Tened cuidado». Habiendo recibido este aviso la madre habló a la hija, quien confesó ser cierto que alguna veces cantaba esas canciones; en adelante se abstuvo de cantarlas. Como se ve estamos muy lejos de la escena de coquetería #iniaginada* por M. Bremond.

(24) *Oeuvres, XI, p.* 48.

(25) MARTINE: II, p. 137.

enfrentaron unas con otras a estas buenas mujeres, y en particular, a Margarita Morin y a Mfle. de Saint-André. Sin pretender manchar la memoria de Margarita Morin, que fué siempre excelente mujer, está bien probado que la culpa inicial estuvo en ella. Le molestó la creciente influencia que, por la fuerza de las circunstancias, hubo de ejercer en la casa Mlle. de Saint-André. Ya no vió en ella sino a la rival a que había de anular aunque pereciese la obra. Mlle. de Saint- André, desalentada, abandonó su vocación y volvió al mundo. Esta marcha, rodeada de circunstancias penosas, quebrantó material y moralmente a la pequeña Comunidad (26).

Fué un golpe terrible para el Santo que todo lo había intentado, si no para impedir, al menos retardar una partida que
no solucionaba nada. Las pretensiones de Margarita Morin crecían por momentos. Después de hacer imposible la vida a
MUc. de Saint-André, atacó la autoridad del fundador, cuyo yugo sacudió ' sin miramientos, llegando incluso a prohibirle
la entrada en la casa. El Santo tuvo paciencia. Siempre esperó que se disipara la tempestad y que la imperiosa e irascible
Margarita Morin volviera a mejores sentimientos. Mientras tanto sostenía como mejor podía el valor de la heroica
MIle. de Taillefer, con quien contaba para asentar la empresa trabajada por tales dificultades.

«Jesús, María. Mi queridísima Hija:

Ruego a Nuestro, Señor y a su Santísima Madre que sean, vuestro sostén en la aflicción y en la prueba en que ahora os encontráis y que tanto me aflige. ¿Y no tengo motivos para ello, viendo a las almas que Dios me ha encomendado y a las que quiero más que a mí mismo, en la angustia que soportan y en grandísimo peligro de perder su vocación y caer entre las garras del lobo infernal, sin que me sea dado el verlas y hablarlas para devolverles la calma perdida? En verdad que quien es la causa bien puede temer la venganza de Dios.

No obstante, le pido con toda mi alma tenga misericordia de ella. Y usted, mi queridísima hija, la conjuro en nombre de Dios a no hacer nada sin que antes yo le haya hablado. Tenga un poco de paciencia y no se deje llevar por la tentación, y esté segura de que dentro de pocos días se hallará tan contenta y consolada como ahora afligida.

Considere, mi querida hija, que es a mí a quien la divina Providencia le ha dirigido y que de mí es de quien quiso servirse

(26) MIle. de Saint-André llevó consigo , como es lógico, las 1.600 libras de dote que había aportado a la Comunidad y que le hubiesen valido de gran socorro. Toda su vida guardó la mayor simpatía a la obra de las penitentes, a la que al morir legó 3.000 libras. MARTINE: Il, p. 138. ORY: loe. cit., p.20.

para atraerle a su servicio. -Por esto le suplico, en nombre de Nuestro Señor y de su Santísima Madre, me conceda lo que le pido, que es no salir de la casa antes de que yo le haya hablado. Hay quien os dice que yo le arrojo a ella de la casa y no es verdad, pues siempre le tengo dicho, y le digo todavía, que si quiere permanecer en la obediencia y no mostrarse rebelde a las cosas que lo he dicho, sino someterse como debe, yo la vería perseverar muy contento. Ahora bien, si ella se va, no es porque yo lo mande, sino por desobediencia. En fin, mi querida hija, le vuelvo a rogar tenga un poco de paciencia y verá cómo todo se resuelve en humo.

Lo que os digo se lo digo a todas nuestras Hermanas, a las que amo en verdad de todo corazón. Le ruego les diga todo esto y hara una cosa muy agradable a Dios.

Vuestro afectuoso Padre, JUAN EUDES,

Sacerdote de la Congregación de Jesús y María.

P. D.: Poneos un momento a los pies de la Santísima Virgen, daos a Ella y pedidle fuerzas; es

vuestra verdadera Madre, no os abandonará5> (27).

Las cosas permanecieron así. Margarita Morin se obstinaba en su oposición al siervo de Dios. Cansada al fin, y dándose cuenta de que se las había con una voluntad superior a la suya y a la que nunca lograría doblegar a sus caprichos, huyó una noche de la casa cuya responsabilidad había asumido. Se llevó cuanta ropa blanca pudo, vestidos y muebles, abandonando la guarda de las penitentes a Mlle. de Taillefer, que por única compañera tenía a la sobrinita del P * Eudes, María Herson, entonces de doce años y futura Madre María de la Natividad (28).

Inclinémonos con respeto y admiración ante la que un día tendrá el honor de ser la primera profesa de Nuestra Señora de la Caridad. «Es el tipo de la vocación que, una vez decidida, marcha derecha a su fin, sin desanimarse por las dificultades, ni el contagio del ejemplo, ni el espectáculo de las flaquezas que la rodean, por depresivo que pueda ser. Pasarán diez años enteros antes de que la Orden proyectada pueda tener profesas, cosa que no se ha visto en ninguna otra Orden de la Iglesia. Durante diez años, novicia intrépida, se mantendrá, sostenida contra todo cansancio por la palabra del P. Eudes. Es la piedra angular colocada en los cimientos del edificio, sobre la que, en su día, se elevará un grandioso edificio. El valor y la confianza de esta alma heroica
(27) Oeuvres, X, p. 491-3.
(28)MARTINE: II, p. 139; ORY, p. 20 ss.

mantendrá a su lado a la joven María Herson, que un día será una de las columnas de la Orden» (29).

Mientras tanto, el Refugio se encontraba en una situación crítica, y hablando humanamente, desesperada. No se le
ahorraban consejos ni advertencias al Santo para disuadirle de su empresa, considerada más que nunca como irrealizable
(30). Pero a é Í 1, la prueba, por dura que fuese, en vez de desanimarle le afianzaba en su resolución de triunfar sobre
todos los obstáculos suscitados por el infierno. Después de haber reflexionado, consultado y, sobre todo, orado, se
dedidió a poner al frente de la obra religiosas experimentadas que mantuvieran la dirección hasta el momento de ser
capaz de funcionar por sus propias fuerzas. El plan era demasiado audaz para no suscitar objeciones. No se podía
concebir que -las religiosas pudiesen vivir impunemente en constante contacto con las víctimas del vicio. M.
d'Angennes, en particular, se mostraba irreductible. Nunca daría §u consentimiento a seme-jante proyecto.

Se ha de reconocer que los afanes geniales del Santo fundador no habían experimentado todavía la prueba del tiempo. Después las ha justificado plenamente una experiencia secular; pero en los primeros tiempos de Nuestra Señora de la Caridad parecían aventuradas a los mejores espíritus, aun de los partidarios del Santo. Su fe en la Providencia y la belleza sobrenatural de su obra le inspiraban respuestas juiciosas a todas las objeciones que se le formulaban. El mismo M. d'Angennes dudó. Después de muchas dudas se remitió a la prudencia del P. Eudes y autorizó sus planes. La carta que con este motivo le escribe el 30 de julio de 1644 refleja su estado de ánimo: se confía a la experiencia del Santo, pero no acaban de desaparecer sus dudas:

<xPadre mío:

Puesto que usted, M. de Bernesq y las Hijas de la Visitación están de acuerdo en enviar algunas de ellas que dirijan a las del Refugio, accedo ' a vuestros deseos, aunque con gran repugnancia. Si quienes se vayan a enviar no son muy juiciosas, muy prudentes y con grandes cualidades para resistir al mal, corremos el peligro de perder dos casas para salvar una. Ruego a Dios de todo corazón no lo permita. Espero que la experiencia que usted y M. de Bernesq tienen del gobierno de dichos monasterios y la dirección de la Superiora de, las Hijas de la Visitación, remediarán todos los inconvenientes que por lo menos temo. Suplico a Dios, ya que unos y otros emprendemos este negocio,
(29) Une oeuvre de Miséricorde, p. 19, nota.
(30) MARTINE: *II, p. 143.*

por su sola gloria, nos asista con sus gracias. Continuadme las vuestras, y me reitero, Padre mío, vuestro afectísimo hermano
y servidor,
SANTIAGO,

Obispo de Bayeux» *(31).*

¡La obra del P. Eudes se había salvado !

Organización definitiva.

El 16 de agosto de 1644, tres religiosas de la Visitación asumían el gobierno de la comunidad del Refugio. Al frente figuraba una religiosa de gran mérito, la Madre Patin, que ya había desempeñado cargos importantes en su monasterio (32).

La nueva tarea acometida presentaba muchas dificultades: debía ser a la vez fundadora y refonnado~a. En colaboración con el P. Eudes tenía que asegurar el futuro y reparar el pasado. Digamos ya ahora, para no volver sobre ello que, durante su primera estancia en la Caridad, no tuvo siempre el total desinterés que sus funciones hubieran requerido. Resulta dificilísimo despojarse de todas las miras p'é,i.~onáles. Incluso las grandes almasla Madre Patin es u na de---ellas '- tropiezan algunas veces en el ca¡a" mino austero de la tota bnegación. Así le aconteció favorecer a la Visitación en detrimento de Nuestra Señora de la Caridad, y dirigir hacia aquélla personas, encaminadas a ésta. Ella misma es quien lo confiesa con gran humildad al referimos una visión enla que la Santísima Virgen, habiéndosele aparecido, le dirigió con tono severo este reproche: «Perjudicas mi casa quitándole los mejores sujetos* (33). El Santo fundador, al que pocas cosas pasaban desapercibidas, hubo de notar el juego de la buena Madre; mas en sus cartas no se advierte que hubiera sido severo, ni incluso
(31) ORY, *p. 24.*
(32) «La *R.* M. Patin había sido Superiora de la Visitación en Caen y a la sazón desempefiaba el cargo de maestra de novicias. Mujer distinguida, llena de sabiduría y virtud, permanecerá en la Caridad hasta *su* muerte, compartirá las pruebas del Fundador y, penetrada de su espíritu, *lo* comunicará a la primera generación*. *Une oeuvre de Miséricorde, p. 20,* nota.
(33) ORY, *p. 53.* Carta de la Madre Patin.

que se lo hubiera reprochado. Uno y otra atendían, en primer lugar, a lo más importante. Despues de pacificar los espíritus, se necesitaba asentar la Orden proyectada sobre bases sólidas y determinar los reglamentos indispensables.

¿Se ha de situar en esta época el cambio de nombre de la nueva Orden y la adopción del de Nuestra Señora de la Caridad? El parecer de los historiadores está dividido (34).

En cambio sí fué entonces cuando el Santo impuso a la nueva Comunidad la regla de San Agustín, con la única reserva de añadir a ella posteriormente constituciones especiales informadas del espíritu particular y el ministerio apostólico propio (35).

El hábito también fué determinado en esta época. La misma Santísima Virgen, consultada por intermedio de María des Vallées, se había reservado el determinar su forma y los detalles principales, declarando que wería con agrado que sus hijas llevasen un, hábito blanco con capa blanca y que su cinturón fuese también blanco para dar a entender la pureza de cuerpo y alma con que se debían revestir para agradar a su divino Esposo y el celo que deben tener de purificar las almas manchadas con el pecado a ellas confiadas. Dijo que también desearían,que llevasen dentro del hábito sobre el corazón, una cruz azul, para significar que deben guardar y llevar en su corazón el recuerdo de la Pasión que Jesucristo sufrió por amor suyo y la salvación de las almas pecadoras, y para hacerles recordar que deben abrazarse de todo corazón, por su amor, con todas las penas, cruces y dificultades que encuentren en el desempeño de las funciones de su Instituto; como también que en todo cuanto hagan sólo deben tratar de mirar, amar y desear el cielo, y esforzarse por coTiducir a él a todas las almas penitentes que les sean encomendadas» (36). La celestial modista dió prueba en esta ocasión de un gusto exquisito. Es todo un: hallazgo el hábito-de los más hermosos que existen-escogido por Ella para '«las hijas de su amabilísimo Corazón*.Además se adapta maravillosamente a las funciones elevadas y delicadas de la religiosa de Nuestra Señora de la Caridad, rodeándola de dignidad, imponiendo respeto a las personas con quien está llamada a tratar; para ella misma es, por su profundo y gracioso sim

(34) MARTINE: II, P. 149; COSTIL: *Annales, I, p.* 60; ORY, p. 27; LECOINTE, nota en MARTINE, *¡bid.*

(35) La Regla de San Agustín había sido adoptada desde un principio como lo prueban las cartas patentes de 1642.

(36) *Oeuvres, VIII, p.* 603. Nota de un manuscrito de la vida de María des Vallées conservado en los archivos de Nuestra Señora de la Caridad.

bolismo, una incesante invitación a vivir de Jesús y María, a ser una semejanza perfecta de ellos y a esparcir en torno suyo el perfume de las virtudes de sus Sagrados'Corazones.

La primera en revestirlo fué MUe. de Taillefer, quien por su heroica constancia había merecido el honor de estrenar la santa librea de Nuestra Señoráde la Caridad. Este favor le fué concedido el 12 de feb~ero de 1645. Aquel mismo día trocó su nombre-por el de María de la Asunción, nombre que había de ilustrar con sus sorprendentes virtudes (37).

Esta primera toma de hábito fué como una estrella que se elevó sobre la cuna de la humilde Comunidad y esparció sobre ella su bienhechora claridad en los malos días que la esperaban. La voluntpLd enérgica de la Madre Patin no bastaba, como fácil es de comprender, a allanar todo. Un cambio de domicilio, llevado a cabo en 1646, apenas mejoró la insostenible situación de la pobre y pequeña Comunidad. La casa adonde cambiaron era tan fría en invierno, que se helaba hasta el pan

(38). Otras almas que no fueran de su templé se hubieran desanimado. La misma Madre Patin tuvo horas de angustiosas vacilaciones. Un día que la pobreza había llegado a su extremo, se arroja a los'pies del crucifijo: «Dios mío, si vuestra voluntad es que os sirva en este lugar, dádinelo a conocer, procurándome el medio de hacer subsistir a la Comunidad». Apenas acabada esta oración, cede a una inspiracion irresistible, abre el cajón de su mesa y allí encuentra'veinte libras cuyo origen siempre ha permanecido inexplicable, y que permitieron atender a las necesidades más inmediatas. Otra vez, ante la vista de todas las Hermanas, se multiplicó el aceite por espacio de dos meses de manera igualmente misteriosa (39). Prodigios como éstos hubieran sostenido y alentado a una buena voluntad más vacilante. ¡Cuáles no serían sus felices efectos en las almas escogidas por Dios para establecer la Orden de Nuestra Señora de la, Caridad!

Por su parte, el Santo fundador, su providencia visible, multiplicaba sus gestiones para afianzar su establecimiento. Tiempo hacía que trataba en vano de obtener del Consejo de la ciudad el reconocimiento oficial, sin el que la autoridad eclesiásticaentonces iavorable-no podía conceder nada definitivo. Todos sus esfuerzos se estrellaban contra la hostilidad del alcalde y

(37) La compañera que compartió su dicha y fué admitida con ella a la toma de hábito no perseveró. ORY, p. 28.
(38) ORY, p. 33; MARTINE: II, p. 152.
(39) ORY, p. 33; COSTIL: *Annales, 1, p.* 62.

de los regídores de Caen. Sin embargo consiguió hacer incluir esta gestión en la orden del día del Consejo. Era obligar a éste a pronunciarse. El público rumor opinaba que la respuesta sería desfavorable.

Mas esto era sin contar con el P. Eudes y el cielo. Ved al hombre de Dios, a la hora de las deliberaciones, a la puerta del Consejo entre los indiferentes y los curiosos, de rodillas con los brazos elevados al cielo impetrando con toda su alma las luces y las gracias del Espíritu Santo sobre aquellos hombres que le eran más bien hostiles, llamados a decidir la suerte de sus empresas más queridas. ¡Imaginad esta escena en el vestíbulo de uno de nuestros ayuntamientos del silo xx! Pero la fe de un Santo triunfa de las, malévolas disposiciones de los hombres. Contra todo lo esperado, los regidores por decreto formal autorizaron el 20 de diciembre de 1646 el establecimiento de Nuestra Señora de la Caridad (40).

Después de esta primera victoria, resolvió el Santo llevar a Roma la causa cuyo triunfo en Caen habían asegurado sus indomables energías. Por entonces se encontraba allí M. Marmoury (41), para los asuntos de la Congregación de Jesús y María. M. d'Angennes, que no sabía negar nada al siervo, de Dios, le concedió gustoso unas preces transmitidas inmediatamente por el P. Eudes a su mandatario en Roma, en las que el Prelado exponía al Sumo Pontífice la naturaleza y funcionamiento del Instituto en formación, solicitando en su favor la aprobación apostólica (42). Esta carta es importante. Nos ayuda a penetrar en las miras del Santo fundador, sobre su obra; el apostolado de abnegación, de misericordia y de amor que le, confía; el espíritu que en ella quiere ver reinar; las personas a quienes están destinados estos #hospitales de almas», creación sublime de su celo y de su caridad, tanto como de su espíritu eminentemente positivo y práctico.

Ya se sabe cómo la falsa noticia de la muerte de M. d'AngenneIS, explotada en Roma por los hábiles enemigos del Santo, obligó a M. Mannoury a suspender sus gestiones sin haber logrado conseguir nada:

«Tampoco hay modo de trabajar en los asuntos de nuestras Hermanas hasta la venida del nuevo Obispo---escribía a su

(40) Reproducimos esta escena tomándola de *Une oeuvre de Mis¿ricorde, p. 27.* Hemos de confesar que no hemos encontrado ninguna referencia a ella en COSTIL, ni en *MARTINE.*
(41) Cfr. *supra, pp. 91-2 y,96-8.*
(42) *ORY, p. 34.*

Superior-, tanto más cuanto que las instancias de los vicarios no pueden ser recibidas, y además no es tiempo apropiado para servirme de ellas* (43).

Este contratiempo no desanimó al P. Eudes. Mientras M. Mannoury volvía a Francia reanudaba sus instancias ante M. d'Angennes, para obtener de él las cartas patentes para Nuestra Señora de la Caridad. El tiempo apremiaba; el estado de salud del Prelado inspiraba serias y por desgracia fundadas' inquietudes. La muerte vino a sorprenderle el 16 de marzo de 1647, antes de ultimar los documentos oficiales que, accediendo a peticiones del P. Eudes, había preparado, y que hubieran protegido la obra contra toda eventualidad.

§ 2

Una prueba nunca viene sola. A la muerte de M. d'Angennes siguieron otras varias que redujeron la Comunidad, apenas rehecha de sus primeras sacudidas, a situación angustiosa.

A partir de este día, su situación se hace trágica, y se puede resumir en dos palabras expresivas con las que en un momento de su carrera, pinta,San Pablo su situación: *Foris Pugnae, intus timores.* En el interior, reducida la obra a las últimas, todo parece hundirse; en el exterior se entablan enconadas luchas, para decidir de su existencia.

Intus tinwres! El día de la Ascensión de 1647 la Madre Patin fué repuesta al frente de la Comunidad de la Visitación por el voto unánime de sus Hermanas. No creyó poder sustraerse a este cargo de confianza; todo,h4ce creer además, que apenas la molestara el tener que salir de una casa donde ya había sufrido tanto y cuyo porvenir presentaba dificultades, tal vez mayores (44). Esta partida fué para Nuestra Señora de la Caridad una verdadera desgracia, agravada si cabe por la elección que la Madre Patin hizo de la Madre Catalina Teresa de Saint-Germain para reemplazarla. No bien hubo tomado las riendas del gobierno estalló pujante la división en el seno de la Comunidad desamparada (45).

Para colmo de infortunios el Fundador estaba ausente. Su personalidad y su autoridad indiscutible hubieran logrado, quizás,
(43) MARTINE: II, p. 143.
(44) ORY, p. 41.
(45)MARTINE: II, P. 155; ORY, p. 41.

imponerse y calmar los espíritus. Pero las misiones que predicaba por entonces en Borgoña le retenían demasiado lejos de sus hijas para que pudiese intervenir con eficacia (46).

A estas luchas intestinas se vinieron a añadir sufrimientos materiales, que no hubieran perjudicado a una Comunidad fervorosa y unida, pero que, en época de crisis, acaban de exasperar y hacer intolerable una situación ya de por sí penosa. Las pobres Hermanas gastaron sus últimos recursos y cayeron en una pobreza rayana en la miseria (47). No podían soportar tanto. Novicias y postulantes se desanimaron; algunas volvieron al mundo; otras, las mejores, siguieron a la Madre

Patin a la Visitación.

¡Si al menos hubiera llegado alguna esperanza de afuera! Pero afuera-loris *Pugnae!--el* cielo era más amenazador que dentro del claustro. Ya dijimos la tirantez de relaciones entre el Santo y el sucesor de M. d'Angennes, M. Molé. En los días a que nos referimos, la capilla del Seminario de Caen estaba cerrada y era pública la intención del Obispo de Bayeux de destruir las empresas del Santo fundador. La Comunidad de Nuestra Señora de la Caridad había de resentirse del golpe; también ella era objeto de la malevolencia del Prelado. Por si cupiera duda, la denegación formal de éste a admitir a Sor María de la Asunción a la profesión vino a suministrar una prueba inequívoca. La obra de Nuestra Señora de la Caridad parecía estar destinada a la ruina inevitable. Las religiosas de la Visitación-y no tenemos derecho a censurarlas-abandonaron la ingrata tarea que su abnegación les había impulsado a aceptar. Tomaron, pues, el partido de volver a su monasterio. Apenas consintieron en esperar, para llevar a cabo su resolución, que la desgraciada Comunidad estuviese instalada en la nueva -casa, puesta a su disposición por el'generoso M. de Langrie, y adonde se trasladaron en **1649.** Terminada esta tercera mudanza, las visitandinas se separaron de sus compañeras de infortunio (48).

Por segunda vez, Sor María de la Asunción, con algunas. postulantes que permanecieron fieles, se encontraba al frente de las penitentes. -

¿Qué hacía el Santo mientras estos sucesos descomponían a Nuestra Señora de la Caridad?

(46) Parece que el Santo no conoció personalmente a la nueva Superiora; tampoco ha llegado hasta nosotros carta alguna que indique existiera entre ellos correspondencia.

(47) MARTINE: II, p. 158.

(48) MARTINE: II, p. 160.

En lugar de de ' sinteresarse, proseguía sus incansables esfuerzos para asegurar la estabilidad, entonces más necesaria que nunca. A fines de 1647 M. Marmoury volvía a Roma para reanudar sus antigúas negociaciones. La causa de Nuestra Señora de la Caridad era llevada ante el tribunal supremo, el más equitativo y prudente de la Iglesia. Alguien pudiera pensar que Roma había de apresurarse a aplaudir una iniciativa tan impregnada del espíritu del divino Maestro. Aquel cuarto voto que permite a pobres mujeres ascender a las cumbres más elevadas del apostolado, ¿no debía recoger todos los sufragios? Suponerlo así, sería olvidar que este cuarto voto era entonces una novedad y que, a pesar de todas las cartas de recomendación con que iba provisto M. Mannoury (49), a pesar de las poderosas intervenciones que apoyaban sus gestiones, otra vez hubo de confesar a su Superior un completo fracaso:

«Respecto al asunto de Nuestra Señora de la Caridad-le escribía el 8 de junio de 1648-no hay otra solución, por ahora, que -esperar. Todos los- caminos posibles se han intentado; es preciso tener un poco de paciencia. Han dado esperanzas de que se hará, e incluso el proyecto fué muy aprobado; pero es conveniente esperar por razones que ya os diré* (50).

Esperanzas: esto era todo lo que M. Mannoury traía de Roma a la pequeña Comunidad tan probada.

En cuanto al Santo, les prodigaba alientos y. consuelos. Incluso tiene el valor---cuando todo inclina a la tristeza y a las lágrimas-a invitarlas a alegrarse y a unirse con las santas alegrías de su Madre y Patrona celestial. Les escribe el 5 de julio de 1650 en respuesta tal vez a las felicitaciones recibidas en su fiesta onomástica:

«M J. *Mis* queridísimas Hermanas

Jes's, el Santísimo Corazón de María, sea. siempre la vida y la alegría de nuestros corazones! Mucho me ha¿Déis alegrado con vuestra hermosa y caritativa carta, por la que os doy un millón de gracias. Espero. que la comunión que habéis ofrecido a *Dios* por mi intención, en la fiesta de San Juan, me será provechosa y a vosotras también, pues todas mis intenciones no tienen otro fin que la santificación de vuestras almas y el establecimiento del reino de Dios en vuestros corazones. En esto debemos cifrar nuestra alegría.

A propósito de alegrías, os he escrito él 5 de julio, que es el día de la fiesta de las alegrías de la Santísima Virgen, nuestra

(49) ORY, p. 38. (50) *~bid., p.* 39.

Madre. Si no habíais reparado en ello, ruego a nuestra queridísima Madre os señale otro día para celebrar esta fiesta y os permita a todas la santa Comunión que ofreceréis a Dios por estas cinco intenciones:

I.a En acción de gracias a la Santísima Trinidad por todas las alegrías que ha dado a la Santísima Virgen, tanto en la tierra como en el cielo.

2.a En satisfacción y reparación de los dolores y tristezas que le hemos causado con nuestros pecados mientras estuvo en la tierra.

3.a En aumentó de las alegrías que posee en el cielo.

4.a Para pedir a Dios que nos conceda la gracia de despreciar y tener aversión a las falsas alegrías de este mundo.

S.a Para pedir que nos conceda la gracia de poner toda nuestra alegría en seguir en todo y en todas partes su santísima voluntad y en llevar la cruz con nuestro adorabilísimo Salvador. Pues en verdad, mis queridísimas Hermanas, no existe verdadero motivo de alegría en la tierra fuera de éste: hacer la voluntad de Dios y ser despreciado y crucificado con Cristo. ¡Ohi, cuándo llegaremos a alcanzar los sentimientos del bienaventurado Juan de la Cruz, a quien habiendo preguntado Nuestro Señor lo que deseaba por los servicios que le había prestado, le respondió: «Señor, sólo os pido sufrir y ser despreciado por Vos». Ciertamente fué el Espíritu Santo quien le inspiró pedir el mayor bien de esta vida.

Después de comulgar por las intenciones citadas, os ruego, mis queridísimas Hermanas, penséis seriamente, cada una en particular, lo que podréis hacer para aumentar las alegrías de la Santísima Virgen.

Por lo demás no omitimos nada, ni M. Mannoury ni yo, de cuanto podemos hacer por vuestra casa, o mejor dicho por la casa de Nuestro Señor y de su Santísima Madre. Mas los negocios de Dios sólo se llevan a cabo con mucha paciencia y resignación. Sin embargo espero que pronto veremos el fin y que será como nosotros y vosotras esperamos. Escribo está carta para la Madre y para las hijas a quienes saludo a todas engeneral y a cada una en particular.

También os ruego la comuniquéis a nuestros queridos Hermanos, para que si olvidaron celebrar la fiesta de las' Alegrías de la Santísima Virgen, reparen esta omisión, pues ahora no tengo

tiempo de escribirles.

De todo corazón, mis queridísimas Hermanas, todo vuestro,

JUAN EUDES,

Sacerdote Misionero* (51).

Tanta confianza sobrenatural debía decir la última palabra. Un encuentro providencial de M. Langrie-que se ofrecía a ser

(51) *O~res, X, p. 493-5.* Hemos dado a esta carta la fecha que le asignan los historiadores y el editor de las *O~res.* La mención que se hace de da Madre» cuando la Comunidad se hallaba sin ella nos hace pensar que dicha fecha sea inexacta.

fundador de Nuestra Señora de la Caridad, donando al efecto diez mil libras (52)-con M. Molé, que hasta entonces se había resistido a todas las instancias del P. Eudes, produjo la tregua deseada. El 8 de febrero de 1651, en el mismo día de la fiesta del Santo Corazón de María, tan querido para el Santo apóstol, el Obispo de Bayeux, contra toda previsión, firmaba, motu propio, el contrato de fundación de Nuestra Señora de la Caridad, y otorgaba las cartas patentes que consagraban el pensamiento del Fundador:

«Nos, hemos juzgado que el propósito de asistir a las mujeres y a las jóvenes caídas en la desgracia de la impudicia era efecto de una gran caridad...

En consecuencia, Nos hemos permitido y permitimos a las religiosas que asuman la dirección de las penitentes, hacer los votos de religión, y deseando proveer a que un Instituto tan santo y tan útil sea perdurable, de suerte que las religiosas que en él entren no puedan desistir de este ministerio de caridad, ordenamos, sometiéndonos a la decisión de nuestro santísimo Padre el Papa, que además de los tres votos de religión,. hagan un cilarto voto, a saber, el de trabajar siempre en la conversión y santificación de las mujeres que hayan entrado en el monasterio, para trocar su mala vida por una mejor y hacer allí penitencia...

El 11 de febrero se escapa un grito de acción de gracias del corazón desbordado de reconocimiento de nuestro Santo:

#IYEs queridísimas hijas:

Jesús, el Santísimo Corazón de María, sea siempre nuestra vida y nuestra alegría.

Os anuncio una gran nueva. Poneos de rodillas para recibirla, no de mí, sino del amwLbilísimo Jesús y de su Santísima Madre que os la envían.

Después de años de espera y de paciencia, el miércoles, 8 de febrero, fiesta del Santísimo Corazón de la Bienaventurada Virgen, las cartas patentes de vuestro establecimiento han sido firmadas por Mons. de Bayeux. ¡Qué verdad es que sois las hijas de la Reina del cielo y que, por ello, estáis obligadas a honrar y amar especialmente su amabilísimo Corazón, a celebrar su fiesta con una devoción particular, a no tener más que un corazón con Ella, y las unas con las otras!...

No temáis nada, **vuestro Instituto está asentado sobre el**

(52) Esperando quizá M. Molé sustraerse con esto a la concesión de las cartas patentes, cuyo otorgamiento le repugnaba, había elevado lá fundáción a catorce mil libras. El Santo fundador, que entonces se encontraba en una situación crítica, completó esta suma, prestando a **las Hermanas cuatro mil libras** que había recibido de M. de La Boissiére para el Seminario de Caen (ORY, p. 45.)

Sacratisimo Corazón de la Emperatriz del universo. Y esto se ha realizado, no por la intervención de los hombres, sino por orden particular del cielo ... * (S 3).

La estrella que hemos visto levantarse sobre la cuna de Nuestra Señora de la Caridad y que hacía tiempo había desaparecido, volvía a aparecer más brillante que nunca. Todas experimentaron la alegría de la paz encontrada, del futuro asegurado. Dios quiso colmar esta paz tan legítima. El 14 de junio de 1651 hacía volver a la pequeña Comunidad, por un verdadero milagro, a la Madre Patin (54), la protectora de sus comienzos, y que en adelante favorecería su pleno desarrollo, con abnegación purificada por la prueba y más perfecta a causa de las preciosas advertencias venidas de lo alto (55).

§ 3

Cuál no sería la emoción de la venerable visitandina al volver a ocupar su puesto en Nuestra Señora de la Caridad y encontrar allí, al frente de algunas postulantes a quienes había sabido comunicar algo de su indomable valor, a la admirable y heroica María de la Asunción. Ella sola había hecho frente a la tempestad; sola, había asegurado la salvación de la obra a la que soñara entregarse sin reservas. Poco después de la vuelta de la Madre Patin, la novicia, a la que diez años de prueba no habán logrado quebrantar sus generosas resoluciones, había expresado al P. Eudes su vehemente deseo de ser al fin ' admitida a la profesión religiosa. Las cartas patentes concedidas recientemente por M. Molé, exigían para esta ceremonia el retorno de las visitandinas, por lo que el Santo hubo de responderle:

(53) O~res, X, p. 496-7. Esta hermosa carta merece leerse entera.

(54) Otra carta que también debe leerse es la dirigida por la Madre Patin a una Superiora de su Orden. En ella da a conocer la naturaleza de la intervención providencial que la llevó otra vez a la Caridad. Cfr. ORY, *p. 52.* A la Madre Patin acompañaban las Madres Angélica Le Comte, Magdalena Angélica de Vimont y una hermana lega, María Agustina Dubois. El reconocimiento nos obliga a consignar estos nombres venerados por todas las hijas del Santo fundador.

(55) La Comunidad podría al fin constituirse iegularmente. Sin embargo esto no quiere decir que estuviera a cubierto de los enredos por parte del poder civil. En efecto, las cartas patentes obtenidas en *1642* no habían Sido registradas en el Parlamento de Rouen durante el plazo legal, omisión formal que las anulaba. Fué necesario solicitar nuevas cartas patentes

«Mi queridísima hija:

¡Jesús, el Santísimo Corazón de María, sea siempré el nuestro!

Mi deseo es que hagáis la profesión cuanto antes y, si de mí dependiera, ya la habríais hecho. Permaneced tranquila hasta entonces, mi querida hija, y preparaos a este acto santo. Pido a Nuestro Señor y a su Santísima Madre que ellos mismos sean quienes os preparen, y que os hagan según su Corazón. En el amor sagrado de este Santísimo Corazón soy todo vuestro y de todas m~S muy queridas

hijas. M queridísima hija, todo vuestro,

JUAN EUDES,

Sacerdote Misionero» *(56).*

La Madre Patin, que quería probar un poco mas esta vocación excepcional, juzgó oportuno diferir por algún tiempo más la ceremonia que Sor María de la Asunción deseaba con toda su alma. Mientras tanto, el 8 de septiembre de 1651, la sobrina del Santo fundador, María Herson,' especialmente sazonada por los diez años que acababa de vivir, revestía el santo hábito y tomaba el nombre de María de la Natividad, en honor del misterio cuya fiesta conmemora la Aglesia ese día. El P. Eudes no tuvo el consuelo de hallarse entre sus hijas. Se resarció escribiendo a su sobrina una larga carta, cuyo comienzo es el siguiente:

«Mi queridísima sobrina e hija en Cristo:

Bendigo de todo corazón a este amabilísimo Salvador por los buenos sentimientos que os ha comunicado en vuestro retiro, y le suplico que os conceda la gracia de permanecerle fiel en el buen uso que quiere que de ellos hagáis. Es una mortificación para nosotros dos el que yo no pueda asistir a vuestra toma de hábito; pero no por esto dejará de salir mejor y estará más colmada de bendiciones, pues es cierto que cuantas más cruces hay en los negocios de Dios, éstos son aún más ventajosos. Sin embargo, no impedirá que asista en espíritu y corazón para rogar a Nuestro Señor y a su Santísima Madre que se dignen Ellos, con sus propias divinas manos, despojaros de vos misma y de todas las cosas- y revestiros con su espíritu y sus virtudes ... * (5 *7).*

Al siguiente año, el 2 de junio de 1652, Sor María de la Asunción pódía, al fin, pronunciar los santos votos con su alma agradecida, rebosante de alegría al lograr su mayor anhelo. Su profesión para realizar este registro. El Santo no pudo obtenerlas hasta el 10 de diciembre de 1657, y consiguió hacerlas registrar en el Parlamento de Rouen el,9 de diciembre de 1658, o sea al siguiente año. M. de Camilly fué muy útil al Santo en todas estas gestiones *(ORY, P.* 50-1).
(56) O~res, X, p. 498-9.«
(57) O~res, X, pp. 499-502. Esta carta es digna de leerse toda ella. Es característica de los métodos y de las doctrinas espirituales del
Santo

fué un día- de triunfo para la valiente novicia al venir a coronar los años de espera incontrastable y confiada. Fué, también, un día memorable para la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, en que se inició este largo y blanco desfile de religiosas que se prolongaría a través de los siglos, caminando sobre las huellas de quien les abrió el camino y que siempre será para ellas modelo acabado <~de fidelidad sin flaqueza, de humildad probada y de abnegación heroica por su vocación».

La alegría causada al Santo por la profesión de Sor María de la Asunción fué corta. Una nueva cruz, quizá más pesada que todas las anteriores, le esperaba en esta época. A pesar de sus indesarraigables prevenciones contra el P. Eudes, nunca M. Molé se había atrevido a quitarle las funciones de Superior de Nuestra Señora de la Caridad. Ante cualquier tribunal, la destitución paterna es pena demasiado grave para infligirse a la ligera. M. Servien agotó contra el Santo de una sola vez las medidas de rigor de que disponía, al privarle de sus legítimos derechos sobre la Comunidad que había fundado.

Este golpe, que les hería de pleno en el corazón, lo sintieron

dolorosament , e las pobres religiosas. Intentaron por medio de cartas, que atestiguan en forma conmovedora su gratitud hacia el P. Eudes, traer a un arreglo al Prelado:

«Monseñor:

Como tenemos motivos para temer que Su Ilustrísima se encuentre poco satisfecho por la tardanza en determinar nuestra elección de Padre espiritual, con todo respeto nos tomamos la libertad de confesar nuestra irresolución, experimentando todas las penas imaginables para resolvernos a elegir a otro fuera del que humildemente suplicamos a Su Ilustrísima nos condeda, el P. Eudes. Reconocemos, Monseñor, que con ello nos hacemos importunas, pero, no obstante, más gustosas sufrimos la confusión que el dolor que pesa sobre nuestros corazones, dolor que sólo podemos mitigar exponiéndoos nuestros sentimientos.

Vuestra bondad habitual, Monseñor, se dejará ablandar por nuestra importunidad y nos la perdonará, teniendo consideración del justo motivo de nuestras instancias. Porque además de ser el reverendo P. Eudes nuestro Padre y fundador y de conocer sus méritos, tenemos la absoluta certeza de que ningún eclesiástico le sobrepasa en la diócesis en estima hacia vuestra ilustre persona, ni tiene más fidelidad, sumisión y obediencia para observar y hacer observar las órdenes de Su Ilustrísima.

Esta es la causa de nuestra esperanza.

No nos puede detener la dificultad de su edad avanzada y debilidad corporal, sabiendo las fatigas que experimenta en las misiones donde trabaja tanto como los jóvenes y robustos. Por esto, Monseñor, si tenéis a bien concedernos la gracia de asignárnosle por Superior, esperamos, mediante la divina miseri

cordia, que nuestra dirección no le sea- excesivamente gravosa y que no abusaremos de ninguna forma de vuestra gran bondad al favorecernos y protegemos en esta ocasión.

Prosternadas en espíritu a los pies de Su Ilustrísima, os conjuramos con la mayor humildad e instancia posibles, asegurandoos unánimemente nuestro muy profundo y sumiso respeto» (58).

M. Servien se mostró inflexible, y designó por Superior de la Comunidad a M. Le Grand, párroco, de San Julián de Caen.

Al obrar así, el Obispo de Bayeux había usado de un derecho estricto. Pero nos está permitido pensar que, según un adagio corriente, el uso riguroso de un derecho puede encubrir las peores iniquidades. En cualquier caso, esta medida pudo ser de las más nefastas para la naciente Orden, que aún no se hallaba en condiciones de prescindir de los servicios de su Fundador. En especial se obstaculizó la definitiva redacción de las *Reglas y Constituciones.* Además, los bienhechores del monasterio recibieron con ello tan pésima impresión, que pensaron de momento en retirarle su apoyo (59).

Fácil es de comprender cuán afectado quedaría el Santo. Sin embargo ni un instante decayó su confianza en la Providencia y su total abandono en la divina Voluntad. Siempre tratará de comunicar a los demás su optimismo y levantará los ánimos abatidos. A Sor María de la Asunción que le comunica sus temores y sus penas, responde con este generoso *Sursum corda:*

«Mi queridísima hija:

¡Jesús, el Santísimo Corazón de María, sea siempre el nuestro!

En *el* amor sagrado de este divino -Corazón, horno de amor inmortal, es como amo invariable e inalterablemente, sin preferencia alguna a todas mis queridísimas Hermanas, las hijas muy amadas de mi benditísima Madre.

¿Qué es' lo que lpgrará apartar mi corazón del amor santo que debo tener a la queridísima casa de una Madre tan buena? ¿Será la tribulación, o la angustia, o la persecución, o la espada, o cualquier otra cosa? No, no; tengo la certeza, mediando la gracia de Dios que me ha inducido a tomar ante Él su cuidado, que ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni la altura, ni la prosperidad, ni la muerte, ni la vida, ni otra criatura alguna podrá separarme de la caridad que debo tener para Nuestra Señora de la Caridad; pues todo cuanto pueda hacer en servicio de esta bendita casa de mi divina Madre, lo haré siempre con

(58) ORY, p. 64. La carta que personalmente escribió la Madre Patin causa una impresión ligeramente distinta. Parece que la buena Madre hace el sacrificio con más facilidad que sus hijas.
(59) ORY, p. 65.

toda mi alma. Y suceda lo que suceda, ni el cielo, ni la tierra, m el infierno me impedirán hacer, en esta materia, como en cualquier otra, la adorabilísima voluntad de mi Dios, que es la única cosa que deseo, que pretendo y que busco ... » (60*).*

Leamos también esta carta dirigida a M. Mannoury, a quien había dejado entrever las inquietantes vacilaciones de M. de Langrie:

«Coutances a *29* de julio de *1656.*

Mi queridísimo hermano:

¡Jesús, el Santísimo Corazón de María, sea siempre el ' nuestro! ... Mucho me molesta el descontento de M. de Langrie: ¿pero qué podernos hacer? Si me dejase llevar de mis sentimientos, tendría motivo más que sobrado para abandonar aquella casa; pero es necesario olvidar y mirar sólo a Dios y a su Santísima Madre y hacerlo todo por su amor. Dios permite las cosas por bondad hacia nosotros, para así garantizarnos contra la complacencia y la vanidad que, quizá, nos harían perder todo el fruto de nuestro trabajo.

No se me ha consultado sobre el nombramiento de M. de San Julián. Todo se ha hecho antes de que yo haya oído hablar de ello. No sé si proviene de él solo, o de él y de la Madre juntamente; no creo que proceda de las hijas. Es muy cierto que,la buena Madre nada quiere de nosotros. Hemos de tener paciencia, abandonarnos a la Providencia divina, seguir nuestro camino y servir siempre a la casa, en todo lo que podamos, por amor a Nuestro Señor y a su Santísima Madre ... » (61*).*

Las alusi ones de la segunda parte de esta carta dejan entrever alguna diferencia entre el P. Eudes y la Madre Patin. Sin embargo, no se resintió por ello la unión de corazones. Las relaciones externas permanececieron de una y otra parte tan cordiales como siempre y el desvelo del Fundador por la causa común no disminuyó.

Nada tan edificante como la larga correspondencia (62) cruzada a partir de aquel momento

entre él y la Com*nidad en que había dejado su corazón y en la que trataba de mantener el espíritu que le había inculcado. Ninguno de los intereses de sus hijas espirituales le era ajeno. ¿Se trataba acaso de procurarles un alojamiento más apropiado a sus necesidades en constante aumento, que el debido a la generosidad de M. de Langrie? Vigilará con cuidado minucioso para que todo se haga de la mejor manera posible; estudiará todas las hipótesis realizables:

(60) Oetwres, X, p. 515-6.

(61) Oeuvres, X, p. 408.

(62) Restos de esta correspondencia se encuentran en el tomo X de *Oeuvres.*

#Es verdad-escribe a la Madre Patin que le consulta sobre este asunto-que siempre hemos de poner de nuestra parte cuanto podamos. Tres son las soluciones posibles: la primera, obrar tan en secreto, que estuvierais albergadas antes de que se supiese; la segunda, que M. de Berniéres escriba a Mine. de Longueville para rogarle que, a su vez, escriba a los regidores y no os pongan impedimentos en esta ocasión o, si le parece mejor, yo se lo pediría al pasar por Rouen, pero es preciso consultar su parecer; la tercera, hablar a los regidores y a las gentes del rey, y rogarles os autoricen para tomar posesión de la nueva casa. Siendo este medio de sumisión y de humildad, Dios lo ha de bendecir, y el resultado no dejará de ser bueno. Si se negara, entonces se podría recurrir a Mine. de Longueville.

No obstante no os conforméis con mi solo parecer. Rogad a los amigos de la casa-M. de Berniéres, MM. de Camilly- se reunan para ver y opinar lo que sea oportuno hacer, pues Nuestro Señor les inspirará su santa voluntad ... ». *(63).*

- Pero no es necesario decir que los intereses espirituales de la pequeña -Comunidad son los que ocupan el primer puesto en las preocupaciones del Santo.

Aprovecha todas las oportunidades para suscitar vocaciones generosas. Cuando ha logrado decidir alguna alma de buena
voluntad a tomar el camino de Nuestra Señora de la Caridad, allí la acompaña con sus oraciones y sus consejos. Allí se le
une por medio de cartas que no teme memidear con tal de conseguir la perseverancia de aquella alma y estimularla a llegar
1 sin vacilaciones a las cumbres de la más eminente perfección.

Todas estas cartas constituyen un verdadero diapasón. Son viriles, van- derechas al fin y revelan una preocupación única: hacer vivir y reinar a Cristo en las almas. El P. Eudes no es blando para la naturaleza, a la cual persigue hasta en sus últimos reductos. Así podemos casi comprender, después de haber recorrido lo que nos queda de sus cartas, el que se haya podido decir de él que era un «Santo rudo* (64). Tiene una forma propia de concebir la caridad que casi ngs desconcierta, pues esta virtud, tal como nos la propone, excluye cuanto se puede deslizar de humano, de buscarse a sí, en su práctica.

Al examinar de cerca su correspondencia con las almas colocadas bajo su dirección, aparece corno su leit-motif el Iesum volo, *nil amplius, que* tanto repetía.- Siempre hace sobre este tema sus variaciones irresistibles, *que* se sienten inspiradas por el deseo que le consume de esparcir en torno suyo la llama viva *que* le

(63) Oeuvres, X, p. 518-9.

(64)H. JOLY: *Le Bienheureux P. Eudes «<Les Saints*), París, 1907, p. 1.*

devora. ¡Qué hermoso tratado de dirección espiritual se podría componer con lo que queda de su austera correspondencia!

El celo desplegado por el Santo para superar todos los obstáculos que hubieran podido oponerse al pleno reinado de Cristo en las almas de sus queridas Hijas de Nuestra Señora de la Caridad, le llevaba a combatir, no diremos ligeros abusos-ni siquiera cabe mencionarles en aquellos tiempos de fervor heroico-, sino algunos usos poco conformes con las tradiciones que allí deseaba implantar. A continuación citamos algunos ejemplos tomados de los *Anales* de Nuestra Señora de la Caridad:

«Nuestro ilustre Fundador nos dió un libro para canto y órgano, a, fin de que pudiéramos celebrar las fiestas con más majestad. Algunas de nuestras Hermanas, que poseen buena voz, se habían acostumbrado a acompañarse de este instrumento, y lo hacían con tanta gracia que algunos acudían por escucharlas. Sin embargo, hallándose el P. Eudes varias veces en nuestra capilía en días solemnes, como notase que el pueblo prestaba may9r atención a esta armonía que a la oración, tomó el partido de prohibírselo. Temía que esto nos alejase del espíritu de sencillez y fuera ocasión de vanidad. Señaló después en nuestras *Constituciones* que no tendríamos órganos y que no podríamos cantar música en nuestro coro. Se quitó, pues, el órgano, sin que M. de Langrie se disgustase, dados el respeto y la deferencia que tenía al santo varón.*

«... Nuestro buen Padre deseaba que se cantasen las letanías de la Santísima Virgen con música agradable y devota. El día de una gran solemnidad vino a nuestra iglesia y notó que cantábamos completas bastante bien, pero que las letanías más que cantar las salmodiábamos. No tardó en reprochárnoslo y, como le dijéramos por excusa, que si las cantábamos con gravedad y de igual modo, no nos quedaría casi tiempo entre la oración y la cena, nos respondió sin vacilar que era preferible salmodiar completas y cantar las letanías de nuestra buenísima Madre con toda la devoción y majestad posibles. Desde entonces seguimos exactamente la voluntad de este digno Fundador.»

«En otra ocasión se le presentó una música de las mismas letanías que algunas de nuestras Hermanas encontraban un poco clamorosa. Estuvo por prohibírnoslas, pero habiendo reflexionado, la devolvió a la Madre María del Niño Jesús de Bois-David, diciéndole que algo se debía tolerar en favor de la Madre de Dios» (65).
(65) ORY: loc. cit., p. 67-8.

Al mismo tiempo que el Santo trabajaba con tenaz energía en consolidar la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, proseguía sus gestiones en la corte de Roma para obtener su aprobación, con un ardor que podría parecer excesivo e inoportuno a un observador superficial. Es que sabía que nada subsiste en la Iglesia que no se apoye en la roca de Pedro.

Ya en una carta a la Madre Patin había insistido mucho para que las negociaciones interrumpidas desde los repetidos fracasos de M. Mannoury se reanudaran sin demora:

«No hay que desanimarse, sino que hay que hacer por nuestra parte todo cuanto podamos. A este efecto, siempre os he dicho, y os lo vuelvo a repetir, que es imprescindible enviar expresamente a un hombre a Roma, por las razones que ya os he dicho ... » (66).

No parecía agradar este proyecto a la buena Madre Patin. Pero el Santo, a quien nada logra desanimar, estaba resuelto a alcanzar sus fines. Este es el motivo, entre otros varios, de esta nueva carta apremiante:

«Vuelvo sobre vuestro asunto, para deciros, mi queridísima Madre, que todavía hace poco pude ver a personas que estuvieron en Roma, llevadas por asuntos análogos al vuestro, quienes me han asegurado que no se hará nada si no se envía expresamente a un hombre, por idénticas razones a las que ya os he dicho y escrito tantas veces.

Recordad también lo que Mons. de Puy me dijo, tal como os lo tengo escrito, y no os detenga lo que me decís de la Madre de Maupeou, pues tengo la absoluta certeza de que después de hacerla saber las cosas tal cual son, será de mi parecer.

También me he informado por varias personas que estuvieron en Roma hasta hace poco, cuánto podría costar sobre poco más o menos. Todos me han dicho que con gastos mediocres, por lo menos se necesita unas doscientas libras para ir y otras tantas para volver, y que permaneciendo allí no se puede gastar menos de cuatrocientas libras al año; pero no se necesitará tanto tiempo. Es decir, que aun cuando no os pueda decir exactamente cuánto costará todo, creo que lo podréis hacer por unas seiscientas libras, suma que no es nada en asunto de tan gran importancia. No andéis en contemplaciones por el dinero en necesidad tan grande, mi queridísima Madre, por temor a que Nuestro Señor no os vaya a decir lo que una vez a Santa Teresa, cuando permanecía indecisa en hacer algo para el establecimiento de una de sus casas, porque se necesitaba mucho dinero. Por lo que el Hijo de Dios le dijo: «¿Tienes miramientos por el dinero?»

Quien se os ofrece para ir a Roma por cien escudos, y hacer negociar vuestro asunto, o es un ladrón o un hombre que se ha propuesto ir a Roma, y que le gustaría mucho hacerlo a vuestras
(66) O~res, X, p. 533.

expensas. ¿Reúne todas las condiciones requeridas en este asunto? Si es así, haced lo que os plazca. Pero acordaos, mi queridísima Madre, de lo qué os he dicho sobre el que está aquí y que se ofrece a ir, por pura caridad y sin interés alguno, y qué es un hombre sabio, inteligente, bien formado, que habla italiano y que tendrá amigos y conocimientos en Roma.

En fin, urge hacer este viaje. Comunicadme cuanto antes vuestra resolución definitiva, y en_ nombre de Dios, tened un poco de confianza en una persona que ama, como yo amo, la casa de la Santísima Virgen, y que os habla con tanta verdad y sinceridad. De todo corazón mi queridísima Madre soy todo vuestro,

JUAN EUDES,

Sacerdote Misionero» (67).

La Madre Patin cedió, aunque de mala gana, y el 6 de octubre de 1660 remitía a M. Boniface, a quien el P. Eudes le había designado como hombre en quien podía tener entera confianza, junto con un mandato en buena forma para tratar en Roma los asuntos de Nuestra Señora de la Caridad, una ayuda sustancial de mil libras.

La estancia de M. Boniface en la Ciudad Eterna iba a ser fértil en incidentes de toda clase, sobre los que nos hemos de extender más adelante en otro capítulo (68). -Por ahora sólo nos fijaremos un poco en sus gestiones en favor de Nuestra Señora de la Caridad. Motivaron una larga correspondencia entre el P. Eudes y la Madre Patin que, muy a pesar nuestro, hemos de resumir, pues es mucha la luz que arroja sob~e el alma del Santo y hace resaltar su total desinterés. Todo se mezcla en estas cartas: consejos de dirección, pues si bien no se entienden en materia de negocios, se entienden perfectamente

para amar a Dios (69); explicaciones detalladas (70) sobre la marcha de la obra de las penitentes, encaminadas a responder a las múltiples objecionessuscitadas por la corte romana; reproches no disimulados sobre la tacañería de su corresponsal, que encontraba un poco caros los servicios de M. Boniface:

«... Oh mi querida Madre, nunca ahorraron los santos dinero cuandd era necesario en los asuntos de Dios. Encontrasteis muy bien el que necesitabais para adquirir la casa de la Vieja Moneda, que os acomodaba, aunque no fuese absolutamente necesaria, ¿y querríais ahorrar en una cosa que debe ser el fundamento de vuestra Comunidad y sin la cual no puede subsis
(67) Oeut;res, X, p. 535-6. (68) Cfr. infra, p. 309-13. (69) 0e~res, X, p. 534-5.
(70)Oeuvres, X, p. 538-43.

tir? En nombre de Dios, mi queridísima, Madre, abandonad de una vez vuestras desconfianzas y mal fundadas sospechas, como indignas de una santa como la Madre Patin. No hagáis tanto caso a los íntimos amigos de que me habláis, hasta el punto de no dar un poco de crédito a lo que os dice una persona que tiene más estima y'afecto por vos y por el celo de vuestra casa que cualquier otro ... » (7 l).

Hasta nuestras modernas preocupaciones por el cambio tienen cabida en estas cartas tan variadas en que a cada paso aparece el P. Eudes como hombre de negocios:

«... He recibido esta semana una carta de M. Boniface, quien me dice que vuestros asuntos van muy bien gracias a
Dios, y que es momento de doblar las oraciones, pues se van a dar ahora los pasos decisivos, según dice. También me
dice que. le han advertido de que el cambi ' o, es decir, lo que se ha de dar por llevar el dinero a Roma aumentará pronto en
un 5 % y que así en lugar de que cuesten diez francos cada cien, costará quince, debido a* la gran cantidad de dinero que
habrá de sacarse de París cuando el embajador y Mons. de Retz, que partirán pronto de aquí con destino a Roma, lleguen
allí ... » (72). '

La Madre Pat in se cansó al fin y cortó los víveres a su mandatario, quien hubo de desandar el camino en, septiembre de 1662, añadiendo un fracaso más a los ya experimentados. Sin. embargo no fueron inútiles sus esfuerzos. Habían preparado el camino a ulteriores negociaciones, coronadas por -completo éxito.

Estas fueron obra de amigos eminentes del Santo fundador llevados a Roma por asuntos personales: M. de Rancé, Abad y reformador de la Trapa, y M. Georges, Abad y reformador de Val-Richer. Uno y otro habían sido comisionados por el Capítulo general de su Comunidad respectiva para defender ante la Santa Sede sus intereies contra el Abad de Citeaux -que, bajo pretexto de mantener la unidad en el seno de la Orden cisterciense, se negaba. a sancionar su reforma.

Desde su llegada a Roma, donde les había precedido una merecida reputación de santidad,. las dos ilustres personalidades parecieron ocuparse sólo del principal objeto de su viaje. Sin embargo, indirectamente, se informaron con gran discreción sobre el estado preciso en que se encontraba la cuestión de Nuestra Señora de la Caridad.

Entretanto llegaba a la Ciudad Eterna el Cardenal de Retz. Tenía en gran estima al P. Eudes y su

abnegación le era conocida.
(71) O~res, X, p: 551-2. Merece leerse toda la carta.
(72~)*Oeuvres, X, p. 545-6.*

Inmediatamente puso su influencia y su actividad al servicio de los dos abades que habían asumido la defensa de los intereses de Nuestra Señora de la Caridad. Gracias al crédito de que gozaba ante el Sumo Pontífice, Alejandro VII, se nombró sin tardanza una comisión especial, encargada de estudiar nuevamente la cuestión del Refugio de Caen y presentar una relación completa.

Transmitidas estas nuevas desde Roma por el Abad Georges, llevaron al colmo la alegría del Santo y de sus hijas. Para acelerar el feliz término de las negociaciones llevadas por tan buen camino, redobló la Comunidad sus oraciones y sacrificios y llegó a obligarse con voto a las siguientes prácticas: La Todas las religiosas, por riguroso turno, se irían sucediendo para que todos los días una de ellas estuviese en retiro. 2.11 En este día dicha religiosa ayunaría y tomaría disciplina. 3.a Todos los días, todas las Hermanas harían una procesión, a la que la ejercitante asistiría descalza llevando suspendida del cuello una estampa de San José. 4.11 Recitarían en el coro, durante todo un año, el Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción.

El cielo había de ceder ante tan santa violencia. La opinión de la comisión pontificia fué favorable a la humilde Comunidad. Todas las objeciones de primera hora se desvanecieron como por encanto. Los temores de la Curia Romana habían desaparecido. El plan apostólico del Santo había terminado por triunfar en ella, pues era de tan marcado espíritu de organización práctica, prudencia y sabiduría, que bien se *podrían llamar divinas.

El 2 de enero de 1666 el Papa Alejandro VII dió la Bula de erección de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad. Reconoce en su forma y espíritu la obra del P. Eudes; aprueba el voto heroico, que es la razón de ser de la Orden, haciéndola un Instituto verdaderamente apostólico, una de las más hermosas creaciones de 'la caridad cristiana.

«¡Se habían necesitado veinte años de esfuerzos, y más que nada de paciencia para llegar a este resultado! Iniciadas las gestiones en Roma el año 1644, siendo allí los enemigos del P. Eudes más poderosos que en Francia, no condujeron a un resultado, como acabamos de ver, hasta el año 1666. La historia de estos veinte años en la vida de San Juan Eudes, tan instructiva como dolorosa, pone de manifiesto, una vez más, que el apostolado sólo se prosigue, que las almas sólo se salvan por el sacrificio y que las obras duraderas y fecundas sólo se pueden construir sobre la cruz* (73).
(73) Ume oeuvre de Miséricorde, p. 33-4.

El Santo no podía menos de asociarse a la viva alegría que el feliz resultado procuró a sus hijas. Escuchémosle unirse a su himno de acción de gracias en una ca~ta a la Madre Patin, contestación a la que le llevó la gran noticia:

«Os agradezco de todo corazón, mi queridísima Madre, las felices nuevas que me escribís, y que me causan una alegría indecible. Infinitas gracias sean dadas eternamente a la Santísima Trinidad; infinitas gracias a nuestro amabilísimo Jesús; eternas gracias a su Santísima Madre y nuestra; inmortales gracias a todos los ángeles y a todos los santos, especialmente a San Francisco de Sales, bendiciones sobre bendiciones a todas las personas que en ello han trabajado.

Alegrémonos en Nuestro Señor, mi queridísima Madre; alegrémonos, mis queridísimás

Hermanas, y que estos favores del cielo nos animen a amar más y más y a servir con mayor fidelidad a nuestro buenísimo Jesús y a nuestra amabilísima Madre, por la práctica de sólidas virtudes, en especial de la humildad, de la obediencia, de la caridad y, sobre todo, sobre todo, sobre todo, del celo por la salvación de las almas perdidas y abandonadas. En esto es en lo que podéis manifestar especialmente el amor que profesáis a quien se sacrificó por ellas, y vuestro deseo de agradar a su muy caritativa Madre.

No dudo que ya habréis cantado nuestro santo Alletuia. ¡Ohi, qué grande es mi deseo de cantarlo con vosotras, mi queridísima Madre y mis queridisimas Hermanas, y llevaros una sagrada, reliquia de los santos martires, compañeros de San Dionisio, que obtuve para vosotras de la Superiora de Montmartre; pues no os olvido, mis queridísimas Hermanas, por más que parezca que vosotras me olvidáis por entero, pues no tengo noticias vuestras desde que salí de Caen. Os aseguro que todos los días os llevo a todas en general, y a cada una en particular, sobre mis hombros, como mis pobres ovejas, y en mi corazón como a mis queridas hijas, al santo altar, para sacrificaros con nuestra adorable Hostia, y hacer otras varias cosas por vosotras, demasiado largas para escritas. Le ruego, in¡ queridísima Madre, dé lectura de esta carta a todas nuestra,% Hermanas, y de que no olviden ante Dios a quien es en verdad en el Santísimo Corazón de Jesús y María, mi queridísima Madre, todo vuestro,

JUAN EUDES, ,

Sacerdote Misionero de Caen» (74).

Esta gran gracia exigía a su vez de quienes le habían recibido una mayor generosidad en el servicio del buen Maestro que. se la había concedido, una unión más íntima con su santa vocación, una abnegación más absoluta por las almas confiadas a su solicitud. Esto era también lo que el Santo fundador esperaba de

(74) ***Oeuvres, X, p. 555-6.***

sus hijas. Se lo recordó en los términos, preciosamente conservados en los *Anales de Nuestra Señora de la Caridad,* el día 3 de junio de 1667, fiesta dela Ascensión, en que conforme a las prescripciones venidas de Roma, tuvieron la alegría de ser admitidas a la profesión solemne:

«A vosotras es, mis muy queridas Hermanas, a quienes ahora dirijo mi voz para deciros: Alegraos, hijas del Sagrado Corazón de la Madre del Amor Hermoso, he aquí el día tan ansiado en el que vais a renovar vuestros santos votos. Hacedlo con todo vuestro corazón: *Corde magno et animo volenti.* Vais a hacer el voto de pobreza, de castidad y obediencia como las demás religiosas, pero os diferenciaréis notablemente de ellas por el cuarto voto que haréis, de trabajar en la salvación de las almas rescatadas por la preciosa sangre del Hijo de Dios. Recordad, mis queridísimas hijas, que sólo para esto habéis sido fundadas, y que si la ciudad os ha recibido es con esta condición, y que, a la hora de la muerte, Dios os pedirá estrecha cuenta de este empleo. ¡Oh!, ¡qué mal recibida será la religiosa de Nuestra Señora de la Caridad que en aquel momento no tenga almas que presentarle! A vosotras os corresponde, mis queridísimas hijas, pensar en ello, y tened la firme convicción de observarlo aún mejor, que estáis indispensablemente obligadas a emplear todos vui-stros cuidados, vuestras oraciones y vuestra industria, pero sebie todo el ejemplo de una santa vida, para atraer a viiestro Esposo las almas que ya ha rescatado con el precio de su sangre. Esta es vuestra obligación, pensad en ella constantemente. ¡Ah!, ¡si fueseis tan sumamente desgraciadas que renunciaseis a ella y no la cumplieseis ... ! Ruego, en este momento, al Padre celestial que os castigue con tanta severidad, que podáis volver así cuanto antes a vuestro primer fervor en vuestro divino y único empleo» (75)."

§ 4

A partir de aquel día, la barquita de Nuestra, Señora de la Caridad salía,a alta mar. Roma había dirigido a las que la tripulaban el Duc in *allum* que abría ante su celo apostólico horizontes infinitos. La hora era indicada para dar los últimos toques a las

(75)ORY, P. 128-9.

-Reglas y Constituciones, cuya exacta observancia aseguraría la conservación y desarrollo de la humilde Comunidad **que había conquistado** derecho de ciudadanía en la Iglesia. Hacía, tiempo que éstas se hallaban colocadas sobre el tapete. El Santo fundador quería que fuesen fruto de la oración, de la reflexión y de la experiencia. Por esto no se apresuró a fijar el texto definitivo. Por sus cartas vemos cómo les va dando sucesivos toques; modificando sus detalles; todo con la ayuda de la Madre Patin, a quien consulta y a cuyo juicio no teme remitirse. Se sorprende este trabajo de colaboración en la siguiente carta:

«Evreux a *12* de noviembre de 1666.

Mi queridísima Madre:

Haríais muy bien poniendo el *Directorio* al final de las *Constituciones, y a*fiadiendo a ésta los tres capítulos siguientes: 1.0 De la recepción de las jóvenes. *2.'* De la úntrada de las novicias. 3.' De la obligación de las Reglas. Pero en el artículo segundo del capítulo primero, quisiera quitar estas palabras: «se las retendrá algunos días como extraiías»; pues me parece que este, no se podrá llevar a la práctica. Además, tened mucho cuidado de colocar los dos primeros capítulos antes citados en los sitios convenientes de vuestras *Constituciones.* El tercero debe colocarse al final.

En cuanto al *Ceremonial, lo* haremos, Dios mediante, en otra ocasión cualquiera ... » (7 6).

Inmediatamente después de la solemne aprobación dada por Roma a la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, la Madre Patin resolvió dar a la imprenta el texto que había sido adoptado en el curso de estos laboriosos tratos. Se lo impidió la muerte, acaecida el 31 de octubre de 1668 (77).

La Madre María del Santísimo Sacramento Pierre, que la sucedió, llevó a cabo el propósito de aquella venerada Madre. Solicitó en consecuencia una aprobación de M. de,_ Nesmond, Obispo de Bayeux, que le fué concedida el 21 de abril de 1670. La impresion se hizo mientras el P. Eudes predicaba en Rennes una misión magna y, por desgracia, no se le facilitaron las pruebas. Esta omisión era tanto más de lamentar porque sin él saberlo se habían introducido modificaciones de detalle en el texto que había establecido. Ello fué causa de las discusiones que se prolongaron hasta el 1737 (78).

. Estas *Reglas y Constituciones* forman un código admirable
(76) *Oeuvres, X, p.* 558.
(77) Para conocer detalles de su preciosa y santa muerte, cfr. ORY, *p.* 136.
(78)ORY, P. 147. *Oeuvres, X, p.* 15.

de ascetismo religioso, muy de acuerdo con el espíritu particular, las obras y las necesidades de Nuestra Seflora de la Caridad: «El conjunto de este trabajo constituye una verdadera obra maestra: en

ella todo está dispuesto con una sabiduría, una medida, un tacto y una previsión incomparables» (79).

Y otro juez también muy competente, M. Pasquier, ha emitido sobre ellas un juicio demasiado hermoso y preciso para que nosotros no lo reprQduzcamos aquí: «El P. Eudes adoptó para sus hijas la Regla de San Agustín y las Constituciones de las Religiosas de la Visitación (80), salvo algunas modificaciones indispensables por el fin particular que se proponía. Afiade a los tres votos ordinarios el de trabajar en la salvación de las almas pecadoras: éste es el cuarto voto de las Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad. En un estilo claro, diáfano, como el de los mejores escritores del siglo xvii, presenta a las Hermanas del Refugio la belleza sobrenatural de su vocación. Tan profundas son las consideraciones del P. Eudes y tan brillante su exposicion que se diría son meditaciones de Bossuet sOre la gracia y el ministerio sacerdotal. Con él, como con Bossu et, se encuentra uno sobre el terreno de la más autorizada teología. Se le sigue sin trabajo en sus consideraciones, a la vez sencillas y atrayentes. Los Padres de Saint-Sulpice no tenían otro lenguaje, ni resúmenes más elevados, para aficionar a la meditación de su vocación a los clérigos que entonces recogían en sus primeros seminarios» (81).

Con la impresión de las *Constituciones,* el Santo fundador termina prácticamente su obra en Nuestra Señora de la Caridad. Esta creación de su celo por la salvación de las almas podía en adelante mirar al futuro con toda tranquilidad. Dios le deparaba magníficos destinos, de los que bien parece que la venerada

(79) M. PORTAIs en *O~res,* X, p. 39.
(80) En la recensión de un artículo, por lo demás muy acertado, del *Lexicon* ffir *Theologie und Kirche,* que recoge la desdichada fórmula aquí usada por Mons. Pasquier acerca de las constituciones de Nuestra Señora de la Caridad, la revista SS. *Coeurs de Jésus et Marie,* 57 (1936), 90 ss., reprocha a esta afirmación ser «oscura y no conforme al tenor de los dQcumentos oficiales de la Iglesia*, que únicamente conocen para las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad das Reglas y Constitucignes de San Juan Eudes». En realidad este Instituto es una Orden totalmente nueva que nada tiene de común con la Visitación ni'en su espíritu, ni en sus obras, y las Constituciones en que el P. Eudes plasma su armazón esencial son, también, creación su¡ *generis* y en forma alguna una añadidura. o un suplemento a las Reglas y Constituciones de las Visitandinas.
(81) *Oeuvres, X, p.* 38.

Madre Patinlubiera tenido una profética visión en su lecho de agonía cuando exclamaba llena de admiración: «¡Prodigio, prodigio de gracias sobre la casita de la Caridaffl*

En los designios de la Providencia, aquella casita de la Caridad debía convertirse en la cuna de una de las
mayores órdenes religiosas de la Iglesia. ¡Prodigiosa será su difusión en el siglo xix (82); maravillosa su
historia, numerosás las al ' mas con que, después de acogerlas en la tierra, poblarán el cielo por toda la eternidad!
(82) Cfr. *infra, p. 422-4,*

CAPITULO VII

SAN JUAN EUDES «PADRE, DOCTOR Y APOSTOL DEL CULTO LITúRGICO DE LOS SAGRADOS CORAZONES»

En los capítulos precedentes hemos> admirado la prodigiosa actividad de San Juan Eudes. Como un río impetuoso que arrastra todo a su paso, así se nos presentó su irresistible acción sobre las almas: almas de sacerdotes, a los que ha formado y conducido a la más eminente santidad; almas de religiosas, a las que comunica la llama ardiente de su celo; almas de las muchedumbres creyentes, a las que ha ilustrado, confortado y ayudado a levantarse, almas de Magdalenas arrepentidas, en cuyo favor creó su caridad los «hospitales*, donde se les ha prodigado los cuidados 'misericordiosos que reclamaba su triste situación.

Pero esta actividad sobrenatural tiene, también, su fuente profunda y hacia ella nos hemos,de remontar ahora. En una palabra, abordamos el estudio de da gran idea», del <ihecho crucial» que gobierna esta asombrosa carrera apostólica, le da unidad y explicación. Queremo§ hablar del papel único -desempefiado por el Santo en el establecimiento, organización y propagación del culto litúrgico de los Sagrados Corazones. Por sí mismas se establecen las relaciones entre este papel que le confió la Providencia, y las obras que acabamos de recordar: éstas no son sino la irradiación de aquélla; de igual modo que la doctrina oratoriana, médula espiritual de nuestro Santo apóstol, tendrá su máxima, expresión en la devoción a los Sagrados Corazones.

Gustosos iniciamos este nuevo capítulo. Difícil hubiera sido escribirlo hace veinticinco años. El silencio en que por demasiado tiempo mantuvieron los hijos del Santo la memoria querida de su Padre; el anónimo que por espacio de dos siglos cubrió su obra litúrgica, y la resonancia dada merecidamente a las revelaciones de Santa Margarita María, habían hecho casi imposible la reivin

dicación, no obstante muy legítima, de su más hermoso título. de gloria (1). Pero gracias a Dios ha sonado para él la hora de la plena justicia. Investigadores infatigables, entre los cuales el reconocimiento nos obliga a mencionar al M. R. P. Ángel Le Doré (2) y al P. Lebrun (3), han logrado disipar los prejuicios, la ignorancia y los errores que, aún no hace mucho, oscurecían la historia, a pesar de ser tan clara y sencilla, de los orígenes de la devoción a los Sagrados Corazones. Gracias a Dios, la leyendano es nuestra esta expresión-ha dejado paso a la verdad. Para la Iglesia,' así-como para la crítica moderna cuya susceptibilidad es de todos conocida, los derechos, los títulos y la gloria del primer apóstol del culto litúrgico de los Sagrados Corazones están para siempre puestos fuera de toda duda. Limitémosnos por el momento a reproducir el juicio de la Iglesia.

En diferentes ocasiones y en circunstancias solemnes, Roma se ha pronunciado. Primero por boca,de León XIII, ha proclamado a San Juan Eudes «autor del,culto litúrgico de los Sagrados Corazones de Jesús y María» (4). Pío X, cuando parecía que sobre este punto no se podía añadir más ni mejor, le ha proclamado *Padre, Doctor,y Apóstol* de este culto (5). Pío XI amplifica aún el elogio, si es posible: en la Bula de Canonización, el Santo Padre esboza a grandes rasgos el apostolado del Santo en la institución y propagación de la devoción a los Sagrados Corazones, y termina

(1) Cfr. LEBRUN: *Le Bienheureux jean Eudes et le culte public du Coeur de jésus* (Paris, 1917), p. 8-9.

(2) *El-M. R.* P. LE DORÉ planteó la cuestión en 1870; después volvió a insistir varias veces sobre ella. En .1891 publicó la tercera,

edición, más que duplica<la, de su primer trabajo, con el título: *Les Sacrés-Coeurs et le Vénérable Jean Eudes,* 2 vols. in 8.'. Por último
publicó en 1910 *Le Sacré- Coeur: son amour, d'aprés la doctrina du Bienheureux Jean Eudes, Pére, Docteur et Apôtre de la dévotion au*
Sacré-Coeur, y en 1916 *La wa«ssance du Culte liturgique des Sacrés-Coeurs.* *i l*

(3) Ademàs de las introducèiones a las *Oeuvres complètes* de San juan Eudes, de las que es autor, y a las que continuamente hay que acudir como a inagotable mina de preciosas informaciones, el P. LEBRUN ha publicado: *La dévotion au Coeur de Marie. Étude historique et doctrinale* (Paris, 1918); *Le B. jean Eudes et le culte, public du Coeur de jésus* (Paris, 1,917); *Le Coeur de jésus d'après l'Éva-ngile et les écrits des saints; La dévotion* au *B. jean Eudes.*

(4) «Auctor etíam (París," 1920) liturgici cultus Sacrorum Cordium lesu et Mariae». *Decreto ~ de heroicidad de virtudes* en *Acta Sanctae Sedis,* 35 (1902-3), 380.

(5) «Verum enim vero ad Ioannis merita cumulus accessit, cum ipse singulafi erga sanctissima Iesu et Mariae Corda flagrans amore, de liturgico cis cultu praestando nón sine aliquo divino afflatti prímus cogitavit. **Cuius**

con estas palabras: *La conducta, en la Propagación de este culto, del Santo varón, excitó el odio implacable de los jansenistas... (6).* Además, en el *elogio* del *Martirologio* se dice que, entre otros títulos que le hacen merecedor de los homenajes de la Iglesia universal, tiene San Juan Eudesel de ser «el promotor del culto litúrgico de los Sagrados Corazones* (7).

Para cerrar esta serie imponente de afirmaciones pontificias, señalemos el lugar único que Roma ha reservado a nuestro Santo en la historia oficial que ella misma nos ha querido dar *del avance triunfal del culto del Sagrado Corazón de Jesús (8)* en las lecciones del segundo nocturno de la fiesta de este divino Corazón: «En los últimos siglos, y principalmente cuando los herejes, bajo la, apariencia de falsa piedad se esforzaban por apartar a los cristianos de la Sagrada Eucaristía, comenzó a tributarse un culto público al Sagrado Corazón, gracias sobre todo a San Juan Eudes, quien, con.toda justic ¡a, es llamado autor del culto litúrgico de los Sagrados Corazones de Jesús y Marí» (9).

Nada puede decirse después de estos juicios. Con la juzteza y precision cuyo secreto posee la corte romana, señalan al Santo el puesto de honor que le corresponde entre los apóstoles de los Sagrados Corazones.

ideo suavissimae religionis tum Pater existimandus est, quippe qui usq ue ab instituta sacerdotum Congregatione solemnia Saerorum eorumdem Cordium inter suos filios celebranda curavit; tum Doctor, nam propria officia et missam in corum honorem composuit; tum denique Apostólus, tolo enim est pectore nisus, ut saluberrimus ipsorum cultus in quemcuraque locum evulgaretur.» *Decreto de Beatificación* en *Acta Apostolicae Sedis, 1* (1909), 480.

(6) «Hace sancte viri agendi ratio, in ciusmodi cultu propagando, implacabile odium iansénistarum excitavit> *Bula de canonización* en *Acta Apostolicae Sedis, p. 17 (1925), 490.* Tanto en el texto, como en la nota hemos corregido al autor que nos da una referencia, apreciablemente diversa del texto oficial de la Bula publicada en el periódico oficial de la Santa Sede. (N. del Tr.)

(7) «Cadomi... Saneti loannis Eudes... prortiotoris liturgici cultus erga Sacratissima Corda.» *Martirologio Romano, 19* de agosto.

(8) «Triumphalis progressio cultus Sacratissimi Cordis lesu.* *Breviario Roma-no,* fiesta del Sagrado Corazón, lección IV.

(9) #Proximis demum saeculis, coque potissimum tempore quo haeretic¡ sub falsae pietatis titulo, a Sanctissima EuchaTistia Christianos deterrere conabantur, cultus Sacratissimo Cordi publice exhiberi coeptus est, opera imprimis sancti Ioannis Eudes, qui auctor liturgici cultus Sacrorum Cordium lesu et Mariae haud immerito nuncupatur.* *(Ibid.)*

Resumen histórico de la devoción a los Sagrados Corazones antes de San Juan EUdes.

La devoción a los'Sagrados Corazones no ha surgido constituída en un momento determinado de la historia. «Se ha ido Jormando paulatinamente, ha comenzado sin' ser sentida. Con lentitud salió de su cuna, se ha organizado, desenvuelto y precisado; tiene su génesis y su historia* (10). Resumamos una y otra. La

prioridad y 1 , a importancia del,papel desempefiado por el P. Eudes en la difusi0n de esta doble devoción, surgirá con mayor claridad y realce.

Ha nacido, pues, y se ha desenvuelto, como nacen y se disen~ vuelven todas las doctrinas e incluso los dogmas (11). Ha franqpeado los tres estados conocidos de todo crecimiento doctrinal (12). En el transcurso de los siglos y bajo la acción de las circunstancias, ha adquirido esa nitidez, esa precisión definitiva a que parece haber llegado en nuestros días.'En vano se buscará la fórmula rigurosa en la Sagrada Escritura y en los primeros testimonios de la tradición católica. No obstante, aquélla y ésta, le han proporcionado preciosos datos dogmáticos, sobre los cuales se apoya. Indiquémoslos brevemente.

§

El Antiguo y, sobre todo, el Nuevo Testamento contienen textos que abren ante nosotros perspectivas maravillosas sobre la vida íntima de María. En el Evangelio, parece como si sus palabras se hubiesen dejado caer como de pasada, no obstante su inagotable profundidad. Por ellas se nos van revelando unas

,(10) GARRIEL: *Le Sacré-Coeur de Jésus* (París, 1920), p, 16.
(11) BILLOT: *De ¡mmulabilitate traditionis* (Roma, 1907), cap. II.

(12) El P. GARRIEL designa del modo siguiente estos tres estadios: primero, de la intuición global; segundo, de la fermentación mental; tercero, del esfuerzo definitivo para integrar los desarrollos teológicos en la revelación. Cfr. *Le donné révélé en la Théologie* (París, 1910), p. 31. Seria tarea fácil distribuir, por analogía, entre esos tres estadios el estudio de la evolución doctrinal de la devoción a los Sagrados Corazones.

tras otras las alegrías y los dolores de María, sus disposiciones admirables, su fe heroica y su ternura maternal. También en el Antiguo Testamento 'existen indicaciones providenciales sobre la Santísima Virgen y sus perfecciones, cuya mieditación y estudio a la luz de la fe, proyectará sobre el Corazón de María claridad luminosa con la que los teólogos y apóstoles de su amabilísimo Corazón han de esclarecer sus consideraciones (13).

Los primeros Padres y los escritores eclesiásticos extrajeron de estos datos de las Sagradas Escrituras, la materia ~ de una alta en,señanza dogmática y moral que preparó el terreno para la devoción que desde entonces se iba formando. Por ejemplo, San Agustín y San León celebran la casta fecundidad del Corazón purísimo de María; San Juan Damasceno nos habla de sus encendidos ardores; San Bernardo canta con acentos deliciosos su misericordiosa ternura; las obras de Ricardo de San Víctor, nos ofrecen ncrtables consideraciones sobre el Santo Corazón de María; San Buenaventura le

saluda como Fuente de donde brota la salvación idel mundo... (14).

La Edad Media, época entre todas fecunda en la vida intelectual, moral y religiosa de la Iglesia, no podía ignorar los encantos del Corazón de María. Numerosas alma§ experimentaron entonces su poderosa atracción y sintieron la necesidad de celebrar sus alabanzas y proclamar sus beneficios. Señalernos, en primer término, el interesante grupo de las tres místicas de elevados vuelos llevadas por impulsos de su piedad y la acción del Espíritu Santo, a abismarse en una amorosa y luminosa contemplación del Santo Corazón de María: Santa Matilde, Santa Gertrudis y Santa Brígida. Nada más tierno y gracioso que las prácticas de devoción hacia el Sagrado Corazón, de María que nos ~a4 dejado estas almas santas, y las revelaciones.con que sobre El se vieron favorecidas (15).

Fue , ra'del claustro, el canciller Gerson, San Lorenzo Justiniano y San Bernardino de Sena, rivalizaron en ciencia y celo por, exaltar las virtudes y la santidad del Corazón de María y su perfecta semejanza con el de su Hijo. A juzgar por sus escritos en honor suyo, la corriente que lleva las almas a El, y que ha de alcanzar su pleno desarrollo en San Juan Eudes, se vigoriza de siglo en siglo.

(13) En LEIBRUN: *Llévotion au Saiwt-Cocur de Maríe, p.* 233, se encontrarán todas las referencias que se deseen.

(14) Ibid., p. 10 ss.

(15) Ibid.

Nuevos afluentes Vienen a engrosarla desde el ocaso de] siglo xv hasta comienzos del xviii. Si durante este tiempo, la devoción continúa embalsamando los ¡lionasterios---como lo comprueban Tas piadosas efusiones o prácticas que inspira al cartujo Lanspergio, al benedictino Luis de Blois, a la B. María de la Encarnación, a la Madre Villani-tan sólo es patrimonio de algunas almas privilegiadas. Algunos teólogos se constituyen en sus apóstoles: Luis de Granada, José de la Cerda, Bartolomé de los Ríos, los PP. Poiré, Suffren y de Barry. Algunos santos viven'y gustan de ella: San Ignacio, San Francisco de Sales. Comienza, incluso, a penetrar en el pueblo puesto que, comonos dice el P. de Barry, desde el año 1636 algunas personas piadosas celebraban una fiesta en honor del Sagrado Corazón de María el día primero de junio. A pesar de ello, esta fiesta no tenía carácter litúrgico, y no se solicitaba intervención ni aprobación de la autoridad eclesiástica. La devoción al Sagrado Corazón de María, aún no había franqueado, el dominio de la piedad privada, le faltaba, para imponerse y ofrecerse en pleno día, precisión doctrinal. «En suma, existía apenas en e , stado de tendencia algo confusa. A San Juan Eudes estaba reservado el darle la organización que le fáltaba, conquistarle los sufragios del clero y del pueblo, e introducirla en la liturgia católica» (16).

§ 2

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús ha seguido unamarcha ascensional paralela a la del Santo Corazón de María. No hemos de escribir su historia detallada. Nuestro propósito es más modesto: jalonar, como ya lo hicimos para el Santo Corazón de María, su camino a través de los siglos e indicar sus principales etapas, para.poner en claro la acción providencial de San Juan Eudes en su desarrollo doctrinal y litúrgico. Este es nuestro fin (17).

Hemos de remontarnos primero a la Sagrada Escritura y a la tradición de los Santos Padres para encontrar los primeros

(16) En LEBRUN: *Dévotion au Saint-Coeur de Marie, p. 45...*

(17) Hemos tomado los datos de este resumen histórico de las siguientes obras: LEBRUN: *Le B. jean Eudes et le culte public du Coeur de -jésus,* GARRIGUET: *Le Sacré7Coeur de Jésus* (este libro *es el* más recomendable de todos); H. DE BARENTON: *La dévotion au Coeur de Jésus* (París, 1914), BAINVEL: *La dévotion au Sacré-Coeur de Jésus* (París---1919). Desde ahora nos remitimos a estas

obras para todo lo referente a este capítulo.

orígenes de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Una y otra nos darán el «dato revelado* que los siglos elaborarán y de donde han de extraer esta devoción. Pero vano será pretender buscarla' y percibirla formalmente; «sólo la contienen en estado embrionario* (18). No ignoramos los panegíricos de la caridad divina para con nosotros, y las exhortaciones a devolver a Jesús amor por amor, contenidas en una y otra. Incluso admitimos que San Juan Crisóstomo y San Agustín, para sólo hablar de ellos, tienen paginas que n1, avillan y que nunca serán superadas sobre este

3Ar

tema inagotable. Pero esto no es la devoción al Sagrado Corazón, puesto que aquí no se ve nada que sea culto
tributado al Corazón de.carne.

Gustosos hacemos nuestra la siguiente conclusión de un documentado estudio en q~ie el P. Bainvel ha hecho pasar por la criba de una crítica minuciosa los textos antiguos> citados como referentes al Corazón de Jesús: «En definitiva, se puede considerar como científicamente demostrado, que de los textos o hechos alegados hasta el presente para demostrar la devoción al Sagrado Corazón en . los diez primeros siglos de la Iglesia, no puede considerarse a ninguno como concluyente. Para'precisa~ más todavía, ni uno tiene exactamente el sentido que se le atribuye o, si lo tiene, no es-hablando en sentido estricto-el de la devoción al Sagrado Corazón. Por el contrario, está comprobado que muchos de estos textos-sean de la Sagrada Escritura o de los escritores eclesiásticos-abren el camino a la devoción, la preparan y a ella conducen. Son los materiales de que se servirá, cuando haya nacido serán fórmulas preparadas para la devoción o para alguna de sus prácticas (19).

La aurora del culto al Sagrado Corazón, propiamente hablando, se inicia en el siglo xi. Entonces se inicia una manifiesta evolución en la piedad católica que, por la llaga del Salvador-objeto entonces de un culto lleno de fe, ternura y unción---conduce las almas a la llaga del Sagrado Corazón. Léanse las *Meditaciones* atribuídas a San Anselmo, y especialmente las amorosas expansiones de San Bernardo en su *Sermón del Cantar de los Cantares,* de'San Buenaventura en su Tratado de la Pasión, conocido también bajo el nombre de Viña mística; las consideraciones inflamadas de Guillenno de Saint-Thierry y, algo más tarde, en la

(18) GARRIGUET, P. 17.

(19) BAINVEL, p. 621-39, apénd. II: <iNota sobre algunos textos antiguos citados con frecuencia como relativos al Corazón de Jesús*.

primera mitad del siglo xvi las de Guerric, de Ricardo de San Víctor, y fácilmente, se notará el caminorecorrido por la devoción.

A partir de aquel momento, sin poderse indicar cuándo ni por quién, se opera poco a poco la síntesis de los elementos que lo integran «en la conciencia social de la Iglesia y bajo la, influencia del Espíritu Santo que en ella vive* (20).

El impulso está dado. Instintivamente las almas piadosasDios sabe cómo abundan en estas épocas de verdádera fe-se vuelven hacia el Sagrado Corazón de Jesús, para estudiar sus amabilidades, su inefable ternura y caldearse a su contacto. Como el Sagrado Corazón de María, y siguiendo un camino exactamente paralelo, el Sagrado Corazón de Jesús encuentra apóstoles, contempladores y

ensalzadores, tanto al abrigo de los claustros como en el seno de las diversas órdenes religiosas que surgen por todas partes o que el celo de santos reformadores vuelven al fervor de sus orígenes.

Enumerémosles, siguiendo el orden cronológico, que en nada perjudica al puesto que corresponde a cada una en la historia de la devoción al Sagrado Corazón.

Abren marcha los benedictinos. Han sido los pricursores de esta devoción, de igual forma que lo fueron de la civilización cristiana. Conocemos ya los nombres de los suyos que incluso constituyen sus más puras glorias: los de un San Bernardo de un Guillerni-) (te Saint-Thierry, de un Guerric de-Igny, los he~nos citado entre los primeros precursores del culto privado al Sagrado Corazón. No son ellos los únicos de la familia benedictina que merecen especial mención: Santa Matilde, Santa Gertrudis, Santa Lutgarda y la venerable Ida deben figurar también entre las más ilustres amantes del Sagrado Corazón.

Los hijos de San Bruno no quedaron atrás de los de San Benito y de San Bernardo. Por eso se ha podido escribir: «Desde la Edad Media la familia cartujana no cede a ninguna otra gran familia religiosa en lo que concierne al conocimiento y culto del Sagrado Corazón de Jesús» (21). Y un cartujo de nuestros días, Dom Boutrais, ha compuesto un Mes del Sagrado Corazón «impregnado de unción y doctrinw (22) con sólo tomar citas en los antiguos autores de su Orden.

¿Qué decir de la Orden seráfica, y de la armonía, en cierto modo preestablecida, que en todo tiempo parece haber existido

(20) BAINVEL, P. 210-1.
(21) GARRIGUET, *p.* 37.
(22) *Ibid.*

entre ella y esta devoción, la cual responde al espíritu de su **fundador y al** de uno de sus más ilustres hijos, San Buenaventura, #el teólogo del Sagrado Corazón»? ¿Hemos de recordar el celo de San Antonio de Padua, de Uberto de Casal, de San Bernardino de Siena? ¿Es necesario recordar todo lo que debe a las grandes místicas franciscanas: Margarita de Cortona, Ángela de Foligno, Catalina de Génova, Francisca Romana, Bautista Varani?

En la Orden seráfica encontró la devoción al Sagrado Corazón un terreno propicio donde arraigar y florecer. Siempre será ~para ella «patrimonio familiar» y, más tarde, «los hijos de San Francisco figurarán entre los primeros en la propagación del culto litúrgico, de igual modo que lo habían hecho en la doctrina y la devoción privada» (23).

Los nombres célebres de Juan Taulero, de Enrique Suso, de Catalina de Sena, por sólo citar los más conocidos, indican la importante aportación de la Orden de Santo Domingo al Imovimiento que lleva las almas hacia los Sagrados Corazones. También ella toma de sus tradiciones y de la fiesta de las Cinco Llagas, que desde sus orígenes celebra el viernes siguiente a la ~octava del Santísimo Sacramento, las ideas generales de esta devoción.

De todas las órdenes religiosas, de todos los monasterios en que se implanta, como potentes focos, irradia la devoción al Sagrado Corazón sobre el clero, las almas piadosas y las poblaciones cristianas. Por medio de toda una literatura que se le dedica (24), de la iconogúafía (25) de la ornamentación arquitectónica que la vulgariza (26), va penetrando lentamente en el pueblo.

' Nos veríamos obligados a evocar toda una *turba magna* de devotos del Sagrado Corazón, de

todas las naciones y de todos los idiomas, si hubiéramos de dar un resumen completo sobre el estado de devoción al finalizar la Edad Media. <iA pesar de todoinsistimos sobre esta observación de Garriguet- guarda todavía un carácter puramente individual. Está muy extendida, es verdad; pero no se puede decir que exista un movimiento conjunto en la Iglesia. Este movimiento se va a iniciar» (27).

Limitémonos a recordar algunos hechos dominantes en el último período de su historia.

(23) BARENTON, P. 200-1.
(24) GARRIGUET, *p.* 64.
(25) BARENTON, *pp.* 108, 139.
(26) BAINVEL, *p.* 263.
(27) GARRIGUET, *p.* 72.

En vano se buscarán ves~igios en los orígenes de la Compañía de Jesús (28). Sin embargo, muy pronto esta
ilustre Orden dará al Sagrado Corazón meritísimos apóstoles, escritores y teólogos de fama. Citemos al azar a
San Pedro Canisio, San Alfonso Rodríguez, Suárez, Lugo, Luis de la Puente, Álvarez de Paz, Vicente Caraffa, de
Barry, Pablo Lejeune, Maldonad ' o, Cornelio a Lapide, Surin, Duzbricki, de Saint-Jure, Nouet, Vicente Huby.
Esta árida nomenclatura hace presentir el apostolado que la Compañía, de Jesús ha de desarrollar un día en favor
de una devoción con la que casi está identificada.

Con San Francisco de Sales franquea la devoción al Sagrado Corazón una de las últimas etapas de su larga y majestuosa marcha ascensional a través de los siglos. Está contenido «en germem-según expresión de Pío X--en las obras del bondadoso doctor del amor divino; y la naciente Visitación, enteramente impregnada del espíritu de su fundador y de la cálida piedad que le comunica, espera la hora de las revelaciones de Paray.

El Oratorio termina de prepararisus caminos. Pronto hemos de volver ' sobre esta gran escuela de espiritualidad, donde brillan maestros tan eminentes como Bérulle (29), Condren, Olier. Recordemos cómo el culto al Verbo Encarnado, sin confundirse con el del Sagrado Corazón del que siempre permanecerá formalmente distinto, habrá orientado hacia éste las inteligencias y los corazones. Pero «su mayor gloria, desde el punto de vista que nos ocupa, es haber formado a San Juan Eudes» (30). Y es una gloria muy grande: San Juan Eudes es el término de la evolución histórica y doctrinal, por la que ha pasado la devoción al Sagrado Corazón y cuyas principales vicisitudes hemos recordado. Con él se abre una nueva era. De privada que ha sido hasta ahora se convierte en pública. Adquiere su organización definitiva. La Iglesia la acepta oficialmente y adquiere derecho de ciudadanía en el santuario, como a través de los tiempos lo había conquistado en los corazones cristianos.

(28) GARRIGUET, p. 73.

(29) San Juan Eudes indica que él ha encoritrado ien las obras de este santo Cardenal varias cosas maravillosas que contienen un elogio magnifico del admirable Corazón de la Madre del Salvadon, y transeribe tres textos especialmente expresivos del piadoso Cardenal que permiten captar vivamente hasta qué punto la devoción a los Sagrados Corazones se encuentra ya en germen en la doctrina beruliana. Cfr. *Coeur Admirable, VIII, 1,* 4. *(Oeuvres, VII, p.* 344-50.)

(30) GARRIGUET, *p.* 73.

San Juan Eudes y la propagación del culto de los Sagrados Corazones.

Y llegamos a exponer en toda su amplitud la cuestion por largo tiempo debatida y hoy resuelta del apostolado
de San Juan Eudes en favor de los Sagrádos Corazones. Continuemos dejando hablar a los hechos. Ellos solos
bastarán para la plena justificación del decreto de beatificación en que la voz autorizada entre todas de Pío X,
proclamó a nuestro Santo *Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico de los Sagrados Corazones.* Allí donde
Roma no ha distinguido, tampoco distinguiremos nosotros. No distinguiremos, como demasiadas veces se hace,
entre su m ' isión de apóstol del Corazón de María y su misión de apóstol del Corazón de Jesús. La lógica, la
historia y la Iglesia, protestan contra semejante defor mación de la verdad.

A) *San Juan Eudes, «Padre del culto litúrgico` a los Sagrados Corazonesi>.*

#Se le debe considerar como el Padre del culto de los Sagrados Corazones~dice Pío X-, pues desde la institución de su Congregación de sacerdotes, hizo Celebrar a sus hijos fiestas solemnes en su honor». El alcance de este primer título del Santo y del comentario que le acompafia, no necesita aclaración. La originalidad y el mérito de la intervención de San Juan Eudes en la práctica de bste culto quedan acusadas con claridad. Gracias a él el culto del Sagrado Corazón pasa del orden privado e íntimo, en que le acabamos de dejar, al orden público y oficial en el que le vamos a ver erigido por la autoridad competente a la altura de una institución litúrgica.

§

Pero antes permítasenos resolver una doble cuestión previa ligada íntimamente al problema de los orígenes del culto público

de los Sagrados Corazones. ¿En qué medida tuvo el Santo conciencia de la misión providencial a que el cielo le destinaba? ¿Cómo fué conducido a cumplirla?

Los indiscutibles testimonios suyos que poseemos no permitei, dudar de que el Santo tuvo en el más alto-grado la íntima convicción de la realidad de su misión. Oigámosle:

«Jesús y María-afirma en *su Magnificat* (31)-me dieron su augusto Corazón para que de su caridad procedan todas mis cosas. *Cor suum maximum dederunt mihi Iesus et Maria ut omnia mea ex caritate eius liant ... »*

¿No es el caso de recordar la célebre palabra de San Juan: *Si testimonium hominís accepimus... ? Si* asentimos al testimonio de todo hombre digno de fe, con mayor razón aceptaremos el de un Santo, y ¡qué Santo!... Si acogemos con tan religioso respeto las célebres revelaciones de Santa

Margarita Maria que conocemos unicamente por su propio testimonio, ¿por qué dudar ante el testimonio de su glorioso precursor en el servicio y apostolado de los Sagrados Corazones?

Escuchemos todavía con qué santa energía reivindica como propio el gran misionero normando este don privilegiado en su *Testamento,* este otro documento insigne de su devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. En esta acta levantada en París a 24 de abril de 1671-dos meses antes del ingreso de Santa Margarita María en el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial (20 de junio) y más de dos aflos antes de que recibiese las primeras comunicaciones de Nuestro Seflor-nuestro Santo, anciano de setenta aflos, de los que treinta ha sacrificado entera e incansablemente a los intereses de su amada devoción, «postrado a los sagrados pies de Jesús y de la Reina del cielo», en presencia de todo el Paraíso declara:

«Con todos los poderes de mi voluntad, me entrego al amor incomprensible por el cual Jesús y mi buenísima Madre me han dado su amabilísimo Corazón de una maner especial, y-en a unión de este mismo amor-yo doy este corazon, como cosa que me pertenece y de la que puedo disponer para gloria de mi Dios, a la pequeña Congregación de Jesús y de María para ser... elcorazón, la vida, la regla de los verdaderos hijos de esta Congregación... Yo lo entrego, igualmente a todas mis queridas hijas las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad, a las carmelitas de Caen y de Dieppe y a todos mis demás hijos espiritualles ... » (3 *2).*
(31) O~res, III, p. 491-
(3 2) *Testamem, 10. (Oeu¿,res, XII,* p. 172.)

Si exceptuamos el Testamento de amor, unico, incomparable, hecho por Jesús mismo en la Cena y escrito todo él con su sangre, ¿se encontrarán en la historia de la Iglesia muchos testamentos tan solemnes y magníficos? ¡Qué luminosa precisión, qué nitidez en sus energicas afirmaciones! Ante el cielo, ante la muerte en quien piensa al redactar su testamento, ante la historia cuyo juicio desafía, ante la Iglesia cuya autoridad infalible no teme, el Santo afirma y proclama que Jesús y María le han dado su Corazón de una manera especial y que tiene el derecho de disponer de este mismo Corazón como de cosa propia. Ahora se comprende la exultante alegría, la imponderable gratitud de su *Magnificat: Gratias illis infinitas super, inenarrabilibus donis ipsorum...!*

Al aflo siguiente, en la memorable carta circular en 4ue exhorta a sus hijos a celebrar con la mayor pompa posible la fiesta del divino Corazón de Jesús, carta que puede ser considerada como la partida de nacimiento del culto público del mismo Corazón, el Santo precisa cuidadosamente que este don inefable le fué concedido desde los mismos orígenes de su Congregación (33).

Finalmente, el 25 de julio de 1680, tres semanas antes de ir a realizar en el cielo su ardiente y ambicioso sueño de bendecir *in aeternum et ultra* a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, tan fielmente servidos, amados y cantados por él en la tierra, termina su libro sobre El *Corazón admirable de la Santísima Madre de Dios* en que con incansable tenacidad no ha cesado de trabajar a lo largo de veintiocho duros y laboriosos aflos que acaban de expirar. Al cerrar su obra, un supremo y conmovedor himno de agradecimiento brota de su alma: «No tengo palabras que puedan expresar la excelencia infinita del incomprensible favor que nos habéis hecho, cuando nos habéis dado a mis hermanos y a mí, el Corazón adorable de vuestro amado Hijo, con el vuestro amantísimo , para ser el corazón, la vida, la regla viva de la Congregación de Jesús y María» (34).

La duda no es posible. Con un convencimiento comunicativo, el Santo reivindica sobre los Sagrados Corazones de Jesús y de María derechos que únicamente una misión recibida de lo alto le permitirían formular.

¿Cómo le fué comunicada esta misión providencial? 0, si se prefiere, ¿de qué manera' tomó conciencia de ella el ardiente apóstol y fué conducido a cumplirla?

(33) Cfr. ínfra, p. 235-6.

(34) Cocur Admirable. **Conclusión.** *(Oeuvres, VIII, p. 355.)*

Esta segunda pregunta no es nueva. Fué ya planteada y resuelta por sus primeros biógrafos.

«Lo que le hizo concebir el deseo de entregarse-en particular a esta devoción---escribe Hérambourg-fué, además de las santas impresiones recibidas en la meditación, las cosas enseñadas por Nuestro Señor a Santa Gertrudis, Santa Matilde y Santa Teresa» (35). «Se vió atraído a la devoción del Sagrado Corazóndice Costil-por las santas impresiones que sobre ella había recibido en la meditación, y por las luces que Nuestro Señor había comunicado sobre dicho Corazón a Santa Gertrudis, Santa Matilde, Santa Teresa y a otros varios de sus fieles servidores. Pero a fuerza de contemplar este divino misterio, descubrió en él nuevas maravillas que le proporcionaron la materia del Oficio y de la Misa que compuso en honor suyo... Su culto al Corazon de María proviene de la misma fuente, si no se quiere decir que sea el fruto de su feliz experiencia de las maternales bondades de la Santísima Virgen» (36).- Martine se expresa en análogos términos (37).

Los datos que nos suministran los escritos del Santo confirman los testimonios de sus historiadores. En particular su *Discurso sobre la devoción al Corazón de María,* publicado en 1650, contiene preciosas indicaciones sobre las fuentes por él utilizadas, y es una aportación interesante a la historia de esta devoción (38).

Así, pues, su piedad pers * onal y la frecuente lectura de los autores que antes de él habían honradoa los
Corazones de Jesús y de María, le encaminaron insensiblemente a esta devoción, a la que había de dar impulso
tan poderoso. La historia no nos, dice nada más. Por Í esto dejaremos a un lado las recientes hipótesis formuladas
para explicar los orígenes de la misión providencial del Santo. Si en este sentido hubiera recibido alguna
revelación sobrenatural por intermedio de María des Vallées, no hubiera dejado de decírnoslo. Sobre ello guardó
un silencio que hemos de respetar.

Por otra parte, reconocemos que el Santo permaneció siempre fiel a los principios del P. de Bérulle en lo tocante al culto del Verbo Encarnado, nuestra unión con Él en el santo bautismo, nuestra participaci0n en su vida y en su espíritu, que introdujo

(35) HÉRAMBOURG: *Vie du P. -Eudes, II, c. 2.*

(36) COSTIL: *Annales, I, p. 385.*

(37) MARTINE: 1, *1. 8.',* n.' *35.*

(38) La dévotion au très saint Coeur de Marie, 1, 1. (Oeuvres, VIII, p. 412-6.)

en las Misas y Oficios de los Sagrados Corazones. Esta es la explicación del sabor oratoriano en ciertos aspectos
de dichos Oficios: su parentesco espiritual con las producciones literarias y litúrgicas de aquella célebre escuela. 1

§ 2

Con el *Reino de Jesús,* publicado en 1637, nos remontamos hasta donde actualmente es posible en la historia de la devoción del Santo a los Sagrados Corazones. Este libro ya está impregnado de esta devoción. «En él descubrirá el lector atento las ideas, algunas veces hasta las expresiones de que más ta~de se servirá el autor para cantar las alabanzas de los Sagrados Corazones» (39).

A partir de 1643, año de la fundación de su Congregación, se multiplican los hechos y los textos. Aquel año constituye una fecha tanto en su historia personal como en la de la devoción a los Sagrados Corazones. Su salida del Oratorio le asegura la necesaria libertad de acción requerida por el nuevo apostolado que de IQ Alto se le encomienda (40). Preludia,toda unq serie de actos muy significativos: la consagración a los Sagrados Corazones de la Orden de Nuestra Señora de' la Caridad y de su Sociedad de Sacerdotes, las armas que para ésta escoge, las oraciones especiales que impone a una y otra.

En el *Corazón Admirable* recuerda el Santo a. sus hijos su consagración a los Sagrados Corazones (41) en los términos siguientes:

«Todos los eclesiásticos de la Congregación de Jesús y María tienen un gran motivo de consuelo, y una obligación particularísima de dar gracias a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, por haberles llamado y recibido en una Congregación que pertenece de manera especial a su amabilísimo Corazón...

PHmero, porque esta Congregación está toda entera dedicada y consagrada a este divino Corazón.

(39) Le B. jean Eudes et le culte Publique du Coeur de jésus, p. 16.

(40) «Non sine aliquo divino afflatu.» *Breve de Beatificación.* (Cfr. su*pra, p. 216,* nota *5.a.)*

(41) 0 bien «al Sagrado Corazón de Jesús y Maríay>, como solía decir. Esta expresión que no ha tenido porvenir, no era contraria al uso de aquel tiempo y, además, tenía la ventaja de recalcar la absoluta conformidad de espíritu y afecto que reinó siempre entre el Corazón de María y el de su divino Hijo. Cfr. LEBRUN: loc. cit., p. 17, nota; Dévotion au *Coeur de* Ma*rie, p. 52.*

Segundo, porque todas. las iglesias y capillas de esta Congregación están dedicadas y consagradas en honor de este Santísimo Corazón.

Tercero, porque en ésta es donde se ha empezado a celebrar solemnemente las fiestas del Corazón admirable de Jesús y Maríai> (42).

El blasón que dió a su*Sociedad debía perpetuar, según pensaba, la consagración que señaló sus comienzos. Está compuesto por un solo corazón coronado de una cruz, rodeado por una rama de lises y otra de rosas y dentro dice: <~Una mirada de Jesús y María». Lo completa el santo y sefia «¡Viva Jesús y María!» «El P. Eudesdice uno de sus primeros biógrafos-quiso que entre sus hijos todo estuviese marcado con el sello de los dos corazones (de Jesús y María). Por eso todavía se ve que en sus seminarios, el sello de sus Congregación, los manteles de altar y hasta algunos muebles, todo lleva la marca del divino Corazón de Jesús (y de María> (43).

Ya el Santo había dedicado al Santísimo Corazón de María la naciente Orden de Nuestra ~eñora de la Caridad (1641) como lo recuerda a sus hijas en el preambulo de sus *Constituciones* (44); y para que nunca olviden esta consagmcion, quiso que cada una de ellas llevase, colgado al cuello, un corazón de plata sobre el que s~ destacara en relieve la imagen de la Santísima Virgen con el Niño Jesús en sus brazos, entre una rama de lises y otra de rosas (45).

(42) *Cocur Admirable, VIII,* 3, 12. *(Oeuvres, VII, p.* 411.)
(43) LE BFURRIER: *Vie du P. Eudes, 1. VI,* en LEBRUN. *Culte Public du Coeur de Jésus, p. 19.* Este texto de Le Beurrier nos proporciona el significado tradicional de las armas de la Congregación de Jesús y María. Cabe pensar, sin embargo, que el corazón qne lo constituye no representa únicamente los Sagrados Corazones de Jesús y María. Puede simbolizar también el de los eudistas, pues el fin de la devoción a los Sagrados Corazones; tal como el P. Eudes la con¿ebía, es la unión íntima de nuestros corazones con el de Jesús y María, de tal forma que no tengamos con Ellos sino un corazón, un alma, una vida (cfr. LEBRUN: *Dévotion au Cocur de Marie, p.* 53). La interpretación del blasón de los eudistas ha originado una interesante discusión, cuya exposición puede verse en LE DORÉ: *Les Sacrés-Coeurs et le Vénérable jean Eudes, I, p.* 76; 11, p. 298; *Oeuvres, IV,* p. 456, n.' 2, CXLVIII, nota 2.a; LEBRUN: 10C. *cit., p.* 53. Y apoyándose. en *Oeuvres* el P. Bainvel modifica la opinión que había sostenido en su primera edición, para seguir la que hace del corazón del escudo de armas cudista el de los fieles, en los que deben vivir Jesús y María. Creemos más acertada su primera opinión. El texto de Le Beurrier citado antes, milita en favor suyo.
(44) *Oeuvres, X, p.* 73.
(45) «Están en una Congregación que ha nacido al mismo tiempo que la Congregación de Jesús y María, también consagrada al Corazón de la

Las oraciones especiales con que dotó desde un principio a sus familias religiosas, denotan en él la intención bien definida de extender entre los suy?s el culto que personalmente tributaba a los Sagrados Corazones. Aludimos al *Benedictum sit y al Ave, Cor sanctissimum.* He aquí estas oraciones tal como desde hace tres siglos se rezan en sus dos Institutos:

«Benedictum sit Cor amantissimum et dulcissimura Nomen Domini nostri Iesu ' Christi et gloriosissimae Virginis Mariae Matris e¡us in aeternum et ultra.

Ave, Cor sanctissimum.
Ave, Cor mitissimum.
Ave, Cor humillimum.
Ave, Cor purissimum.
Ave, Cor devotissinmin.
Ave, Cor sapientissimum.
Ave, Cor patientissimum.
Ave, Cor obedientissimum.
Ave, Cor vigilantissimum.
Ave, Cor fidelissimum.
Ave, Cor beatissimum.
Ave, Cor miscricordissimum.
Ave, Cor amantissimum lesu et Mariae.

Te adoramus, te laudamus, te glorificamus, tíbi gratias agimus. Te amamus ex toto corde nostro, ex tota anima nostra et ex totis viribus nostris.

Tibi cor nostrum offerimus, donamus, conseeramus, imniolamus.
Accipe et posside illud totum, et purifica, et illumina, et sanctifica.
Ut in ipso vivas et regnes, et nunc et semper et in saecula saeculorum. Amen» (46).

Madre del amor hermoso-escribe el Santo en el *Coeur Admirable, VIII,* 3, 12--- Como señal de ello, llevan sobre sus pechos la figura de un corazón de plata, sobre el que está representada la imagen de la Madre del Salvador.» *(Oeuvres, VII,* p. 413.)

(46) «Bendito sea por siempre el Corazón amantísimo y el nombre dulcísimo de Nuestro Señor jesucristo y de la gloriosísima Virgen María, su Madre.»
Os saludamos Corazón santísimo. Os saludamos Corazón dulcísimo. Os saludamos Corazón humildísimo.
Os saludamos Corazón purísimo.
Os saludamos Corazón devotísimo.
Os saludamos Corazón sapientísimo. Os saludamos Corazón pacientísimo. Os saludamos Corazón obedientísimo. Os saludamos Corazón vigilantísimo.
Os saludamos Corazón fidelísimo.

Estas dos oraciones corresponden a la época que en la historia de la devoción del Santo se podría designar con el
nombre de «culto conjunto» de los Sagrados Corazones. Ambas, sobre todo la segunda, suscitan interesantes cuestiones
históricas y doctrinales, en las que no nos detendremos (47). Séanos permitido indicar el elevado alcance teórico y
práctico del *Ave, Cor sanctissimum.* La segunda parte de esta célebre salutación expresa de manera muy concisa, pero
también muy enérgica y piadosa, los actos constitutivos del culto integral de los Sagrados Corazones de Jesús y de
María: la adoración, la glorificación, la acción de gracia Í S, el amor pleno, la consagración sin reservas, llevada hasta
la total inmolación de sí mismo. También expresa el fin que con ella nos debemos proponer y los maravillosos frutos
que podemos esperar: la vida y el reinado perfecto, en nosotros, de Jesús y María, en el tiempo y en la eternidad.

§ 3

La piedad del Santo no podía quedarse en esto. Estas oraciones por muy bellas que fuesen y por más que rebosasen del espíritu de su querida devoción, no respondían lo bastante, ni a su deseo de ver honrar y amar a los Sagrados Corazones, ni a los derechos que en cierto modo les había conferido por la consagración de sus Institutos. Esta consagración exigía como consecuencia obligada, la celebración pública del glorioso patrocinio

Os saludamos Corazón felicísimo.
Os saludamos Corazón misericordiosísimo.
Os saludamos Corazón amabilísimo y amantísimo de Jesús y María.
Os adoramos, os alabarnos, os glorificamos, os damos gracias.
Os amamos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas.
Os ofrecemos nuestro corazón, os lo donamos, consagramos e inmolamos.

Recibidlo y poseedlo todo entero, purificadlo, iluminadlo y santificadlo.

A fin de que viváis y reinéis en Él ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

(47) Cfr. LEBRUN: *Dévotion au Coeur de Marie, p.* 55, nota 2.11. Se encontrará *¡bid., p.* 5 8 ss., y en ADAM: *María des Vallées,* París, l894,-p. 229 ss., una justificación sencillísima de las restantes expresiones que sobre todo en el *Ave Cor* podrían confundir al lector no advertido. En realidad, estas expresiones no dan lugar a ninguna objeción de principio; a lo sumo en nuestros días se las podría discutir gramaticalmente, mientras que en aquel tiempo eran de uso corriente.

1

que de ella resulta, y que lleva consigo, casi necesariamente, la institución de una fiesta en la que se tribute a los Sagrados Co~ ra,zones de Jesús y de María, el culto solemne que las sociedades religiosas tributan a sus patronos.

Debido a ello, parece ser que muy pronto pensó el Santo en el establecimiento de dos fiestas diferentes en honor de estos dos Corazones. Incluso, según Martine, había formado ya su designio en 1643 (48). Pero la realidad es que fué más tarde cuando se decidió a establecer la fiesta del Corazón de Jesús. La del Corazón de María se estableció antes. Pronto nos dirá el Santo la razón de esta prioridad cronológica (49). De cualquier forma, está plenamente demostrado que la fiesta del Santo Corazón de María ya se celebraba en la Congregación de Jesús y María en 1643 o, a más tardar, en 1644 (50).

Primero fué de carácter intimo; lo que no sirvió ~de impedimento para que gozara desde 1 6 4 6 de] privilegio litúrgico de una octava (51). Hasta 1646 se celebró el 20 de octubre, como nos lo hace saber el relato, reproducido en los *Anales,* de la incorporación de MM. Finel y Le Mesle. Al aflo siguiente la transfirió el Santo al 8 de febrero, por doble motivo. Uno, de orden práctico: la posibilidad de encontrar en esta época del aflo litúrgico tiempo propicio para la celebración de la octava de esta fiesta. El otro, de orden místico: basándose en los dos pasajes de San Lucas que nos muestran a María como habiendo conservado en su Corazón los misterios de la santa infancia y vida oculta del Verbo Encarnado, no creyó San Juan Eudes poder encontrar fecha más oportuna a esta misma fiesta, que a comienzos de febrero, cuando termina el tiempo consagrado a la santa infancia de Jesús y da comienzo el consagrado a su vida oculta (52). La elección del día 8 se explica por la piadosa costumbre que tenía de honrar a María de forma especial el 8 de cada mes, en memoria de su In

(48) MARTINE: 1. VIII, n.' 35; LEBRUN: *Le B. jean Eudes et le culte publie du Coeur de jésus, p.* 23.

(49) En la circular que reproducimos más adelante, relativa a la constitución de la fiesta del divino Corazón de Jesús.

(50) LEBRUN: *Dévotion au Coeur de Marie, p.* 63 ss.

(51) En su vida de *María des Vallées (VII,* cap. 3.'), el Santo dice que aquel año, durante la octava de la fiesta del Santo Corazón de María, la Santísima Virgen ordenó a esta piadosa mujer recitara todos los días el *Magnificat* en acción de gracias a la Santísima Trinidad. (Cfr. LEBRUN: *lee. cit., p. 64.)*

(52) La Dévotion au très saint Coeur de Marie, 1, 5, 7. (Oeuvres, VIII, p. 442-3.)

maculada Concepción y de su Natividad, fiestas celeb ' radas, respectivamente, el 8 de diciembre y el 8 de septiembre.

Sólo faltaba el último paso. Se presentó la oportunidad el 8 de febrero de 1648, con ocasión de la famosa misión de Autun. Tengamos presente esta fecha; es de capital importancia en la historia de la devoción al Santo Corazón de María. En ella se celebró por primera vez la fiesta con extraordinaria pompa y afluencia de pueblo. Ello fué posible gracias al fervor que los ejercicios de la misión habían comunicado a la población entera. Así tomaba esta fiesta estado oficial en la liturgia católica. El honor de haberla introducido corresponde a M. de Ragny, Obispo de Autun, que en un documento público memorable, dió al Santo la autorización requerida para su celebración (53).

§ 4

Si en realidad, como afirma Martine, el P. Eudes tuvo, desde el aflo 1043, intención de establecer una fiesta del Corazón de Jesús análoga a la del Corazón de María, aún habían de pasar varios aflos antes de ser instituída. Verdad es que en este intervalo ya el Sagrado Corazón de Jesús ocupaba un puesto importante en el primitivo Oficio del Santo Corazón de María. Así pues, por ejemplo, las lecciones del segundo nocturno, tomadas del *Tratado de la Viña Mística,* de San Buenaventura, tenían por objeto la herida causada al Corazón de Jesús por el soldado romano; también en otras partes de este Oficio, y especialmente en los himnos, se hallan numerosos pasajes donde el Sar)to celebra a la vez el Corazón del Hijo y el de la Madre, uniéndolos en un mismo homenaje y honrándolos en un culto común de los más

(53) Aun después de *los* decretos de San Pío *V y de* Urbano *VIII,* que reservaban al *Sumo* Pontífice la aprobación de *los* nuevos Oficios, *los* Obispos franceses se creían con derecho a autorizar en *sus* diócesis la celebración de nuevas fiestas con Misas y Oficios propios, y es un hecho constante que no acudían a la Santa Sede para la aprobación de *su propio. Los Sumos* Pontífices toleraban este estado de cosas. Cfr. LEBRUN: *Dévolion au Coeur de Marie, p. 69.*

El *R. P.* Mallet refiere que en una de las entrevistas que Pío *X,* de santa memoria, solía concederle, este glorioso Pontífice le aseguró que, al aprobar *los* Oficios y Misas compuestos por San Juan Eudes, los Obispos contemporáneos *suyos* no habían sobrepasado *sus* derechos y que, por *lo* tanto, dada dicha aprobación el culto de *los* Sagrados Corazones iniciado por el Santo era ya un culto, legítimamente aprobado.

legítimos, cuya expresión era esta fiesta común también en cierta forma a uno y otro (54).

Este período de transición, al que respondía un oficio de transición, no podía durar mucho. Tuvo fin con la composición de un nuevo oficio y el establecimiento de una fiesta exclusiva~ mente reservada al divino Corazón de Jesús. Dicho oficio se compuso entre los años 1668 y 1670. Lo inferimos del doble hecho de que, por una parte no aparece en el *Propio* de la Congregación, reeditado en 1668, por iniciativa del Santo fundador, y que, de otra parte, las primeras aprobaciones de que es objeto son de 1670.

La primera de las autorizaciones episcopales concedida al P. Eudes en favor de la solemnidad del Corazón de Jesús es la de M,. de la Vicuville, Obispo de Rennes. Poco después siguen las de M. Loménie de Brienne, Obispo de Coutances; de M. de Maupas du Tour, Obispo de Evreux; de M. de Harlay, Arzobispo de Rouen; de M. de Nesmond, Obispo de Bayeux, y de M. de Matignon, Obispo de Lisieux. Todas estas aprobaciones se escalonan del 8 de marzo al 24 de septiembre de 1671 (55).

El terreno estaba preparado. -El Santo, sin más tardanza, iba a inaugurar el culto público del Corazón de Jesús. El 29 de julio de 1672 dirige a todas las casas de su Instituto una circular impresa mandando celebrar en ellas la fiesta el día 20 de octubre con la mayor solemnidad posible. La circular decía así:

«J. M. J. Mis queridísimos y amadísimos Hermanos:

Es una gracia incomparable la que nuestro amabilísimo Salvador nos ha concedido, al darnos en nuestra Congregación el Corazón admirable de su Santísima Madre; pero su bondad, que no conoce límites, todavía la ha sobrepasado al darnos su propio Corazón para ser, con el Corazón de su gloriosa Madre, fundador y superior, principio y fin, corazón y vida de esta Congregación.

Nos ha concedido este gran don en el ino1nento de nacer nuestra Congregación; pues, aunque hasta el presente no hayamos celebrado una fiesta propia y particular del Corazón admirable de Jesús, no obstante nunca hemos tenido intención de separar dos cosas que Dios había unido tan íntimamente, como son el Corazón augustísimo del Hijo de Dios y el de su bendita Madre. Al contrario, nuestro designio ha sido, desde el origen de la Congregación, considerar y honrar a estos dos amables Cera

(54) Cfr. LEBRUN: *Le B. jean Eudes et le culte Public du Coeur de* jésus, p. 24.

(55) Ibid., p. 27. Ahí se encontrarán los textos de las diferentes aprohaciones.,

zones como a un mismo corazón, en unidad dé espíritu, de sentimiento y de afecto, así como se pone'de manifiesto en la salutación que todos los días hacemos al divino Corazón de Jesús y María, y también en la oración y varios pasajes del oficio y de la Misa que celebramos en la fiesta del Santo Corazón de la Santísima Virgen.

Pero la divina Providencia que gobierna todas las cosas con maravillosa sabiduría, ha querido que la fiesta del Corazón de la Madre precediera a la fiesta del Corazón del Hijo, para preparar los caminos en los corazones de los fieles a la veneración de este Corazón adorable, y para disponerles a obtener del cielo la gracia de esta segunda fiesta, por la gran devoción con que han celebrado la primera. Pues aunque ésta haya sido combatida por el espíritu del mundo, que nunca deja de oponerse a todo lo que provenga del espíritu de Dios, en cuanto fué conocida por quienes hacen profesión de honrar particularmente a la Santísima Madre de Dios, la miraron con alegría, la abrazaron con vehemencia, y hace varios años que la celebran con gran fervor; y en el momento actual la solemniza toda Francia y varias ordenes y Congregaciones religiosas con tan, grandes bendiciones que hace esperar llegue un día en que sea celebrada solemnísimamente por el universo entero.

Esta devoción de los verdaderos hijos del Corazón de la Madre del amor le ha obligado a obtener,de su muy amado Hijo, favor tan señaladísimo para su Iglesia, como es el de concederle la fiesta de su real Corazón, que será nueva fuente de bendiciones para aquellos que se dispongan a celebrarla santamente.

¿Pero quién dejará de hacerlo así? ¿Qué solemnidad más digna, más santa, más excelsa que ésta, que es el principio de todo cuanto hay de' grande, de santo y de venerable en toda otra solemnidad? ¿Qué corazón más adorable, más admirable y Más amable que'el Corazón del Hombre Dios, de Jesús? ¿Qué honor no merece este divino Corazón que siempre ha tributado y tributará eternamente a Dios más gloria y amor en cada instante que todo los corazones de los hombres y de los ángeles juntos le pueden tributar en toda la eternidad? ¿Qué celo no debemos poner en honrar a este Corazón augusto, fuente de nuestra salvación, origen de todas las felicidades del cielo y de la tierra, horno inmenso de amor hacia nosotros y que noche y día sólo piensa en derramar sobre nosotros infinidad de bienes y que estalló de dolor por nosotros en la cruz, como lo han hecho saber a Santa Brígida el Hombre,Dios y su Santísima Madre según la relación de un excelente doctor M. Bail?

Si se objeta la novedad de esta devoción, yo respondería que la novedad en las cosas de la fe es muy perniciosa, pero que es muy saludable en las cosas de piedad. De otra forma, se habrían de reprobar todas las fiestas que se celebran en la Iglesia, y que fueron nuevas al empezar a celebrarse, en especial las últimas establecidas, como son la del Santísimo Sacramento, la del Santo Nombre de Jesús, de la Inmaculada Concepción, del, Santo Nombre de María, de sus excelencias, de Nuestra

Señora de la Misericordia, de la Expectación, de Nuestra Señora de la Victoria en la diócesis de París, y otras muchas fiestas de santos que se han añadido al breviario romano. Si se dice que esto se hizo por la autoridad de nuestro Santo Padre el Papa, responderé con San Francisco de Sales y numerosos sabios y santos Prelados y grandes Doctores, que cada Obispo en su diócesis, especialmente en Francia, tiene el mismo poder en este punto que el Soberano Pontífice en toda la Iglesia.

Reconozcamos, pues, mis queridísimos Hermanos, la gracia infinita y favor incomprensible con que nuestro buenísimo Salvador honra a nuestra Congregación al darnos su amabilísimo Corazón con el Corazón amabilísimo de su Santa Madre. Dos tesoros inestimables que comprenden inmensidad de bienes celestiales, de la que le hace depositaria para ir en seguida a difundirla en el corazón de los fieles.

Humillémonos infinitamente ante la vista de nuestra suma indignidad al considerar cosas tan grandes. Entremos en profundo reconocimiento por la bondad inefable de nuestro benignísimo Salvador y la incomparable caridad de su queridísima Madre y nuestra. No cesemos de bendecirles, alabarles y glorificarles y de invitar a todos los santos y a todas las criaturas a bendecirles y darles gracias con nosotros. Abracemos con alegría y júbilo la solemnidad del divino Corazón de nuestro amabilísimo Jesús.

Adjunto os mando el Oficio y la Misa, con aprobación de todos nuestros Prelados. Despleguemos todo el cuidado, toda la diligencia y el fervor posible en celebrarla bien.

A este efecto:

1.' Invitad a asistir a todos nuestros amigos y a las personas devotas.

2.' Si recibís este paquete con tiempo, hacedlo publicar; si fuera posible, sería conveniente predicar sobre la fiesta.

3.' Ayunad la víspera.

4.' Dad de comer en el refectorio a doce pobres la víspera o antevíspera.

La octava aún no está impresa para enviárosla.

Por último os suplico, mis queridos Hermanos, que celebréis esta fiesta con toda la devoción y solemnidad posible, y que me escribáis en seguida cómo la celebrasteis, y alegraréis a quien os desea las más santas bendiciones de nuestro buenísimo Salvador y de su dulcísima Madre y que en el amor sagrado de su divino Corazón, es, mis queridísimos Hermanos, vuestro indigno servidor,
JUAN EUDES,
Sacerdote de la Congregación de Jesús y María.
París a 29 de julio de 1672* (56).
(56)O~res, X, p. 459-63.

238 - UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

Esta notable circular no habrá dejado de cautivar la atención del lector. Constituye una página de historia y, también, de teología y apologética en que con vigor y claridad se exponen los principios relativos al culto litúrgico de los Sagrados Corazones. Se necesita no haberla leído, o cerrar sistemáticamente los ojos a la verdad, para negar a San Juan Eudes, en el culto público del Sagrado Corazón, una #paternidad» que Roma ha proclamado, que los hechos atestiguan, y que el mismo Santo tuvo cuidado de reivindicar ante la posteridad en términos de indiscutible evidencia.

Conforme a esta circular se celebró por primera vez la fiesta solemne del Sagrado Corazón en las casas de la Congregación de Jesús y María el 20 de octubre de 1672 (57). Una sola, la de Rouen, ha de exceptuarse. M. de Médavy, que acababa de suceder a M. de Harlay, no creyó oportuno mantener la autorización concedida por su predecesor. Escuehemos al Santo abogar su causa ante este Prelado:

«Verdad es, Monseñor, que la novedad en las cosas- de la fe es muy perniciosa y absolutamente condenable. Pero os suplico, Monseñor, consideréis que no ocuirre lo mismo en lo tocante a la piedad; pues en la Iglesia existen numerosas fiestas que no fueron establecidas desde un principio y que son nuevas. Si estas novedades fuesenmalas, la Iglesia no las admitiría. Tened la bondad de considerar, también, que todos nuestros Prelados dieron su aprobación y su permiso. Por ello os suplico humildísimamente, por este adorabilísimQ Corazón, que es la fuente de cuanto hay de santo y de venerable en todas las fiestas que celebra la Iglesia, por su amor hacia vos y por todos los efectos que experimentasteis de este amor, y que deseáis experimentar en la hora de vuestra muerte, no pongáis impedimento a que dicha fiesta se celebre en vuestro Seminario de igual forma que en los demás. Si me rechazáis esta gracia que os pido con todo el respeto y sumisión posible, confieso que recibiré con ello gran desagrado; y si me la concedéis, como así lo espero de vuestra bondad, me procuraréis una grandísima alegría y me habréis obligado infinito. No desechéis la humildísima e instante súplica que os hace quien en verdad es de todo corazón y entero respeto, etc.» *(58)*.

(57) LEBRUN: *Oeuvres, p. 49.*

(58) Oeuvres, XI, p. 104-5.

B) San Juan Eudes, «Doctor del culto litúrgico de los Sagrados Corazones.*

Queda terminada la exposición de la primera parte de la misión del Santo apóstol. Debido a él se celebra desde 1643 la fiesta, que pudiéramos llamar doméstica, del santo Corazón de María y desde 1648 la fiesta pública. Y es, también, por su obra que a partir de 1672 aparece definitivamente en el ciclo de la piedad litúrgica la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Mas no se limita a esto su misión. Este culto tan tierno que le debe su origen, necesitaba ser explicado, formulado y justificado; al mismo tiempo que un padre, reclamaba un doctor que lo supiera defender y lo hiciese aceptar. Siguiendo nosotros siempre el dictamen de la Iglesia, este doctor fué San Juan Eudes: «El bienaventuradq-declaró Pío X-se debe considerar como doctor del culto litúrgico de los Sagrados Corazones, pues compuso Oficios y Misa propia en su honor».

Toda obra litúrgica posee un innegable carácter doctrinal, dogmático incluso: *lex credendi, lex orandi* (59). De aquí el celoso cuidado con que vigila la Iglesia los menores detalles de su vida litúrgica; conoce sus hondas repercusiones en la fe de sus hijos y, tanibién, las relaciones indisolubles que une ésta con aquéllos.

Por eso, en la obra de nuestro Santo, el liturgista y el doctor marchan a la par. El primero proporciona al pensamiento, a las ensenanzas profundas y a los encendidos entusiasmos del segundo, la rica envoltura de sus fórmulas poéticas, su ritmo melodioso y sus poderosos acentos.

Analizar y resumir los Oficios y Misas que compuso en honor de los Sagrados Corazones, sería analizar y resumir su doctrina en este punto. No podemos emprender dicho trabajo, ya realizado por otros (60), sin salirnos de nuestros límites.

Los Oficios, por su plenitud doctrinal, su elegancia y su vigorosa expresion, su calor comunicativo, causan admiración a cuantos los han estudiado (61). Un juez muy riguroso (62), el P. Bainvel,

(59) Se ora según se cree.

(60) Cfr. LEBRUN: *Oeuvres, XI, pp. 157 ss., 173 ss.; Dévotion du Saine Coeur de Marie, p. 124 ss.; Le B. jean Eudes et culte public du Coeur de jésus, p. 37 ss.*

(61) LEBRUN *(Dévotion au Coeur de Marie, p. 129)* recoge algunas apreciaciones del *Oficio* del Santo Corazón de María.

(62) H. BREMOND (Hist. lítt., III, p. 636) le califica de «juge deux fois difficile,).

enjuiciando el Oficio del Sagrado Corazón de Jesús, dice: «Es una obra original que, a veces, recuerda el incomparable Oficio del Santísimo Sacramento, por la mezcla armoniosa de un pensamiento rico y profundo, el entusiasmo poético, la piedad tierna y sólida, nutrida de la Sagrada Escritura y escritos de los Santos Padres. Los temas son poco más o menos los que... (el P. Eudes ha desarrollado) en el libro XII del *Corazón Admirable;* pero gracias, en parte, a las saludables restricciones del género litúrgico y del ritmo, la expresión es más vigorosa y recogida. En cuanto a su espíritu general, es el espíritu de amor más puro... Las antífonas bíblicas o Patrísticas están elegidas con gran acierto. La Misa, en una palabra, es una Misa plena de amor, empapada del Sagrado Corazón, de su amor por Dios y por nosotros y de nuestro amor por Él. Magna y hermosa liturgia que extenderá y prolongará el influjo del P. Eudes hasta en los medios más impregnados de la devoción de -Paray. Prueba evidente de que. las dos devociones (la del P. Eudes y la de Paray) no se presentaban como distintas, - puesto que se -celebraba el Sagrado Corazón re-,;elado -a la bienaventurada Margarita María con fórmulas tomadas del P. Eudesi> (63).

«En esta obra-escribQ un liturgista eminente, Amadeo Gastoué, poco inclinado a gustar las piezas litúrgicas
de la época moderña-el bienaventurado Eudes, re ' uniendo la médula más suave de todo lo que se había es ' crito
sobre este puntoj1ega a una elevación de pens4miento y de forma rara vez lograda. El sentido litúrgico más puro-
a pesar de algunos defectos-ha inspirado este hermoso Oficio. Desde el comienzo de las primeras Vísperas, qué
precisión y qué nobleza en esta primera. antífona: *Tesus ingrediens mundum dicit: In capite libri scriptum est de*
me, ut laciam voluntatem tuam: Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis me¡, alleluia! ...)~

«¡Qué lirismo en toda la Misa... lirismo que se manifiesta sobre todo en la admirable prosa con que el P. Eudes supo cantar el amor de Jesús por nosotros, con acentos dignos de los mejores poetas litúrgicos de la Edad Yledia!

En 'todo ello aparece claramente la inspiración de un santo, de un teólogo y de un liturgista» (6 4).

(63) BAINVEL, p. 470-2. El lector no dejará de saborear tal confesión... brotada de tal pluma. La verdad termina siempre por imponerse. Volveremos pronto sobre este hecho, cuando hayamos de indicar la identidad de los dos movimientos parodiano y eudista.

(6 4)*L'Eucharistie,* 12 de junio de 1912. Cfr. BREMOND: 10C. Cit.

El P. Gastoué concluye exponiendo esta idea a la que nos asociamos nosotros: «¿No es de desear

haciendo nuestro el deseo formulado por varios Obispos, que estos viejos acentos tan hermosos, tan dignos, vuelvan a usarse? Sería muy justo el que las iglesias de Francia celebraran con ellos (65) las grandezas del amor de Cristo. Si han olvidado su expresion emocionada, tienen el derecho de volver a emplearlos; pues si bien otras naciones en un pasado lejano pueden preciarse de haber visto nacer y crecer esta devoción, de haber sido las primeras en trazar la imagen del Corazón de Jesús, o de edificarle templos, es Francia la que mucho antes que los demás países-gracias al P. Eudes y a sus seguidores---celebró en toda su integridad el culto litúrgico del Sagrado Corazón».

C) San Juan Eudes, «Apóstol del culto litúrgico de los Sagrados Corazones».

El culto litúrgico de los Sagrados Corazones estaba establecido. Hasta el final de su vida, San Juan Eudes 40 dejará de ocuparse en extenderlo con incansable tenacidad y abnegación sin límites. <~El bienaventurado-dice Pío X-merece llamarse apóstol de esta devoción, pues hizo todos los esfuerzos posibles para extenderla por todas partes». Los documentos que todavía existen y los hechos registrados por la historia nos permiten seguir los constantes progresos de este fecundo apostolado.

El Santo intenta en un principio ganar a los Obispos para el culto de los Corazones de Jesús y de María. A partir de 1648 se multiplican las aprobaciones episcopales en favor del Oficio y de la fiesta del Santo Corazón de María.

(65) «Es decir: el Oficio y Misa compuesto por San Juan Eudes, con una parte de los himnos de los PP. Croisset y Gallifet y el prefacio Qui Sacrum Cor y la Misa votiva de Antonio de Graromont.* (Nota de A. Gastoué.) Esta Misa de A. de Grammont es de la Hermana Joly, de la Visitación de Dijon. El prefacio Qui Sacrum Cor se usa aún en la diócesis de París. (LEBRUN: loc. cit., p. 42.)

En 1648 obtiene las de Pedro de Hardivilliers, Arzobispo de Bourges; de Simón Le Gras, Obispo de Soissons; de Enrique de Banadat, Obispo de Noyon; de jacobo de Perron, Obispo de Evreux. En 1649, la de Claudio d'Auvry, Obispo de Coutances, y de Leonor de Matignon, Obispo de Lisieux. En 1659 la de Francisco Servien, Obispo de Bayeux. En 1660 la de Francisco de la Pallu, Obispo de Heliópolis, y de Ignacio Cotolendi, Obispo de Metelópolis, ambos Vicarios apostólicos en China. En 1661 las de Enrique de Maupas, Obispo de Puy; de Andrés de Saussay, Obispo de Toul, y de Francisco de Harlay de Champvallon, Arzobispo de Rouen. En 1662 la de Francisco de MontmorencyLaval, primer Obispo de Quebec, y de Francisco de Nesmond, Obi1spo de Bayeux (66).

En 1668 el infatigable apóstol obtiene para su querida devoción una aprobación que le llena de alegría: la del Cardenal de Vendóme, legado *a latere* de Su Santidad Clemente IX. Escuchémosle decirnos en el *Corazón Admirable,* todo el al¿ance de este acto:

«Notad que dicha súplica *(67)* pedía a Su Eminencia que aprobara, no sólo el Oficio del Santísimo Corazón de la Bien, aventurada Virgen María, sino también las aprobaciones de monseñores los Arzobispos y Obispos. Y habiéndolo hecho así, autoriza la fiesta con su octava, que celebramos en el día 8 de febrero, puesto que así nos lo permiten las citadas aprobaciones de los señores Prelados.

Además, los actos de legación de monsefior de Vendóme han sido confirmados por la Santa Sede Apostólica y por nuestro Santo Padre el Papa Clemente IX. Y por lo tanto la devoción y la fiesta del divino Corazón de la Madre de Dios es autorizada y confirmada, no sólo por un legado *a latere,* sino también por el Soberano Pontífice Clemente IX» *(68).*

Antes hemos indicado las aprobacioná similares que consiguió en favor del Oficio y'de la fiesta del Corazón de Jesús.

Estos éxitos le animaron a llevar más adelante sus esfuerzos. Si Roma hablaba, la causa de la devoción a los Sagrados Corazones triunfaba para siempre. De hecho Roma no quiso y, probablemente, no pudo pronunciarse entonces de una manera categórica. No obstante le concede aprobaciones indirectas, sobre

(66) El texto de estas aprobaciones en *Coeur Admirable, VIII, 2, 2-15. (Oeuvres, VII, p. 351-67.)*

(67) El Santo alude a la petición por él presentada al legado para obtener la confirmación de los documentos de la fiesta del Santo Corazón de la Madre de Dios y de su Oficio. Véase esta súplica en *Coeur Admirable, VIII, 2, 3. (Oeuvres, VII, p. 342-1)*

(68)Coeur Admirable, VIII, 2, 3. (Oeuvres, VII, p. 343.)

cuya significación nadie se puede engafiar. El Santo tuvo la gran alegría de obtener una aprobación de este género, por la concesión de indulgencias a las Cofradías erigidas o por erigir en sus Seminarios, en honor de los Sagrados Corazones. Las primeras se le concedieron por intermedio de M. de Bonnefonds, su mandatario cerca de la Santa Sede. La siguiente carta nos permite entrever los sentimientos de viva alegría que experimentó:

«¡Oh! ¡Qué consuelo, mi amadísimo Hermano, qué consuelo nos ha procurado vuestra carta! ¡Tributemos alabanzas eternas al adorabilísimo Corazón de Jesús, por haber inspirado tan bien al vuestro! ¡Bendiciones inmortales al amabilísimo Corazón de nuestra divina Madre, por haberos conducido tan bien en todo este asunto! ¡Que todo el paraíso redoble sus oraciones por la conservación y santificación de nuestro santísimo Padre ' el Papa!

Que Jesús y María os formen perfectamente según su Corazón, mi amadísimo Hermano, y que os inspiren y
conduzcan tan bien, que hagáis, si es posible, por las demás casas, lo que habéis hecho por la de Coutances» *(69).*

Inútil afiadir que su deseo fué lograd o por M. de Bonnefonds, que terminó por obtener para los Seminarios de Caen, de Rouen, de Evreux, de Lisicux y de Rennes, las bulas deseadas. El Santo consignó en *su Memorial* el recuerdo de este favor:

«En el año *1674,* nuestro querido hermano; Santiago de La Haye, dicho de Bonnefonds, habiendo ido a Roma, obtuvo varias bulas de nuestro Santo Padre el Papa Clemente IX..., autorizándonos para establecer Cofradías del Santísimo Corazón de Jesús y María en nuestras iglesias y capillas, con grandes indulgencias, las cuales iglesias y capillas del divino Corazón de Jesús y María se mencionan en las citadas bulas por boca de nuestro Santo Padre, y en consecuencia por la boca adorable de Nuestro Señor, lo que me proporcionó un consuelo extraordinario... *Gralias infinitas, inmensas, aeternas amantissimo Cordi Iesu et Mariae» (70).*

§ 2

Animado por estas aprobaciones episcopales e incluso pontificias, redobló el Santo su actividad para conducir los fieles al culto de los Sagrados Corazones.

(69) O~res, X, p. 471.

(70) Memorial, 100. (Oeuvres, XII, p. 132.) Cfr. Coeur Admirable, VIII, 1, 2. (Oeuvresi VII, p.

339-40.)
244- UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

Para ello le fueron de gran utilidad las misiones que predicaba con el éxito que ya sabemos. Cada una de éstas se convierte en un foco de apostolado de la devoción a los Sagrados Corazones. Para asegurar su bienhechora difusión, creó Cofradías, organizaciones piadosas, que cuando desapareciera el misionero perpetuarían sus esfuerzos y mantendrían el impulso dado. Las primeras Cofradías erigidas llevaron el nombre de Cofradías del Corazón de María (71); las que se establecieron posteriormente a la institución a la fiesta del Corazón de Jesús (1672) fueron dedicadas al Corazón de Jesús y María. Es el título con que se las designa en las bulas de Clemente IX (1674) y también en los manuales de Coutances y de Lisieux redactados según estas bulas y en conformidad con ellas.

Estas Cofradías estaban abiertas a todas las personas, de cualquier condición y clase, deseosos de llevar una vida verdaderamente cristiana. Los selectos aún podían aspirar a más; a ellos destinó el Santo la Sociedad establecida-según un tipo completamente nuevo-a la que llamó <iSociedad del Corazón Admirable*. Ignoramos la época exacta de su nacimiento (72). Sólo podían ser admitidas las almas bastante generosas para sujetarse a la práctica de la castidad perfecta en el mundo. Después se dió a esta Sociedad el nombre de *Orden Tercera del Sagrado Corazón, o* el da *Orden Tercera Eudista,* a causa de los estrechos lazos que la unen con los otros dos Institutos del Santo, con los que comparte el honor insigne de haber sido- consagrada, desde su cuna, al culto de los Sagrados Corazones (73).

El apostolado del Santo no se detuvo en estas creaciones de su celo emprendedor y conquistador. Recordemos, aunque sea brevemente, aquella interesante imagen de Nuestra Señora de los Corazones que divulgó profusamente y que era muy apropiada para propagar su querida devoción. Esta estampa, en su gracioso y elocuente simbolismo, representaba a «lqs Sagrados Corazones de Jesús y de María como un horno de amor destinado a abrasar a todos los corazones de los ángeles y de los hombres, y mostraba que la mayor alegría que seíles puede dar, es entregarse a sí mismo

(71) COSTIL: *Annales, I, pp. 273, 448;* MART 1 iNE: V, n.o *67; VIII,* n.' *36;*
LEBRIIN: *Llévolion au Coeur de Marie, p. 84.*
(72) LEBRUN: *¡bid., p. 85.*
(73) LEBRUN: *¡bid., p.86. (Oeuvres,VIII, pp. 593-642.)* Éste es un estudio a fondo sobre tal original Orden Tercera: naturaleza, fin, asociados, régimen, hábito, etc. A continuación (pp. *643-724)* puede verse el Reglamento.

al fuego que les'consume y trabajar por abrasar en él al mundo entero» (74).

Pronto surgieron templos que consagró a los Sagrados Corazones, inaugurando así la serie de suntuosos edificios que el amor al Sagrado Corazón ha erigido después, o cuyos cimientos se pusieron persiguiendo una idea reparadora. Hemos recordado la construcción de la capilla del Seminario de Coutances y la colocación de la primera piedra de la del Seminario de Caen. Ambas, a despecho de las desgraciadas circunstancias que las desviaron de su primer destino, siguen siendo monumentos ímperecederos de su pasión por honrar a los Sagrados Corazones y darles a conocer y a amar.

Con tal de asegurar el triunfo de la causa más santa para la que Dios le había suscitado, el gran misionero no escatimó nada. A este fin recogió los sufragios más autorizados. Con las llamadas de su cálida y arrebatadora palabra levantó batallones de vanguardia, encargados de desplegar el estandarte de los Sagrados Corazones, y no contento con expresar el amor que le consume en composiciones litúrgicas de gran belleza, lo traduce en verdaderos himnos de piedra que a su manera celebran a los Corazones de Jesús y María.

Sin embargo, aún no ha agotado todas las fuentes de su rica e impetuosa naturaleza apostólica. Tenía a su disposición una pluma que utilizar. Ya en el año de 1648, durante la misión de Autun, había publicado un opúsculo intitulado: *La devoción al Santísimo Corazón y al Sacratísimo Nombre de la bienaventurada Virgen María,* conteniendo dos Oficios aprobados en honor de este Corazón divino, cuya solemnidad se celebra el 8 de febrero, y,de este Santo Nombre cuya fiesta tiene lugar el 12 de septiembre; dos salutaciones a este mismo Corazón amabilísimo y al Nombre venerabilísimo de la Madre de Dios (75). En el aflo 1650 fué reeditada esta obra después de introducir grandes modificaciones y haber insertado.un «discurso» de unas sesenta páginas, sobre la devoción al Santo Corazón de María, que sigue siendo «uno de los mejores tratados que existen sobre esta dev9ción» (76).

(74) LEBRUN: Dévotion au Coeur de Marie, P. 89. Véase esta estampa al comienzo del tomo VI de las *Oeuvres.*

(75) O~res, VIII, pp. 399-470.

(76) Ibid., p. 406. Esta obra se volvió a edítar por el Santo en *1663,* encabezada por un aviso al lector que no se encuentra en las ediciones precedentes. Es de interés seílalar que, en *1654,* había sido reeditado en Dijon, por Juan Bautista Bernardo Gontier, preboste de la Sainte-Chapelle. Cfr. *LEBRUN: La dévotion au Coeur de Marie, p. 105.*

fué un día- de triunfo para **la valiente novicia al venir** a coronar los años de espera incontrastable y confiada. Fué, también, un día memorable para la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, en que se inició este largo y blanco desfile de religiosas que se prolongaría a través de los siglos, caminando sobre las huellas de quien les abrió el camino y que siempre será para ellas modelo acabado <~de fidelidad sin flaqueza, de humildad probada y de abnegación heroica por su vocación».

La alegría causada al Santo por la profesión de Sor María de la Asunción fué corta. Una nueva cruz, quizá más pesada que todas las anteriores, le esperaba en esta época. A pesar de sus indesarraigables prevenciones contra el P. Eudes, nunca M. Molé se había atrevido a quitarle las funciones de Superior de Nuestra Señora de la Caridad. Ante cualquier tribunal, la destitución paterna es pena demasiado grave para infligirse a la ligera. M. Servien agotó contra el Santo de una sola vez las medidas de rigor de que disponía, al privarle de sus legítimos derechos sobre la Comunidad que había fundado.

Este golpe, que les hería de pleno en el corazón, lo sintieron

dolorosament , e las pobres religiosas. Intentaron por medio de cartas, que atestiguan en forma conmovedora su gratitud hacia el P. Eudes, traer a un arreglo al Prelado:

«Monseñor:

Como tenemos motivos para temer que Su Ilustrísima se encuentre poco satisfecho por la tardanza en determinar nuestra elección de Padre espiritual, con todo respeto nos tomamos la libertad de confesar nuestra irresolución, experimentando todas las penas imaginables para resolvernos a elegir a otro fuera del que humildemente suplicamos a Su Ilustrísima nos condeda, el P. Eudes. Reconocemos, Monseñor, que con ello nos hacemos importunas, pero, no obstante, más gustosas sufrimos la confusión que el dolor que pesa sobre nuestros corazones, dolor que sólo podemos mitigar exponiéndoos nuestros sentimientos.

Vuestra bondad habitual, Monseñor, se dejará ablandar por nuestra importunidad y nos la

perdonará, teniendo consideración del justo motivo de nuestras instancias. Porque además de ser el reverendo P. Eudes nuestro Padre y fundador y de conocer sus méritos, tenemos la absoluta certeza de que ningún eclesiástico le sobrepasa en la diócesis en estima hacia vuestra ilustre persona, ni tiene más fidelidad, sumisión y obediencia para observar y hacer observar las órdenes de Su Ilustrísima.

Esta es la causa de nuestra esperanza.

No nos puede detener la dificultad de su edad avanzada y debilidad corporal, sabiendo las fatigas que experimenta en las misiones donde trabaja tanto como los jóvenes y robustos. Por esto, Monseñor, si tenéis a bien concedernos la gracia de asignárnosle por Superior, esperamos, mediante la divina miseri

cordia, que nuestra dirección no le sea- excesivamente gravosa y que no abusaremos de ninguna forma de vuestra gran bondad al favorecernos y protegemos en esta ocasión.

Prosternadas en espíritu a los pies de Su Ilustrísima, os conjuramos con la mayor humildad e instancia posibles, asegurandoos unánimemente nuestro muy profundo y sumiso respeto» (58).

M. Servien se mostró inflexible, y designó por Superior de la Comunidad a M. Le Grand, párroco, de San Julián de Caen.

Al obrar así, el Obispo de Bayeux había usado de un derecho estricto. Pero nos está permitido pensar que, según un adagio corriente, el uso riguroso de un derecho puede encubrir las peores iniquidades. En cualquier caso, esta medida pudo ser de las más nefastas para la naciente Orden, que aún no se hallaba en condiciones de prescindir de los servicios de su Fundador. En especial se obstaculizó la definitiva redacción de las *Reglas y Constituciones.* Además, los bienhechores del monasterio recibieron con ello tan pésima impresión, que pensaron de momento en retirarle su apoyo (59).

Fácil es de comprender cuán afectado quedaría el Santo. Sin embargo ni un instante decayó su confianza en la Providencia y su total abandono en la divina Voluntad. Siempre tratará de comunicar a los demás su optimismo y levantará los ánimos abatidos. A Sor María de la Asunción que le comunica sus temores y sus penas, responde con este generoso *Sursum corda:*

«Mi queridísima hija:

¡Jesús, el Santísimo Corazón de María, sea siempre el nuestro!

En *el* amor sagrado de este divino -Corazón, horno de amor inmortal, es como amo invariable e inalterablemente, sin preferencia alguna a todas mis queridísimas Hermanas, las hijas muy amadas de mi benditísima Madre.

¿Qué es' lo que lpgrará apartar mi corazón del amor santo que debo tener a la queridísima casa de una Madre tan buena? ¿Será la tribulación, o la angustia, o la persecución, o la espada, o cualquier otra cosa? No, no; tengo la certeza, mediando la gracia de Dios que me ha inducido a tomar ante Él su cuidado, que ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni la altura, ni la prosperidad, ni la muerte, ni la vida, ni otra criatura alguna podrá separarme de la caridad que debo tener para Nuestra Señora de la Caridad; pues todo cuanto pueda hacer en servicio de esta bendita casa de mi divina Madre, lo haré siempre con

(58) ORY, p. 64. La carta que personalmente escribió la Madre Patin causa una impresión ligeramente distinta. Parece que la buena Madre hace el sacrificio con más facilidad que sus hijas.
(59) ORY, p. 65.

El Santo apóstol vuelve a tomar la pluma en 1676. Sus adversarios habían formulado objeciones contra su doctrina a las que ha de responder. Lo hace victoriosamente. Veamos la claridad con que precisa su pensamiento a propósito del Te adoramus del Ave Cor, que había sido motivo de crítica:

, «Además, mi querido lector, cuando en esta salutación que se dirige al Corazón adorable del Salvador y al Corazón venerable de su Madre, encuentres estas palabras: *Te adoramus:* «os adoramos*, no te sorprenderá, pues ya sabes que hay tres clases de adoración: la adoración de latría, es decir, un honor soberano sólo debido a Dios; la adoración de hiperdulía, es decir, una particular veneración que se debe a la Madre de Dios, como a quien sólo tiene sobre sí a Dios, y que ve bajo de sí a todo lo que no es Dios; y adoración de dulía, es decir,. el honor y respeto que se debe tributar a los siervos de Dios. Por lo tanto, no creerás que al decir: Te *adoramus,* se quiere adorar el Corazón del Hijo de Dios y el de su Santa Madre con una misma adoración. ¡Oh Dios, de ningún modo, mi queridísimo Hermano!, sino que se pretende tributar al Corazón divino del Hijo de María una adoración soberana, y al Corazón Sagrado de la Madre de Jesús una adoración particulan> (77).

La vasta correspondencia que sostenía el Santo con las almas puestas bajo su dirección, le proporcionaba otra, oportunidad de predicar y extender su devoción favorita. No se habrá olvidado la carta del 11 de febrero de 1651, en la que exhorta a sus hijas a una tierna devoción hacia el Santo Corazón de María, sobre el que «está fundado su Institut'o» (78). He aquí otra dirigida a una benedictina de Montmartre:

«Os doy gracias, mi queridísima hija, por vuestra caritativa carta que mucho me ha alegrado al saber que perseveráis en el deseo de amar más y más a nuestro amabilísimo Salvador y a su queridísima Madre. Yo le suplico humildísimamente os arrojen a todas, es decir, a la Madre y a sus Hijas, mis queridísimas Hermanas, en lo más profundo del horno del - divino amor. En él os introduzco todos los días, tanto como puedo, con un ardentísimo deseo de que seáis enteramente abrasadas, sacrificadas y consumidas en las sagradas llamas de este divino horno, gritando desde lo más profundo de mi alma, *de prajundis clamavi,* por cada una en particular: Escuchad, escuchad, escuchad, oh gran horno de amor: una pajita pide con instancias ser arrojada, abismada, perdida, devorada, consumida, en vuestras sagradas llamas para siempre jamás. El divino Corazón

(77) La dévotion au très saint Coeur de Marie, IV. (Oeuvres, VIII, p. 491-2.),
(78) Cfr. *supra, p. 197-8.*

de Jesús y María es el horno cuyos fuegos y llamas sólo se alimentan de corazones. ¡Ohi ¡Cuán felices son los corazones que se pierden en estas llamas!* *(79).*

Podríamos citar más cartas de este mismo género, que nos mostrarían al Santo siguiendo cuidadosamente los progresos de la devoción a los Sagrados Corazones (80).

A veces se entera, por el contrario, de que en ciertos lugares decrece el fervor con que habían adoptado su culto; inmediatamente levanta su voz para defenderle. Puede juzgarse por la siguiente carta dirigida a una abadesa benedictina'que quería suprimir la fiesta del Corazón de María:

«Sefíora, aunque no tengo el honor de seros conocido, me tomo la libertad de escribiros para manifestaros mi dolor al saber que habéis suprimido en vuestro monasterio, no sólo la fiesta del Santo Nombre de María, sino que además tenéis decidido suprimir la fiesta de su Sagrado Corazón.

¡Oh!,Señora, ¿qué hacéis? Las abadesas que os han precedido y que estaban tan llenas de tanta sabiduría y virtud, establecieron estas fiestas por la particularísima devoción que profesaban a la Santísima Virgen María; ¡y vos destruís la obra de su piedad! ¡Qué honra para vos! ¿Qué os dirán en el día del juicio?

¿Qué hacéis, señora? La Bondad -divina había puesto estas dos fiestas en su casa, como dos fuentes de gracias y de bendiciones, y vos las secáis. El Santo Corazón de Jesús y el Sagrado Corazón de María eran dos torres inexpugnables para ponerla a cubierto de los enemigos de las almas de la abadesa y de sus hijas, y vos las arruináis. ¡Golpeáis y herís el Corazón de la Madre del Amor! ¡Excomulgáis su adorabillsimo Nombre y su agradabilísimo Corazón! ¡Lo arrojáis de su casa! ¿Cómo os atrevéiIS, después de esto, a presentaros ante Ella? ¿No teméis que su Hijo, que siente en lo vivo las ofensas que se cometen a su querida Madre, no fulmine contra vos alguna terrible excomunión y os cierren las puertas de su casa? Os habían dadosus Corazones, que son uno por unidad de espíritu, para ser vuestro Corazón, vuestro tesoro y consuelo y lo rechazáis. ¿Cómo viviréis sin corazón? ¿En adelante no se os podrá llamar con el Profeta, *columba seducta:*<~paloma seducida* (81), pues ya no tenéis corazón? La Madre de Dios os había dado su Corazón como asilo a todos vuestros pesares, y un inmenso, tesoro lleno de infinitos bienes, según laA palabras del santo Prelado de vuestra Orden: *Fons infinitorum bonorum. ¡Y* no sólo no lo queréis, sino que lo queréis perder! Suprimís una fiesta, 'fundada con la aprobación de gran número de ilustres Prelados, con la autoridad de un legadó *a latere, y con* la de la Santa Sede Apos

(79) Oeuvres, XI, p. 130-1.
(80) *Oeuvres, X, pp. 526, 571-2; XI, p. 106.*
(81)OSEAS, *7, 11.*

tólica, y autorizada por gran número de Santos Padres, de célebres tcélogos e, incluso, por grandes santos y hombres sabios de.la Orden de San Benito, que nos dejaron muestras sensibles de su devoción por este buenísimo Corazón cuando vivían en la tierra y cuyas alabanzas ahora celebran en el cielo. ¿Creéis, señora, que os sea más útil seguir los sentimientos de los hombres que todavía están en las tinieblas, y no los de los santos que están iluminados por las luces del cielo e instruídos en la doctrina de jesucristo, qué quiso ser el primer predicador de esta devoción, ensefiándola a Santa Matilde, religiosa de vuestra Orden? Si reprobáis esta fiesta, después de haberse celebrado varios años en vuestro monasterio, es muy de temer que no lo hagáis con los santos, que la solemnizarán en el cielo por una eternidad.

En nombre d& Dios, señora, considerad seriamente estas cosas, y tomadlas corno se os dan, únicamente por pura caridad, y por una persona que os guarda todos los respetos imaginables» *(82).*

Hasta el fin de su vida, el Santo se mantendrá en la brecha y trabajará por extender el reino de amor de los Sagrados
Corazones con un entusiasmo que, lejos de disminui - r con los años. irá en constante aumento. De tiempo atrás
preparaba una gran obra que debía constituir la summa de la devoción por él inaugurada (83). Durante años trabajó en su
composición y tuvo el consuelo de terminarla el 25 de julio de 1680, tres semanas antes de su muerte.

<¡Hoy-escribe en *su Memorial-25.* de julio de este mismo año de *1680, Dios* me ha concedido la gracia de terminar mi libro del *Corazón Admirable de la Santísima Madre de Dios* (84).*

El título de esta obra-última brotada de la pluma del Santono abarca todo el contenido de la misma. Un libro entero, el doce, está consagrado al Corazón de Jesús, El conjunto forma un tratado excelente de la devoción a los Sagrados Corazones (85).

(82) Oeuvres, XI, p. 125-6.

(83) Cfr. *La dévotion au tr¿s saint Cocur de Marie. «Au* lecteur». *(Oeuvres, VIII, p. 407.)* En la conclusión de *La infancia admirable* escribía el Santo: «Si esta obrita os es agradable hacedme el favor, oh Reina de mi corazón, de interceder cerca de vuestro Hijo para que me conceda la gracia de terminar otra, que he comenzado, sobre vuestro amabilísimo Corazón, para consumir *lo poco* que me resta de vida en las alabanzas del Corazón admirable de mi amabilísima Madre, de cuyas bondades he recibido innumerables favores». *Enfance Admirable, 111, 16. (Oeuvres, V, p. 477.)*

(84) Memorial, 105. (Oeuvres, XII, p. 135.)

(85) Un estudio sobre esta obra se encontrará en LEBRUN: *Dévotion au Coeur de Marie, p. 149,* e introducción al *Coeur Admirable.*

(Qeuvres, VI, p. V-CLXV.)

§ 3

Esta obra cierra la misión del Santo. Añadamos que ella había sido coronada por un completo éxito, No es fácil, sin documentos y a la distanc;a que nos separa de los tiempos y lugares, componer una lista completa de las diócesis, parroquias y comunidades en las que se implantó el culto de los Sagrados Corazones en vida del Santo apóstol y por influencia suya.

Al acaecer su muerte, como es natural, la fiesta del Santo Corazón de María, establecida mucho antes que la del Corazón de Jesús, estaba también mucho más difundida. Uno de sus adversarios, el monje de Barbery, reconoce que la había logrado introducir en #numerosos monasterios de Hijas de Santa María, benedictinas, ursulinas, carmelitas, y en l'Hermitage» (86). En 1672 pudo comprobar el mismo Santo con alegría «que la solemnizaba toda Francia, varias órdenes y Congregaciones religiosas, con tantas bendiciones, que se puede esperar se celebre un día solemnemente en todo el mundo» (87).

La siguiente lista, forzosamente incompleta, bastará a darnos una idea de la amplitud del movimiento cuyo promotor había sido, en favor del culto público del Corazón de María.

Entre las Comunidades que adoptaron la fiesta, podemos señalar, además de las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad, a quienes la dió el Santo como fiesta titular, las benedictinas del Santísimo Sacramento, las benedictinas de la Santísima Trinidad de Caen, de Montmartre, y otros monasterios de la misma Orden; las religiosas de¡ Refugio de Dijon, los franciscanos de la provincia de Francia, las elarisas, las visitandinas de Caen, de Paray-leMonial, y otras Comunidades de la misma Orden, las religiosas de' Nuestra Señora de Vernon, las bernardinas de Val-Richer, las carmelitas de Caen, Pontoise, París, y quizás las de Dieppe.

Entre las diócesis en que se aceptó esta fiesta, o al menos se autorizô: las de Autun, Soissons, Lisieux, Evreux, Coutances y Toul.

A esta lista ya larga, habría que añadir las numerosas Cofra~ días del Corazón de María establecidas por el mismo Santo, por los miembros de sus dos Institutos, o siguiendo su ejemplo, por sacerdotes seculares o regulares. Todas estas Cofradías, en efecto,

(86) Cit. por LE DORÉ: Les Sacrés-Coeurs, 1, p. 245.

(87) Cfr. supra, p. 236.

tenían como fiesta patronal, la fiesta del Corazón de María, que celebraban con frecuencia el 8 de febrero, y con el Oficio y la Misa del Santo (88).

Esta árida nomenclatura es elocuente. Nos ayuda a entrever las dimensiones del surco abierto y sembrado por el fogoso misionero y la magnificencia de la cosecha de amor y de.gloria que recogieron los Sagrados Corazones.

,Decimos bien: los Sagrados Corazones. Pues como siempre, si María precedió a su Hijo fué sólo para preparar sus caminos. Allí donde ha pasado su Corazón maternal, resplandecerá pronto el de Jesús.

De hecho, apenas había establecido el Santo la fiesta del Sagrado Corazón en su Congregación, cuando tuvo el consuelo de verla adoptar por las benedictinas de Montmartre (89). Esta toma de posesión, por el Corazón divino, de la colina de Montmartre, no debe olvidarse.

Al arrodillarse hoy día en las losas de la basílica del Voto Nacional de Francia, responden las muchedumbres a la invitación que les dirigieron las benedictinas desde el año 1674 (90), cuando las frías y desesperantes doctrinas jansenistas helaban las almas de terror:

(88) Cfr. LEBRUN en *Oeuvres', XI, p.* 157-60.

(89) Cfr. Dom N. BERLIERE: *La dé,¿,otion au Sacré-Coeur dans l',0rdre de Saint Benoit,* París, 1923, p. 119-22; LEBRUN: *Le B. Jean Eudes et le culte public du Coeur de Jésus, p.* 92 ss.

(90) El Cardenal Amette recuerda este hecho en la mención de San Juan Eudes incluída gracias a él en el Propio de París: «Parisiis, in civitatis regione ubi nunc basílica Sacratissimi Cordis lesu aedificata consurgit, videlicet in Monte Martyrum, festum eiusdem Cordis celebrar¡ fecit anno millesirno sexcentesimo septuagesimo quarto»,

También se recordó en las fiestas solemnes celebradas en Montmartre, el 16 de octubre de 1919, con ocasión del Voto Nacional. El Cardenal Vico, legado del Sumo Pontífice, creyó deber asociar, en un homenaje común a los dos apóstoles del Sagrado Corazón «cuyos nombres están en todos los labios»: Sán Juan Eudes y Santa Margarita María. Además, en el propio de París se-incluyó hace poco con aprobación de Roma, como Misa votiva la Misa del Sagrado CorazOn compuesta por el Santo. Está permitido ver en este hecho un primer paso hacia otra concesión mayor. Otro detalle interesante: los versículos de las primeras vísperas y de los laudes para la conmemoración de la dedicación de la basílica de Montmartre están tomados de los Oficios del Santo. Recordamos igualmente la erudita nota publicada por *La* Croix de París el 22 de octubre de 1919, que celebra simultáneamente la gloria de Montmartre y la del primer apóstol de los Sagrados Corazones. *La Croix* ha insistido en ello en un artículo muy docunientado de 2 de abril de 1920.'

Venite gentes, currite Ad, Cor Patris mitissimum Omnes amat, confidite, Amoris est incendium (91).

Sólo la muerte impidió al Santo procurar a la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús la difusión que sus esfuerzos habían asegurado a la del Santo Corazón de María. Pero el movimiento bendito que pronto iba a arrastrar a todas las almas hacia el Corazón de Jesús se había iniciado. Que lleguen las revelaciones de Paray, y se extenderá hasta los confines de la tierra. .

§ 4

Detengámonos ante la vista de esta radiante visión: la realeza de amor del Sagrado Corazón universalmente reconocida y aceptada. No podríamos, sin penetrar en dominio ajeno, seguir a través de los siglos el desarrollo prodigioso de la devoción, de que San Juan Eudes ha sido «Padre, doctor y apóstob. Dejemos llegar los acontecimientos.

En 1673, un año después de celebrar San Juan Eudes la primera fiesta pública del Sagrado Corazón, Santa Mylarita María, en su claustro de Paray, era favorecida con su primera revelación. ¿Quién no admirará esta coincidencia providencial? Ya, sin conocerse, San Juan Eudes y Santa Margarita María habían comulgado en el mismo culto de amor del Santo Corazón de María, de quien uno había revelado a la otra su maternal ternura (92).

No es por lo tanto sorprendente que su respectivo apostolado, de una profunda identidad de objeto y de espíritu, se hayan fundido inmediatamente en una misma corriente bienhechora, a pesar de cierta divergencia, poco notable, de prácticas. -

Partidarios y adversarios del culto de los Sagrados Corazones, no se han engafiado.

Los jansenistas han unido en el mismo odio al Santo apóstol y a la piadosa visitandina: «Fué el P. Eudes-se lee en uno de sus

(91) «Venid, pueblos, acudid al Corazón mansísimo de vuestro Padre. Os ama a todos: confiad. Es un incendio de amor.»

(92) No nos detendremos a probar *este hecho,* que se puede considerar como históricamente establecido. Cfr. LEBRUN: *Le B. Jean Eudes et le culte public du Coeur de jésus, p. 112* SS. El **MiSMO** P. BAINVEL (p. 483) lo tiene por cierto.

libelos-quien introdujo la devoción al Sagrado Corazón de María y después la del Sagrado Corazón de Jesús... Créase, al menos, a M. Languet, que es el P. Eudes de este siglo, como el P. Eudes era el Languet del otro... Dos cosas son ahora ciertas: la primera, que el P. Eudes y Sor María des Vallées eran dos fanáticos; la segunda, que de estos dos visionarios procede la devoción al Corazón de María.... a la que el P. Eudes se esforzó por añadir la devoción al Corazón de Jesús» (93).

A su vez, los defensores más autorizados (94) del culto nacido en Paray se tienen por felices cobijándose en la autoridad del gran misionero normando, y toman de él sus acentos inflamados para cantar al Sagrado Corazón (95).

Después, por las necesidades de una causa a la que los verdaderos intereses de la gloria del Sagrado Corazón permanecen extraños, se ha intentado separar y oponer el apostolado de Paray y el apostolado eudista, manteniendo intactos ' los derechos de San Juan Eudes como apóstol del Santo Corazón de María. De esto ha resultado una deformación histórica y doctrinal de la devoción al Corazón de Jesús, de la que la primera en resentirse fué ésta.

En primer lugar, su historia ha llegado a ser exclusivamente la historia del movimiento surgido en Paray, con peligro de no ser la historia de la devoción al Sagrado Corazón.

Además, bajo el influjo de estos prejuicios de escuela, la gran teología del Sagrado Corazón ha sido desconocida y desfigurada: en sus fundamentos, sustituyendo indebidamente la autoridad

(93) *Lettres aux alacoquistes (1782), La* reflexión, en GARRIGUET, p. 105. (94) LANGUET: *Vie de la Soeur Margarite-Marie.* Discurso preliminar en LEBRUN: *Oeuvres, VI, p.* CXLI11-1V.

(95) Nos remitimos sobre este punto al librito de Dijon, reeditado' en 1921: *La dévotion au Sacré-Coeur. Le livret de Dijon ou de la Soeur joly.* Lille; a la obra delR. P. LEBRUN: *Le B. jean Eudes et le culte Public du Coeur de Jésus, p.* 124; al artículo del mismo autor: *Le B. Jean Eudes et le livret de Dijon* en *Regnavit, p.* 3 (1922), 25-32. De los documentos reunidos por el R. P. Lebrun en los diferentes trabajos que acabamos de citar resulta claro: 1.' Que durante mucho tiempo se sirvieron las religiosas de la Visitación del Oficio de] P. Eudes, para celebrar la fiesta del Sagrado Corazón, fijada por ellas en el viernes de la octava del Santísimo Sacramento. 2.' Que la Misa llamada de Sor Joly (cfr. *Librito de Dijon)* es de inspiración eudlsta y «manifiestamente calcada sobre la Misa del P. Eudes» (BREMOND: *loc. cit., p.* 640) en honor del Santo Corazón de María. «El hecho puede parecer asombroso. Así les sucederá a muchos lectores; pero es un hecho que en adelante ningún hombre de buepa fe puede negar y que creemos merece ser registrado en los anales de la devoción al Sagrado Corazón*.

de las revelaciones de Paray a la autoridad de la tradición, y en su objeto, empequeñecido y limitado a placer.

Historiadores, teólogos y apóstoles del Sagiado Corazón han juzgado felizmente que se imponía una reacción:

«En ninguno de sus documentos ha establecido la Iglesia diferencia alguna entre la devoción de Santa Margarita María, del bienaventurado Juan Eudes y de Santa Gertrudis. La devoción católica al Sagrado Corazón acepta la forma de Paray, la forma eudista y la forma gertrudiana. Que se comprenda y que se sirva al Sagrado Corazón a la manera de Margarita María, o del P. Eude-, o de Santa Gertrudis, siempre se le comprende y se le sirve como la Iglesia quiere que sea conocido y servido» (96).

Esta es la lección que se desprende de la página de historia que acabamos de escribir en honor del padre, del doctor y del apóstol del culto litúrgico a los Sagrados Corazones.

(96) ANIZAN en *Regnavit,* marzo de 1922. (Esta cita del P. Georges está equivocada. N. del Tr.) Encontramos expresada la misma idea en un teólogo inglés, J. A. MC. MULLEN, C. SS. R., quien, en una obra publicada bajo este título significativo: *The Love of the Sacred Heart, illustrated by Sie. Margaret Mary A lacoque, and the Blessed Jkon Eudes,* escribe lo siguiente: «Para realizar este gran designio- abra$ar el mundo por el amor divinose dignó elegir Dios a dos personas: el bienaventurado Juan Eudes y Santa Margarita María. Ambos consagraron todo su celo, todas sus fuerzas, toda su vida a conocer y amar al Sagrado Corazón. El P. Eudes lo predicó prímero en Normandía y Bretafia. Santa Margarita María propagó su culto en Borgoila. La Iglesia ha acogido con su autoridad soberana la devoción predicada por el bienaventurado Juan Eudes y la revelada a Santa Margarita María. ¿Existe alguna diferencia entre la doctrina tradicional predicada por el P. Eudes y la entrevista por Margarita María en el éxtasis? Así se creyó algunas veces, con gran error. La diferencia entre ambos sólo es aparente. El Sagrado Corazón predicado por el bienaventurado Juan Eudes es el mismo Sagrado Corazón revelado a Santa Margarita María como, también, es el mismo Sagrado Corazón que tanto amaron Santa Gertrudis y Santa Matilde... Un estudio a fondo de los escritos de estos amigos del Sagrado Corazón evidencia plenamente la unidad de su doctrina. El Cristo de David y de Isaías es el mismo que el de San Juan y San Pablo y, sin embargo, cada uno lo ha predicado a su manera, sin que

por esto fuese Cristo dividido. *Numquid dividitur Christus?* Así los apóstoles del Sagrado Corazón, pues todos nos lo revelan en su integridad, más cada uno a su manera».

CAPíTULO VIII

SAN JUAN EUDES Y MARIA DES VALLÉES

«**En la** vida de los grandes fundadores se da con harta frecuencia una mezcla atrayente de espíritu práctico y de misticismo. El misticisyno les hace intrépidos por la causa de Dios; el espíritu práctico les hace sortear los lazos que se les tienden y asegura el triunfo de sus entusiasmos. Casi todos ven mantenido su ardor, alentada su confianza, aquilatada su fineza por la colaboración de una mujer no menos prudente y no menos santa.

¿Acaso será que la mujer no ve las dificultades y no admite, por lo mismo, objeciones y obliga siempre a seguir_ adelante? ¿Será, por el contrario, que ve mejor ciertas pequeneces que escapan a la visión más amplia de aquel a quien aconseja? Poco importa. Unas veces obedecerá, otras hará ceder ante una inspiración misteriosa para ella misma inadvertida.

Lo que sí hay de cierto es, que San Vicente de Paúl tuvo la ayuda de Mlle. Legras, que M. Olier hubiera hecho mucho menos sin la Madre Inés y sin María Rousseau, que San Pedro Fourrier no pudo prescindir de Alicia Leclere, lo mismo que San Francisco de Sales de Santa Chantal.

En cuanto al P. Eudes, ha.escrito en su *Memorial:* «En este mismo año de 1641, y en el mes de agosto, me- concedió Dios uno de los mayores favores que recibí de su infinita bondad; pues hacia esta época tuve la dicha de conocer a la Hermana María des Vallées, por cuyo medio su Divina Majestad me ha concedido un sinnúmero de gracias notables. Después de Dios, debo semejante favor a la Santísima Virgen María, mi muy respetada Señora y queridísima Madre, gracia que nunca le podré acabar de agradecer. Os bendigo, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y prudentes del siglo. Lo hicisteis de esta forma porque así lo habéis querido* (1).

(1) Mémorial, 34. (Oeuvres, XII, p. 111-2.) H. JOLY: *Le Bienheureux P. Eudes, p. 96.*

El tono de estas acciones de gracias nos advierte que tocamos otro punto, si no capital, al menos de gran importancia en la vida de nuestro Santo. San Juan Eudes y María des Vallées: todo un libro no bastaría a exponer los hechos, las discusiones ideológicas, las encontradas polémicas que recuerda o sugiere la sola aproximación de estos dos grandes nombres, Nos limitaremos a lo esencial (2).

(2) En la Biblioteca Nacional de París se encuentran' unos veinte volúmenes en folio y en cuarto sobre María des Vallées. Su lista es la que sigue, según la da el P. Adam en su libro *Le Mysticisme á la Renaissance, ou Marie des Vallées dite la sainte de Coutances,* Paris, 1894.

Extraits de la vie de Marie des Vallées, por el P. EUDES. Estos extractos forman tres volúmenes en folio registrados con los números 11.942-4. N.' 11.942; prólogo, f. 1-30; advertencia, f. 31-52; vida, f. 1-132, fechada a 12 de abril de 1674. N.' 11.943, f. 84-215. N.' 11.944, f. 12-355, llevando en el f. 354 la fecha de 5 de enero de 1654. ^Papel; suplem. ir. 3.759. 1. 3; numeración por folios. Los tres man6critos suman unas 1.500 páginas in folio.

Mémoires divers pour la vie de Marie des Vallées. N.' 11.935; s. XVII; pap. suplem. 3.760

Rellexions sur la vie de Marie des Vallées. 111.' 11.946; en folio, 222 páginas; s. XVII; pap. suplem. 3.761.

Leltre b un Docteur en Sorbonne a propósito de varios escritos de la vida y estado de María desVallées en la diócesis de Coutances por Ch. DUFOUR, cura de Aulnay; 4.', n.' 11.947; suplem. fr. 3.762, 174 pp.

Lettres en reponse 4 un libelle publié contre la lettre a *un Docteur. F. 104* pág. N.' 11.948; pap. s. XVIII; suplem. fr. 3.763.

La vie admirable, de Marie des Vallées et les choses prodigieuses que se sont passées en elle: 4.', 162 pp.; n.' 11.950; pap. s. XVII; suplem. fr. 3.765.

Factum en respuesta a las objeciones e inventos del P. Eudes o de sus amigos contra el autor de la carta a un Doctor: n.' 14.562.

Rélutalion Por M. Delaulnay-Hue de un libelo contra el P. Eudes. y María des Vallées: 4.', n.' 14.563.

Sin pretender dar una lista completa de los manuscritos que tratan de la vida de María des Vallées sigamos citando:

Mémoire d'une admirable conduite de Dieu sur une âme particulière, app¿lée Soeur Marie de Coutances. Copiada de un ejemplar escrito por mano del difunto M. DE RENTY que está depositado en el convento de las Carmelitas de Pontoise. En la biblioteca Mazzarino, París, n.' 3, 177, 268 pp.

Abrégé de la vie et de l'estat de Marie des Vallées, des choses Principales que se sont passées en elle depuis sa naissance jusqu'à temps de sa possession: Ms. de 49 folios (98 pp.), n.' 68, en la biblioteca de Cherbourg.

Factum concernant la magie et les sortilèges de Marie des Vallées, por Ch. DUFOUR, cura de Aulnay: 4.', en la biblioteca de Pont- Audemer, n.' 12.

Eta! des choses Principales qui se sont Passées en la conduite et la vie de Soeur Marie, lesquelles nous avons apprises de sa propre bouche, por M. AmELINE. Copia deliberaciones capitulares.

Factum, de LECARDONNEL, en los archivos del obispado de Coutances.

En los archivos de la Congregación de Jesús y María, en Gysegera

Maria des Vallées antes de su encuentro con San Juan Eudes.

§ 1

Nada tan triste y sombrío como el medio familiar en que nace y crece esta santa mujer. Vino al mundo en Saint- SauveaurLendelin (diócesis de Coutances) el 25 de septiembre de. 1590. «Su padre era un pobre labrador de dicha parroquia llamado Julián des Vallées ' y su madre Jacobina Germain, de la parroquiá de Catz, próxima a Carentan. Ninguna instrucciój1 recibió en el lugar de su nacimiento ni de sus padres, quienes no eran malos, sino muy ignorantes, ni de persona alguna. Pues quienes por su condición venían obligados a trabajar en la salvación de las almas de esta parroquia, hacían profesión de perderlas, o al menos tenían fama de la mayor impiedad y malicia. Por eso reinaba allí la ignorancia en lo tocante a las cosas de la salvación y los vicios más horrendos» (3).

Pronto hubo de sorportar durísinias pruebas. Tendría doce aflos cuando perdió a su padre. Como siempre, esta desgracia no vino sola: la pobreza se apresura a hacer su aparición en la humilde casita de los des Vallées. Después, las segundas nupcias de Jacobina Germain introdujeron en ella a un hombre «bárbaro, cruel y furioso*, llamado Gilles Capolain, de profesión carnicero, que pronto hizo objeto de sus iras a la huerfanita. La situación de ésta llegó a hacerse insostenible y para escapar a los malos tratos de tan indigno padrastro, hubo de alejarse de la casa paterna siguiendo los consejos de su madre (4).

(Bélgica), se conservan copias de la mayor parte de los manuscritos que acabamos de citar. En las páginas siguientes, remitiremos a una copia, perteneciente a la Universidad Laval, de un manuscrito encontrado por M. Hamel, bibliotecario del Seminario de Québee, y entregado al R. P. Angel Le Doré.

(3) Ms. de Québec, 1, 1, 1. El testimonio del Santo coincide plenamente con los de los historiadores de este período de la historia relígiosa de Francia. Ya hemos citado algunos en los capítulos IV y V al referirnos al estado lamentable en que pueblo y clero se encontraban en esta época. Contentémonos con añadir los siguientes: MOTTE: *Saint-Vincent de Paul,* p. 247-50; DEBERRE: *Vio de la Vénérable Marguerite du Saint-Sacrament,* París, 1907, introducción; MAYNARD: *Saint-Vincent de Paul, II, p. 10.*

(4) *Ms. de Québec, 1, 1,* 7.

Otros sufrimientos más crueles que los pasado; le esperaban en la nueva vida que se abría ante ella. Obligada por la necesidad de encontrar un albergue y ganar su sustento, había ofrecido sus servicios a un vecino de Saint- PeHerin, parroquia situada en ~ el límite de la diócesis de Coutances, con la ide,Bayeux, Los escándalos indignantes de que pronto fué testigo, la arrojaron ~e este «verdadero infierno» (5). Entonces se vió obligada a refugiarse en casa de su tutor, establecido en Saint-Sauveaur-Lendelin. Nuevos sinsabores le impiden detenerse allí y llama a, otra puerta. Tampoco este domicilio valía más que los anteriores, si bien tuvo el consuelo de convertir a la dueña con sus oraciones y buenos consejos.

Hemos resumido el relato que el P. Eudes nos ha dejado de los sucesivQs desplazamientos de la futura mística. Sólo presentan un aspecto de su atormentada y, -a partir de entonces, desconcertante existencia. También debemos a su Santo director el poder penetrar en la,int;midad deesta alma predestinada a la más eminente santidad.. Bajo el velo, más bien áspero, de los sucesos de apariencia extraña que acabamos de referir, y paralelamente a ellos, se va desarrollando todo un poema de orden sobrenatural de admirable hermosura y de maravillosa riqueza. Este poema es la misteriosa preparación de que ~es objeto esta alma; son los solícitos, cuidados con que Dios la rodea; las gracias escogidas de que es colmada.

«Nuestro Señor---escribe el Santo-la escogió desde la eternidad, para operar en ella grandes cosas. Quiso ser Él mismo su maestro, su director y protector. En primer lugar, El mismo la instruyó, y de una manera extraordinaria; muy pronto la encauzó y la condujo por la senda en que tenía el designio de hacerla marchar y,. finalmente, latomó bajo su especial protección* (6).

Que en semejante escuela, y con las lecciones de tal maestro, María des Vallées haya progresado rápidamente por las sendas del amor divino, no nos puede asombrar. En esta alma de docilidad admirable a las inspiraciones de la gracia, no tardaron en florecer las heroicas virtudes en que se reconoce la santidad más auténtica: culto de la divina voluntad, devoción «especialísima* a la'Santísima Virgen, caridad sin límites para con el prójimo, amor vivísimo d& la santa virtud de la pureza, desconfianza de

(5) Ms. de Québ u, 1, 1, 7.

~6) Ibid., 1, 1.

si--misma, encantadora sencillez, obediencia ciega (7): todas estas virtudes brillaron en ella desde su infancia con raro esplendor. Estaba, pues, preparada para las misteriosas pruebas por las que Dios había resuelto hacerla pasar y que debían terminar de purificarla y transformarla.

§ 2

Dejemos hablar a su Santo director:

«Habiendo permanecido en diferentes casas como sirvienta, y vuelta a la de su tutor en la parroquia de, Saint- SaüveaurLendelin, varios jóvenes trataron de entablar relacionse con ella y, entre ellos, uno con quien sus parientes la querían casar. Pero rechazado como los demás, recurrió a una hechicera, que fué más tarde quemada en Coutances por habérsele probado el empleo de sortilegios. Dicha hechicera le dió un maleficio (8) que el joven arrojó sobre la Hermana María. Esto sucesió con motivo de ir con otras jóvenes y mujeres en peregrinación a Saint-Marcouf, parro- quia de La Pierre próxima a la de Saint-Sauveaur-Lendelin, en donde'encontró al joven que, al p1sar a su la do en medió de la multitud, la empujó, y en el mismo momento se sintió atacada por un mal extraño y se volvió muy enferma a su casa. Nada más entrar en ella cayó como pasmada y con la boca abierta de forma espantosa, comenzando a sufrir torturas y suplicios tan violentos y constantes, que asegura que durante tres años que permaneció en el campo, después de este accidente, no cree haber dormido una hora. Todos los remedios humanos qué se emplearon para aliviar los males extraños que padecía no surtieron efecto, lo que hizo sospechar que procederían del demonio.

(7) Ms. de Québec, 1, 1.

(8) «Algunos apologistas de la religión cristiana, en particular BERGIER *(Dictionnaire de Théologie,* art. *Magie)* estiman que los magos nunca tu,vieron poder diabólico. Pero el sentir verdadero y común de la Iglesia es que algunos recibieron verdaderamente del demonio el poder de dáñar a sus semejantes por medio de prodigios diabólicos, como hay taumaturgos que han recibido de. Dios el poder de hacer milagros. Además de la autoridad de la Biblia, de los Santos Padres y de los juicios de la Iglesia, además de la creencia casi universal de los pueblos, seinvoca en favor de este sentir una gran cantidad de hechos maravillosos que parecen no pueden explicarse sin la intervención de un poder comunicado a los hombres por el demonio.* VACANT en *Diciionnaire apologétiluc,* por JAUGEY, París, s. a., col. 2.953.

fué un día- de triunfo para la valiente novicia al venir a coronar los años de espera incontrastable y confiada. Fué, también, un día memorable para la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, en que se inició este largo y blanco desfile de religiosas que se prolongaría a través de los siglos, caminando sobre las huellas de quien les abrió el camino y que siempre será para ellas modelo acabado <~de fidelidad sin flaqueza, de humildad probada y de abnegación heroica por su vocación».

La alegría causada al Santo por la profesión de Sor María de la Asunción fué corta. Una nueva cruz, quizá más pesada que todas las anteriores, le esperaba en esta época. A pesar de sus indesarraigables prevenciones contra el P. Eudes, nunca M. Molé se había atrevido a quitarle las funciones de Superior de Nuestra Señora de la Caridad. Ante cualquier tribunal, la destitución paterna es pena demasiado grave para infligirse a la ligera. M. Servien agotó contra el Santo de una sola vez las medidas de rigor de que disponía, al privarle de sus legítimos derechos sobre la Comunidad que había fundado.

Este golpe, que les hería de pleno en el corazón, lo sintieron

dolorosament , e las pobres religiosas. Intentaron por medio de cartas, que atestiguan en forma conmovedora su gratitud hacia el P. Eudes, traer a un arreglo al Prelado:

«Monseñor:

Como tenemos motivos para temer que Su Ilustrísima se encuentre poco satisfecho por la tardanza en determinar nuestra elección de Padre espiritual, con todo respeto nos tomamos la libertad de confesar nuestra irresolución, experimentando todas las penas imaginables para resolvernos a elegir a otro fuera del que humildemente suplicamos a Su Ilustrísima nos condeda, el P. Eudes. Reconocemos, Monseñor, que con ello nos hacemos importunas, pero, no obstante, más gustosas sufrimos la confusión que el dolor que pesa sobre nuestros corazones, dolor que sólo podemos mitigar exponiéndoos nuestros sentimientos.

Vuestra bondad habitual, Monseñor, se dejará ablandar por nuestra importunidad y nos la perdonará, teniendo consideración del justo motivo de nuestras instancias. Porque además de ser el reverendo P. Eudes nuestro Padre y fundador y de conocer sus méritos, tenemos la absoluta certeza de que ningún eclesiástico le sobrepasa en la diócesis en estima hacia vuestra ilustre persona, ni tiene más fidelidad, sumisión y obediencia para observar y hacer observar las órdenes de Su Ilustrísima.

Esta es la causa de nuestra esperanza.

No nos puede detener la dificultad de su edad avanzada y debilidad corporal, sabiendo las fatigas que experimenta en las misiones donde trabaja tanto como los jóvenes y robustos. Por esto, Monseñor, si tenéis a bien concedernos la gracia de asignárnosle por Superior, esperamos, mediante la divina miseri

cordia, que nuestra dirección no le sea- excesivamente gravosa y que no abusaremos de ninguna forma de vuestra gran bondad al favorecernos y protegemos en esta ocasión.

Prosternadas en espíritu a los pies de Su Ilustrísima, os conjuramos con la mayor humildad e instancia posibles, asegurandoos unánimemente nuestro muy profundo y sumiso respeto» (58).

M. Servien se mostró inflexible, y designó por Superior de la Comunidad a M. Le Grand, párroco, de San Julián de Caen.

Al obrar así, el Obispo de Bayeux había usado de un derecho estricto. Pero nos está permitido pensar que, según un adagio corriente, el uso riguroso de un derecho puede encubrir las peores iniquidades. En cualquier caso, esta medida pudo ser de las más nefastas para la naciente Orden, que aún no se hallaba en condiciones de prescindir de los servicios de su Fundador. En especial se obstaculizó la definitiva redacción de las *Reglas y Constituciones.* Además, los bienhechores del monasterio recibieron con ello tan pésima impresión, que pensaron de momento en retirarle su apoyo (59).

Fácil es de comprender cuán afectado quedaría el Santo. Sin embargo ni un instante decayó su confianza en la Providencia y su total abandono en la divina Voluntad. Siempre tratará de comunicar a los demás su optimismo y levantará los ánimos abatidos. A Sor María de la Asunción que le comunica

sus temores y sus penas, responde con este generoso *Sursum corda:*

«Mi queridísima hija:

¡Jesús, el Santísimo Corazón de María, sea siempre el nuestro!

En *el* amor sagrado de este divino -Corazón, horno de amor inmortal, es como amo invariable e inalterablemente, sin preferencia alguna a todas mis queridísimas Hermanas, las hijas muy amadas de mi benditísima Madre.

¿Qué es' lo que lpgrará apartar mi corazón del amor santo que debo tener a la queridísima casa de una Madre tan buena? ¿Será la tribulación, o la angustia, o la persecución, o la espada, o cualquier otra cosa? No, no; tengo la certeza, mediando la gracia de Dios que me ha inducido a tomar ante Él su cuidado, que ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni la altura, ni la prosperidad, ni la muerte, ni la vida, ni otra criatura alguna podrá separarme de la caridad que debo tener para Nuestra Señora de la Caridad; pues todo cuanto pueda hacer en servicio de esta bendita casa de mi divina Madre, lo haré siempre con

(58) ORY, p. 64. La carta que personalmente escribió la Madre Patin causa una impresión ligeramente distinta. Parece que la buena Madre hace el sacrificio con más facilidad que sus hijas.
(59) ORY, p. 65.

»Entonces, en las Pascuas de 1612, le llevaron a Coutances. La presentaron a su Obispo M. de Briroy. El Obispo la mandó exorcizar. Se ven en ella todas las señales de la verdadera posesión. Envía entendidos a la parroquia para informarse de su vida y la de sus padres, para conocer si habían dado al espíritu maligno motivo de poseerla, sea dándosele en alguna cólera, sea cometiendo cualquiera otra falta en castigo de la cual Dios hubiera permitido y ordenado esta aflicción para la hija y sus padres.

»Pero, después de un cuidadoso examen, no se pudo encontrar nada. Se continúa, pues, exorcizándola. Cada vez se adquiere mayor certeza de que está poseída. Lo que ha sido confirmado en diferentes ocasiones, en particular cuando estuvo en Rouen el año 1614, donde fué exorcizada en griego y en hebreo, tanto por el Arzobispo de Rouen, como por otros grandes doctores, afirmando todos ser verdadera posesión. En 1641, por orden de los superiores, yo también la. exorcicé en griego. Aunque los demonios no respondiesen en griego, daban respuestas acordes con las preguntas y cumplían puntualmente lo que se les mandaba en nombre de Dios y en virtud de la autoridad de la Iglesia» (9).

Hemos querido reproducir este texto a pesar de su extensión y, aunque en ciertos puntos', se adelante a la marcha de los acontecimientos. Es de capital~ importancia para la vida del Santo.

Al fijar en 1641 la fecha de su encuentro con aquella de quien le vamos a ver convertirse en director, defensor y admirador, no decimos nada que no supiéramos ya. En su lugar (10) hemos señalado este encuentro providencial de dos almas que ejercerán una sobre otra una influencia de las más bienhechoras. Pero lo que en este texto excita mayormente nuestro interés, es que nos muestra el pensamiento del Santo sobre el estado excepcional en que se encontraba su ilustre hija espiritual, cuando se ocupó de ella por primera vez. Después se han aventurado, sobre este delicado punto, hipótesis que tienen el error grave de estar en oposición formal con el juicio dado por el Santo y ratificado por todos sus contemporáneos acerca de la naturaleza de la prueba que, con paciencia serena, soportó María des Vallées durante treinta y seis años. Un contemporáneo, después de «diagnosticar en ella un poco de la inquietud mórbida que ha inquietado en su
(9) *Ms. de Québec,* 1, 2.

(10) Cfr. *supra, pp.* 50 y 54.

juventud a tantas otras místicas, y que no tiene nada de mística» (11), ha aventurado, hablando de su caso la palabra «neurosis»: «Posesión o neurosis-ha escrito-no sabemos, ni tenemos medio de saberlo» (12).

Más curiosos, o más interesados que H. Bremond, nos interesa saber si, con los exorcistas de su tiempo, nuestro Santo «se engañó torpemente» (13) en el caso de su extraordinaria dirigida.

Si hubiéramos de intervenir en el debate comenzaríamos por establecer la alta estima y singular veneración que insignes espirituales de su tiempo sentían por la humilde santa de, Contances.

«Los jesuítas Cotton y Saint-Jure, Berniéres y Renty tuvieron por ella una gran admiración», observa el P. Bessiéres (14).

Collet en su *Vída* de M. H. Boudon nos lo prueba: <iPor entonces ribe-Boudon conoció a la célebre María des Vallées, pobre campesina, pero rica en virtudes que el barón de Renty y otras muchas personas de eminente piedad venían de muy lejos para oírla y admirarla. El P. Saint-Jure quedó tan impresionado de la primera conversación que por dicha tuvo con ella, que resolvió no pasar ningún año sin procurarse el provecho de oírla hablar del Reino de Diosi (15).

A su vez nota uno de los hijos del bienaventurado Grignon de Montfort: «Decididamente, María des Vallées sale intacta de todas las acusaciones lanzadas contra ella.`Después del testimonio de los teólogos y de San Juan Eudes, el del bienaventurado Montfort tiene su peso. No contento con retener algunas de sus ideas, la califica de «alma santa» y e*mite este juicio con conocimiento de causa» (16).

La *Histoire de la londation du monast¿re du Tr~s-Saint-Sacrement, dan le ville de Romen,* por la Rvda. Madre de los Ángeles (1686), contiene esta página significativa que nos trae a la memoria

(11) BREMOND: *Histoire litteraire,* III, p. 606.
(12) *Ibid., p.* 608.
(13) Ibid., p. 508.
(14) BESSIEREs: *Deux grands tnécon-nus, p.* 129.
(15) COLLET: *Vie de M. H. Boudon, p.* 328.
(16) *Revue des Pr¿tres de Marie* en *Revue des SS. Cocurs,* 52 (1931), 238. El autor de este artículo, P. LE CROM, añade: «No es éste el momento de preguntarse hasta qué punto han contribuido a orientar a San Juan Eudes hacia la devoción al Sagrado Corazón las revelaciones de María des Vallées. Sea lo que quiera, escribir, como un reciente historiador: «María des Vallées singular y perturbadora visión*, es renovar en cierto modo los ataques jansenistas que declararon a un doctor de la Sorbona: tÉl-P. Endes---edificó su devoción sobre visiones y revelaciones quiméricas».

la piadosa,e íntima unión que existía entre la venerada Madre Ma-7 tilde del Santísimo Sacramento'y María des Vallées: El día de los Santos dela Orden (13 de noviembre), ella (la Madre Matilde del Santísimo Sacramento) nos dice que desde la acción de gracias de la Sagrada Comunión toda la mañana estuvo distraída por una buena alma a quien miraba como la Sunamitis que calentaba en algún modo a Nuestro Señor de la frialdad que los pecadores tenían hacia El y que para satisfacer por ellos se había,

ofrecido a. sufrir las penas que sus pecados merecían.

«Esta buena alma era una gran sierva de Dios de la villa de Coutances cuya santidad'es ignorada por la mayoría que la cree una hechicera, porque Dios la conduce por un camino extraordinario que aún las personas más espirituales han censurado. Mas nuestra digna Madre que conocía su virtud y'su mérito, tanto por la correspondencia que mantuvo con ella y las relacionesque le hicieron algunos siervos de Dios que la trataban, como -por las luces que Nuestro Señor le daba y los favores que recibió después de su muerte, recurre a ella en todas sus necesidades, recibiendo gracias muy grandes, so~re todo una que le hizo, pero que no ha querido,darnos a conocer.

»Nuestra digna Madre tuvo pues el pensamiento de poner esta casa bajo su protección, y recibió la promesa de que tendría cuidado de ella, por lo que hemos creído que todos los contratiempos que hemos experimentado nos provienen de ella, pues se dice que no obtiene de Dios para las almas que le invocan sino cruces y humillaciones, co~ociendo'todo su valor y excelencia, y sabiendo- que éstos son los mayores favores que Dios puede conceder a las almas en este mundo. Y lo experimentó en sí misma, pues no se puede concebir lo que sufría.

»Nuestra digna Madre nos dijo que obtendría a las religiosas de esta casa la gracia de anonadarse, la de conocer a Dios en sí y ser pobres interiormente» (17).

Las benedictinas del Santísimo Sacramento conservan en sus archivos, con una piedad filial, las cartas que su santa fundadora cambiaba con la humilde Hermana de Coutances. ¿Cómo no reproducir aquí este extracto, donde se ostenta en el más alto punto la admirable santidad de estas dos corresponsales y la sobrenatural y recíproca estima que se profesaban una a'otra?

(17) Archivos de las Benedictinas del Santísimo Sacramento, calle Tournefort,. París, a las que pertenecen igualmente las cartas siguientes.

~«$?,int-Maur en París (1645)¡

lestis; Maria, Benedictus:

Perdonad, en nombre de Dios, que os escriba de, nuevo
sobre un alma que me ha obligado a enconie 1 ndarla a'vÚestras
oraciones y os suplica, en el amor y por el amor de las sagradas

Alagas de, nuestro buen Señor que,Je hagáis la caridad de pi:esentarle sus7 miserias y preguntarle a su Majestad, qué debe hacer interiormente. Ella sufre penas muy grandes en el fondo de su espíritu, y un desamparo extremo que, la tiene, en grandes perplejidades y la hace digna de Compasión. Desea saber lo que Nuestro Señor quiere de ella y qué ejercicios, interiores debe practicar; si se entregará ala oración y de qué modo debe aplicarse a ella; si la quiere por el camino del amor crucificado u otro, en una palabra, lo que debe hacer para ser lo que su Majestad quiere que sea.

Cree que su camino no es de Dios y esto le hace sufrir extraordinariamente. Por ello mi muy querida y honorable Hermana tened, Compasión, rogad por ella e indicadine ampliamenie lo que debe hacer. Os suplico de nuevo por las entrañas virginales de la sagrada Madre de mi Dios a quien ruego os colme de gracias y perseverancia en el amor y servicio de su Hijo,en agradecimiento de la caridad que iye habréis hecho. Os ruego continuéis pidiendo a Dios pormi perfecta conversióny me enviéis lo antes posible contestación de la presente. Muy agradecida en Nuestro Señor, vuestra ... *

Dejemos nuevamente hablar a la Madre Matilde del Santísimo Sacramento ~en carta dirigida a M. de Berniéres:

«De la ermita del Santísimo Sacrarüento,' 3 de júlió de 1645.

Tengo una gran confianza en vuestras oraciones y en las de la buena Hermana María. Ahora conoceréis mejor que nunca lo que me falta. Haced que lo obtenga ella de Nuestro Señor y os. quedaré eternamente agradecida ... #

En otra carta fechada en París, octubre dé 1654, escribe al mismo corresponsal:

<¡He recibido dos de vuestras queridas cartas, la primera fechada el 2 de agosto, que me daba noticias de eterna felicidad. Las respuestas de la santa alma me hubiéran arrebatado fuera de mí si el poder de nuestro divino Jesús no me hubiera sostenído cautivando de tal manera mi gozo y el dulce consuelo que pudiera tener que quedé en disposicióndistinta, como si,mi alma hubiera sido, elevada sobre toda satisfacción y contento, aun por la gloria, sin ver otra cosa que a Dios solo que me clébía bastar sin apoyarme sobre lo que Él mismo pudiera-revelar ... » '

Esta carta continúa en confidencias espirituales del más- alto interés, para la historia personal de la Madre Mátilde y de sus relaciones con M. de Berniéres,, así como para la historia de la poderosa .corriente mística~ de la que la Ermita de Caen era el centro, y

termina con esta apremiante recomendación: «Os suplico nos

comuniquéis lo que la buena alma ha,dicho para vos ... »

Hacia la misma época, nuevo me~saje dirigido a M. de Ber

niéres:

«Espero la carta que me habéis anunciado por la que me debéis comunicar el dictamen de la buena Hermana María. La espero todos los días con verdadero afán y suplico a Nuestro Señor, de lo más íntimo de mi corazón, que ilumine a su fiel sierva para penetrar el fondo de mis miserias que son mas grandes que cuanto las criaturas pueden decir...

..... .

... Rogad a nuestra buena Hermana que presente nuestras intenciones a Nuestro Señor y que le pida para todas nosotras y para las que la Providencia dirija a esta casa, la gracia de vivir de la vida de Jesús en este divino Sacramento...

Tratad de ver, os ruego, a esta querida Hermana y haced lo posible por poner en sus manos de mi parte esta santa obra, a fin de que la presente a Nuestro Señor. Tengo un gran deseo de que esta obra sea de Dios y para Dios, y pido a esta buena Hermana dedique un cuarto de hora de su tiempo, si Dios se lo

=¡te, para dirigir a Él por nosotras, que continúe pidiéndole
pe se una profundísima humildad y la gracia de no apropiarnos nada
en esta obra ... » 1

Detengámonos en estas edificantes citas que honran tanto la memoria de María des Vallées como

la de la santa fundadora de las benedictinas del Santísimo Sacramento (18). Bastan para indicar la respetuosa delicadeza y sabia prudencia con que el historiador expone el apasionado y complejo problema de mística sobrenatural suscitado por la wida admirable» de la heroica hija espiritual de San Juan Eudes. Basta para juzgar como conviene a las almas escogidas que gravitan en torno de aquélla y son más autorizadas que nuestros más eminentes psiquíatras contemporáneos.

Desde luego-siempre en la hipótesis de que nos fuese preciso entrar en lo vivo de este debate---comenzaremos por mostrar qi1e nada, en la vida de María des Vallées nos autoriza a ver en ella una nerviosa y una neurópata: adjetivos que indican un estado crónico más o menos agudo de alteración mental. Podríamos, también, dejar sentado, apoyándonos en el mismo H. Bremond «que tenía bien formada la mente; que en medio de sus crisis

(18) El 29 de febrero de 1683, la Madre Matilde termina así una carta dirigida a la Madre Bernardina de la Concepción, Priora del Hospicio, calle de San Marcos: «Este jueves, aniversario de la muerte de nuestra bienaventurada Hermana María des Vallées. Os suplico le roguéis por mí».

mantenía no sólo su buen sentido, sino también toda la fuerza de su imaginación, toda la gracia de su «humor» (19); que nada desordenado aparecía en su emotividad; que toda su vida fué un continuo esfuerzo hacia la mejor posesión de Dios; que jamás fué sorpr¿ndida en falta de sinceridad consigo misma o con los demás (20): indicaciones psicológicas, todas que nos permiten «diagnosticar» el perfecto equilibrio mental y la salud fundamental de la hija espiritual de San Juan Eudes.

Pero con esto llevaríamos al lector a un campo que dejaría de ser el nuestro. Para nosotros el problema se presenta en forma muy distinta: lejos de revisar el juicio formulado sobre María des Vallées por sus contqmporáneos, basta a nuestra ortodoxia y a nuestra crítica el recordarlo y concederle nuestra entera confianza. A pesar del tiempo transcurrido no ha perdido este juicio ,nada de su valor. ¿Se quiere una prueba? Leemos en una revista de gran autoridad: «En esta época se tenían criterios tan Claros como los de hoy día para distinguir lo sobrenatural diabólico, y se desconfiaba tanto como hoy día de los juicios precipitados en esta materia. Basta leer las prescripciones admirables de Benedicto XIV, o ¡os teólogos del siglo xvii. Si bien es verdad que carecían de la noción de histerismo tal como la TnOderna ciencia médica la establece, no es menos cierto que atribuían los accidentes de esta enfermedad al efecto de los vapores, a los espíritus animales, situando igualmente el problema. El famoso teólogo Martín del Río, S. I., a quien justo Lipsio llamaba «el asombro de su tiempo» y que era un especialista en estas cuestiones..., da los medios de distin luir a los demoníacos de los epilépticos puros y simples. No cabe duda de que por epilépticos toman, también, a los histéricos, porque aún no se distinguían unos de otros. Por lo tanto, se puede tener en las conclusiones de los teólogos que examinaron a los posesos del siglo xvii una confianza tan grande como la que se tendría en los modernos teólogos* (21).

(19) H. BREMOND: Histoire litteraire, III, p. 609.

(20) Según atestigua un arcediano de Evreux, que la conocía bien, se abstenía ella misma-como lo hacen los santos al contrario de los visionarios---de juzgar la naturaleza y la causa de sus estados. Se remitía al juicio de la Iglesia, y era esto precisamente lo que le valía la admiración de cuantos la estudiaban. H. JOLY: *Le B. P. Eudes, p. 101.*

(21) *Quelques -notes sur l'hysterie,* 2.a parte: *L'Hysterie dans l'histoire religieuse* en *L'ami du clergé, 12* octubre 1911, p. 904. Se leerán provechosamente los articulos *Theologie mystique et psychiatrie y La notion de* «Psy*choPathologique» dans ses rapports avec les problèmes mystiques* en la Vie *spirituelle,* junio de 1935.

El Obispo de Coutances quiso examinar y exorcizar a María des Vallées en *1612:* estos primeros,exámenes y
~exorcismos dieron por resultado, comprobar el hecho. de su posesión *(22).* En *1614* los,repetidos exorcismos realizados
(23) por orden del Arzobispo de Rcuen lo vuelven a confirmar. #Está fuera de duda 4ue estaba poseída-escribe el P. Eudes-
, pues fué exorcizada~ * en griego y en hebreo por el Arzobispo de Rouen y varios doctores, respondiendo los demonios
en conformidad, a las preguntas que se les hacían: además de, que la posesión apareció igualmente cierta por otros
indicios que sólo podían proceder de espíritus malignos# *(24).* Por último, en *1641,* como ya pudimos ver, el mismo
Santo la exorcizó, y sabemos la conclusión a que Regó. Añadamos que el caso de María des Vallées fué resucitado
después de su muerte, que fué objeto de minuciosas investigaciones en vida de nuestro Santo y durante el procesó de
beatificación, poniendo todas ellas de manifiesto la cordura, la prudencia, el discernimiento con **que** desempeñó el
papel tan delicado como difícil de director de María des Vallées. Podemos, pues, limitarnos a esto y reanudar el hilo de
nuestro relato donde lo deja el largo paréntesis que acabamos de cerrar.

§ 3

,No hemos de escr;bir detalladamente da vida admirable de María des Vallées. No obstante está muy íntimamente
ligada con la vida de su Santo director, para que no recordemos aquí, aunque sea someramente, los hechos principales de
su existencia desde el momento de -su posesión hasta,, el de su encuentro con San Juan Eudes.

¿Se trataba de una verdadera posesión? ¿No se debería hablar más bien de obsesión? El *Ritual Romano,* seguido en esto por el P. Eudes y San Alfonso María de Ligorio *(25)* no distinguen entre una y otra. Sin embargo, muchos teólogos establecen entre ambas formas de la acción diabólica, una distinción al parecer fundada *(26).* De cualquier forma, el extraño mal la asaltó

(22) *Ms. de Québec, 1, 1,* 7.
(23) *Ibid., 1,* 5, 2: «Se la exorcizó en laprisión frecuentementei>.
(24) *Ibid., 1,* 5, 6.
(25) *Praxis ConfesarÚ,* n.9 *110 ss.*
(26) «Una persona está poseída *por* el demonio én sentido estricto, cuando en ciertos momentos éste le hace perder el conocimiento y parece desempefiar entonces el papel del aJma. Una persona está obsesa cuando

el *2* de mayo de *1609 (27).* Tenía diecinueve años cumplidos *(28).* Por tres años buscó vanamente la causa del mal que sufría y sus remedios apropiados. Fué en *1612* cuando M. de Briroy, Obispo de Coutances, se pronunció sobre su estado, declarándola poseída por el demonio. Acogió esta,decisión de la autoridad religiosa con admirable resignación en la voluntad de Dios:

<qPor qué será que yo estoy poseída?-decía hablando de sí misma---. ¿De qué puede provenir? Segura estoy de no haberme entregado al espíritu maligno; igual seguridad tengo de que mis

padres no me han entregado a él, pues nunca les di motivo; es, pues, que, Dios lo ha querido así; sí, sin duda. Conoce desde la eternidad el estado y la condición mas apropiada para mi salvación. Si hubiese previsto otra más conveniente y necesaria que ésta me la habría dado. Si hubiese Sido mejor para mí hacerme religiosa, me habría concedido esta gracia. Si hubiera previsto que conseguiría mejor mi salvación siendo una gran reina, me habría dado esta condición, pues es infinitamente bueno y nada le es imposible. Mas puesto que yo estoy con los diablos y en posesión según el cuerpo, y ni mis padres ni yo -contribuímos a ello, es señal de que Dios mismo escogió para mí este estado, como el más adecuado para mi sllvación. Por eso es que yo lo acepto de todo Corazón y por amor de Aquel que me lo ha dado. En. Él quiero vivir y morir, si tal es su divina voluntad y no quisiera cambiar mi condición por la de la mayor reina del mundo.

Pero es preciso que tenga mucho cuidado con, lo que haya de hacer para agradar a Dios y salvarme en el estado que me encuentro. Estoy en manos de la Iglesia, la cual no tiene otra intención que librarme de los demonios. ¿Qué debb hacer yo por mi parte? Debo obedecer prontamente a todo cuanto me mande la Iglesia, sin pararme a examinarlo, ni quejarme jamas de lo que me ordene por difícil que pueda parecer* (29).

Y en lo más recio de sus pruebas, la heroica mujer todavía -encontraba valor para provocar al demonio, burlándose de su el demonio nunca le hace perder el conocimiento, pero sin embargo la atormenta de manera que se puede comprobar *su* acción: por ejemplo golpeán,dola». (POULAIN: *Des graces d'oraisan,* París, 1922, p. 454-5.) «Graves autores-sigue diciendo el P. POULAIN (p. 455-6)-son de parecer de que la posesión no es enviada a las personas que se ocupan seriamente en la perfección, salvo en casos rarísimos y de pasada (SCARAMELLI: *Directorio místico,* tr. 5, n.' 71; D.,SCnIZAM: *Iwst. Théol. Mysticae,* n.' 208). Lo estiman ~demostrado por la experiencia... Por el contrario la obsesión ha sido enviada con frecuencia a personas fervorosas)~. Las características sentadas por estos mismos autores nos hacen creer quty María des Vallées fué víctima de ~óblesión y no de posesión.

(27) COSTIL: *Annales, 1, 4, p. 44.* (28) Ms. *de Québec, V, S.*

(99) Ibid., 1, 3.

furor y protestar su inquebrantable confianza en la bondad de Dios, que sólo permitía esta prueba para bien suyo:

<qEsto es todo lo que puedes hacer?-preguntaba al demonio-. Pues no tienes mucha fuerza. Mira, aquí me tienes: haz todo cuanto puedas. No esperes a que Dios te ordene maltratarme. Basta con que te lo permita. Guárdate bien de omitir el menor sufrimiento que Él te permita infligirme. Pues yo le ruego de todo corazón que toda su ira caiga sobre ti, y que redoble todos tus suplicios, si dejas la menor parte. ¡Pero ten cuidado con lo que hagas! Tú eres un león y yo una miserable hormiga. Cuando el león venza a la hormiga, se burlarán de él por haberse armado para combatir ni¡ animalito tan débil y endeble. Pero si la hormiga vence al león, como sucederá con la gracia de Dios, eterna será la confusión que recaerá sobre el león. ¿No eres, pues, muy insensato haciendo lo que haces? ¡Fuera, fuera bestia de los diez cuernos!» (30).

A partir del momento de que es objeto de los ataques del demonio, la vida de María des Vallées se desdobla o, si se quiere, se presenta ante nosotros bajo un doble aspecto: verdadero díptico cuyos contrastes acusados provocan alternativamente en nosotros una religiosa y profunda admiración y una especie de espanto del que. es difícil sustraerse. Encontramos aquí el paralelismo que señalábamos al comienzo de este capítulo, al contar los primeros pasos de esta vida en que la acción de la gracia parecía no haber querido actuar en el alma llamada a escalar las más altas cumbres del misticismo, sino en medio de circunstancias desconcertantes de vulgaridad, cuando no de singularidad (31).

El Santo que la dirigía consigna extensamente las experiencias de orden divino o diabólico por las que ha pasado (32). Estas

(30) *Ms. de Québec, 1,* 4.

(31) POULAIN *(loc. cit., p.* 432 ss.), ha formado una lista bastante extensa de algunas almas de eminente santidad que pasaron por pruebas análogas a las de María des Vallées.

(32) Reproducimos gustosos la siguiente nota de H. JOLY *(ob. cit.,* p. 104): «Como existen en las bibliotecas públicas gran número de manuscritos de opinión muy varia sobre María des Vallées, bueno es advertir a los curiosos que se expondrían a leer con asombro muchas frases atribuídas al P. Eudes, y extractos que se dice ser de sus escritos. He aquí, en efecto, una protesta que se vió obligado a hacer él mismo: «Todas las otras cosas que figuran en vuestra carta también son falsísimas, lo mismo que otras parecidas con las que se ha formado un libelo difamatorio, dirigido contra mí, que está plagado de citas de mis escritos sobre la vida de esta buena mujer. Pero se han empleado como los protestantes hacen con los libros católicos, tomando únicamente las objeciones y dejando

notas constituyen una voluminosa compilación muy rica en psicología sobrenatural, en observaciones de mística, en enseñanzas llenas de edificación. Su lectura atenta es indispensable para quien

quiera estudiar de cerca la historia de la piadosa vidente de *Cou*tances. Siendo otro nuestro fin, debemos resignarnos a hacer de los años que pasaron desde su posesión hasta su encuentro con San Juan Eudes, un resumen rápido pero suficiente para permitir entrever al lector, de una parte, la obra maravillosa realizada en ella por la gracia divina; de otra, las dificultades de la tarea confiada a quien desde esta fecha es su director. Este resumen nos lo da el mismo Santo, que, en un capítulo de su manuscrito, *Compendio de los Principales estados por los que Pasó la Hermana María,* escribe lo que sigue:

«La Hermana María empezó a estar-posesa, como ya se dijo, a la edad de diecinueve aflos. Después se vió acosada durante cinco anos por un gran número de maleficios'que le enviaban magos y hechiceros. Durante estos cinco años la condujo Dios por un camino de grandes consuelos, pues, en este tiempo, todo eran caricias, transportes y enajenamientos de amor divino. Comulgaba y gozaba plenamente de los frutos de la Sagrada Comunión, que son: un amor purísimo hacia Dios, una gran caridad hacia el prójimo, un gran celo por la salvación de las almas, un perfecto desprecio por sí mismo, un entero despego de todas las cosas, etc. Su espíritu estaba continuamente apli~ cado por el espíritu de Dios a la contemplación de los misterios de la: Pasión de jesucristo Nuestro Señor, que le hacían deshacerse en lágrimas y encendía en su corazón vehementes deseos de sufrir por su amor, y cooperar con 111 en la salvación de las almas, sumiéndose en éxtasis, cuya duración era a veces de ocho días, durante los cuales no comía ni bebía casi nada, porque estaba privada del uso de los sentidos.

Después de los cinco años dé sortilegios, entró en los tormentos del infierno que duraron más de catorce años. Al terminar a un lado las respuestas. Así el autor de este libelo ha tomado lo que en ellos hay de difícil y que puede chocar en la lectura de los citados escritos tocante a Sor María, sin añadir las aclaraciones que yo he dado. Además de esto, ha insertado cosas ridículas, tomadas de otros

escritos que no son míos*. (Carta al P. ' Trochu, Caen, 2 de enero de 1675.) LE BEURRIER (10CUcíón cit., p. 380, nota a propósito: «Habiendo caído este escrito en manos de los enemigos del P. Eudes, les dió ocasión de caluffiniarlo. Hicieron de él varias copias, pero no fieles, a las que añadieron detalles que cambiahan totalmente el fondo de las cosas y contra cuya autenticidad varias veces escribió el P. Eudes, asegurando que jamás las había escrito él y que las mismas que habían brotado de su pluma, lo fueron sencillamente como de quien narra simplemente, sin decidir lo que haya de creerse de todo ello».

estas penas estuvo por espacio de tres años en un estado menos penoso, que seria de preparación al mal de doce años.

Inmediatamente después de estos tres años, empezó a sufrir el mal que duró doce años» (33). 1

Encueniro de San Juan Eudes'y María des Vallées.

Aún no había recorrido Maria des Vallées todo el cielo de sus terribles pruebas, cuándo las circunstancias le pusieron en Telación con el P. Eudes, Regado a Coutances para predicar una misión destinada a hacer epoca en su propia vida, -

, Como a otros tantos visitantes famosos de paso por Coutances, tales como los PP. Cotton y Saint-Jure, para citar los má~ conocide,s, se ¡invitó al Santo a estudiar «su conducta que entonces se comentaba'mucho en toda la provincia» (34). Accedió al deseo de M. Le Pileur, Vicario general de M. de Matignon, y después de maduro examen, dió sobre María des Vallées el mismo juicio que los que hasta entonces se habían ocupado de ella. Su encuentro fué decisivo. A, partir de, esta fecha, juntos y a grandes sorbos, bebieron en el mismo cáliz las alegrías y los dolores conque los abrevó la Providencia; juntos recorrieron las etapas del más rudo'de los calyarios, y juntos escalaron las radiantes cumbres de un Tabor iluminado Con los fuegos del amor divino.

< 1641: la sim le mención de esta fecha evoca en nosotros un 1 P

sinfín de recuerdos ligados a los catorce años de extraordinaria fecundidad que inicia el encuentro de nuestro Santo con María des ValléeS-. Precisemos. En la octava de la Natividad de 1641 el P. Eudes concibe el designio de establecer su Congregación; el día de la Inmaculada Concepción del mismo año inicia la organización de la obra de las Penitentes; y quizá desde entonces le orienta su pensamiento y su piedad hacia sul futura misión de apóstol de los Sagrados Corazones. Todos estos sucesos que se precipitan uno tras'otro en su,vida , ¿tienen entre sí alguna., relación de dependencia, de simultaneidad en su origen? Ast se ha creído, Incluso ciertas obras salidas de plumas que nos s on queridas, han intentado probar «que en 1641 intervino el mismo

(33) Ms.,d~ Québec , V, 5. (34) COSTIL: *Annales, 1, p. 51.*

Dios en el momento elegido por la Providencia, y que se sirvió de la I-Termana María des Vallées para manifestar al P. Eudes la triple mision que en adelante ocuparía su vida: establecimiento del culto de los Sagrados Corazones de Jesús y María, fundación de la Congregación de Jesús y María e institución: de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad» (35). MuCho quisiéramos poder compartir este modo de ver. Pero por muy atractivo que -sea, no se basa en datos históricos serios.'

María des Vallées ejerció sobre su director una innegable influencia; influencia considerable si se quiere, pero no decisiva. Esta influencia sirvió de estimulante para su energía y ardor apostólico

en la ejecución de, los grandes designios que había colicebido para la gloria de Dios y salvación de las almas; pero ni fué la iniciadora de estos designios, ni tampoco de su realizacion práctica. De, hecho encontramos a María des Vallées arrodillada junto a la cuna de'todas sus obras. Con sus «redobladas oraciones* (36) atrae sobre la naciente Congregación de Jesús y María las bendiciones del cielo. Además se recordará (37) que fue por su mediación como Jesús y María manifestaron a su siervo los cimientos sobre los que tenía intención de establecer la Congregación y algunas de las Virtudes que en ella quería reinasen.

La Orden de Nuestra Señora de la Caridad fu~ objeto de igual solicitud. ¿Se le quiere desviar, a causa de las circunstancias, de la misión sublime a que la destina la Providencia? Interviene María deg Vallées y se levanta resuelta contra los proyectos de Margarita Morin, protestando «que esta proposición no era de-Dios, sino una tentación del demonio, y que era preciso no escucharle; que el diablo rabioso contra esta casa buscaba, todo géneVo de medios para destruirla; que era una de las,astucias ocultas bajo bellas apariencias; pero que la Santílima- Virgen quería que esta ,casa fuese para la conversión de las jóvenes penitentes, y que, si se cambiaba su fin, la abandonaría y pronto había de, estar arruinada». Después añadió: «No soy yo quien habla, sino Nuestro Señor quien me fuerza a decir esto» (38).

A Mme. de Camilly que se preguntaba si la obra por la que tantos sacrificios hacía era verdaderamente querida de Dios, María des Vallées transmite de parte de la Santísima Virgen

(35) LE DORÉ: *Naissance du culte liturgique, p. 2.*
(36) COSTIL: *Annales, I, p. 52.*
~(37) Cfr. supra, p. 53, nota 48.
*(38) Annales de Notre-Dame de Charité_* en BouLAY: *I, p. 3901.*

esta consoladora promesa: «Responderé a mi hija con obras, y la haré conocer que mi Hijo y Yo queremos que subsista» (39).

Escuchémosla comunicar este mensaje igualmente consolador a las tres heroicas visitandinas que habían aceptado consolidar la vacilante Comunidad:

«Dí a mis hijas de mi parte: una reina tenía por hijas varias princesas. Una de ellas se extravía y cae en una infecta cloaca. Algunas personas caritativas la sacan de aquel lugar, le quitan sus vestidos sucios, la lavan, le dan ropa blanca, la visten con hermosos trajes y la llevan a su desconsolada madre. ¿Cuál no sería, os pregunto yo, el reconocimiento de esta reina hacia aquellos fieles servidores?... A no ser por ellos su hija hubiera muerto sin duda. Pues bien, todas las almas son mis hijas. Yo las amo más que todas las madres del mundo pueden amar a sus hijos. El pecado impuro es la más sucia de todas las cloacas. ¡Qué grande es la alegría que me procuran los que las sacan de su estado, las purifican con el baño saludable de la Penitencia, y las adornan de todas las virtudes! Dí, pues, a mis hiias que todas sus acciones hechas por esas almas, incluso las mas pequeñas, me son muy agradables» (40).

Y cuando las dos fundaciones del Santo, después de franquear el período crítico de los comienzos, empezaron a remontar su vuelo, María des Vallées continuó con ellas su misión de caridad, sembrando a manos llenas la confianza en todos los corazones:

«Estas son las dos hermosas cosas que tengo que decir a vuestro hermano-escucha la santa mujer de labios de la Santísima Virgen con destino al Santo fundador- La primera, que mi Hijo y Yo, disponemos de piezas de oro para fundar la Congregación de los Misioneros y de piezas de plata para establecer la de las Hijas de la Caridad. Las piezas de oro son los hombres piadosos que irán a la casa

de los sacerdotes; las de plata, las postulantes que se presentarán en la de sus hijas... La segunda cosa es que en cuanto a lo temporal espere con paciencia el efecto de mis promesas» (41).

Algunos años más tarde, en medio de las pruebas originadas por la violenta oposición de M. Molé al Seminario de Caen y a la Comunidad del Refugio, la humilde hija, mensajera como siempre de celestiales esperanzas, mantiene en el corazón del siervo de

(39) ORY: *Origines de Notre-Dame de Charité, p.* 25.

(40) BOULAY*. II, p. 106. Consignamos más arriba (p. 190) la intervención preponderante de María des Vallées-como mandataria de la Santísima Virgen-en la determinación del hábito de Nuestra Señora de la Caridad.

(41)COSTIL: *Annales, 1,* 1. 2, C. 6. ORY: *loc. cit., p.* 37.

Dios una paz inalterable, una fe inquebraytable en el futuro de sus Institutos, tan cruelmente probados (42). '

¿Nos permite la historia asociar a María des Vallées al apostolado de su Santo director en favor de los Sagrados Corazones, en forma tan íntima como a la fundación y desarrollo de sus dos Sociedades? No contando con textos y hechos precisos, ya hemos tenido que responder negativamente. Sólo ha llegado hasta nosotros un documento donde se puede sorprender una sombra de su influencia en este sentido. Es el siguiente pasaje del manuscrito de Québec:

«Habiendo sabido Sor María que algunas personas murmuraban en contra de la fiesta del Santísimo Corazón de la
Bienaveuturada Virge ' n Mar'a que se celebra el 8 de febrero, habló sobre ella a Nuestro Señor, quien le dijo ser Él quien
la había inspirado, y que castigaría a los que se opusieran a su celebración; y la Santísima Virgen dice que esta fiesta le
es agradable y que enviara chispas del fuego sagrado en.que se abrasa su Corazón al corazón de los que la celebren, para
caldearlos en el amor divino si son tibios, inflamarlos si están calientes y abrasarlos si inflamados. Dice también que el
Corazón de su Hijo es su Corazón, y que al celebrar la fiesta de su Corazón se celebra la fiesta del adorabilísiino Corazón
de su Hijo.

El año 1646, durante la octava de.esta fiesta, la Santísima Virgen le ordenó rezar todos los días el *Magnificat* en acción de gracias a la Santísima Trinidad por todas las gracias que ha concedido a su Hijo, que es su verdadero Corazón, y, a Ella, y por Ellos, a todo el mundo. Y también rezar todos los días siete Padrenuestros y Avemarías para pedir a Dios que libre a la Iglesia poseída en varios de sus miembros por los siete pecados capitales.

En otra ocasión Nuestro Señor le dijo que el Corazón de su Santa Madre está en el Santísimo Sacramento, y que allí se le puede adorar, porque su humanidad es el Corazón de su Bienaventurada Madre.

Algunas veces reza una salutación compuesta por el P. Eudes, y que comienza por estas palabras: Ave, *Cor sanctissimum, y* Nuestra Señora le ha dicho que le es muy agradable y que concederá a cuantos la recen deseos de pu~ificarse cada vez más de toda clase de pecados, para estar mas dispuestos a recibir los dones, gracias y bendiciones divinas* (43).

(42) Cfr. *supra, p. 98-9.*
(43) *Ms. de Qu¿bec, VII,* 3. «En relación con el texto citado haremos notar que en la *Memoria* del P. Eudes se exponen las revelaciones de María des Vallées en orden lógico y distribuidas en diez libros. El VII tiene por objeto, como indica el título, a la Santísima Virgen, los ángeles y los santos, y el capítulo III trata de la dev*oción al Corazón de María. Dado el orden seguido, San Juan Eudes ha debido agrupar en él todas las revelaciones referentes a su querida devoción. Siempre aluden sus enemigos a este capí

Este conjunto de hechos permite entrever las profundas e íntimas relaciones espirituales que unieron a San Juan Eudes y a María des Vallées, llamados por Dios a colaborar en las mismas grandes obras. Permite igualmente reducir a sus justas proporciones el papel de la humilde hija junto a su ilustre director: este papel, tal como la historia nos lo,revela, basta a su gloria, y le asegura un lugar aparte en el agradecido recuerdo de toda la familia eudista.

1
I I I

Muerte de María des Vallées.

Debemos a un monje de Barbery, implacable adversario de María des Vallées, el relato detallado del final de su vida y de las circunstancias de su muerte:

«En el año 1654, dieciocho meses antes de entregar su alma al Creador, la Hermana María des Vallées rogó a M. de Montaígu, Superior de los misioneros de Coutances, le leyera el libro de las *Lamefflaciones de jeremías* en latín: como así lo hizo varias veces. Durante toda la lectura lloraba amargamente, pero sobre todo cuando leía ¿iertos pasajes que expresaban sus dolores pasados o futuros; entonces sollozaba y se deshacía en lágrimas, aunque no se los explicasen en francés. Los sollozos se redoblaron cuando se leyó el versículo 17 del capítulo III: *Repulsa est a Pace ani . ma mea, oblitus sum bonorum.* Tarribién se hizo leer el libro de Job, particularmente los capítulos 6, 7, 16, 19 y 30, y durante todo este tiempo sus ojos fueron piscinas de Siloé, pues no hizo más que llorar.

En seguida pasó a un estado de sufrimientos tal que no hay lengua que pueda expresarlo. Esto duró hasta noviembre de 1655.

tulo, prueba evidente de que en el manuscrito del P. Eudes no han encontrado nada que se refiera a la devoción que combaten. Además es fácil probar que salvo la predicción de que la nueva fiesta será otra solemnidad del Santísimo Sacramento, se encuentran allí todas las revelaciones en que reprochan al P. Eudes que se apoya. En cuanto a la devoción del Corazón de Jesús fuera de la mención que contiene el texto aquí citado, no se hace ninguna referencia en la *Vie de Marie des Vallées.* En ciertos pasajes se trata, es verdad, &l Corazón de Jesús, como sucede en la vida de'muchos santos; pero en ninguna parte, al menos que nosotros conozcamos, se trata de establecer en su honor una devoción o una fiesta*. LEBRUN' *La tlévotion au Coeur de Marie,* apéndice I, nota.

A fines de este mes cayó en un estado opuesto, con todos los rasgos de la infancia, como ya ha sucedido a otras personas piadosas, bien porque ellas así lo hubiesen pedido, como hizo M. le Nobletz, tan célebre en la baja Normandía; o bien porque Nuestro Señor hubiera querido asociar a su esposa a un estado que, según los doctores místicos, es de los más admirables e incomprensibles de su

Encarnación. Probablemente se veía privada del uso de sus facultades, de sus miembros y todos sus sentidos. Hablaba, reía y en todo su semblante se reflejaba la inocencia y alegría de un niño: sin ser esto obstáculo para que cuando se le hablaba de Dios, diera respuestas seguras, que nada infantil denotaban---. Sor María permaneció en este estado desde fines de noviembre de 1655 hasta comienzos de febrero del siguiente año.

Transcurrido este tiempo, volvió a su estado normal. En él, sin sufrir mucho permaneció hasta su muerte, que estuvo figurada tres meses antes de sobrevenir. Durante todo este tiempo repetía constantemente: «Quiero ir a mi casa; hay gloria y delicias en mi casa» (44). Como alguien le preguntase lo que entendía por su casa respondió: «Quiero hablar del Paraíso»., Con frecuencia golpeaba en la puerta de un oratorio pequeñito en forma de caja, que estaba junto a su lecho, pero sin poderlo ver, porque se hallaba privada de ' todo consuelo; digo que golpeaba con frecuencia para hacérselo abrir, y un día ató un crucifijo pequeño a dicha puerta, diciendo que era la llave de su casa, y añadiendo que se la llevaría a vanos para que entrasen allí.

También solía repetir mucho: «Madre mía, madre mía, nú queridísima madre». Se le preguntó si quería hablar de la Iglesia o de la Santísima Virgen. <~No, no-dijo-, hablo de la tierra que es mi madre». Cuando decía que quería ir a su casa, es decir, al cielo, era el espíritu que hablaba; y cuando llamaba a la tierra su madre, era el cuerpo que daba a entender que pronto descendería a la tumba.

Ocho días antes de su muerte, sólo decía: <iMe voy, me voy». Lo repetía casi continuamente. «¿Adónde se va usted?», le preguntó alguien. La Hermana María respondió: «Me voy a mi casa; hay gloria y delicias en mi casa*.

Lo notable es que en este tiempo se encontraba bien, comía con apetito, digería bien y tosía muy poco. No se notaba en ella ningún indicio de un fin próximo. Sin embargo, a uno de sus íntimos amigos que vino a comunicarle que por asuntos apremiantes marchaba a Caen para ocho días, le dijo la Hermana María, entonces más vigorosa al parecer que nunca: «Las necesidades son privilegiadas; pero si vais a Caen, ya no me volveréis a ver*.

El 8 de febrero, día en que los misioneros celebran la fiesta del Corazón de la Santísima Virgen, comulgó (45) por última vez,

(44) San Roberto Belarmino, S. 1. (1542-1621), decía poco antes de morir: <iQuiero ir a casa. Entraré en mi casa, %ella casa mía». Nota de J. L. ADAM: lo¿. cit., p. 305.

(45) «También había comulgado el día de la Purificación*. Biblioteca Nacional, n.' 11.942, f. 349. (ADAM, p. 307.)

pues la recaída que sobrevino se lo impidió en los últimos días de su vida. Por tres veces hizo confesión general con el
P. Eudes; quie rigor, como ella, s%después de haberla examinado con todo mi se lo había pedido, y de haber intentado
tratarla como a cualquiera otra persona, haciendo total abstracción de su santidad, cosa que él no podía ignorar, no pudo
encontrar materia de absolución: lo que declara ser cierto y está pronto a afirmar con juramento. En sus escritos dice lo
mismo de las demás confesiones de los años anteriores. Por su parte, la Hermana María puso en práctica todos los
medios precisos para confesarse bien, poniéndose de manifiesto en estas ocasiones su hunifidad y sus luces. Todo ello
tuvo por resultado hacer brillar más su pureza y claridad de conciencia.

Durante todo este tiempo el P. Eudes, que le asistió le hizo hacer todos los actos que hubiera hecho hacer a cualquiera otra persona: los hacía con la piedad más viva que se puede imaginar: Le preguntó varias veces, y casi hasta el último momento, si no tenía nada que le causase pena o si aún abrigaba los temores de estar engañada que en otras ocasiones le habían inquietado. Todas las veces respondió negativamente. Le preguntó si la muerte no le causaba ningún espanto: «No*, respondió. ¿No la deseáis?, volvió a preguntar el P. Eudes. <~No». ¿Queréis vivir? <xNo*. ¿Entonces; qué queréis? «La santísima voluntad de Dios».

Ya estaba muerta a todo, salvo a la voluntad divina. El 24 de febrero le asaltó la enferniedad,que había de llevar su cuerpo al sqpulc,ro. La enfermedad empezó al mediodía del jueves y sólo duró veinticuatro horas. Fué una especie de letargo acompañado de fiebre moderada. No le privó de sus facultades ni de sus sentidos, pues mantuvo su uso perfecto desde que volvió de su estado de infancia, es decir, dieciocho meses antes de su muerte. Por eso respondía siempre acorde, sí o no, a todo cuanto se le preguntó.

Hacia el anochecer del jueves, día 24, viendo el P. Eudes que no podía comulgar a causa de su letargo, le preguntó si deseaba recibir la Extremaunción. <&», respondió. Inmediatámente se la administró su director. A partir de entonces el P. Eudes, acompafiado de M. Montaigu y varios sacerdotes misioneros, no se apartó de la cabecera del lecho de la enferma; hizo todo cuanto su celo'y su piedad pudieron sugerirle para ayudar a bien morir a la Hermana María des Vallées, hablándole unas veces en nombre propio, otras en el de la Iglesia, de Dios, de la Santísima Virgen-, de los ángeles, etc. Hizo rezar también las letanías mayores y menores, las de la Santísima Virgen y de los santos, y otras oraciones que er:iplea la Iglesia en este trance supremo. En cuanto a la Hermana María sólo pronunciaba el nombre de Jesús, muy bajito, y permanecía un gran rato diciendo Jesús una infinidad de veces, y añadía de tiempo en tiempo: Jesús, buen Jesús, etc., que enternecía a todos los presentes.

Toda la noche del jueves y la mañana del viernes transcurrieron así, en una continua agonía. A la una de la madrugada, viendo el P. Eudes aproximarse la muerte, se acordó de que la Hermana María le había dicho otras veces que si sólo le que~

dara media hora de vida, la había de emplear en el rezo del santo Rosario. Se lo dijo a todos los presentes y comenzaron a rezarlo por la intención y en nombre de la enferma. Al tercer misterio profirió ésta un gran suspiro. Creyendo llegado el desenlace corrió el P. Eudes a la cabecera del lecho y empezó a decirle: Jesús, María, *Iesu, Iesu,* María. *Pater, in manus tuas commendo spirilum meum.* Mas como volviera a su anterior estado, se continuó el rezo del santo Rosario interrumpido varias veces por semejantes Suspiros.

Terminado el Rosario, hizo rezar el P. Eudes la corona, siguiendo la costumbre de la piadosa María des Vallées.

Inmediatamente después expiraba sin ninguna dolencia, durmiéndose apaciblemente en el Señor, gozando de paz interior y exterior, a la edad de sesenta y seis anos y diez días el 25 de febrero de 1656, viernes, a las doce y cuarto, después de cuarenta y siete años de sufrimientos inexplicables» (46).

Esta *muerte tan* preciosa ante Dios y ante los hombres arrancó un grito de dolor muy natural al corazón de su Santo director. ¿Acaso no le privaba de su más firme sostén, de su consejero mas autorizado? Escuchémosle comunicar a M. Manchon esta *muerte que le viene a* herir en lo que para él es más sensible. Aprendamos cómo, los santos se lloran, se aman y se alaban entre sí:

«Caen, a 2 de marzo de 1656.

Mi queridísimo Hermano:

Jesús, el Santísimo Corazón de María, sea siempre nuestro consuq1o.

Dios ha querido llevarnos lo que teníamos de más querido en el mundo, que era, nuestra queridísima Hermana María. Falleció el viernes pasado, 25 de febrero, a las doce y cuarto. Nuestro mayor dolor lo causa el habérsenos quitado su cuerpo para enterrarla en San Nicolás. Casi todos los canónigos querían llevarla a la catedral. Algunas personas querían que se la ¡;ihumase en los Jacobinos, en la capilla del Santo Rosario. Pero M. de La Foulerie, que ha fundado una capilla de San José en la iglesia de San Nieglás, consiguió por medio de M. d'Urville, no queriendo obrar por cuenta propia, que fuera enterrada en dicha capilla.

Así que nos-vemos privados de este tesoro, lo que es causa de gran aflicción para todos nuestros hermanos de Coutances, y para nuestros amigos, tanto de aquella ciudad como de ésta. Mme. de Saint-Simon y Mme. de Malherbe, antes Mlle. de Pleimaret, hicieron cuánto pudieron en esta ocasión, pero fué en
(46)Bibl. Nac., n.' **11.444, f. 345-52.** (**ADAM,** P. 303.)

vano. El preboste se ofreció incluso a tomar el santo cuerpo' con sus gentes y conducirlo a nuestra iglesia; pero le dimos las gracias, temiendo levantar un reviielo. Esta misma razón nos ha impedido conseguir el corazón que era fácil de obtener, aunque ahora bien lo sentimos. Pero Dios así lo dispuso por razones para nosotros desconocidas.

Desde hace tres meses estaba figurada la muerte y predicha de varias formas. Falleció en medio de profunda paz interior y exterior...

No he olvidado, mi queridísimo Hermanol el encomendaros instantemente a ella antes de su muerte, lo mismo que a todos nuestros hermanos y me aseguró que tendría cuidado de todos y no os abandonaría. La he confesado tres veces en sus ocho últimos días, y he rebuscado y examinado cuidadosamente su vida y os puedo asegurar, con toda verdad, que no he encontrado el 'menor pecado venial en una vida de sesenta y siete años. No por eso se han de dejar de rezar por ella las oraciones ordinarias, según lo ordena la Iglesia. Nosotros hemos hecho un funeral y celebrado tres Misas, a saber: del Espíritu Santo, de *Beata* y de *Requie»i'.* Aquí haremos otro tanto: os ruego que hagáis lo mismo. Además de esto hemos de celebrar en cada una de nuestras casas, sesenta y siete Misas por las siguientes intenciones: *La* En honor de todos los designios de Dios sobre la Hermana María y de todo lo que]~l es en ella. *2.a* En acción de gracias por todos los favores que le ha concedido y a nosotros por su mediación. *3.a* En satisfacción y reparación por todas las faltas que hemos cometido a este *respecto. 4.a* Por el cumplimiento de todas las voluntades de Dios en esta obra. *s.a* Para pedir a su divina Majestad que nos comunique su espíritu, que es un espíritu de odio extremo al pecado, de amor purísimo a Dios, de desprendimiento entero de sí mismo y de todas las cosas, de sumisión plena a la adorabilísima voluntad de Dios, de amor ardentísimo a la Cruz, de grandísimo desprecio de sí mismo, de odio irreconciliable respecto de los honores*, de afecto particularísimo al desprecio, la confusión

y la ignominia, pero sobre todo de incomparable caridad, bondad, amabilidad y mansedumbre para con el prójimo, que la llevaba a un grandísimo cuidado para no molestar ni apenar a nadie, sino contentar y alegrar a cada uno cuanto podía. En esta virtud particularlnente y en su humildad, sencillez y sinceridad, nos es necesario imitarla. Suplico a todos nuestros queridos hermanos tengan gran cuidado de pedir a Dios estas virtudes y se afanen diligentemente en su práctica...

Saludo afectuosísimamente y al3razo de todo corazón a nuestros queridos hermanos...,

JUAN EUDES,

Sacerdote Misionero.

Se me olvidaba deciros que casi todos los habitantes de Caen dicen en voz alta que la Hermana María ¿ una santa, incluso los que en vida la despreciaron» *(47).*
(47)O~res, X, p. 403-6.

Esta postdata vale por sí sola por la más elocuente de las oraciones fúnebres. En general la muerte fija para los contemporaneos, como también para la posteridad, la fisonomía moral de quien para siempre termina su carrera terrenal. A su luz, méritos y deméritos aparecen en su realidad, y comunica a los juicios emitidos sobre quien acaba de desaparecer algo de la verdad y del rigor del juicio divino. En Caen se levantó una voz unánime para celebrar la santidad de la vida y muerte de la humilde Hermana.

Esta estima general se manifiesta en tomo a su féretro, aparece en las discusiones que se levantan para la posesión de sus restos mortales. Como nos lo dice la carta del Santo, todos se disputan el honor de otorgarle el supremo homenaje de una sepultura digna: cabildo catedral, sacerdotes del Seminario, dominicos, presentan sus títulos al goce de este derecho, tanto más codiciado, cuanto que era discutido con mayor interés. El párroco de San Nicolás debido a sus privilegios parroquiales triunfó sobre los demás, y María des Vallées fué inhumada «en la capilla de San José, al lado de la Epístola, entre la balaustrada y la primera columna* (48).

IV

En torno al sepulcro de María des'Vallées.

§ 1

Difícilmente se resignaba el Santo a ver #al Seminario desposeído de un bien que la Providencia le había destinado*. Por eso, todas cuantas veces se presentaba la ocasión, no dejaba de comunicar su pena a sus amigos. Hablando un día con el Presidente de Langrie sobre estos hechos, le preguntó de pronto éste: «Pero, Padre mío, ¿lo quiere usted de verdad? Déjeme obrar» (49).

Estas palabras en la boca de aquel hombre no eran vanas. Pronto se originó un verdadero drama en pequeño, como con excesiva frecuencia se desarrollaron en esta época, a favor de los conflictos de jurisdicción que se producían. M. de Langrie
(48) COSTIL: *Annales, I, p. 302.*
(49) *Ibid.*

fué, como fácilmente se comprende, el *deus ex machina; los* documentos de aquel tiempo nos permiten seguir todas las peripecias.

El Presidente en persona estaba interesado en el total éxito del audaz plan que había formado y que él mismo iba a poner en práctica. ¿No había prometido a María des Vallées proveer a su inhumación en la capilla del Seminario, como en vida había atendido a su subsistencia y mantenimiento? (50). Se lo habían impedido circunstancias ajenas a su voluntad, pero para él este compromiso seguía'siendo sagrado.

Por consejo suyo, Juan y Nicolás Capolain, herederos de la santa difunta, presentaron el 20 de octubre de 1656 una instancia en forma legal, ante la sala de Audiencia del Parlamento de Rouen, que tuvo por resultado una orden de traslado del cuerpo de María des Vallées, de la iglesia de San Nicolás a la del Seminario (51).

La ejecución de esta orden podía tropezar con múltiples oposiciones, las cuales era necesario prevenir obrando con
toda la prontitud y discreci ' ón posibles.

M. de Latigrie acudiO a Coutances con uno de sus hermanos y cierto número de caballeros conveñidos con él en el complot, a los que distribuyó por pequeños grupos en varias casas de la ciudad. Él mismo se hospedó en el hotel de Juliana Lherinite, viuda de Leonardo Ennault. El golpe de mano estaba fijado para el 4 de noviembi!e, al toque del *Angelus* por la mañana.

Mas dejemos a uft testigo, Margarita Blondel, hermana del sacristán, que como de costumbre se había dirigido a la iglesia para abrir la puerta, referírnós esta singular escena:

<~Cuando llegué a la iglesia, a la que entré por la puerta pequeña-dice en su declaración--- me siguieron varios forasteros armados con espadas, fusiles y pistolas. Al mismo tiempo sonaron golpes en la puerta grande, lo que me obligó a abrirla. Habiéndola abierto, vi a unos cincuenta o sesenta hombres. armados. Algunos entraron con linternas y velas encendidas. Con los hombi- es venía la llamada Blanchet y otra mujer. Pasaron a la capilla de San José. La Blanchet puso ~ un pie sobre la tumba de María des Vallées y dijo a los que la seguían:, ésta es. Tres jornaleros desconocidos se pusier¿n a cavar en el lugar de la sepultura. Entonces yo me retiré al bajo de la iglesia, donde estaba el sacerdote Delisle y . otras personas» (52).

(50) Bibl. Nac., n.' 11.949, p. 9-10. (ADAM, P. 313.) 10 (51) *Ibid., p.* 29. *(Ibid., p.* 314.)
(52)*Ibid., p.* 20. *(Ibid., p.,* 314-S.)

Los trabajos de excavación, rápidamente ejecutados, pusieron al descubierto el precioso ataúd, objeto de tan insólitas pesquisas. Estaba en perfecto estado de conservación, haciendo innecesario el que.se había llevado como medida de precaución. Inmediatamente-dice Costil-se descubrió el cuerpo, para no caer en el error, que pronto se divulgó por obra de M. de Langrie, de que se habían llevado el cuerpo de un sargento y no el de la Hermana María des Vallées. Aunque había permanecido diez meses en la tumba, todos los asistentes sintieron embalsamado el aire por el olor que e:lhalaba, lo que M. de Langrie y su hermano no podían comprender. En un principio lo atribuyeron a las esencias de sus pelucas o al olor de sus guantes, y se los quitaron; pero persistiendo el mismo olor, no dudaron, y aun se convencieron más cuando vieron el cuerpo incorrupto, con el rostro lleno y sin más que una pequeña negrura debajo de un ojo. Se volvió a cerrar en seguida, y lo llevaron al Seminario, donde al

abrir el ataúd se dejó sentir el mismo-olor, percibido también por algunas personas al atravesar las calles que allí les condujeron. Inmediatamente se voltearon todas las campanas, se cantó el Oficio y la Misa solemnes siguiendo el uso de la diocesis, y se la inhumó en la iglesia, cerca del púlpito. Posteriormente se le trasladó al lugar en que. reposa actualmente, es decir, cerca de la puerta principal, al entrar, a mano derecha» (53).

El éxito había sido completo: con ello M. de Langrie daba entera satisfacción a su amigo el P. Eudes y cumplía la obligacion que contrajera con la santa difunta.

§ 2

Sea por evitar complicaciones, o por desconocimiento involuntario del Derecho canónico, M. de Langrie había cometido la falta

(53) COSTIL: A *nnales, 1, p.* 302. Por orden de Mons. Guérard «han sido exhumados, examinados y transferidos definitivamente a la catedral de esta ciudad los restos venerados de la santa de Coutances, el 4 de agosto de 1919. *La Semaine Religieuse* (7-VIII-1919) de dicha diócesis ha referido Con toda clase de detalles esta ceremonia, y termina con la expresión del siguiente deseo que hacemos nuestro: <qQuerrá Dios glorificar ahora a María des Vallées como lo hizo antaño? Lo esperamos». Él le prometió: «Yo te concederé y te daré un poder absoluto sobre los hombres y los cuatro elementos... Un día se honrará a mi esposa: Mi kvina bondad ha suspendido varios efectos de mis promesas que se cumplirán a su tiempo».

de realizar este traslado sin el conocimiento de M. Bazire, Vicario general de M. Auvry, ausente entonces de su sede episcopal, Este desliz jurídico de M. de Langrie, tomó para Bazire proporciones inverosímiles. Vió en ello u , n *casus belli, y respondió* en forma difícilmente conciliable con la amistad y estima que en el pasado le vimos profesar al Santo y a sus obras. Trató de hacer pasar a María des Vallées por una persona que, en unión de su director, se había dejado engañar y seducir por las ilusiones del demonio *(54).* La acusación era grave. M. Bazire recurrió para sostenerla a procedimientos incalificables. Basándose en un escrito de autenticidad más que dudosa *(55),* sometió a la oficialidad diocesana, de la que era presidente, el asunto que quería llevar a su gusto y conducir a sus fines. Por un manuscrito de la Biblioteca Nacional conocemos las diferentes informaciones que recogió en esta ocasión *(56).* Confirman todos los detalles dados sobre el traslado del cuerpo de María des Vallées, el olor suave que exhalaba, su estado de perfecta conservación *(57).*

Y añaden otros pormenores interesantes:

<iEl lunes, 13 de noviembre de 1656-leemos en el acta de lasdeelaraciones-, M. Juan Frérot, alguacil de Coutances, de cuarenta y dos años de edad, dice ser rumor general que habiendo sido depositado el cuerpo de María des Vallées en la iglesia de los Padres Misioneros, se abrió el ataúd y la difunta señaló con su mano el sitio donde quería se la enterrase en dicha iglesia* (58).

«El mismo día, M. Guillermo Guenon, sacerdote, párroco de Vaudrimesnil, de unos cincuenta

años de edad, declaró que había oído decir hacía cuatro o cinco meses, según p'blico rumor, que los Padres de la Misión establecidos en Coutances habían dicho que la difunta María des Vallées era una santa, y que también había oído decir que a instancias suya, hacía ocho o diez días, el cuerpo de la citada Hermana María inhumada en la iglesia de San Nicolás, había sido exhumado y transportado a la iglesia de los citados Padres de la Misión, donde había sido nuevamente inhumada, y que del citado cuerpo se despren día un olor muy suave y que los citados Padres de la Misión habían tenido revelaciones de la santidad de la difunta* (59).

(54) COSTIL: *Annales, I,* p. 353.
(55) *Ibid.*
(56) BOULAY: III, p. 141; ADAM, p. 321.
(57) Cfr. las declaraciones de Claudio Millet (Bibl. Nac., n.' 11.949, P. 15), de Francisco Guenault *(¡bid.,* p. 16), de
Nicolás de Pileur *(¡bid.,* P. 18), en ADAM, p. 321 ss.
(58) ADAM, p. 322. (59) *Ibid.*

No entraremos en los pormenores de los incidentes provocados por este proceso interminable. Desgraciadamente para él-y felizmente para la querida memoria que impugnaba de manera tan indigna---cegándose M. Bazire por su resentimiento y por su deseo de triunfar a toda costa, no había contado con la fiel amistad de M. Auvry con el P. Eudes. El Obispo de Coutances, lejos de participar de las' intenciones de su vengativo Vicario, avocó *la* causa de María des Vallées ante sí, reservándosela, y prohibiendo a todos conocer en el futuro en este asunto y anejos a él *(60).*

No obstante, M. Bazire no se dió por vencido. Empezó por vengarse de este contratiempo organizando contra los misioneros una pequeña y pérfida campaña, que no honra a su carácter. Después, tomando con audacia la ofensiva, se esforzó por conseguir que' la Sorbona, apoyara su miserable querella. También allí M. Auvry frustró todos sus Cálculos. M. Bazire, perdiendo todo sentido de moderación, llegó a escribir a su Obispo cartas que le valieron esta picante llamada a las formas debidas:

«Gozáis de fama entre cuantos os conocen tan bien como yo os conozco de no retractar nunca vuestros parececes, lo que hace juzgar que os preciáis tanto de vuestra opinion, que os parece debe prevalecer sobre la de todos los hombres. No esperaba por lo tanto haceros confesar que habíais errado con vuestro proceder, pero cuando reflexiono sobre lo mal que os conducís a mi respecto-y particularmente en lo que me afectaba más sensiblemente-, veo que debíais por vuestro honor mostrar el reconocimiento que, debéis a todas las bondades de que fuisteis objeto por mi parte. No obstante, nunca un solo acto de este deber ha sido digno de tal estimación, y sólo habéis dado a conocer por excelencia que mis intenciones, aunque muy equitativas, eran siempre diferentes de las vuestras, por yo no sé qué sentido que os es particular y que habéis visto la mayoría de las veces lograr el éxito en mi favor y contra vuestras singulares especulaciones. En conclusión, ahora se trata del asunto de María des Vallées, sobre el que os repito que-sin tener en cuenta el tiempo que ya dura, desde su'iniciación hasta el momento presente-os habéis conducido más por pasión que por razón. Deseo que no os mezcléis en él de ninguna forma, y después de vuestras memorias particulares y el escrito de la difunta qi~e habéis enviado a la Sorbona, es conveniente que yo sepa mas de cuanto.sé sobre este punto del que nadie puede ni debe ser juez sino yo. Y, cuanto ordene, lo haré con tanto conocimiento de causa, que tengo la certeza de que vos seréis el único de la Sorbona que tenga algo que censurar» (61).

(60) Bibl. Nac., n.' 11.949, p. 26-7 (ADAM, p. 327). COSTIL: ***Annales, I,*** pág. 353.
(61) ADAM, P. 328; COSTI, I, p. 354.

Como esta carta no surtiera efecto, M. Auvry volvió a insistir y en otra de 6 de julio de 1658, reiteró a M. Bazire su voluntad expresa de ser él mismo quien arreglara la cuestión pendiente:

<xOs repito por última vez, que deseo ser yo el juez en el asunto de María des Vallées, y que-si los míos no me pernúten ir a mi diócesis-lo terminaré aquí en poco tiempo, donde, si vos mismo deseáis traer. todas las memorias e informes que habéis hecho sobre este asunto, podréis Ser testigo ocular del procedimiento que seguiré; de la elección, calidad y experiencia de las personas que he de llamar para examinarlo en todas sus circunstancias y del verdadero afecto y gran celo que tengo para que aquellos que afirmáis han sido objeto de engaño, sean desengañados. Enviadme, pues, todas vuestras memorias, en caso de que vuestra salud no os permita traerlas personalmente. Estimo, sin embargo, que sería conveniente que estuvieseis presente y os tomaseis la molestia de venir de vuestro tribunal a éste, para informaros mejor y más plenamente» (62).

§ 3

M. Auvry convocó para el 28 de agosto la asamblea que hqbía de terminar la agitación suscitada a propósito
de la, tumba de María des Vallées. «Estaba compuesta por tres doctores de la Sorbona 4 Morel, Cornel y Ségnier,
canónigo teólogo de la diócesis de París-; el Abate BlampignQn, considerado a la sazón como muy entendido en
estas materias, y dos Padres jesuítás-Boucher y Hayneuve-, especialistas en teología mística» (63). Partidarios y
adversarios de la santa mujer comparecieron ante este distinguido areópago. M. Bazire dirigía personalmente. el
ataque y el P. Eudes y MM. de Montaigu y Blouet de Camilly llevaban la defen sa.

La lucha fué dura por ambas partes: argumenito~ históricos, teológicos y místicos se sucedieron sin descanso y entrechocaron con fuerza en este torneo en campo cerrado y de nuevo género. M. Auvry, que lo presidía, no pudo resistir al deseo que le impulsaba a dar testimonio «de la justicia y de la verdad».

«En varias ocasiones tuve oportunidad de ver a la Hermana Mal ría-declaró-recibiendo siempre gran
edificación, porque reconoc! en ella una gran humildad, obediencia, paciencia, sinceridad, desprendimiento de sí
misma, de sus. intereses y de todas las
(62) ADAM, *p.* 328; COSTI, I, *p.* 354.
(63) COSTIL: *Annales, I, p.* 355.

cosas del mundo, y todas las demás virtudes. Confieso que *al* entrar'en la asamblea no tenía intención de hablar como lo *hago,* por el contrario, vine con la firme resolución de no decir nada, sino solamente oír vuestros pareceres, para pronunciar a continuación mi, juicio, en confonnidad con vuestra opinión. Pero me siento impelido a decir lo que he dicho, y pongo a Dios por testigo de que no es por ningún afecto particular por la difunta, ni por el P. Eudes, ni por los misioneros, sino para dar lo que debo a la justicia y a la verdad» (64).

Después de esta declaración, el resultado del proceso era claro. Diez días más tarde, el 14 de

septiembre, M.
Auvry dictaba sentencia rechazando todas las pretensiones de M. Bazire, y proclamaba la perfecta rectitud de María
des Vallées y de su director (65). 1

Dos meses más tarde intentó nuevamente M. Bazire resucitar este asunto tan desgraciado para su amor propio resentido y su odio no satisfecho. Pero M. Lesseville--que desde el 8 de septiembre reemplazaba en la sede de Coutances al dimisionario M. Auvi---y y que compartía la estima de su predecesor hacia el P. Eudes-no quiso volver a plantear un debate estéril, que ya había durado demasiado tiempo, y cuya única finalidad era, en realidad, satisfacer un mezquino rencor personal. Así quedaron las cosas hasta la asamblea provincial de Meulan celebrada en 1674, bajo la presidencia de M. de~ Champvallon, Arzobispo de Rouen, en la que los Obispos reunidos tributaron un magnífico y último homenaje a la ortodoxia y virtud del P. Eudes, en todo el asunto de María des Vallées (66).

Se ha creído poder decir de la ~<santa de Coutances* que había sido «la flor de la vida del P. Eudes». «Flor rústica, flor de perfumes poco enervantes, flor del Calvario*, comenta H. Joly, que consigna el dicho (67).

En realidad, esta humilde mujer en nada se asemeja a las grandes religiosas, tan numerosas en esta época que, salidas de familias aristocráticas o pasando incluso de los escalones del ,trono a encerrQirse tras de las rejas de un claustro oscuro, «han conservado bajo el sayal y bajo lbs instrumentos de~penitencia
(641 COSTIL, 1,.p. 358.
(65) La sentencia se puede ver en COSTIL *(¡bid),* cuyo relato sobre esta cuestión hemos resumido. Él tuvo a su disposición una relación del mismo P. Eudes.
(66) ADAM, p. 344.
(67) H. JOLY: 10C. Cit., p. 96.

una gran parte de su gracia y de su arrogancim. Al lado de un «Santo rudo» del temple del P. Eudes, la ruda y austera María des Vallées, lejos de desentonar, ocupa el puesto que le corresponde.

Sus dos vidas, tan diferentes en lo exterior, coinciden en su fondo, por los principios comunes que las informan, los intereses comunes a cuya defensa se consagraron y su influencia recíproca.

Ambas se beneficiaron de la sólida y santa amistad que las unió tan íntimamente. María des Vallées le debe su total florecimiento, el haber alcanzado su madurez espiritual al pie de la cruz, donde-flor del Calvario-había brotado. El Santo encontró en ella el más suave consuelo, los magníficos escanipados de su penosa carrera apostólica, en que las alegrías fueron raras y las penas muchas y duras, y que, en la época de la muerte de María des Vallées, se encamina hacia un declinar ensombrecido cada día más bajo el peso de las pruebas con que se vió marcado.

CAPITULO IX

LOS úLTIMOS AÑOS

1660-1680

La historia de las diversas obras de San Juan Eudes, llena de peripecias dolorosas, no nos ha: alejado de su historia personal. En realidad, ésta desborda a aquélla. ¿No fué el Santo el alma de las obras tan originales, creadas por su celo y animadas por su espíritu? ¿No fué su actividad infatigable en sus numerosas inanifestaciones, la irradiación de su vigorosa personalidad? Por eso cada una de las páginas que hasta ahora hemos escrito añaden un rasgo a su fisonomía expresiva en la multiplicidad de sus aspectos y la riqueza de susnotas integrantes.

Reanudemos la trama de nuestro relato, con frecuencia interrumpido en apariencia, y sigamos año tras año hasta su muerte, a aquel cuya vida ha discurrido entre nosotros a través de las diversas creaciones de su entusiasmo apostólico (1).

En 1643 (2) le hemos visto penetrar por el camino del Calvario; por él le hemos acompañado de estación en estación. Cuanto más se aproxima al término, más dolorosa se hace la subida y la cruz grava más sus hombros cruelmente martirizados. Una rápida ojeada a su *Memorial* desde 1660 a 1680-período de su vida que ahora abordamos- nos permitirá jalonar el camino que vamos a recorrer.

A partir del artículo 64 (3), casi se convierte en una desgarradora letanía del sufrimiento, en que el Santo evoca con piadosa resignación el recuerdo de las duras pruebas que entristecieron sus últimos años y le condujeron hasta el final de su vía crucis.

La lógica de los hechos, a la que se acomoda muy bien el orden cronológico, ~nos permite dividir. este capítulo en tres par

(1) Reanudamos el relato a partir de los años siguie ntes a la muerte de María des Vallées, para no omitir detalle alguno interesante en la vida del Santo.
(2) Cfr. supra, p. 78 ss.
(3) O~res, XII, p. 120.

tes que denominaremos respectivamente: camino del Calvario (1660-1670), la cumbre del Calvario (1670-1675) y consumación (1675-1680).

Camino del Calvaria.

«Mi querido Hermano-escribía el Santo a 4 de marzo de 1660-, las cruces me vienen de todas partes. Si Dios no me sostuviera me encontraría abrumado. Desde hace poco soporto

~las más pesadas y sensibles que he tenido» (4).

Situemos esta carta en su cuadro histórico.

En 1660, merced a los esfuerzos ya conocidos, logró el P. Eudes establecer y sostener *los* Seminarios de Caen, Coutances, Lisieux, Rou.en. Nuestra Señora de la Caridad casi ha franqueado los recodos más peligrosos de *su* historia. En Roma, M. Boniface, con celo más emprendedor, quizá, que inteligente, prosigue las negociaciones cuyo resultado no respondería a sus esperanzas. En, París, las célebres misiones de Quinze-Vingts y de SaintGermain-des-Prés contribuyeron a aumentar la reputación del gran mísionero. Su apostolado nunca había sido más intenso ni más fructífero. Los sufrimientos que de todas partes se abatieron sobre él, fueron, sin lugar a duda, su providencial rescate. Los sintió tanto más, cuanto que alcanzaron a sus más queridos hijos y amigos más abnegados.

<iVuestra enfermedad me impresiona sensiblemente-escribe a M. Hubert en 1661- Tenéis una cuartana en el cuerpo y yo tengo tres en el corazón: la vuestra, la de nuestro hermano M. Jourdan, la del hermano Andrés, con la terciana de nuestro queridísimo M. Blouet, y todos los males de nuestro queridísimo M. le Mesle, y de todos nuestros hermanos» (5).

Leyendo estas líneas que nos revelan la delicadeza y ternura -lel Santo se creería oír un eco del *Quis infirmatur i et ego non infirmor?* de San Pablo. Olvidadizo del propio dolor sólo piensa en consolar el ajeno. En cuanto se,entera de la enfermedad de
(4) *Oeuvres, X, p.* 436. (5) *Oeuvres, X, p. 145.*

M. de Camilly, se apresura a escribir a la que 1 lama su «hija mayor» una carta en que se manifiesta, con *su* fe, todo *su* afecto hacia ella y hacia «el querido hermano del corazón». He aquí algunos parrafos:

<Quiera Dios, mi queridísima hija, que pueda responderos en esta ocasión de la'enfermedad de nuestro queridísimo y amado hermano, lo que el Seflor respondió a Santa Marta y a Santa Magdalena, que había hecho llegar hasta él lo que ahora me escribís: Aquel a *quien amas* está enfermo, hablando de su buen hermano Lázaro. Quiera Dios, digo, que os responda: Esta *enfermedad no* es mortal. Mas porque las divinas palabras permanecerian sin efecto en mi boca, y que al Seflor es a quien os dirigís al decir a quien ocupa su puesto aunque infinitamente indigno: Aquel a *quien amas* está enfermo, le pido de todo corazón, por la grandísima bondad en cuya virtud dió la citada respuesta a las hermanas de Lázaro, os la repita también, y os diga: Esta *enfermedad no* es mortal.

Cualquier cosa que suceda, mi querida hija, no dejarán de cumplirse estas santas palabras para nuestro queridísimo enfermo, constituyendo un maravilloso motivo de consuelo, pues no hay muerte para los verdaderos hijos de Dios... Yo soy la resurrección y la vida-dijo el Señor a Santa Marta-, quien cree en *Mí, aunque hubiere* muerto vivirá, y todo aquel que vive, y cree en *Mí* ,no morirá para siempre. Consolémonos, mi queridísima hija, ante estas grandes verdades, y en el recuerdo de lo que nos dijo nuestro Salvador.

Es verdad, os lo confieso, que aunque esto modera mucho mi dolor, no'impide que mi corazón esté muy afligido al saber a nuestro pobre y querido hermano del corazón, M. de Camilly, en ese estado, y a vos, mi querida hija, junto con todos los vuestros, en la angustia en que os encontráis y en el peligro de caer enfermos de estas peligrosas enfermedades. Ruego a mi Jesús, con todo mi corazón, os conserve. De todas formas, no sea según mi voluntad, sino la suya.

Me parece ver, por vuestra carta, que el Señor ` pone en vuestro corazón, mi buena hija, las disposiciones que en él
deben existir en esta ocasión. Esto me consuela mucho. Se lo agradezco infinito, y le suplico os lo conserve y aumente

para su gloria; pues nunca es tan glorificado por un alma como en la aflicción llevada cristianamente. Tratemos, pues, de
hacerlo, mi queridísima hija, tomando las que nos da de su mano, y sobrellevándolas con toda la humildad, la
resignación y el amor que nos sea posible ... * (6).

El mismo día en que el Santo escribía esta carta, 18 de octubre de 1661, fallecía M. de Camil1y. Inmediatamente, por el primer correo, transmite a *su* viuda la expresión emocionada de *su* paternal simpatía y de *sus* religiosos consuelos:

(6) *Oeuvres, XI, p. 77-8.*

<¡No me detengo a deciros, mi queridísima hija, mi aflicción y mi angustia, pues es indecible. Ciertamente conozco bien por experiencia que vuestros dolores y vuestras angustias son mis dolores y mis angustias.

Recibí vuestras cartas el sábado, después de haber salido el correo, así que no os pude escribir hasta hoy, lo que aumentó la pena de estar tanto tiempo sin daros algunos pequeños consuelos.

Dios mío, mi querida hija, cuán grande es mi aflicción y angustia, al no poder estar con vos, y asistiros en estos momentos. Pero esta es la voluntad de Dios quien dispone y gobierna todo con bondad infinita para nosotros y para nuestro bien. ¡Sea pues alabada, bendecida y adorada eternamente en todas sus órdenes! Nunca hemos tenido, mi queridísima hija, ni tendremos, quizá, mejor ocasión para glorificar a Dios, y hacernos agradables a su divina Majestad. No la dejemos pasar sin hacer de ella el uso más santo posible*.

Y como en a;quel momento, Mme. de Camilly se encontraba enferma de cuidado, el Santo la prodiga juiciosos consejos «tanto para el interior como para lo exterior» (7).

Como le llegasen noticias tranquilizadoras sobre la salud de su «hija mayor», se apresura algunos días después a participar su alegría a la enferma:

<d)oy infinitas gracias al Señor y a su Santísima Madre, por vuestra salud, mi queridísima y buena hija. Al saberlo experimenté un gran consuelo. Sí, mi queridísima y única hija, os «escribiré gustoso con frecuencia; pues como vuestras cartas siempre me sirven de consuelo, también es para mí un consuelo el escribiros. ¿Pero qué os diré, mi buena hija, para consolaros en vuestra aflicción, la mayor de cuantas habéis tenido y quizá de cuantas tendréis?

Os diré lo que a mí me digo: ¿no es la voluntad divina de Dios la que dispone y ordena todo cuanto sucede en este mundo? Sí, sin lugar a duda. Esta adorable Reina, ¿no es infinitamente sabia, infinitamente poderosa e infinitamente buena para saber, para poder y para querer conducir todo cuanto nos sucede, hasta en las mínimas cosas y circunstancias, de la forma más ventajosa para la gloria de Dios y bien nuestro? , Sí, cierto. Siendo esto así, es una cosa infalible, que lo que nos ha sucedido es para la mayor gloria de Dios y bien nuestro.

¿Xos afligiremos por una cosa en la que Dios es glorificado, y que sucedió por su infinita bondad para con

nosotros? Consolémonos, mi única hija, y no nos entreguemos más a la desolación; sino consolémonos porque,
sabemos que nuestro queridísimo hermano del corazón, M. de Camilly, figura entre los que verán la faz del Padre celestial
y le amarán y le bendecirán por toda la eternidad.
(7) Oeuvres, XI, pp. 79-85.

Alegrémonos también, mi querida hija, porque esta vida es corta, y pronto, por la &vina misericordia, le veremos, y juntos alabaremos eternamente a la divina Bondad, por todos los favores que nos ha concedido. Obedezcamos a la voz del Espíritu Santo que nos dice: *Llorad poco por el difunto,* puesto que ya descansa, Habla del que ha vivido en el temor de Dios, como nuestro querido difunto; pues hablando del malvado dice: *Llorad siempre.* Sí--- sería necesario llorar eternamente y con lágrimas de sangre, a los que no vivieron como cristianos, pero, porque vivió y murió cristianamente, hemos de hacer lo que Dios dice: *Llorar poco.*

Os conjuro, pues, mi qufridísima y buena hija, moderéis vuestras lágrimas y limitéis vuestro llanto...» (S).

Mme. **de Camilly tardó algo en responder, inquietando al**

Santo:

«¿Qué hacéis mi pobre y querida afligida? ¿Qué hacéis? ¿En qué estado os encontráis ahora? ¿No tratáis de moderar vuestro dolor?, Escribiditie algo sobre vuestras disposiciones, mi querida hija. Me parece que hace mucho que no recibo vuestras queridas cartas. A todas horas pienso en vos, mi única hija, y continuamente llevo vuestras penas en el corazón.

Pero si no somos dueños de nuestros sentidos, en una angustia tan amarga, tratemos, mi qüeridísima y buena hija, de elevar con frecuencia el espíritu hacia nuestro Padre celestial, para decirle las santas palabras que su divino Hijo, nueStro adorabilísimo Schor, le dirigió en el dolor más profundo y abrumador de cuanto~ han existido y existirán y así entreguémonos al espíritu de sumisión, de resignación y de amor con que fueron pronunciadas por el divino Salvador: - *Pater, non mea, sed tuavoluntas fiat.* Digamos y repitamos a menudo estas santas palabras, como asimismo las que brotaron de su Corazón: *Ita, Pater, quoniam sic placitum fuit ante te.* Sí, mi buenísimo Padre, que hacéis todas las cosas con sabiduría y bondad infinita, yo quiero cuanto Vos queréis, y lo quiero porque tal es vuestro 'agrado. Vos fuisteis quien me dió a mi esposo, Vos me lo habéis quitado. ¡Bendito sea vuestro santo nombre! Os lo doy y os lo sacrifico en toda la extensión de mi voluntad, a pesar de todos los sentimientos y repugnancias de la naturaleza, y os quiero decir lo que uno de vuestros siervos en semejante ocasión: puesto que ha sido vuestro agrado llamarle a Vos, si bastara dar un cabello de mi cabeza para resucitarle, con vuestra santa gracia no lo daría* (9).

Aún lloraba el Santo la muerte de M. de Camilly, cuando otro duelo vinda oprimir su corazon:
(8)~ Oeuvres, XI, p. 86-7. (9) Oeuvres, XI, pp. 89-90.

«Mucho sufro-escribe a M. Manchon-por la muerte de M. de Camilly, y aún más por la de M. le Mesle, uno de nuestros mejores hermanos, de los más útiles y afectos a nuestra Congregación ... » (10).

La triste necrología se prolonga. El *17* de diciembre, M. Jourdan, otro de sus mejores hijos, de los más amados, también fallece. Nuevo grito de dolor se escapa de su corazón herido:

«Mi queridísima y buena hija:

¡La divina voluntad sea nuestro gobierno en todas las cosas y nuestro único consuelo en todas nuestras aflicciones!

Para mí ésta es sensibilísima, y me causa gran dolor (11); pero adoro, bendigo, amo de todo corazón la adorable y amable voluntad de mi Dios, que debe ser para nosotros infinitamente más querida y, preciosa que todas las vidas de los ángeles y de los hombres, aunque fuesen nuestras.

El estado de nuestro amadísimo M. Blouet es otra pena que me embarga el corazón. Le suplico no omita nada de cuanto pueda hacer por su salud ... » (12).

Anunciando a uno de sus sacerdotes la muerte de M. Jourdan, casi en idénticos términos que a Mme. de Camilly, afiade:

«Si me dejara arrastrar por mis sentimientos, gritaría con dolor y con lágrimas: Siccini separat amara mors? Pero teniendo presente la santa, sabia y buena voluntad de Dios, grito desde lo más profundo del corazón: Ita Pater iuste; ita, Pater optime, quoniam sic placitum fuit ante te* (13). -

En el año 1663 siega la,muerte más vidas alrededor suyo, privándole golpe tras golpe, del Presidente de Langrie, con quien le unía estrecha amistad (14), y de M. Manchon, uno de sus más queridos operarios de primera hora. El Santo anotó en *su Memorial* con los siguientes términos la impresión dolorosa que le produjo la desaparición de este último:

«En el aflo 1663 Nuestro Señor y su Santísima Madre nos hicieron un don precioso al darnos una gran cruz, con la gracia de toina`rla de sus manos y soportarla con entera sumisión a la adorable voluntad de Dios. Ha sido la muerte de nuestro queridísimo Hermano, M. Manchon, fallecido en Rouen el 6 de febrero, con las disposiciones más santas que se pueden desear» (15).

(10) OeuvYes, X, p. 447.
(11) Se refiere a la muerte de M. Jourdan.
(12) O~res, XI, p. 91-2. Carta a Mme. de Camilly.
(13) O~res, X, p. 447.
(14) COSTIL: Annales, I, p. 375 ss.
(15) Mémorial, 71. (Oeuvres, XII, p. ~122.)

§ 2 '

El Santo no tuvo ni siquiera el austero consuelo de llorar en paz a los que le arrebataba la muerte. Mientras a su alrededor se multiplicaban los duelos, descargaba sobre su cabeza~ una espantosa tempestad que venía formándose desde hacía tiempo:

#Hacia fines del año 1659-leemos en su Memorial-y a comienzos de 1660, permitió Dios que yo fuese despreciado, difamado y calumniado de forma extraordinaria: afligiéndome muy poco, casi nada, por gracia especial de la divina Bondad, por lo que siempre sea alabada y glorificada...

En los años 1661 y 1662 me concedió Dios la gracia de darme grandes aflicciones, causadas en parte por las maledicencias y calumnias del mundo, en parte por personas que me eran muy queridas, y que me produjeron, por espacio de varios meses, los dolores y angustias más sensibles que he sufrido en toda mi vida* (16).

Su mejor comentario será la exposición pura y simple del conjunto de hechos a que se refiere en este pasaje del *Memorial.*

En varias cicasiones sefialamos el antagonismo irreductible que oponía al P. Eudes y a los jansenistas. En el fondo de las dificultades sin cuento que le habían suscitado en Roma, París y Caen, pudimos descubrir, sin gran trabajo la mano de estos sectarios trabajando en la sombra para contrariar todos sus proyectos. Sin embargo, hasta el momento que ahora consideramos, sólo se habían librado encuentros parciales. A partir de **1660, los** jansenistas se arrancaron la máscara y declararon a quien para ellos era enemigo jurado una guerra abierta, despiadada y mortífera.

El Santo era adversario suyo sin lugar a duda. «Intransigente sobre la doctrina, pide por aquellos que se han dejado arrastrar por este error, pero les persigue, prohibe a sus sacerdotes toda comunicación con ellos, pues son causa de infección para el alma: *sermo eorum ut cancer serpit» (17).* Declara serles más opuesto «que el fuego al agua»; y hallarse del jansenismo a una distancia «como la que separa el cielo del infierno» (18). La vista de un partidario declarado de Port-Royal le hace perder la sangre

(16) Mémorial, 64 y 68. (Oeuvres, XII, p. 120-1.)
(17) O~res, X, p. 425; BOULAY: III, pp. 255, 268; COSTIL: A-nuales, I, p. 337.
(18) COSTIL: 1, p. 337-8.

iría (19); excita contra él a las autoridades, especialmente a la reina madre (20). Uno de sus adversarios, Hermant, refiere cómo predicó ante ella en septiembre de 1660. «Tomando el Santísimo Sacramento en la mano, dirigió la palabra a esta princesa, la alabó por su celo por haber dado tan buen comienzo a la extirpación de la nueva herejía y la exhortó a continuar, con todo el furor de un hombre que sólo respira la muerte y la sangre de sus hermanos, sin inquietarse por atraer sobre sí los suplicios destinados a los que oprimen a los inocentes» (21). Se ha podido decir (22) con razón que el P. Eudes «era a quien más odiaban los innovadores» (23).

Como se recordará, una primera escaramuza hizo chocar al Santo y al fogoso cura de Aulnay, Carlos Duiour (24),
quien se obstinaba en hacerle responsable de una pretendida afrenta que le habían hecho las ursulinas. En todo este
asunto, la historia (25) se pone sin, dificultad de parte de éstqs buenas madres que «habían preferido el honor de Dios a
sus intereses» (26). Tal fué la sentencia de los tribunales de la época. «La causa se ha visto concluye Souriau-. Las
ursulinas la han planteado, finalmente, ante la justicia real y ante la jurisdicción eclesiástica. En consecuencia, el
jansenismo está derrotado con Carlos Dufour... El jansenismo, siguiendo la táctica - de las. *Provinciales,* va a apelar
a un tercer poder, llevando la causa ante la opinión pública* (27).

Recientes sucesos desarrollados en VErmitage les proporcionaron la ocasión. Dejemos al mismo M. Berniéres informarnos sobre la idea motora de la creación del grupo conocido con

(19) MONTIGNY: *Vie du P. Jean Eudes,* París, 1827, *pp.* 571, 575.
(20) *Ibid., p.* 359-62.
(21) HERMAUT: *Mémoires sur Vhistoire ecclésiastique du XVIIe siéc1e* (1630-63), París, 1905-10, IV, *p.* 481.
(22) MONTIGNY, *p.* 549-54.
(23) SouRiAu: *Le mysticisme, en Normandie au XVIIe siéele, p.* 161 *ss.* Permítanos Souriau indicar la equivocación en que incurre cuando en su obra, tan interesante como documentada, cree poder escribir: «He llevado hasta la nimiedad mi preocupación por penetrar en *sus* hábitos espirituales, hasta en sus manías, diciendo como ellos *señor Eudes (p.* 31). Esta misma preocupación, llevada también hasta la nimiedad, nos hace decir que amigos y adversarios del Santo le designaban bajo el nombre de *Padre Eudes».* Salvo olvido por nuestra parte, no recordaMos haber encontrado ni un *solo señor Eudes* en todos *los* documentos que hemos examinado.
(24) Cfr. *supra, p.* 131-2.
(25) Magistralmente expuesta por SOURIAU, *loc. cit.,* cap. *IV: Dulour et les Ursulines (p.* 315 ss.).
(26) *Vie de Jourdaine de Berniáres, p.,* 139, en SOURIAU, *p.* 323.
(27) SOURIAU, *p.* 332.

este nombre, del que fué fundador y jefe indiscutible durante su vida: 1

«He encontrado-escribe a un amigo el 4 de julio de 1645cinco o seis personas de rara virtud, extraordinariamente inclinadas a la meditación y a la soledad, que desean retirarse a algún eremitorio, para allí terminar su vida... Djesearía mucho poder servirles en esto puesto que nosotros sentimos gran atracción por este género de vida que ellos emprenden, sin querer multiplicarse ni aumentar de número, incluso en caso de muerte... Todos los espíritus no serían capaces de tales cosas

... » (28).

La idea no había tardado en tomar cuerpo. Nada tan edificante como la vida llevada por aquellos eremitas modernos: «Yo puedo asegurar con sinceridad-afirma Boudon-que habiendo tenido la gracia de pasar allí dos o tres meses, nunca oí otras conversaciones fuera de las de la meditación. Allí no se hablaba de otra cosa, tanto durante la recreación -como en cualquier otro tiempo y, en verdad, era ésta la recreación más apacible de aquel santo lugar; y lo verdaderamente maravilloso: nunca se cansaba uno. Allí se pasaban los días, los meses y los años, hablando siempre de la misma cosa, que siempre parecía nueva. Era quésólo tendía hacia Dios, único lugar de nuestro verdadero reposo. Ningún acceso encontraban allí las discusiones del mundo, las noticias de la tierra. No había ningún ejercicio de piedad reglado, porque la meditación perpetua era toda su ocupación. Se madrugaba mucho, y durante todo el día era una constante dedicación a Dios» (29).

Tal santidad de vida no podía dejar de ser brillante, de trazar una estela luminosa que otras almas se sentirían impulsadas a seguir. Pronto fué FErmitage una especie de centro de reunión al que afluyeron con presteza personajes ilustres por sus eminentes virtudes. Nuestro Santo fué de este número. V-ncontró en FErinitage, para sus ideas y queridas devociones, un ambiente de los más simpáticos y acogedores.

«Al principio---escribe Souriau (30)-se puede decir que Juan de Bemiéres es su más decidido colaborador. L'Ermitage preconiza y difunde las devociones recomendadas por el P. Eudes. Es en FErinitage donde Boudon, Mons. de Laval, Ango des Maizerets y otros se adhieren a la fiesta del Santo Corazón de

(28) Oeuvres spirituelles, II, p. 53-4, en SOURIAU, p. 200.
(29) BoUDON: Oeuvres complétes, II, p. 1.314, en SOURIAU, p. 202.
(30) *Ibid.,* p. 159 ss.

María (31). M. de Berniéres ayuda al P. Eudes de todas las formas. Trabaja por conquistarle el favor de su Obispo Mons. Servien, costeando los gastos de una misión en las cercanías de Bayeux (32). Incluso fuera de la diócesis, interesa a su propia familia/en las misiones del P. Eudes (33). Le anima en su proyecto de creación de Seminarios, en la fundación de una Sociedad de sacerdotes a tal finalidad (34). No teme comprometerse al favorecer una obra que por un momento -excita los celos del rey a causa de su obediencia sin reservas a la Santa Sede (35). Da un viril de plata al Seminario de Caen, un incensario al de Coutances, otro a la capilla del Santo Corazón de Jesús y María de Coutances (36). Dona al P. Eudes mil quinientas libras para una casa destinada al Seminario de Rouen» (37).

«El P. Eudes se dinige siempre a M. Berniéres con entera confianza. El 2 de septiembre de 1643 le pide ayuda para construir una casa de retiro para sus arrepentidas (38). El proyecto toma cuerpo en el curso de una peregrinación en la que se encuentran M. de Camilly, Mlle. d'Acqueville, M. de Berniéres y el P. Eudes (39). Todos colaboran, pero siempre es M. de Berniéres quien se pone al frente cuando se trata de vencer un obstáculo serio. ¿Se oponen los corregidores a que la nueva Comunidad se instale en el muelle del puerto? M. de Berni~lres se encarga de visitar individualmente a los principales magistrados, y logra su objeto (40). ¿Va el P. Eudes a París a gestiones para su Congregación? M. de Berniéres pone a su disposición las influencias de que dispone: su director el P. Juan Crisóstomo, dispensa buena acogida al P. Eudes, y le pone en relación con _M. Vicent (41). Y desde lejos le sigue M. de Berniéres no solamente con su pensamiento, sino con sus oraciones» (42).

Todo marchaba bien en vida de M. de Berniéres, a pesar de cierta divergencia de ideas, o más exactamente de métodos, que

(31) BoULAY: 111, p. 211.

(32) , I*bid., III, p.* 149.
(33) *Ibid., I, p.* 234.
(34) *Ibid., 1, p.* 378.
(35) MONTIGNY: loc. *cit., p.* 731-2.
(36) ADAM: *loc. cit., p.* 202.
(37) COSTIL: *Annales, 1, p.* 305-6.
(38) MARTINE: II, p. 125. Cfr. DE FORMIGNY DE LA LANDE: Opi%iOff *definitive de D. Huet sur te P. Jean Eudes,* Caen, 1869.
(39) COSTIL: *Annales, 1, p.* 57; MARTINE: II, pp. 127, 202-3.
(40) *Oeuvres, X,* 519; MARTINE: II, P. 195.
(41) Nombre usual de San Vicente de Paúl. BOULAY: II, p. 66-7.
(42) MONTIGNY, P. 158-9.

parece haberse producido entre los dos amigos (43). La muerte de M. de Berniéres precipitó los acontecimientos. Los jansenistas no(comprendieron el epitafio ligeramente ditirámbico (44)-'hemos

(43) SOURIAU: *¡bid., p.* 160. No hemos de instruir el proceso doctrinal de M. de Berniéres. Se pueden aducir contra él las fuertes críticas que sus doctrinas merecieron a Bossuet y la condenación por la Inquisición Romana de su *Chrétien -Tnt¿rie-ur. ¿Cuál* fué el alcance de esta condenación? ¿Afecta al contenido de los escritos de M. de Berni~res o bien a su inoportunidad? No podemos contestar. En cuanto al juicio de Bossuet, confesamos-salva *reverentia-que no* nos impresiona demasiado. El P. LONGHAYE, en su *Histoire de la littérature française au XVIIe siècle (III,* Paris, 1895, p. 352, nota) advierte que en la tan aguda controversia del quietismo la doctrina de Bossuet «no estuvo exenta de erron>. ¿No englobaría Bossuet en el mismo *odium theologicuni* a Fénelon, Molinos, Mme. Guyon y Berniéres? Nos inclinamos a creerlo.

En cualquier caso si creemos a un crítico muy informado de los prl blemas y querellas del quietismo, el *Chrétien Intérieur* sería «un tratado completo del más perfecto ascetismo» (AnBÉ CAGNAC: *Fénelon. rtudes critiques,* París, 1910, p. 34). He aquí otro juicio de uno de los maestros contemporáneos más autorizados, P. SAUDREAU: «Un sabio consultor del Santo Oficio, el P. Pío de Langogne, posteriormente Mons. Sabadel, me dijo que había buscado en los archivos del Santo Oficio, y leído el informe del examinador, causa de la condenación del *Chr¿tien Intérieur... El* libro contenía, en efecto, algunas inexactitudes de doctrina, pero en nuestros días-me aseguraba el eminent9 religioso- errores tan ligeros no motivarían la condenación. Así fueron prohibidas, durante la ardiente reacción antiquietista del último cuarto del siglo xvii, obras que por las circunstancias podían ser peligrosas, porque en ellas no todo estaba suficientemente aquilatado, aunque---como compuestas por verdaderos místicosdieran consejos excelentes y hubieran podido hacer mucho bien. V. gr.: *La Règle de Perfection,* de Canfeld; el *Catéchisme spirituel,* del P. Surin». SAUDREAU: *La Vie d'ítnion* t~ *Dieu,* tercera edición, p. 354. R. HEURTEVENT explica esta condenación: «por reacción contra el quietismo y por las expresiones exageradas o inexactas que se encuentran en las obras censuradas». Pero ¿es responsable Berni~res? Leyéndole atentamente, ¿no se puede reconocer, con Laurent, que da tendencia de las ideas familiares al autor y el principio de la dirección espiritual que aconseja, se opone formalmente a los errores quietistas? (LAURENT: M. *de Beyni¿res-Louvigny,* Caen, 1872, p. 194). Si empleó fórmulas censurables, conviene recordar que escribió treinta o cuarenta aflos antes de plantearse la cuestión que enfrentó a Fénelon y Bossuet». *Berniéres-Louvigny* en *Dictionnaire de Spiritualté, V,* e. 1.526.
(44) El epitafio decía así: «Eremita publicus, in divitús paper, in saeculo lampas ardens et lucens, in mundo degens extra mundum; suavis universis, non sibi; mortuus est antequam moreretur, crudelis et innocens su¡ homicida, ut totus Deo viveret; magistra Fide theologus, sine laurca doctor...

Arcanorum De¡ prodigus dispensator... sine cucullo monachus, sine claustro regularis, sine ordinibus sacerdos, sine infula episcopus; coenobitis profuit ... Titubantes in fide confirmavit, janseniae haereseos flagellum durissimum ... Pro inimicis tot hostes habuit quotquot odere Summum Pontifícem ... » A*thenae Normannorum, I, P.* 202; SOURIAU, p. 342. ,

de reconocerlo---colocado en el túmulo. Lo aprovecharon para dirigir vivos ataques contra su memoria, muy sentidos por sus discípulos y se siguieron manifestaciones lamentables, hábilmente explotadas por sus adversarios. No entraremos en'detalles de lo que después se llamaron «los escándalos de Caen, Falaise, Argentan y Séez» (45). Provocaron un episodio interesante en la historia religiosa. Creemos con Souriau, no obstante, «que los ingenuos manifestantes de Séez, Argentan, Falaise y Caen,no merecen la mala reputación que les han creado los fautores más o menos manifiestos del jansenismo. También Polycucto comete en cierto momento excesos de celo censurados por Nearco; y quizá vale más a fin de cuentas tener demasiado celo que no bastante, diga lo que quiera Talleyrand* (4 6).

¿Por qué se mezcló con insistencia el nombre del P. Eudes en este asunto, al que había permanecido totalmente ajeno? Ello no importa; sus enemigos y los de VErmitage «quieren establecer entre ellos estrecha solidaridad para que ninguno de sus golpes se pierda y de rechazo hiera siempre dos veces* (47). Los golpes cayeron sobre él con profusión. Quince años más tarde

(45) Estos sucesos están expuestos con todo detalle en COSTIL: *Annales,* I, p. 357; MARTINE: II, p. 64; SOURIAU: *¡bid.,* cap., 7.': *La fin de VErmitage,* p. 344-64. «Para establecer lo esencial- dice SOURIAU (p. 398)-, es decir, el valor personal de MM. de Renty y de Berniéres, la actividad social, la vida mística de la Compañía del Santísimo Sacramento de Caen y de FErmitage, casi son suficientes los documentos, a condición de una crítica minuciosa sobre todo de los que proceden de los jansenistas. No siempre se hizo así. Por eso se sorprende uno al ver cómo Laffetay toma por verídicos todos los asertos del libelo de Dufour. Pero no es el único. También hemos de ¡descartar las *Mémoires* d'Hermaut o, al menos, apreciarlas en su justo valor».

(46) SOURIAU, p. 360. Permítasenos citar en esta nota las siguientes observaciones de Boudon, «que no aprobaba estas salidas*. «Es de notar que ni uno solo de los que formaban esta Compañía-hablo de los que habían convivido con el autor del *Chrétien I*ntérieur-se desvió de la sólida práctica de la virtud. Después de aquel arrebato se les vió descollar en las virtudes más sublimes, seguir una conducta muy prudente y arreglada, trabajar por el prójimo con fruto extraordinario. Entre ellos hubo quienes colaboraron eficazmente en el gobierno de varias diócesis, cuyo parecer se seguía y que eran consultados con frecuencia con éxito muy señalado. Hubo quienes murieron en olor de santidad,>. BOUDON: *¡bid., II, p.* 1.313-7. Boudon alude a los hermanos Dudouyt, uno de los cuales, Juan, fué colaborador imprescindible de Mons. Montmorency-Laval en Quebec, y el otro, Jaime, entró en la Congregación de Jesús y María, v murió en olor de santidad en el Seminario de Rennes, del que era Superior. Sobre Jaime Dudouyt, llamado Jourdan, cfr. MIGNE: *Qeuvres de Boudon, II, col.* 609; COSTIL: *'Fl,eurs; Dom* LOBINEAU: *Vie des* saints *de Bretagne, V,* edición Tresvaux.

(47) SOURIAU, *p.* 162.

de los acontecimientos que acabamos de resumir, Dufour se obsÚnaba todavía en demostrar que el verdadero culpable había sido el P. Eudes. Lo presentaba atrayéndose «a todos los visionarios y a todos cuantos creen o aparentan creer que Dios les conduce por caminos desacostumbrados..., los locos de esta especie, o bien los impostores, se dirigen a él con preferencia a cualquier otro... Nada quiero decir en este lugar de la dirección que tuvo de varios visionarios... Se les pueden añadir algunos devotos de la camarilla de FErmitage de Caen, entre los que hubo fanáticos que corrieron las calles y que tanto escándalo causaron en Caen, en Argentan y en Séez» (48).

El Santo deja pasar la tempestad con su habitual serenidad y su total abandono en la bondad divina:

«Los perrazos de este país no han mordido ni ladrado, que yo sepa, al perrito blanco de orejas negras-escribe desde Rouen a M. Blouet de Camilly- Pero en Caen se le muerde, se le desgarra y descuartiza por el motivo que ya sabéis. Pertenece a un Señor que sabrá defenderle como le plazca. Si es de su agrado verle zarandear y devorar, *fiat, fiat.* Sin embargo, yo espero que defenderá a su pobre perrito y que le dará la fuerza de morder, degollar y matar a los enemigos de su Séñor, que son los pecados de los hombres* (49).

Sin embargo, su cualidad de Superior y de Fundador le imponía cl deber de separar su causa de la de algunos jóvenes de FErmitage comprometidos en los recientes desatinos. Una carta dirigida al Superior de Coutances, para felicitarle por haber rehusado admitir en su Seminario a antiguos miembros de este grupo, no deja lugar a duda sobre su pensamiento:

«Habéis hecho muy bien no recibiéndoles entre vosotros; pues nuestros *bienhechores* hacen correr por aquí, en secreto, un impreso donde se afirma maliciosamente que era yo el director de FErmitage, y otros dicen que los que hicieron aquellas locuras en las calles de Caen eran de los nuestros... La fuente de tales engaños es la vanidad, la cual habiendo entrado en un espíritu, sale dificilísimamente y rara vez; es lo que una persona piadosa había dicho en varias ocasiones a M. de Berniéres, que tantas como almas ponía en la oración pasiva (pues corresponde a Dios el ponerlas) las ponla en el camino del infierno* (50).

(48) Lettre,Ú un Docteur, p. 45-6.

(49) O~res, X, p. 435-6.

(50) Oeuvres, X, p. 439. No dudamos de que la persona aludida sea ,María des Vallées, al,comparar lo dicho con lo que la piadosa vidente afirma ,de la contemplación.

Todas estas pruebas, lejos de disminuir el celo del Santo parecen haberlo estimulado. El presente período figura entre los más plenos de su vida; los trabajos más diversos se suceden sin interrupción. Recorriendo con la mirada esta época, se experimenta la impresión de que, cuanto más se aproxima el fin, más se multiplican y amplían sus sueños apostólicos.

Toda clase de fieles siguen beneficiándose de su ardor en procurar su perfección, al mismo tiempo que en extender el reino de Dios.

Más que nunca el pueblo cristiano se apretuja en torno de] misionero amado por su desinterés, su irresistible sinceridad. Por eso recorre con creciente éxito las diócesis de Coutances, Châlons, Meaux, Bayeux, Evreux, Rouen y Rennes *(51).* Por todas partes su palabra inflamada produce los mismos frutos de conversión y salvación.

Y a fin de hacer más duraderas las saludables impresiones que recogieron a su paso, recurre nuevamente a la pluma, siempre presta a esparcir la luz en los espíritus y el calor en los corazones. Publica por este tiempo dos opúsculos desbordantes de piedad y de doctrina: las *Meditaciones sobre la Humildad y los Diálogos del alma cristiana con su Dios (52).*

Simultáneamente prosigue la fundación de los Seminarios y, añade a los que ya dirigía su Congregación, los de Evreux *(1667) y* de Rennes *(1670) (53). . Aún* encuentra tiempo para dedicar en *1666,* «a todos los misioneros», una de sus mejores obras, El *buen Confesor (54),* y en *1668,* «a los eclesiásticos que viven en comunidad*, un *Manual de Piedad (55),* tanto más precioso cuanto

que contiene en su forma definitiva, el código práctico de la vida espiritual tal como él mismo la considera.

(51) Lista cronológica de las diferentes misiones predicadas por el Santo y que figuran en *su Mémorial:* 1663, Saint- Germain-la-Compagne, diócesis de Lisieux; WEtanville, diócesis de Bayeux; Saint-Ló, diócesis de Coutances; 1664, Meaux; Ravenoville, Cretteville-en-Beauptois, diócesis de Coutances; 1665, Granville, diócesis de Coutances; Châlons-sur-Marne; 1666, Caen; Mesnil-Durand, diócesis de Lisieux; Cérisy-Montpinchon, diócesis de Coutances; Castillo de Caen para soldados; Saint-Eny, diócesis de Coutances; 1667, ENireux, Benesville, Percy, Brucheville, diócesis de Coutances; Rouen, Marigny,, diócesis de Coutances; 1668, Carentan; Montfarville; Plessis; Montsurvent; Cenilly y Quettehou, diócesis de Coutances; 1669, Rennes; 1670,Yougéres.
(52) *Oeuvres, 11,* pp. 163-194. >
(53) Cfr. *supra, p.* 135-6.
(54) *Oeuvres, IV,* pp. 117-369.
(55)*Oeuvres, III,* pp. 235-490.

II

La cumbre del Calvario.

Con el año *1670* se inicia el período que hemos denominado «la cumbre del Calvario». Al designarlo así, seguimos al *Memorial,* fiel intérprete de los pensamientos íntimos del Santo:

«En este mismo año (1670),, quiso favorecerme el Señor con diferentes cruces, por lo que sea eternamente bendecido, y me

conceda la gracia de poder decir por la eternidad: *Mihi autem absit gloriar¡, nisi in cruce Domini~.*

... En este mismo año (1671) me acompañaron las cruces por todas partes. Eternas gracias sean dadas por ello al amabilísimo

Crucificado, y a su Santísima Madre y mía.

En el año 1672 estuve rodeado de cruces casi sin interrupción, concediéndome entre ellas tantas gracias la divina Bondad

que sería imposible indicarlas: *Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione mea. Circumdederunt me*

canes multi, etc. Pater dimitte illis.

... A fines del año 1673, y a comienzos del siguiente (1674), me favoreció la divina Providencia con varias tribulaciones grandes, mayores aún que todas las precedentes...

... En los años 1675 y 1676, nuestro amabilísimo Crucificado

me honró con diferentes grandes cruces, permitiendo que se publicaran contra mí, casi por toda Francia, libelos difamatorios, repletos de injurias y de calumnias, acusándome de numerosas herejías, de las que, gracias a Dios, me encuentro muy lejos; pero todo se deshizo como el humo...* (56).

El año *1670* se inició para el Santo con una viva contrariedad. La misión de Rennes le había puesto en relaciones con un alma escogida, que en circunstancias extraordinarias había establecido, en aquella ciudad una casa de penitentes calcada sobre el modelo de la de Caen: María Heurtaut, después conocida en la Orden con el venerado nombre de María de la Trinidad. El analista de Nuestra Señora de la Caridad ha podido escfibir de ella, que «si hubiese nacido veinte años antes, y el P. Eudes hubiera tenido la dicha de encontrarla, hubiese ocupado posiblemente en el Instituto el puesto de las ilustres cooperadoras de los santos en sus

(56) Mémorial, 92-4, 98-9 (Oeuvres, XII, p. 128-32).

fundaciones monásticasi> (57). Gracias y pruebas poco comunes (58), señales ordinarias de los designios particulares de Dios sobre un alma, habían señalado su vida hasta el momento del encuentro con el Santo.

Cuanto tuvo lugar rodeaba a la persona y a la obra de la piadosa fundadora una reputación de santidad, confirmada con maravillosos prodigios (59). Su primera entrevista con el P. Eudes fué decisiva. Con la dirección de su vida le entregó prácticamente la de su obra, remitiéndose a su prudencia para asegurar su desarrollo y porvenir (60).

De acuerdo con M. de la Vieuville, Obispo de Rennes, se propuso el Santo obtener sujetos del Refugio de Caen para el Refugio de Rennes. En lugar de encontrar en la Priora de entonces, Madre María del Santísimo Sacramento, el apoyo que habría deseado, tropezó con una oposicion, que no por sus apariencias suaves, era menos real y para él menos sensible. La siguiente carta contiene reproches apenas disimulados, quejas afectuosas a medio velar:

<1... Me sorprende lo que me decís respecto de no poder enviar a nuestras Hermanas tan pronto. ¿Cómo es eso, mi querida hija? ¿No hay ninguna que quiera venir? No puedo,creer que las Hijas de la Caridad tengan tan poco amor de Dios, y tan poca caridad para las almas que costaron la preciosa sangre de su Hijo.

¿Tienen alguna dificultad a causa de la Superiora de aquí? ¡Pero si no es más que caridad, dulzura y benignidad!

¿Pensáis que os pidan la dote o la pensión, o los gastos del viaje de quienes vengan? Os doy palabra de que nada de esto se os pedirá. Hay una presidenta que ofrece su carroza para traerlas. Cuando estén aqui, si no se encuentran bien, pod~an regresar; y inientras permanezcan aquí, vuestra casa se vera descargada de la manutención v necesidades de dos hijas, y se fortificará

con la unión de esta casa, dándose un paso hacia otros establecimientos del Instituto.

En fin, no sospecho de dónde puede provenir este obstáculo y esta dilación; pero bien sé que el demonio, que se irrita contra todas las comunidades empleadas en la salvación de las almas, hará todo cuanto pueda para impedir este designio y para retrasar su realización, porque bien sabe que cuando nosotros hayamos partido de aquí, le será fácil suscitar obstáculos.

¿Por qué, mi querida hija, guardáis reserva conmigo, que no tengo otra intención sino la gloria de Dios, la salvación de las
(57) ORY: loc. cit., p. 292. (58) *Ibid., p.* 289 ss. (59) *Ibid., p.* 300.
(60)Ibid., p. 302.

almas y el provecho de vuestra casa? ¿Por qué no me decís llanamente en qué consiste la dificultad para que trate de vencerla? Me lo podéis decir con la misma seguridad por escrito que de palabra, pues las cartas del correo nunca se pierden ... » (61).

La Madre María del Santísimo Sacramento, por motivos para nosotros desconocidos,, se obstinó en su negativa. Los deseos del Santo no se pudieron realizar hasta dos años más tarde, ante nuevas instancias de M. de la Vieuville cerca de M. de Nesmond. La asociacion a la obra aún vacilante del Refugio de Rennes de dos religiosas de gran virtud, las Herinanas María de San Julián Le Blond y María Angélica de ~Balde (62) le dieron un poderoso impulso que aseguró su futuro.

El Santo no conservó amargura alguna hacia la Madre María del Santísimo Sacramento por su falta de diligencia en corresponder a sus miras. Lo prueban estas líneas cordiales que le dirige en el mes de enero siguiente:

«Os agradezco, queridísima hija, vuestra caritativa carta. Mi corazón es muy vuestro y de vuestra Comunidad para que os olvide ante Dios; lo que no hago ni haré nunca. Siempre os tengo presente, y a todas mis queridas hijas en el santo altar y en todas mis pobres oraciones. Os ruego se lo aseguréis. Saludo a todas en general y en particular, y suplico a Nuestro Señor y a su Santísima Madre os colme de todas sus m~ís santas bendiciones y nos conceda la gracia de emplear este nuevo año como si fuera el último de nuestra vida, y como si sólo dispusiéramos de él para amar a nuestro amabilísimo Jesús y a su queridísima Madre y nuestra, y para reparar las faltas cometidas en su amor y en su servicio ... * (6 3).

§ 2

Mientras tanto, como ya sabemos, había experimentado el inmenso consuelo de ver su querida devoci0n al Corazón de Jesús franquear una de las etapas más importantes de su desarrollo, al obtener diferentes aprobaciones para su Oficio del Sagrado,
(61) *Oeuvres, XI, p.* 562-4.
(62) ORY: *loc. cit., p.* 304. Pasamos por alto las fundaciones o ensayos de fundaciones emprendidas después por el monasterio de Rennes: Hennebont y Guingamp. Nada prueba que San Juan Eudes interviniera en ello. La historia de los dos monasterios corresponde a la historia general de Nuestra Señora de la Caridad. Una carta del Santo Q1678?), dirigida a Mine. d'Argouges, nos da a conocer la existencia de un proyecto malogrado de fundación en París. Oeuvres, XI, p. 122-3.
(63) Oeuvres, X, p. 565-6.

Corazón. Np se hallaba lejano el día en que, haciendo uso de las facultades que le conferían-estas aprobaciones, había de celebrar la primera fiesta litúrgica en honor del divino Corazón de Jesús (64).

Dios le preparaba, por esta misma época, otras alegrías, también muy sensibles, destinadas a disponerle al acrecentamiento de pruebas que pronto se abatirían sobre él con inaudita violencia. Ya-hemos mencionado (65) la célebre misión que predicó en 1671 en el castillo de Versalles, con un celo

y una libertad apostólicas, que le habían conciliado la estima y la admiración del rey y de toda su corte (66). Su elocuencia había sido también recibida en aquel medio frívolo, que dos años más tarde (1673), a petición de la reina, oía de nuevo las poderosas y apremiantes llamadas al arrepentimiento y a la conversión. Fueron comprendidas, a juzgar por estas dos cartas que escribió a M. de Bonnefond durante la misiôn de Saint-Germain-en-Laye:

«... Tan pronto como llegué, fuí a saludar a sus Majestades, a Su Alteza el Delfín y a M., hermano'del rey, quienes me dispensaron muy. buena acogida...

M. Blquet predica a las seis de la mañana con M. Delaunay. M. Paillot explica el catecismo a las dos; la reina ha asistido una vez. En cuanto a mí, he predicado todos los días, al atardecer, con mas vigor que nunca, de cosas muy conmovedoras. Gracias a Dios, todo el mundo dice estar muy contento y todos aseguran que sus Majestades también lo están, y ayer me dijo la reina que continuara predicando todos los días de esta semana.

En fin, todo el mundo nos dice que el rey y la reina están muy contentos» (67).

El 4 de abril escribe:

«... Ayer vino la reina a las Carmelitas, mientras yo estaba en Montmartre. Se mostró tan encantada de la misión y de los predicadores que no se puede expresar su satisfacción. Dice que las otras predicaciones no eran más que palabras, pero que éstas penetran hasta el fondo del corazón, que todo el mundo está impresionado, y que notaba cambio en la conducta del rey. Dios bendiga nuestros pequeños trabajos. Dió pruebas de tanta

(64) Cfr. supra, p. 235.
(65) Cfr. supra, p. 155.
(66) Del agrado del rey puede juzgarse por su donativo de dos mil libras para la construcción de la capilla del Seminario de Caen, y por el nombramiento de capellán real recaído en uno de los sacerdotes del P. Eudes, M. Hubert. Se trataba de asociar a este último otros seis sacerdotes de la Congregación de Jesús y María, cuando se produjo el desgraciado incidente que a continuación exponemos y que impidió realizar este proyecto. Cfr. BOULAY: IV, p. 206.
(67)O~res, X, p. 465-6.

bondad, tanta y tanta amistad (estos son términos de nuestra buena Sor Teresa que encendía el fuego tanto como podía) hacia la nada de las nadas, que no es imaginable. Pidió instantemente a Sor Teresa que no dejara pasar el día sin decirnie todo esto. ¡Bienaventurados aquellos a quienes ama la Reina del cielo!» (68).

Cuando el Santo escribía estas cartas que transpiran la intensa satisfacción del obrero apostólico ante la presencia de una rica y abundante mies de almas, una terrible tempestad, en vísperas de estallar, rugía ya sobre su cabeza.

Había logrado alejar de sus hombros la pesada carga que la confianza de M. de Maupas, Obispo de Evreux, quería depositar en él, llamándole a compartir, en cualidad de coadjutor, las preocupaciones y las cargas de la administración diocesana.

Por cierto, son impresionantes las cartas que con **tal ocasión dirigió** a sus hijos:

«Esta noticia-escribe a M. Mannoury-no me ha causado la menor alteración, porque estoy

persuadido de que, digan lo que quieran, no habrá nada de cuanto se proyecta, y porque si al contrario esto llega a suceder, sería porque ciertamente Dios así lo quiere. Decidlo bien a monseñor de Evreux. No quiero' otro beneficio que el que mi Salvador jesucristo escogió para Sí, es decir, su cruz. Hasta el presente he tenido de ella todas las pruebas y, por la gracia de Dios, no he cedido bajo su peso. Nada temo esta nueva Cruz con que se me amenaza. Conozco a los hombres y tengo la seguridad de, que ésta es la que me evitarán más gustosos* (69).

Y a M. de Bonnefond:

«... En cuanto supo la declaración de monseflor de Evreux, escribí a M. Mannoury que no quería otro beneficio que el que el Salvador escogio para Sí, es decir, su cruz; que era lo único que deseaba, abrazaba y amaba por amor de tan amabilísimo Redentor, que la prefirió a todo cuanto el mundo más ama y estima, y que le pedía hiciese, esta de¿laración a monseñor de Evreux y a sus vicarios. No veo sino cruces a montones sobre mi cabeza, si la cosa sale adelante; las otras, es decir, las unidas a un cargo tan eminente, no las temo, pues no me puedo persuadir de que la cosa se realice ... * (70).

Parece que la Providencia le ahorró esta cruz sfiplementaria para permitirle saborear toda la amargura de las que en adelante le iban a abrumar.
(68) Qeuvres, X, p. 466. (69) Oeuvres, X, p. 463.
(70) *Oeuvres, X, p. 463-4.*

§ 3

f La agitación en tomo a los pretendidos «escándalos* de VErmitage se había calmado sólo en apariencia. El más pequeño incidente reavivaría el fuego de entre sus cenizas. Dificultades (7 1) surgidas entre M. de Lomenie, Obispo de Coutances. y los directores del Seminario de Valognes, proporcionaron a los jansenistas la ocasión que esperaban, 'para asestar al Santo sus más furiosos golpes. En el fondo, el Obispo había hecho uso de un derecho indiscutible y cumplido los deberes de su cargo, al sustituir en uno de sus Seminarios a un director cuya indignidad le era conocida, colocar en su puesto a otro de su confianza y llamar a quien le parecía para proveer el vicariato de la diócesis y el arcedianato de Valognes. Además, nadie podía impedir a un profesor de esta casa ofrecer en otra parte sus servicios.

No lo entendió así el partido jansenista. Resolvió vengar la afrenta que consideraba se le había infringido con las medidas tomadas por el Obispo sobre el P. Eudes y su Congregacion, a quienes había beneficiado y al que se prometían «hundir» , de una vez. La revuelta general que se siguió, y en que los mejores de la secta aprestaron todos sus recursos, no'tuvo otra causa.

¿Fué el resultado de un complot urdido en la sombra, al que una acción sabiamente,combinada hubiera detenido? Nos sentimos inclinados a creerlo así. El ataque se produjo en todos los frentes a la vez, con una simultaneidad y una violencia que no se explica sino por las exigencias de un Plan de combate premeditado. Documentos sacados de su silencio de varios siglos, consistentes en su mayor parte en cartas cambiadas entre Caen, París y Roma, nos permiten sorprender algo del juego de los conspiradores y de sus maquinaciones tenebrosas (72).

Intentemos hacer luz en esta triste historia y comprenderemos el enredo de los sucesos, en los que---con un sincronismo perfectofué mezclado el Santo: en Roma, donde sus adversarios explotaban contra él, no sin habilidad, los intereses de una Sociedad, la de la Misión, con la que hasta entonces

había mantenido las mejores relaciones; en París, donde ruines maniobras le enajenaban el
(71) COSTIL: *Annales, I, p.* 526 As., las expone con detenimiento.
(72) 13OULAY: IV, *p.* 319-29, y apéndice, p. 45 ss., da copiosos e interesantes extractos de esta correspondencia exhumada de los Archivos Nacionales. M. 388: *Oratoire, Lettres.*

favor real; en Caen, donde, por segunda vez, se trataba de suscitar contra él las pasiones populares.

En otro lugar hemos referido sus infructuosos esfuerzos para obtener la aprobación de Roma en favor de su Sociedad (73). Mas no por eso había abandonado la partida. Preparaba una reanudación de las negociaciones, como lo prueban las cartas sumamente elogiosas que le entregaron el Nuncio de Francia (1668) y M. de Maupas (1671) (74) y las gestiones iniciadas en su nombre por cierto M. Paturel, expedicimario en Roma (75). A pesar de todas las recomendaciones (76) que le apoyaban, las gestiones fracasaron.

Por eso el Santo fundador resolvió hacer un esfuerzo, enviando a M. de Bonnefond a abogar su causa cerca de la Santa Sede. Éste dejó París el 5 de junio de 1673, provisto de abundantes pruebas de todo género. No le seguiremos a través de las largas etapas del viaje realizado como piadoso peregrino, aprovechando cuantas ocasiones se presentaban para satisfacer su devoción (77).

Su primer paso apenas llegado a Roma, fué entrevistarse con el agente que hasta ese momento había tratado los asuntos del P. Eudes. Las noticias que de él obtuvo no eran de las más alentadoras; tantas calumnias se habían propalado hasta en Roma sobre el Santo y su Congregación (78), que de antemano parecía comprometida su causa. La abnegación de M. de Bonnefond, en lugar de enfriarse, se vió estimulada. En seguida se puso a la obra: visitas a éste, antecámaras para ver a aquél; exhibición de sus cartas de recomendación en otra parte; envío a sus destinatarios de los documentos de que era portador. No descuidó nada. Todo esto le valió muchas amabilidades, y buenas palabras, agua bendita de corte que se prodiga a los solicitantes desgraciados, aunque no lograron engafiarle.

Pronto sacó la impresión de que el P. Eudes y su Congregación eran objeto cerca de las Congregaciones Romanas, de una oposicion formidable.

Un ligero conflicto de intereses a causa de una donación con&ida con el nombre de donación Traversay (79), había creado
(73) Cfr. *supra, pp.* 80-3, 91-2 y 94-8.
(74) Texto en COSTIL: *Annales, I, p.* 483.
(75) 13OULAY: III, p. 269.
(76) *Ibid., III, p.* 219.
(77) Nos remitimos al diario que redactó por indicación desu Superior. MARTINE: 11, p. 305; COSTIL: 1, p. 575 *ss.*
(78) MARTINE: II, p. 306.
(79) Cfr. COSTIL: *Annales, 1, p.* 558.

§ 3

f La agitación en tomo a los pretendidos «escándalos* de VErmitage se había calmado sólo en apariencia. El más pequeño incidente reavivaría el fuego de entre sus cenizas. Dificultades (71) surgidas entre M. de Lomenie, Obispo de Coutances. y los directores del Seminario de Valognes,

proporcionaron a los jansenistas la ocasión que esperaban, 'para asestar al Santo sus más furiosos golpes. En el fondo, el Obispo había hecho uso de un derecho indiscutible y cumplido los deberes de su cargo, al sustituir en uno de sus Seminarios a un director cuya indignidad le era conocida, colocar en su puesto a otro de su confianza y llamar a quien le parecía para proveer el vicariato de la diócesis y el arcedianato de Valognes. Además, nadie podía impedir a un profesor de esta casa ofrecer en otra parte sus servicios.

No lo entendió así el partido jansenista. Resolvió vengar la afrenta que consideraba se le había infringido con las medidas tomadas por el Obispo sobre el P. Eudes y su Congregacion, a quienes había beneficiado y al que se prometían «hundir» , de una vez. La revuelta general que se siguió, y en que los mejores de la secta aprestaron todos sus recursos, no'tuvo otra causa.

¿Fué el resultado de un complot urdido en la sombra, al que una acción sabiamente,combinada hubiera detenido? Nos sentimos inclinados a creerlo así. El ataque se produjo en todos los frentes a la vez, con una simultaneidad y una violencia que no se explica sino por las exigencias de un Plan de combate premeditado. Documentos sacados de su silencio de varios siglos, consistentes en su mayor parte en cartas cambiadas entre Caen, París y Roma, nos permiten sorprender algo del juego de los conspiradores y de sus maquinaciones tenebrosas (72).

Intentemos hacer luz en esta triste historia y comprenderemos el enredo de los sucesos, en los que---con un sincronismo perfectofué mezclado el Santo: en Roma, donde sus adversarios explotaban contra él, no sin habilidad, los intereses de una Sociedad, la de la Misión, con la que hasta entonces había mantenido las mejores relaciones; en París, donde ruines maniobras le enajenaban el
(71) COSTIL: *Annales, I, p.* 526 As., las expone con detenimiento.
(72) 13OULAY: IV, *p.* 319-29, y apéndice, p. 45 ss., da copiosos e interesantes extractos de esta correspondencia exhumada de los Archivos Nacionales. M. 388: *Oratoire, Lettres.*

favor real; en Caen, donde, por segunda vez, se trataba de suscitar contra él las pasiones populares.

En otro lugar hemos referido sus infructuosos esfuerzos para obtener la aprobación de Roma en favor de su Sociedad (73). Mas no por eso había abandonado la partida. Preparaba una reanudación de las negociaciones, como lo prueban las cartas sumamente elogiosas que le entregaron el Nuncio de Francia (1668) y M. de Maupas (1671) (74) y las gestiones iniciadas en su nombre por cierto M. Paturel, expedicimario en Roma (75). A pesar de todas las recomendaciones (76) que le apoyaban, las gestiones fracasaron.

Por eso el Santo fundador resolvió hacer un esfuerzo, enviando a M. de Bonnefond a abogar su causa cerca de la Santa Sede. Éste dejó París el 5 de junio de 1673, provisto de abundantes pruebas de todo género. No le seguiremos a través de las largas etapas del viaje realizado como piadoso peregrino, aprovechando cuantas ocasiones se presentaban para satisfacer su devoción (77).

Su primer paso apenas llegado a Roma, fué entrevistarse con el agente que hasta ese momento había tratado los asuntos del P. Eudes. Las noticias que de él obtuvo no eran de las más alentadoras; tantas calumnias se habían propalado hasta en Roma sobre el Santo y su Congregación (78), que de antemano parecía comprometida su causa. La abnegación de M. de Bonnefond, en lugar de enfriarse, se vió estimulada. En seguida se puso a la obra: visitas a éste, antecámaras para ver a aquél; exhibición de sus cartas de recomendación en otra parte; envío a sus destinatarios de los documentos de que era portador. No descuidó nada. Todo esto le valió muchas amabilidades, y buenas palabras, agua bendita de corte que se prodiga a los solicitantes desgraciados, aunque no lograron engafiarle.

Pronto sacó la impresión de que el P. Eudes y su Congregación eran objeto cerca de las Congregaciones Romanas, de una oposicion formidable.

Un ligero conflicto de intereses a causa de una donación con&ida con el nombre de donación Traversay (79), había creado

(73) Cfr. *supra, pp.* 80-3, 91-2 y 94-8.
(74) Texto en COSTIL: *Annales, I, p.* 483.
(75) 13OULAY: III, p. 269.
(76) *Ibid., III, p.* 219.
(77) Nos remitimos al diario que redactó por indicación desu Superior. MARTINE: 11, p. 305; COSTIL: 1, p. 575 *ss.*
(78) MARTINE: II, p. 306.
(79) Cfr. COSTIL: *Annales, 1, p.* 558.

entre el Santo y los lazaristas cierto malestar que sus enemigos, siempre en acecho, utilizaron sin escrúpulo.

Los sacerdotes de la Misión'eran tanto más temibles cuanto,, que les escuchaba el embajador francés, personaje muy influyente a causa de su misión oficial, sus lazos, familiares y múltiples relaciones oficiosas. Además presentaban contra la confirmación de la Congregación del P. Eudes objeciones que impresionaban mucho a los Cardenales encargados del estudio de la cuestión. M. de Bonnefond no omitió nada para proporcionar, en particular a estos últimos, las necesarias explicaciones. No adelantó nada. Cansado de luchar, se decidió a presentarles en debida forma una memoria justificativa. Le valió para escuchar algunas buenas palabras más, y esto fué todo. Pues cuando él creía tocar al término de sus laboriosas gestiones sobrevino un contratiempo imprevisto: al modificarse la composición de la Comisión cardenalicia, encargada de entender en su suerte, se aplazó la reunión por tiempo indefinido (80).

Todo su trabajo resultaría inútil.

En medio-de estos contratiempos, recibió las siguientes pala-bras alentadoras del Santo fundador:

«Siempre suplico a la divina Bondad aniquile por entero nuestra pequeña Congregación, si no es para su mayor gloria, abrazándome de todo corazón con todas las mortificaciones y humillaciones que por esto puedan sobrevenirme. Gracias a mi Salvador, me parece no alimentar otro deseo en el fondo de mi alma, que buscar en todo, lo que sea más de su agrado. Tengamos valor y alegrémonos en dos cosas que nos debían hacer morir de alegría. La primera, que todos los enemigos de nuestro Dios nunca impedirán que]~l sea lo que es. *Seitote quoniam Dominus ipse est Deus?,* dice el Profeta; y la Santísima Virgen: Exultavit *in Deo salutari meo.* La segunda es que todas las potencias de la tierra y del infierno nunca pueden poner ningún obstáculo en nuestro grande y único asunto, que es servir y amar a nuestro adorabilísimo Jesús y~ su Santísima Madre. Perdamos todo antes que perder un solo ápice de la confianza que debemos tener en su incomparable bondad hacia nuestra Congregación, y de la que nos han dado tantas pruebas.

No hemos dado ningún paso sin que nos acompañara alguna cruz, la cual es el carácter de todas las obras de Dios; cuando más combatidas son, obtienen más frutos y bendiciones. Por eso mucho espero de ésta, puesto que con tantas dificultades tropieza. Espero de la bondad de Dios y de su Santísima Madre que hagan desaparecer estos obstáculos. Por último, mi queridísimo hermano, si en

las obras de Dios se desanimara uno fá
(80) Cfr. COSTIL: *Annales, -1, p. 558.*

cilmente por los obstáculo y dificultades, nunca se haría nada.

Cuando hayáis hecho todo cuanto se pueda hacer, si no conseguís nada, estaré tan contento, Dios mediante, como si todo se hubiera conseguido. ¿Pues qué es lo que yo pretendo? ¿Mi interés o mi satisfacción? ¡En modo alguno, gracias a Dios, sino sólo su voluntad!» *(81).*

M. de Bonnefond reanudó en seguida su ingrata y humillante tarea de solicitaciones. ¡Ay! Se empeñaba en una partida demasiado fuerte: segunda vez, los manejos de sus poderosos adversarios redujeron a la nada sus esperanzas. Nuevos documentos llegados de París, en los que claramente aparecía la confabulación de los lazaristas y de los oratorianos, impidieron las negociaciones pendientes de solución. Como era de prever, el mandatario del P. Eudes sólo obtuvo de la Comisión cardenalicia una respuesta dilatoria (82).

En estas circunstancias le llegaron de París dos documentos de grandísimo valor. Uno del 12, otro del 20 de enero de 1674 (83). Pero era demasiado tarde para servirse de ellos: la protección real que una de, estas cartas aseguraba en Roma se convirtió en ilusoria, como consecuencia de toda una serie de circunstancias que vamos a referir.

§ 4

Mientras en Roma tenían lugar los sucesos que acabamos de exponer, no habían perdido el tiempo los adversarios del Santo en Francia. Una circunstancia inesperada les había favorecido. Un documento en apariencia de los más comprometedores para el Santo había caído entre sus manos, y por instinto su odio se dió inmediata cuenta de todo el partido que le podía sacar.

¿Qué vale este documento acusador? El lector no ha olvidado la misión de M. Boniface en Roma (84). Este excelente sacerdote había puesto -al servicio del P. Eudes sin lugar a dudas, toda su buena voluntad, si no toda su inteligencia. Y en su gran deseo de procurar el triunfo de los intereses a él confiados, había incurrido en la imprudencia de depositar en la Secretaría de la Congregación de Obispos y Regulares la siguiente malhadada súplica:
(81) O~res, X, p. 467-8.
(82) COSTIL: *Annales, I, p. 582.*
(83) 13OULAY: IV, *p. 288.*
(84) . Cfr. supra, p. 206.
310 - UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

<4Santísimo Padre:

Se ha erigido en Frar¿cia una Congregación de sacerdotes seculares que ha logrado ser aprobada por,algunos Obispos, y merecido el honor de ser recomendada por el rey cristianisimo. Trabaja con celo y aplicación en perfeccionarse y procurar la salvación del prójimo desde hace unos veinte aflos, y pide instantemente que la Santa Sede Apostólica acceda a concederle la gracia de confirmar su manera de vivir. Pero como sucede a menudo que diversas herejías, las cuales aparecen sucesivamente en tiempos diferentes, vienen a corromper las Comunidades eclesiásticas, y las llevan, bajo el especioso pretexto de la verdad, a calumniar al Soberano Pontífice, que es el Vicario de Cristo y a resistii abiertamente a sus decisiones, esta misma Congregación, que desea ver a sus miembros

siempre unidos con la Iglesia Romana por un lazo indisoluble, os pide que le sea permitido hacer voto, del que nadie le pueda dispensar, de permanecer sumisa y defender siempre la autoridad del Sumo Pontífice, incluso en cosas que podrían ponerse en duda» (85).

Al P. Eudes no se le había - comunicado este intempestivo y extraordinario paso; y el buen M. Bbniface estaba muy lejos de sospechar ni siquiera sus consecuencias.

Esta súplica dormía en,el silencio y en el secreto de los archivos adonde había ido a perderse, cuando la descubrieron los enemigos del Santo, sin que se sepa cómo (86). Su caso estaba claro: se había hecho reo de un delito de lesa majestad. Sin tardanza el documento acusador tomó el camino de París, donde, en cuanto lleguó, se hizo pasar al rey, acompañado de comentarios propios a excitar la recelosa susceptibilidad real.

Todos saben cuán sensible era Luis XIV en lo tocante, a los derechos personales y de su corona. Unos años antes había escrito al Papa Alejandro VII, con motivo de una dificultad suscitada entre las dos cortes: «Hemos ordenado al Sieur de Bourlemont, auditor de la Rota ' sepa de. Vuestra Santidad si quiere aprobar lo que la soldadesca ha hecho, o si tiene intención de darnos una satisfacción proporcionada a la magnitud de la ofensa, que no sólo ha violado, sino echado por tierra el derecho de gentes. Nada pedimos a Vuestra Santidad en esta ocasión; pues es su costumbre ya reiterada rechazarnos todo, y ha testimo`niado hasta el presente tanta aversión por lo que toca a nuestra persona y a nuestra corona, que vale más remitir a su propia prudencia sus resoluciones, según las cuales tomaremos las nuestras ... » (87).
(85) Texto latino y traducción francesa en COSTIL: *Annales, I, p.* 583.
(86) COSTIL: *Annales, 1, p.* 582.
(87)BERTRAND: Louis XIV, Paris, 1923, *p.* 372. Se equivocarípL el

La Oesgraciada súplica exhumada por los adversarios del Santo iba directamente contra algunas de las pretensioneá más queridas del galicanismo real. El efecto no se hizo esperar. Una carta de M. de Mézeray, su hermano, advirtió, al P. Eudes del golpe que le amenazaba: «Le decía-escribe Martine- que el Arzobispo de París le había Yablado de la citada,súplica, que sus enemigos habían puesto en manos del Procurador general, y que el rey se había expresado sobre ella en términos muy severos. Esto hacía que debiera meditar su conducta a seguir» (88).

Fácil es de imaginar el estupor del Santo al recibir una carta tan inesperada. No obstante el asunto seguía su curso. Días después, el Procurador general del rey en París le avisaba que debía explicarse sobre esta- famosa súplica. El Santo respondió inmediatamente a este comunicado con una desaprobación formal, protestando que había permanecido totalmente extraño a su redacción y presentación en Roma (89). Esta declaración habría debido apaciguar la tempestad que rugía a su alrededor.

No sirvió de nada por la malicia de sus adversarios que vigilabán con cuidado el pleno éxito de su infernal maquinacion. Según ellos, él P. Eudes había agravado su primera falta con un horrible perjurio (90).

En vano, pues, trató de justificarse; en vano recurrió a las intervenciones de sus amigos; en vano apremió a M. de Bonnefond para activar en Roma las indagaciones con vistas a poner en claro tan triste historia (91); en vano obtuvo repetidas declaraciones de parte de M. Boniface (92), reduciendo al silencio las acusaciones formuladas contra él; en vano cómo suprema tentativa, se dirigió al mismo rey en un memorial que sucintamente relataba la historia de sus negociaciones con

Roma, en el que protestaba en términos emocionados y respetuosos, su sincera lealtad a la persona y a los intereses de su majestad:

que juzgue a Luis XIV por actos de este género, por censurables que sean. En parte se explican por el concepto que se
había formado de las obligaciones que Dios le había impuesto: «Como rey de Francia, su primer deber era llevar adelante
los asuntos de Francia, nación cristianísima. Como rey cristianísimo pensaba que, sirviendo a Francia, nación
cristianísima e hija mayor de la Iglesia, serví * a a Dios y a la Iglesia misnim. *Ibid., p. 374.*
(88) MARTINE: *II, p. 318.*
(89) Texto de la desaprobación en COSTIL: *Annales, I, p. 584.* MARTINE: *II, p. 318.*
(90) MARTINE: 11, p. *319.*
(91) 0euvres, X, p. 468-9.
*(9 2)*Texto en COSTIL: *Annales, I, p. 588;* MARTINE: II, p. 321.

o... Protesto a los pies de Vuestra Majestad, Sire, y ante Dios, que esta súplica nunca fué presentada por orden mía~ ni con mi consentimiento, y que el sicur Boniface nunca ha sido de nuestra Congregación. Es un buen sacerdote flamenco que figuró entre los Padres del Oratorio, de donde dice haber salido, porque le parecía que los Padres se inclinaban hacia los que no condenan bastante el libro de Jansenio. Es cierto que este sacerdote durante su estancia en Roma, hace trece o catorce años, me ofreció sus servicios para los asuntos de nuestra Congregación; mas él me ha entregado un escrito dónde reconoce con juramento que le rogué no se mezclara en nuestros asuntos, y aparece por dos súplicas que he entregado a su ilustrísima el Arzobispo, y han sido presentadas de parte nuestra, que nunca hemos ni deseado, ni perseguido ninguna cosa que tenga relación con esta súplica. Esto basta, según parece, a justificar nuestras intenciones, y, si no es el hacerme pasar por impostor no comprendo qué utilidad han podido pretender de esta súplica que han publicado ahora quienes nos son opuestos, después de haber permanecido olvidada catorce años y contra la cual nada dijeron durante este tiempo; pues no puede causarles ning'-n perjuicio en este tiempo, ya que las últimas súplicas presentadas de mi parte no tenían nada parecido. Parece, pues, que habiendo, por medios para mí desconocidos, descubierto este papelucho, y sabiendo que yo era completamente opuesto a su contenido, me hicieron interrogar bruscamente, dudando que respondería con llaneza según mi costumbre y mis convicciones, sin prever el lazo que se me tendía haciendo sospechosa mi inocencia por la súplica de M. Boniface.

No permitáis, Sire, que la buena fe de un sacerdote septuagenario, que trabaja desde hace cincuenta años Por la Iglesia, sea puesta en entredicho, ni que una Congregación establecida por cartas del rey, vuestro padre, de gloriosa memoria, sea anulada. En las cartas patentes que nos--- ha dado aquel gran rey, declara que emplearía gustoso su vida en el cumplimiento de tan gran obra y que podía aportar tanto a la gloria de Dios. La reina, vuestra madre, siempre nos ha favorecido con su poderosa protección y por las bondades de Vuestra Majestad, he podido esperar que Dios os deparaba el remate de una obra comenzada por tan gran príncipe y tan santa princesa.

Prosternado, Sire, a los pies de Vues1ra Majestad, os pido esta gracia. Espero que Dios, quien os ha dado un corazón tan justo y tan recto, os hará protector de la inocencia.

JUAN EUDES,

Sacerdote Misionero» (93).

La hora de! triunfo de la inocencia se haría esperar. Un mandamiento de Colbert le ordenaba el 14 de abril partir de París,
(93)COSTIL: Annales, I, p. 585 SS.; MARTINE: II., p. 319.

donde se hallaba para mejor atender a su defensa. Respondió en estos términos:

«Monseñor:

Ayer tarde recibí una carta sellada que se me entregó de vuestra parte, ordenándome me retire al Seminario de Caen. Inmediatamente me he puesto en condiciones de obedecer, y ahora salgo de París, para esperar en el camino una silla de tiro que me enviarán de Evreux, por no haber podido encontrar plaza en las diligencias, ni en las carrozas, impidiéndome mi edad hacerlo a caballo o a pie. Me he creído, Monseñor, en la obligación de daros cuenta de mi puntual obediencia y protestar ante vos que soy, con profundo respeto, Monseñor, vuestro humilde y obediente servidor,

JUAN EUDES,

Sacerdote. Domingo, mañana, 25 de abril* (94).

El Santo ha resumido este'cruel episodio de su vida en este párrafo de *su Memorial:*

«A fines de este año (1673) y comi enzos del siguiente (1674) me favoreció la divina Providencia con diferentes grandes tribulaciones, aún mayores que todas las precedentes. Pues en primer lugar, para perder a nuestra Congregación, me indispusieron en el ánimo del rey, persuadiéndole que había realizado cosas graves contra los intereses de Su Majestad, en las que nunca había pensado. Ello me había sido predicho un-año antes poco más o menos de que sucediera. En segundo lugar, para impedir que obtuviésemos de la Santa Sede la confirmación de nuestra Congregación, se envió de París a Roma un escrito lleno de calumnias y falsedades contra nosotros» (95).

Ni una palab ' ra de recriminación se escapa de su alma herida. Por el contrario, las pocas cartas llegadas hasta
nosotros de esta época atormentada cual ninguna, atestiguan su total abandono en la divina voluntad, su serenidad
perfecta y su confianza inalterable en la virtud vivificadora y santificadora de la cruz:

<iPedid a Dios por mí-escribe a la Madre San Gabriel-, pues tengo gran necesidad de oraciones, estando cargado de cruces mas que nunca. Pero el menor de mis pecados merece mil veces más, y mi consuelo es que Dios es siempre Dios y que siempre saca su gloria de todas las cosas y que todos los poderes de la

(94) Bibliothèque Nationale. *Mss. Mélanges Colbert, 168, p. 35 (apud Oeuvres, XI, p. 107).*
(95)Mémorial, 98. (Oeuvres, XII, p. 131.)

tierra no podrían impedirme hacer mi único negocio, el cual es servir y amar a mi buenísimo Salvador y a mi amabilísima , Madre» (96).

Y a otra religiosa de Montin ' artre escribe hacia esta época:

«Me sentiría abrumado bajo el peso de mis sufrimientos si no me sostuviera Nuestro Señor y su Santísima Madre. Pero me comunican una fuerza particularísima, por lo que os ruego me ayudéis a darles gracias. Ayudadme también, os suplico, a pedir mucho por mis *bienhechores,* a los que estoy muy obligado por proporcionarme tan preciosas ocasiones de practicar las más hermosas virtudes, especialmente la humildad, la sumisión -a la divina voluntad, el amor a Cristo crucificado y a su Santísima Madre con Él crucificada» (97).

En términos impresionantes predica a sus hijos el abandono a la acción paternal de la divina Providencia:

«Guardémonos mucho-les recomienda-de perder un solo ápice de nuestra confianza, ofenderíamos el poder y la bondad infinitas de nuestro adorabilísimo Padre y de nuestra amabilísima Madre, si después de tantas pruebas de su incomparable caridad, dejásemos de confiar en Ellos. Suscitan algunas personas poderosas para sostenernos y defendernos. Espero que esta persecución sea el último esfuerzo de la rabia del infierno contra nosotros; no sois capaces de creer cuantas calunifflias diversas difunde el demonio contra mí por todas partes. Pero, en medio de todo esto, canto con el corazón:

Viva Jesús, mi único deseo. Viva Jesús ' todo mi placer. Viva Jesús, mi dulce Salvador. Viva Jesús, Dios de mi corazón.

Viva la Reina de mi corazón. Viva María, Madre de amor. Quiero cantar noche y día las maravillas de su buen corazón* (98).

En esta situación viene de Roma un pequeflo rayo de luz a alegrar el alma dolorida del Santo:

«He recibido-escribe a M. de Bonnefond-vuestros dos paquetes con indulgencias para las misiones, que me proporcionaron un consuelo indecible; nunca habíamos podido conseguir semejante favor, por el que os doy infinitas gracias, mi amabilísimo hermano* (99).

(96) *Oeuvres,'XI, p. 110-1.*
(97) *Ibid., p. 111.*
(98) *]bid., X, p.* 463. Para datar estas cartas nos basamos en COSTIL: *Annales, I, p.* 589, Y MARTINE:-II, p. 325.
(99) Oeuvres, X, p. 470.

Estas líneas están fechadas a 21 de agosto de 1674. Cuatro meses más tarde, con motivo de la noticia de la concesión de indulgencias en favor de la Cofradía del Divino Corazón de Jesús, establecida en la capilla del Seminario de Coutances, se escapa de su corazón un grito de reconocimiento y va en busca de su infatigable mandatario en la corte de Roma:

«¡Oh, qué consuelo, mi queridísimo y muy amado hermano, me procuró vuestra carta! ¡Eternas alabanzas al adorabilísimo Corazón del buen Jesús por haber inspirado tan bien al vuestro! ¡Bendiciones inmortales al amabilísimo Corazón de nuestra divina Madre por háberos conducido tan bien en este asunto! ¡Que todo el Paraíso redoble sus oraciones por la conservación y santificación de nuestro santoTadre el Papa! ¡Que Jesús y María os hagan perfecto según su Corazón, mi amadísimo hermano, y que os inspiren y os conduzcan tan sumamente bien, que logréis para las demás casas-si es posible-lo que lograsteis para la de Coutances» (100).

§ 5

Su alegría no iba a ser duradera:

#Soy objeto de nueva persecución más sangrienta. que las pasadas-escribe al mes siguiente- Mis grandes *bienhechores,*

los señores de Ya nueva doctrina, han impreso un libelo contra mí, que han distribuido por toda Francia y en las Comunidades de París, a cuenta de mis escritos sobre Sor María, que está plagado de falsedades, de calumnias y de toda suerte de pruebas de la pasión que les domina. Me cargan con trece herejías, es decir, de arrianismo, de nestorianismo, de monotelismo, de jansenismo, a causa de cuatro proposiciones condenadas... El motivo de toda su cólera está en que me opuse en todas partes a sus novedades, que sostengo en alto la fe de la Iglesia y la autoridad de la Santa Sede, y que he quemado un libro detestable compuesto contra la devoción a la Santísima Virgen, y en cuyo final se dice que no es necesario rezar a la Madre de Dios, lo mismo que a los

demás santos, y que no es Madre de Dios aunque se la llame Madre de Jesús. El autor de ese libelo, junto con varios otros, es un clérigo del país de M. de S:~inte-Marie» (101).

Aquí alcanzamos el fondo mismo del cáliz de la amargura que nuestro ~eroico Santo apuró hasta las heces. Sus enemigos triunfaban de él en toda la línea:

(100) O~res, X, p. 471. *(101) Ibid., p.* 472.

«Al recibir su carta-se escribe desde Roma al P. de Saumaise--hemos cantado el'Te *Deum laudamus,* no en el coro, sino en nuestros corazones, en acción de gracias por el triunfo de la verdad, y de que la mentira no haya podido erigir altar contra altar* (102).

¡En verdad que odiar tanto al prójimo-y por amor de Dios y de la verdad-sobrepasa todo límite! Los enemigos áel Santo meditaban otros negros proyectos:

«... Siempre he juzgado necesario-escribía por este tiempo el fogoso cura de Aulnay al mismo P. Saumaise-abatir al P. Eudes por el lado de la doctrina, y que de otra manera nunca hemos de terminar. Es un hombre que jamás desiste de sus empresas, y una vez derribado, siempre se vuelve a levantar. Lo que es más necesario tener presente es encontrar el medio de probar que el P. Eudes es el autor del libro de la vida de María des Vallées. El manuscrito que M. Bazire me ha enviado y que os mostró el P. de La Saudralle podrá servir de mucho para su demostración, si es verdad que fué corregido por mano del propio P. Eudes; pues este escrito es una abreviación de lo principal que contiene su libroi> (103).

Esta carta pérfida alimentaba en realidad la nueva campafla cuyo desencadenamiento anuncia la carta antes citada del Santo a M. de Bonnefond y que, según pensaban sus enemigos, le había de acosar hasta en sus últimos reductos y allí dejarle a su merced. Se han contrariado en Roma todos sus proyectos, se le perjudicó en el ánimo del rey. Resta desacreditarle ante los ojos del pueblo. A dicho fin aspiran los odiosos panfletos difamatorios sembrados a voleo por toda Francia y de los que el más importante fué la *Carta a un doctor de la Sorbona,* del fogoso cura de Aulnay.

Este sectario implacable, cegado por el odio, no teme.sobornar al secretario del Santo, M. Auve, joven eudista, originario de Aulnay, quien, decepcionado en sus ambiciones, aceptó traicionar a su maestro, en beneficio de sus enemigos. Por este medio M. Dufour consiguió notas inéditas y papeles personales que iba a emplear contra el Santo como un arma terrible.

«Debe leerse-escribe Souriau-la *Carta a un doctor,* en la que Dufour amontona reproches, invectivas, ultrajes a cual más groseros. Señaler al P. Eudes como «una inclinación terrible hacia la idolatría». Le reprocha ser un pobre espíritu, incapaz de conocerse en doctrina, y capaz de enseñar, sin ni siquiera sospecharlo,
(102) Carta del P. Auvry en BOULAY, IV, p. 328.
(103) BOULAY: IV, p. 329.

cuatro de las proposiciones condenadas en Jansenio. Afirma que las obras del P. Eudes merecen ser quemadas por mano del verdugo (104). No perdona la honorabilidad de su adversario; llega a decir que el P. Eudes unas veces sonríe y otras habla como un #zalamero» (105). Dufour hace escuela: «Sus partidarios emplean las mismas armas. Unos pies forzados en forma de entremeses representados en la ciudad de Caen en 1675, contienen contra el P. Eudes ocho s¿netos sobre las rimas: normandos, ignorantes, embaucadores. Las palagras son gruesas» (106).

Otros panfletistas acudieron a ayudarle. Uno de ellos escribe: «El P. Eudes trabaja ahora en las supersticiones del Corazón de la Virgen... No puedo acabar de asombrarme de cómo los Obispos aguantan por más tiempo que se llene la cabeza de su diocesanos con semejantes novedades, so pretexto de aumentar la devoción a la Virgeni> (107).

Otros emplean la ironía: «El bueno del P. Eudes hace decir a su beata María des Vallées que la fiesta del Corazón de la Virgen será tan solemne en la Iglesia como la del Santísimo Sacramento.--Decid, -P. Eudes, ¿dónde encontráis el fundamento de vuestra fiesta? ¿En las Sagradas Escrituras, en los Santos Padres, en los Concilios o en la Tradición? ¿Sobre qué os fundáis ... ? ¡Ah! ¡Todo parece indicar que es el diablo quien os inspiró la institución de esta solemnidad! No cabe duda de que sois imprescindible a la Iglesia, pues permanecería en tinieblas sin la brillantez de vuestras luminosas revelaciones. Si no supiera que una gran pluma y perfectamente cortada ha de descubrir vuestro error, os diría cuanto pienso de estas novedades e invenciones pereúdicas y mariolatras... Vuestros escritos merecen el mismo tratamiento que los de Juan Pedro de Oliva ... » (108).

Ante tal desbordamiento de injurias y calumnias, los amigos del Santo se sintieron en el deber de romper el silencio que él mismo se obstinaba en guardar. Uno de ellos, M. de Launay-Hue, doctor por la Sorbona y vicario de Bayeux, tomó la pluma y compuso en respuesta a la *Carta a un doctor de la Sorbona* una docta *Memoria (109),* donde queda asentada y vindicada la ortodoxia del Santo.
(104) Leltre Ú un Docteur, pp. 85,100,111-2,126 (SOURIAU, 0. C., *P. 163).*
(105) Ibid., p. 75.
(106) SOURIAU, P. *163.*
(107) 'Bibl---Nat., ras. *14.562* (BOULAY, *IV, p. 332).*
(108) Bibl. Nat., mss. *11.942, 11.944, 11.946* (BOULAY, IV, *p. 333). (109)* COSTIL: *Annales, I, p. 526.*

Esta *Memoria* picó en lo vivo al cura de Aulnáy, que trató de replicar en otros dos *lactums,* en los que supera en villanía y en rencorosa y baja venganza a todo lo actuado: <¡En ellos no se menciona al Santo más que bajo la forma del bendito P. Eudes. Se le hace pasar por quien dice tonterías y escribe cosas graciosas, pueriles y grotescas; que sostiene proposiciones escandalosas y heréticas; que se fía de cabezas estúpidas, devotos teñidos de cochinilla, tocados y enharinados con diabólicos errores, y que se parecen a los buhos, a los pulpos, a los camaleones; como un hombre notable por. su malicia gangrenada, su tozudez, su obstinación, su ignorancia, su temeridad, sus blasfemias, sus

super5ticiones, su desvergüenza, su locura, sus sacrilegios, etc.» (110). Mientras así se ensañaban contra él, el Santo mantenía un silencio inviolable y no precisamente por ser insensible a tan indignos procederes:

iEn los años 1675 y 1676-escribe en su Memorial-nuestro amabilísimo Crucificado me honró con diferentes grandes cruces, permitiendo que se publicaran contra mí, casi por toda Francia, libelos difamatorios, repletos de injurias y de calumnias, acusándome de numerosas herejías, de las que, gracias a Dios, me encuentro muy lejos, pero todo se hizo humo* (111).

Sobre todo le aflige la ingratitud de uno de sus hijos:

<iOs puedo decir-escribe a M. de Bonnefond-, mi queridísimo hermano, que desde que estoy en el mundo nunca he sufrido persecución tan sangrienta como la presente. Lo que más me ha afligido es que uno de mis propios hijos, que estaba aquí, que nunca recibió por mi parte sino todas las pruebas posibles de amistad, ha sido mi más cruel perseguidor. *Redidil* mihi mala *pro bonis...* ¡Juzgad, mi queridi,Simo hermano, qué dolor y qué angustia para mí! Después de eso fué cuando caí enfermo ... * (112).

Había puesto su causa en manos de Dios. Por eso se contenta con responder lo siguiente a uno de sus hijos que le urge para &fender la verdad ultrajada por sus enemigos:

«Os doy mil gracias, mi muy querido y amado señor, por la caritativa y cordial carta que me habéis escrito, por la que os estoy muy agradecido, y a los señores que en ella se indican.

(110) Bibl. Nat., ms. 1L948 (ADAM, o. c., p. 156), todas las expresiones reproducidas en esta cita están tomadas del *factum* de Dufeur, como lo atestiguan las referencias indicadas por Adam.

(111) Mémorial, 99. *(Oeuvres, XII, p.* 132.)

(112)Ibid., X, p. 470-1.

Yo os pido les hagáis presente mi reconocimiento y les deis un millón de gracias de mi parte. Su celo y su bondad son muy loables; pero, por no encontrar en el Evangelio el camino y los medios indicados en vuestra carta, para defenderse de la injusticia y crueldad empleada contra Cristo por los judíos, no puedo resolverme a hacer más que imitar su paciencia y su silencio: Iesus autem *tacebal. Tal* vez Dios suscitará a alguno que responda al libelo. De cualquier forma, abrazo gustoso todas las cruces que Dios tenga a bien enviarme, y le suplico instantemente me perdone y perdone a los que me persiguen. El número de mis pecados merecen aún mil veces mas ... » (113).

Aún más. A imitación del Señor, que en la cruz pide por sus verdugos, el Santo pedía a Dios que no les tuviera en cuenta el mal que le causaban:

«Suplico a Nuestro Señor---escribe a una religiosa de Montmartre-les perdone todo el daño que me hacen, que no es grande. ¡Quiera Dios no se ocasionen a sí mismos más daño que a mí! Uno de ellos murió repentinamente estos días pasados, sintiéndolo yo'mucho, pues es de los que trabajaron en el libelo. ¡Dios quiera que no sé encuentre mal! Pero si desgraciadamente fuera así nada omitiría con tal de rescatarle si fuera posible» (114).

A un amigo que le había hecho presente su simpatía, responde en pocas líneQLs que reflejan su alma perfectamente:

«Mil gracias os doy, mi querido señor, por todas vuestras bondades para con esta nuestra pequeña Congregación, y os ruego las continuéis por amor de Nuestro Señor y de su Santísima Madre. No me sorprenden las calumnias que se hacen correr por ahí contra nosotros, pues parece que todo el infierno está desencadenado en contra nuestra. Pero el menor de mis pecados todavía merece mil veces más. No dudo que Nuestro Señor sacará de todo esto su mayor gloria. De todo corazón le suplico se apiade de los maldicientes y calumniadores* (115)..

Por un extraño -concurso de circunstancias, dificultades análogas a las que habían desencadenado contra él la violenta tempestad cuyas fases acabamos de describir, la habían de apaciguar. Se recordará que el punto de partida había sido la diferencia ,sobrevenida entre M. de Lemonie y el Seminario de Valognes. Recientes medidas de rigor tomadas por el mismo Prelado contra uno de los directores de aquella casa, habían llevado al extremo el descontento de los jansenistas que, como de costumbre, remo

(113) O~res, X, p. 474.
(114) Ibid., XI, p. 110.
(115) MARTINE: II, *p. 313.*

vieron cielo y tierra para traer a composición a M. de Lemonie. Incluso llevaron sus quejas al pie del trono. El rey, queriendo terminar de una vez con todas estas querellas interminables, remitió el asunto a la Asamblea provincial de los Obispos de la región que tuvo sus sesiones en Meulan, a fines del año 1674 y comienzos de 1675.

Así era avocada la causa del Santo ante este alto tribunal, estudiada a fondo y juzgada definitivamente.

La sentencia dada en su favor le lavó de todas las acusaciones hechas tanto contra su persona como contra su doctrina y sus obras (116). Salía vencedor de la formidable lucha que el jansenismo le había librado.'

No obstante la decisión de la Asamblea de Meulan, no calmó súbitamente la acusación creada en torno a su persona.
Mucho tiempo después de haberse serenado el cielo, las olas espumosas, levantadas por la tempestad, siguieron
rompiéndose con estruendo en las orillas y coritinuó por algún tiempo la circulación solapada de panfletos dirigidos
contra él, como sabemos por varias cartas que escribió hacia este tiempo, y de las que entresacamos las siguientes líneas
dirigidas a Sor San Enrique, religiosa de Montmartre: 1

«Con todo esto, las trochas y las cruces no me faltan y en diferentes maneras. Ayer supe que todavía hay un nuevo libelo y nuevas calumnias, por lo que Dios sea bendito. Le suplico de todo corazón haga Irandes santos de todos mis calumniadores o mejor dicho, de mis grandes bienhechores* (117).

La consumación.

1675-1680

Siguiendo el afectuoso consejo'que le había dado M. de Bonnefond (118), distrae sus abrumadoras tristezas consagrando las pocas fuerzas que le quedan al servicio de Dios y de las almas.
(116) ADAM: *o. c., p.* 344-5.
(117) *O~res, XI,* 115.

(118)COSTIL: *Annales, 1, p.* 607.

La misión de Saint-Ló, la última que predica, coronó dignamente su hermosa carrera apostólica. Para él fu& un verdadero
triunfo. 1

«Todo el mundo-escribe Martine-quería ver y oír, por última vez, al viejo atleta que había jurado caer combatiendo por Dios. Tal era la muchedumbre ' que el P. Eudes se vió forzado a predicar todos los días fuera de la iglesia en la plaza pública. A pesar de que el viento soplaba de todas partes, y de que entonces contaba setenta y cuatro años, era bien oído por todos los que formaban su auditorio, incluso los más alejados» (119).

Nunca los acentos de su elocuencia apasionada resonaron con tanta fuerza. Nunca sus llamadas a la conversión y a la salvación fueron más conmovedoras y más apremiantes. Nunca fueron mejor comprendidas por la multitud emocionada que se apretujaba-en torno suyo. Se hubiera dicho que él quería dejar paso a su alma ardorosa en este último esfuerzo que su celo infatigable arrancaba a sus fuerzas desfallecidas, en este adiós que dirigía, en realidad, a los benditos trabajos que le habían procurado sus alegrías más consoladoras y a las queridas muchedumbres a las que había entregado lo mejor de su corazón.

Después de esta misión-aparte de algunas predicaciones de circuinstancias (120) que la caridad le fuerza a aceptar-, no vuelve a subir al púlpito. Los ratos que le dejan libres sus achaques, la enfermedad y sus incesantes tribulaciones (121), los consagra ,a sus Institutos, sobre los que se concentra casi únicamente su pensamiento.

Solícito para establecer la casa de probación de su Congregación en las condiciones materiales más favorables posibles, desde Coutances, adonde la destierra la clausura de su capilla por M. Molé, la traslada en 1671 a Caen; después, en 1678, al priorato de Nuestra Señora del Desierto, beneficio adscrito al Seminario de Evreux desde 1674; y por último, en 1678, a tierras de Launay, dependientes del Seminario de Coutances.

Al mismo tiempo que provee a las necesidades temporales de sus hijos, da los últimos toques a las obras que, según piensa, deben transmitirles su espíritu sacerdotal, y con esto asegurar entre

(119) MARTINE: 111, p. 330.
(120) BOULAY: IV, p. 371.
(121) «En 1676 nuestro Salvador me dió muchas cruces muy dolorosas, por lo que sea eternamente bendecido». *Mémorial, 102. (Oeuvres, XII,* p. 133.)

ellos la perseverancia: *El Memorial de la Vida eclesiástica (122) y El Predicador apostólico (123).*

Entretanto el santo anciano experimentaba los estragos de una enfermedad cruel que le'causó vívísímos sufrimientos:

«Mis pecados-escribe a la Madre San Gabriel-me han traído una enfermedad que me lleva al sepulcro. Pero Aquel que tiene entre sus manos las llaves de la vida y de la muerte ha postergado la muerte y conservado la vida para darme tiempo a convertirme y a comenzar una vida nueva. Así lo deseo ardentísimamente, y pido a Nuestro Seflor y a su Santísima Madre me concedan para ello gracia, y comience a amarles como debo; pues no sé si todavía he comenzado. Ayudadme, mí queridísima hermana, a hacerlo así» (124).

Su inalterable paciencia *y su* admirable. resignación durante esta prueba, edificaron sumamente a cuantos le rodeaban:

«... Todo su consuelo en ' medio de sus grandes dolores, y su único descanso, fué la adorable voluntad de Dios-escribe el secretario del Santo a las religiosas de Montmartrew- Todo el tiempo de su enfermedad Sólo fué una continua preparación a la muerte, y el hermoso ejemplo de su muerte nos hace desear morir así» (125).

Sin embargo, el pensamiento de su desgracia y de las consecuencias que de ella se podría seguir para los suyos, despues de su muerte, le torturaba más que todos sus sufrimientos físicos. La consideraba cuestión de vida o muerte para su Congregación, cuya existencia permanecería siempre comprometida, mientras no se hubiera apaciguado la cólera real. Por eso, venciendo su gran repugr~ancia a romper el silencio en que voluntariamente se había encerrado, se decidió a,intentar un último esfuerzo para aplacar al rey. Le dirigió la siguiente humilde súplica:

«Sire:

Soy el último de vuestros súbditos que vuelvo de las puertas de la muerte, a la que me hallo muy próximo, por haber sido conducido a ella por una enfermedad mortal. Dios no ha permitido que saliese de este mundo con la horrible mancha que se me había puesto sobre la frente al acusarme de haber presentado una súplica a nuestro Santo Padre el Papa, que lastimaba los

(122) *Oeuvres, III, p.* 1-233.
(123) *Ibid., IV, p.* 1-115. Según testimonio del P. Hérambourg (BouLAY: IV, p. 382) el Santo'revisó varias obras que no habiéndose, impreso se han perdido.,
(124) *Oeuvres, XI, p.* 121-2.
(125) BoULAY: IV, p. 407.

intereses de Vuestra Majestad. En verdad, os puedo asegurar~ que esta acusación me ha sido en cierto modo más amarga que la muerte misma puesta ante mis ojos, pues antes prefiero morir que desagradar a quien ocupa en la tierra el lugar del Rey def cielo, ante quien protesto que dicha súplica nunca entró en mi animo.

Ruego ' a Vuestra Majestad tenga presente que es un sacerdote quien tiene el honor de hablaros, y que desde hace cincuenta anos ofrece todos los días a Dios el sacrificio del Cuerpo adorable y de la preciosa Sangre de Aquel que es la verdad eterna, y que pide la caridad cristiana prestar algún crédito a sus palabras,

en vez de juzgarle y condenarle como a un mentiroso y a un impostor, visto principalmente que estoy pronto a afirmar lo que digo con todos los medios por los que un cristiano puede afirmar una verdad, y que declaro que desapruebo y detesto con todo mi coraz6n esa súplica, protestando que preferiría dar mil vidas antes que hacer nada contra el menor de los intereses de Vuestra Majestad, a la cual ruego humildísimamente olvide súplica tan miserable, como desea que el Salvador de las almas aniquile totalmente todo cuanto pueda oponerse a su felicidad eterna, y permita que vaya a prosternarme a sus pies, para protestar -de viva voz, que soy con profundísimo respeto,

-Sire, de Vuestra Majestad, etc.* (126). -

No sentimos la necesidad de atenuar ni de explicar la reverencia casi religiosa que se

desprende de esta carta. El Santo tiene sobre nosotros la ventaja de pertenecer a un siglo en el que la autoridad real gozaba de un prestigio en cierta forma divino. Lejos, pues, de asombrarnos por su actitud y por *su* lenguaje, no encontramos nada que no sea muy natural y esté en perfecta conformidad con los *usos* de la época más cristiana y más francesa de la historia de Francia.

Para asegurar el éxito de sus gestiones, el santo áriciano interesó a algunos de los personajes más influyentes de la corte de Luis XIV: el Arzobispo de París, M. de ChamPvallon *(127);* M. Auvry, cuya fidelidad le constaba, el confesor del rey, P. de La Chaise *(128).*

También se procuró, mediante fervorosas oraciones, el socorro de sus celestiales protectores, obligándose incluso con voto a dedicar una de las capillas de la iglesia del Seminario de Caen en honor de la Inmaculada Concepción. Tantas influencias del cielo y de la tierra no podían haberse empleado en vano. En los primeros días deJunio, M. Auvry transmitía al P. Eudes la feliz

(126) Oeuvres, XI, p. 120-1.
(127) Cfr. la carta que le escribió en COSTLL: *AffnaleS, 1, p. 627.*
(128) Cfr. ¡bid., la carta del Santo al P. La Chaise. .

noticia de que el rey, abandonando sus prevenciones, se dignaba recibirle en audiencia.

El Santo tomó inmediatamente el camino de la capital, y sin tardanza se dirigió a Saint-Germain, donde a la sazon se encontraba la corte. Con fecha de 17 de junio de 1679 escribe a su secretario P. Dufour:

<~Ayer tuve el honor de ver al rey en Saint-Germain, y fué de la siguiente forma: Se me hizo pasar a la cámara del rey, donde me encontré rodeado de numerosos Obispos, sacerdotes, duques, condes, marqueses, mariscales de Francia y guardias del rey. Mons. de París me hizo colocar en una esquina de la cámara y entrando el rey paso por en medio de estos grandes senores y vino derecho a m i con semblante lleno de bondad. Entonces empecé a hablarle de nuestro asunto, y me escuchó con gran atención, como si estuviera muy contento al oír lo que yo, le decía:

Sire, heme aquí a los pies de Vuestra Majestad para daros mis más humildes gracias por la bondad que usáis conmigo
al sufrir que yo tenga el honor y el consuelo de volver a veros antes de morir, y para protestar que no hay hombre en el
mundo que tenga más celo por vuestro servicio que el que yo tengo.*En estas disposiciones deseo emplear y consumar
los pocos días que me quedan de vida. También os ruego humildísimamente, Sire, nos honréis con vuestra real
protección y continuéis honrándonos con vuestras gracias y favores. Así lo espero de la maravillosa bondad que alegra
y cautiva los corazones de quienes tienen el honor de hablar a Vuestra Majestad, de la que nadie se aparta sin estar
colmado de alegría y de consuelo `

Habiendo oído esto me respondió el rey: «Mucho me agrada el veros. Me han hablado de vos. Estoy persuadido del mucho bien que hacéis en mis Estados. Continuad trabajando como hasta el presente. Mucho me agradaría volveros a ver y os serviría y os protegería en todas las ocasiones que se presentaram.

Estas fueron las palabras del rey, y me colmaron de indecible satisfacción. Las oyeron Mons.

de París y todos los señores allí presentes, quienes se asombraron de ver a un rey tan grande hablar con tanta bondad al último de los hombres.

Después fui a decir Misa a los Recoletos, luego se me llevó a comer con los capellanes, quienes me recibieron con gran bondad y caridad ... » (12 *9).*

Esta alegría. vivísima era una de las últimas de su vida. Una hernia causada por el traqueteo del coche que le devolvía a Caen (130), sumándose a sus achaques, le redujo a un estado precario en extremo.

(129) Oeuvres, X, p. 477-8. Cfr. Mémorial, 102. (Oeuvres, XII, p. 133-4).
(130)Mémorial, 103. (Oeuvres, XII, p. 134).

Pronto sintió la necesidad de proveer al gobierno de su Sociedad. Convocó, pues, en asamblea extraordinaria, a los Superiores de sus Seminarios, para proceder al nombramiento de un coadjutor en quien descargar parte de sus funciones. Una vez reunidos les manifestó su deseo de ver asociársele a M. de Bonnefond en tal calidad. La elección fué aprobada unánimemente ~ de común acuerdo se procedió a redactar el acta de elección (131).

Algunas semanas más tárde, con gran satisfacción del Santo fundador, se llegaba a un acuerdo, que deseaba desde hacía años entre las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad y el Seminario de Caen, poniendo fin a un altercado para él muy molesto, y asegurando para el futuro la más córdial armonía entre sus dos familias espirituales (132).

El nombramiento de M. de Bonnefond para el cargo de coadjutor, no era, en realidad, sino una medida provisional, que pronto resultó insuficiente a los ojos del Santo y a los de sus hijos. El interés de la Congregación exigía más. Así lo comprendió, El 28 de junio de 1680, por orden suya, se celebraba en Caen la primera asamblea general de la Congregación, expresamente convocada para,recibir la dimisión de su Superior general y proceder al nombramiento de su sucesor (133).

Ante todo, la asamblea tuvo el honor de expresar al venerado fundador el reconocimiento filial de toda la Congregación. Inmediatamente proveyó con gran delicadeza a asegurarle la situación especial a la que su abnegación, sus méritos y sus virtudes le daban indiscutible derecho (134). Después, llegado el momento «se procedió por escrutinio y papeletas, y habiendo obtenido, M. Blouet dieciséis votos de los dieciocho que integraban la asamblea, se encontró elegido canónicamente - Superior general* (135). Nadie en verdad era más digno para llevar la pesada carga que los hombros cansados del ~anto se negaban a soportar por más tiempo.

Los *Anales* de la Sociedad nos han conservado- piadosamente

(131) Cfr. en COSTIL: *Annales, 1, p. 629.*
(132) Ibid., 1, p. 630.
(133) No juzgamos oportuno reproducir el discurso que, según su costumbre pone MARTINE (11, p. 349) en labios del Santo al abrir la asamblea. COSTIL (1, p. 633) dice simplemepte: «El santo hombre expuso la causa por qué les había convocado, que era elegir un Superior general para ayudarle y aliviarle en el gobierno de la Congregación y ser su sucesor después de su muerte, sin estar obligados a hacer otra elección».
(134) COSTIL: *Annales, I, p.* 633 SS-; MARTINE: II, p. 349 ss.
(135) COSTIL: *Annales,* I, p. 634.

el recuerdo de la emocionante escena que se desarrolló en el momento de hacer la asamblea acto de sumisión al nuevo Superion Con profunda humildad que arrancó lágrimas a todos (136), el venerable fundador se prosternó a los pies de quien, a pesar de todo, seguía siendo uno de sus hijos, y le pidió su bendición, protestándole su entera obediencia. -

,«Fué-dice Aérambourg-una hermosa lección para los asistentes sobre el respeto que debían tener a Nuestro Señor en la persona de quien ocupaba su puesto. Olvidando lo que había sido, se sometió a ser lo que se quería que fuese; y aquel por quien Dios daba sus oráculos, prestó el oído para escucharlos por boca de otro. Había aprendido que vale más obedecer que mandar, que había más seguridad en la sumisión que en el gobierno, muy difícil de ejercer sin peligro» (137).

El Santo dice- en su *Memorial* que esta elección le procuró «un grandísimo consuelo, tanto mayor que le había precedido un dolor y una angustia * muy sensible, por causas que no puedo decir» (I^. Ya, a proposito de los actos de la asamblea donde había sido elegido coadjutor suyo M. de Bonnefond, dice Costil «que el P. Eudes hubo de soportar varias penas por causa de alguno de nuestros compañeros al fin de su vida, como lo he sabido por un anciano sacerdote de la Congregación, que no podía recordarlo sin indignarse, a pesar de haber transcurrido más de cuarenta años de aquel hecho» (139).

¿Cuál es la realidad de lo sucedido en estas dos reuniones? Sabemos lo suficiente para concluir que, hasta el último momento, el Santo hubo de entregar el providencial rescate de sus raras alegrías. El sufrimiento, compañero inseparable de su vida,, le acompaña hasta el término de su interminable calvario, y después de l7aber vivido entre los brazos de la cruz, también en ella debía morir.

En adelante la víctima está pronta para la suprema-inmolación. Un silencio apacible se extiende en torno al valiente operario llegado al ocaso, inundado por las radiantes claridades de la eternidad, de su ruda y larga jornada de trabajo. Poco a poco todos los lazos que le unen a la tierra se rompen unos tras otros. Su retiro anual, que cumple con más fervor que nunca (14), se

(136) COSTIL: *A nnales, I, p.* 634.
(137) HÉRAMBOURG: 1. 1.', *cap.* 17.
'(138) *Mémorial, p.* 104. *(Oeuvres,* XII, p. 135.)
(139) COSTIL: *Annales, I, p.* 630.
(140)COSTIL: 1, *p.* 635.

convierte e n una verdadera preparación a la inuerte---que ve venir contento, que llama con todos sus deseos, como debiendo consumar su semejanza con Jesús. También lo aprovecha para dar a los suyos sus últimas recomendaciones y retoca su testamento.

Habiendo puesto en orden todos sus asuntos, y para satisfacer el deseo de sus hijas muy amadas y bendecirlas nuevamente, se trasladó con trabajo al monasterio de Nuestra Señora de la Caridad (141). Conmovedora y suprema entrevista que termina en lágrimas, y donde se cambian entre el que se dispone a abandonar la tierra y las que su partida dejará huérfanas, las palabras del adiós supremo.

Cumplido este deber, el Santo puede morir. Vuelto de la Caridad al Seminario, un violento ataque le postra en cama. Se le prodigan los cuidados más solícitos y apropiados. En vano. La enfermedad empeora rápidamente causando al venerado paciente sufrimientos atroces que soporta con admirable resignacion, como se ve por el siguiente diálogo edificante que nos han conservado sus biógrafos:

«-Padre, ¿sufrís mucho?

-Espantosamente.

-Pero,'Padre mío-replica uno de ellos-¿no queréis soportar todos estos sufrimientos por amor de Dios?

,-Con todo mi corazón esponde-, con todo mi corazón. 'Sí, Salvador mío, con todo mi corazón abrazo todas las penas que me hacéis sufrir. Es muy justo, Dios mío, que. el criminal sufra, puesto que el inocente ha sufrido tanto. Es muy razonable que sufra el pecador cuando el Señor ha sufrido tanto* (142).

A petición suya le. administran el Santo Viático. Dejemos la palabra al P. Hérambourg, que refiere según un testigo presencial la conmovedora escena que entonces se desarrolló.

«El* Dios de todo consuelo quiso visitar a su siervo enfermo, que se preparó a recibirle tan bien y aún más de lo que le permitía su debilidad. Pues al ver a Nuestro Señor en su cuarto, pidió al enfermero le ayudara a levantarse. No fué posible que sus hijos, allí presentes, impidieran su devoción. Temían con fundamento que tan débil como estaba, este acto de humildad adelantase su muerte. Fué preciso que los ruegos cedieran ante su amor. Se arrodilló en el suelo ante el Santísimo Sacramento, y sostenido en esta posición por dos de sus hijos---casi Como lo fué otra vez Moisés

(141) MARTINE (II, p. 356) es el único que refiere esta escena. COSTIL y HÉRAMBOURG no la mencionan.

(142)COSTIL: Annales, 1, p. 636; HÉRAMBOURG, 1. 1.', cap. 18.

en la montaña-suruido en sus ardientes súplicas, pidió perdón a nuestro Señor por los innumerables pecados que decía haber cometido; pidió perdón a todos los de la Congregación, a quienes exhortó con vigor a permanecer fieles a sus Reglas y a, sus Constituciones, ofreciéndoles a Jesús y María y deseándoles miles de bendiciones. Rezó numerosas oraciones y en forma tan conmovedora que ni uno de los presentes pudo retener las lágrimas, y en esta humilde postura y con tales ardores, comulgó ... » (143).

Pocos días antes de su muerte, tornando a la tierra su pensamiento, que ya no abandonaba el cielo, envió las últimas palabras a sus hijas del Refugio y a las carmelitas, cuyo director siguió siendo hasta el último momento, para recomendarles instantement~ la caridad para con'los enfermos (144).

Sintiendo en seguida declinar sus fuerzas pidió le administrasen la Extremaunción, que recibió con los sentimientos de la más viva piedad.

Enterándose entonces de que Mme. de Camilly pedía el favor de recibir su bendición antes de verse separada de él para siempre, respondió: «Que, la hagan pasar, es mi hija mayor». Mme. de Camilly rompió en sollozos al penetrar en el cuarto del santo enfermo. -Para consolarla, le prometió apresurar el momento de su reunión en el cielo. Promesa que se cumpliría un mes más tarde, cuando Mme. de Camilly murió repentinamente al salir de la capilla del Seminario qonde acababa de comulgar (145).

A sus hijos ansiosos reunidos en torno a su lecho de muerte, para recoger *sus,novissima verba,* «habló de las alegrías del Paraíso y de la eternidad, con grandes sentimientos de su indignidad,

mezclados no obstante a los de una experiencia tan firme, que ya parecía poseerlas. Les exhortó a la paz, les consoló de su muerte, les recomendó a Dios, les puso en manos de la Santísima Virgen» (146).

Al fin, escuchando la llamada de lo alto para que abandonase este lugar de destierro que para él había sido un verdadero valle de lágrimas, respondió con celestial alegría y expiró «en los transportes de una caridad ardiente» (147) a la misma hora---como había ppdido--en que exhalara Nuestro Señor él último suspiro sobre la cruz, el lunes 19 de agosto de 1680.

(143) HÉRAMBOURG: 10C. *Cit.*
(144) HÉRAMBOURG: 10C. *Cit.;* COSTIL: *Annales, I, p.* 637. '
(145) COSTIL: 10C. Cit.
(146) COSTIL: 10C. Cit.
(147) COSTIL: 10C. Cit.

Muerte tan preciosa privaba a los «pobres de un amigo sincero, a lbs pecadores de un verdadero padre, a las personas piadosas regulares o seculares de un sabio director, a los eclesiásticos de un hermano desinteresado, a la Congregación de Jesús y María de su fundador y sólido apoyo, y a toda la Iglesia de un celoso defensor de su doctrina y de sus intereses» (148).

Ella inspiró al P. Boudon estas hermosas palabras al parecer inadvertidas por los biógrafos del Santo:

«Np hay que asombrarse, s i la imierte del venerable Juan Eudes ha sido tan preciosa,, tan apacible, tan llena de celestiales consuelos. Parece que el cielo le estaba abierto y la hora de la muerte, que es tan temible, fué para él colmada de delicias y consuelos espirituales. Hablaba del Paraíso como si ya hubiera estado allí; sus palabras eran palabras de unción y de vida para quienes estaban presentes. Es privilegio de los devotos servidores de la Santísima Virgen, no sólo morir'cristianamente, sino con suavidad y paz. No nos hemos de extrañar, por tanto, de qUe haya hecho correr como un río de paz en el corazón de uno de sus Más celosos servidores de nuestros tiempos, y que era el hijo bendito de su Corazón» (149).

(148) COSTIL: 10C. Cit.
(149)BOUDON: *La dévotion á VInmaculée 11-ére de Dieu, 1.* 3.', *cap.* 5.

331

CAPíTULO X

EN LA ESCUELA DE SAN JUAN EUDES (1)

Z<Si el ascetismo es el empleo concertado de nuestros recursos naturales y sobrenaturales para conquistarnos a nosotros mismos, y conformar nuestra voluntad con Dios, es evidente que toda fórmula ascética' se encontrará en estrecha dependencia con una filosofía de Dios y con una filosofía del hombre» (2).

Es preciso tenerlo presente en todo estudio de espiritualidad. Esta tiene sus escuelas relacionadas con una u otra de las grandes escuelas de teología dogmática y moral. Todas, es claro, poseen en común principios, métodos, nociones, ejercicios, que ninguna de ellas puede atribuirse en propiedad o monopolio. En estos puntos comunes no hay oposición o diferencia entre unas y otras. Así por ejemplo, renunciamiento y abnegación no pertenecen a título de caracteres diferenciales a ninguna de ellas, pues entran, en cierto modo, por derecho divino, en toda espiritualidad; así como también el amor divino se encontrará en toda espiritualidad digna de este nombre.

Las oposiciones o diferencias que dan a las diversas escuelas espirituales su particular fisonomía, proviene de principios profundos que importa poner en claro: de ellos fluyen las líneas y tendencias generales y los métodos de cada una. Llevadas a la práctica estas diferencias se traducen por el predominio en la vida espiritual de tal o tal otro aspecto que termina su fisonomía. Así ~el alma formada en la escuela benedictina, franciscana, dominicana, ignaciana-por sólo mencionar las más conocidastendrá su manera peculiar de ir a Dios, de unirse con Él y también de luchar contra sí misma.

(1) Este capítulo fué escrito antes de aparecer la obra de excepcional valor del eminente especialista en cuestiones eudistas, R. P. LEBRUN, *La spiritualité de saint Jeant Eudes. A* ella enviamos al lector deseoso de ingresar de lleno... en la escuela de San Juan Eudes.

(2) F. VINCENT: *Saint François de Sales, directeur d'âmes.* Paris, 1923, página 25.

Sólo ha de retener nuestra atención la denominada *escuela francesa. No* se comprendería bien a San Juan Eudes y, sobre todo, no se comprendería bien su enseñanza espiritual, si no se le coloca en su medio histórico y psicológico. Conservando su innegable personalidad, San Juan Eudes está vinculado a la ilustre escuela cuyo nombre acabamos de mencionar. Por eso, en esta breve síntesis de su espirituálidad--que sin pretender agotar el tema, quisiera al menos no descuidar lo esencial-, le veremos en la escuela donde él mismo se ha formado y de la que sigue siendo uno de sus más autorizados representantes, antes de reseñar los principios y método que resumen su enseñánza espiritual.

La escuela de lan Juan Eudes.

§

Ya no es necesario justificar la expresión *escuela francesa,* que designa la pujante corriente ascética y mística que seproduce en'Franciá en'e1 transcurso del siglo xvii.

Esta corriente bien merece el nombre de escuela, en el sentido estricto de la palabra, pues es

perfecta la cohesión y unanimidad que existen entre todos los grupos espirituales que de ella dependen-oratorianos, sulpicianos, lazaristas, eudistas, montfortianos, hermanos de las Escuelas Cristianas-, no obstante los diferentes matices de pensamiento, a veces acentuados, que sería fácil establecer entre unos y otros; matices que acusan la originalidad de sus respectivos fundadores, o que son el resultado de las circunstancias, del temperamento o de la primera educación de los mismos. Todos, en efecto, hablan, sienten, obran de idéntica manera; todos conciben del mismo modo las relaciones que deben existir entre el Creador y la criatura; todos adoptan da misma filosofía de Dios y del hombre*.

Aproxímense unos a otros estos sacerdotes ilustres por sus virtudes y célebres por sus obras: el Cardenal de Bérulle, San Vicente de Paffl (3), San Juan Eudes, San Luis Grignon de Montfort,

(3) «Espíritu de adoración, devoción a los misterios ~ creencia vivida en la soberanía de la gracia, son rasgos que no permiten dudar del berulismo

el venerable Olier, el,P. Condren, San Juan Bautista de la Salle. Se comprobará inmediatamente que sus almas son hermanas; que todos han sido vaciados en el mismo molde espiritual.

Permítasenos añadir que esta escuela es típicamente fFancesa.

Todos sus maestros han tenido por patria a Francia; han brillado, con los más vivos resplandores, en el período más propiainente francés de la historia de este país; han renovado la piedad francesa, al mismo tiempo que dignificaron el sacerdocio francés. Fueron los artífices del renacimiento religioso de su tiempo, como en la literatura y en las artes lo fueron la pléyade de artistas, escritores y oradores que la Providencia concedió por aquel entonces a Francia. Unos y otros, aunque en diferentes esferas, respondieron a la misma necesidad de orden, de claridad, de distinción, supremo atributo del genio francés en sus más altas manifestaciones.

§ 2

San Juan Eudes pertenece a esta escuela, que produjo tantas obras maestras y tantos hombres notables. ~

Ingresado en el Oratorio en 1623, tuvo la ventaja de ser formado en la vida espiritual por el Cardenal de Bérulle, maestro eminente cntre todos, entonces en el apogeo de su gloria y de su autoridad y que acababa de publicar su *Discurso sobre el estado y las grandezas de Jesús.* También fué discípulo del P. de Condren. Ya sabemos (4) la alta estima en que tuvo, durante toda su vida, la doctrina, los* escritos y las personas de los dos venerados maestros, que le iniciaron en los secretos de la perfección cristiana y sacerdotal.

Los acontecimientos que después agitaron su vida: separación de sus hermanos, dificultades que tantas veces le habían de enfrentar con ellos, la fundación de su Congregacion, su misión de apóstol de los Sagrados Corazones, en nada modificaron su acti de San Vicente de Paúl. Cuando el abate Bremond publicó su trabajo sobre la escuela francesa, no pudo consultar la hermosa obra del P. Coste. Los dos primeros volúmenes del epistolario del Santo, aparecían al mismo tiempo que se tiraba. Es lamentable. Hubiese podido presentar al lector muchos más textos v más decisivos. La cuestión es importante porque, sobre toda discusión, l¿ vida y obras de San Vicente de Paúl son la más bella apología ,de la espiritualidad oratoriana». Le bérutíisn«te de Saint Vincent de Paul, en Oratoriana, 1931, n.' 2.

(4) Cfr. supra, p. 28. 334- UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

tud respecto a sus dos maestros, ni afectaron a la fidelidad de su pensamiento. Por eso en muchos puntos se evidencia la profunda concordancia de San Juan.Eudes y el Cardenal de Bérulle.

Ambos beben en las mismas fuentes doctrinales (5). Uno y otro explotan la teología grande y sólida del Ver'bo Encarnado, de San Juan y de San Pablo-ésta en su doctrina de la gracia, aquélla en la del amor---con todas sus consecuencias dogmáticas, ascéticas y morales. En ellos también es muy visible la influencia de San Agustín en la materia del pecado original y de la gracia. A la de San Bernardo debe Bérulle su armoniosa fusión de la ascética y la mística que debió aprender en la escuela de Dom Beaucousin, con quien «está íntimamente ligado» (6), y cuan sensible sea a los encantos del santo Abad de Claraval nuestro San Juan Eudes aparece del conjunto de sus obras. También podíamos encontrar en los escritos de Bérulle y de su discípulo la influencía de Santo Tomás de Aquino, y de los grandes místicos medieva~ les-en particular de Santa Gertrudis-, de Maldonado, de San Felipe de Neri (7).

Éstas, como fácilmente se comprenderá, sólo son algunas indicaciones, pues no existe nada tan difícil como llevar a cabo un proceso de tendencias o un estudio de influencias. Para llegar a conclusiones definitivas, necesitaríamos conocer a fondo las obras de los diferentes autores, de quienes por unánime opinión ,es tributaria la escuela francesa; también sería precisb conocer las lecturas, las biblioteCas, las preferencias y afinidades intelectuales de sus principales representantes: pero investigaciones de

(5) Cfr. L. MOLIEN: *Origines deja spiritualité bérullienne,* en *Oratoriana,* 1931, n.' 2; las aportaciones tan sólidas como nuevas de Dom J. HuijBEN, *Aux sources de la spiritualité française du XVIIe siècle* en *La Vie spi-rituelle,* suplemento de 1930 y enero~mayo 1931; el magistral artículo de L. MOLIEN, *Bérulle* en *Dict. de Spiritualité,* fasc. 5 (París, 1935), col. 1539-81.

(6) POTTIER: *Le P..Louis Lallemant et les grands spirituals de son temps, III,* París, 1933, *p.* 112.

(7) De propósito no citamos a San Francisco de Sales entre las fuentes comunes a Bérulle y a San Juan Eudes. La influencia del Santo doctor sobre el primero fué mínima, si existió. De Bérulle ya estaba formado cuando traba conocimiento con San Francisco de Sales, cuyo *Tratado del Amor de Dios* no aparece hasta 1616. Por otra parte ¡es tan grande la distancia' entreel humanismo sonriente y el optimismo del Obispo de Ginebra y el pesimismo berulianol En cuanto a San Juan Eudes es indudable que experimentó profundamente la experiencia del Santo. Sin embargo; como hace ver el P. Boulay: «Si se comparan sus obras con la *Ntroducción a la vida dovota* y el *Tratado del .4 mor de Dios,* se verá que si en ellas se predica la misma perfección se las enfoca y practica de diferente manera». *(La Vie sPiriluelle,* junio, 1925, p. 306.) ,, ,

este género nos llevarían fuera de los límites de nuestros modestísimo capítulo. Indiquemos sin embargo, el sentido en que deberán orientarse las investigaciones para obtener resultados serios. . .

- Consideremos también la forma en que se expresan de Bérulle y San Juan Eudes. Tienen su estilo propio; éste es uno de los puntos en que más se diferencian. El contraste aparece por sí'mismo de manifesto entre la limpidez, exactitud, sencillez, concisión de San Juan Eudes, «a quien hasta un niño podría comprenden> (8), y lo angosto y tumultuoso de la obra, por otra parte de nobleza incomparable y en ocasiones Sublime, del Cardenal de Bérulle. No obstante, nos atrevemos a, decir que su vocabulario técnico es el mismo, y que la nota explicativa, colocada por el P. Bourgoing en su introducción a las obras completas de Bérulle, podía figurar, por la misma razón, en el

encabezamiento de las de San Juan Eudes. «Yo añadiría a estas observaciones-esc~ibe el P. Bourgoing-la explicación de algunos términos que son muy frecuentes en estas obras, como los de *honor, homenaje y honrar;* los de *Pertenencia y unión; los* de *servídumbre, sacrilicio y hostia (9).* Añadamos los de *atribuir y unirse, y habremos* reconstruído el vocabulario beruliano y eudi4ta.

Hasta las célebres <~¡oh!» berulianas, que Bremond ha comparado a las mucho más famosas ¡oh! de,Bossuct, se encuentran en nuestro Santo. Leemos en sus *Diálogos interiores:*

«¡Oh divina Esencia, que sois un abismo sin fondo ni límites de maravillas! ¡Oh inmenso océano de grandezas! ¡Oh mundo incomprensible de milagros! ¡Oh Trinidad de mi Dios! ¡Oh sencillez! ¡Oh eternidad sin principio ni fin a la que todo está presente! ¡Oh inmensidad que todo lo llenáis, todo lo contenéis 3~ que llenaríais y contendríais un mundo infinito de mundos, si existiera! ¡Oh infinidad que poseéis todas las perfecciones imaginables e inimaginables! ¡Oh inmortalidad! ¡Oh invisibilidadi ¡Oh luz inaccesible! ¡Oh verdad incomprensible! ¡Oh abismo de ciencia y sabiduría! ¡Oh verdad! ¡Oh santidad de mi Dios! ... * (10).

Estas entusiastas exclamaciones todavia se continúan toda una pagina, queriendo agotar al parecer todo cuanto hay de amorosa admiración en el corazón del Santo, perdido en la contemplación de los inefables atributos de la divina esencia.

Un último aspecto vincula a San Juan Eudes al fundador del

(8) BREMOND.

(9) Introducción a *las Oeuvres compl¿tes 4e Bérulle, p. 86.*

(10)Entretiens intérieurs, 8, 1. *(Oeuvres, II, p. 1634.)*

Oratorío: el riquísimo filón de ideas que poseen y explotan en común (11). Pronto diremos dónde el discípulo se hace a su vez maestro y asienta su originalidad y su independencia. Pero está claro que San Juan Eudes tomó amplios y magníficos préstamos de Bérulle. Para citar un ejemplo, una elevación a la Santísima Virgen del *Reino de Jesús* ha sido literalmente reproducida del *Discurso sobre,el estado y las grandezas de Jesús (12).* Otras comprobaciones semejantes podrían ser aducidas; algunas lo serán en las siguientes páginas. Ayudan a situar a San Juan Eudes en su medio doctrinal y a precisar el puesto de honor que le pertenece entre sus émulos de la escuela francesa (13). .

(11) M. POURRAT, en La Spiritualité *chrétienne (III,* Paris, 1927, p. 501) reduce a tres las características de la escuela fran~--esa: su devoción al Verbo Encarnado, el lugar preponderante en que coloca la virtud de religión en sus relaciones con Dios, su concepción agustiniana dé la gracia.. Otra característica de esta escuela nos parece que se debe añadir a las anteriores: su devoción a María. Verdad es que ésta va unida y se desprende de su culto al Verbo Encarnado. La mayoría de estas características se encontrarán en San Juan Eudes. Sin embargo, en él las relaciones con Diosque llevan visiblemente el sello de la. virtud de religión-, el amor y la confianza, sobresalen sobre esta virtud; y su devoción a los Sagrados Corazones comunica a su piedad-un carácter distintivo que impide su confusión con el berulismo puro y simple.

(12) La *Vie et le Royaume de jésus, 1,* 22 *(Oeuvres, I, p.* 148-9); BÉRULLE: *Oeuvres complètes, p.* 530.

(13) El *Reino de Jesús* contiene indiscutibles huellas de la influencia ejercida sobre su autor por el P. de Condren. En un artículo nuestro en *Les Saints-Coeurs,* 56 (1935), 682, pueden verse paralelamente textos de una carta del P. de Condren sobre la humildad. (Carta 3.a, edición 1643, pp. 294-302), y las páginas del *Reino de Jesús* relativas a esta níisma virtud *(Oeuvres, 1,* pp. 217-228), y se verá cuán notable es la dependencia doctrinal de San Juan Eudes con relación a su maestro. He aquí la conclusión de este artículo: «Mas el interés capital de esta confrontacióndeberíamos decir

mejor de esta collation-entre la carta del P. de Condren... y las páginas de San Juan Eudes reside en las consecuencigs doctrinales que fluyen de su innegable identidad de fondo y de forma.

»Se sabe el lugar ocupado por la humildad en la enseñanza espiritual de nuestro Santo. Es a sus ojos la medida misma de la santidad. Estas ideas están claramente determinadas al publicar el *Reino de Jesús.* En sus meditaciones sobre la humildad se limita a volver sobre ellas y exponerlas con una fría Y rigurosa precisión. Sus fórmulas han podido acentuarse, sus expresiones ser mas fuertes, vivas, pero su doctrina, sin la menor mitigación ni modificación es la misma del *Reino de Jesús, y es* material y formalmente la del P. de Condren.*

1 1

Principios.

La doctrina espiritual de San Juan Eudes «se encuentra en todas sus obras, de las que es corazón y alma (14). Ninguna se ha de olvidar. Si únicamente «El *Reino de Jesús* nos presenta su exposición completa y metódica, y nos enseña a llevarla a la practica en el detalle de la vida» (15), se desprende vigorosa y clara de sus opúsculos de piedad, de las *Regulae Domini Iesu,* del *Manual Para uso de una Comunidad eclesiástica,* y de los tratados y oficios que compuso en honor de los Sagrados CorazOnes. Quien se contentara con estudiarla en el *Reino de Jesús,* se expondría a desconocer su alcance y a no estimar su valor (16).

La síntesis de esta doctrina es fácil de construir. Agruparemos los principios fundamentales en tres apartados:

1) Los dos términos presentes: el Verbo Encarnado y la naturaleza caída.

2) Ideal a realizar: *Mihi vivere Christus est!*

3) Medio adecuado para realizarlo: la devoción a los Sagrados Corazones (17).

«Desde la Encarnación la vida religiosa de la humanidad se orienta hacia jesucristo. Es lógico.

»El Dios de! cielo nos domina desde muy alto. La espiritualidad de su naturaleza le sustrae a nuestras facultades sensibles, la infinidad de sus perfecciones desconcierta nuestra inteligencia y cuando pensamos en El, lo que más nos imp'resiona es la majestad con que nos deslumbra, su omnipotencia que nos aplasta, su justicia que nos sobrecoge. De donde se sigue que en lugar de

(14) BoULAY, en La *Vie sPirilvelle,* junio 1925, p. 307.

(15) LEBRUN: Introduciôn al *Royaume de jésus. (Oeuvres, I, p.* 5 .)

(16) Prescindimos de las obras sacerdotales de San **Juan Eudes que por** sí solas bastarían a un interesantísimo estudio. Cfr. *supra, p.* 1 4 5 - 6

(17) No quisiéramos que se interpretase mal nuestro pensamiento. Presentando la devoción a los Sagrados Corazones como un medio, en aminoramos el puesto que los Sagrados Corazones deben ocupar en duestra vida, cuyo término siguen siendo, ni en la espiritualidad de San Juan Eudes, cpya devoción a los mismos es como su coronamiento.

amarle con todo nuestro corazón, nos sentimos impulsados a pensar en Él únicamente con temblor.

*El Dios del pesebre, del Calvario y del Altar está más a nuestro alcance. Al hacerse nuestro hermano, nos permitió ir a Él por medio de todas las potencias de nuestra naturaleza y, sobre todo, sé ha como despojado de cuanto nos alejaba de El, para sólo dejar aparecer una bondad que nos atrae. Por eso a partir de la Encarnación, como se ha dicho (18), se halla desplazado el centro de atracción de las almas religiosas, no para alejarse de Dios, sino para ir a Él por camino más fácil y encontrarle en la persona del Verbo Encarnado.

»No sé si estas ideas fueron alguna vez mejor comprendidas que en el Oratorio de Francia, cuyo fundador mereció de Urbano VIII el apelativo de «apóstol del Verbo Encarnado». Allí se profesaba una particular devoción a Jesucristo, aplicándose a considerarle y honrarle en todas las cosas» (19).

Devoción particular a Jesucristo. Nada más justo. Entendemos la devoción como de Bérulle la entendía, y como sus discípulosespecialmente San Juan Eudes-la seguirán entendiendo:

<~Debemos tener-escribe-tres clases de unión con Jesucristo, según las cualidades que tiene en relación a nosotros. Él es soberano y nosotros sus súbditos y vasallos. Él es el Redentor y nosotros sus cautivós: *captivam duxit captivitatem* (Eph., *4, 8). 111* es la Cabeza y nosotros sus miembros (1 Cor., *6, 15).* Tres puntos diferentes que nos obligan a tres clases de deberes distintos en sí mismos, y tendiendo todos a ligarnos con vínculo estrecho e íntimo a Aquel que está unido a nuestra naturaleza en unidad de subsistencia, y unido al Padre Eterno en unidad de esencia... Como Soberano debemos vivir bajo sus leyes; como Redentor, según su voluntad; como Cabeza, según su espíritu, su movimiento y su influencia* *(20).*

Qué plenitud doctrinal en estas pocas palabras que contienen la médula de la espiritualidad beruliana. Nos debemos unir a Jesucristo, a Jesucristo todo entero:

<iConfesándonos esclavos de Tesucristo-para seguir hablando como de Bérulle, esclavos p~r derecho y por compra, pero aún más esclavos por. amor y por voluntad, aspirantes incluso y deseosos de unirnos con Jesucristo por medio de un lazo más fuerte y más íntimo, es decir, como los miembros con su cabeza,

(18) LEJEuNE: *Avant et apr¿s la Communion, 11, c. I,* n.' 4.
(19) LEBRUN: *lee. cit., p. 37.*
(20) BÉRULLE: *Oeuvres compUtes, p. 616.*

que es la unión más sólida e íntima, y que tiende a la mayor conformidad de espíritu y de vida posible en la naturaleza»
(2 1) - -

San Juan Eudes no emplea otro lenguaje. He aquí los términos en que asienta el principio fundamental de
su.espiritualidad:

#Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, Rey de los hombres y de los ángeles, no siendo sólo nuestro Dios, nuestro
Salvador y nuestro Soberano Señor, sino siendo también nuestra Cabeza, *y siendo nosotros sus miembros y su cuerpo,* como
dice San Pablo, *hueso de sus huesos y carne de su carne (22), y por* consiguiente estando unidos a Él con la unión más íntima

como es la de los miembros con su cabeza; unidos con Él espiritualmente por la fe y por la gracia que nos dió en el santo
Bautismo; unidos con Él corporalmente por la unión de su santísimo cuerpo con el nuestro en la Sagrada Eucaristía; de
esto se sigue necesariamente que, como los miembros se hallan animados por el espíritu de su cabeza, vivamos de su
vida, andemos por sus senderos, revistámonos con sus sentimientos e inclinaciones, hagamos todos nuestros actos con
las disposiciones e intenciones ~con que P-1 realizaba los suyos; en una palabra, continuemos y cumplamos la vida, la
religión y la devoción que ha practicado en la tierra» *(23).*

San Juan Eudes formula este mismo principio fundamental en *sus Regulae Domini Iesu.* He aquí, en efecto, el título de la seccion primera del capítulo III de estas mismas reglas:

Christianus debet adherere Christo w1 membrum capiti suo: «El cristiano tiene la obligación de unirse con Cristo, como todo miembro con su cabeza» (~4).

De nuevo afirma de manera expresa, en el *Corazón Admirable,* cuando habiéndonos invitado a «considerar que Jesucristo es nuestra verdadera cabeza», continúa: «De lo que se derivan cinco grandes cosas:
J.a Que es a vosotros como la cabeza a sus miembros...
2.a Que sois a Él como los miembros a su cabeza...
3.a Que no sólo Él está en vosotros, sino que quiere estar en vosotros, como la cabeza vive y reina en sus miembros...
4.a Que no solamente estáis vosotros en el Hijo de Dios, sino que debéis estar en El, como los miembros están en su
cabeza; que todo lo que existe en vosotros debe estar incorporado a El y recibir vida y dirección suya...

(21) BÉRIEfLLE: Oeuvres compUtes, p. 616; ¡bid., pp. 512, 807, 911, 959, 970.
(22) iMembra sumus Corporis cius de carne eius et de ossibus eius.» *(Eph., 5,* 30.)
(23) Royaume de Jésus, 11, 1. (Oeuvres, 1, p. 161-2.)
(24) Oeuvres, XI, p. 84.

_*5.a* Que sólo sois uno con el mismo Jesús, como los miembros sólo son uno con su cabeza ... * (25).

Se habrá podido reconocer inmediatamente la íntima relación de la teología de nuestro Santo con la de San Pablo. El gran misterio de la vida de Cristo en nosotros, que el apóstol recibió la misión de predicar y que no cesa de llevar al espíritu y al corazón de los primeros cristianos,es, en cierta forma, como apropiado por San Juan Eudes. De Él constituyó el dogma generador de su piedad y de su espiritualidad.

Limitémonos a comprobar este hecho. No tenemos que exponer el fundamento en las Escrituras y en los Santos Padres de esa incomparable doctrina, puesto que no tenemos que justificarla. A ello consagró el Santo dos capítulos de su *Reino de Jesús,* en los que no se ha omitido ningún argumento esencial (26).

En nuestros días, a causa - del lugar preeminente que ha conquistado en la piedad católica, esta doctrina de
«Cristo cabeza» o, lo que viene a ser lo mismo, del Cuerpo Místico, ha sido objeto de estudios

profundos que
han puesto de manifiesto sus múltiples aspectos, y orientado hacia ella las almas ávidas de unión con Cristo y de
realizar las riquezas de su incorporación a Él, por el santo Bautismo. Nosotros sólo podemos remitir al lector a di
chos trabajos (27).

Ante la vista de Cristo Verbo Encarnado, que el Dios *de Nuestro Señor jesucristo, el Padre de la gloria,* como dice San Pablo, *ha dado por cabeza a su Iglesia---jue es stt cuerpo y su Plenitud* (28), necesitamos ahora, con San Juan Eudes, colocar los miembros que debe vivificar y asociar a su desarrollo: el hombre, criatura cuyo pecado ha sido causa de. su caída.

El dogma del pecado original y de sus consecuencias para nosotros, desempefia un papel de primer orden en la escuela francesa, y por tanto en San Juan Eudes, hasta el punto de que

(25) *Coeur Admirable, 1,* 5, 3. *(Oeuvres, VI, p.* 113-5.)

(26) *Royaume de jésus, 11,* 1-2. *(Oeuvres, I, p.* 161-7.)

(27) Se consultarán provechosamente: LEBRUN: Introducción a *Oeuvres,* DUPERRAY: *Le Christ dans la vie chrétienne d'après saint Paul,* Paris, 1928 (muy interesante y útil); CHARTON: *P"r vivre te Christ;* las Conocidas obras de Dom MARMION Y el P. PLUS; J. ANGER: *La doctrine du Corps mystique de Christ* (París, 1929); con las oportunas reservas sobre su discutible capítulo acerca de la escuela francesa, los dos volúmenes de E. MEERSCii: *Le Corps mystique du Christ* (Louvain, 1933); el sustancioso folleto del P. de JAEGRER, *La vie Xidentification au Christ* (París, 1927).

(28) «Et ipsum dedit caput supra omnem Ecelesiam quae est corpus ipsius et plenitudo eius.» *(Eph., 1,* 22.)

su concepción agustiniana de la gracia se ha podido considerar como una de sus características, por uno de los historiadores de la espiritualidad (29).

De esta concepcion de la gracia, que pide su concepción especialísima de nuestra caída y de las consecuencias en nosotros del pecado original, proviene, en efecto, el pesimismo algunas veces muy sombrío que profesan los maestros de esta escuela. Nuestra naturaleza caída no tiene que esperar ningún crédito de su parte. Se complacerán en humillarla, en rebajarla para volver a sacar la ineluctable obligación en que estamos de dejarnos conducir por la gracia y abandonamos sin reservas a su acción (30).

Así comprenderemos la insistencia, que de otra manera parecería importuna, con que no cesan de invitamos a que nos anonademos con todo lo que hay en nosotro~, para dejar campo libre a la acción de la gracia. También comprenderemos mejor el alcance de los términos oblación, entrega de sí, que se encuentra en cada pagina de sus escritos, la ausencia de método riguroso y sabio, de todo lo que sabe a *ejercicio* (31), el juego habitualmente combinado de nuestras facultades, por el que se pone de manifiesto el papel de nuestra voluntad, cuando sobre todo se trata de dejar obrar en nosotros a la gracia y alejar todo cuanto pueda contrarrestar su acción.

Pocos autores, dentro de la ortodoxia, han acentuado más que San Juan Eudes la corrupción de la naturaleza por el pecado original. «No se contenta con afirmar que llevamos en nosotros la raíz de todos los vicios y que, si Dios no nos sostuviera continuamente, nos precipitaríamos a cada momento en un abismo de pecados. Llega hasta decir, sin hacer distinción entre orden natural y orden sobrenatural, que por nosotros mismos somos moralmente incapaces de hacer ningún bien y de evitar el menor mal; incluso de resistir a la menor tentacion. Estos asertos se encuentran con frecuencia en

él cuando trata del renunciamiento y de la humildad» (32).
(29) POURRAT: *La spiritualité chrétienue, III, p.* 501.
(30) Siguiendo al P. LFBRUN reconocemos que en el siglo xvii fué algunas veces exagerada esta corrupción de nuestra naturaleza. <SEs la época de Bayo y de Jansenio, y es posible que las ideas de estos dos herejes se hayan infiltrado un poco incluso en sus adversarios. Tan difícil es escapar a la influencia de los errores de su tiempo». *(Oeuvres, 1, p.* 23.)
(31) BREMOND: *Histoire litteraire, III, p. 114.*
(32) LEBRUN, en *Oeuvres, I, p.* 23.

júzguese de la magnitud de nuestra caída, por estas líneas que de él nos ha conservado el P. Hérambourg:

«El ser que hemos recibido de Adán y que hemos adquirido por nuestros pecados es un ser de pecado y de maldad, y
según este ser, no somos sino pecado, maldición y abominación. Pues, así como un poco de fermento corrompe la
totalidad de la masa a que se afiade y la convierte en fermento, y como un poco de hiel o de veneno, derramado en un vaso
de vino, lo transforma en hiel y en veneno, así el pecado ha depravado, corrompido y envenenado de tal forma todas las
partes de nuestro cuerpo y de nuestra alma, hasta el punto de no ser nosotros mismos más que depravación, corrupción y
venefio. Y así como el alma posee y llena de tal forma el cuerpo que anima, que no hay ser, sustancia y vida, poder y
acción sino en su alma y por su alma: así San Pablo, considerando lo que somos en nosotros mismos, nos llama cuerpo
de pecado, corpus peccati, porque el pecado es como nuestra alma, nuestro espíritu y nuestra vida y que, por nosotros
mismos, no tenemos subsistencia, ni vida, ni poder sino en el pecado, y no podemos hacer ningún acto sino por espí
ritu y movimiento de pecado.* 1

He aquí algunos extractos del comentario de la *Profesión de humildad,* reveladores del pensamiento del Santo:

1 «En una palabra, no tenemos poder para realizar el más mínimo acto de virtud cristiana, ni para resistir un solo momento a la tentación más débil del mundo ... * (33*).*

<iPor nuestra naturaleza corrompida y depravada, somos hijos de cólera y de maldición, porque somos hijos de pecado y de iniquidad. Es ésta nuestra segunda participación, siendo la primera la nada. Somos hijos de pecado y de perdición, porque hemos nacido de pecado y de condenación: Prius damnati quam nati. Xondenados antes de nacer», dice San Bernardo, tenemos en nosotros el origen de todos los pecados>~ *(34).*

tTenemos en nosotros tan gran inclinación al mal, y un peso que nos lleva al pecado tan enorme, que si Dios no nos sostuviese continuamente, caeríamos en un infierno de toda clase de pecados, con más impetuosidad que una piedra de molino, colocada en lo más alto del firmamento, se precipitaría sobre la tierra, si no la detuviese un gran milagro» *(35).*

«Somos esclavos del pecado: Qui lacit peccatum, servus est peceati: «El que comete pecado es

siervo del pecado*. Por lo tanto, si Dios nos abandonara a nosotros mismos, el pecado ejercería sobre nosotros la misma tiranía que ejerce sobre los condenados; de suerte que no podríamos tener ningún pensamiento, ni decir rúnguna palabra, ni hacer nialguna acción que no fuese pecado, como los santos que están en el cielo, están transformados en santidad» *(36).*

(33) M¿ditations sur *V, 3.* (Oeittvres, *II, p. 86.)*
(34) Ibid., IX, 1. (Oeuvres, *II, p. 95.)*
(35) Ibid., IX, 2. (Oeuvres, *11, p. 96.)*
(36) Ibid., IX, 3. (Oeuvres. *II, p. 96-7.)*

§ 2

Ideal a realizar. Nos hemos esforzado en reproducir, sin la menor atenuación, el sentimiento de San Juan Eudes sobre nuestra inmensa miseria, nuestra profunda depravación. Enorme es el contraste entre la cabeza augusta y los miembros que por el santo Bautismo han de serle incorporados y participarán de *su* vida.

Guardémonos no obstante de toda falsa interpretación de este aparente pesimismo. Si el Santo humilla hasta tal punto nuestra naturaleza, es para exaltar más aún el poder de la gracia, para poner de relieve su necesidad; es para determinarnos a una lucha energica y sin cuartel contra todo lo que-por el hecho de nuestra caída-se oponga en nosotros al reino y a la vida de Cristo.

En realidad, su pesimismo versa sólo sobre la corrupción de nuestra naturaleza. Toda su espiritualidad, por lo demás, respira alegre y grande optimismo por el resplandeciente ideal que propone a nuestros esfuerzos, y también, como pronto hemos de decir, por el poderoso y consolador medio que pone a nuestra disposición, para alcanzárlo y realizarlo en su sublime plenitud.

San Juan Eudes toma de San Pablo, el doctor del Cuerpo Místico, la fórmula que encarna su ideal de vida cristiana: *Mihi vivere Christus esfl, o* también: *Vivo iam non ego, vivit vero in me Christus: «¡Mi* vida es Cristo!... No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí».

Llegar a ser,.ser Cristo: tal debe ser la ambición de todo cristiano. Ninguna ambición puede ser más legítima: tiene su origen en nuestra vocación a la gracia: *¿No nos predestina ésta a ser según la imagen del Hijo de Dios? (37).* Está cimentado sobre .nuestra incorporación a Cristo por el-bautismo, poniéndonos en la feliz necesidad de vivir nosotros mismos de la vida de Cristo y dejarle vivir su vida en nosotros...

Pero pidamos a San Juan Eudes que evoque ante nuestros ojos el ideal hacia el que no debemos dejar de aspirar *hasta que hayamos alcanzado el estado de hombre hecho a la'medida Perlecta, de Cristo (38).*

(37) «Quos praescivit et praedestinavit, conformes fieri imaginis Filii su¡... Quos praedestinavit hos et vocabit.* (Rom., 8, 28-30.)

(38) «Donec occurramus omnes... in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi.» *(Eph., 4, 12.)*

«Veis por esto lo que es la vida cristiana. Es una continuación y cumplimiento de la vida de Jesús. Todas nuestras acciones deben ser una continuación de las acciones de Jesús. Debemos ser semejantes a Jesús en la tierra, para continuar en ella su vida y sus obras, y para que cuanto

hacemos y sufrimos hagamos y suframos santa y divinamente en el espíritu de Cristo, es decir, con las disposiciones e intenciones santas y divinas como se comportaba Cristo en todas sus acciones y sufrimientos ... » (3 9).

«... Se puede decir con verdad-escribe el Santo en otro lugar-que un verdadero cristiano, que es miembro de Cristo y que está unido con Él por su gracia, continúa y cumple con todos los actos que realiza en el espíritu de Cristo, los actos que Cristo mismo realizó durante su vida sobre la tierra; cuando trabaja continúa la vida laboriosa de Cristo; cuando habla con el prójimo en espíritu de caridad continúa las conversaciones de Cristo.... y así en todos los demás actos realizados cristianamente» (40).

Y este -comienzo del prólogo del *Reino de Jesús:*

«Siendo Cristo, Dios y hombre juntamente, todo en todas las cosas, según el divino 'oráculo de su gran apóstol: *Omnia in omnibus Christus,* y especialmente debiendo ser todo en los cristianos, como la cabeza en sus miembros y el espíritu en su cuerpo, debe ser nuestro cuidado y principal ocupación trabajar en formarle y establecerle dentro de nosotros y allí hacerle vivir y reinar; que sea nuestra vida, nuestra santificación, nuestra fuerza, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro todo, o mejor dicho, para que viva en nosotros, que en nosotros sea sañtificado, y que establezca en nosotros el reino de su espíritu, de su amor y de todas sus virtudes ... * (4 l).

Para secundar este ideal divino, nos invita San Juan Eudes a introducir en nosotros a Cristo todo entero, a continuar en nosotros su vida y así encontrar el suplemento, *la humanidad colmada,* que exige de cada uno de sus miembros. A Cristo con el espíritu que le animaba y los sentimientos que experimentaba en todas las circunstancias; a Cristo en todas las virtudes de que nos da ejemplo:

#Es preciso..., si deseáis hacer vivir y reinar a Cristo en vosotros, que os ejercitéis cuidadosamente en la práctica de las virtudes cristianas que Cristo nuestro Señor ejercitó estando en el mundo. Pues, ya que tenemos'que continuar y curaplir la vida santa que Cristo llevó sobre la tierra, también debemos continuar y cumplir las virtudes que practicó en la tierra ... » (42).

(39)~ *Royaume de Jésus,* 11, 2. *(Oeuvres,* 1, p. 166.)
(40) *]bid. (Oeuvres, 1, p.* 165~)
(41) *Ibid. Pref. Cfr. ¡bid., II, p.* 39-40. *(Qeuvres, 1, pp. 89, 91,* 271 ss.)
(42) *Ibid., 11,* 22. *(Oeuvres, 1, p.* 205.)

Es a Cristo en todos sus misterios:

«Pues, como debemos continuar y cumplir en nosotros la vida, las virtudes y los actos de Cristo sobre la tierra, también debemos continuar y cumplir en nosotros los estados y misterios de Cristo, y pedirle con frecuencia que los consuma y cumpla en nosotros... Pues el Hijo de Dios tiene el designio de poner una participación, hacer como una extensión y continuación en nosotros... del misterio de su Encarnación.... y de todos sus misterios: y por este procedimiento cumplir en nosotros sus misterios... (43).

Es a Cristo en la desnudez de Belén; en su, vida laboriosa y oscura de Nazaret, en su ministerio de caridad y apostolado de la vida pública; en las humillaciones, los abandonos, los ultrajes, los sufrimientos de la Pasión, y del Calvario. Y nuestro Santo, yendo hasta el término del principio de perfección que se ha propuesto, del ideal heroico que se ha asignado y que asigna a todos los cristianos, de hacer vivir y reinar a Cristo en ellos, no teme proponernos *el martirio como la perlección y*

consumación de la vida y santidad cristiana (44). Y, santamente audaz en su inteligencia perfecta de las exigencias de la gracia bautismal, invita a todos los cristianos *a vivir en el espíritu de martirio:*

«Hernos hecho profesión, en el Bautismo, 'de unirnos con Cristo, de seguirle e imitarle, y en consecuencia ser hostias y víctimas consagradas al sacrificio para su gloria. Estamos, pues, obligados a seguirle e imitarle en su muerte lo mismo que en su vida, y estar siempre dispuestos a sacrificarle nuestra vida y todo cuanto hay en nosotros, siguiendo estas santas palabras: *Nos hemos entregado a la muerte todos los días, por amor vuestro, y somos tenidos por ovejas destinadas al sacrificio y que se conducen al matadero...»* (45).

§ 3

Se ha dicho que los Oficios y Misas compuestas por San Juan Eudes en honor de los Sagrados Corazones eran «como el último esfuerzo y suprema eflorescencia de la vida íntima» (46) del Santo.
(43) RoyauWe de Jésus, HI---4. (Oeuv«yes, I, p. 310.)
(44) Ibid., 11, 44. (Oeuvres, 1, p. 284.)
(45) Ibid., 11, 45, S. (Qeuvres, I, p. 293-4). El capítulo de que tomamos esta cita merece ser transcrito íntegramente. Es uno de los más hermosos de *Le Royaume de Jésus.*
(46) Mons. LEmoNNiER, Obispo de Bayeux. Carta pastoral con ocasión de las canonizaciones de San Juan Eudes y Santa Teresita del Nifio Jesús.

Podemos afiadir, con la misma razón, que son la suprema eflorescencia de la vida espiritual tal como él nos la presenta.

Afinidades misteriosas aproximan su vida espiritual a la devoción de los Sagrados Corazones que-en el espíritu y en la práctica de nuestro Santo-no tardará en ser el medio más eficaz y más natural de alcanzar el ideal divino que ofrece a nuestra piedad:

«Quoniam estis filú De¡ et membra Christi, posuit Deus spiritum sumn et cor Filii su¡ in medio vestri; ut cum Patre et Capite vestro sit vobis spiritus unus et cor unum.»

. «Quoniam estis Filii De¡, misit Deus spiritum et Cor Filii su¡ in Corda vestra, clamantem: *Abba:* Pater.»

«Porque sois sus hijos y miembros de Cristo, Dios ha colocado en medio de vosotros el Espíritu y el Corazón de su Hijo, para que no haya nada más que un Espíritu y un solo corazón entre vuestro Padre, vuestrá Cabeza y vosotros*.

«Porque sois sus hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones el Espiritu y el Corazón de su Hijo que no deja de clamar: *A bba:*

Padre* (47). '

¡Una sola cabeza, un solo corazón!... La doctrina del Cuerpo Místico encuentra su complemento y florecimiento total en la devoción a los Sagrados Corazones. Intencionadamente mantenemos el plural. Traicionaríamos el pensamiento del Santo y deformaríamos su tierna devoción si separáramos uno de otro los dos corazones que Dios y su amgr recíproco unieron tan íntimamente: el Corazón de Jesús y el de su Santísima Madre. '

Creemos que sería equivocarse sobre las intenciones de la Santa Iglesia, retener sólo de la

devoción al Sagrado Corazón el carácter reparador que ha querido atribuir a la fiesta del mes de junio (48). Y digámoslo de Paso, San Juan Eudes <imenciona expresamente la reparación entre los deberes a tributar al Corazón de Jesús cuando celebremos su fiesta» (49). Pero la » reparación

(47) Oficio del Corazón de Jesús. 1 nocturno, responsorio. *(Oeuvres, XI,* p. 471) *y Gradual* de la Misa *(Ibid., p.* 507.)

(48) Cfr. LEBRUN en *Oeuvres, VI, p. ~'CXXXIX y VIII, p.* 315.

(49) Los documentos oficiales no dejaron de subrayar el otro aspecto de esta devoción: el del amor, que en ella siempre figuró primero... ut *lideles sub sacratissimi CordÁs symbolo devotius ac ferventius recolant caritatem Christi.* Leemos en la sexta lección del antiguo *Oficio* del Sagrado Corazón. «Para que *lbs* fieles, bajo el símbolo del Sagrado Corazón, honren con más devoción y fervor el amor de Cristo». Pío *VI,* en 1781, rechazando los injur*iosos* ataques de Rice¡, escribía que la devoción consiste, sustancialmente, en meditar, en la imagen simbólica del Corazón, la caridad inmensa y amor liberal de nuestro divino Redentor, U*t in symbolica Cordís imagine immensam caritatem effusumque amorem divini Redemploris nostri meditemur atque veneremur.*

no puede absorber la devoción a los Sagrados Corazones. Ésta seguirá siendo el gran medio de unión con Jesús y María, el gran medio de hacerles vivir y reinar en nuestros corazones.

Así es como San Juan Eudes nos la presenta:

Devoción, de unión con Jesús y María, lo es por la constante imitación que nos propone de las virtudes y disposiciones de sus Santísimos Corazones. La célebre orqCión compuesta en su honor por el Santo es a este particular muy característica:

Yo os saludo Corazón santísimo, devotísimo, humildísimo, Purísimo, sapientísimo, misericordiosísimo, etc., de Jesús y de María (50).

Las virtudes que resplandecieron entre todas en sus Sagrados Corazones, son propuestas inmediatamente a nuestra admiración, a nuestras alabanzas y a nuestra imitación.

1 El docto autor de las introducciones colocadas al comienzo de los diferentes volúmenes de sus obrasl ha podido escribir con entera verdad:

«Una de las ideas predominantes del *Corazón Aamirable* es la de que los Sagrados, Corazones de Jesús y María deben ser la regla viva, al mismo tiempo que el objeto de todos nuestros pensamientos y afectos» (51).

Sólo citaremos algunos textos en apoyo de esta afirmación:

<i¿Queréis honrar al Corazón de vuestra divina Madre? Penetrad con entero conocimiento en el designio de imitarle. Todas las divinas perfecciones y las tres eternas Personas están reflejadas en su Corazón y de tal forma lo han llenado, poseído y penetrado que lo transformaron en sí mismas ... » (S 2).

«Considerad que nuestro Soberano Legislador nos ha dado el Corazón augusto de su gloriosa Madre, como una santa regla, que os hará santos si la observáis fielmente: regla de la vida celestial que debéis llevar; regla de las costumbres y de las cuafidades santas con las que debéis estar revestidos; regla de todas las máximas evangélicas que habéis de seguir; regla de las santas disposiciones con las que debéis ejecutar vuestros actos; en una palabra, regla de vuestra vida

interior y exterior» (53).

En el libro XII, San Juan Eudes consagra toda una medita,cion a mostrarnos en elldivino Corazón de Jesús el modelo y regla ae nuestra vida:

~ (50) Cfr. *supra, p.* 2 3 1 - 2
(5 1) LEBRuN en *Oeuvres, VI, p. CXI.*
(5 5 2) *Coeur Admirable, V,* 13. *(Oeuvres, VII, p. 107-8.)*
(5 3) *Ibid., XI, méd. 2.a. (Oeuvres, VIII, p. 146.)*

«Cristo me ha dado su Corazón para ser mi refugio y mi asilo, mi oráculo y mi tesoro; pero también me lo ha dado para ser el modelo y la regla de mi vida y de mis acciones. Esta regla es la que continuamente quiero consi ' derar y estudiar, para seguirla fielmente. Quiero considerar con cuidado lo que el Corazón de Jesús odia y, lo que ama, para odiar lo que Él odia y amar lo que Él ama ... » (54).

La devoción a los Sagrados Corazones es también devoción de unión con Jesús y María, por razón del amor confiado y generoso que hace nacer y mantiene en nuestras almas.

Verdad es que en la conquista del ideal propuesto a nuestros esfuerzos, nuestra pobre naturaleza caída tendría derecho a vacilar, retroceder y abandonar para siempre la persecución de su ambición irrealizable. Y aquí es donde brilla en todo su esplendor el optimismo de la espiritualidad de nuestro Santo. Ya, en el *.Reino de Jesús,* había insistido sobre la confianza sin límites con la que debíamos ir a Dios:

«... Viendo que estamos desprovistos de todo bien, de toda virtud, de toda fuerza y capacidad para servir a Dios, y que somos un' verdadero infierno lleno de toda especie de mal, esto nos obliga a no apoyarnos sobre nosotros mismos, ni sobre lo que es nuestro; y por tanto salir fuera de nosotros, como fuera de un infierno, para retirarnos a Jesús como a nuestro paraíso, donde encontraremos en abundancia todo lo que nos falta en nosotros mismos; y para apoyarnos y confiarnos en ÉI, Como en Aquel que nos ha sido dado por el Padre Eterno para ser nuestra redención, nuestra justicia,, nuestra virtud, nuestra santificación, nuestro tesoro, nuestra vida y nuestro todo» (55).

El Santo acumula después en dos capítulos los textos más hermosos y más conmovedores de las Escrituras que exaltan la confianza en Dios, entre las que intercala a manera de comentario estas consoladoras palabras de Nuestro Sefior a Santa Gertrudis:

«Me traspasa el corazón con un flecha de amor, aquel que tiene una confianza ciega en Mí, a quien puedo, sé y quiero
asistir fielmente en todas las cosas; esta confianza ejerce tal violencia en mi piedad que no puedo de ningún modo
ausentarme de él» (5 6).

Estas páginas llevan en germen **las efusiones desbordante del Oficio que el** Santo apóstol había de
componer más tarde en honor de los Sagrados Corazones. Entonces se hallará en plena

(54) Coeur Admirable, XII, med. S.a. (Oeuvres, VIII, p. 318.)
(55) Royaume de Jéstis, 11, 29. (Oewvres, I, p. 233-4.)
(56) Ibid. (Oeuvres, I, p. 236-7.)

posesión de su genio apostólico. En el curso de su carrera ya larga y rica en frutos de misionero, había podido palpar los estragos causados en las almas por las doctrinas glaciales del jansenimo, que tantas veces se habían levantado en su camino, y le habían librado tan rudos combates. Bien comprendía que sólo un amor lleno de confianza podía aproximar a Dios las almas que los rigores de la herejía aterrorizaban y sumían en oscura desesperación; sólo este amor confiado-y él lo sabía-era capaz de levantar las almas, de arrastrarlas en pos de las huellas de Cristo y de llevarlas a vivir su vida, y a dejarle vivir su vida en ellas.

Esta es la causa de los irresistibles acentos de su Misa *de fuego* y de las llamadas a la confianza que, con prodigiosa variedad de tonos, se repiten en los responsorios, en los versículos, en las antífonas, ~ en las lecciones de este Oficio. Ya hemos recordado el *Venite gentes... Confidite! (57).*

Citemos sólo estos responsorios del II Nocturno:

«Pruebete ergo inihi cor vestrum, filioli, et dabo vobis cor meum.-Cor nostrum in manu tua, o Domine Iesu, secundum magnitudincm brachú tu¡ posside illud in aeternum.*

«Dadme vuestro corazón, hijitos míos, y os daré el míoNuestro corazón está en vuestras manos, oh Señor: por la fuerza de vuestro brazo poseedle eternamente» (58).

Esta es la causa de los gritos de alegre abandono que atestiguan la plena satisfacción del alma que ha puesto su confianza en la ternura de Cristo:

,O,Cor meum, Cor unicum, Virtus, salus, fiducia, Thesaure, sol et jubilUm, In te mihi sunt omnia.

Corazón mío, Corazón único, Virtud, salvación, confianza, Tesoro, sol y júbilo, Para mí, todo está en Ti (59).

Llegada a este punto, el alma puede remontar su vuelo; nada podrá en adelante detener su ímpetu. La devoción a los Sagrados Corazones después de haber sido una devoción de unión con Jesús y María por la imitación y la confianza, producirá. en ella su fruto más tierno y precioso: se transformará-perdónesenos la

(57) Cfr. supra, p. 251
(58) Oficio del Corazón de Jesús. II nocturno, responsorio. (Oeuvres, XI, p. 473.)
(59) Himno de maitines. (Oeuvres, XI, p. 470.)

expresión---en *devoción de vida.* Imitar a los Sagrados Corazones, ir a ellos con toda la vehemencia de su confianza y generoso amor, conducirá tarde o temprano a sólo vivir en Ellos, por Ellos y para Ellos.

Aquí dejemos hablar a nuestro Santo y veremos la oración de la fiesta del divino Corazón; en ella nos entrega el fondo de su pensamiento, nos descubre el término de sus deseos:

«Padre de misericordia y Dios de todo consuelo, que por un efecto de vuestra inmensa caridad para con nosotros, nos habéis dado, en vuestra inefable bondad, el Corazón amantísimo de vuestro Hijo para que, no formando sino un solo corazón con Él, pudiéramos amaros perfectamente: os suplicamos nos concedáis que, después de realizar la donsumación en la unidad de cada uno de nosotros con el Corazón de Jesús, toda nuestra vida esté inspirada por su amor y, gracias a,El, sean escuchados los justos deseos de nuestro corazón* *(6 0).*

El lector habrá notado el encendido deseo de esta oración: «Después de realizar la consumación en la unidad entre el Corazón de Jesús y,cada uno de nosotros». In *unum consummalis!...*

He aquí ahora las últimas estrofas de la grandiosa salutación en la que San Juan Eudes ha resumido toda su teología de los Sagrados Corazones y de la vida cristiana:

«Os ofrecemos nuestro corazón, os lo entregamos, os lo consa gramos, os lo inmolamos.

Recibidlo y poscedlo todo entero, purificadlo, iluminadlo y santificadlo.

A fin de que viváis y reinéis en Él, ahora y siempre y por los siglos de los siglos* *(61).*

La vida cristiana estará realizada, la devoción a los Sagrados Corazones habrá alcanzado su plenitud, cuando Jesús y María vivan y reinen en nuestros corazones en el tiempo y en la eternidad.

(60) <Tater misericordiarum et Deús totius consolationis, qui propter nimiam charitatem, qua dilexisti nos, dilectissimi *Filii* tu¡ Cor arnantissimum nobis ineffabili bonitate donasti, ut te uno Corde cum ipso perfecte diligamus: praesta quaesumus, ut cordibus nostris inter se et cum Corde lesu in unum consununatis, omnia nostra in charitate cius fiant, atque ipso interveniente, ¡usta cordis nostri desideria conipleantur.» *(Oeuvres, XI, pá*gina *468.)*

(61) Cfr. *supra, p.-231-2*

El método.

¿Conviene la palabra «método* a las diferentes prácticas de piedad preconizadas por San Juan Eudes?

El poco crédito que presta a nuestra naturaleza le lleva a no conceder mucho más a las industrias humanas, a todo lo quecomo ya dijimos--«es ejercicio, juego hábilmente combinado de nuestras facultades». Permanecerá, pues, fiel a las doctrinas agustiniana§ y hará depender nuestro progreso espiritual mucho más de la acción de la gracia que de nuestros esfuerzos personales.:

*«La práctica de las prácticas-escribe-, el secreto de los secretos, la devoción de las devociones, es no tener apego a ninguna práctica o ejercicio particular de devoción, y tener un gran cuidado, en todos vuestros ejercicios, de entregaros al Santo Espíritu de Cristo..., para que tenga pleno poder y plena libertad de acción en vosotros según sus deseos, para poner en vosotros las disposiciones y sentimientos de devoción que quiera y para qonduciros por los caminos que le agraden» *(62).*

Hecha esta observación, trataremos de agrupar en dos puntos principales, lo que, a falta de palabra más adecuada, llamaremos su método espiritual:

1.' En todo, en todo lugar y siempre tener presente a Cristo.

2.' En todo, en todo lugar y siempre dejar a Cristo obrar en nosotros.

En uno de los capítulos maestros de *su Reino de Jestis,* intitulado «lo que es preciso hacer para formar a Cristo en nosotros*, escribe San Juan Eudes:

«Debemos ejercitarnos en considerarle en todas las cosas, y a no, tener otro objeto en todos nuestros ejercicios de devoción y en todos nuestros actos, que a Él en todos sus estados, misterios, virtudes y actos. Pues es todo en todas las cosas: es el ser de las cosas que existen, la vida de las que viven, la belleza de las cosas bellas, la fuerza de los fuertes, la sabiduría de los sabios, la virtud de los virtuosos, la santidad de los santos. Y
(62)Royaume de jésus, VI, 18. (Oeuvres, I, p. 452.)

nosotros no realizamos casi un acto que P-1 no haya realizado alguno semejante durante su permanencia en la tierra, a la que debemos mirar e imitax en la nuestra. Por este medio llenaremos nuestro entendimiento de Cristo, y le formaremos y estableceremos en nuestro espíritu, pensando con frecuencia en Él, y mirándole en todas las cosas* (63).

A este fin, el Santo-sea en el *Reino de Jesús,* sea en el *Manual* de su Comunidad-se esfuerza, por medio de toda una serie de actos aplicables a las menores circunstancias de la vida cristiana, en concentrar toda nuestra atención sobre nuestro divino Modelo. Ñinguno de nuestros actos, por humilde que sea, escapa a su solicitud santamente celosa:

«Esto tiene grandes consecuencias-escribe-tanto más cuanto que la mayor parte de nuestra vida está ocupada en una sucesión de pequefios actos, como beber, comer, dormir, leer, escribir, hablar unos con otros, etc., por los cuales, si tenemos cuidado de hacerlos bien, daremos grande gloria a Dios y adelantaremos mucho en los caminos de amor# (64).

Espiguemos entre las «disposiciones» que San Juan Eudes nos brinda, algunas notas características de su método:

Yendo a comer:

«Oh Jesús, os ofrezco esta comida en honor de las comidas que tomasteis sobre la tierra.*

Yendo a la recreación:

«Oh Jesús, os ofrezco esta recreación en honor y unión de las santas recreaciones y divinas expansiones que habéis tenido durante vuestra vida mortal, con vuestro Eterno Padre, con vuestro Espíritu Santo, con vuestra Santísima Madre y con vuestros ángeles y santos ... »

Yendo a Predicar:

«Oh Jesús, os ofrezco esta predicación en honor de vuestras santas predicaciones sobre la tierra ... »

Leyendo cualquier libro de piedad:

<~Acordaos de lo que se ' dice del Hijo de Dios en el cuarto capítulo del Evangelio de San Lucas, a saber, que habiendo entrado un día de sábado en la sinagoga, tomó un libro y leyó; y ofrecedle vuestra lectura en honor de la suya ... »
(63) *Royaume de jésus, Il,* 41, *1. (Oeuvres, I, p.* 273.) (64) *Ibid., VI, 1. (Oeuvies, 1, p.* 442.)

Lo que se debe hacer antes de la confesión:

«Debéis poneros de rodillas a los pies de Nuestro Señor en algún lugar retirado, si es posible, para considerarle y adorarle en la penitencia rigurosísima, y en la contrición más profunda que ha sufrido por nuestros pecados durante toda su vida y especialmente en el Huerto de los Olivos* (65).

Estas pocas iqdicaciones, tomadas de aquí y de allí en el *Reino de Jesús,* dan una idea suficiente ' del procedimiento del
Santo. Añadamos otra muy significativa; se refiere al retiro espiritual que se debe hacer todos los años.

«... Para continuar y honrar los diferentes retiros de Jesús: como su retiro desde la eternidad en el seno del Padre; los que ha tenido en el seno de su Madre por espacio de nueve meses,, en el establo de Belén por espacio de cuarenta días, en Egipto por espacio de siete años, en Nazaret durante todo el tiempo de su vida oculta hasta la edad de treinta años; en el desierto por espacio de cuarenta días, en el cielo y en la gloria del Padre desde su Ascensión, y en el Santísimo Sacramento, donde está como en retiro y en estado de vida oculta desde hace dieciséis siglos, y donde permanecerá hasta la consumación de los siglos* (66).

§ 2

Fielmente aplicada, esta primera parte del método de San Juan Eudes conducirá a un estado de alma análogo al de los Apóstoles cuando descendieron del monte Tabor, y sólo *veían a Cristo (67).*

Pero ver a Cristo en todo, en todo lugar y siempre no basta. Se precisa no contrariar en nada su acción en nosotros, dejarle modelarnos y apropiarse por completo de nuestro corazón.

¿Cómo conseguir esto? El Santo nos lo indica con un vigor un tanto desconcertante para nuestra pobre naturaleza a la que la muerte causa tanto horror y repugnancia:

<~Es necesario formar a Cristo en nosotros por el entero anonadamiento de nosotros mismos y en nosotros de todas las cosas. Pues si deseamos que Cristo viva y reine perfectamente en nosotros, es preciso hacer morir y aniquilar a todas las criaturas

en nuestros espíritus y. en nuestros corazones, y no mirarlas ni amar por sí mismas, sino en Cristo y a Cristo en ellas. Es preciso
(65) *Royaume de Jésus, VI,* 5, 6, 9. 10 y 1, 13. *(Oeuvres, I, páginas* 446-9 y 126.)
(66) *Ibid., 111, 18, 1. (Oeuvres, I, p.* 352-3.)
(67) MT., 17, S.

tener presente que el mundo y todo lo que hay en el mundo está aniquilado para nosotros Y que sólo hemos de contentar a Él, y no mirar ni amar sino a Él.

Es necesario trabajar en aniquilarnos a nosotros mismos, es decir, nuestro propio parecer, nuestra propia voluntad, nuestro amor propio, nuestro orgullo y nuestra vanidad, todas nuestras inclinaciones y hábitos perversos, todos los deseos e instintos de la naturaleza depravada, y todo cuanto es de nosotros mismos. Pues no habiendo en nosotros nada de nosotros mismos que no sea contrario a Cristo y no se oponga a su gloria y a su amor, es preciso que todo sea destruído y consumado, para que Cristo viva y reine en nosotros de modo perfecto.

Éste es el fundamento principal, el primer principio y el primer paso de la vida cristiana. Es lo que se llama, en la Palabra Sagrada y en los libros de los Santos Padres, perderse a sí mismo, morir a sí mismo. Es uno de los principales cuidados que debemos tener, uno de los principales ejercicios en el que nos debemos emplear por la práctica de la abnegación, de la humillación y de la mortificación interior y exterior, y uno de los medios más eficaces de que nos debemos servir para formar y establecer a Cristo en nosotros» (68).

Estas líneas, tan fuertes para nuestra debilidad, alcanzan a las que hemos transerito anteriormente sobre nuestra depravación y caída original. Esto explica aquello. Todo es de una admirable coherencia en la espiritualidad de San Juan Eudes.

Por eso nos repetirá'sin cansarse nunca, que si queremos vivir plenamente de la vida de Cristo, es necesario empezar por morir a nosotros mismos. Cristo no tiene mayor enemigo en nosotros que nosotros mismos. Luego, muerte a nosotros mismos, a nuestras pasiones, a nuestra pobre naturaleza; aceptación generosa del *vivo iam, non ego...* para poder añadir con San Pablo, vivit *in me Christus.*

Esta sentencia de muerte así llevada contra nosotros mismos, es indispensable no dejar de ratificarla, de realizarla a cada momento: a esto tienden los actos de renuncia perpetua que el Santo nos invita a renovar antes, durante y después de cada uno,de nuestros actos. Más aún, desconfiando sin duda-y con razónde nuestra cobardía y de la debilidad con que asestamos a la naturaleza el golpe decisivo, el Santo nos recomienda:

«ATionadémonos con frecuencia a los pies de Jesús, con todo lo nuestro y supliquémosle por el grandísimo amor con que se anonadó, emplee P-1 mismo su divino poder para aniquilamos y establecerse en nosotros* (69).
(68) *Royaume de Jésus, 11, 41, 3. (Oe-uvres, 1, p. 274-S.)*
(69) *Ibid., 11, 41, 4. (Oeuvres, I, p. 275.)*

La transición del aniquilamiento total *al abandono de sí en* Cristo es natural. Abandonémonos a su Espíritu, ac~nseja San Juan Eudes.

«No pudiendo los miembros estar animados por otro espíritu que el de la cabeza, debemos, como Cristo, dejarnos conducir por el Espíritu Santo. En definitiva, démonos a Cristo que es su principio, que nos lo ha merecido por su muerte y que nos lo envía, para derramar en nuestras almas la vida de la gracia» (70).

Entreguémonos a la acción, a la virtud operante que se desprende de sus misterios, de sus palabras, de sus virtudes. Todos los maestros de la escuela francesa vuelven con insistencia sobre este punto de excepcional importancia ante sus ojos:

«Los misterios de Cristo-escribe el Cardenal de Bérullehan pasado en ciertas circunstancias, y duran y están presentes y son perpetuos en otra forma. Han pasado en cuanto a la ejecución, pero están presente en cuanto a su virtud, y su virtud no pasa nunca, ni pasará nunca el amor con que se verificaron. El espíritu, pues, el estado, la virtud, el mérito del misterio está siempre presente. El espíritu de Dios por el que este misterio ha sido operado, el estado interior del misterio exterior, la eficacia y la virtud que tiene este misterio vivo y operante en nosotros, este estado y disposiciones virtuosas, el mérito por *el* que nos ha adquirido de su Padre... incluso el gusto actual, la disposición viva por la que Cristo ha operado este misterio, está siempre viva actual y presente en Cristo*.

De donde concluye:

<~Esto nos obliga a tratar de las cosas y misterios de Cristo, no como cosas'pasadas y extinguidas, sino como cosas vivas y presentes, e incluso eternas; de las que también hemos de recoger un fruto eterno* (71*).*

Una conclusión idéntica se desprende de todo **el capítulo que San Juan Eudes** consagra a la misma materia en *su Reino de Jesús* (72).

En su deseo de ver nuestra alma entregada por entero a la acción de Cristo, nos aconseja el Santo en un gesto piadosamente audaz, que nos apropiemos en cierta forma del mismo Cristo. Nos exhorta a apropiarnos sUs disposiciones y méritos pasados que siguen siendo para nosotros fuentes inagotables de gracia

(70) LEBRUN en *Oeuvres, 1, 21.*
(71) BÉRULLE: *OeuvreS COMpléteS, P. 1.052.*
(72) Royaume de jésus,'. Ill, 4. (Oeuvres, **1, p. 310-3.) eF-stanios obligados a tener una particular devoción a todos los estados y misterios de la vida de Jesús*.**

y de méritos, como nos lo recuerda, cuando en el ejercicio dé preparación a la muerte nos hace decir a Cristo:

<4También os suplico, Jesús mío, que como habéis ejecutado todas vuestras acciones y todos vuestros ejercicios por Vos y por todos los hombres, especialmente por vuestros hijos y vuestros amigos: que también sea de vuestro agrado, que en honor y unión del mismo amor con que habéis obrado así, yo haga todos estos servicios y os rinda todos estos deberes ... » (73*).*

Quiere, además, que hagamos nuestras las disposiciones actuales de Cristo:

«Disposiciones con las cuales debemos celebrar el Oficio divino... La segunda es renunciar a nosotros mismos y entregarnos a Nuestro Señor jesucristo para unirnos a todas las alabanzas que tributa a su Padre Eterno, en el cielo y en la tierra, tanto por Sí como por todos sus miembros ... * (74*).*

El mismo sentimiento inspira esta oración que el Santo recomienda recitar antes de la oración:

<~Oh Jesús, renuncio a mí mismo y me entrego a Vos, con todo mi corazón, para entrar en vuestro espíritu de oración y para unirme a la oración que continuamente hacéis a vuestro Padre* *(75).*

San Juan Eudes extiende en cierta manera hasta lo infinito esta apropiación de Cristo y de sus disposiciones actuales. júzguese por este comentario del *Ex toto corde meo,* y del *Ex tota anima mea* de

su rosario del Santo Amor:

«Al decir: *Ex toto corde meo,* «con todo mi corazón*, hemos de entender esto del Corazón de Cristo, del de la Santísima Virgen y de todos los corazones de los ángeles y de los santos del cielo y de la tierra, los cuales todos juntos no forman sino un solo corazón con el Santísimo Corazón de Jesús y María, por la unión que existe entre estos corazones y este Corazón, que es el nuestro, puesto que San Pablo nos asegura que toda cosa sin excepcion es nuestra: *Omnia vestra sunt; y por* consecuencia nosotros lo podemos y debemos emplear como cosa nuestra en amor a Cristo.

Al decir: *Ex tota mea:* woritodami alma», hemos de entender esto del alma santa de Jesús, de la de su Santísima Madre y de todas las almas santas que están en el cielo y en la tierra, las cuales todas juntas, por la unión de la caridad, no son más que una sola alma, la cual es nuestra, y de la que debemos hacer uso para amar a Aquel que nos la ha dado» *(76).*
(73) Royaume de jésus, VII, 19, 4. (Oeuvres, I, p. 524.) (74) Manuel de prières, 1, 5. (Oeuvres, III, p. 302.) (75) Ibid., 1, 2. (Oeuvres, III, p. 278.)
(76)Royaume de jésus, IV, 12. (Oeuvres, I, p. 411.)

¡Qué horizontes sin fin abiertos a nuestra piedad!

¡Qué comunión en Cristo!

Y esta comunión encontrará en Jesús, convertido en nuestro suplemento, su acción de gracias y su reparación por las negligericias y faltas que en ella se hubieran podido deslizar.

Éste es el último aspecto-y no de los menos consoladores-de la espléndida doctrina de San Juan Eudes. Sobre este punto, como sobre tantos otros, su apostolado se adelanta al de Santa Margarita María, a quien Nuestro Señor declaraba en una visión: «Yo te constituyo heredera de mi Corazón y de todos sus tesoros, en el tiempo y en la eternidad, permitiéndote usar de ellos según tus deseos; y te prometo que no te faltará asistencia sino cuando falte poder a mi Corazón... Reparará y suplirá a tus faltas y te liberará de tus obligaciones» (77).

Mucho antes de esta visión, San Juan Eudes conocía y recomendaba esta utilización práctica del Sagrado Corazón, consintiendo en ser nuestro misericordioso y amantísimo suplemento y reparador. Muy pronto prescribió a los miembros de su Congregación el rezo del *0 clementissime Iesu,* oración destinada a reparar Fas faltas cometidas en la celebración del Oficio divino:

«Oh clementísimo Jesús, os doy gracias de todo corazón. Sed propicio a este miserabilísimo pecador. Ofrezco este acto a vuestro divino Corazón para que encuentre en Él corrección y perfección:

Ego hanc actionem offero divino Cordi tuo *emendandam atque peyliciendam ... * (78).*

Después de la oración, siempre penetrado del mismo espíritu, pone sobre sus labios esta plegaria:

«Oh Dios mío, os doy gracias por las que me habéis concedido en la oración y os pido perdón por las faltas que en ella haya cometido; suplicándoos, oli mi Jesús, las reparéis por mí, y seáis Vos mismo mi perpetua oración ante vuestro Padre» *(79).*

En el *Corazón Admirable,* transcribe una página en que Santa Gertrudis nos dice que, hacia el

final de su vida, suplicó a Nuestro Señor supliese todos los defectos y faltas de que se había hecho culpable en el servicio de la Santísima Virgen y que Nuestro Señor había accedido a sus piadosos deseos ofreciéndole su Corazón. San Juan Eudes comenta:

(77) Vie de oeuvres de sainte Marguerite Marie (edic. 1867), 1, p. 129.

(78) Manuel de Prières, 1, 5. (Oeuvres, III, p. 305.)

(79)Ibid., 1, 2. (Oeuvres, III, p. 279.)

#Esto hace ver que es una cosa agradable a la Madre del Salvador, ofrecerle el divino Corazón de su Hijo en suplemento de nuestros defectos: que es por consiguiente una cosa mucho más agradable al Hijo de Dios ofrecerle su propio Corazón con el de su Santa Madre en reparación de mis ofensas ... * (80).

Coepit Iesus lacere et docere! En la vida de Jesús la práctica de la doctrina ha precedido a su predicación.

También en Sanjuan Eudes, fiel discípulo del Maestro a quien tanto ha amado y generosamente servido. Este capítulo que acabamos nos descorre el velo que ocultaba las riquezas de su doctrina espiritual. El que sigue nos iniciará en los secretos de su vida íntima. Los dos producen un mismo sonido: en este Santo admirable, vida y doctrina constituyen un todo armonioso y perfecto.

No nos queda más que seguir en su escuela. En ella aprenderemos a vivir con'Cristo, por Cristo y en Cristo, o, mejor dicho, para hablar con él y como él: en ella aprenderemos a hacer vivir y reinar a Cristo en nosotros.

Tal es el sublime ideal que propone a los discípulos que su enseñanza ha cautivado, y que sus ejemplos han arrastrado en su seguimiento.

Tal es, para él, la vida cristiana:

«Vida de esplendor, de virtud heroica, por el soplo del Espíritu de Verdad y de Amor; vida en que el almá huye del pecado como de la serpiente, con un movimiento instintivo; en que ama a Dios como a un buen padre con una respetuosa confianza y un filial abandono; en que concibe altos designios para su gloria y los realiza con paciencia y valor invencible; en que está tan vigilante y sabe tan bien ordenar sus acciones que evita todos los lazos y triunfa de todos los esfuerzos de sus enemigos; en que conociendo mejor la grandeza de Dios, comprende su miseria y la nada de las criaturas, refiriéndose y refiriéndolas todas a El como a su origen y fin; en que, penetrando cada vez más en las cosas divinas y en los misterios de la fe, descubre su admirable belleza, su perfecta armonía, en que, en una paz profunda, saborea las cosas de Dios, las verdades, los dones celestiales, y

(80)*Coeur Admirable, VIII,* 3, 7. *(Oeuvres, VII, p.* 398.)

por este gusto experimental de la verdad, del bien, de lo bello, llega a comprenderlo mejor.

Vida de serenidad magnífica y continua, de alegría dulcísima, íntima, profunda, en que el alma, amorosa y tiernamente sometida a Dios, purificada, iluminada, transfigurada por la cruz,

generosamente abrazada de buena voluntad, recibe-como primicias de las luces beatíficas del cielo-un gusto anticipado de la felicidad de la patria.

Vida de unión perfecta en todas las cosas con los Sagrados Corazones de Jesús y de María, ambos inseparablemente honrados, servidos y amados-pues nuestro Santo no quiere que del Hijo se separe la Madre-y, en estos dos hornos de amor, vida de amor ardiente, purificador, clarificador, santificador, deificante, que es como la aurora creciente del gran día de la eternidad» (81).
(81)BOULAY en *La Vie spirituelle,* 1925, *p.* 350.

CAPITULO XI

EL HOMBRE Y EL SANTO

¡Cuántas veces, en el transcurso de esta historia, corriendo tras de San Juan Eudes en las largas y rudas etapas de su carrera apostólica---se ha dejado entrever su alma de Santo!

¡Hombre y santo!...

No separaremos estos dos términos que la gracia s"one indisolublemente unidos. De hecho, los santos constituyen los más bellos tipos de la Humanidad. Son hombres en toda la acepción de la palabra.

En nuestro héroe el hombre es casi más difícil de apreciar que el santo. Éste, en efecto, se impone a nosotros desde el primer encuentro: un alma de santo se deja ya entrever en el niño que ha crecido bajo nuestras miradas, un alma de santo animaba al joven que hemos visto renunciar a la.ternura de los suyos para consagrarse al servicio de Dios; un alma de santo sostenía al fundador en las pruebas de todo género que le valió su dolorosa paternidad; un alma de santo vibraba ' en el ardiente misionero cuya elocuencia atraía, levantaba y convertía las poblaciones que evangelizaba; un alma de santo inspiraba al apóstol inflarnado de los Sagrados Corazones de Jesús y de María... No obstante tratemos de encontrar en San Juan Eudes el hombre a través del santo. El uno y el otro merecen nuestra atención.

El hombre,

§

Tal vez se, ha repetido demasiado la palabra del Abad Huevelin respecto de él: «Un Santo rudo*. Esta palabra ha terminado por velar los rasgos de este gran hombre y de este gran Santo para

no dejar ver sino «al impetuoso predicador de voz de trueno»; o cuando más al asceta desapiadado para la pobre naturaleza cuya irremediable y profunda decadencia se complace en proclamar.

Erraría quien mantuviese esta primera impresión-si es la primera-demasiado simple y sumaria para ser verdadera.

Dos son los retratos clásicos que de él poseemos: el de Leblond, grabado por Drevet, y el cuadro conservado en el Seminario de Coutances. Leblond le dibuja más anguloso y austero. El cuadro de Coutances no presenta este doble carácter. Los dos nos ofrecen una figura expresiva: frente espaciosa

respirando inteligencia, surcada de arrugas profundas, obra de crueles preocupaciones; mirada penetrante, escrutadora, impregnada de leal franqueza. Sin la menor sonrisa en sus labios firmes que sólo a sabiendas se despliegan... La benevolencia no está ausente de esta bella y noble fisonomía, pero debemos reconocer que domina una reserva un poco severa.

Helo aquí en cuanto al exterior...

§ 2

Concedamos a Bremond que en San Juan Eudes el hombre no es ni «seductor ni fascinador». En definitiva, en un carácter son estas cualidades accesorias y de pura apariencia que no constituyen su fondo. Hay hombres verdaderamente ilustres y santos verdaderos que han dejado tras de sí obras y reputación durables y que nunca fueron seductores ni fascinadores. Pueden concebirse bellos tipos de santidad y de humanidad distintos de un Fénelon o de un San Francisco de Sales (1).

(1) Bremond no comprendía a San Juan Euctes. «Confieso-decía--que me cuesta verle». Y en otro lugar: #Desgraciadamente sus escritos no nos revelan casi nada de sus cualidades naturales». *(Histoire l*itieraire, III, páginas 590 y 592.)

Esta sentencia es, al menos, errónea.

En el mundo de las *letras-genus irrita* bile!-abundan los ejemplos de tales antipatías y prevenciones instintivas. Brunetiére ha llevado las suyas contra Veuillot hasta la injusticia. En lo íntimo de los dos grandes escritores existía una incompatibilidad radical de tendencias y de espíritu.

Una incompatibilidad semejante creo que existe entre Bremond y San Juan Eudes. Grandes son las diferencias, inmensa la distancia que separa a nuestro Santo cuya única pasión fué la de las almas, del brillante académico que consagró **la mayor parte** de su vida sacerdotal y de su indudable

El que nos ofrece San Juan Eudes está constituído por un conjunto de disposiciones intelectuales y morales 'que forman un todo armoniosamente equilibrado.

Nació misionero (2), bajo el signo de la acción. No le falta ninguno de los dones del espíritu y del corazón; los posee con una mesura, realismo y sentido práctico, que son en él disposición natural al mismo tiempo que resultado de felices influencias experimentadas desde la infancia. La tierra natal imprimio en él su sello.

La imponente serie de los doce grandes volúmenes que contienen cuanto conservamos de sus obras atestigua su infatigable trabajo y la amplitud y profundidad de sus conocimientos.

Exploró, ciertamente, el vasto dominio de todas las ciencias eclesiásticas: filosofía, historia, teología moral, dogmática y mística. Ninguna le era extrafia. La facilidad con que las utiliza indican cuánto las dominó y cuán perfectamente las asimiló.

Mas estos vastos conocimientos que no cesó de adquirir y conservar, nunca fueron para él objeto de vana especulación. Es ante todo un realizador. Su ciencia la pone al servicio de Dios y de las almas. Cada uno de sus libros es un acto destinado a suscitar otros. Tanta era la repugnancia que experimentaba hacia los estériles trabajos de la pluma que-si se nos permite utilizar un epíteto que él, ciertamente, hubiera rechazado-nada hay más pragmático que su obra literaria. Siempre que tomaba la pluma era para iluminar, probar, convertir, predicar o defender un punto de doctrina,

combatir algún error o un vicio.

De aquí su cuidado en ser claro como lo prueban todas sus páginas. Multiplica divisiones y subdivisiones; usa y aún abusa de minuciosas enumeraciones hasta el punto de que una pluma maliciosa ha. podido sin demasiada exageración comparar algunas de sus cartas de dirección a «ordenanzas médicas» (3).

talento al cultivo de las letras y a la consecución de la gloria literaria. No concibo a Bremond abandonando sus queridos estudios y la torre de marfil en que suefia poesía pura, para escribir las ardientes líneas brotadas de la pluma del gran apóstol normando y dirigidas a los doctores y bachilleres «que pierden su tiempo y encierran sus talentos» en estudios estériles, cuando la necesidad de obreros apostólicos es tan apremiante. Son, en verdad, dos almas distintas, que no vibran al unísono y no hemos de pedirles una mutua y perfecta comprensión... (E. GEORGEs: Saint Jean Eudes d'aprés -ses lettres et opuscules en La Vie spirituelle, febrero de 1936.)
(2) Cfr. supra, p. 149.
(3) BREMOND: loc. cit., p. 597.

Para él lo importante es ser comprendido, iluminar el espíritu de sus lectores para llegar a mover y ganar su corazón.

De quererlo hubiera podido también brillar, hacer valer el excepcional talento de que estaba dotado y que se manifestó en su obra litúrgica en que-asegura M. Gastoué--«alcanza una elevación de pensamiento y de forma difícilmente igualada» (4).

Se ha visto más arriba que tuvo frágiles y efímeros éxitos literarios. Sus escritos no merecen sin duda figurar en una historia literaria; pero ocupan un puesto de honor en la historia de la piedad y del apostolado católico. Y esto es mejor.

1 1

Como en todos los hombres de acción en él se acusa claramente la voluntad. Sabe lo que quiere; y lo que quiere lo quiere ardientemente, con una tenacidad inquebrantable.

Una vez decidido, nada le detiene. Por mucho tiempo la mayor parte de sus empresas han debido afrontar dificultades aparentemente insuperables. Ellas le servían de estimulante para proseguir sin cansancio la obra comenzada. Es maravilloso verle sostener a un tiempo y en todos los frentes-París, Caen, Roma 1 ataque de cuantos se oponían a sus proyectos. Sabe encontrar a su tiempo los recursos necesarios y provocar oportunas y eficaces intervenciones. No le asusta un proceso cuando es inevitable. Nada le cansa, ni desanima; es muy raro que se dé por vencido. Sólo la buena Madre Patin pudo jactarse de haber dicho con él la última palabra.

Esta tenacidad, que termina por vencerlo todo, la emple6 en la dirección de las almas. Sus cartas de dirección son características de su recio temperamento. Da la impresión-perdónesenos la expresión---de que a veces su trato no debía ser muy agradable; tan exigente, meticuloso y severo se mostraba. Re-, cuérdese que la hermana María Taillepied fué reprendida sin piedad por haber empleado una palabra mundana (5). Para él era cuestión de principio; su propia gracia le llevaba a desconfiax de la naturaleza y a concederle un crédito limitadísimo. Por ello le entrega lo menos posible a sí misma.

Otra tendencia que se suma a la precedente y contribuye

(4) H. GASTouÉ en *L'Eucharistie, 16* de junio de *1912.*
(5) Cfr. *supra, p. 39.*

a dar a su fisonomía una primera apariencia de austeridad y severidad fué su intransigencia. Nos es bien conocida en materia de doctrina y particularmente respecto al jansenismo, del que en varias ocasiones se proclama «tan distante como lo está el cielo del infierno» y <imás opuesto que el fuego al agua*.

4

Este aparente rigor no debe engañarnos sobre el verdadero carácter del Santo. Es, tan sólo, consecuencia de su naturaleza vigorosa y extremadamente ardiente, que manifiesta con viveza cuanto le afecta. Quien quiera captar su exquisita sensibilidad y su don innato de participar de los sufrimientos y pruebas que afligen a sus personas queridas, lea las líneas cálidas y dolorosas brotadas de su corazón herido y dirigidas unas veces a sus hijos, como la carta a Huvert en que se queja de tener «tres heridas en el corazón»; otras a las almas confiadas a su cuidado como las senoras de Camilly y de Budos, a quienes prodiga los consuelos más cristianos.

Quien quiera comprobar hasta qué punto era capaz de vibrar, a cuán nobles y santas re¿oluciones podían conducirle las ardientes emociones que conmovian y elevaban todas las potencias de su sentimiento, vea las diferentes cartas que- movido por su pasión por la gloria de Dios y la salvación de las almas-escribió a la reina madre. Recordando su fecha- 1648 (6)-fácil es encuadrarlas en su momento histórico y psicológico y apreciar todo su valor y alcance.

tSenora:

No puedo apartar el pensamiento con,que me ha favorecido Dios al ofrecerle el Santo Sacrificio de la Misa durante estas perturbaciones de París, suplicándole humildemente en nombre de jesucristo y su Santísima Madre que emplee el poder que le han dado para detener el torrente impetuoso de la iniquidad que hace el día de hoy un estrago lamentable en Francia, que arrastra una multitud de almas al infierno y que es la única causa de todas las miserias de este reino.

(6) Los dos primeros fragmentos que presenta el texto pertenecen a una carta del Santo escrita a la Reina el *2* de noviembre de *1648.* (Cfr. en *O~res, XI, p. 52-54). El* tercero es la conclusión de un *Memorial sobre los grandes desórdenes de Francia,* dirigido también a la Reina hacia el mismo afío. *(Oeuvres, XI, p. 60).* Merece releerse la carta que en *1653* le escribió sobre la elección del nuevo Obispo de Bayeux, tras la renuncia de Mons. de Saint-Croix. *Supra, p. 117-9. (N.* del Tr.)

Es cosa lamentable, señora, y digna de llorarse con lágrimas de sangre ver cómo perecen tantas almas que han costado la preciosa sangre de jesucristo, que este mal va siempre creciendo y que hay tan pocas personas que se preocupan por ello. Cuando se trata de algún interés temporal de los príncipes y de los reyes de este mundo, ¿qué no se hace? Mas los intereses del Soberano Monarca son abandonados. Xosotros nos matamos en nuestras misiones clamando contra tantos desórdenes como reinan en Francia, por los que Dios es ofendido, y son la causa de la condenación de muchas almas. Hemos podido remediar algunos, gracias a Dios; pero estoy seguro, señora, que si quisiera emplear el poder que Dios le ha dado vuestra majestad sola conseguiría hacer más por la destrucción de la tiranía del diablo y para el establecimiento del reino de jesucristo que todos los misioneros juntos ... *

El Santo indica después a su real corresponsal los medios por los que «en poco tiempo cambiaría de faz la Iglesia de Francia y recobraría su primer esplendor», y prosigue:

«Si vuestra majestad hiciese este servicio a jesucristo y a su Iglesia, le colmaría de bendiciones espirituales y temporales; pero si las descuida os declaro, en nombre y de parte del Dios vivo, que todos los pecados que se cometan en Francia, por no proveer a la Iglesia de buenos Obispos os serán atribuidos como si los hubieseis cometido vos misma, sufriendo la correspondiente condenación y castigo; y todas las almas que se pierden por ello, y todas las gotas de sangre que jesucristo ha derramado por su salvación clamarán venganza contra vuestra majestad a la hora de la muerte ... »

El Santo vuelve sobre este mismo pensamiento en otra de las cartas que se toma la libertad de dirigir a la reina madre: .

«Si la reina abrazó de todo corazón los intereses de Dios y emplea todo su poder para remediar los dichos desórdenes, la coronará de una gloria incomprensible y de una felicidad inenarrable. Mas si los descuida, todos los pecados que de ahí procedan le serán imputados y atraerá sobre sí un espantoso castigo. Plegue a la divina Bondad no permita que así sea, antes bien se sirva de ella para hacer reinar a jesucristo en los corazones de todos los franceses.»

Estas lágrimas, estos gritos de dolor, de angustia y de noble y santa indignación descubren el corazón de que brotan: corazón de hombre..., ¡y de santo!

§ 5

Si San Juan Eudes sabe llorar, sabe también, llegada la ocasión, sonreír y aun bromear con gracia. Recordemos la escena

picaresca relatada por todos sus biógrafos: «En esta misión de Saint-Malo---escribe el P. Costil-el P. Eudes reprendió a dos confesores que habían rehusado oír en confesión a una pobre mujer. La confesó él mismo y, algún tiempo después, les propuso que confesasen a «dos elegantes Señoritas*.

«En seguida, Padre, respondieron, con mucho gusto»; y mirando por la ventana preguntaron: «¿Dónde. están?» «Esto es lo que yo quería saber», repuso el P. Eudes riéndose de su apresuramiento. Después les dió una suave reprimenda en presencia de otros Padres, ensefiándoles a no tener más preferencia que por los pobres y enfermos; lección que recordaba de vez en cuando, repitiendo estas palabras: <iEn seguida, Padre, con mucho gusto; ¿dónde están? » (7).

Recordemos también la magistral ejecución de las preciosas de Valognes, a que procedió el P. Manchon por orden del Santo con un humor desapiadado, proponiéndoles desde el púlpito la elección de la burra de Balaara como presidenta de su elegante academia. Broma que se celebraba en Valognes mucho tiempo después.

I I

El Santo.

Dejemos ahora a la gracia apoderarse de tal naturaleza, y el hombre que hace un instante se imponía a nuestra franca y simpática admiración nos ofrecerá sin mucho trabajo un perfecto modelo

de la más eminente santidad. Analizarla es tarea tan fácil como instructiva y edificante. San Juan Eudes no es, en efecto, el Santo de una doctrina santificante entre todo, primero vivida, después predicada. Existe una conmovedora identidad entre las luminosas enseñanzas de su libro *La vida y el reino de Jesús y* los ejemplos de su propia vida, toda en Jesús, por Jesús y para Jesús. Ensefianzas y ejemplos que proyectan los,unos sobre los otros una luz recíproca, que ayuda a comprenderlos en su plenitud, y que nos, permite penetrar anticipadamente en lo íntimo de su alma, donde Jesús era todo.

Hemos estudiado las primeras en el capítulo anterior. Sólo nos resta pasar de la teoría a la práctica: una y otra se condensan

(7) COSTIL: *Annales, p.* 66.

en la enérgica fórmula de San Pablo, a quien por tantos títulos se asemeja nuestro Santo: Vivo *iam non ego, vivit vero in me Christus:* «No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí#.

A) Vivo *iam non ego.*

§

Muerte y vida son inseparables. Verdad ya en el orden natural, como atestigua el *nisi granum frumenti* de Nuestro Señor, es casi el enunciado de una ley de carácter general en la vida sobrenatural, en la que, por absoluta necesidad, la muerte precede a la vida: *Vivo iam non ego!...* Antes de vivir a Cristo, hemos de morir a todo cuanto en nosotros se le opone.

San Juan Eudes lo había comprendido. Por eso su muerte a sí mismo había sido.plena por la práctica rigurosa de la humildad, de la mortificación y del espíritu de sacrificio; plena también su muerte al mundo, del que se hallaba desligado y al que profesaba gran desprecio, y al pecado, contra el que libraba una guerra sin cuartel.

Siendo nada y pecadores, estamos obligados a una humildad que se mide por nuestra miseria. San Juan Eudes estaba convencido de ello. «Yo no sé-pudo escribir uno de sus biógrafos-si en el siglo pasado existió un hombre que haya realizado descubrimientos mayores en el conocimiento de su bajeza y de su nada (8).

Penetrado del sentimiento de su indignidad, se asombraba de que la tierra consintiese en soportarle, y de que Dios continuara conservándole la existencia (9). Más aún, se consideraba «como

un demonio encarnado*, como «un infierno lleno de horror, capaz de cometer toda clase de crímenes» (10).

Por eso, en lugar de desanimarse y turbarse por las debilidades, por las faltas ligeras que su ojo despiadado y práctico descubría en sí, después de haberse humillado por ello ante Dios, encontraba motivo para unirse más y más con «Aquel que le sufría con tanta misericordia», no obstante su profunda miseria. La siguiente carta, dirigida a una religiosa de San Benito, nos muestra el arte con que sabía emplear los menores decaimientos de la naturaleza:

(8) COSTIL: *Annales, I, p. 400.*

(9) HÉRAMBOURG: 10C. Cit., *p.* 192.

(10)Ibid., p. 193.

<iNo, mi querida hermana, mientras permanezcamos sobre la tierra, nunca estaremos exentos de faltas e imperfecciones. ¡Oh tierra, cuán insoportable eres! Lugar de pecado e infelicidad, ¿nos retendrás todavía mucho tiempo? ¡Oh Jesús! ¿Nos llevaréis pronto con Vos? ¿Cuándo, amabilísimo Jesús, no habrá nada en nosotros que sea contrario a vuestro divino amor? ¿Cuándo os amaremos perfectamente? Apresurémonos, mi querida hermana, apresurémonos a trabajar por cumplir la obra de Dios en nosotros, para salir pronto de este lugar de tinieblas y horror, para entrar en el reino del amor eterno.

Humillémonos siempre mucho ante la vista de nuestros defectos; pero al mismo tiempo salgamos fuera de nosotros mismos, huyamos de nosotros, como de lugar lleno de toda clase de males y miserias, para entrar en Cristo, nuestro refugio y nuestro tesoro, en el que tenemos toda clase de bienes, y en el que encontraremos toda clase de virtudes y perfecciones para ofrecer a su Padre Eterno en satisfacción de nuestros pecados e imperfecciones. Si permanecemos en nosotros, no encontraremos sino toda clase de motivos de dolor y de tristeza; pero si salimos fuera de nosotros mismos, para elevarnos a Cristo, veremos en 111 tantas grandezas, perfecciones y maravillas, que si le amamos verdaderamente nos regocijaremos mucho ante la vista de estas cosas, y exclamaremos con la Santísima Virgen: Exultavit spiritus *meus in Deo* salutari *meo:'«Mi* espíritu salta de gozo en Dios mi Salvador*.

He aquí uno de los empleos que debemos hacer de nuestras faltas. ¡Oh dichosas faltas, si así se me permite hablar, si nos dan ocasión para salir de nosotros mismos y así elevarnos y unirnos con Cristo, el único exento de faltas y defectos! Sed toda de Él, sedlo todo en Él y por toda la eternidad ... » (1 l).

Esta humildad de sentimientos disponía lógicamente al Santo a la práctica de la *humildad y aceptación* alegre de las humillaciones. '«Cuando prescribía- alguna cosa-nos cuenta de él Costil

• recomendaba algún asunto, nunca se servía de términos de imperio
• mandato, sino de invitación o de ruego, costumbre que sus sucesores se han esforzado en imitar. En vez de decir por ejemplo: Se pedirá por tal persona.... decía: Se ruega a todos que pidan • Dios por tal persona; yo os ruego que así lo hagáis...; tened
• bien que os diga que se deba hacer así; etc. Habiendo notado

en la misión de Valognes que pensaban en retratarle, hizo despedir al pintor y encontró muy mal el que se hubiera
pensado en ello. Otra vez habiendo notado que en una Comunidad de París tenían consideración con su persona, tomó el
partido de poner por escrito un extracto de su genealogía, donde se calificaba de humilde
(11) Oeuvres, XI, p. 127-8.

lugarefio e hijo de un aldeano y lo dejó sobre la mesa del cuarto donde le habían alojado para, a ser posible, rebatir la estima que tenían de su mérito. Un día hablando de las infidelidades que se descubren a veces en las Comunidades, le dijo una dama: -En vuestra Comunidad, Padre, no existen. - No, a no ser yo...-respondió el Santo.

»Cuando el santo hombre---continúa diciendo el mismo biógrafo-hablaba así del deseo' que sentía de verse rebajado en el ánimo de los hombres, su lengua coincidía perfectamente con los deseos de su corazón. Como había seguido su conviccion para pedir a Dios humillaciones, mereció recibir frecuentísimas y de las más sensibles. Algunas veces fué tan desacreditado ante el mundo que sus mejores amigos enrojecían de vergüenza cuando se hablaba de él y no se atrevían a defenderle, aun

plenamente persuadidos de su inocencia. Su solo nombre era abominación, y aun hoy día se encuentran personas tan prevenidas por los libelos que se esparcieron por entonces contra su reputación, que difícilmente cambian de parecer, por mucho que se trate de hacerlas ver la falsedad de tales escritos. Como se presentara un día en la puerta de un gran señor para hablarle de algún asunto piadoso, se vió despedido de esta manera tan injuriosa: -Decid a ese hombre que no quiero ni oír hablar de él, y que preferiría verle colgado de una horca antes de saber que está en mi puerta.-En otra ocasión habiendo ido en busca de un magistrado para Pedirle alguna gracia en favor de su Congregación, fué todavía peor recibido, pues aquel hombre, cogiéndole por la mano y paseándole así ante los criados para exponerle a su desprecio, les hizo participar en las burlas que hacía de su simpleza. En una palabra, eran tan enormes algunas veces estas humillaciones, que parecía abatido y movía a que personas piadosas, compadeciéndose se creyeran obligadas a quejarse de ello ante Nuestro Señor. Pero el socorro de su gracia le sostenía en lo más violento de sus pruebas, de suerte que podía decir con el Apóstol: -No quiera Dios que me gloríe sino en la cruz de Cristo, por quien el mundo está crucificado para mí como yo lo estoy para el mundo. Así, con gusto me.gloriaré en mis flaquezas o eniermedades, para que resida en mí el poder de Cristo» (12).

A la práctica de la humildad así llevada hasta el límite, juntaba el Santo la de otra virtud, consecuencia también de nuestra condición de pecadores, y medio eficacísimo, como indica su nombre,
(12) COSTIL: Annales, I, p. 401-3.

Para dar muerte en nosotros a las fuerzas vivas de una naturaleza siempre pronta a rebelarse: la mortificación.

La suya era extrema. Le llevaba a suprimir rigurosamente todo lo superfluo en su alimentación y vestido. Nunca estaba más contento que cuando le faltaba lo necesario, nos dice Hérambourg. Y el vicio historiador entra en pormenores de la austeridad a que el Santo se sujetaba:

«Afligía en extremo su cuerpo. No hay penitencia que no haya practicado. Desde la edad de quince o dieciséis años, como ya, dijimos, las vigilias, los ayunos, las disciplinas, las cadenas de hierro, los cilicios, fueron para él sus instrumentos ordinarios. Los empleó hasta la edad de más de cuarenta años, con tanta severidad, que debilitó por completo sus fuerzas, y pensó morir de sus resultas. Llevó, como deseaba el Apóstol, la mortificación en torno a su cuerpo. Se había convertidó, por su propia mano y sin ayuda ajena, en un hombre de dolores. Todos los días se inmolaba en sacrificio de una manera cruenta, para que Aquel a quien ofrecía en el Altar fuese mejor recibido por su divina Majestad, Llegó a tales excesos que sus directores le obligaron a moderar rigores semejantes, para reservarse al trabajo de las, misiones> a las que estaba aplicado desde los veinticuatro años y en el que continuó toda su vida» (13).

Estas ansias de penitencia que le devoraban y su particularísima devoción a Cristo penitente, mantenían en él un espíritu de sacrificio e inmolación verdaderamente extraordinaria.

Se puede decir, con verdad, que la cruz domina su vida.

Recuérdense todos los dolores físicos y morales que le abrumaron; las pruebas de todo género que se abatieron sobre sus obras; su Congregación 'perseguida y acosada por todas partes; la Orden de Nuestra Señora de la Caridad expuesta en el interior a inauditas dificultades, de las que 5ale para tropezar con otras mayores y, en lo exterior, lindando durante mucho tiempo con la ruina total; su apostolado en favor de los Sagrados Corazones, odiosamente desfigurado y contrarrestado con toda clase de medios por sus enemigos.

Esta amplia participación en los sufrimientos y en la pasión de jesucristo le colmaba de alegría. Veía en ella al mismo tiempo un medio para la mortificación plena y para conseguir mayor parecido con jesucristo Sacerdote y Hostia. Escuchemos los acentos inflamados con que celebra la cruz y la dicha del sufrimiento:

(13) HÉRAMBOURG: *loc. cit., 11, cap. 32.*

3 7 2 - UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV

«Queridísimo Hermano-escribe a uno de los sacerdotes de su Congregación- Bendito sea Dios eternamente por la parte que le plazca darnos en su cruz. ¡Oh! Cuándo será el día en que podamos decir con verdad: N*obis autem absit gloriar¡ nisi in cruce Domini nostri Iesu- Christi, per quem nobis mundus crucifixus est et nos mundo.* ¡Oh! cuán gran verdad es que nada en el mundo merece ser objeto de nuestros deseos, sino el estar unidos con jesucristo en la cruz. Abracemos, pues, con todo el corazón nuestras cruces, queridísimo Hermano, y tratemos de llevarlas con el espíritu de nuestro adorabilísimo Crucificado* (14).

Aun en medio de los consuelos, nunca pierde de vista el valor inestimable de los sufrimientos y de las pruebas. Así vemos en la carta que dirige al Superior de una de sus casas comunicándole un episodio que le había colmado de alegría, como afíade a continuación:

«Entre todas estas *ventajas he podido comprobar que el tiempo de las humillaciones, de las angustias y de las cruces es mucho más deseable, más amable, más ventajoso, más útil y más precioso que el de los aplausos, los encumbramientos y las consolaciones. Pero hemos de recibir uno y otro de la mano de Dios, y tratar de cumplir en ellos,su voluntad divina* (15).

En carta dirigida a la Madre San Gabriel, religiosa de Montmartre, insiste sobre el particular:

«Os doy gracias, mi querida hija, por la parte que tomáis en mis cruces, por lo que bendigo a Nuestro Señor y a su Santísima Madre. Pues espero de su incomparable bondad, que os haxán partícipes de todos los frutos y de todas las bendiciones que su gran misericordia sacará de ellas. ¡Ohi, ¡qué gran tesoro es la cruz que Nuestro Señor ha amado tanto, y que su Saútísima Madre y todos los santos han abrazado y llevado eón tanto afecto! En verdad, si hubiera en este mundo un medio mas excelente para glorificar a Dios y para agradarle, Nuestro Señor lo hubiera escogido para Sí y lo habría dado a su queridísima Madre y a todos los santos* (16).

«La gracia de las gracias-decía en otra ocasión-y él favor de los favores, es la multitud de cruces que mí adorable Crucificado me ha enviado, por lo que deseo sea eternamente alabado y glorificado» (17).

Entre tantas otras cartas que transpiran su ardiente amor a la cruz, permítasenos citar la siguiente, destinada a consolar a una religiosa de Montmartre presa **de rudas pruebas:**

(14) Oeuvres, X, p. 489.
(15) Oeuvres, X, p. 419.
(16) Oeuvres, XI, p. 116.
(17)HÉRAMBOURG: 1. 11, cap. 32.

373- EL HOMBRE Y EL SANTO

«Ruego a mi queridísima hija me ayude a amar a Dios.

Tiene motivos para atestiguarme un gran amor; pues como el mayor amor de que nos ha dado prueba

fué en sus sufrimientos, también el mayor amor que le podemos ofrecer es sufrir por amor suyo. ¡Oh!, si los serafines fueran capaces de sentirse celosos, muchos se sentirían tales al ver los dolores de nuestra querida hermana, y me atrevo a decir que cambiarían gustosos las delicias de la gloria que poseen, por los mayores tormentos que es dado sufrir en la tierra. Doy infinitas gracias a nuestro amabilísimo Crucificado por hacer a esta querida hermana partícipe de su sagrada corona de espinas, y por la gracia que le otorga de hacer de ella un uso tan precioso; yo os conjuro a que siempre la continuéis llevando con toda la humildad, resignación y amor que os sea posible ... » (1 S).

Ante sus ojos, el cristianismo, profesión de la vida de Cristo, aparecía necesariamente como una profesión de vida de sacrificio y de inmolación. En su calidad de cristiano-y a más abundante razón de sacerdote-§e creía en la obligación de transformar su vida en un perpetuo sacrificio, del que él mismo debía ser la «hostia y la víctima consagrada y sacrificada a la gloria de Dios» (19):

«¡Oh qué bondad ! ¡Oh qué amor!-exclam aba.

No me asombro de que si se han visto cien, doscientos, cuatrocientos, veamos mil, diez mil, veinte mil, treinta mil, trescientos mil mártires derramar su sangre y dar su vida por jesucristo. Pues habiendo muerto jesucristo por todos los hombres, en verdad que todos los hombres deberían morir por -21. No me asombro de que los mártires y todos a quienes Cristo ha hecho conocer y sentir los ardores del divino amor que lo enclavó en una cruz, tengan ardierite sed y deseo de sufrir y morir por É_1. No me asombro si algunos han sufrido en efecto tormentos tan atroces, y con tanto contento y alegría, que los verdugos estaban más cansados de atormentarles que ellos de sufrir, y que todo cuanto sufrían, siendo lo más cruel, no les pareciera nada en comparación del incansable deseo que tenían de sufrir por Cristo.

Pero me asombra vernos ahora tan fríos en el amor de un Salvador tan amable, tan cobardes para sufrir lo más mínimo, tan apegados a una vida tan miserable y mezquina como la vida terrena, y tan alejados de quererla sacrificar por Aquel que ha sacrificado por nosotros tan digna y preciosa vida.

¡Qué ficción la de llamarse cristiano y adorar a un Dios crucificado, a un Dios agonizante en una cruz, a un Dios que pierde por amor nuestro unavida noble y excelsa, a un Dios que se inmola diariamente ante nuestros ojos sobre nuestros altares por el mismo fin, o estar dispuestos a sacrificarle cuanto para nosotros hay dye m4s querido en el mundo, e incluso nuestra vida, que además le pertenece por tantas razones! En verdad
(18) Oeuvres, XI, P. 129.
(19)Royaume de jésus, 11, 45, 5. (Oeuvres, I, p. 294.)

que no somos verdaderamente cristianos'si no tenemos esta disposición.

Por esto digo, y está claro para cualquiera que considere bien las anteriores verdades, que todos los cristianos deben ser már-' tires, si no materialmente, al menos por disposición y por voluntad* (20).

Penetrado de este pensamiento que se esfuerza por imbuir a los demás, se había comprometido heroicamente, como ya hemos. visto, con voto escrito y firmado con su sangre, a sufrir martirio si la ocasión se presentaba (21). Dios, tomándole por la palabra, permitió que su vida fuese un continuo martirio por la abundancia y variedad de los sufrimientos que fueron sus inseparablés compafleros hasta la muerte.

§ 2

El profundo odio que abrigaba contra sí mismo, lo experimentó el Santo en igual forma contra el mundo, del que le separaba una extrema aversión y un total despego:

<i¡0h cuán dichosos somos y cuánto más ventajosa es nuestra condición que las más dichosas del siglo!-escribía a su sobrina Sor María de la Natividad Herson- ¡Oh cuán obligados estamos a bendecir, amar y servir fielmente a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, por habernos sacado del infierno del mundo, para colocarnos en el paraíso de su santa casa ... !» (22).

Este horror del P. Eudes hacia el mundo se explica por la constante enemistad del mundo a Cristo, del que se constituyó enemigo irreconciliable. Por eso todo el que reviste la actitud, el lenguaje, la vestimenta, lo que evoca en cierta forma su recuerdo, sus maximas o sus maneras, provocaba su descontento.

«¡Qué desorden!-exclaniaba---. ¿Qué se diría si se viera a los magistrados y demás personas graves correr por las calles detrás de un insensato o de un loco y afectar imitarle en sus extravagancias? Un trastorno tan grande es ver seguir a sacerdotes y a eclesiásticos las modas extravagantes del mundo insensato» (23).

Libraba en consecuencia una guerra sin cuartel al espíritu del mundo. Había compuesto a este fin un libro intitulado El

(20) *Royaume de J¿sus, II, p.* 45, 7. *(Qeuvres, I, p.* 295-6.)
(21) Cfr. *supra, p.* 42-4.
(22) *O~res, X, p.* 567-8.
(23) MARTINE: II, *p.* 456; HÉRAMBOURG: 11, cap. 27.

1

hombre cristiano, en el que fustigaba con libertad apostólica los vicios de los mundanos. Una persona de gran mérito que leyó el manuscrito, le escribía al devolvérselo: «Bien preveo que entre usted y el mundo nunca habrá tregua posible. *Si de mundo luissetis, mundus quos suum erat diligeret.* Es necesario continuar viviendo siempre en esta guerra santa en la que tenemos a nuestro Salvador por ejemplo y por guía» (24).

§ 3

Se adivina, por cuanto precede, cuáles debieron ser los sentimientos del siervo de Dios respecto al pecado. Las dos protestas siguientes, encontradas entre sus papeles después de su muerte, ambas escritas por su mano, y la primera con su sangre, dan testimonio de la vivacidad del odio que le profesaba:

#¡Viva* jes'-s y María!

¡Oh mi Señor Jesús!, yo adoro el amor infinito por el que os sacrificasteis y anonadasteis para destruir el pecado, para salvar a todas las almas, y para hacer reinar a vuestro Padre en todos los corazones, por lo que os doy infinitas gracias. Y en unión de este amor, me doy a Vos> Salvador mío, con mi mayor agrado, es decir, con toda la complacencia de vuestro Corazón que es el mío, para ser aplastado y anonadado totalmente y para siempre, si tal es vuestro agrado, y para sufrir todo cuanto

deseéis, a fin de cooperar con Vos en el aniquilamiento del pecado en todas las criaturas, en la salvación de todas las almas, y en el establecimiento de vuestro reino en el mundo entero. En testimonio de esto he escrito y firmado con mi propia sangre, estando pronto, mediante vuestra gracia, a firmarlo con la última gota.

Oh Madre de Jesús, oh santa Esposa de Jesús! ¡Oh mi santo Ángel de la guarda, oli bienaventurado San Gabriel, oli bienaventurado San José, oli bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, oh todos los ángeles y santos de Jesús!, ofreced, si así os pl~ce, a mi Salvador la voluntad que El me ha dado, y rogadle la bendiga y le sea agradable por amor suyo y de su santa Madre, y para gloria de su santo Nombre.

Hecho a seis de julio de mil seiscientos sesenta y uno.

JUAN EUDES,
Sacerdote de la Congregación
de Jesús y María» (25).

(24) MART1NE: II, p. 456; HÉRAMBOURG: II, cap. 27.
(25) *O~res, XII, p.* 155-6.

376- **UN SANTO EN LA FRANCIA DE LUIS XIV**

He aquí ahora la segunda protesta, hecha el mismo año, el día de Santa Magdalena:

«Como al decir la santa Misa, en la iglesia de Ableiges, a dos leguas de Pontoise, se sucedieran, después de la consagración, algunos truenos fortísimos que hacían retemblar el templo, supliqué en primer lugar a Nuestro Señor me concediera la gracia de ser antes aplastado por un rayo que ofenderle nunca, de cualquier forma que sea, con propósito deliberado. Después le hice una oblación de mí mismo por las mismas intenciones en los §iguientes términos:

¡Oh Jesús!, yo adoro el infinito amor que os hizo sacrificaros y morir en cruz, para destruir el pecado, salvar todas las almas y establecer el reino de vuestro Padre en todos los corazones. Yo me doy, de todo corazón, a este divino amor, y en unión de las santas disposiciones que os dió y con las que moristeis por los fines citados, como también en acción de gracias *por* vuestra santa Pasión y -de vuestra preciosa muerte, me ofrezco y me entrego a Vos para ser aplastado inmediatamente y reducido a cenizas por un rayo. Pero os pido, Salvador ~mío, que hasta el último polvillo de mis cenizas, se convierta por vuestra bondad omnipotente en rayos, de los que se sirvan vuestra ira e infinito odio al pecado para fulminar y aniquilar este monstruo en todas las almas donde se encuentra, para librarlas de su tiranía y establecer en ellas el reino de vuestro divino amor. Y después de cumplido esto, oli Jesús mío, consiento gustosísimo en ser reducido a la nada según el cuerpo y según el alma juntamente y por toda la eternidad. -únicamente os suplico me concedáis una gracia, y es que el deseo que tengo de alabaros y amarbs eternamente no sea reducido a la nada, sino que subsista y permanezca siempre ante Vos~ para tributaros alabanzas inmutables y para protestaros sin cesar y eternamente, que os amo con todo mi corazón, que no es sino el vuestro que me habéis dado entregándoos a mí tantas y tantas veces.

En seguida he ofrecido estas voluntades a mi divina Madre, a los ángeles y a los santos que reverencio particularmente y a todos los moradores del cielo, y les he pedido las presenten a la Santísima Trinidad. He reiterado esta oblación a cada trueno y otras varias veces durante y después de la santa Misa, y me parece que, por la gracia de Dios, estaba y está siempre muy adentrada en el fondo de mi corazón, y la hago incluso con alegría sensible y sin ningún temor de que sea aceptada mi palabra. ¿Qué es lo que soy? Nada, pecado, infierno; ¿puede salir algo bueno de estas tres miserables

fuentes? Imposible. ¿De dónde provienen estas disposiciones? De Aquel que es el único principio de todo buen pensamiento, palabra y acción, al cual sea dado todo honor, alabanza y gloria eterna por los siglos de los siglos. ¡Así sea! ¡Así sea! Que todos los ángeles, que todos los santos, que la santa Esposa de Jesús, que la divina Madre de Jesús, que el mismo Jesús digan eternamente: Así sea, para que se cumplan todas las cosas dichas de la manera más agradable a su divina Majestad. Pues ¿qué es lo que pretendo,

Dios mío, en todo esto y en toda otra cosa, sino agradaros?: *Benedicite fulgura et nubes Domino, laudate et superexaltate eum in saecula. Amen*» (26).

En ocasiones se escapan de sus labios palabras inflamadas:

«¡0h pecado, cuán detestable eres! ¡Oh, si los hombres te conocieran! ¡Oh pecado, cuán necesario es decir que en ti hay algo infinitamente más horrible, de cuanto se puede decir ní pensar, puesto que el alma contaminada con tu corrupción sólo puede lavarse y purificarse con la sangre de un Dios, y sólo puedes ser destruído y aniquilado, con la muerte y anonadamiento de un Dios! (27).

Nunca perdía ocasión-en sermones o en conversaciones particulares-de tronar contra el pecado y de inspirar hacia él horror.

«Invitado algunas veces a comer en casa de un hombre de gran relieve social que en el servicio militar había contraído la costumbre de jurar por cualquier cosa---cuenta Martine-, el santo sacerdote no dejaba pasar ningún juramento sin reprenderle: «Usted jura, señor». Lo decía en voz alta y delante de una con currencia numerosa y tal era la veneración que se había conquistado que nadie encontraba qué replicar» (28).

B) Vivit vero in me Christus.

Muerto a sí mismo, muerto al mundo, muerto al pecado, el Santo podía decir con San Pablo: *Vivo, iam non ego:* «No soy yo quien vive~>. Y hubiera podido añadir con otra alma santa cuyas riquezas de vida interior nos ha revelado una mano discreta:

«En el último límite del yo, está Él... Toda mi santidad estriba en desaparecer y quedar fundida en uno con Él»' (29). Acabamos de recordar la generosidad con que San Juan Eudes había estrechado los límites de su «yo». A Cristo corresponde ahora aparecer en todo el esplendor de su vida y de su reinado en esta alma donde alcanzó la plenitud de su dimensión: *Vivit vero in me Christus.*
(26) 0euvres, XII, p. 156-8. -
(27) Royaume de Jésus, 11, 6. (Qettvres, I, p. 176); **MARTINE-LEcOINTE:** *II, p. 453.*
(28) **MARTINE:** *II, p. 455. (29) PLUS: Consummata, París, s. a., p. 203. '*

1

#Habéis conocido-escribe San Pablo a los romanos (30)~ la dispensación de la gracia que se ha dado para vosotros, cómo fué por revelación que tuve conocimiento del misterio que acabo de exponeros en pocas palabras. Al leerlo podéis reconocer la inteligencia que he tenido del misterio de Cristo. Este misterio es que los gentiles son herederos con los judíos y miembros del mismo cuerpo». Este #misterio de Cristo», tema principal de la predicación, del apostolado y de las Epístolas (31) de

San Pablo, alma de toda su vida, puede ser considerado igualmente como tema principal de la predicación y del apostolado de San Juan Eu*des y como el alma de toda su vida.

Había alcanzado su plena inteligencia y lo vivía en su plenitud. Por eso su unión con Cristo no era una palabra vana, constituía a sus ojos la más dulce, la más sublime, la única realidad. Sin pretender en forma alguna descorrer el velo que nos oculta las maravillas operadas en él por la gracia, podemos al menos recoger y utilizar los abundantes detalles de psicología sobrenatural, esparcidos en sus obras y en sus biografías. Nos ayudarán a rehacer su fisonomía espiritual, y a esbozar el florecimiento de la vida de Cristo en su alma.

§ 2

El alma en estado de gracia, se halla en cierta forma unida en su esencia con Cristo. Está-para emplear una palabra usual en la teología oratoriana-enteramente informada por Él. Sin embargo, esta, unión habitual con Cristo se debe actualizar lo más posible, debemos esforzarnos en tender hacia Cristo, de derecho el único objeto de nuestros pensamientos y de nuestro amor, con todas las fuerzas de nuestro espíritu, de nuestra voluntad y de nuestro corazón.

San Juan Eudes comprendía admirablemente todas estas exigencias de nuestra incorporación en Cristo, y se
sometía a ellas con contento. 1

Cristo había llegado a ser «el único objeto» de sus pensamientos. No miraba a los seres sino sub *specie Christi,* en las relaciones estrechísimas que les une a todos con Cristo. Había contraído esta pre(iosa costumbre en la escuela del P. de Bérulle, tan justamente llamado el apóstol del Verbo Encarnado y de quien
(30) Rom., 6, 5.
(31) Sobre todo de las epístolas que escribió durante su cautividad, cuyo objeto es precisamente la íntima unión de los cristianqs con Cristo.

se ha ppdido decir que worrio nuevo San Juan había sido enviado >para señalar con el dedo a Cristo, para hacerle conocer del mundo» (32).

El hermoso testimonio tributado al, ilustre fundador del Oratorio por el P. Lejeun, se podría, sin modificar una sola palabra, aplicar al P. Eudes, uno de sus fieles discípulos. #Era su placer tan grande al pensar en el Hijo de Dios, que para honrar los misterios y todos los estados de su vida, en conjunto y en particular, hacía como su anatomía. He aquí lo que nos enseñó y practicó toda su vida: honrar los primeros actos de Cristo, la primera elevación de su espíritu a Dios su Padre, la primera efusión de su corazón hacia los hombres, sus primeras miradas a la Santísima Virgen, sus primeros gritos infantiles, la primera gota de su sangre en la circuncisión, su primera predicación, el primer momento de su vida gloriosa, éte. Honrar los últimos actos, el último paso que dió sobre la tierra... el último momento de su peregrinar... Honrar todas sus edades, todos los estados y períodos de su vida, su divina infancia, su adolescencia, su juventud y su mayor~ edad, todos los latidos de su corazón, todos los movimientos de su cuerpo y todos los afectos de su alma. Honrarle en todos los lugares donde ha estado» (33).

Para llegar a asimilarse a Cristo todo entero, en su persona, en sus estados y misterios, en sus virtudes y en
sus enseñanzas, San Juan Eudes recurría a todas las industrias de una piedad inteligente y sólida.

Dividía el año en
diferentes períodos, consagrando cada uno a un misterio de la vida del Salvador, siguiendo el orden del ciclo
litúrgico. Cada día de 1 ' a semana le traía el recuerdo de estos mismos misterios: «Consagraba el domingo a la
vida divina de Cristo durante toda la eternidad en el seno de su Padre, y a la vida gloriosa que posee en el cielo,
desde su resurreccion y ascensión; el lunes a su encarnación y a su nacimiento; el martes a su santa infancia; el
miércoles a su vida oculta; el jueves a la vida de oración que llevó sobre la tierra y que continúa en el Santísimo
Sacramento; el viernes a su pasión y muerte; el sábado a su vida en la Santísima Virgen» (34).

Encontraba a Cristo en sus ejercicios de piedad, todos los cuales tendían a ponerle en presencia de esteamable y único objeto de sus reflexiones (35).

(3 2) BOURGOING: Prólogo a las *Oeuvres compléies* de BERULLE, P. 98-9
(3 3) LFJEUNE: *Sermón* 139; BREMOND: *HiStOiY6 litteraire, III, p. 77.*
(3 4) HÉRAMBOURG: II, *cap.* 9 .
(35) *Ibid., cap. 20.*

§ 3

Cristo no era únicamente la luz de su espíritu. Veía en É la regla suprema de su vida, a la que se aplica con toda la fuerza de su voluntad. A menudo i:ecitaba esta aspiración que revela el ardiente deseo de pertenecer a Cristo:

«Venid, oh Señor Jesús, venid a,mí para vivir y reinar plenamente, para cumplir los designios de vuestra bondad, para consumar la obra de vuestra gloria y de vuestro acendrado amor., *Ven¡, Domine Iesu, ven¡ in plenitudine virtutis tuae, in sanetitale Spiritus 'tu¡, in Perfectione mysteriorum, et in Puritate viarum tuarum. Ven¡, Domine Iesu (36).*

Venid, Señor Jesús, venid dentro de mí en la plenitud de vuestra virtud, para destruir en mí todo cuanto no sea de vuestro agrado, y para obrar todo lo que deseáis para vuestra gloria. Venid en la santidad de vuestro Espíritu, para desligarme de cuanto no seáis Vos, para unirme perfectamente con Vos y para conducirme santamente en todas misacciones. Venid, en la perfección de vuestros misterios, es decir, para obrar perfecta~ mente en mí lo que deseáis obrar por vuestros misterios, para gobernarme según el espíritu y la gracia de vuestros misterios, y para glorificar, cumplir y consumar en mí vuestros misterios. Venid en la pureza de vuestros caminos, es decir, para cumplir sobre mí a cualquier precio que sea y sin ninguna atenuación, todos los.designios de vuestro puro amor, y para conducirme por las vías rectas de este amor, sin permitir que me desvíe a

(36) Séanos permitido reproducir la nota colocada por los editores de *Oeuvres (1, p. 440,* nota) al pie de esta oración: «M. Olier, en el curso de un retiro que hacía *(1636)* bajo la dirección del R. P. de Condren, aprendió de él esta oración:

Ven¡, Domine Iesu, et vive in hoc servo tuo, in plenitudime virtutis tuae, in perfeclione viarum tuarum, in sanclitate Spiritus, et dominare omni adversae potestali, in Spiritu tuo ad gloriam Patris. Amen,

Poco más o menos es la oración propuesta por el P. Eudes. Sin duda también la había aprendido del P. de Condren. M. Olier, modificando ligeramente la fórmula del P. de Condren, hizo la hermosa oración: 0 *Iesu, vivens ín Maria...,* que se sigue usando en la Sociedad de San Sulpicio y en la mayoría de los seminarios. Cfr. FAILLON: *Vie de M. Olier,* París, *1873, 1, pp. 160 y 168.*

Esta nota nos permite comprobar una vez más el parentesco de todos estos santos sacerdotes de formación oratoriana. Se les podía aplicar, modificando ligeramente el sentido, el célebre adagio: *Lex orandi, lex credendi.* Tienen una forma común de orar que indica en ellos una manera común de pensar.

Añadamos no obstante que a partir de *1643,* el P. Eudes sustituyó la oración que acabamos de citar por el *Ave, Cor sa- netissimum,* que expresa pensamientos análogos, pero de manera más adecuada al carácter especial de su devoción, o como se decía entonces, al espíritu de su gracia.

derecha o a izquierda, y sin conceder nada a las inclinaciones y sentimientos de la naturaleza corrompida'y del amor
propio. Venid, oh Señor Jesús» *(37).*

Este mismo deseo de pertenecer por entero a jesucristo le inspiraba su sumisión perfecta a la voluntad del Maestro a quien servía con tanta generosidad: #¡Vica Jesús!-exclama a veces¡Viva la santísima voluntad de mi Jesús! Sea la mía destruida y aniquilada enteramente, y que la suya r'üine por siempre en la eternidad». Por eso empleaba todos sus cuidados en mortificar y aniquilar su propia voluntad: «Por pequeña inclinación que sintiera hacia, una cosa-dice el P. Hérambourg-la ponía inmediatamente a los pies de Jesús, suplicándole la destruyera si no era conforme con sus designios sobre él; y por poderosa que fuese no dejaba de renunciar a ella hasta que se sentía pronto a querer lo contrario. Se ofrecía totalmente a Él para ser una hostia cruenta e incruenta de su divina voluntad. Renunció por entero a toda disposición de sí mismo. Quiso que sólo Él dispusiera, le condujera y le aplicara a cuanto desease* (38).

En las penas y adversidades de todo género que le abrumaron constantemente, su más tierno consuelo era refugiarse al pie de su crucifijo- o ante el Santísimo Sacramento, y allí abandonarse por entero a la acción siempre misericordiosa de la divina voluntad.

, Escribía una vez a la Superiora de las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad, con ocasión de la muerte de la Madre de Bois-David:

«Mi queridísima y buena Madre, la divina voluntad sea nuestro gobierno en todas las cosas. El fallecimiento de nuestra querida Sor María del Niño Jesús me sorprendió algo en un principio; pero habiendo puesto inmediatamente los ojos en esta adorabilísima voluntad, que dispone tan. bien todas las cosas que es imposible poder disponer mejor, mi corazón ha permanecido en paz y mi boca no pudo proferir sino: ¡Dios mío, no se cumpla mi voluntad, sino la vuestra! ¡Oh qué bien que haya sucedido así, puesto que tal es el agrado del divino I\I_iño Jesús que quiso tomar consigo a tan querida hermana, consagrada a la divina Infancia, en el tiempo dedicado a tan gran misterio! Ha ido a tomar posesión del cielo en nombre de todas las hermanas, y comenzar allí un establecimiento eterno de la Comunidad de Nuestra Señora de la Caridad. Ha ido al Paraíso, para allí adorar, alabar y amar, continuamente y por toda la eternidad a la Santísima Trinidad, con Jesús y María y con todos los bienaventurados, en nombre y de parte de sus queridas

(37) Royaume de jésus, VI, 11. (Oeuvres, I, p. 439-40.) (38) HÉRAMBOURG: *11,* C. *5.*

hermanas. Son las prinúcias de vues`tra casa que habéis ofrecido a su divina Majestad; es vuestro primer sacrificio que habrá sido muy agradable ante el trono de Dios» *(39).*

Escuchémosle ahora llorar la muerte de uno de sus hijos más queridos:

#La divina voluntad sea nuestro gobierno en todas las cosas y nuestro único consuelo en las aflicciones.

La presente es para mí sensibilísirna y me ha causado extraordinario dolor; se trata del fallecimiento de nuestro amadísimo hermano M. Jourdan. Mas es justo, mi queridísimo hermano, que Dios sea el dueño y que se cumpla su adorabilísima voluntad en vez de la nuestra. Si siguiera mis sentimientos, gritaría con dolor y con lágrimas: Siccine separat amara mors? Pero teniendo presente la santísima, sapientísima y buenísima voluntad de Dios, grito desde lo más profundo de mi alma: Ita, Pater iuste: ita, Pater optime, quoniam sic luit Placítum ante te* *(40).*

' Su sumisión a la divina voluntad explica la inquebrantable serenidad que siempre conservaba en medio de los accidentes y de las contrariedades que tanto abundaron en todos sus planes. Durante una estancia en París,, prolongada mucho más dé lo que creía, escribió a uno de sus hijos:

t0s aseguro que si me dejara llevar por mis inclinaciones naturales me aburriría muchísimo en París, y haría tiempo que ya hubiese regresado. Pero la divina voluntad es la que me retiene aquí y no tengo ni pies ni manos para defenderme contra ella. Al contrario, me dejo atar por sus suaves manos y sus cadenas me son tan deliciosas, que encuentro todo nú contento y mi paraíso en mi cautividad. Oh mi queridísimo hermano, qué feliz es el alma que se desprende de todo y que no quiere sino la amabilísima voluntad de Dios» *(41).*

En circunstancias análogas escribía a una religiosa de Nuestra Señora de la Caridad:

«Mi queridísima hermana, es verdad que a veces mis meses son muy largos, mucho más de lo que creía en un principio, pero no de lo que quiero; pues por la misericordia del Señor me parece que no quiero nada, ni en este mundo ni en el otro, sino una sola cosa, y ésta es abandonarme por entero en las manos-de la adorabilísiina voluntad de mi Dios, para que me lleve dondequiera, y haga de mí en todo lugar y en todo tiemp~o, lo que le sea más agradable. ~?O-r esto no puedo deciros cuando estaré

(39) O~res, *X, p. 524.*
(40) Oeuvres, X, pi. *447.*
(41) Oeuvres, *X, p. 339-40.*

de vuelta en Caen, bien sé que, mediante la gracia de Dios, sera cuando yo quiera, pero no sé cuándo querré, es decir, no sé cuándo Dios lo querrá ... » (42).

Completemos esta carta con otra de igual género, en la que resalta la admirable sumisión del Santo a la divina
voluntad:

#Cuando salí de Caen pensaba estar dos meses de viaje, pero mi voluntad no coincidía con mí pensamiento, pues
quería estar más de ocho, pero yo ignoraba que tenía esta voluntad. Yo lo quería, puesto que Dios lo

quería, cuya voluntad
es mi voluntad. Ignoraba que tuviese esta voluntad, porque no conocía que era la voluntad de Dios, como al presente no
sé todavía cuál es para el porvenir ... » (43*)*.

Nada logra turbar la confianza de un alma así abandonada por entero en la voluntad de Dios. Sus intereses y los de las obras y personas cuyo cargo asumen no podían estar mejor colocados que entre las manos del Corazón de jesús. Por eso nunca se desviaba el Santo de su filial confianza hacia El:

«Tengamos cuidado-recomendaba un día a su sobrina, religiosa de Nuestra Señora de la Caridad-de no permitir que nuestro corazón se abata por la tristeza y el desaliento, sino al contrario, sostengámosle y animémosle mediante nuestra confianza y nuestro amor a Aquel que es todo amor y bondad para nosotros» *(44)*.

Respondiendo a otra **de sus hijas espirituales a quien importunaban violentas** tentaciones de desesperación:

<iVuestra carta, mí queriáísima hija, me llena de compasión; pero es un consuelo que vuestro mal no es de muerte, sino para la gloria de Dios. No, mi querida hijita, vuestra alma no se en cuentra en estado de muerte, y no morirá de la muerte de aquellos de que habla el Autor de la vida, cuando les dice: Moriréis en vuestro pecado; sino vivirá eternamente, para amar y glorificar por toda la eternidad a vuestro amabilísimo Redentor. Desechad, pues, de vuestro espíritu todos esos pensamientos, y poned todi vuestra confianza en nuestro bendito Salvador y en su Santísima Madre, que os aman infinitamente más de lo que os amáis a vos misma, y que son todo corazón y todo amor para con vos. Les ruego os otorguen su santa bendición: Nos cum Prole Pia benedicat Virgo Maria» *(45)*.

Lleno de esta confianza que se esforzaba por comunicar a los demás, y tomando para sí mismo la frase de San Pedro: «Poned

(42) Oetivres, X, p. 522.
(43) Oeuvres, X, p. 528.
(44) O~res, X, p. 579.
(45) Oetwres, X, p. 581.

vuestras inquietudes entre sus manos», y la que Nuestro Señor dirigía un día a Santa Catalina de Sena: «Hija mía, olvídate & ti y piensa en Mí, y Yo pensaré continuamente en ti», se ponía por entero entre las manos del Señor en todos sus apuros:

«Os prometo-aseguraba a uno de sus acreedores-que os pagaré con el primer dinero que me venga, pues ahora no tengo nada, pero tenemos una Bondad infinita, una Sabiduría infinita y un Poder infinito, que lo es todo en nosotros y para nosotros* (46).

Hemos citado algunas de sus cartas al Superior de la casa.de Rouen, la cual atravesaba entonces una verdadera crisis financiera. He aquí los términos en que reanima su ánimo:

«Viriliter age el confortetur cor tuum, el spera in Domino. Dixit autem: Non te deseram neque derelinquam, y es tan fiel en sus promesas y en sus palabras, que *caelum el terra transibunt, verba autem eius non praeteribunt. lactemus igitur cogitatum nostrum in eo, el omnem sollicitudinem nostram proiciamus in ipsum, quoniam ipsi cura est de nobis.*

Nuestro Señor y su Santísima Madre, que habían predicho el establecimiento de Rouen mucho tiempo antes, y que lo verificaron de manera tan maravillosa, no abandonarán su obra. No dieron una casa a sus hijos para albergarlos, sin designio de proporcionarles con qué alimentarse. Pero nos quieren dar ocasión de ejercitar la paciencia, la sumisión a su adorabilísima voluntad, el amor de la pobreza y la confianza en su grandísima bondad.

Hemos de tener sumo cuidado, mi queridísimo hermano, en no perder esta confianza que el Espíritu Santo nos recomienda tanto en las Sagradas Escrituras, porque es muy agradable a su divina Majestad. La desconfianza le ata las manos y le impide ejercer los efectos de su santa liberalidad.

En una palabra, Dios no desatiende nunca en el momento de la necesidad, pero quiere que le pidamos con confianza y perseverancia. Haced alguna novena por esta intención* (47).

§ 4

Penetremos más en esta alma de santo, cuya inteligencia supo asimilar tan bien a Cristo, cuya voluntad se identificó con la de Cristo y que poseyó un corazón abrasado por el amor de Cristo.

«Vivir es amar. El amor es como la flor y el fruto de la vida,
(46) HÉRAMBOURG: II, c. 3.
(47) *Oeuvres, X, p.* 427-8.

es la vida misma» (48). Esta sentencia tiene íntegra aplicación en nuestro Santo. Para él e1 amor de Cristo constituía la más sublime y perfecta expresión de la vida. El amor abrasador que le consume, le sugiere protestas inflamadas, que no se pueden leer sin sentirse abrasado por su calor:

«Si me dejase llevar, no querría tener nunca otro lenguaje que el de Jesús, y no decir ni escribir más que esta sola palabra: Jesús. Pues me parece que la lengua que una vez ha proferido, y la pluma que una vez ha escrito este nombre adorable, Jesús, no se debería emplear en proferir ni en escribir otra cosa. Además de que con decir Jesús, se dice todo; y que Jesús es una palabra abreviada que eri, sí contiene cuanto de grande se puede decir y pensar. Jesús es un nombre admirable que, por su inmensa grandeza, llena cielos y tierra, el tiempo y la eternidad, todos los espíritus y corazones de los ángeles y de los santos, y que incluso llena y ocupa, durante toda la eternidad, la infinita capacidad del Corazón de Dios, del Padre, del Hijo y del Espí ¡tu Santo. Por esto es que, -aunque yo no escribiera sino

TI esta unica palabra, Jesús, y fuera por todo el universo gritando sin cesar y no profiriese otro nombre que éste, Jesús, Jesús, Jesús, me parece que escribiría y diría lo suficiente para colmar todos los espíritus y todos los corazones de los habitantes de la tierra. ¡Cuán santo y delicioso sería el lenguaje, si, en la tierra, se pudiera hablar y hacerse comprender sin proferir más que esta sagrada palabra: Jesús, Jesús ... !

Mientras el corazón me lata en el pecho, y mi lengua se pueda mover para hablar y mi mano para escribir, no predicaría ni escribiría nunca otra cosa que Jesús, y no quiero tener vida, espíritu ni lengua, ni pluma, mas que para anunciar de palabra y por escrito las maravillas y las misericordias de este nombre glorioso ... * (49).

Sus biografías (50) recogen muchos de estos ímpetus de amor, de estas frases que revelan los ardores de su Corazón. En la ,imposibilidad de poder citar todos, nos limitaremos a reproducir esta carta dirigida a una religiosa de Montmartre:

«Qué podría deciros yo, mi queridísima hermana, en este tiempo de alegría y de consuelo, más que las palabras que el Apóstol nos ha dicho: *Gaudele in Domino:* Alegraos en el*Señor. Yo lo digo de nuevo: ¡Alegraos!

¡Oh Dios! Verdaderamente que es gran motivo de regocijo para nosotros ver a Jesús tan lleno de gloria, de grandeza, de

(48) OLLÉ-LAPRUNE:~ *Prix de la vie,* París, 1894, p. 325. Ya San Pa-blo había escrito: *Plenitudo legis est dilectio:* #el amor
es toda la ley».
(Rom., 13, lO.)
(49) *Sur le saint nom de Jésus. (Oeuvres, XII, p.* 190.)
(50) HÉRAMBOURG: II, cap. 8; COSTIL: *Annales, 1, p.* 282; MARTINE: II, P. 391 SS.

felicidad y de contento. En verdad que tenemos un grandísimo motivo para alegrarnos, y nadie hay en el mundo que le tenga tan grande.

¿Cuáles son los motivos de las alegrías de los mundanos? Lodo, polvo, viento y humo, y nosotros tenemos por objeto de la nuestra, a Aquel que es la causa del gozo del Padre Eterno, del. Espíritu Santo, de los ángeles y de los ' santos.

Alegraos, pues, y decid con la Santísima Virgen: Mi alma se alegra y salta de gozo en Dios mi Salvador; no es en mí ni en las cosas creadas y perecederas donde quiero poner el objeto de mis alegrías; es en Cristo JesJs mi Salvador. Él es mi todo, y yo quiero ser todo en Él. Es una locura y un grandísimo engaño buscar ningún contento verdadero fuera de Él. Renuilciemos, pues, por entero y con valentía a todo lo demás, y no busquemos sino a Él» (51).

Amor tan tierno y tan fuerte como el que le unía a Jesús, había creado entre Jesús y él una completa comunión de sentimientos. Él amaba en Jesús todo lo que Jesús amaba.

De aquí su amor a Dios, amor que se esforzaba por extender en torno suyo: ¿Ama a Dios?, preguntaba por vía de cumplimiento a las personas que encontraba (52). Amor que le conducía a suspirar por el cielo,, para allí poder satisfacer plenamente sus ardores:

<~¡Oh cielo, cuán deseable eres!-se le oía exclamar algunas veces- ¡En ti es donde se ama a Dios de modo perfecto! ¡En ti donde el amor divino transforma las fibras del corazón! ¡Oh tierra! ¡Oh cuerpo, prision oscura de mi alma, cuan insoportable eres! Oh infortunado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo mortal? ¿Será preciso permanecer todavía mucho tiempo en este miserable destierro, en esta tierra extranjera, en este lugar de pecado y de maldición? ¡No llegará pronto el día, el momento tan deseable y tantas veces deseado, en que comenzaré a amar perfectamente a Dios! ¡Ah! Dios mío, Dios de misericordias, ¿no tendréis piedad de mi dolor?, ¿no escucharéis mis suspiros?, ¿no escucharéis mis ruegos? Hacia Vos clamo; sois Vos a quien deseo; es por Vos por quien suspiro. Vos sabéis que no quiero nada en el cielo ni en la tierra, en la vida ni en la muerte, sino vuestro puro anior* (53).

Cuando así había expresado su amor, ante su impotencia para satisfacer sus deseos, llamaba en su ayuda a la Santísima Virgen, a los ángeles y a los santos:

(51) *Oeuvres, XI, p.* 24-5.
(52) MARTINE: II, P. 391.
(53) *Royaunze de Jésus,* IV, 8, 34. *(Oeuvres, I, p.* 403-4.) Cfr. MARTINE: II, p. 395; HÉRAMBOURG: II, *cap. IV.*

<¡Tened compasión de mi dolor-les decía-, hablad por mí al bien amado de mi alma., y decidle que languidezco de amor» (54).

De la comunión de sentimientos con Jesús proviene también el «gran aire de religión» que posee, común con todos los demás representantes de la escuela oratoriana a la que siempre hemos de referirnos si se le quiere ver tal cual es. ¿No es Jesús #el religioso perfecto», el adorador por excelencia, la religión misma, la oración viviente de la humanidad? (55). Entrar en comunión de sentimientos con Jesús, es precisamente participar en,su «religión* por su Padre, en sus funciones esenciales de glorificador del Padre.

Por eso, nuestro Santo cumplía con verdadera dicha y una rara perfección todas las funciones de su sacerdocio, en particular el Oficio divino. Un díá, habiendo notado que uno de los suyos había celebrado la Santa Misa en un cuarto de hora, no pudo callar su penosa impresión y exclamó en plena Comunidad, #que si el culpable no se corregía de esta falta, habría de salir de la Congregación, o él mismo saldría antes de ser testigo de tamaña falta de devoción, que sería capaz de hacerle morir de dolor al i ver al Señor tan mal servido» (56).

El Santo Sacrificio era a sus ojos cosa tan grande-observa Hérambourg-que «hubiese necesitado tres eternidades para ofrecerlo dignamente-, la primera para prepararse a hacerlo, la segunda para celebrarlo y la tercera para dar las gracias necesarias» (57). Cuando subía las gradas del altar lo hacía penetrado de la importancia y de la grandeza de las santas Junciones que iba a ejercer.

Convencido de que el divino Maestro asocia a sus sacerdotes, e incluso, en cierta medida, a los simples fieles, a sus dos cualidades de sacerdote y hostia, se esforzaba, por,doble título, en unirse a las disposiciones del Salvador. En calidad de sacerdote, se asociaba a las intenciones que Cristo se propone en la oblación de la Santa Misa: la adoración, la acción de gracias, la santificación, la impetración y el cumplimiento de la divina voluntad. En cualidad de hostia se ofrecía con Cristo como víctima del sacrificio, y rogaba a Nuestro Señor le atrajera a Sí y le sacrificara con Él a la gloria de su Padre (58).
(54) Royaume de jésus, IV, 8, 34. (Oeuvres, I, p. 404.)
(55) BREMOND: *Histoire litteraire, III, p. 62.*
(56) COSTIL: *Annales, I, p. 125.*
(57) HÉRAMBOURG: II, *cap. 16.*
(58) LEBRUN: *La dévotion au Bienheureux jean Eudes, p. 130.*

El mismo cuidado e idéntica devoción tenía en el rezo del santo breviario: «¡Mi breviario! ¡Oh!, ¡qué cuenta he de darl», repetía algunas veces. Comenzaba el rezo con estas palabras pronunciadas con gravedad y sosiego: *Saneta sancte, et divina digne Deo:* «Las cosas santas se deben hacer santamente y las cosas divinas de manera digna de Dios». Después se detenía el espacio de tres Avemarías, para recordar la grandeza del acto que iba a realizar y las razones que le obligaban a alabar a Dios, en su nombre y en el de todas las criaturas. Ante la vista de su impotencia personal para desempefiar un papel tan augusto, se anonadaba ante la divina Majestad, se daba a Jesús, y se

unía con la humildad, el amor y el celo con que glorifica en el cielo a su Padre, sobre la tierra y en todas partes. Con la ayuda de piadosos métodos, se esforzaba durante el rezo de su oficio, por unirse con Jesús, por honrar sus diferentes misterios, por asociarse a la gloria que todos los seres le tributan. Terminado su breviario, acudía de nuevo a Jesús, rogando fuera su suplemento divino y reparase las faltas escapadas a su debilidad en el cumplimiento de una función tan elevada.

Con su Padre, Jesús ha amado a su Santísima Madre. San Juan Eudes, cuidadoso de armonizar los latidos de su corazón al unísono con los del Sagrado Corazón, profesó a María un amor filial. En esto su piedad siguió siendo oratoriana. Como el Cardenal de Bérulle habría podido escribir: «Hablar de María es hablar de Jesús, y honrar a María es honrar a Jesús; e incluso es honrar a Jesús en la mayor de sus obras» (59). Y también: «Jesús y María están tan estrechamente unidos, que no debemos separarlos en nuestras devociones».

Casi lo mismo, y empleando términos análogos, decía el Santo de María:

«No debemos separar lo que Dios ha unido de modo tan perfecto. Jesús y María están tan estrechamente unidos, que quien ve a Jesús ve a María, quien ama a Jesús ama a María, quien tiene devoción a Jesús tiene devoción a María. Jesús y María son los dos primeros fundamentos de la religión cristiana, las dos fuentes vivas de todas nuestras bendiciones, los dos motivos de nuestra devoción y los dos objetos que debemos mirar en todos nuestros aclos y ejercicios. No es verdadero cristiano aquel que no tiene devoción a la Madre de Tesucristo y de todos los cristianos...»

Y puesto que debemos continuar las virtudes y llevar en

(59) FLACHAIRE: *La dévotion à la Sainte Vierge dans la litterature catholique au commencement du XVIIIe siècle, Paris, 1916, p.* 48.

nosotros los sentimientos de Cristo, también debemos continuar llevando en nosotros los sentinúentos de amor, de piedad y de devoción que el mismo Cristo tuvo para con su bienaventurada Madre. Pues P - 1 la ha amado perfectísimamente, y tanto la honró ... * (60).

Apoyada sobre estos principios, la devoción de San Juan Eudes a María Santísima no conoció límites. Se remonta hasta los primeros años de su vida. A los catorce años emitió el voto de castidad en su honor, y a los dieciocho había escogido a María por su esposa, al colocar con gracioso gesto un anillo en el dedo de una de sus estatuas, como símbolo de los desposorios místicos que entonces contraía con Ella, y cuyos términos de tierna piedad redactó después del. contrato que renovó y firmó con su sangre en 1668.

Desde aquel momentQ su devoción a María hizo notables progresos. Constantemente tenía en sus labios su bendito nombre, la llamaba la divina Maria, la Madre admirable, la Madre de misericordia, la Madre del amor hermoso y, sobre todo, *Buenísima:* «Si hubiera de poner un nombre a la Santísima Virgen, la llamaría Buenísima» (61).

Durante la conversación besaba con frecuencia la medalla del rosario que siempre llevaba colgado a la cintura, en señal de especial pertenencia a María; y como se le preguntara la razón respondía riendo: «Es que hago el amor. Los amantes apasionados no se cansan de acariciar una frágil belleza que no es otra cosa sino algo imaginario o tomado a préstamo. ¿Qué no debería hacer yo por una tan buena y tan bella Señora como la mía?* (62).

Multiplicaba complacido a su alrededor las imágenes de María. Pero si veneraba todas cuantas

hallaba, «sentía no obstante una especial devoción por aquellas en las que se representa a María con el Niño Jesús en brazos. Veía con pena se la representara de otra forma# (63). Muchas veces se le oyó decir este dístico por tal motivo:

Pingenti solam sine Nato, Mater aiebat:

Me sine me potius pinge, dolebo minus (64).
(60) Royaume de Jésus, 111, 11. (Oeuvres, I, p. 337-S.)
(61) MARTINE: II, p. 409; HÉRAMBOURG: II, cap. 12.
(62) COSTIL: Awnales, 1, p. 387; HÉRAMBOURG: II, cap. 13; MARTINE: 11, p. 409.
(63) MARTINE: 11, p. 408.
(64) «A quien sola, sin su hijo, la pintaba, la Madre decía: Píntame sin mí más bien. Me dolerá menos*. MARTINE: 11,
p. 408; HÉRAMBOURG: II, cap. 89.

Durante sus misiones, era para él una dicha restaurar las capillas levantadas en honor de María, y conducir a ellas en peregrinación a los fieles. Entre otras capillas reconstruídas figuran una que después se conoció con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria, cerca de Valognes, y otra en la parroquia de Vesly, en la diócesis de Coutances, que dedicó a Nuestra Señora de] Consuelo.

Mucho había experimentado personalmente los frutos preciosos de la verdadera devoción a María para no constituirse en su infatigable apóstol. Uno de sus hijos le rindió, después de su muerte, el siguiente. testimonio significativo: «Nunca le hemos oído un discurso sin que diese muestras de su devoción a la Santísima Virgen. No sé si en los tres años que tuve la dicha de permanecer a su lado, habló una sola vez con nosotros, sin hablarnos de Ella, y cuando lo hacía era siempre con entusiasmo: «¡Oh cuán buena es!-decía de tiempo en tiempo-, ¡cuán amable!, ícuán digna de nuestro respeto!, ¡qué felices son los que entran a su servicio y permanecen verdaderos devotos suyos!». Claramente se veía entonces, por el cambio que se operaba en su semblanle y en su aspecto, por sus suspiros casi continuos, que sus palabras eran 'chispas del fuego que abrasaba su corazón, y que sus ideas y sentimientos por esta Madre del amor hermoso, sobrepasaban en mucho a las mayores expresiones de que se podía servir para exteriorizarlos» (65).

En sus cartas insistía sin cesar sobre los encantos, ventajas y necesidad de la devoción a María:

<~Sobre todo-escri be a varios de sus sacerdotes durante una misión-os conjuro, mis amados hermanos, a honrar y hacer honrar de to4s las maneras posibles a nuestra buenísima y amabilísima Madre, la sacrosanta Madre de Jesús, la muy amada de Dios y Consoladora de los afligidos* (66).

Y a su sobrina, ya Superiora de la Caridad de Bayeux:

«Sobre todo, sobre todo y sobre todo, os conjuro, mi queridísima hija, a imprimir en lo más hondo del corazón de vuestras hijas una tierna y cordial devoción a la sacratísima Madre de Dios, que es fuente inagotable de toda suerte'de bendiciones y un medio infalible para llegar a la salvación eterna ... » (67).
(65) HÉRAMBOURG: II, cap. 12.
(66) O~res, X, p. 488.
(67) Oeuvres, X, p. 577.

También predicaba su querida devoción en las numerosas oraciones y libros que compuso en honor de María: *La Infancia admirable, El Corazón admírable de la Madre de Dios.* Por eso su fama de devoto de María, aun en vida, se hallaba tan universalmente extendida que había franqueado los inares. Desde el fondo del Canadá, uno de los humildes jesuítas a quienes corresponde el incomparable mérito de haber labrado y sembrado al precio de gigantescos esfuerzos el oscuro e ingrato surco donde ha crecido la rica cosecha que la Iglesia recoge ahora, le escribía estas cartas que honran tanto a quienes las f irma como a su destinatario:

Xax Christil Reverendo Padre:

tado un gran consuelo al saber por M. Tor-Ile experirnen capel la ambición santa que alimentáis de sobrepasar a todos en
amor a Nuestra Señora. Quiera Dios que pudieseis comunicar este espíritu a todos los ambiciosos de la tierra. Yo me
atrevo a rogarOS, por el amor de María, Madre Virgen, a quien tanto amáis, me procuraseis el bien de ser admitido como
el último de vuestros corisiervos en el servicio de está soberana

Señora o si preferís, por el más pequeño de vuestros segundones en la ad~pción de esta Madre de inisericordia y que, si niorís antes que yo, tengáis la bondad de entregarme o dejarme en herencia, en cuanto dependa de vuestra mano, una parte de la devoción que la profesáis. Así continuaríais, incluso después de vuestra muerte, honrándola sobre la tierra en mi persona. El P. Torcapel os dirá de palabra nú descontento al ver cómo tantas personas reciben en el Santísimo Sacramento a Nuestro Señor con los dones inmensos que lleva en cuanto a Él, sin testimoniar a la que nos lo ha dado el menor sentimiento de gratitud. Para remediarlo 0, en cierta forma, suplir a este desconocimiento, tendria sumo deseo de que muchos sacerdotes contrajeran el compromiso. de no decir nunca ninguna Misa sin tener, entre otras intenciones, la de honrar a la Virgen Santísima y ofrecer a Dios, por sus manos, su adorable Hijo, para que en calidad de hostia suba al Padre por mediación de la misma por la que descendió a nosotros al hacerse hombre, Yo no quisiera que esta devoción se limitase únicamente a la intención expresada, sino además Jescaría que, antes o después de la Misa- o comunión, se hiciera la inención más honrosa que se pueda hacer de la Santísima Virgen. Por ejemplo, que la noche anterior a la comunión se la suplicara víniese a tomar posesión de nuestro corazón para prepararle a recibir a su Hijo y, después de la Misa o comunión se le dieran gracias por habernos dado un Pastor tan amante de nuestras almas. Os ruego, reverendo Padre, consultéis a vuestra buena Señora sobre este particular y si os da a conocer que le es -una cosa agradable poned manos a la obra, comenzad esta asociación, y concededrne el favor de admitirme en ella. Pero, como pocas son las personas que se entregan a las devociones, si en ellas no existe algún atractivo

de interés espiritual, dejo a vuestra prudencia, junto con vuestro singular deseo de acrecentar el culto a la Santísima Virgen, el establecer por escrito los medios de atraer a las almas a esta devoción y de hacerme la caridad de mandarme una copia. Vuestro amor a la Santísima Virgen me excusará la libertad de escribiros tan familiarmente un pobre joven que os es desconocido.

Me erreomiendo a las oraciones y santos sacrificios de vuestra reverencia y de todos sus fervientes misioneros.

Reverendo Padre, vuestro humilde servidor en Nuestro Seflor,

JOSÉ MARIA CHAUMONOT, S. 1.

Québee a 14 de octubre de 1660.v

Ignoramos la respuesta del Santo a esta conmovedora proposición. No hay duda de que sería conforme la esperaba el piadoso misionero, pues el 27 de septiembre del siguiente año le dirigía esta segunda carta, no menos edificante que la primera:

«Pax Christi!

Reverendo Padre:

Si el mayor monarca de la tierra me hubiera adoptado por hijo suyo con intención de sucederle en todos sus Estados, no habría sentido la milésima parte de la alegría que experimenté al saber la promesa que vuestra reverencia me hace de entregarme todo lo que Cristo os ha dado de devoción, de venera de celo para la gloria de su amabilísima y admirabilísin:cióladre. *Unde hoc mihi, Lazaro mendicantí?, unde hoo mihi rustico el terrae* filio?, sino por la inmensa bondad de esta Madre de misericordia que se complace en hacer sus mayores favores a los más indignos.

¡Ohi, cómo desearía que en lo sucesivo los cristianos solicitaran y ambicionaran los beneficios y herencias espirituales de los siervos y siervas de Dios, en lugar de correr en busca de los de la tierra., ¡Quiera Dios que yo pueda tener conceptos y palabras dignas de tal materia para darlas al público a fin de excitar a todo el mundo a aficionársele!... A vuestra r~verencia, querido Padre, y a vuestros semejantes ha hecho nuestro buen Maestro el honor de servirse de sus plumas y escritos para abrasar el mundo con su amor y el de su santa Madre. Continuad, venerable Padre, continuad en este santo ejercicio. Que si Dios tiene el designio de darme algunos sentirnientos nuevos propios a procurar algún acrecentamiento de honor a nuestra Reina y Madre, le ruego con toda mi alma me aventajéis en ello, puesto que haríais mucho mejor empleo que yo, Lo que deseo obtener de su infinita largueza por medio de vuestros santos sacrificios ' es servirme bien del conocimiento de las lenguas de los pobres hurones e iroqueses, para su conversión y perseverar hasta la muerte en este cometido al que Dios me ha llamado desde hace veinticuatro aflos. Vuestra reverencia me haga la caridad de recornendarme a las oraciones y a los santos sacrificios de todos sus fervientes inisioneros, a quienes abrazo in *visceribus* el in

osculo Christi, en calidad de hermanos y coherederos en la sucesión de los respetos que el Salvador os ha comunicado hacia su querida Madre. Adiós, reverendo Padre.

De vuestra reverencia humilde y obediente hijo en Nuestro Señor jesucristo,

JOSÉ MARÍA CHAUMONOT, S. L» (68).

Mas continuemos el inven tario de los sentimientos del corazón de nuestro Santo:

, «Debernos tener devoción a todos los santos y ángeles... Les debemos honrar porque Jesús les ama y honra.... y también porque aman y honran a Jesús, y son sus amigos, sus servidores, sus hijos, sus miembros y corno rina porción de Él mismo,.... por esta razón debernos mirar y honTar las reliquias de sus cuerpos como una porción de Cristo y una parte de sus miembros ... debemos adorar a Jesús en ellos..., pues P-1 es todo en ellos .... su ser, su vida, su santidad, su felicidad y su gloria. Debemos darle gracia por la gloria y las alabarrZas que a sí mismo se tributa, en ellos y por ellos y darle más gracias por esto que por las gracias que les ha comunicado, y a nosotros por ellos, porque el

interés de Dios debe sernos más querido que el nuestro ... » (69).

Midiendo siempre sus sentimientos por los del Corazón de Jesús, entre todos los santos el P. Eudes honraba especialmente a «los santos de Jesús», a aquellos que eran familiares de Cristo y que han hablado con Él (70), o como dice Costil, dos santos que han tenido una unión particular con el Hijo de Dios durante su vida sobre la tierra... sin que se pueda dudar que ésto pyovenga de la educación recibida del santo Cardenal de Bérulle y del P. de Condren, su digno sucesor* (71).

Con Cristo, en Cristo, amaba a las almas, y «su caridad se extendía sobre todo el cuerpo místico del Hijo de Dios» (72). En primer lugar a los que consideraba como «la parte más noble»: los Obispos, sacerdotes y religiosos, a quienes, en toda circunstancia, testimoniaba el mayor respeto, No podía sufrir que un sacerdote permaneciera en pie al hablarle. «Si en sus ser

(68) Experimentamos cierta emoción al transcribir, después de más de doscientos años y cerca del mismo lugar de donde partieron, las dos cartas del venerable apóstol de los hurones. Forman uno de los numerosos lazos-en seguida indicaremos otros-que relacionan a San Juan Eudes con la Iglesia canadiense, entonces en germen y con la Compañía de Jesús. *(69) Royaume cfe fésws, 111, 15. (Oeuvres, 1, p. 345-6.)*
(70) HÉRAMBOURG: ll, cap. *16.*
(71) COSTIL: *Annales, I, p. 388.* (72) HÉRAmBOURG: 11, cap---22.

mones veía alguno de pie-nos dice Martine-pedía que se le hiciese un puesto, y se detenía hasta que estuviera sentado: queriendo enseñar con esto al pueblo el respeto debido al carácter sacerdotal» (73).

Su amor a Jesús le hacía encontrarlo más particularmente en los pobres, los enfermos, los abandonados. A ellos llevaba más gustoso que a los demás el socorro de su ministerio, porque--decía«los ricos encuentran bastantes directores, y hay emulación por serlo; aquéllos están abandonados respecto al alma, lo mismo que respecto al cuerpo». Argentan y Caen guardan todavía el recuerdo de su heroísmo en el servicio de los apestados durante el terrible azote que desoló estas dos ciudades, y sus biógrafos refieren con visible complacencia las pruebas de caridad y de simpatía que prodigaba a los desgraciados (74).

Sin embargo, los pobres pecadores eran, entre todos, los privilegiados de su tierna y sincera compasión. Su vida consagrada por entero a la salvación de las almas y las obras que su caridad ha suscitado, dan prueba de su afán de arrancarlas de su deplorable estado. Su corazón se llenaba de tristeza ante la vista de los que se perdían por falta de obreros apostólicos. «Un mar de lágrimas de sangre---decía-no sería suficiente para llorar este gran mal tanto como se merece* (75). Y en su vivo deseo de salvarlas exclamaba:

q0h Salvador mío! ¿Cuándo se cumplirán las palabras de vuestra santa Madre en su cántico sagrado: *Esurientes implevit, bonis, et diviles dimisit inanes?*

¿Cuándo serán despojados los demonios de las inmensas riquezas que os han robado y que son las almas que poseen? ¿Cuándo se verá saciada el hambre extrema que vuestros siervos tienen por la salvación de la~ almas? ¡Oh!, ¡que todas las criaturas del cielo y de la tierra se prosternen con vuestra santa Madre ante el trono de vuestra misericordia, para obtener de ella este' gran favor!» (76).

De cualquier parte que se le mire, no obstante sus aspectos múltiples, su prodigiosa actividad, sus obras- tan varias se presentan ante nosotros con un notable carácter de unidad. Produce en el que

se esfuerza por estudiarla y presentarla, la impresión que
(73) MARTINE: II, *p.* 429.
(74) HÉRAMBOURG: 11, *cap.* 23; MAR 1 TINE: II, *p.* 443 *ss.*
(75) MARTINE: II, *p.* 448.
(76) *Le bon confesseur, 11,* 3. *(Qeuvres,* IV, p. 181.) Cfr. HÉRAMBOURG: *II, cap.* 25.

causa la Transfiguración de Rafael en el visitante que se detiene ante las obras maestras del Museo Vaticano. Sin duda,
en un princi ¡o, se siente asombrado por la cálida tonalidad, la nitidez del dibujo, el efecto de contrastes, la vida intensa
de los personajes del célebre cuadro; pero todo lo domina la gran lección teológica y mística que de él se desprende:
Cristo es el personaje central de esta escena grandiosa que ilumina por entero con la luz que difunde todo su cuerpo
glorioso.

¿No es esto, en su deslumbradora belleza y en su unidad incomparable, esta alma de santo que acaba de desplegarse ante nosotros; alma en la que Cristo brilla con tanto esplendor y cuya vida ha sido, de algún modo, prolongación de la de Cristo?

Por eso la suprema consagración que proporciona la canonización a su doctrina,, a su apostolado, a su misma vida, nos parece llegar oportunamente. Nos encontramos en una epoca en la que un movimiento muy señalado lleva, las almas piadosas a doctrinas generalmente demasiado desconocidas hasta el presente, y sin embargo de excepcional fecundidad espiritual; en la que se experimenta la necesidad de tener conciencia de las relaciones vitales que nos unen con Cristo nuestra cabeza, con Cristo cuyos miembros somos, y que quiere ser la vida de nuestras almas.

San Juan Eudes debe figurar entre los iniciadores de este saludable movimiento, del cual es uno de sus doctores. Más que nunca merece ser propuesto como modelo a todos los que, como él no abrigan otra ambición que vivir y morir in Christo Iesul

397

CAPITULO XII

LA GLORIA

El camino de la cruz para las almas cristianas, como para jesucristo que lo recorrió primero, sigue siendo el camino de la gloria. Por eso, después de haber acompañado a San Juan Eudes hasta la cumbre de su doloroso calvario, hemos de volver a andar el mismo camino en dirección contraria para contemplar gozosos la abundante cosecha de gloria que ha crecido a su paso, y que hoy florece en su magnífico e inmortal esplendor.

¿Será necesario decir que esta gloria que aureola su frente y se vincula a su memoria no esperó otra cosa para venir a él. sino que la muerte hubiera fijado para siempre sus huellas y consagrado su obra apostólica?

Ya durante su vida había proyectado sobre,su rostro, ensombrecido entonces por las pruebas más'Crucificadoras, sus primeros y radiantes reflejos. Esta es la razón, en este capítulo, del primer apartado, en el que mostraremos la irradiación de su santidad sobre numerosos admiradores, amigos e hijos espirituales que suscitó su eminente virtud.

- Después veremos esta gloria planear sobre su féretro e iluminar su tumba.

Y la veremos perpetuarse, a través de los siglos, en la vigorosa supervivencia providencial de las obras del Santo fundador; para recibir, finalmente,, la suprema coronación de manos de la Santa Iglesia, en el doble triunfo de la beatificación y de,la canonización que le asegurarán una permanencia eterna.

La irradiación de la santidad.

«Entre astro y astro existe una atracción maravillosa. En tomo a cada estrella visible gravitan multitud de astros invisi

bles. Un alma tiene tanta más fuerza de atracción cuanto más santa es» (1).

Ya conocemos la eminente santidad del siervo de Dios cuya vida hemos expuesto en los anteriores capítulos, Nos queda mostrar su ipoderosa atracción, su irradiación bienhechora.

«Gozaba-escribe Hérambourg-de una estima tan universal que, cuando marchaba por las calles, el pueblo se arrojaba a su paso para pedirle su bendición. Se le miraba como a un santo, se creía ver a jesucristo en su persona, se encomendaban a sus oraciones, se estimaban dichosos de tener una parte en su recuerdo» (2).

El mismo biógrafo ha creído deber dedicar todo un capítulo de su libro a da estima en que las personas más
notables en virtud y dignidad»' tuvieron a su héroe. Por él desfilan lo 1 s principales personajes del reino.

«La reina madre dió siempre pruebas al Santo de la mayor consideración y benévola simpatía y no dejaba de celebrar su mérito con los Obispos llamados al honor de conversar con ella» (3).

El rey Luis XIV siempre tuvo'en gran estima su talento y sus virtudes1 a pesar de la desgracia inmerecida con que le castigó después de publicarse la famosa súplica Boniface (4). «El Arzobispo de' París-dice Hérambourg-ha confesado que nunca había oído hablar a su majestad tan ventajosamente como lo hacía del P. Eudes» (5).

En las gradas del trono, aún cuenta el Santo otro admirador de sus virtudes, al mismo tiempo que un protector de
sus obras en la persona del Cardenal de Richelicu (6).

A este nombre, que pertenece tanto a la historia política como a la historia religiosa de Francia, añadamos otro, que igualmente revela tanto de uno como de otro: el del muy famoso Cardenal de Retz. No hemos de juzgar su papel como Arzobispo de París, ni sus desatinos como jefe de la Fronda, como tampoco hemos de referir su vida a veces escabrosa y su muerte muy edificante (7). Bástenos recordar sus buenos servicios al Santo en la corte romana (S), y la estima profunda con que siempre le

(1) PLUS: *Vivre avee Dieu, p.* 193.
(2) HÉRAM13OURG: I, *Cap.* 20.
(3) *Ibid.*

(4) Cfr. supra, p. 311-3. 1
(5) HÉRAMBOURG, *¡bid.*
(6) Cfr. supra, p. 57-9.
(7) *Cfr. Ami du C1erg¿,* 1911, *p.* 1.049.
(8) *Cfr. supra, p.* 207-8.

honró: «He recibido con gran alegría-le escribe en una ocasionlas pruebas que ine dais de vuestra amistad, y la considero como una bendición del cielo para mí. De todo corazón os pido la continuéis lo mismo que la de vuestras oraciones» (9). ¡Decididamente, aún hay algo de bueno en <iel alma quizás menos eclesiástica del mundo»!

El Arzobispo de París, M. de Péréfixe, <isiempre le hizo objeto de pruebas de mucho afecto y, con una caridad extraordinaria, tuvo empeño en demostrárselo - cuantas veces se encontraron» 110).

M . Francisco de Harlay, quien, sea en Rouen, sea en París, «conservó siempre para él y sus hijos los sentimientos de un verdadero padre, le sostuvo con su autoridad, asistió con sus consejos y honró en mil ocasiones con su recuerdo» (11).

M. de La Madeleine de Ragny, cuya gran benevolencia para el Santo se pone de manifiesto en una carta dirigida al Papa en favor suyo, y de la que reproducimos estos pasajes significativos: «Vengo a los pies de Vuestra Santidad, con el reverendo y . muy amado P. Juan Eudes, sacerdote del Seminario de Caen, en la diócesis de Bayeux, hombre verdaderarnente enviado de Dios para la salvación y redención de un gran número de los que han perecido en la casa de Israel, para certificar, ante Dios y jesucristo, que todavía no he visto siervo de Dios y de la Iglesia más fervoroso y más útil para procurar la salvación de las almas.

Poderoso en obras y palabras, semejante al martillo que tritura las piedras, reblandece y rompe muchos corazones endurecidos y los conduce al arrepentimiento... Recibió de Dios la gracia particular de determinar por sus palabras y sus ejemplos, a muchos clérigos y sacerdotes a resucitar en ellos la gracia que les ha sido concedida por la imposición de las manos... Este hombre se distingue por su ciencia, sp piedad, su prudencia, su modestia, su mansedumbre, su celo de apóstol y su gran respeto a la Sede Apostólica y a todos los Prelados y pastores de la Iglesia ... 5> (12).

No hemos de insistir sobre las pruebas de afectuosa confianza prodigadas al Santo por M. ^ngennes, Obispo de Bayeux, y M. Claude Auvry, Obispo de Coutances. La historia de los Seminarios de estas dos diócesis lo prueban sobradamente (13).
(9) HÉRAMBOURG: I, C. 20.
(10) Ibid.
(11)]bid.
(12) Ibid.
(l3) HÉRAMBOURG: 1, cap. 3, Pass¡m, y supra, pp. 59, 74, 81 y 127.

Mencionemos el nombre del piadoso postulador de la causa de San Francisco de Sales, M. de Maupas, primer Obispo de Le Puy y luego de Evreux, cuya veneración por el P. Eudes era tal #que leía de rodillas y después de haberlas besado* (14) las cartas que de él recibía.

A esta lista ya larga de los admiradores y protectores que el Santo contaba entre das personas elevadas en dignidad y en santidad en el siglo y en la Iglesiw>, debería afiadirss la «de los personajes de su tiempo---continúa diciendo Hérambourg-que llevando una vida más oculta con jesucristo, honraban mucho su mérito y su virtud~>.

Tal es el célebre P. Juan Crisóstomo, Provincial de los Penitentes, muerto en olor de santidad y, por lo tanto, buen juez de la santidad ajena. Tal también el P. Ignacio José de Jesús María que en estos términos se dirigía al siervo de Dios:

«Siento aumentar cada vez más mis deseos de que el cielo os bendiga, al ver que Nuestro Señor ha adelantado y favorecido tanto vuestras empresas, especialmente en tres cosas: la primera, en - vuestras predicaciones y confesiones hechas durante vuestra, misión en el arrabal de Saint-Germain, que han originado en las almas un cambio de vida, y dignos frutos de penitencia en los pobres pecadores; la segunda, en vuestros libros espirituales que sólo respiran santidad y amor a nuestro Salvador; la tercera, en la santa Congregación que instituís del Seminario de Jesús y María, para el acrecentamiento de su gloria, de su servicio y de su honor, por un largo-séquito de virtuosos eclesiásticos que llevan y llevarán en los siglos futuros verdaderos sentimientos de piedad que se deben tener a las sacratísimas personas de tan amable Hijo y de tan amable Madre* (15).

¿Recordaremos los nombres venerados entre todos de San Vicente de Paúl, de M. Boudon y~de M. Olier, cuya profunda veneración por el Santo ya menci¿namos? (16).

§ 2

M. Cospéan-el amigo del siervo de Dios en los buenos y en los malos tiempos, su corresponsal de corazón tan delicado y pluma tan fina-inaugura diguarnente una nueva serie de piadosos personajes, todos más o menos ligados a la'vida,íntima del Santo:
(14) HÉRAMBOURG: 1, cap. 3, passim, y supra, p. 135-6. (15) *Ibid., 1, p. 20.* (16) Cfr. supra, p. 171-2.

los incondicionales y numerosos amigos que con sus influencias y recursos secundaron las empresas que acometían para la gloria de Dios. Algunos de ellos nos son muy conocidos y ya vimos su amistad y sacrificio probados l~or los hechos.

En ella figura el interesante grupo de familias sumamente dignas de respeto: los Camilly, Than, Le Haguais, Répichon. Todo este mundo gravita en torno del Santo. Experimenta su influencia, busca su fuerte y, a la vez, suave dirección (17).

Sobre todo son los dos ilustres místicos normandos, Renty y Berni~res, que ponen a su servicio con su inalterable amistad personal, la gran influencia que poseen en el seno de la famosa Compañía del Santísimo Sacramento (18).
(17) BOULAY: 1, p. 290.
(18) La Compañía del Santísimo Sacramento vió converger a ella durante los treinta años de su existencia lo más escogido de la sociedad. Entre sus miembros figuraron: «El gran santo de aquel tiempo Vicente de Paffi; lo más escogido de los párrocos de París encabezados por M. Olier, futuro párroco de San Sulpicio; numerosos Obispos actuales o futuros, corno Bossuet; Godeau, Obispo de Vence; Cospéan, Obispo de Lisieux; Potier, Obispo de Beauvais; Abelly, Obispo de Rodez; Francisco ¿le La Fayette, Obispo de Limoges; Francisco Fouquet, Obispo de Agde y posteriormente Arzobispo de

Narbona; Alain de Solminihac, Obispo de Cahors, de Lernoine, coadjutor de Marsella; Pedro d'Hardivilliers, Arzobispo de J3ourges; Pallu, Vicario apostólico de TonkíD; M. de Montmoreney-Laval, primer Obispo de Québec, que mantuvo siempre afectuosas relaciones con la Compañía a la que había dado su nombre, etc.; magistrados, tales como los Lamoignon, Séguier, de Mesnes, Mesliand, Mauroy, Maignard de Berni~res, Aubery, Le F~vre, d'Ormessori, Voyer d'Argenson, etc.; grandes señores u oficiales de corte, como el príncipe de Conti, los condes de Brienne y de Noailles, el duque de Liancourt y los marqueses de Bellay, SalignacFénelon, Laval, Fontenay-Mareuil, el vizconde d'Arnienonville, los mariscales de Schomberg y de la Meilleraye, los Rochecouart-Chaudenier, barón de Renty (uno de los más admirables hombres de bien de esta época). Ami *du Clergé,* 1911, p. 915.

Tan larga enumeración hace comi)render la excelencia de esta célebre Compañía, especie de centro de beneficencia y de propaganda católica, que se asemejaba a la vez a nuestros modernos Caballeros de Colón y a las Conferencias de San Vicente de Paffi.

Su fundador se había propuesto al establecerla <iemprender todo el bien posible y evitar todo el mal posible, en todo el ámbito de la caridadi>. Y de hecho su acción se encuentra en todas partes: en las luchas para la defensa de la integridad de la fe, donde, simultáneamente, se encuentra con el protestantismo, el galicanismo y el jansenismo; en el ejercicio de la caridad, donde le vemos crear cajas de socorros, fundar obras para proteger a las jóvenes, ocuparse de las Misiones extranjeras. Nada de lo que es católico le era indiferente.

L'Ami du Clergé, loc. cit., da una bibliografía completa de las obras aparecidas sobre esta Asociación (p. 912 ss.), así como largas referencias históricas de sus orígenes, su ulterior desarrollo y supresión.

n.

Es éste uno de los aspectos de su vida que ninguno de sus biógrafos---exceptuando Joly-ha hecho notar. En espera de que sea totalmente dilucidado, expondremos lo que hoy parece demostrado.

San Juan era miembro de la famosa Compañía: «El razonamiento de M. Joly me parece exacto- afirma el P. Bessiéres- . La estrecha amistad que unió a Eudes con los miembros más eminentes de la Compañía: Renty, Vicente de Paúl, Condren, Olier, Mgr. Cospéan, Obispo de Lisieux y miembro del Consejo de Conciencia, M. de Berniéres no deja lugar a duda»: Eudes fué de la Compañía. Lo confirma un documento encontrado por R. Allier, en los archivos de Calvados: «Siwe1 socorro de una sociedad poderosa que la protegía-se dice allí-esta `nueva Congregación (de Jesús y María) hubiera sido destruída desde su nacimiento ... » (19).

También ha de notarse que la filial de la Compañía del Santísimo Sacramento en Caen fué establecida en 1641-2, según sus *Annales* (20), «documepto capital* al decir del P. de la Briére (21): «Los principales sucesos ocurridos en el año 1641 y en el presente 1643 han sido relatados más arriba, en diversos lugares según lo exigía la materia tratada. Pero no debemos olvidar que las Compañías de Poitiers, Caen y- Tofflon ~se establecieron en ese tiempo...» (22).

Esta nueva filial no tardó en ser una de las más fervorosas y más activas de provincias. Los mismos *Annales,* muy sobrios habitualmente en apreciaciones laudatorias, contienen al tratar del año 1649, este sugestivo elogio: «La Asamblea se edificó mucho al informarse de lo que pasaba en Caen por las actuaciones de la Compañía en esa ciudad durante los movimientos de Normandía.

(19) BEssiEREs: *Deux grands méconnus: Gaston de Renty et Henry Buch, p. 135.*

(20) RENÉ DE VOYER D'ARGENSON: *Annales de la Compagnie du Saint-Sacrement, publ.* por *H.* BEAUCHET-FILLEAU, Marseille, *1900.*

(21) Y. DE LA BRIERE: *Ce que fut la cabale des Devols,* París, *1906,* p. 7. COSTE no coincide en esta apreciación. Para él *los Annales* no son «un libro histórico en el sentido estricto de esta palabra, ya que subordinanla historia a *su* fin apologético... Dadas las preocupaciones que le movieron

a escribir, hay motivo para sospechar que el autor de *los Annales* favorece excesivamenie a la Compaijía, atribuyéndole obras que *o* no son suyas, *o* sólo le corresponden en parte~>. *Lo* mismo pudiera decirse en nuestro caso: ¿no subordina Coste la historia a una finalidad apologética? Entretanto no se pruebe *lo* contrario, continuaremos estimando *los Annales* como «un documento capitab.

(22) VOYER d'ARGENSON: *Annales, p.* 87.

Esta Compaflía se componía de excelentes sujetos, y M.* de Renty que la visitaba con frecuencia le había comunicado su unción y sus sentimientos de piedad, saliendo de ella hombres de un mérito extraord,inario, entre otros, M. de Berni~re,s~Montigny, tesorero de Francia ... » (23).

Ya conocemos los dichos «movimientos de Normandía» y la pacificadora influencia ejercida por la predicación de San Juan Eudes. Convendría investigar los registros de la filial de Caen de la Compañía del Santísimo Sacramento; ellos nos revelarían la medida en la que el Santo y la Compañía colaboraron.

No- obstante todo ello no son más que conjeturas. Lo que se impone es una comparacion evocadora entre el programa de la Compañía y cierta declaración de San Juan Eudes al P. de Saintjure:

#Lo que constituye el fondo de las obras de.la Compañía leemos en una circular oficial de la Asociación fechada en
1660 S, *procurar todo el bien posible y evitar todo el mal posible* en todo tiempo y lugar y con razón a todas las personas... La
Compañía no tiene más límites ni medidas ni restricciones que los que la prudencia y el discernimiento deben dar, en los
empleos. No solamente trabaja en las obras ordinarias de los pobres, de los enfermos, de los prisioneros y de todos los
afligidos, sino también en las misiones, en los seminarios, en la conversión de los herejes y en la propagación de la fe
en todas las partes del mun ' do; es impedir tod¿)s los escándalos, las impiedades y las blasfemias; en una palabra, en
prever todos los males y aplicarles el remedio; en procurar todos los bienes generales y particulares, en abrazar todas las
obras difíciles, penosas, abandonadas, aplicándose a las necesidades del prójimo *en toda la extensión dela caridad» (24).*

Léanse ahora las palabras recogidas por el P. de Saint-Jure sobre las relaciones que San Juan Eudes mantenía con M. de Renty:

«M. de Renty era nuestro apoyo y nuestro único refugio para la ejecución de los designios relacionados con el servicio de Dios ' la salvación de las almas, el alivio de los pobres y de toda clase de miserables. Continuamente le escribimos tanto respecto al establecimiento de nuestros hospitales como para la casa de las jóvenes y penitentes, así como también para reprimir la insolencia de algunos herejes que desprecian descubiertamente el Santísimo Sacramento» (25).

Programa y declaración concuerdan perfectamente.
(23) VOYER D'ARGENSON: *Annales, p.'113.*
(24) Y. DE LA BRIERE: loc. cit., p. 21-2.
(25) H. JOLY: *Le Bienheureux Pére Eudes, p. 128. -*

Pero tenemos algo mejor que esta conformidad de ideas y sentimientos. Una carta muy interesante escrita desde el Wny por M. de Renty, el 16 de junio de 1646, nos permite conocer con precisión la colaboración positiva de San Juan Eudes a la actividad religiosa de la Compañía del Santísimo Sacramento:

«Estamos al comienzo de una misión que el R. P. Eudes me ha hecho la gracia de conceder,, ha recibido ya grandes bendiciones y espero que sera muy útil.

Además de su gracia y autoridad sobre los pueblos reúne a los eclesiásticos dos veces por semana, dándoles conferencias sobre su santo estado y lo. que él requiere; acuden de todas partes. No me admirará que Dios bendiga particularmente su sacerdocio en esta misión, ofrecida según mis intenciones por todos los que están dedicados a este,soberano Sacerdote en el sacramento de los sacramentos, de quienes tengo el honor de ser el menor ... * (26).

No podemos dudar que se trata aquí de la Compañía del Santísimo Sacramento. Su contacto con San Juan Eudes a través de Reníy es manifiesto. Este contacto debió renovarse con frecuencia y particularmente con ocasión de las múltiples misiones predicadas por el gran apóstol normando y provocadas, preparadas y costeadas por Renty (27).

Y casi nos preguntaríamos si la primera idea de la fundación de Nuestra Señora de la Caridad surgiría en el Santo a consecuencia de sus relaciones con la Compañía del Santísimo Sacramento.

De hecho, la obra de las arrepentidas es de aquellas a quienes la Compañía se asociaba con sobrenatural predilección, como lo atestiguan los *Annales.*

Más aún: entre las cuestiones señaladas para las conferencias mensuales de sus miembros vemos la siguiente para el mes de agosto: «... de los medios de tratar con las jóvenes extraviadas y modos que deben emplearse para convertirlas» (28).

~ Y Martine nos presenta una conjetura de M. Huet, Obispo de Avranches, quien, en sus *Origines de la ville de Caen,* escribe: «Creo que es del P. Eudes de quien, en sus obras espirituales manuscritas, escribe M. de Berniéres: El *dos de septiembre de 1634, un Padre muy celoso y lleno de* amor *de Dios,* me propuso *un* Proyecto *que hacía* tiempo meditaba y por *el que* oraba *conti*

(26) BESSIERES: *loc. cit., p. 130.*
(27) *Ibid., p.* 132.
(28) VOYER D'ARGENSON: *Annales, p.* 178.

arrepen

nuamente: el de construir y fundar una casa para mujeres tidas. Y más abajo: *Dios me dió por entonces (15* de
octubre de] mismo año) *grandes deseos de fundar casas de arrepentidas y penitentes.* De donde se deduce-aflade
el autor de los Origines-que este proyecto fué concebido mucho tiempo antes de ser ejecutado y que, según parece,
contribuyó a él M. de Berriiéres» (29).

Por lo tanto, M. de Berni~res-que fué con M. de Renty uno de los miembros más ilustres e influyentes de la Compañía del Santísimo Sacramento-no había sido extraño al proyecto durante mucho tiempo acariciado por San Juan Eudes de «construir y establecer una casa para mujeres arrepentidas». Añadamos que-según Martine-antes de lanzarse a la ejecución de su proyecto el Santo lo consultó con M. de Berniéres y «varios amigos suyos muy celosos de la gloria de Dios y la salvación de las alma,'s», y que será el mismo M. de Berniéres quien pagará el alquiler del local en que la obra se instale.

Otro hecho que, de ser cierto nos permite sorprender un contacto más entre San Juan Eudes y la Compañía del Santísimo Sacramento. En un manuscrito intitulado *Resoluciones diversas* procedente de los archivos de dicha Compañía, leemos al 3 de abril de 1642: «Se ha resuelto para proveer a la subsistencia de la casa del «Refugio» emplear las limosnas de la Compañía con el beneplácito del señor Superior y director» (30).

¿De qué «Refugio» se trata?, ¿del de Caen? La fecha de 1642 nos inclina a creerlo.

El nombre de M. de Berni~res evoca casi necesariamente el de su más conocido discípulo: Francisco de Montmorency-Laval, primer Obispo de Québec. «Francisco de Laval llamado al apostolado y a las luchas heroicas del Nuevo Mundo, destinado a una asombrosa vida de abnegación y pruebas de todo género, tenía necesidad de morir por completo a sí mismo.... tenía necesidad de ser un hombre de Dios, *homo De¡,* en toda la acepción de la palabra. La Provideincia, que le deparaba una vocación sublime, quiso que fuera a prepararse a una de las más grandes escuelas de santidad que entonces había, la de M. de Berniéres» (31).

Su estancia en l'Ermitage, según testimonio de María de la

(29) MARTINE: 11, p. 125.

(30) Debemos la copia de este manuscrito a la amabilidad de M. A. Léo Leymarie. Estas *resoluciones diversas* provienen evidentemente de los acuerdos tomados en las filiales de provincias. y transmitidas a París.

(31)GoSSELIN: *Vie de Mgr. de Laval,* Québec, 1890, 1, p. 74-5.

Encarnación, fué de cuatro afíos-1654-1658-(32), Esta es una preciosa indicación dé fechas. En esta época efectivamente se ejerce la influencia de San Juan Eudes con entera libertad sobre los discípulos de M. de Berni&es: «Visita con frecuencia l'Ermitage, y no ahorra sus exhortaciones a los solitarios» (33). Es, pues, en esta época cuando se cimentó entre él y el futuro Obispo de Québec aquella amistad que no podrá quebrantar ni el océano que les separará, ni los sucesos que pronto habían de arruinar a YErmitage. La Providencia disponía así todas las cosas'para introducir en Nueva Francia la doble devoción a,los Sagrados Corazones de Jesús y de María, que Mons. de Laval había bebido en su santo amigo, y en cuyo apóstol ' decidido se convirtió después de háber sido uno de los primeros y más entusiastas aproba~ dores (34).

§ 3

Para completar, habríamos de adentrarnos ahora en un último medio, formado por almas religiosas so bre las que el P. Eudes ejerció su paternidad espiritual y que se beneficiaron de su celo o con las que mantuvo santas relaciones. Así le seguiríamos por la estela luminosa que ha dejado en todas las almas que le debieron

(32) GAILLARD DE CHAMPRIS: *Mgr. de Mantmorency-Lával,* París, 1924, p. 11.

(33) SOURIAU: 10C. *Cit., P.* 162.

(34) Cfr. *supra, p.* 242. Esta amistad sobrevivió a la muerte del Santo. Lo prueba una carta escrita en 1681 por el venerable Mons. de Laval a M. Blouet de Camilly, que le había obsequiado con-el libro del *Corazón Admirable:* #He recibido el libro que me enviasteis sobre el Corazón de la Santísima Virgen, como una prueba de vuestro afecto. Es para mí presente muy agradable, tanto por razón de la materia como por la persona que lo ha escrito, cuya memoria honramos. Espero que este Corazón Admirable, del cual es propio unir en sí todos los corazones, será el lazo de los nuestros de manera particular, y nuestro Seminario no tendrá mayor alegría que verse unido a vuestra Congregación toda de Jesús y de María, a quien-es honramos bajo la advocación de la Sagrada Familia, a la qpe hemos dedicado el Seminario. Y como, en virtud de esta, unión, participaréis en todo el bien que en él se haga, esperamos de vuestra Congregación la misma gracia y la de no olvidaros de pedir por esta iglesia naciente que plugo a Dios concedernos para que siempre vaya creciendo hasta su perfección. Así lo espero, asegurándoos que soy in Christo ... » (Francisco, Obispo de Québec). Se recordará que el hermano del P. Dudouyt, hombre de negocios y brazo derecho del venerable Mons. de Laval, entró en la Congregación de Jesús y María, donde fué conocido con el nombre de Jourdan.

el marchar con paso más alegre por el camino, a veces arduo, de la perfección. Desgraciadamente, con harta frecuencia esta acción bienhechora del siervo de Dios ha permanecido oculta, preciosamente guardada por quienes de ella se beneficiaron. Nos vemos reducidos a sospechar. Contentémonos, pues, con mencionar algunas huellas conservadas por la hIstoria.

Vimos abrirse muy pronto ante él las pijertas y verjas de los monasterios y a fervientes religiosas, atraídas por su fama de santidad, colocarse bajo su dirección (35). Su número crecio rápidamente con los años y con su mérito en constante aumento.

Particularínente en Caen era recibido con alegría en los cinco grandes conventos que entonces existían: Hospitalarias-, a cuya casa le llevaba todas las semanas su amor a los pobres; Ursulinas, cuya Superiora, herm4na de Juan de Berni~res, era enteramente afecta a todas sus empresas; Visitan.dinas, donde fué a buscar las primeras directoras de su casa del Refugio; Carmelitas, con quienes mantenía unión de oraciones y sacrificios; Benedictinas de la Santísima. Trinidad, a las que ayudó poderosamente a aceptar la reforma emprendida entre ellas por su enérgica Abadesa, Mme. de Budos. Añadamos a estas Comunidades, la de las Benedictinas del Santísimo Sacramento, cuya fundadora Catalina de Bar, en religión Madre Matilde del Santísimo Sacramento, adoptó muy pronto la devoción de nuestro Santo a los Sagrados Corazones y se constituyó en su decidida propagadora (30).

Las Comunidades de hombres no tuvieron menos atenciones con su virtud que las Comunidades de mujeres: jesuítas, Trinitarios, Franciscanos, Benedictinos, le asociaron a los méritos y oraciones de sus Ordenes respectivas (37). Entre los religiosos

(35) Cfr. *supra,* cap. 2.', *passim.*

(36) «El famoso P. Eudes, fundador de la Congregación de Sacerdotes consagrados a la dirección de los Seminarios fué el primero que se declaró contra la Madre Matilde. De tal modo le habían prevenido que no podía aprobar la correspondencia epistolar que M. de Berniéres mantenía con ella y de la que hablaba despreciativamente. Tuvo asuntos muy importantes, en los que la Madre le ayudó con su prestigio y con el dinero que le proporcionó en momentos extremadamente difíciles. El P. Eudes reconoció su magnanimidad de corazón; admiró su virtud, lo mismo que los que la conocían y no cesó en lo sucesivo de ser su panegirista, obligando a los sacerdotes de sus Comulnidades a que agradeciesen los favores que le había prestado y que en toda ocasión la sirviesen según sus posibilidades ... » V*ie de la ven. Mére Catherine Meckilde, institutrice et premi¿re supérieure des Religieuses Bénédictines de l'Adoration perpétuelle du Saint- Sacrament (Ms.* anó nimo. Archivo del monasterio de rue

Tournefort), p. 35.
(37) BOULAY: I, cap. 12, *passim.*

reclutó sus amigos, sus consejeros y, con frecuácia, sus mejores defensores: v. g.: los PP. Huberto y Bernardo Chanterel, de los franciscanos; los PP. Masqueret y Gueroult, de los carmelitas; el P. Denis VEvéque, premostratense; Dom Mateo de La Dangie de Renchy y Dom Juan Blouet de Than, benedictinos; Dom Gregorio Tarrise, fundador y Superior general de la Congregación de San Mauro; Dom.Domingo Jorge, de los cistercienses.

Si quisiéramos abarcar de una mirada el inmenso campo de irradiación sobrenatural de nuestro Santo, junto a los reli~ giosos y religiosas que experimentaron su influencia por espacio de tiempo más o menos considerable e incluso, habitualmente mantuvieron con el Santo relaciones afectuosas y de religiosa amistad, sería preciso enumerar las diferentes Comunidades que visitó en sus correrías y a las que edificó con el fervor de sus exhortaciones. No habríamos de olvidar, además y especialmente, a las almas escogidas que Dios puso tantas veces en su camino y que, debido a este providencial encuentro, dieron una orientación definitiva a su vida, o recibieron nuevo e irresistible impulso en el servicio del divino Maestro, a quien su meloso siervo les había enseñado a conocer y amar mejor.

Sobre este fondo de almas que en su mayor parte nos hemos de resignar a desconocer, se destacan ciertas
fisonomías. Son las religiosas de la Santísima Trinidad de Caen y de la abadía de nontmartre, cuya correspondencia con
el Santo nos ha permitido entrever su carácter, generosidad y pruebas (38). Es la admirable Catalina de San Agustín, a
cuya vocación está íntimamente ligado, como demuestra este pasaje de la biografía del ' P. Ragueneau: «Un predicadQr
misionero que dirigía a una virtuosa mujer llamada María des Vallées de Coutances, le dijo por entonces que
infaliblemente sería religiosa; y sin duda fué por ffiediación de esta alma a la que se le había recomendado. Sin embargo,
apenas se podía pensar que así fuera: pues en realidad, su parecereraque si esto llegara alguna vez, mucha gente se
engañaría, aunque ella tuviese inclinación ... » (39).

(38) Cfr. las cartas a Sor María de Taillepied, a la Madre San Gabriel de Montmartre v otras religiosas. *(Oeuvres, XI, passim.)*
(39) RAGIJENEAli~ *La vie de la Mére Catherine de Saint-Augustik* (2.a edit.), p. 30. No querernos dejar de subrayar, al menos de paso,
este nuevo lazo que sus relacion ' es con la venerable Madre Catalina de San Agustín estableció entre San Juan Eudes y la naciente
Iglesia canadiense. A partir de 1690 se celebró en el hospital de Québec la fiesta del Santo Corazón de María. Señalemos paralelamente
la gran devoción de la Madre Catalina de San Agustín a María des Vallées, «Hermana María de Coutances*, como

Con la ayuda de la correspondencia **del Santo, recordamos también** su estrecha unión con otra alma, muy elevada en gracia, la venerable Margarita del Santísimo Sacramento:

«... Os escribo en Citry (40), desde la casa de nuestro querídísimo hermano de Renty, donde nos entregó las medallas que le habíais enviado y que hemos recibido todos con un respeto, una alegría y un consuelo que me es imposible expresaros. Os doy por ello gracias de todo corazón, en mi nombre y en el de todos mis hermanos. Os aseguro, queridísima Madre, que las guardaremos toda nuestra vida con gran afecto. Pues no puedo deciros el respeto y la devoción que el santo Niño Jesús ha impreso en nuestros corazones hacia su santa Esposa, nuestra queridísima Sor Margarita. En cuanto a mí, le honro y le invoco todos los días. Ya hemos experimentado diversos efectos de su caridad tanto espirituales como temporales, de lo que algo os podrá decir nuestro querido hermano de Renty.

En cuanto tuvimos noticia de su fallecintiento, hicimos voto de celebrar cuarenta Misas en honor de todo lo que es el divino Niño en esta alma, en acción de gracias por todos los favores que le ha concedido para el cumplimiento de,todos sus designios sobre ella, para pedirle nos conceda alguna especial unión con ella, y nos haga partícipes en su gracia y en su espiritu, para pedirla también nos alcance de Dios la paz con algunas personas ... » (4 I). la llamaba y que parece haber sido su protectora especial. Estas dos almas hermanás cuya vida mística se parece en tantos aspectos, por las gracias extraordinarias con que ambas se vieron favorecidas y por las pruebas de análoga naturaleza por las que hubieron de pasar.

(40) La carta va dirigida a la Superiora de las carmelitas de Beaune.

(41) *Oeuvres, XII p. 50-1.* <iCarta publicada por DEBERRE en SU *Vie de la Vénérable Marguerite du :Saint-Sacreinent».* «Ha llegado hasta nosotrosdice COSTIL- *(Annales, 111,* n.' 12) un precioso fragmento de puño y letra del Santo que nos hace ver la estima en que tenía a esta gran sierva de Dios -y cómo contaba con la eficacia de su intercesión ante la divina Majestad. Pues señala que además de las setenta y dos Misas que había prometido celebrar, hizo además el voto de celebrar otras cincuenta y cinco en honor de todos los misterios de la Santa Infancia del Hijo de Dios y de los Santos que,con ella tuvieron alguna relación especial; «todo-afiade él-en acción de gracias por los favores que Dios ha concedido a Sor Margarita, carmelita de Beaune, en honor de todo lo que es en esta alma, para cumplir los designios que tiene sobre ella, para rogarle nos asocie en el honor que le tributa esta alma santa en el cielo, hacernos partícipes de su espíritu y de su gracia, que es el espíritu de la Infancia de Jesús, obtenernos la paz completa con... para el cumplimiento de los designios de Dios sobre nuestra pequeña Comunidad~>. Inútil decir que el fragmento de que habla Costil se ha perdido. Entre las personas con las que el P. Eudes desea obtener la paz se ha de contar a Mons. Molé, Obispo de Bayeux*. (Nota de los editores de *Oeuvres.)*

Las primeras etapas en el camino de la gloria.

Se puede apreciar el puesto inmenso ocupado por el siervo de Dios en el mundo de las almas, por el vacío que dejó en él su muerte y por la explosión general de dolor que provocó. «En cuanto se divulgó la noticia por la ciudad-dice Hélyot- fué tan grande el gentío que acudió a ver al fiel siervo de Dios, que causó mucha pena tenerle que enterrar. El afán de todos por rendirle los últimos honores, las alabanzas que se le tributaron y oyeron por doquier, haceil ver con absoluta claridad que Dios honraba en el cielo. al que la muchedumbre rendía por adelantado tanto honor en la tierra» (42).

Sus funerales se convirtieron en iana marcha triunfal. Fueron presididos por M. Guilbert, párroco de Nuestra Señora de Caen, acompañado de nunieroso clero y de una muchedumbre inmensa,

cuya voz, anticipándose a la de la Iglesia, proclamaba a voces la santidad del venerado difunto.

Su cuerpo fué inhumado en la iglesia nueva del Seminario, entonces en construcción, hacia la mitad del coro; más tarde se le recubrió con una losa de mármol blanco que llevaba la siguiente inscripción:

HIC IACET VENERABILIS SACERDOS
IOANNES EUDES
SEMINARIORUM CONGREGATIONIS IESU ET MARIAE
INSTITUTOR AC RECTOR
OBIIT DIE 20 AUGUSTI 1680, AETATIS SUAE 79.

«Aquí yace el venerable sacerdote Juan Eudes, Fundador y Superior de los Seminarios de Jesús y María. Murió el 20 de agosto de 1680, a la edad de 79 años» (43).

Este concierto de alabanzas que se eleva de todas partes en honor del Santo * llamado a Dios, no termina con sus funerales. Su tumba no tardó en convertirse en un lugar de peregrinación,

(42) HÉLYOT: *Histoire des Ordres religieuk,* París, 1859-60, VIII, página 166.
(43) Fecha equivocada, pues falleció el 19.

amado por la piedad de los fieles. Así el P. Gautruche, jesuíta, que no había dejado de considerar y honrar al P. Eudes «como a un Santo a quien había que canonizar», tenía la costumbre de rezar ante ella. «Ábrame la puerta, Hermano-pedía al portero del Seminario-, para ir.a encomendarme a las súplicas del siervo de Dios, del Santo* (44). ,

Pronto a las del pueblo se unieron otras voces autorizadas para publicar sus virtudes y exaltar su santidad. M. Auvry, entre otros, 'en una carta del 24 de agosto de 1680, dirigida a M. Blouet de Camilly, exteriorizaba así los sentimientos de dolor y de alegría que colmaron su corazón ante la muerte del siervo de Dios:

«Os dirijo esta carta, señor, al dejar el altar, donde acabo de celebrar la Misa por el descanso del alma del virtuosísimo P. Eudes, nuestro bueno y querido amigo, cuya dichosa muerte supe ayer noche por vuestra carta. Os puedo decir que experimenté impulsos y sentimientos muy contrarios, puesto que se mezclaban un dolor acerbo y una gran alegría, considerando, de una parte, la pérdida que experimenta la Iglesia de un hombre tan santo y tan celoso por la salvación de las almas, de las que ha ganado una infinidad a Dios, y que aún podía conquistar permaneciendo en el mundo; y, de otra parte, el extremo consuelo y satisfacción que deben tener sus- buenos y verdaderos amigos al saber que goza de una felicidad y gloria eternas, con las que Dios-sin lugar a duda-le ha honrado para recompensar todos sus grandes trabajos y fatigas para glorificar su santo 1,lombre. Puedo deciros con verdad, señor, que éstos son pensamientos que Dios me ha dado al celebrar el santo y augusto sacrificio. Después de lo cual os aseguraré que siempre he tenido la misma intención de serviros y a todos vuestros hermanos de Orden, con todo, ef afecto y ternura posible, tomando la firme resolución de conservarla para los queridos hijos de tan amable Padre* (45).

El cielo también intervino, y por medio de preciosos favores :atestiguó la poderosa intercesión del Santo. Señalemos el concedido a una religiosa de Nuestra Señora de la Caridad, la Madre de San Pablo Le Poutiel, que nos dice de sí misma:

«Habiendo querid o Dios para su gloria y para la manifestación de la,de este dignísimo Padre

que yo haya nacido con un achaque tan humillante como:penoso... ; después de haber recurrido inútilmente a los remedios médicos por todo un año, nuestra querida Madre María del Niño Jesús de Bois-David, tercera Superiora de nuestra Orden, a la sazón en cargo y ocho días
(44) MARTINE: II, p. 567.
(45) BOULAY: IV, p. 473. En él puede verse los panegíricos del Santo,
pronunciados en diversos lugares con ocasión de su muerte.

después de acaecida la muerte de nuestro digno Padre, tuvo la inspiración de inducirme a hacer una novena a nuestro fundador, a quien yo tenía mucha devoción. Hice promesa de rezar en honor suyo, y en reconocimiento de las gracias que Dios le había otorgado, tres Padrenuestros y Avemarías, y una Salve a la Santísima Virgen, para que se sirviera manifestar la gloria de su fiel siervo.

Lo que puedo atestiguar habiendo sido curada, sin que volviera qL ser incomodada de nuevo... Entonces tenía veintiséis años de edad. Desde que tengo cargo-Superiora-he experimentado su poder y su socorro* (46).

La apertura de su testamento, a lo que se procedió algunos días después de su muerte, aumentó la profunda veneración de que era objeto. El Santo se traicionaba en cada uno de los artículos de este testamento, donde aún se sentía latir su corazón abrasado por el amor de Dios y por el del prójimo, enteramente penetrado de humildad y desbordando la más dulce confianza. Sobre todo, se le hallaba fiel hasta la muerte a su misión de apóstol de los Sagrados Corazones. Escuchémosle expresarse sobre este punto de capital importancia para su gloria y la de sus hijos:

<iCon toda mi voluntad, me entrego al amor incomprensible por el que mi Jesús y mi buena Madre me han dado su amabilísimo Corazón de manera especial, y en unión de este amor entrego este mismo Corazón, como una cosa que es mía y de la que puedo disponer para la gloria de mi Dios; lo entrego, digo, a la pequeña Congregación de Jesús y María, para ser su herencia, el tesoro, el patrón principal, el corazón, la vida y la regla de los verdaderos hijos de esta Congregación. Como también doy y dedico a esta misma Congregación a este divino Corazón, para estar consagrada a su honor y a su alabanza en el tiempo y en la eternidad, suplicando y conjurando a todos mis muy amados hermanos que le tributen y hagan tributar todo el honor que les sea posible, celebren sus fiestas y oficios en los días señalados en nuestro propio con la mayor devoción que puedan, y hagan algunas exhortaciones sobre esta materia en todas las misiones; impriman en sus corazones una imagen perfecta de las virtudes de este Santísimo Corazón, le miren y sigan como a la regla primordial de su vida y de su conducta, y se entreguen a Jesús y María en todas sus acciones y ejercicios, para realizarlos en el amor, en la humildad y en todas las demás disposiciones de su SagradoCorazón, para que por este medio amen y glorifiquen a Dios con un corazón que sea digno de Dios, *corde magno et animo volenti, y sean* según el Corazón de Dios y verdaderos Hijos del Corazón de Jesús y de María.

También entrego este Corazón preciosísimo a mis queridas Hijas, las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad, a las

(46) COSTIL: *Annales, I, p.* 369; MARTINE: II, p. 371 ss., refiere otros hechos semejantes ocurridos a raíz de, la muerte del Santo.

carmelitas de Caen (47) y a todos mis hijos espirituales, especialmente a los que tienen un afecto particular para su indignísimo Padre, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida; les entrego a todos y a cada uno en particular a este buenísimo

Corazón por las intenciones señaladas en el artículo anterior, y les prometo que, si mi Salvador me hace la gracia-como así lo espero de su misericordia infinita y de la caridad incon-iparable de su bienaventurada Madre-tendré de ellos un cuidado particular en el cielo, y espero que Dios me hará la gracia de asistirles en la hora de su muerte con esta buenísima Virgen» (48).

§ 2

Nuevos hechos de origen sobrenatural habían de sefialar el primer aniversario de la muerte del siervo de Dios. Costil los refiere como sigue: «El día 18 del mes de agosto del aflo 1681, Sor María de la Ascensión Le Chevalier, novicia del monasterio de Nuestra Señora de la Caridad de Guingamp, en Bretaña, unién dose a las oraciones que toda la Comunidad hacía en común con ocasion del aniversario del P. Eudes para agradecer a la divina bondad las gracias singulares que le había otorgado y, por su ministerio a toda la Orden, y a tantos millares de almas de toda clase, al experimentar nueva pena por la sordera que padecía hacía más de un mes-no oía nada con el oído izquierdo, lo que le impedía seguir a sus hermanas en el coro y le quitaba la esperanza de poder trabajar con las penitentes-y afligirse por no poder comprender algunas oraciones que se hacían, pensó en pedir a Dios su curación por la intercesión de este santo varón, y habiéndolo hecho inmediatamente, como mejor pudo, exclamó llena de reconocimiento: «Hermanas, oigo todo lo que decís». Lo que pude oír de labios dé la misma religiosa que actualmente reside con otras cinco hermanas en el monasterio de Santa Mag~ dalena de París, adonde fueron enviadas para poner buen orden en el monasterio destinado a las penitentes, y me ha sido confirmado por la reverenda Madre'María de San Isidoro, que ha sido Superiora de Guingamp, y por la carta que la Comunidad ha escrito a la de Caen en 1721 (49).

(4 7) El texto de Hérambourg añade las de Dieppe.

(4 8) *0e~es, XII, p.* 1 7 2 - 3 . 1

(49) De pasada llamamos la atención del lector sobre el cuidado con que Costil maneja las pruebas de sus asertos. Este espíritu crítico
del que se encuentran muchas manifestaciones en sus obras, les proporciona un valor excepcional.

En la noche de este mismo día, 18 ó 19 de agosto, se apareció el P. Eudes a uno de nuestros hermanos, M. Felipe
Daméne, que estaba en Launay, en la casa de probación, de quien he obtenido , estos datos. Guardaba a1g4ma frialdad
contra *el* santo hombre desde antes de su muerte, a causa *de* que le había enviado a esta casa, contra su deseo de ir a un
Seminario de la Congregación. Mas el efecto de esta visita que recibió fué tan súbito y tan eficaz, que no sólo
cambió'Por entero la disposición de su corazón, sino que le hizo llorar por la aversión que conservara contra su buen
Padre, cuyo Benjamín era, por ser ¿l último que había recibido, y al que devolvió la calma y la paz. Al día siguiente,
de mahana, refirió lo que había pasado a M. Boniiefond,-,entoiices Superior de la casa...* (50).

La celebración del aniversario fué trasladada a principios de enero de 1682, probablemente por deferencia a M. Nesmond que tenía gr" empeño *en* asistir (51),

lle aquí la resefia que hizo un periódico de la época, el

«Habréis sabido hace tiempo la muerte del R. P. Eudes, uno de los misioneros más célebres que se han visto desde hace mucho tiempo, y de quien la Iglesia ha recibido los más útiles servicios,

Trabajó sin descanso durante más de *sesenta años* en predicai, catequizar, instruir y misionar, muchas veces en sus misiones se reunieron en un solo sermón hasta cuarenta mil personas. Ha obtenido también gran fruto entre los pretendidos reformados. No hablo del gran número de monasterios de mujeres de que fué director, en los que produjo grandes bienes. El Obispo de Bayeux, que siempre estimó a las personas piadosas, queriendo rendir homenaje a _la memoria de este gran misionero, le hizo dedicar el pasado rries un funeral solemnísimo en Nuestra Seilora de Caen. A pesar de las grandes proporciones de la iglesia, resultó demasiado pequeña paxa contener al gentío que deseaba escuchar el panegírico del ilustre difunto» (52).

El honor de ocupar la cátedra sagrada había sido reservado a uno de los niás distinguidos oradores del clero de Bayeux, M, Jollain. Su panegírico «que era el de la virtud»-hace observar Costíl-respondió a las esperanzas de todos. Citemos algunos pasajes que ofrecen particular interés. El primero se refiere, a la Congregación de Jesús y Marla y a la devoción a los Sagrados Corazones:
(50) COSTIL: *Awnales, 1, p. 656.*
(51) Ibid.
(52)]bid,, 1, p. 655.

«Comc) San Zn<~n de Verona, llarina al Hijo de *Dios Cordís* ue perm-ce'SiemPye en el sello *patemí wobilis inquiliffUs,*
POM todos los sujetos de su Padre, así nosotros Podemos decir, que ~ que integran la, familia y la Congregación del P .
Endes. son los a,t,, d,(sagrado Corazon . de Jesús y de Su Santísima su deber indispensable permanecer

Madre, - poyquc siempre~ corno el, el jugar donde han nacido y donde encontrarán los mefflos par-,t trabajar en su pericr-
ción Y en la santificación del prójinio» (53).

El segundo se refiere al P. Eudes Y a su tierno amor a María:

«¿Qué diremos de la devoción del R. P- F-ndes a la Santíi(s? ¡W lEsta devoción era la vida de su co sima Madre de D ía
han colocado razón! Es - este Corazón donde Jesús y Mar el trono de su amor'. *Sol et jung, steterunt in habitaculo suo.*
Jes'ás, sol de justicia, y María, representada bajo el símbolo de la luna, han hecho del alma del P. Eudes como su templo;
su corazón les ha servido de trono. Elte hombre santo dió exteriormente todas las señales. que Pueden dar a conocer la
más alta estima que siempre ha conservado a la Santísima Virgen, y el gran amor con que su corazón estaba ay>Tasado
por quien es la más amable de todas las criaturas. Hizo todo bajo el gobierno antoycha que ha iluminado sus pasos, es la
es- de María. Es la 1 . es la amante que trella que le ha coriducido en todos sus via3es, ha atya,¡do todos los raovimientos
de su corazón, Desde su ¡u-ventud- se obligó con voto a honrarla y servirlá ¿le 'todas las maneTas pc~)síbles y a
consíderarla siempre su Madre y Seác`ta¿y q1,6 no ba hecho para contentar el deseo de sw Coraz6ii, ara hol"ra'r Y hacer
honyar« , esta divina Madre? Las oraciones, las fiestas, las Co-las súplicas, las peregrinaciones, los

Oiicios,
>fradías los altares, las capillas, las igle%Ías y, en especial, sus dos ór~enes Jundadas para servir a Dios, honyar y hacer honrar serán eternamente especialílsimamelite a la SarIt1si` V'19en, ción a los monuinentos de la piedad del P. Eudes y de su dev la Madre de Dios» (34).

El mismo afio rendía a la memoria del siervo de Dios sus homenajes de piedad fílial el Seminario de Coutances. M. de la Palluelle propulició el discurso de circunstancias, del que Martine cita el siguiente Pasa*

«Sin comparar al Maestro yal siervo, la paciencia del P. Eudes ha debido convencer a stis enemigos inás. declaTados de su, sólida virtud. En efecto, se ve en sa vida el carácter de los inayotes santos. ¿No ha irnitado a Elías en su celo? ¿No ha gritado Non *licet el,* la corte de los príncipes, como -San Juan Bautista? ¿I,o ha gemído en la soledad como Pablo e HilarSón? Pero la mis su virtud' cuando iTnit6 a Xa1,511 StOi115 in1'y
cierta prueba de
(53) MppTiNE: 11 p. 406.
(54) ¡bid--- 11, p. 407.

mortuos et víventes, Pro Populo deprecalus est, en los días de duelo en los que la peste devastaba todo en los alrededores de Argentan y Caen.

En, otras ocasiones la hipocresía y la virtud tienen tantas relaciones que apenas se las distingue; pero, en las circunstancias críticas, no se ve a los hipócritas tratar de disimular. Tal era la virtud del P. Eudes, ardiente por la salvación de las almas y por la gloria de su Maestro, infatigable en los trabajos, terrible en el púlpito, prudente en el confesonario, paciente en la adversidad, afable en la conversación. En una palabra, se puede decir que en él se encontraban al mismo tiempo el conjunto de todas las virtudes.

Se puede decir de él que en todo lugar era el buen olor de Cristo, que lo ha llevado y espar¿ido con agradable perfume que embalsamó todos los lugares donde fué a trabajar. Es por el buen ejemplo de sus virtudes, tanto como por la fuerza de sus pr~dicaciones, como ha ganado tantas almas a Dios. Cuanto mas trituradas son las sustancias aromáticas, mayor es la fragancia que exhalan. Así fueron las virtudes del P. Eudes. Despedían un olor más suave y agradable, cuanto más violentamente era perseguido y, en medio de sus más violentas persecuciones, siempre se le vió tranquilo y contento, sin sentir nunca turba.ción de espíritu; ni el más vivo deseo de vengarse y, a menudo, ni de justificarse, sometiéndose humildemente a la voluntad de Dios y remitiéndole el cuidado de su justificación, pidiendo sin cesar misericordia para él mismo y para quienes le hacían sufrir.

Habiendo sido sometidas sus virtudes tantas veces a la prueba del fuego de las tribulaciones, y habiéndose mantenido igualmente en todas, ¿se podría, legítimamente, dudar de ellas? Por poco que se estudie su conducta, se percibirá en ella la sabiduría de un Salomón, la dulzura de un David, la fe de un Abraham, el amor del discípulo amado lo mismo que su pureza,' el vigor en la predicación de un San Pablo, el celo de Ellas. Es aquel árbol misterioso del Apocalipsis, *per singulos menses reddens fructum suum, et Jolia ligni ad sanitatem genlium* (55).*

§ 3

Los venerados restos del Santo descansaron en la iglesia del Seminario de Caen hasta después de la Revolución.

Al fin de esta época trágica y de todos sus trastornos no queda.ba nada de la obra del P. Eudes. No sólo el Seminario de Caen, sino la misma Congregación de Jesús y María había sido arrastrada por la tormenta. La capilla del-S~eminario se había convertido en sala y bibliotecas públicas. Felizmente el piadoso y filial recuerdo de las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad mon
(55) MARTINE: II, p. 380.

taba guardia en torno de la tumba de su Padre, amenazado con la más odiosa de las profanaciones. Gestiones emprendidas cerca de las autoridades civiles condujeron al traslado de los restos del Santo a la iglesia de Nuestra Señora de la Glorieta, antigua capilla de los jesuítas.

Esta piadosa ceremonia tuvo -lugar en medio de la mayor solemnidad. La presidió el Obispo de Bayeux, Mons. Brault. El prefecto, el alcalde y todas las autoridades civiles realzaron la solemnidad con su presencia. En tomo del ataúd, llevado a hombros por cuatro sacerdotes, se apretujaba una inmensa muchedumbre, renovando así el homenaje emocionado que hacía más de un siglo había rendido Caen al siervo de Dios, el día de sus triunfales funerales» (56)-

La nueva tumba se recubrió con una lápida de mármol sobre la que se grabó esta inscripción:

D. 0. M.

1 HIC

E SACELLO SEMINARII
QUOD OLIM EREXERAT
ASPORTATAE ET REPOSITAE IACENT
RELIQUIAE

VEN. PRESBYTERI 10ANNIS EUDES,

CONGREG. IESU ET MARIAE ET MONTALIUM
A CHARITATE

FUNDATORIS ET PRIMI SUPERIORIS.

ECCLESIASTICAE SCIENTIAE PROPAGATOR
FUIT INDEFESSUS,
ET CLERICALIS DISCIPLINAE
EXEMPLAR.
QUA IN DEUM ET SS. VIRG. DEIP. ARDEBAT
CARITATEM

VERBIS ET SCRIPTIS PRAEDICAVIT,

1

VITA COMPROBAVIT
PIE VIXIT,
SANCTE OBIFT,
DIE 19 AUG. 1680, ANNO AET. 79.

(56) En los archivos de la Congregación de Jesús y María se conserva

una larga elegía en francés, compuesta en esta ocasión, en que se refieren detalladamente los méritos y las obras de nuestro Santo.

«Al Dios óptimo y máximo-Aquí yacen, trasladados de la capilla del Seminario que había dirigido, los restos del venerable sacerdote Juan Eudes, Fundador y primer Superior de la Congregación de Jesús y María y de las religiosas de la Caridad. Fué 1 infatigable propagador de la ciencia eclesiástica y modelo de la disciplina clerical. Predicó con su palabra y con sus escritos, probó con su vida la caridad en que ardía por Dios y por la Santísima Virgen, Madre de Dios. Vivió piadosamente, y murió -el

19 de agosto de 1680, a la edad de 79 años.»

Grande es el contraste entre el modesto epitafio que adornaba la losa del sepulcro del Santo y el que acabamos de transcribir. Comparando uno y otro, podrá apreciar el lector el camino recorrido por el P. Eudes en la ruta de la gloria. Su próxima etapa estará señalada con un monumento de mejor gusto, mostrándole de rodillas ante una estatua de María que le presenta a Jesús. Después lucirá el día dichoso en el que lanzándose de la tumba, irá a ocupar sobre los altares el puesto de, honor que la Iglesia le asigne.

Wilfi, gloria patris*. La supervivencia del Saríto.

§

Uno de, los más bellos florones de la corona de un fundador (le sociedad religiosa es la milagrosa superviviencia concedida por Dios a su obra. Por ella, en efecto, se perpetúa a través de los~ siglos, no sólo su memoria, sino' también su espíritu y su influencia. Escribir la historia de una sociedad religiosa es, en cierta forma, continuar la del mismo fundador: Filii, gloria patris!

Esta gloria póstuma, consagración suprema para el cielo de su triple paternidad, adorna la frente de San Juan Eudes. Las tres Sociedades que ha establecido sufrieron la prueba del tiempo y, después de cerca de tres siglos, subsisten y extienden su saludable acción por todos los ámbitos de la tierra, sin haber perdido ninguna «de las tradiciones de apostólica valentía, de caridad compasiva, de ardiente y tierna piedad que el Santo les ha legado» (57).

(57) Mons. ToUCHET: Discurso pronunciado ante el Papa con ocasión de la lectura del decreto de beatificación del P. Eudes.

No entraremos en el detalle de la historia de cada una de estas Sociedades. Bástenos comprobar su vigorosa y fecunda supervivencia.

A la muerte del Santo y, a despecho de las oposiciones de todo género que encontró-como hemos visto-, su Congregación estaba sólidamente establecida en los Seminarios de Caen, Coutances, Lisieux, Rouen, Evreux y Rennes (58).

Sus sucesores, siete hasta la Revolución francesa, consolidaron y desenvolvieron su obra. Cuando en 1791 la Congregación de Jesús y María, compartiendo la suerte de todas las Sociedades

religiosas, fué disuelta, poseía dieciocho casas. Los seminarios mayores de Caen, Coutances, Lisieux, Rouen, Evreux, Rennes, Avranches, Dol, Senlis, Domfront, Valognes, Séez y Blois; los seminarios menores de Caen, Rennes, Lisieux, y las residencias de París y de la GarliUe. `

Esta larga enumeracion tiene su interés y su profundo signi~ ficado. Recuerda los estrechos lazos que unieron la Congregacion de Jesús y María al clero de Bretaña y Normandía, su papel preponderante en la formación de aquel clero tan heroico en los días sombríos de laRevoluciónla humilde gloria que reivindica en buen derecho de haber conservado inviolable una doctrina pura, una unión inquebrantable a la Santa Sede, una total fidelidad al espíritu de su Fundador.

Tales servicios señalaban fatalmente a la Congregación de Jesús y María al odio de los enemigos de la Iglesia. De antemano estaba condenada a desaparecer, y el martirio de varios de sus hijos (59) y de su Superior general, confesor de Luis-XVI, cierra trágicamente en 1792 el primer período de su historia.

Pasada la tempestad revolucionaria, se hizo esperar su reconstitución hasta el 1826. M. Blanchard, provisor del Colegio Real de Rennes, dió el primer paso en este sentido, reuniendo un grupo de antiguos eudistas deseosos de reemprender la vida de comunidad.

Pero su definitiva restauración debía ser obra del R. P. Luis de La Moriniére (1830-49) que, además de sus recursos personales, consagro a ello una indomable energía y un sacrificio a toda prueba. -

El P. Gaudaire (1849-70) añadió a las casas restablecidas por su antecesor el Seminario menor de Valognes, que no tardó

(58) E. GEORGES: *La Congregation de jésus et Marie, dite des Eudistes.*

(59) Especialmente los 1313. Francisco Lefranc y Enrique Potier, superiores de los seminarios mayores de Coutances y Rouen.

en ser un verdadero plantel sacerdotal, y la lejana Misión de la Dominica, que valió a la Congregación su primer Obispo en la' persona de Mons. Poirier, nombrado para la sede de Roseau. También durante su generalato se inició en Bayeux la causa de beatificación del P. Eudes.

Estaba reservado al M. R. P. Ángel Le Doré (60), que gobernó la Congregación desde 1870 a 1916, darle una expansión nunca conocida. Bajo su gobierno, y cediendo al empuje de 1-os acontecimientos, se implantó definitivamente en el extranjero.

El deseo de León XIII le abrió un vasto campo de acción sacerdotal en América del Sur, donde al consagrarse a la formación del clero iba a encontrar la obra que, a despecho de las circunstancias, nunca había dejado de ser para ella, «la obra de las,obras». El primer Seminario cuya dirección aceptó, fué el de Cartagena en* Colombia. Esta fundación exigía hombres a la altura de la pesada tarea asumida. El P. Le Doré no vaciló en privarse del precioso concurso de su primer asistente general, el sabio y santo" P. Hamon, a quien envió en calidad de Superior a hacerse cargo de este primer Seminario. El P. Hamon contaba entonces cincuenta y siete años y desconocía el idioma y el país a que se dirigía; además su salud muy delicada no dejaba de inspirar inquietudes. Pero el Papa había expresado un deseo, y como erl Apóstol, con entera confianza, había respondido: In *verbo tuo laxabo rete.* Y partio.

Su sacrificio muy meritorio había de ser bendecido por Dios. Después, cinco diócesis de la República de Colombia, han colocado a los hijos de San Juan -Eudes al frente de sus Seminarios.

Centenares de sacerdotes se han beneficiado así de las sólidas y piadosas tradiciones sacerdotales que, desde de Bérulle, San Vicente de Paffi, M. Olier, San Juan Eudes, han asegurado la formación del clero francés. Añadamos que allí la -Congregación de Jesús y María ha encontrado también su provecho. Posee en Colombia un centro muy activo de reclutamiento, llamado a intensificarse

(60) La figura simpática, en su viva originalidad, de este digno sucesor de San Juan Eudes, merecería retener nuestra atención. La historia personal del P. Le Doré toca en más de un punto la historia general de la Iglesia de Francia en la segunda mitad del siglo xix. Séanos permitido, al menos, recordar su larga y fructífera carrera de predicador de ejercicios a eclesiásticos y su actitud enérgica ante las medidas expoliadoras del Gobierno francés, contra las que organizó una tenaz resistencia entre los religiosos agrupados en torno suyo, como en torno de un jefe indiscutible. Remitimos al lector a la magnífica biografía, en dos volúmenes, que un escritor de gran talento, el R. P. REvoLT, le ha consagrado.

de más en más, -y a mantener con sujetos escogidos sus escuelas apostólicas- noviciado y escolasticado.

-Además de su primera provincia en el extranjero, actualmente en plena prosperidad, 'ha extendido su acción apostólica hasta las Antillas, Méjico y Venezuela. Sólo la legítima preocupación de proveer a las necesidades de las obras ya existentes ha impedido, hasta nuestros días, responder a las apremiantes invitaciones que no dejan de llegar desde Chile, Argentina, Brasil y Perú.

En el Canad4 sus diferenies obras están muy florecientes, gracias, sin duda, a las simpatías y generosa libertad de que gozan, pero más aún, quizá, gracias al bautismo de las más duras

pruebas que casi todas han'recibido (61). Obras de formación sacerdotal: el Seminario mayor de Halifax; los dos Colegios-ver daderos Seminarios menores-de Churche-Point, N. E., y de Bathurst, N. B. a quienes corresponde, en gran parte, el honor y la responsabilidad de dar a la Acadia renaciente la selección cristiana e intelectual que ha de asegurar, su reconstrucción nacional; el juniorado de Bathurst; el escolasticado y el noviciado de Charlesbourg, donde crecen y se forman en su Vocación eudista las reservas de la Congregación. Obras parroquiales: el Sagrado Corazón de la cuenca_ de Chicoutimi, P. Q., y el Santo Corazon de María, de Chandler (Gaspésie), con sus interesantes y sim- - páticas agrupaciones obreras; Santa Ana de la Pointe-au-Pérey su piadosa peregrinación, el Santo Corazón de María de Québec, cuya iglesia estilo bizantino causa la admiración de los, entendidos; las diferentes parroquias pertenecientes a'los Colegios de ChurchPoint y de Bathurst, la del Buen Pastor en Laval des Rapides. Obras esencialmente apostólicas de las quese *ocupan activamente los eudistas de las dos Residencias de Québec ~ y Montreal, y las que, bajo la dirección de Mons. Leventoux, forman la avanzadilla del inmenso vicariato de la Costa Norte.

¡No se' podría soñar un campo de apostolado más vasto ni más fecundo!

Para no señalarlas a la odiosa vigilancia de los enemigos de la Iglesia y de la Patria, pasaremos por alto las obras que la Congregación de Jesús y María ha logrado reconstruir y mantener en Francia al precio de los mayores sacrificios. Nacida en medio de las ásperas luchas que se libraron en torno a su cuna; crecida

(61) La Provincia del Canadá tuvo por fundadores al venerado monsenor Blanche y al R. P. Morin. Referimos sus penosos comienzos en nuestro *Monseigneur Bla-nche* y en *Le R. P. -Lebastar, eudiste.*

y fortificada por las que hubo de afrontar en el transcurso de su historia, algunas de cuyas páginas están escritas con la sangre de sus mejores hijos; lejos de temer las dificultades de la hora presente, por temibles que parezcan, espera confiada en su desaparición. ¿No está unida su causa con la de Dios y la libertad de su Iglesia? Y Dios siempre vence.

§ 2

Siglo y medio había transcurrido desde la fundación de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad cuando estalló la Revolución francesa. Hasta entonces ocho monasterios habían sido fundados en medio de inauditas dificultades, organizando en la Iglesia una nueva modalidad del apostolado de la misericordia.

Por orden de fundación son los siguientes:

El monasterio de Caen-cuna de la Orden-, el de Rennes, él de Hennebont, el de Guingamp (Montbareil), el de Vannes, el de la Rochelle, el de Tours y el de París.

La obra de San Juan Eudes había hecho sus pruebas en el curso de siglo y medio y se había revelado como obra de sabiduría y de prudencia que parecía deber edificar a los siglos. Almas anhelantes de entregarse y de más elevada perfección habían venido a buscar en ella un campo de acción fecundo para su celo y un terreno propicio para su santificación.

Pero sobreviene la Revolución y dispersa todo lo que no aníquila. Un gigantesco trabajo de reconstrucción se impone a las supervivientes, si no quieren ver desaparecer para siempre la obra a la que consagraron su vida.

No se amilanan y emprenden la tarea. Todos los antiguos monasterios a excepción de los de Vannes y de Hennebont se rehacen de sus ruinas en el siglo xix, más prósperos que antes de la tempestad. Se extiende a través de Francia, Italia, Inglaterra, Espafia, América, y la Orden de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio, ciento treinta años después de la Revolución, cuenta con cuarenta y seis monasterios sobre diferentes puntos de la tierra.

Por otra parte, de este viejo tronco, cuya savia en lugar de agotarse se renueva con los años, ha brotado en el siglo xix una rama de extraordinaria vitalidad que abarca el mundo entero: la Congregación de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor de Angers.

La figura de la fundadora del generalato en la Orden de Nuestra Señora de la Caridad es muy conocida (62). Roma, a la que siempre se ha de acudir en busca del verdadero valor de las personas y de las cosas, ha rendido hace poco homenaje a la santidad y belleza de la obra de la bienaventurada Madre María de Santa Eufrasia Pefletier con los honores de la canonización.

Esta verdadera hija de San Juan Eudes concibió la genial idea (63) de realizar la unidad de mando en la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, introduciendo en ella el generalato, poderoso órgano centralizador y de difusión cuya creación ha sido justamente considerada como «un gran gesto providenciab.

Esto se puede comprobar por la expansión sorprendentemente rápida que esta innovación ha procurado a su Orden. En la actualidad la Congregación de Nuestra Señora del Buen Pastor, de Angers, cuenta con veintinueve provincias, que agrupan, bajo la dependencia inmediata de otras tantas

Superioras provinciales, doscientos ochenta conventos y nueve mil religiosas.

(62) Cfr. su vida por Mons. PASQUIER, rector de las Facultades católicas de Angers.

(63) Es preciso indicar que esta genial unidad de gobierno introducida por la bienaventurada Madre María de Santa Eufrasia Pelletier en el seno de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, en nada ha modificado el carácter *esencialmente* eudístico de la floreciente Congregación que de ella salió. El cuarto voto, creación magnífica y genial de San Juan Eudes, constituye la esencia misma del Buen Pastor. Roma no- ha cesado, de recordarlo. El legislador supremo de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor, como del Refugio, es San Juan Eudes. En el célebre decreto por el que el Soberano Pontífice Gregorio XVI autorizaba a la bienaventurada Madre María de Santa Eufrasia a erigir el Refugio de Angers en casa-madre del generalato del Buen Pastor se expresa como sigue, respecto de las Constituciones que deben regir a la nueva rama de Nuestra Señora de la Caridad:

«La casa-madre de Angers y las demás fundadas por ella, observarán las reglas establecidas por el P. Eudes y aprobadas por la Santa Sede Apostólica*. *(Regulas a Patre Eudes conditas.)*

La aprobación a que se refiere aquí Gregorio XVI es la que el Papa Benedicto XIV dió el 26 de septiembre de 1741 a las Constituciones de Nuestra Señora de la Caridad.

En el oficio de la bienaventurada Madre María de Santa Eufrasia apro- bado por Su Santidad Pío XI y por la Sagrada Congregación
de Ritos el 17 de abril de 1935, leemos el texto siguiente relativo a las Constituciones de Nuestra S - efiora de la Caridad del Buen Pastor:
«Estas casas (Angers y los demás conventos fundados por ella) se agruparán -a fin de tener mayor fuerza y estabilidad en una
Congregación, llamada con justo título el <IBuen Pastor»,con la aprobación de la Santa Sede, conservando las Constituciones estable
cidas por San Juan Eudes: *servatisque Constitutio-nibus a sancto Ioanne Eudes conscriptis.* Estos textos límpidos no necesitan comentario.

Esta extraordinaria difusión ha arrancado a Su Santidad

Pío XI estas palabras de admiracion:

<~Se ha dicho muy bien que el universo resplandece en divina poesia, porque una divina matemática, una divina combinación de números también tiene su poesía. Y quizá es verdad que, de todas las concepciones arquitectónicas, después de la conce~ción mecánica,, la más verdadera, la más adiiiii---able, la mas vecina al Creador es la concepción matemática. *Omnia fecit Deus in pondere, in numero et in mensura.*

Pues he aquí un magnífico ejemplo de esta poesía de los nú

meros; en menos de un siglo Podemos contar doscientas ochenta y dos casas, Institutos verdaderamente dignos de este nombre, y en estos Institutos más de nueve mil religiosas, más de nueve mil almas grandes, nobles con la mayor nobleza, la de Cristo, que trabajan en la misma obra de Jesús Rey de Caridad, de Jesús Pastor de las almas. Al abrigo de esta obra vemos florecer y multiplicarse el bien en beneficio de más de sesenta mil almas, conducidas a la regeneración y redención moral. Hay en estas cifras una magnificencia tal, que la palabra falta para expresar dignamente la felicidad y la satisfacción que de ello se deriva* (64).

§ 3.

Cierta oscuridad rodea los orígenes de la Sociedad de las

Hijas del Corazón Admirable, llamada también *Orden Tercera*

Eudista (65). Ignoramos con exactitud cuándo se estableció (66).

Parece que en vida de su fundador se había extendido con bastante

(64) Discurso de *Su* Santidad Pío *XI* con ocasión de la lectura del decreto de heroicidad de virtudes de la venerable María de Santa Eufrasia Pelletier. *Les Saints-Coeurs de Jésus et de Marie, 45 (1924), 101.*

(65) «Cuando *Dios* escoge un santo para dotar a su Iglesia de nuevos Institutos religiosos, de ordinario le hace padre de tres familias espirituales, ligadas unas a otras por lazos más o menos íntimos. Primero, una sociedad de hombres, que se llama la Orden primera; después una segunda integrada por mujeres que tiende a *los* mismos fines, con reglas poco diferentes. *Y* una tercera rama *u* orden tercera de piadosos seglares de uno y otro sexo, que están afiliados a las dos primeras y les siguen más o menos de cerca al adoptar algunas de sus prácticas. Así sucede en los grandes Institutos, como los carmelitas, dominicos y franciscanos, sin hablar de otros. Esta ley de divina Providencia parece haber presidido las diferentes fundaciones de San Juan Eudes. Después de fundar la Congregación sacerdotal de Jesús y María y la Orden de Nuestra Sefiora de la Caridad, a las que dió porulisión glorificar y dar a conocer, amar e imitar a los Sagrados Corazones, estableció una tercera sociedad que afilió a las otras dos y cuyos miembros deben tender a los mismos. fines, sin dejar para esto el mundo y sus ocupaciones ordinarias.* *Oeuvres, VIII, p. 593.*
(66) O~res, VIII, p. 609.

rapidez, sobre todo en Normandía, y continuó desarrollándose hasta la Revolución (67). Este período nefasto de la historia política y religiosa de Francia inaugura en realidad la edad de oro de la humilde Sociedad. Citaremos dos testimonios donde se manifiestan sus actos de servicio:

#La más hermosa página de la historia de estas santas mujeres-escribía en 1880 un párroco bretón (68)-fué quizá la de la persecución en los días nefastos de la Revolución francesa. En la dispersión de las grandes órdenes religiosas, se salvaron por su misma sencillez. El perseguidor no paró mientes en estas pobres mujeres perdidas en el fondo de los lugares de Bretaña, y que nada se diferenciaban de sus compañeras. Dichosas apro vecharon la tregua que se les daba, para entregarse con generosidad a la conservación de la fe en su católico país. Más de un sacerdote les debió la vida, y cuando no se encontraba ningún sacerdote, estas piadosas mujeres reunían a sus vecinos a la hora de los santos Oficios, en el fondo de los bosques o en una modesta granja, rezaban el Rosario por los confesores de la fe, o cantaban los viejos y populares cánticos del P. de Montfort.» #El clero-dice a su vez un historiador de aquel tiempo (69)se veía ayudado en su gloriosa tarea por mujeres piadosas, conocidas en la Iglesia por Hermanas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Estas humildes mujeres,'renunciando al matrimonio, vivían en sus familias, de las que eran orgullo y alegría. Estaban en medio del mundo como la azucena entre espinas. Daban clase a los niños, les enseñaban las oraciones y el catecismo, a leer y escribir, de forma que más tarde se pudieran ba tar a sí mismos en sus asuntos. Estas mujeres de modestia irreprochable, inculcaban el amor de esta virtud a sus jóvenes alumnos.

1 »Cuando los sacerdotes dejaron el suelo de la patria, cuando las cátedras cristianas se vieron

invadidas por los malvados que aullaban blasfemias e impudicia, cuando nuestras iglbsias fueron profanadas con canciones infames, la buena hermana, como se la llamaba entonces, enseñaba a los niños los cantos de la Misión. Cuando el enfermo yacía postrado en el lecho de dolor, sin sacerdote, ellas se ingeniaban para proporcionarle uno, sin temor a la muerte con que se las había amenazado. A falta de sacerdote, sacaba del tesoro de su corazón palabras de consuelo,

(67) Oeuvres, VIII, p. 611.

(68) Revue du Saint-Coeur de Mario, junio *1880, p. 231.*

*(69) . L*ÉCARLATE: *Essai historique sur les monuments de Dol.*

para ayudar al moribundo en el ' tránsito de la tierra a la eternidad. Cuando se prohibió bajo pena de muerte rogar a Dios, tener un objeto de piedad, estas buenas mujeres continuaban desempeñando su apostolado, e iban a la prisión alegres por haber cumplido un deber sagrado. Si durante el terror los sacerdotes dieron la primera comunión a algunos niños, fueron niños instruídos por estas almas escogidas» (70).

La Sociedad del Corazón Admirable sobrevivió a la Revolución; y apenas se devolvió la paz a la Iglesia, se la vió multiplicarse y alcanzar un estado floreciente como nunca. A falta de los eudistas dispersos la tomaron bajo su protección los Obispos, y en recompensa a los servicios pasados, pusieron empeño en elevarla al rango de institución diocesana.

La vemos canónicamente erigida en el curso del siglo xix en trece diócesis de Francia: las diócesis de Bayeux, Rennes, Saint-Brieuc, Vannes, Quimper, Nantes, Coutances, Laval, Paris, Amiens, Versailles, Lyon, Le Mans. En 1897 adquiriô derecho de ciudadanía en Roma. Al mismo tiempo franqueó el océano y se,implantó, sucesivamente, en las Antillas inglesas y Colombia española, donde cuenta desde hace años con centros muy numerosos (71).

Un breve concedido por su Santidad Pío X el 2 de mayo de 19~l, señala uno de los principales jalones en la historia de la Orden Tercera Eudista. Asegura a la humilde Sociedad rango, en cierto modo, oficial en la Iglesia. He aquí el breve:

«Pío X, Papa, para perpetua memona:

La piadosa Asociación que el bienaventurado Juan Eudes fundó en el siglo xvii bajo la advocación del Corazón de la Madre Admirable ha tomado tal incremento en el curso de. los años, que aun hoy se encuentra canónicamente instituída en muchas diócesis, si bien, seg'n la región, se la haya llamado unas veces Orden Tercera del Sagrado Corazón y otras Orden Tercera de los Eudistas. El fin de esta Asociación merece los mayores elogios. Sus miembros, en efecto, se proponen imitar con ardor perseverante las virtudes de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, a los que se consagran, y especialmente su caridad, su mansedumbre, su misericordia; procurar la gloria de Dios en la medida de sus fuerzas; elevar al Señor oraciones continuas para que dote a su Iglesia de numerosos - sacerdotes llenos de celo por el desarrollo de la religión. Esto supuesto y dado que, desde hace cerca de trescientos años, esta Asociación da frutos abundantes, queriendo"descartar el peligro de que se descompon ',

(70) Oeuvres, VIII, p. 612. (71) O~res, VIII, p. 613.

as ramas, sufra con esta separación y pierda su antigua ga en varl pujanza, hemos resuelto proveer con más seguridad y

eficacia a perpetuar su existencia. En consecuencia, en virtud de nuestra Autoridad Apostólica, por

estas letras,
escogemos, nombramos, proclamamos en adelante y a perpetuidad por Director general de la Sociedad del Corazónde la
Madre Admirable, comúnmente llamada Orden Tercera del Sagrado Corazón o de los Eudistas, al Superior general de la
Congregación de Jesús y María que ocupe este cargo, y le concedemos todos los derechos y prerrogativas unidas a dicho
cargo, a pesar de todo cuanto se pueda oponer.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescadoi, el *2* de mayo de *1911,* año octavo de nuestro Pontificado.

R. CARD. MERRY DEL VAL,
Secretario de Estado5> *(7 2) .*

§ 4

De la Sociedad del Corazón de la Madre Admirable han brotado, en el curso de los dos siglos de su existencia, varios Institutos religiosos, que a través de ella se relacionan, con la gran familia eudista, de la que con frecuencia conservan su espíritu y guardan sus devociones.

El primero en antigüedad es el de las Hijas del Corazón de María establecido por el P. de La Cloriviére, y más conocido por el nombre de Sociedad de Hijas de María. En recuerdo de su ,origen, esta Sociedad celebra todos los años el 8 de febrero la fiesta del Santo Corazón de María (73).

Después le siguen:

Las Hijas de los Santos Corazones de Jesús y de María, de Saint-Quay-Portrieux, en la diócesis de Saint- Brieuc. Su fundadora y las primeras religiosas de esta Sociedad pertenecían a la Orden Tercera Eudista. Sus Reglas y Constituciones están trazadas sobre el modelo de las del P. Eu&s, cuyas oraciones igualmente han adoptado (74).

Las Hermanas del Santo Corazón de María, de Santa Lucía (Antillas inglesas), fundadas en 1843 por Mons. Poirier, eudista, Obispo de Roseau (75).
(72) Les SS. Coeurs de Jésus et de Marie, 1911, p. 243; cfr. *¡bid.* el -texto latino.
(73) O~res, VIII, p. 629.
(74) Oeuvres, VIII, p. 630.
(75) Oeuvres, VIII, p. 631.

La Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María, de Paramé (76), que también tuvo por fundadora y primeras religiosas -a terciarias del P. Eudes. Esta Congregación se ha desenvuelto rápidamente. Extiende su bienhechora influencia a Francia, Inglaterra y Canadá. ¿Será necesario añadir que sus miembros tienen a honra conservar el espíritu de San Juan Eudes, que su venerada fúndadora, la Madre Amalia Fristel, les ha comunicado y transmitido ampliamente?

El Instituto de las Hijas del Corazón de la Madre de Misericordia también ha salido de la Sociedad del Corazón de la Madre Admirable. Como su nombre lo indica, se consagra a todas las obras de misericordia tan queridas por el P. Eudes, tales como casas de rehabilitación, de perseverancia y preservación, orfelinatos, patronatos, obradores de jóvenes, etc. Se organizó en 1891, a petición y

con los alientos del santo y celoso Cardenal Richard, que la ha puesto bajo la dirección de los Padres Eudistas, al señalarle como Superior eclesiástico al mismo Superior de los Eudistas (77).

A este primer grupo & «filiales» de la Sociedad del Corazón Admirable, séanos permitido añadir otra, formada por Institutos religiosos,, quizá no relacionados con ella de modo tan manifiesto como los anteriores (78), pero que no obstante, por su origen, entran también en la gran familia espiritual de San Juan'Eudes. Tales son: la Sociedad establecida por M. Montaigu. en Rouen en 1669, para lla, dirección de las escuelas primarias de la ciudad y sus alrededores; la del Sagrado Corazón, de Coutances, instituída con análogo fin en Périers por M. Dupont hacia el año 1674, y a la que M. Blouet de Camilly dotó'de sus primeras Constituciones (79); la del Buen Salvador, de Saint~Ló, organizada por M. Hérambourg en 1708 (80); la del Buen Salvador, de Caen, iniciada en 1720 bajo la dirección de M. de Creully, y cuyos miembros

(76) Oeuvres, VIII, p. 633. La vida de la fundadora Amelia Fristel está escrita por el R. P. GuiNÉ *(Vie de soeur A melie-Mayie Fristel,* Vannes, *1901),* y hace algunos jafíos el P. LEROY publicó una historia completa de la Congregación.

(77) Oeuvres, VIII, p. b34. Advirtamos que Juana Jugan y María Jamet, fundadoras de las Hermanitas de los Pobres, eran terciarias del Santo Corazón de María y que como tales dieron comienzo a esta obra dt>caridad.

(78) Oeuvres, VIII, p. 628.

(79) LEBRUN: *Petite vie illustrée du R. P. Dupont.*

(80) La vida de la fundadora, Isabel de Surville, fué escrita por el canónigo MENARD.

llevaron primero el nombre de Hijas de la Asociación de María; la del Retiro, de Marcillé-Robert en la diócesis de Rennes, creada por M. Le Vanier en 1725 (81), y la de la Sagrada Familia, de Séez, fundada por M. Guillermo Villeroy (82).

De estos diferentes Institutos, establecidos todos por eudistas, los que sobrevivieron al rigor de los tiempos guardan aún en nuestros días, con el culto de sus respectivos fundadores, el de] Padre común, con el que caldean su espíritu y sus devociones.

IV

- **El triunfo: beatificación y canonización.**

A este continuo y primer milagro de la vigorosa supervivencia que perpetúa a través de los siglos, la memoria del Santo fundador, Dios no deja de añadir otros nuevos que prueban de su crédito en el cielo y han preparado elcamino de su glorificación sobre la tierra. Fué en 1868, y a petición del R. P. Gaudaire, entonces Superior general de los Eudistas, cuando se iniciaron por el P. Ángel Le Doré las primeras gestiones ordenadas a la beatificación y canonización del siervo de Dios. Dieron como resultado la serie de procesos preparatorios a la introducción de su causa en Roma: los procesos episcopal y apostólico se desarrollaron en Bayeux, Rennes y Vannes. Un informe favorable dado el 7 de febrero de 1874 en estos diferentes procesos, determinó la introducción oficial de la cansa del P. Eudes ante los tribunales romanos por Su Santidad Pío IX.

Llevada por diferentes póstuladores-RIZ. PP. Le Doré, Regnault, Ory, y, sobre todo, el R. P. Mallet (83)-que se sucedieron, pronto pasó la causa a través del largo y minucioso procedimiento de rigor. en semejantes ocasiones.

El 6 de enero de 1903 publicaba León XIII el decreto de heroicidad de virtudes.

(81) Oeuvres, VIII, p. 628.

(82) Cfr. en *Fleurs* la noticia de M. Guillermo Villeroy.

(83) Al R.P. Mallet corresponde el mérito y el honor de haber conducido hasta la canonización la causa de San Juan Eudes.

El 13 de mayo de 1908 cerraba Pío X con otro decreto el proceso llamado de los milagros. Tres prodigios atribuídos a la intercesión del P. Eudes habían sido examinados, discutidos y proclamados milagrosos.

El proceso tuvo su epílogo el 13 de diciembre de 1908 por la promulgación del decreto *de tuto.*

Sólo faltaba celebrar las fiestas solemnes de la beatificación en la Basílica vaticana. Oigamos a un testigo de la grandiosa ceremonia que tuvo lugar el 25 de abril de 1909:

«Toda la Basílica está adornada con tapices de damasco rojo bordado en oro que descienden a lo largo de los pilares. El ábside está decorado especialmente por los empleados de San Pedro, por Paolo Cartoni, bajo la dirección del arquitecto Alejandro Guerrieri. Ante las dos grandes ventanas del ábside se ven dos pendones representando dos milagros aprobados para la beatificación. Uno la curación de Luis Bourdon en la capillita de Kerlois, cuando el niño recobra la vista durante la santa Misa; otro la curación de Sor Agustina Chassé, en el monasterio de Saint-Cyr, de Rennes. En las logias laterales están suspendidas las armas pontificias y las de la Congregación de Jesús y María. Llevando la *tessera o* tarjeta de invitación, penetramos en las tribunas reservadas que , rodean el ábside que se distinguen desde lejos por una señal muy visible. Ocupamos la tribuna de la postulación, próxima al altar del fondo. Frente a nosotros la tribuna de las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio y del Buen Pastor. junto a ellas, o en las tribunas vecinas, se encuentran las terciarias del Corazón de la Madre Admirable, venidas en su mayor parte de París; religiosas de Nuestra Señora des Chénes, en Paramé; religiosas de Santo Tomás de Villeneuve con su Superiora general. La vasta nave se llena poco a poco... Vemos pasar a las hermanas del Sumo Pontífice y a su sobrina, que van a ocupar una tribuna reservada. Los parientes del bienaventurado tienen también un puesto especial... (84).

(84) «Entre ellos figuran don Fernando de Mallevoüe y su esposa doña Clemencia Le Borne. Nota curiosa: la madre de M. de Mallevoüe, Victorina Jacobi de Farémont, desciende de la familia de Juana de Arco.

Estaban también presentes los señores Francisco d'Achon, René d'Achon y señora, el P. José d'Achon (director del externado San Maurilio en Angers),"_ señorita Cecilia d'Achon y otras personas de la familia...

También asistían miembros de la familia Dubourg. Un niño de esta familia tuvo la dicha de recibir el Sacramento de la confirmación de manos del Soberano]Pontífice al día siguiente de la beatificación a la salida de nuestra audiencia pontificia ... *

»La ceremonia de la beatificación comienza. El P. Mallet, postulador de la causa, se dirige con Mons. Panici, secretario de la Sagrada Congregación, a su eminencia el Cardenal Martinelli, prefecto de la dicha Congregación, reconocible por la sotana negra que lleva por,su calidad de religioso.

»El breve de la beatificación ha sido presentado. Su eminencia permite la publicación, pero

todavía falta que el Cardenal Rampolla autorice su lectura en San Pedro. El P. Mallet y Mons. Panici van a solicitar este favor que es inmediatamente concedido...

»Terminada la lectura, todos los ojos se vuelven hacia la gloria, de Bernini, cubierta hasta este momento por un velo. El velo se descorre y aparece el cuadro que representa al bienaventurado triunfante---, En la lejanía desaparece la tierra; tres ángeles con corazones en la mano escoltan en el cielo al autor del culto litúrgico de los Sagrados Corazones, quien, con la cabeza nimbada de rayos, los ojos iluminados de éxtasis, va a buscar la corona eterna. En torno a esta aparición verdaderamente celestial se encienden nuevos haces de luces. La imagen del Sai)to aparece en el centro de una radiante custodia. El *Te Deum* brota, de repente, como explosión de reconocimiento y expresión de los sentimientos que embargan las almas...

»Dominando esta visión celestial, la divisa del P. Eudes¡*Viva Jesús* y María!-brilla en un escudo de luz bajo las bóvedas de la Basílica. Las campanas de San Pedro anuncian a las demás iglesias que el pueblo cristiano cuenta en el cielo con un nuevo protector, y las campai~as de todas las iglesias de la Ciudad Eterna les responden con alegría. En otros tiempos el cafión del castillo de Sant'Angelo hacía oír su voz en estas solemnidades.

»Mientras se fija el decreto en las columnas del pórtico de San Pedro y el canto del *Te Deum* prosigue, un sacerdote trae las reliquias del bienaventurado en un relicario de oro y las expone sobre el altar.. Tres veces Mons. Lemonier inciensa estos restos preciosos. Los asistentes se arrodillan: es el primer acto de culto. Cuando el último versículo del himno de acción de gracias ha terminado, se oye, por vez primera, invocar en una ceremonia litúrgica al bienaventurado P. Eudes. *Ora Pro nobis Beate loannes,* canta el coro. Y el pueblo responde: *Ut digni elliciamur promíssionibus Christi!* ... » (85). -

Las ceremonias imponentes del primer triduo celebrado en 'lionor del nuevo bienaventurado tienen lugar en el *Ges** con

(85)Les Sacres-Coetirs de Jésus et Marie, 1909, p. 268 ss.

pompa romana. Después, un aflo de fiestas se abre para toda la familia cudista diseminada por todos los p1intos del globo. Sacerdotes de la Congregación de Jesús y María, religiosas de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio y del Buen Pastor, hijas del Corazón de la Madre Admirable, Obispos de las diócesis en otro tiempo evangelizadas por el Santo apóstol, miembros de Sociedades religiosas que reclaman su paternidad: todos rivalizan con legítima emulación, para aclamar en todas las lenguas y en todas las latitudes, pero con los mismos acentos entusiastas, al Padre amado, al modelo incomparable, al poderoso protector, de quien Roma les invitaba a glorificar la memoria y proclamar los beneficios.

Con estas fiestas que han puesto a plena luz su vida y sus obras, ocupa el Santo en la historia de la Iglesia y de Francia el puesto que le corresponde. En todas partes, voces autorizadas han recordado sus eminentes servicios, indicando los lazos que le relacionan con ésta o la otra iglesia particular, con ésta o aquella nación; fijado el balance de la deuda de reconocimiento que el mundo católico ha contraído con él (86). El movimiento salido de Roma el 25 de abril de 1909 encontró repercusión y continuación en el mundo entero.

§ 2

Todo esto era un preludio. Trece aflos después, desde este centro de irradiación de toda grandeza duradera-porque lo es en la tierra de eterna verdad-iba a darse otra señal: la señal del

triunfo supremo, de la glorificación definitiva de San Juan Eudes.

Nuevos prodigios obtenidos por su intercesión provocaron la reapertura de su proceso en la Curia romana, conducentes, ahora, a su canonización.

El 20 de julio de 1922 la Sagrada Congregación de Ritos emitía un dictamen favorable, que el 28 del mismo mes se dignaba confirmar el Sumo Pontífice. El proceso prescrito en semejante caso podía iniciarse. «Terminó en la Congregación general del 28 de enero, en presencia de Su Santidad el Papa Pío XI. Este decidió entonces su sentencia, para durante aquel tiempo pedir luz al Padre de las luces. Por eso escogió el domingo de Septuagésima,,

(86) Cfr. en *Les Sacres-Coeurs de Jésus et Marie, 1909, p.* 268 ss., extractos de los principales documentos episcopales publicados con esta ocasión.

día ansiosamente esperado y lleno de santa alegría para las dos familias religiosas que veneran y honran al
bienaventurado Juan Eudes por su Padre y su legislador, es decir, la Congregación de Jesús y María, -y la Orden de
Nuestra Señora de la Caridad. Efectivamente. -En este día se celebra solemnemente en ambas la fiesta titular del Purísimo
Corazón de la Bienaventurada 'Virgen María. En presencia-, pues, del, reverendísimo Cardenal Antonio Vico, Obispo
de. Porto y de Santa R ' ufina, prefecto de la Congregación de Ritos, y del reverendísimo Cardenal Luis Billot, relator
de la causa, así como del R. P. Ángel Mariani, promotor general de la Fe, y de Alejandro Verde, secretario de la
Congregación de Ritos, el emillCDte Pontífice declaró solemnemente: Que *existía certidumbre de los dos milagros*
Propuestos: el Primero, es decir, la curación instantánea y Perfecta *de Sor Juana Beatriz Londono, de la*
Congregación de las Hermanas de la Caridad de la Presentación, de Tours, de diabetes y otras alteraciones renales,
nefritis, juranculosis y acceso. El segundo, la curación instantánea y perfecta de Buenaventura Romero de una
Peritonitis traumática y grave lesión en el cráneo. Más tarde decidió solemnemente en la fiesta de San José, esposo de
María, del mismo año, que se podía proceder con.entera seguridad a la canonización solemne del Beato Juan Eudes...

«Sea acontecimiento de feliz presagio, y redunde en bien perpetuo de nuestra Santa Madre la Iglesia y de los cristianos de todo el universo, principalmente de los eudistas que se consagrancon celo a propagar la saludable devoción de los Sagrados Corazonegde Jesús y de María» (87).

¡Había sonado la hora del triunfo!

El 31 de mayo de 1925, en la solemnidad de*Pentecostés, que también era el XVI *aniversario del Concilio de Nicea, recibía el ardiente misionero, junto con el humilde Cura de Ars, los honores supremos.

Quince días antes, el domingo 17 de mayo, Roma había exal~ tado a Santa Teresita del Niño Jesús. Para festejar a la «rei-necita» se había adornado San Pedro con extraordinaria suntuosidad.

La angelical virgen de Lisicux prestó su esplendor a los dos nuevos Santos.

¡A qué referir con todos sus pormenores la imponente ceremonia de una canonización! Todas son iguales... Nosotros nos limita

(87) Compendium vitae virtutum et miraculorum necnon actorum ¡u causa canonisationis Beati Ioannis Eudes. (Archivo de la Sagrada Congregación de Ritos.)

remos a evocar aquí ale-unas impresiones y recuerdos personales que testigos afortunados de esta gran jornada hemos guardado,

Apenas salimos de la calle en esta mañana de mayo, nos baña el sol de Roma que brilla en todo su esplendor. El aire es de fiesta~ se siente que algo incomparable va a suceder.

,Desde las cuatro de la mañana la muchedumbre de peregrinos no deja de aumentar por instantes, estacionada ante los cordones puestos a la entrada de San Pedro que no tardará en invadir. «¿Cuántos habrá en sus recintos reservados, dispuestos a lo largo de la nave central de la confesión y del ábside? No lo sé. ¡Es tan difícil contar los granos de estos racimos humanos! Me entero únicamente de que se distribuyeron diez mil invitaciones más que en la canonización de Santa Teresíta del Niño Jesús. Allí están de cuatrocientos a quinientos sacerdotes franceses, sucesores y continuadores del santo Cura de Ars; nuestras Hermanas de la Caridad del Refugio y del Buen Pastor, con su manto de coro blanco y largo ' de dibujo tan puro y que las compone como antiguas madonas; las Hermanas de.Nuestra Señora des Chénes representadas por la reverenda Madre General, su asistente y la maestra de novicias y algunas Terciarias del Corazón Admirable;. las Damas de la Misericordia de París; varios cientos de hijos de la gran familia de San Juan Eudes.

En una tribuna especial se ve al rey de Grecia y a la reina Jsabel, al duque Felipe Alberto de Wi*temberg, la archiduquesa Inés de Toscana, el príncipe Javier de Borbón, etc.; en otra la familia del, Sumo Pontífice, el Gran Maestre de la Orden de Malta, el Cuerpo diplomático en pleno, la nobleza romana, la Orden del Santo Sepulcro, etc. En otra, por último, los parientes de los nuevos Santos, entre los que mencionaremos la familia de Achon, señorel Robert de Mallevoüe, Eudes de Mallevoüe y de Rabeau y su hermana, todos descendientes de Carlos Eudes; el P. Piquenard, descendiente de Pedro Eudes, tio del Santo...

Y con alegría y orgullo las miradas se dirigen hacia la delegación del Parlamento francés que cuenta con cincuenta y ocho miembros» (88).

Mientras los Cardenales, Arzobispos, Obispos y cuantos han de participar en la procesión, se reúnen y revisten en las salas adyacentes.a la capilla Sixtina y en las *logias* del primer piso del patio de San Dámaso; mientras el Soberano Pontífice, rodeado

(88) ROVOLT: *Les 1êtes de la Canonisation* en *Les Sacres -Coeurs~* 46 (1925), 263.

por los camareros secretos, se reviste en la sacristía de la capilla Sixtina, la *falda y la* gran capa blanca bordada en oro, se cubre con la tiara y, después de haber puesto incienso en el incensario, entra en la capilla Sixtina rodeado por todos los dignatarios unidos a su persona, todos los Padres Eudistas se agrupan en tpMO a su Superior General, R. P. Lucas, en el vestíbulo que separa la escalera real del pórtico de la Basílica, frente a los estandartes de los nuevos Santos. El del P. Eudes ha sido pintado por Franciosi. Representa, de un lado al nuevo Santo ofreciendo a los Sagrados Corazones sus familias religiosas; del otro, presentando de rodillas sus Constituciones al Sagrado Corazón de, María

que las acepta con la mano derecha y con la izquierda señala al Sagrado Corazón de Jesús, adonde todo debe dirigirse. *Per Cor Mariae, ad Cor Iesu,* es toda la síntesis de la devoción de nuestro, Santo fundador ... » (89).

El himno pontificio da la señal para la formación del cortejo que, ha de conducir al Sumo Pontífice desde sus habitaciones al coro de San Pedro, donde se desarrollará la ceremonia de la canonización. Este cortejo, único en su género, necesitará hora y media para desplegarse, desfilar en líneas apretadas y ocupar los puestos que le están señalados. El espectáculo que ofrece es indescriptible; los sentimientos que inspira, imposibles de expresar. Se está conmovido y se viven horas que no son de este mundo.

La Iglesia, de la tierra está allí. Ella impone al espíritu del espectador una idea del sumo poder de su unidad, de su catoliscidad, de su fuerza. Se afirma indisolublemente una, siempre idéntica a sí misma, en sí misma y en medio de los pueblos, cuyo idioma sabe hablar, cuyas tradiciones sabe respetar y cuyo espiritu nacional sabe asimilarse. En este día de Pentecostés, ante este grandioso desfile de todas las razas de la tierra, en el estruendo de estas aclamaciones litúrgicas que cada: una de ellas profiere en su respectivo idioma, en el seno de este concierto inmenso, donde se evidencia la poderosa unidad católica en su maravillosa variedad, se levanta ante todos los ojos la imagen de la única Sociedad posible de naciones: la Iglesia católica, *beata Pacis visio.*

No es necesario añadir que se siente próxima también la Iglesia triunfante, que pronto vendrá a unirse a la Iglesia mil¡

(89) RovoLT: *Les f9tes de* la Canomisation, p. 264. El P. Mallet inspirador del estandarte nos indica una ligera equivocación en la interpretación de su significado. La hoja que el Santo tiene en la mano, cual si acabara de escribirla, y la caída en tierra junto a 61 representan, según el orden lógico y cronológico de su aparición, los dos oficios de los Sagrados Corazones de María y de Jesús.

tante, fundirse armoniosamente con ella, inundándola con su gloria eterna. Repitámoslo: las horas vividas entonces tienen una plenitud que i~o pertenece al tiempo.

El desfile se prolonga indefinido, sin parecer demadiado largo. Todas las órdenes religiosas, los Seminarios romanos, los representantes de todos los ritos con su atuendo peculiar, el clero romano, han pasado ya. Ahora, los Obispos por centenares, el Colegio Cardenalicio; después, rodeado de su corte real, llevado a hombros de los *sediarii, y más* por los corazones de todos sus hijos arrodillados con respeto a su paso, avanza el Papa bendiciendo...

Es inútil contener la emoción que ha ganado a todas las almas y estalla en aclamaciones de entusiasmo, en gritos de amor y veneración, en lágrimas que hablan mucho más alto que toda palabra humana. La entrada del Sumo Pontífice en San Pedro es triunfal. Cincuenta mil personas se encuentran agrupadas; cincuenta mil voces saludan al Padre común de los fieles; cincuenta mil corazones laten violentamente por él.

La antigua Basílica tiene por las circunstancias una decoración maravillosa. Es toda luz: pilastras, - columnas, líneas arquitectónicas están iluminadas con lámparas artísticamente dispuestas, de las que fluye la luz suave, discreta, que envuelve a la inmensa multitud transfigurándola.

Pío XI hi: descendido de la silla gestatoria después de habér- sele rendido acatamiento. Una tras otra, cada vez
más apremiantes, dirige el Cardenal Vico al Santo Padre las tres instancias para que se digne

inscribir en el
catálogo de los Santos a los bienaventurados Eudes y Vianney. Las letanías de los Santos, el *Miserere y el*
Ven¡ Creator ascendieron suplicantes al cielo; y el ciel * o responde por boca del Vicario de Cristo, que sentado
sobre su cátedra en calidad de ~ Doctor y jefe de la Iglesia universal, declara pública e infaliblemente:

,<iPara honor de la santa e indivisible Trinidad, para exaltación de la Fe católica y acrecentamiento de'la religión cristiana por la autoridad de Nuestro Señor jesucristo y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, después *de haber maduramente reflexionado e implorado repetidamente el auxilio divino, y oído el parecer de nuestros venerables hermanos Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos de la Santa Iglesia romana que se encuentran en Roma, decretamo!~ y definimos Santos a los bienaventurados Juan Eudes y Juan María Vianney. Nos les inscribimos en el catálogo de los Santos, mandando que su memoria sea celebrada todos los años con piadosa devoción en la Iglesia universal el

día mismo de su nacimiento, a sabe¿el 9 de agosto para Juan María Vianney y el 19 de agosto para Juan Eudes, a título de confesores no pontífices. En el nombre del Padr¿, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.»

Inmediatamente él Soberano Pontífice entonó el *Te Deum,* que la multitud continuó con indecible alegría. En la cúpula resuena el carillón y todas las campanas del Vaticano, a las que hacen eco las de todas las iglesias de Roma, anunciando al universo la feliz nueva.

La canonización ha terminado.

Llegada la noche, nueva apoteosis en la Plaza de San Pedro. La cúpula lanzada en el cielo por el genio audaz de Miguel Ángel, la imponente fachada de la Basílica, la columnata de Bernini, el mismo obelisco, resplandecían en la noche llena de estrellas.

Y esta apoteosis se prolongó...

El mundocatólico se asoció a ella durante un año-verdadero año jubilar para la familia espiritual del nuevo Santo-, en el curso del cual fué glorificado el nombre de San Juan Eudes y exaltada su memoria.

En adelante, cada vez que el 19 de agosto renueve el aniversario de su preciosa muerte, de todos los puntos de 1 globo subirá hacia él la confiada oración de la cristiandad (90).

#Oh Dios que inflamaste a San Juan, tu confesor, para que promoviese el culto litúrgico de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y que por medio de él fundaste en tu Iglesia dos familias religiosas: haz que, al venerar su memoria, nos instruya y fortifique por su ejemplo y sus virtudes» (91).

¡La Iglesia ha pagado su deuda de, reconocimiento al hijo ilustre que tanto la ha servido!

Los Sagrados Corazones de Jesús y de María,han dado a su primer apóstol amor por amor, gloria por gloria.

(90) Como consecuencia de un verdadero plebiscito que reunió las firmas de más de cuatrocientos Cardenales, Arzobispos y Obispos, Roma ha extendido la fiesta de San Juan Eudes a la Iglesia universal.
(91) Oración de la Misa y del Oficio de San Juan Eudes.